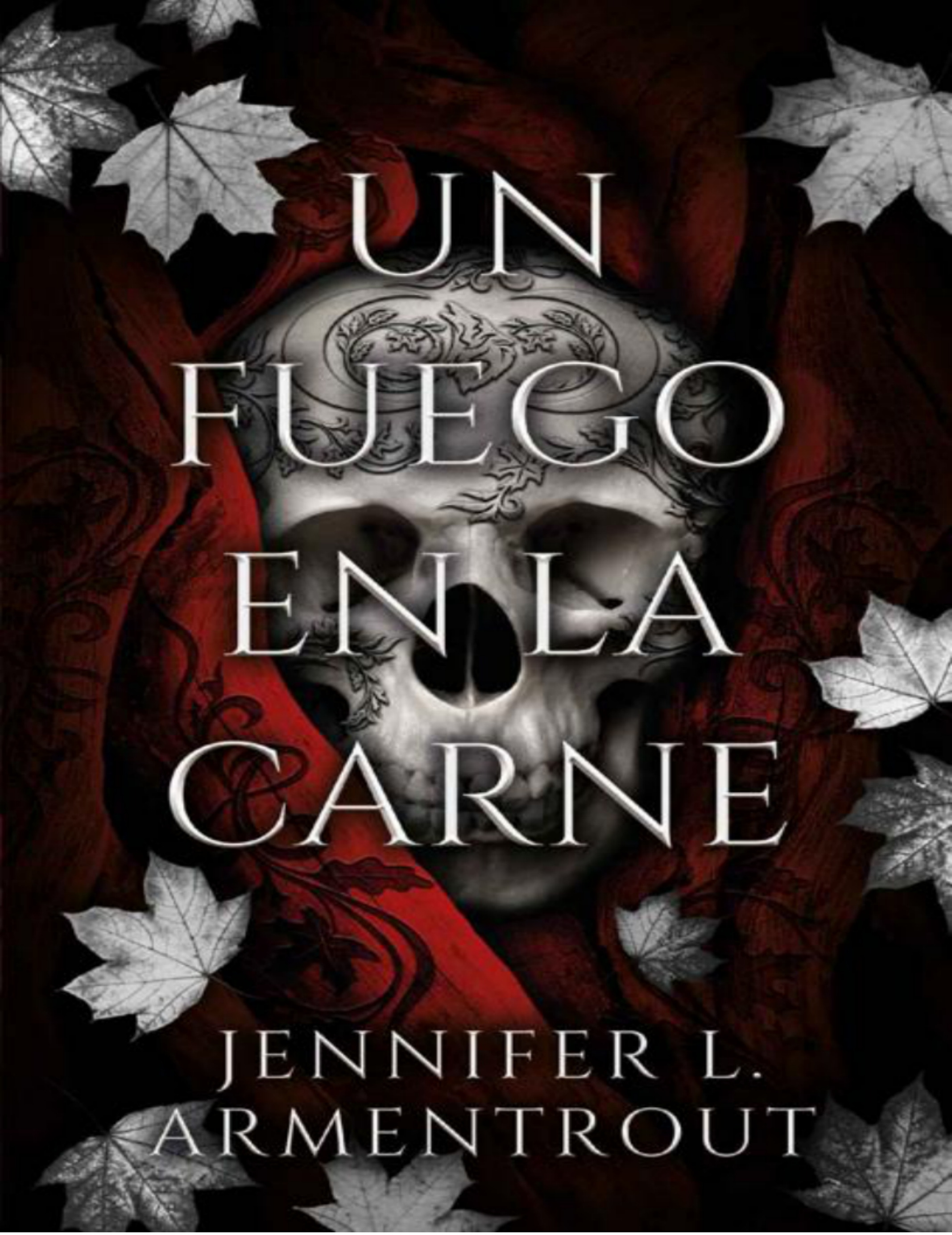
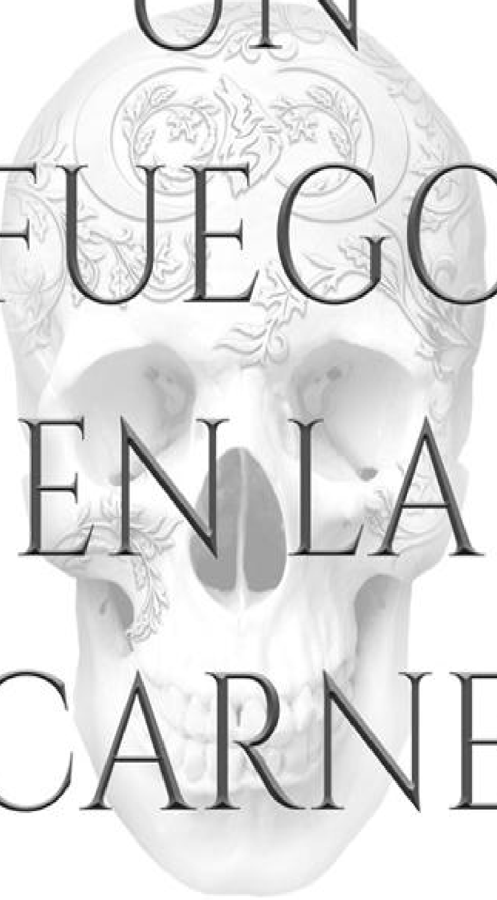

UN FUEGO EN LA CARNE
JENNIFER L. ARMENTROUT

# UN FUEGO EN LA CARNE



# UN FUEGO EN LA CARNE

JENNIFER L. ARMENTROUT

Traducción de Guiomar Manso de Zúñiga

Argentina – Chile – Colombia – España

Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *A Fire in the Flesh* Editor original: Blue Box Press, un sello de Evil Eye Concepts, Incorporated Traductora: Guiomar Manso de Zúñiga 1.ª edición: febrero 2024

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-19936-23-3

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*Para ti, lector. Sí, tú.*


ILISEEUM
Pilares de Asphodel
Río Rojo
Bosque Moribundo
VATHI
Bosque Rojo
Ciudad de Lethe
TIERRAS UMBRÍAS
Casa de Hades
MAR LASSA
Las Cárceres
Las Cárceres
TIERRAS DE HUESOS

# Capítulo 1

El dolor palpitante de mi garganta empezaba a diluirse y ya no sentía las llamas de una agonía abrasadora quemar a través de mi cuerpo.

Pese al calor y a la humedad de Dalos, la Ciudad de los Dioses, tenía frío, más frío del que había sentido jamás. Pensé que tal vez *yo* me estuviese diluyendo porque mi visión parpadeaba. Intenté concentrarme en las puertas abiertas de la habitación circular en la que había despertado tras el asedio de las Tierras Umbrías. Enjaulada y encadenada.

Me había parecido ver a un lobo grande ahí de pie. Un lobo más plateado que blanco.

Un lobo del que sabía, en mi corazón y en mi alma, que era él: el Asher, el Bendecido, el Guardián de Almas y el Dios Primigenio del Hombre Común y los Finales. El gobernante de las Tierras Umbrías.

Mi marido.

Nyktos.

Ash.

Nunca había confirmado que podía cambiar de forma, pero yo sabía que era mi Primigenio de la Muerte. Y cuando vi al lobo, pensé que vendría por mí. Que lo vería, lo tocaría por última vez, tendría la oportunidad de decirle una vez más que lo amaba. Que podría despedirme a mi manera.

Pero ahora no lo veía en la puerta.

No estaba ahí.

¿Y si nunca había estado ahí?

Los brazos que me rodeaban se apretaron, lo cual hizo que mi perezoso corazón se acelerara. Kolis, el falso Rey de los Dioses, seguía abrazándome, seguramente alucinado al darse cuenta de quién estaba entre sus brazos, de quién se había alimentado.

—¿De verdad eres tú? —La voz de Kolis fue apenas un suspiro. Unas lágrimas humedecieron mis mejillas. ¿Eran mías? ¿Suyas?—. ¿Mi amor?

Me estremecí. Por todos los dioses, Ash se había equivocado al decir que podía sentir miedo pero que jamás estoy asustada. Porque el simple sonido de la voz de Kolis me produjo una avalancha de terror. No importaba que solo fuese el alma de Sotoria dentro de mí. Que yo no fuera ella, y ella no fuera yo. Nos aterrorizaba a las dos.

Dos piernas enfundadas en cuero aparecieron de repente en mi

campo de visión. Levanté la vista y mis ojos se deslizaron por las dagas de piedra umbra amarradas a sus caderas. El pelo castaño claro rozaba el cuello de una túnica negra. El Primigenio de la Guerra y la Concordia había estado delante de las puertas. Ese bastardo traidor que me había traído ante Kolis debía de haber visto a Ash si había estado ahí. ¿Verdad? En su forma de lobo, era enorme, más grande que cualquier otro lobo que hubiera visto en mi vida.

A menos que nunca hubiera estado allí y su presencia hubiera sido alucinaciones mías.

Mi pecho se ahuecó y… oh, por todos los dioses, la oleada de tristeza me provocó una presión insoportable, amenazó con aplastarme.

—Majestad. —Attes se giró hacia nosotros a toda velocidad—. Ella no está bien —le dijo—. Está a punto de morir. Tenéis que estarlo sintiendo.

—Tenéis que tomar esas brasas antes de que ella muera —instó otra voz, una que tenía un suave acento. El Retornado, Callum. Uno de los «trabajos en curso» de Kolis—. Tomadlas…

—Las brasas son la menor de vuestras preocupaciones —interrumpió Attes, dirigiéndose directamente a Kolis—. Está a punto de morir.

No hubo respuesta del falso rey. Se limitó… por los dioses, se limitó a abrazarme, y su enorme cuerpo temblaba. ¿Estaba en *shock*? Si era así, me daban ganas de reír. Lo cual significaba que era muy probable que yo también estuviera en *shock*.

—Si muere con las brasas, ellas también mueren, junto con todo por lo que habéis estado trabajando —insistió Callum, atrayendo mi atención hacia él. Al principio estaba borroso, pero luego se enfocó. El Retornado era dorado todo él: el pelo, la piel y la máscara con un elaborado dibujo en forma de alas que descendía desde su frente hasta ambos lados de su mandíbula—. Tomadlas, mi rey. Tomadlas y Ascended como el Primigenio de la Vida y…

—Se perderá —lo interrumpió Attes—. Vuestra *graeca* quedará fuera de vuestro alcance.

*Graeca.*

Significaba «vida» en la antigua lengua primigenia. También significaba «amor». Pero pensé que tal vez tuviera un tercer significado.

«Obsesión».

Porque lo que Kolis sentía por Sotoria no podía ser amor. El amor no creaba monstruos.

—No es ella —bufó Callum, los ojos entornados tras su máscara pintada—. No lo escuchéis, Majestad. Es una…

De repente, Callum dio una sacudida hacia delante y la sangre

salpicó los barrotes de la jaula. Su boca se abrió cuando bajó la vista hacia la empuñadura de piedra umbra que sobresalía del centro de su pecho.

Mis ojos volaron hacia Attes. Solo quedaba una daga amarrada a su cuerpo. Había sido él el que había lanzado esa arma.

¿Por qué?

—Maldita sea. —Callum se tambaleó y luego cayó al suelo veteado de dorado. Muerto. Aunque no creía que fuese a quedarse así. Sin embargo, no podía recordar por qué en ese momento.

No podía…

Mi pecho sufrió un espasmo. Las sombras descendieron sobre mi vista como un velo. Un pánico helado se apoderó de mí mientras caía en la oscuridad y los breves momentos de alivio se disipaban. Ningún sonido. Ningún olor. Sin vista.

No quería morir.

Ahora no.

No quería…

*Liessa…*

Di un respingo, arrastrada desde la oscuridad. Las imágenes de lo que veía empezaron a ensamblarse: el diván dorado en el que había dormido, la cadena conectada a la banda que apenas sentía alrededor del cuello, los barrotes dorados de la jaula en la que estaba y la daga de piedra umbra que había asomado del pecho de Callum y ahora yacía en el suelo. El Retornado se estaba levantando, se estaba poniendo en pie. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Miré más allá de él, detrás del trono dorado y hacia las puertas abiertas.

Volví a ver al lobo, esta vez medio oculto por las anchas hojas de las palmeras que se mecían bajo la agradable brisa.

Mi mano derecha… no, la marca de matrimonio que había aparecido durante mi coronación como consorte de Ash… estaba caliente. El remolino dorado del dorso y la palma de mi mano hormigueaba, y las brasas de vida en mi pecho empezaron a zumbar, a vibrar de manera salvaje. Sentí un escalofrío y se me puso la carne de gallina por la nuca.

Kolis siguió meciéndose mientras yo percibía una tormenta de poder creciente. Se me erizó la piel y se me pusieron de punta los pelillos del cuerpo.

Attes se volvió hacia las puertas.

—Oh, joder.

La cabeza del lobo bajó, sus ojos de un plateado luminoso. Una gran pata presionó el suelo de mármol con vetas doradas, y retrajo los labios en un gruñido.

Una niebla oscura surgió de todas partes al mismo tiempo. Las sombras se aferraban al techo de la habitación, donde no llegaba la

luz de la lámpara de araña; después empezaron a palpitar y a desprenderse del mármol y la piedra caliza, deslizándose por las paredes para correr por el suelo en olas ahumadas. Mi respiración, ya demasiado superficial, se atascó cuando el lobo saltó por el aire, directo a la revuelta masa de oscuridad. Una luvia de estrellitas estalló por todas partes a su alrededor, y el centro de mi pecho se calentó.

Las sombras arremolinadas junto a las puertas se expandieron y alargaron. Unos grandes arcos gemelos de sombra y humo aparecieron detrás de la masa y una onda expansiva barrió a través de la sala hasta llegar al trono. El asiento dorado se estremeció y quedó reducido a la nada. El estallido de poder alcanzó a Attes y lo arrojó a un lado antes de levantar a Callum para estrellarlo contra la jaula con un desagradable crujido de huesos.

Varias filas de barrotes se hicieron *añicos*. El techo de la habitación se agrietó y astilló, abriéndose en canal. Las sombras y el humo se solidificaron bajo la brillante luz de la luna que ahora entraba a raudales en la sala.

Las paredes a nuestro alrededor explotaron. Trozos enteros de piedra salieron volando hacia el exterior, dejando solo unos pocos palmos de la estructura en pie mientras Ash se elevaba aún más.

Durante el más breve de los momentos, lo vi en su forma mortal, los ángulos y planos de su cara duros y quizás incluso un poco crueles, su piel de un lustroso tono bronce dorado, su pelo castaño rojizo a la luz de la luna caía alrededor de sus anchas mejillas. Capté solo un atisbo de su fuerte mandíbula cincelada, su boca ancha y los labios carnosos que habían tocado mi piel de maneras tan lujuriosas.

Después adoptó su verdadera forma y levitó por encima del lugar donde había estado el trono, su piel convertida en un continuo remolino de medianoche con delgadas y palpitantes vetas de *eather*. El aroma fresco y cítrico que era todo suyo me llegó, me reconfortó.

Ash era aterrador, su belleza cruda e impresionante en ambas formas. Y era mío.

—*¡Kolis!* —rugió Ash, su voz era como una tormenta que reverberó por el aire.

Sin previo aviso, una ráfaga de luz cortó a través del cielo nocturno y se estrelló contra el suelo delante de Ash mientras un calor intenso se avivaba en mi pecho. El túnel de luz ardió con fuerza y me cegó por unos instantes. Cuando recuperé la vista, vi…

Una corona de cuernos color rubí centelleaba a la luz de la luna.

Había llegado otro Primigenio.

Hanan, el Dios Primigenio de la Caza y la Justicia Divina, moreno, pálido y de rasgos angulosos, estaba ante Ash. En la mano derecha, sujetaba una lanza hecha de una especie de material blanco opaco que recordaba al hueso.

—Márchate, Nyktos. —La lanza de Hanan comenzó a brillar desde el interior—. Antes de que sea demasiado tarde —lo advirtió. Pero oí el temblor en la voz del Primigenio; él, que había enviado a un Cimmeriano en busca de Bele en vez de venir él mismo a las Tierras Umbrías. Oí el *miedo*.

Tal vez Hanan fuese un Primigenio, pero también era un cobarde.

—¿Antes de que sea demasiado tarde? —La voz de Ash atronó a su alrededor, y su poder derribó lo que quedaba de las paredes de la habitación—. Ya es demasiado tarde.

Una luz blanca brotó de Hanan mientras se elevaba en el aire y echaba el brazo atrás. El *eather* crepitó en su lanza justo antes de tirarla. Se me cortó la respiración.

Ash se rio. Se *rio* mientras sus alas se desplegaban en toda su envergadura, una violenta masa de sombras y luz de luna. Levantó una mano y de sus dedos extendidos surgió poder, de la palma brotó un rayo de luz impresionante que golpeó la lanza en pleno vuelo. Sonó un trueno al mismo tiempo que la luz estallaba en todas direcciones.

Entonces Ash estaba delante del Primigenio, agarrándolo por detrás de la cabeza. Se había movido tan deprisa que no vi su otra mano hasta que Hanan gritó y vi que Ash echaba el brazo hacia atrás. Una masa sangrienta y palpitante cayó al suelo con un ruido mojado.

Ash levantó a Hanan por los aires y alguien gritó. Me dio la impresión de que podía haber sido Attes.

Kolis, que hasta ese momento parecía ajeno a todo ello, por fin dejó de balancearse y levantó la cabeza.

Ash agarró al Primigenio por debajo de la mandíbula y arrancó…

Me quedé estupefacta cuando Ash arrancó la cabeza de Hanan de sus hombros.

Algo cayó, y el *eather* palpitó en la mano de Ash.

Las brasas primigenias de vida zumbaron con aún mayor intensidad en mi pecho, me calentaron las manos. Sabía lo que eso significaba, incluso antes de que la corona repiqueteara contra la baldosa dorada.

Ash había matado a otro Primigenio.

¿Era así como se hacía? ¿Arrancando el corazón y destruyendo la cabeza? Era un método grotesco y bárbaro.

Y de una sensualidad perturbadora.

La corona de cuernos color rubí empezó a vibrar cuando oí un retumbar lejano. Debajo de ella, la baldosa se agrietó y el suelo empezó a temblar. Una luz blanca apareció en el interior de la corona, y emanó hacia fuera hasta que la cornamenta dejó de verse. El ruido continuó, procedente del cielo y de abajo, sacudiendo incluso a Kolis. La piedra crujió en todas direcciones. El suelo fuera de las ruinas de la habitación gimió y luego se abrió en canal. Las palmeras se

estremecieron y se deslizaron hacia un lado, antes de caer en la enorme fisura.

La corona de Hanan palpitó y luego desapareció.

Un estruendo ensordecedor golpeó el aire, y supe… oh, por todos los dioses, supe que el sonido había viajado más allá de Dalos. Era probable que hubiese llegado a todas las tierras de Iliseeum y más allá, incluso hasta el mundo mortal.

Pero también supe que en algún lugar de las Tierras Umbrías, una nueva gobernante de Sirta se había alzado como la Diosa de la Caza. No porque Bele fuese la única diosa de la corte de Hanan en haber Ascendido (y a mis manos), sino porque lo sentí en las brasas de vida.

Y supe que Kolis también lo había sentido.

La cadena conectada a la banda que me rodeaba el cuello tintineó contra el suelo cuando Kolis me bajó. Me sujetó la cabeza con la mano, un acto tan desconcertante por su ternura que captó mi atención. Mi corazón trastabilló y mi mirada se clavó en la suya. Un aire helado azotó la jaula y revolvió el pelo dorado de Kolis por delante de su cara mientras apoyaba mi mejilla en las baldosas doradas. Me encogí ante la inquietante suavidad de la palma de su mano al deslizarse por mi piel.

Un gruñido gutural e inhumano sacudió la jaula.

—Quita tus jodidas manos de encima de mi mujer.

Kolis sonrió con suficiencia y a mí se me heló la piel. Se levantó.

—Oh, Nyktos, muchacho —dijo con su voz veraniega; luego miró hacia donde habíamos visto por última vez la corona de Hanan, más allá de donde Callum yacía en un charco de sangre, aunque sus dedos empezaban a moverse otra vez—. Veo que has estado ocultando lo poderoso que te has vuelto. —Kolis levantó la vista hacia Ash—. Estoy impresionado.

—Como si me importara una mierda —gruñó Ash.

—Maleducado —murmuró Kolis.

Necesitaba levantarme. Tenía que ayudar a Ash y luchar a su lado. Kolis no era Hanan. Fuese o no un Primigenio de la Vida falso, seguía siendo el Primigenio vivo de mayor edad. Era increíblemente poderoso.

Tenía que ayudar a Ash.

Sentía las extremidades pesadas, casi como si estuvieran atadas a las baldosas del suelo. Luché por ponerme de lado y ese simple movimiento me dejó sin respiración.

Kolis soltó un suspiro sonoro, como si estuviera tratando con un niño petulante.

—Como somos familia, voy a concederte el favor que tu padre nunca me concedió a mí: la oportunidad de salir de aquí con vida.

Fruncí el ceño, y varios mechones de pelo pálido cayeron por

delante de mi cara. ¿Kolis iba a dejar que Ash se marchara de rositas después de haber matado a otro Primigenio? Eso no tenía ningún sentido.

Hasta que lo *tuvo*.

Kolis no podía matar a Ash. Si lo hiciera, las brasas primigenias de la muerte se transferirían de vuelta a él. Kolis dejaría de ser el Primigenio de la Vida o el rey.

No *habría* ningún rey.

Eso sumiría al mundo de los dioses en el caos.

—Vas a volver a tu corte, y si Bele sigue ahí —continuó Kolis—, le aconsejarás que comparezca ante mí y me jure lealtad.

A lo lejos, un fogonazo plateado iluminó el cielo nocturno unos instantes: violentas llamas de *eather*. Entonces, en la breve luz que se extendió por el horizonte, vi a dos enormes seres alados chocar entre sí.

*Drakens*.

Oh, por todos los dioses, ¿sería Nektas? ¿O algún otro? Ni siquiera sabía si Orphine había sobrevivido al ataque de los *dakkais*. La había visto caer. Había visto caer a muchos.

Necesitaba levantarme.

—Y ordenarás a las fuerzas que te hayan seguido que se retiren y abandonen las fronteras de Dalos de inmediato. —En el silencio subsiguiente, un músculo de la mandíbula de Kolis sufrió un espasmo—. Acepta esta oferta, Nyktos.

Con los brazos temblorosos por el esfuerzo, conseguí incorporarme un poco, pero esa tarea que no solía costarme nada tuvo un precio. Mi cabeza daba vueltas y atraje la atención de Ash.

El *eather* de sus ojos crepitó cuando me miró, cuando vio la piel de mi cuello, que debía estar destrozada, y la banda bajo la mordedura de Kolis. Vio el vestido de gasa dorada con el que me habían cubierto y sentí su ira. Cayó como lluvia helada sobre mi piel. Quise decirle que estaba bien, pero sentía la lengua demasiado pastosa para decir esa mentira. No estaba segura de que fuese a estar bien.

Y creo que Ash lo notó.

Su pecho se hinchó de golpe y su cabeza voló de vuelta a Kolis.

—Te voy a matar.

El falso Rey de los Dioses echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—Ahora solo estás siendo tonto.

Ash se movió tan deprisa como una flecha recién disparada. Saltó hacia delante, pasó por el hueco entre los barrotes y las sombras que se arremolinaban a su alrededor se replegaron. El aire se estancó por completo y se enrareció justo antes de que Ash aterrizara en el suelo de la jaula, a pocos palmos de Kolis. Unos zarcillos de sombras

salieron disparados de sus piernas enfundadas en cuero. Sus ojos se convirtieron en charcos de *eather*.

—No se te ocurra —advirtió Kolis, bajando la barbilla— ni pensarlo.

—Como he dicho antes —un chisporroteo crepitó en Ash, y dos rayos gemelos de *eather* brotaron en las palmas de sus manos—, es demasiado tarde.

Kolis se movió entonces. En un abrir y cerrar de ojos, se convirtió en poco más que un borrón, pero a pesar de lo rápido que era, nada era más rápido que el poder primigenio desatado. Los rayos de Ash golpearon a Kolis con una intensidad impactante: lo levantaron por los aires y lo lanzaron hacia atrás. Se estrelló contra los barrotes. El oro cedió bajo el impacto.

Multitud de sombras giraron por el suelo y por encima de mis piernas cuando Ash dio media vuelta. Estiró una mano hacia su cintura y vi un destello de piedra umbra cuando desenvainó la espada y la tiró.

La hoja golpeó a Kolis en el pecho. La fuerza del impactó lo lanzó hacia atrás hasta que no tuvo ningún sitio más adonde ir; la espada llegó a la pared exterior, se incrustó bien hondo e inmovilizó al falso rey.

Por todos los dioses.

Unos pasos retumbaron por el suelo en ruinas. Guardias con corazas y grebas doradas cargaron contra la jaula, sus espadas de piedra umbra en alto.

Ash giró la cabeza para ver a los recién llegados.

Las sombras, la esencia misma de los Primigenios, brotaron de Ash y salieron disparadas entre los barrotes de la jaula. La niebla oscura alcanzó los refuerzos de las botas de los guardias.

Gritos agudos y agónicos cortaron a través del espacio, unos chillidos que terminaron de golpe.

Unas volutas de noche se extendieron por el aire a mi alrededor mientras Ash se arrodillaba a mi lado, solo un atisbo de sus rasgos visibles en la revuelta oscuridad.

A pesar de la sequedad y el dolor, tragué saliva y obligué a mis cuerdas vocales y a mi lengua a trabajar.

—Eso… Eso ha sido… muy excitante.

Ash se quedó inmóvil durante un instante, luego soltó una carcajada ruda.

—Mantén la vista centrada en mis ojos —dijo, al tiempo que agarraba la banda que rodeaba mi garganta—. Y no te muevas, *liessa*.

*Liessa*.

Algo precioso.

Algo poderoso.

Reina.

Mi corazón… oh, santo cielo, se derritió al oírle decir eso. Era una cosa muy tonta de pensar, pero era verdad.

Su intensa mirada plateada se clavó en la mía. Oí el chasquido del metal al romperse y todo mi cuerpo dio una sacudida. Las cadenas cayeron al suelo y yo me vencí hacia delante.

Las sombras ondularon por mi pecho y mi cintura al tiempo que los brazos de Ash me rodeaban y frenaban mi caída. La esencia me cubrió como una capa, pero no me causó ningún dolor. Nunca lo había hecho.

Ash me abrazó. Su mano, de una frialdad increíble pero también bienvenida, me acunó la cabeza. Me apretó contra su pecho.

Aspiré su aroma fresco y cítrico, y me estremecí. Cuando los colmillos de Kolis se habían hundido en mi piel, creí sinceramente que no volvería a ver a Ash nunca más. Así que ¿oír su voz? ¿Estar en sus brazos? Se me llenaron los ojos de lágrimas. Tener esto era maravilloso.

—Lo siento —murmuró con voz ronca, y se apartó de la jaula a toda velocidad—. Siento no haber llegado hasta ti antes, pero ahora te tengo, *liessa*, y no te soltaré. No volveré a soltarte nunca.

Su disculpa me desgarró el corazón mientras nos elevaba por el aire. Todo esto era culpa de Kolis y sus acciones dementes. Era culpa de Eythos, el padre de Ash, por colocar las brasas y el alma de Sotoria dentro de una mortal y nunca decírselo a su hijo.

—Nada de esto es…

Ash maldijo, giró su cuerpo de golpe. Se produjo un segundo de incertidumbre.

Algo caliente y pesado impactó contra su espalda. Ash emitió un ruido gutural, y el aire dio la impresión de estirarse hacia arriba y envolver unas manos invisibles a nuestro alrededor. Luego tiró de nosotros hacia abajo a toda velocidad. El miedo se arremolinó en el fondo de mi garganta.

El impacto fue ensordecedor cuando Ash golpeó el suelo, aún de pie, llevándose la peor parte del aterrizaje. Se tambaleó y tuvo que apoyar una rodilla en el suelo, pero no me soltó. La esencia sombría que lo rodeaba se difuminó un poco y vi el dolor en el rictus tenso de su mandíbula.

—No pasa nada —mascculló, con los dientes apretados, sus brillantes ojos plateados clavados en los míos—. Te tengo… —Su cabeza dio una sacudida hacia atrás.

Un grito ronco brotó de mi garganta cuando los tendones de su cuello se abultaron. Ash aguantó y se levantó una vez más. No me soltó. No lo haría, como acababa de prometer, a pesar de la agonía. Sin importar el precio.

—Ash —susurré.

Sus ojos se abrieron de par en par y se quedó quieto un instante.

—*Sera* —murmuró con voz rasposa.

Entonces algo arrancó a Ash de mi lado.

Mi corazón dio un vuelco, me invadió el pánico. Hubo un momento de ingravidez y luego caí al suelo. Mi cabeza crujió contra las baldosas, el estallido de dolor sorprendente, antes de que el mundo se volviera negro.

Silencio.

Inmóvil.

El rugido feroz y brutal de la furia de Ash me devolvió a la conciencia. La luna. Vi la luna. Giré la cabeza.

Kolis venía hacia nosotros, y el ancho corte irregular de su pecho goteaba sangre reluciente. El *eather* brillaba en su herida y brotaba de las palmas de sus manos para luego esparcirse por toda la habitación.

Ash volvía a tener una rodilla en el suelo, pero ahora tenía ambas manos estiradas para protegerse de las ondas teñidas de dorado de la esencia letal.

—De verdad que no deberías haber hecho eso —dijo Kolis, seguido de un suspiro cargado de disgusto e incluso un poco de decepción—. Me temo que has empezado una guerra.

# Capítulo 2

Unas sombras ribeteadas de *eather* brotaron de Ash y sofocaron los rayos de poder hasta que se esfumaron con un chisporroteo. Me miró antes de volver a centrarse en Kolis.

—En el momento en que quebrantaste las costumbres y la fe —escupió Ash, al tiempo que se erguía en toda su altura—, *tú* empezaste la guerra.

—¿Has olvidado tu lugar, sobrino? Está claro que sí. —Unos zarcillos de *eather* titilaron en las puntas de los dedos de Kolis justo cuando el Retornado dorado apareció detrás de él, vivo y de pie una vez más—. Porque soy tu rey.

—Tú no eres mi rey para nada. —Un relámpago brotó de Ash y se estrelló contra el suelo de baldosas y contra Callum. El Retornado salió volando hacia atrás y me llegó un olor a carne quemada—. Podría seguirte la corriente diciendo que tu soberanía terminó en el momento en que te la llevaste. Pero la verdad es que nunca has sido mi rey.

Al ver varias espadas de piedra umbra tiradas al lado de los cuerpos retorcidos y destrozados de los guardias, ignoré la humedad de mi nuca y rodé sobre el costado. Me costó aún más esfuerzo que antes.

—Unas palabras atrevidas. —Kolis dio un paso al frente, y un latigazo de *eather* salió disparado hacia Ash—. Y sorprendentes. Maté a tu padre y me juraste lealtad. Me llevo a tu consorte, y tú matas a uno de tus hermanos primigenios y me atacas a mí. ¿Por qué, Nyktos? ¿Es por las brasas de vida que ella lleva en su interior?

Puse los ojos en blanco mientras desplazaba mi peso hacia mis manos abiertas. Ese había sido el plan de Ash, pero una vez que supo lo que costaría, se convirtió en lo último que quería.

Porque tomar las brasas significaba matarme, y él me había elegido *a mí*, aunque ya me estaba muriendo, y hacerlo era una tontería.

Aun así, era precioso.

—Es por eso, ¿verdad? Intentaste sacar las brasas de ella y alzarte como el Primigenio de la Vida —le acusó Kolis, y unas hebras de *eather* teñido de dorado se avivaron en las yemas de sus dedos—. Pretendías ocultármelas. Ocultarla a ella. Eso es traición.

—¿Traición? —Una carcajada profunda y oscura retumbó desde el

interior de Ash, un sonido que jamás le había oído hacer—. Mataste a mi madre y al verdadero Primigenio de la Vida. —Las sombras se esparcían por el suelo debajo de Ash, ondulantes como el humo—. Eres un jodido chiste.

Kolis se puso rígido.

—¿Quieres saber lo que es un chiste? Que pienses que no tenía ni idea de lo que has estado tramando. Que creas que no me he dado cuenta de la falsedad de tus afirmaciones y promesas, y que no sabía que has estado conspirando para llevarte y tomar todo lo que es mío.

Ash dio rienda suelta a su furia, con lo que la temperatura de la habitación bajó en picado mientras yo empezaba a arrastrarme despacio hacia los cuerpos.

—Nada de esto era tuyo. Tú se lo robaste…

—A tu padre —intervino Kolis, justo cuando la luz de la luna centelleaba sobre el brazalete dorado de su bíceps—. Y supongo que crees que la historia se ha repetido, pero te equivocarías. Las brasas de vida no te pertenecen.

—¡Y *ella* no te pertenece *a ti*! —rugió Ash.

El aire volvió a enrarecerse. Yo me detuve, los brazos temblorosos. Una energía cruda y violenta impregnó la sala en ruinas. Se me puso la carne de gallina.

—¿Crees que te pertenece *a ti* solo porque la coronaste como tu consorte? —La risa de Kolis hizo que se me comprimiera el corazón. Unas espirales doradas de *eather* empezaron a girar en su pecho desnudo, donde la herida que Ash le había infligido ya había cicatrizado—. Si es quien dice ser, nunca fue tuya para coronarla.

Necesitaba ponerme en pie y conseguir una espada. Y necesitaba hacerlo rápido. Pero la cabeza aún me daba vueltas y notaba las piernas extrañas, como si estuviera desconectada de ellas. No era por el golpe en la cabeza, aunque eso no había ayudado. Era por la pérdida de sangre. Había perdido demasiada. Lo notaba en el esfuerzo que hacía mi corazón para bombear la sangre que quedaba en mi interior, en lo rápido que latía. Y tenía una sensación, un conocimiento instintivo, que me decía que si no tuviera las brasas, ya estaría inconsciente o muerta.

Mientras me ponía de rodillas, pensé que era extraño que lo que inevitablemente me mataría también me estuviese manteniendo con vida.

Kolis dio un paso adelante, sus labios demasiado perfectos curvados en una sonrisa.

—Nunca fue tuya, sobrino. Siempre ha sido mía.

La furia de Ash estalló. El aire que espiré formó una nubecilla de vaho mientras la energía cargaba el espacio una vez más. Ash se abalanzó sobre Kolis después de alzar el vuelo.

Todo lo que vi fue la mueca de desprecio de Kolis antes de que un *eather* ralo brotase del falso rey. Se elevó y adoptó su forma primigenia, creando un resplandor demasiado brillante y doloroso de contemplar durante más de unos instantes.

Ash y Kolis se enzarzaron en lo alto, muy por encima de mí, y fue como ver la noche y el sol estrellarse uno contra otro. Las sombras ribeteadas de *eather* y la intensa luz veteada de dorado y plateado giraban a velocidades vertiginosas, pero el viento había parado. Las nubes habían cesado su viaje a través del cielo. Todo… todo lo demás se había vuelto silencioso y quieto mientras mi pecho se contraía.

Guiñé los ojos y capté atisbos de los dos Primigenios entre las sombras y la luz del día. Cabello dorado, luego mechones castaños rojizos. Túnica negra, luego pantalones de lino blanco. Brazalete plateado y banda dorada, una que parecía destellar de color blanco cuando se movía el brazo. Puños. Cabezazos hacia atrás.

Los puñetazos volaban a diestro y siniestro.

Entonces, el remolino que los rodeaba se detuvo y el aire empezó a vibrar y a palpitar. Las brasas de mi pecho zumbaban…

Un fogonazo de *eather* surgió de Ash, golpeó a Kolis y separó a los Primigenios con brusquedad. El falso rey recuperó el equilibrio y volvió hacia Ash, su velocidad pasmosa. Un grito ronco y grave brotó de mi garganta cuando Kolis se estrelló contra Ash. El *eather* chisporroteaba y crepitaba a su alrededor mientras se elevaban.

Volvieron a bajar como un torbellino. Los observé con los ojos desorbitados, sin encontrarle sentido a lo que veía, hasta que uno de ellos se estrelló contra el suelo de baldosas y resquebrajó varios palmos del mármol a su alrededor. Solo cuando vi que la neblina negra sobrepasaba al resplandor brillante supe que Ash había estrellado a Kolis contra el suelo.

Sentí un estremecimiento de alivio cuando la esencia que rodeaba a Kolis se atenuó lo suficiente como para ver a Ash enderezarse. Pasó por encima de su tío y escupió una bocanada de reluciente sangre sobre el Primigenio antes de agacharse y agarrar a Kolis por la cabeza.

El falso rey se levantó a la velocidad del rayo, y Ash salió volando hacia atrás. El viento aumentó y revolvió mi pelo delante de mí. Varios relámpagos zigzaguearon por encima de mi cabeza y la incliné hacia el horizonte, hacia el oeste. No vi señales de *drakens*.

Tenía el corazón en un puño mientras Ash y Kolis luchaban a puñetazos y con estallidos de energía primigenia, sus cuerpos elevándose y bajando con gran rapidez. Me volví hacia donde yacían los guardias, pero la distancia que me separaba de ellos parecía insalvable. Sin embargo, necesitaba una espada. No estaba segura de lo que haría cuando la tuviera, pero tenía que hacer algo.

De repente, unas manos se posaron en la parte superior de mis

brazos. Solté un grito de sorpresa y el instinto se apoderó de mí. Intenté liberarme de inmediato. Mi mente sabía cómo hacerlo, había sido entrenada por los mejores, pero mi cuerpo no respondía con la suficiente rapidez. Me sentía lenta e inconexa, y lo único que parecía hacer era retorcerme como un gusano moribundo.

—Para —me bufó al oído una voz. Una que reconocí.

Attes.

La ira bulló en mi interior y di un tirón con todo el cuerpo hacia la derecha.

—Suelta… suéltame… maldito bastardo traidor.

El agarre de Attes se apretó y me hizo girar hacia un lado, de modo que acabamos cara a cara.

Entonces lo vi bien. No tenía buen aspecto. De la nariz, los ojos, las orejas y las comisuras de los labios le manaba sangre de un rojo azulado. La cicatriz poco profunda que discurría desde la línea de nacimiento de su pelo, cruzaba por encima del puente de su nariz y bajaba por su mejilla izquierda destacaba de un modo notable.

Maldita sea. Ese único fogonazo procedente de Ash le había hecho mucho daño.

—Escúchame —me dijo, gritando por encima del viento.

—Que te jodan. —Me incliné hacia atrás (o *caí* hacia atrás) al tiempo que le lanzaba una patada. Mi pie rebotó contra su pecho.

Attes se detuvo, arqueó las cejas.

—De verdad que tienes que ahorrar energías, Sera. Y escucharme.

Sí, claro, eso no iba a pasar.

—Nos… traicionaste —conseguí mascullar, mareada—. Después de que ayudara a Thad, tú… nos traicionaste…

El suelo tembló cuando Ash y Kolis impactaron contra algún lugar a nuestra derecha, sus cuerpos levantaron baldosas y enviaron mármol volando en todas direcciones.

Con una maldición, Attes se giró y tiró de mí hacia él para alejarnos de la lluvia de escombros. Levanté los brazos, hundí los dedos en su pelo y tiré con fuerza. Era un movimiento de cobarde. Lo sabía, pero era lo mejor que podía hacer en ese momento.

Attes gruñó enseñándome los dientes… los colmillos. Dio un tirón con la cabeza y sentí un arrebato de satisfacción salvaje cuando vi mechones de pelo castaño dorado entre mis dedos.

—Maldita sea —gruñó—. Para…

Enrosqué los dedos y apunté a ese maldito hoyuelo.

—Sé lo que he hecho. —Me agarró de la muñeca. El *eather* daba latigazos en sus ojos mientras Ash y Kolis volvían al cielo—. No hay tiempo para hablar de ello ni para que busques venganza. —Me quedé boquiabierta—. Kolis matará a Ash —dijo Attes, con nuestras caras a escasos centímetros de distancia—. No lo hará a propósito, y no será

porque no quiera. Es por lo que pasará si lo hace. —Algo húmedo golpeó mi mejilla y luego mi brazo—. Ash no es lo bastante poderoso para derrotar a Kolis y a sus *drakens*, que vendrán hacia acá en el momento en que perciban que Kolis corre verdadero peligro. Ash morirá.

Jadeando, miré al Primigenio que había entrado en la oficina de Ash como si no tuviese ni una preocupación en la vida. Que había coqueteado mientras entregaba el mensaje de Kolis y se había burlado mientras preguntaba por los movimientos de las fuerzas de las Tierras Umbrías hacia las fronteras de la corte que compartía con su hermano, Kyn. Ash no había confiado del todo en él, pero había habido algo entre ellos. No exactamente una amistad, pero tal vez un entendimiento.

Y nos había traicionado.

Seguramente había estado al tanto de que Kolis me había ordenado asesinar a ese pobre *draken*, y era muy probable que le hubiese dicho a Kolis que yo había traído a Thad de vuelta.

El acto que el falso rey había estado esperando que yo completara, pues era la prueba de que las brasas habían madurado lo suficiente como para ser transferidas.

Algo salpicó la mano que Attes sostenía entre nosotros. La gota era de un brillante color azul rojizo.

Sangre primigenia.

Contuve la respiración de pronto, sobresaltada.

—Tienen que parar —insistió Attes—. Y a la única persona a la que escucharán es a ti.

No estaba tan segura de eso. Kolis no parecía del tipo que escucha a nadie. Y era probable que Ash hubiese perdido ya la capacidad para escuchar. Estaba atrapado en un ciclón de furia que había estado creciendo durante *siglos*. No se trataba solo de mí. Se trataba de su madre, a quien Kolis había asesinado cuando Ash todavía estaba en su vientre. Se trataba de su padre, a quien Kolis había matado y cuya alma aún conservaba. Se trataba de todas las vidas tatuadas en la piel de Ash y que Kolis le había quitado o le había obligado a quitar.

Pero Attes, bastardo o no, decía la verdad.

Kolis *sí* que mataría a Ash.

Y la muerte de Kolis o de Ash destruiría no solo el mundo mortal, sino también Iliseeum y a todos los Primigenios. Del todo. Ni siquiera estaba segura de si los *drakens* podrían sobrevivir. Quizá solo quedaran los *Arae*, los Hados.

Pero no me importaba ninguno de ellos. Solo me importaba Ash. Así que tenía que intentarlo. Pero ¿cómo? Seguían luchando, con estallidos de *eather* alternos. El resplandor que envolvía a Kolis se había desvanecido, por lo que ya no era doloroso mirarlo. Las sombras

se habían vuelto menos densas alrededor de Ash. Ni siquiera sabía qué planeaba hacer si llegaba hasta una de las espadas.

Mi mirada voló hacia las dagas en las caderas de Attes, y pensé… pensé que tal vez sabía cómo hacer que Kolis se detuviera.

Empecé a levantarme, sobre unas piernas que parecían la gelatina en la que a mi hermanastra Ezra le gustaba bañar sus bollos.

—Ayuda… ayúdame a levantarme. —Se me calentaron las mejillas de la vergüenza, lo cual era una estupidez dada la situación—. No… no puedo hacerlo.

Con el rostro crispado, Attes vaciló. Estaba claro que no se fiaba de mí. Y no debería. Porque si vivía más que esta noche, encontraría la manera de hacerle cosas terribles al muy capullo.

Pero también porque había mentido… bueno, en parte. Podía mantenerme en pie, pero también sabía el esfuerzo que supondría, y que eso me dejaría frita. Estaba haciendo lo que Attes había sugerido: ahorrar energías.

Al cabo de un instante, se inclinó hacia mí y cambió su agarre de mi muñeca a los hombros. Se incorporó y tiró de mí para levantarme con él.

—¿Aguantas en pie?

En realidad, no sentía el suelo bajo mis pies.

—Sí.

—Bien. —Los ojos de Attes buscaron los míos, su expresión tensa con lo que parecía preocupación. Tenía que estármelo imaginando—. Entonces, ¿cuál es el…?

Me moví tan deprisa como pude, que no era demasiado deprisa en absoluto. Me sorprendió poder agarrar el mango de una de sus dagas de piedra umbra antes de que él pudiera impedírmelo. Acababa de agarrarlo desprevenido.

—Joder, ¿estás de broma? —exclamó Attes, mirando con suspicacia la daga que le había quitado—. ¿Es que no he sido lo bastante claro?

—Cálmate. —Aspiré una bocanada de aire escasa y mi pecho… oh, santo cielo, lo notaba extraño. Como si estuviese suelto—. Contigo, no me merece la pena… hacer el esfuerzo.

Una expresión de sorpresa cruzó su cara. No se había esperado esa respuesta.

Sintiéndome de lo más pesada, me giré hacia donde habían aterrizado los dos Primigenios. Cada uno tenía las manos cerradas alrededor del cuello del otro, y sus dedos disparaban ráfagas constantes de *eather*.

—¡Parad! —grité, y di un paso adelante.

Ninguno de los dos me oyó, o si lo hicieron, me ignoraron. Sus venas estaban iluminadas desde el interior y, si no hubiesen estado en

proceso de matarse el uno al otro, habría pensado que estaban extrañamente hermosos.

También supe que era probable que no me estuviese llegando suficiente sangre al cerebro.

Me invadió el pánico mientras chillaba una y otra vez. Sentí que oscilaba sobre los pies, y Attes, el muy bastardo, me ayudó a mantener el equilibrio. Mi corazón empezaba a latir más despacio, y sospeché que eso no era bueno. Sobre todo cuando la oscuridad iba avanzando por los bordes de mi visión. No tenía ni idea de cómo yo, una mortal, podía conseguir que dos dioses primigenios…

Aunque yo no era del todo mortal.

Ya no.

Las brasas de vida habían cambiado eso, las brasas de esencia primigenia.

Me hormigueaba la parte de atrás del cráneo y mi mente corría a toda velocidad. El poder que podían manifestar las brasas estaba conectado al hecho de que yo sintiese emociones extremas, igual que un dios o un Primigenio cuando se acercaban al momento de su Ascensión. Ash había intentado que brotase de mí de manera intencionada. Aunque la cosa no había funcionado demasiado bien.

Pero era extraño. Mientras estaba ahí plantada, el pecho extrañamente suelto, como si estuviese desconectada de mí misma, de repente supe por qué las brasas no se habían avivado.

Había nacido con ellas en mi interior, pero nunca las había considerado *parte* de mí. Me había limitado a ser un recipiente. Un sitio donde esconderlas y guardarlas. Eso era lo que había pretendido Eythos, el padre de Ash.

Pero ese ya no era el caso. Las brasas eran parte de mí. Y ahora mismo, eran mías.

Antes, no había comprendido eso del todo. No me lo había creído hasta ahora.

Aspiré una bocanada de aire más profunda, más lenta, y me concentré en el palpitar de mi pecho. Las brasas se removieron y luego se avivaron cuando invoqué al *eather*, cuando eché mano de él.

—Por los Hados —susurró Attes.

Lo que vino después simplemente sucedió, casi como cuando Rhain me habló del trato que Ash había hecho con Veses. Excepto que esta vez era muy consciente de que la esencia estaba saliendo a la superficie. Yo la controlaba y, cuando la utilicé, no pensé en cómo. Fue solo instinto, antiguo y primordial.

La esencia primigenia se filtró en mis venas, caliente y suave, y cuando volví a hablar, noté el poder en la palabra.

—*Parad.*

No me había dado cuenta de lo que había hecho hasta que tanto

Ash como Kolis se detuvieron y sus rayos de *eather* chisporrotearon para apagarse a medio fogonazo.

Había empleado la coacción. Con los dos Primigenios vivos más poderosos.

—Por todos los Hados —susurró otra vez Attes con voz ronca, claramente conmocionado. Ash y Kolis giraron la cabeza hacia mí.

Yo también estaba sorprendida. No me había esperado eso, pero dejé mi asombro a un lado porque, aunque había sido capaz de hacerlo, ya sentía cómo se debilitaban las brasas. Sí, eran parte de mí, pero yo me estaba muriendo. Así que *ellas* también estaban muriendo. Tenía que darme prisa. Di un paso al frente e hice lo único que se me ocurrió.

Yo le importaba mucho a Ash. Si fuese capaz de hacerlo, me querría. Él mismo había dicho más o menos eso cuando hablamos con Delfai, el dios de la Adivinación. Pero Ash había hecho que le extirparan el *kardia*, la parte del alma que tenían todos los seres vivos y les permitía amar de manera irrevocable a alguien que no fuese de su sangre y los capacitaba para hacer cualquier cosa por esa persona. La diosa Penellaphe había dicho que hacerlo debía de haberle causado a Ash un dolor increíble. Para mí, simplemente era muy trágico. Ash lo había hecho para intentar protegerse de su tío y proteger a cualquiera al que pudiera amar.

Kolis era un bastardo retorcido y malvado, y yo no creía que lo que sentía por Sotoria fuese amor en absoluto. Era más como una obsesión. Pero él seguía en posesión de su *kardia* y *creía* estar enamorado de ella. Si eso fuese cierto, haría cualquier cosa por ella.

Y él creía que yo era ella.

Con el corazón en la boca, llevé la daga a mi cuello.

—Jodidos Hados —masculló Attes detrás de mí en voz baja—. Eso no era lo que tenía pensado.

—Dejad de pelearos —repetí, haciendo caso omiso del Primigenio de la Guerra y la Concordia—. Hacedlo por mí. Por favor.

Estaba concentrada en Kolis, le hablaba directamente a él, pero Ash reaccionó primero.

Las sombras menguantes que giraban a su alrededor y en su interior se desvanecieron. Sendos hilillos de sangre manaban de sus labios entreabiertos y de su nariz. Ya le estaba aflorando un moratón en la mandíbula y su túnica estaba chamuscada por algunas partes, revelando piel quemada debajo. Pero fueron sus ojos los que hicieron que me diera un vuelco al corazón. Estaban muy abiertos, aterrados, las hebras de *eather* inmóviles.

Kolis fue más lento en reaccionar, y el resplandor dorado solo se atenuó lo suficiente para que sus rasgos se volvieran visibles debajo de él. No estaba en mucho mejor estado que Ash. También tenía el pecho

quemado y estaba hecho un desastre ensangrentado.

—Sera —murmuró Ash con voz ronca y pastosa. Levantó las manos a media altura—. ¿Qué estás haciendo?

Tragué saliva, el estómago lleno de nudos de ansiedad, pero mi mano se mantuvo firme.

—Dejad de pelearos o me cortaré el cuello.

Kolis bajó la barbilla a toda velocidad.

—No harás tal cosa.

Apreté la punta de la hoja contra mi piel hasta sentir un pinchazo doloroso. De repente, Ash… por todos los dioses, dio la impresión de no tener ningún control sobre su cuerpo. Dio un paso brusco hacia atrás.

—Sí —insistí, sin apartar los ojos de sus pechos. No me fiaba de que alguno de los dos pudiese utilizar la coacción, pero evitar mirarlos a los ojos les impediría hacerlo. Aunque no del todo—. Lo haré. Y como *crea* siquiera que uno de vosotros está a punto de emplear la coacción, lo haré.

—Sera —repitió Ash—. Baja esa daga. —Dio un paso al frente y parecía haber olvidado a Kolis por completo mientras su pecho subía y bajaba acelerado—. Por favor.

Aspiré una bocanada de aire brusca, mi mano temblorosa ahora.

—Lo haré… —Solté una exclamación ahogada cuando un repentino fogonazo de dolor cortó a través de mi cuello. Alguien me había arrancado la daga de los dedos.

Ash gritó y el miedo en su voz… por todos los dioses, era palpable. Supe de inmediato que había cometido un grave error.

Oh, por todos los dioses.

Había subestimado lo que harían y no harían. Había pensado que podría distraer a Kolis. Que sería vulnerable a su amor, a su obsesión por Sotoria.

Pero también había distraído a Ash.

La daga que había estado sujetando contra mi cuello estaba ahora en la mano de Kolis.

El falso Rey de los Dioses era rapidísimo. Giró en redondo y estampó la daga contra el pecho de Ash.

Directa a su corazón.

# Capítulo 3

El golpe que asestó Kolis hizo que Ash se tambalease hacia atrás. Me invadió una sensación de horror.

La hoja de la daga era solo piedra umbra. Debería tener poco efecto sobre un ser tan poderoso como un Primigenio, pero las numerosas heridas desperdigadas por el cuerpo de Ash lo habían debilitado. Eso estaba claro.

Ash consiguió mantener la vertical a duras penas. Alargó la mano hacia el mango de la daga mientras se tambaleaba hacia delante otra vez, los ojos muy abiertos y fijos en mí y en el calor mojado que sentía gotear por mi cuello. Ash cayó al suelo… oh, por todos los dioses. Cayó de rodillas.

—Corre —boqueó, al tiempo que se doblaba hacia delante y apoyaba una mano en el suelo.

Un sonido agudo y aterrado estalló en mis oídos. Era un grito. *Mi* grito. Las brasas revolotearon, se avivaron unos instantes, pero luego se apagaron. La presión aumentó en mi pecho y en mi cabeza, y enseguida se convirtió en un peso insoportable. Empecé a caminar hacia Ash, pero no llegué hasta él. Mis piernas cedieron y caí al suelo agrietado. Un millón de estrellitas brotaron en mis ojos.

Con un gruñido, Kolis agarró un puñado del pelo de Ash para tirar de su cabeza hacia atrás. La daga seguía clavada en su pecho, en su corazón.

—Te ofrecí gracia.

—Parad —murmuré con un hilillo de voz, los dedos clavados en las baldosas del suelo mientras me arrastraba hacia delante sobre la barriga.

Kolis tiró a Ash de espaldas.

—Y tú me la has tirado a la cara.

Con brazos y piernas temblorosos, logré ponerme de rodillas.

—Por favor —conseguí decir, la sangre goteando sobre el suelo debajo de mí—. Parad… —Se me cerró la garganta, lo cual me impidió decir nada más.

—Tú, de entre todas las personas, eres el que mejor debería saber cómo tratar conmigo. —Kolis levantó la pierna y luego bajó el pie sobre el mango de la daga.

Todo el cuerpo de Ash dio una sacudida.

Una mano se plantó delante de mi boca para silenciar mi siguiente

grito.

—Escúchame —me bufó Attes al oído—. Ash sigue vivo. Una hoja de piedra umbra no lo matará. Solo está debilitado por haber peleado con Kolis. Pero si sigues gritando, entonces Kolis *sí* que lo matará.

Kolis estampó el pie sobre la daga una vez más y lo sentí… hubiese jurado que sentí el golpe en mi pecho. Mi cuerpo entero dio una sacudida.

Me daba la sensación de que todo pasaba y giraba por delante de mí a gran velocidad. La habitación, las palabras de Attes. Lo que veía. Forcejeé contra el agarre del Primigenio de la Guerra y la Concordia, desesperada por llegar hasta Ash. Kolis estaba… oh, por todos los dioses, extrajo la daga y luego la clavó otra vez en el pecho de Ash. Sufrí un espasmo, rápido y brusco. Todos mis músculos se quedaron inertes de golpe. Sin vida.

Attes maldijo en voz baja mientras me cambiaba de postura en sus brazos.

—¿Sera? —Unos brillantes zarcillos de *eather* centellearon en sus ojos— ¿Sera?

Tenía la boca abierta, pero solo el más fino hilillo de aire entraba en mis pulmones, y se oían unos espantosos golpes sordos y un sonido mojado y carnoso. Pugné por respirar, por girar la cabeza hacia Ash.

Todo lo que vi fue el brazo de Kolis que no dejaba de subir y bajar. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. Una daga empapada de sangre centelleó a la luz de la luna.

Grité. Sabía que lo había hecho, aunque no salió sonido alguno. Grité y grité, sin dejar de temblar.

—Joder. —Attes levantó la cabeza a toda velocidad—. ¡Kolis! Necesita tu ayuda —gritó, su piel más fina ahora y toda muestra de respeto olvidada ya—. Maldita sea, escúchame. Sotoria está a punto de morir.

*Pum. Pum. Pum.*

—Si permites que eso ocurra, la perderás. ¿Me oyes? —Attes apretó los ojos con fuerza y me pareció ver pánico cruzar por su rostro, aunque tampoco estaba tan segura de lo que veía. No lograba enfocar los ojos—. Perderás a tu *graeca*.

Los horrorosos golpes cesaron.

—No —graznó Kolis—. *No*.

Me envolvió un tenue olor a vainilla y lilas (lilas marchitas), y entonces Attes ya no me estaba agarrando.

Kolis me tenía entre sus brazos. Me levantó cuando se puso en pie, mi cabeza rodó flácida.

—Metedlo en las celdas —ordenó—. Me encargaré de él cuando regrese.

Si dijeron algo más, no lo supe. Una ráfaga de viento sopló a

nuestro alrededor y fui vagamente consciente de que el cálido aire nocturno acariciaba mi piel.

Traté de abrir los ojos, pero ya no respondían a mis órdenes. La oscuridad me asfixiaba, me sofocaba. Mis respiraciones eran superficiales, bruscas, y mi corazón se aceleró antes de empezar a trabarse. Tiempo. Se aceleraba y luego se ralentizaba, y me permitía existir solo en esos huecos demasiado largos entre los latidos de mi corazón y el incesante rugido del viento.

No quería morir.

Así no.

No sola en la oscuridad con este monstruo.

Quería estar con Ash, en sus brazos en mi lago, como él me había prometido que estaríamos cuando llegase mi hora.

Esto no estaba bien.

*No es justo*, hubiese jurado que oí susurrar a Sotoria, sus pensamientos mezclados con los míos por un instante.

Las brasas de vida vibraban como locas. El pánico surgió como un animal atrapado en una jaula, estaban desesperadas por liberarse, pero no había escapatoria.

La muerte siempre había sido inevitable.

Percibí que habíamos dejado de movernos, dejado de sombrambular. La palma de una mano presionó sobre el centro de mi pecho, y mi respiración, mi corazón, se entrecortaron cuando una extraña sensación cosquillosa me recorrió de arriba abajo.

Después, no hubo nada.

*

Ash.

Eso fue lo primero que pensé cuando recuperé el conocimiento. La batalla entre Kolis y él, la daga que lo había golpeado, que se movía arriba y abajo, arriba y abajo, apuñalando el cuerpo de Ash.

Mis ojos se abrieron, como platos. El cielo en lo alto estaba bañado en luz estelar y aspiré grandes bocanadas de aire húmedo y salado que se convirtieron en respiraciones ralas que apenas hicieron nada por aliviar la constricción de mi pecho. El zumbido de mis oídos se retiró un poco y oí voces que provenían de todas direcciones. Nos seguían unos susurros y tuve la vaga impresión de gente que se arrodillaba, capté un atisbo de luces centelleantes dentro de edificios de piedra caliza y estructuras más grandes en la distancia. Sin embargo, no podía estar segura. Todo lo que sabía era que todavía me transportaban mientras pugnaba por respirar.

Ash.

No sabía dónde estaba yo ni dónde lo habían llevado a él. Tenía un

vago recuerdo de oír algo sobre una celda. Y antes de eso, el sonido de unos golpes mojados y carnosos y el destello de una daga empapada de sangre.

Oh, por todos los dioses.

La periferia de mi visión se puso blanca. Sentía que no podía respirar…

—Cálmate —me ordenó desde más arriba una voz llena de calor amargo y rayos de sol fríos.

Sorprendida, mi mirada voló hacia unos ojos plateados salpicados de motas doradas. Kolis giró la cabeza y unas estelas y espirales rutilantes se agitaron bajo la piel de sus mejillas. Un escalofrío rodó por mi interior.

—Vivirás —sentenció Kolis, bajando la vista hacia mí—. Siempre que seas quien dices ser.

Nada en sus palabras hizo que me resultase más fácil respirar. A cada segundo que pasaba, me daba la sensación de que mis pulmones se encogían. Mi corazón ya no palpitaba sin fuerza. Corría a toda velocidad, saltándose incluso algunos latidos. Una intensa energía estática enturbiaba los bordes de mi visión mientras intentaba recordar lo que me había enseñado Holland, lo que me había enseñado Ash. *Inspira. Contén…*

El suelo se movió debajo de nosotros, la tierra se convirtió en arena. Los pasos de Kolis se ralentizaron, su agarre cambió. Me llegó un sonido rítmico, el suave ir y venir de las olas que lamían una orilla. Mi cabeza resbaló, mi mejilla se frenó con el brazalete dorado que rodeaba su bíceps. Por un momento, olvidé que me estaba asfixiando para contemplar el rielar de la luna que se reflejaba sobre el enorme mar teñido de medianoche.

Kolis se había detenido al borde de una arena nacarada, pero no había una inclinación gradual hacia el agua como había en las playas del mar Stroud. Esta era una caída a pico sin un fondo a la vista. Y algo se movía en el agua.

Nadaban en círculo, por encima y por debajo los unos de los otros. Docenas, quizá cientos de ellos. Sus poderosos brazos y sus cuerpos esbeltos y desnudos eran mitad piel y mitad escamas, y creaban unas corrientes feroces bajo la superficie. Las colas de los más próximos a mí lucían radiantes a la luz de la luna: azules vívidos y centelleantes, rosas intensos, verdes oscuros con vetas de amarillo brillante.

Por todos los dioses, tenían que ser *ceerens*.

—¡Phanos! —rugió Kolis.

Di un respingo cuando la onda expansiva de su grito golpeó el agua y desperdigó a los *ceerens* hacia las partes más profundas del mar. Su frenética huida removió las tranquilas aguas. Pequeñas olas de cresta blanca se propagaron por la superficie y una forma apareció

entre los *ceerens*.

Todo su cuerpo se agitaba como una ola, propulsado por el rápido movimiento ondulante de la gran aleta al final de su cola. Más rápido que los otros, nadó hacia la superficie.

A medida que se acercaba, un rayo plateado brotó de su mano para formar una lanza larga con tres puntas en un extremo. Un tridente.

Uno hecho de *eather*.

Phanos, el Dios Primigenio de los Cielos y los Mares, brotó del mar envuelto en un torrente de agua; el tridente escupía chispas de ámbar contra la cálida piel marrón oscura de sus hombros y su ancho pecho. Debajo de él, su cola ondulante lo mantenía en el sitio, y los *ceerens* se calmaron lo suficiente para que pudiese ver que había otros pequeños más abajo. Crías que todavía nadaban adelante y atrás, que aparecían un instante antes de escabullirse detrás de las colas de otros *ceerens* más mayores.

Los ojos de Phanos estudiaron a Kolis, luego a mí. A la brillante luz de la luna, los apuestos rasgos de su cara se tensaron. Inclinó la cabeza.

—Majestad.

Kolis se arrodilló. Mis pantorrillas se deslizaron sobre arena áspera y templada. No me soltó, pero se limitó a sujetar la mitad superior de mi cuerpo erguida contra su pecho.

—Necesito tu ayuda. Ha perdido demasiada sangre.

Phanos posó los ojos en mí y su mirada se demoró en mi cuello.

—Corregidme si me equivoco, pero ¿no es esa la consorte de Nyktos?

—Sí —boqueé. O *creí* que lo hacía. No podía estar segura. Notaba la lengua pesada e inútil.

—Eso es irrelevante —repuso Kolis.

—Tal vez para vos. Pero yo sentí la pérdida de uno de nuestros hermanos, y el ascenso de una nueva… hermana. Todos nosotros lo hicimos. —La mirada de Phanos se deslizó más allá de nosotros, y oí unas pisadas que se retiraban. Sus ojos volvieron a mí—. ¿Fue debido a ella?

—Haces demasiadas preguntas —gruñó Kolis, y su voz suave se tornó más ruda—. Y yo tengo muy poca paciencia para contestarlas.

—Me disculpo, mi rey. —Phanos hizo una leve reverencia con la cabeza—. Pero no quiero tener problemas con Nyktos.

—En estos momentos, mi sobrino no supone ninguna amenaza para nadie —declaró Kolis, y sentí como si mi corazón se retorciese hasta que no quedó nada de él—. Sin embargo, incluso tú deberías estar más preocupado de incitar mi cólera que la de Nyktos —lo advirtió Kolis, y una amargura fría llenó su tono mientras un *eather* ribeteado de dorado brotaba de él. Hice una mueca cuando la esencia

resbaló inofensiva por mi piel antes de derramarse por la arena—. ¿O tengo que recordártelo?

Phanos miró con suspicacia los zarcillos de *eather*, que se detuvieron justo antes de llegar al agua, donde se encresparon y se enroscaron como víboras a punto de atacar. Me estremecí al verlos, pues no tenía ni idea de lo que ocurriría si el *eather* llegase al agua. Fuera lo que fuere, me daba la impresión de que sería algo terrible.

Phanos abrió mucho las aletas de la nariz y luego el tridente se desintegró hasta desaparecer de su mano.

—No, no tenéis que hacerlo.

—Bien. —La voz de Kolis sonaba cálida una vez más; amable, incluso. La forma en que pasaba de una actitud a otra en un instante era inquietante—. Ella no puede morir. Necesito que te asegures de que eso no suceda.

Me invadió la confusión. Entre la pérdida de sangre y mi preocupación por Ash, a mi cerebro desconcertado le estaba costando procesarlo todo, y muchas cosas eran difusas. Pero incluso en este estado, no tenía ni idea de cómo podía ayudar Phanos.

—Si no queréis que muera, ¿no podéis hacer lo que habéis hecho con los otros? —preguntó Phanos—. Convertirla en uno de vuestros Retornados. Es una divinidad, ¿no es cierto? Así que no debería ser un problema, ¿verdad?

Solo que yo no era una divinidad, la hija de un mortal y un dios, aunque así era como me *percibían* los dioses y los Primigenios a causa de las brasas. Fuera como fuere, estaba claro que Phanos estaba al tanto de lo de los Retornados. A lo mejor todos los Primigenios lo estaban, excepto Ash. Sin embargo, Phanos no sabía lo de las brasas.

No estaba segura de qué pensar el respecto. ¿Habría algo que ganar? La verdad era que ni se me había ocurrido pensar que Kolis pudiese convertirme en lo que fuese que fueran los Retornados. ¿Podía hacerlo siquiera? ¿Qué supondría ese…?

—Ellos son solo muerte renacida —contestó Kolis, la calidez de su voz un poco más tensa—. Y no puedo arriesgarme a que roben su alma en el proceso del renacimiento.

Ocurrieron dos cosas al mismo tiempo. Una, me di cuenta de que un Retornado tenía que morir para convertirse en uno. ¿Y lo segundo? Phanos sabía muy bien por qué estaba Kolis ahí.

—¿Es ella? —susurró—. ¿Vuestra *graeca*?

Un fogonazo de ira iluminó mis entrañas y sustituyó de manera temporal a la frialdad que parecía haber invadido cada rincón de mi ser. Las palabras abrasaban mi lengua y todo lo que ansiaba era que salieran por mis labios. No era su *graeca*. Tampoco era Sotoria. Ninguna de las dos le pertenecíamos. Intenté que mi boca se moviera, igual que había hecho antes cuando les grité a Ash y a Kolis, pero las

brasas se limitaron a chisporrotear sin fuerza, y todo lo que conseguí fue emitir una especie de gimoteo.

—Ella… eso creo. —Los dedos de Kolis se apretaron sobre la piel de mi brazo y de mi cadera—. Estoy reteniendo su alma en su cuerpo. No estoy seguro… —Vaciló un instante, el peso de sus palabras una admisión susurrada—. No estoy seguro de cuánto tiempo más podré hacerlo.

Pensé en la sensación de hormigueo que había sentido cuando él había puesto su mano sobre mi pecho. ¿Había sido eso? ¿El momento en que había agarrado mi alma… *nuestras* almas?

La sorpresa onduló a través de mí. El dios Saion había pensado que Kolis no conservaba el poder suficiente para invocar a un alma como podía hacerlo Ash. ¿Significaba esto que todavía había unas brasas de vida en su interior? ¿O sería solo un producto secundario de las verdaderas brasas de la muerte? No estaba segura, pero explicaba por qué seguía viva… bueno, apenas.

—Sabéis lo que me estáis pidiendo —murmuró Phanos en voz baja, y una ráfaga de viento azotó el agua y revolvió las puntas de mi pelo por encima de la arena.

—No te lo estoy pidiendo.

Se me puso la carne de gallina, inquieta cuando Phanos ladeó la cabeza. Un músculo palpitaba en su mandíbula. A continuación, se sumergió en el agua. Un instante después, los *ceerens* se quedaron muy quietos. Los más pequeños, los niños, nadaron más y más profundo, hasta desaparecer de la vista.

Phanos volvió a la superficie entonces, a un palmo o así de la arena. El agua resbaló por la piel suave de su cabeza y bajó rodando por su pecho. Sin decir ni una palabra, extendió los brazos hacia nosotros.

Kolis vaciló un instante. Al principio no se movió, después me levantó una vez más.

—Si muere, destruiré tu corte entera —juró, al tiempo que me entregaba al Primigenio que no se había acercado a Ash ni a mí durante mi coronación.

Una vez más, el pánico se apoderó de mí cuando Phanos me tomó en sus brazos y las brasas que había en mí se avivaron unos instantes. Mi corazón aporreó mis costillas, pero me dio la impresión de sentir que el pecho de Phanos se hinchaba con brusquedad contra el mío. El agua cálida y como efervescente lamió mis piernas y, en un abrir y cerrar de ojos, todo mi cuerpo por debajo del pecho estaba sumergido en el agua. El poco aire que lograba inspirar se atascó en mi garganta. Me encantaba estar en mi lago, allá en el mundo mortal, y disfrutaba chapoteando en el estanque de Ash, pero no sabía nadar. Y esto… esto era el mar y un Primigenio me estaba sumergiendo en él.

—Nyktos me quitó una vez lo que me pertenecía. —Mis ojos como platos y mi mirada aterrada saltaron del cielo cubierto de estrellas a Phanos. Estaba hablando de Saion y Rhahar—. Debería alegrarme de ver que le quitan algo a él. —Con su voz suave como una pluma, costaba oírlo por encima de las aguas agitadas—. Pero no encuentro alegría alguna en esto. —Unas hebras de *eather* plateado brotaron en sus ojos—. Percibo tu pánico. No hay ninguna necesidad de eso. ¿Qué sentido tendría hacerte daño cuando ya te estás muriendo?

¿Cómo demonios se suponía que iba a ser eso ni remotamente tranquilizador, ni en este mundo ni en ningún otro?

Un lado de los labios de Phanos se curvó hacia arriba.

Ahora que lo pensaba mejor, no creí que tuviera intención de que lo que decía fuese tranquilizador en absoluto.

—Te encuentras en aguas de las islas Triton, cerca de la costa de Hygeia —continuó Phanos—. ¿Sabes lo que significa eso? Por supuesto que no. La mayoría de los otros Primigenios no son conscientes siquiera, incluido Nyktos. —Phanos se alejó aún más de la orilla—. Me pregunto si te hubiese traído ya aquí de haberlo sabido.

La verdad era que no seguía en absoluto lo que me estaba diciendo. Lo único que podía pensar era en lo profunda que debía de ser el agua ahí.

—El agua es la fuente de toda vida y curación. Sin ella, ni siquiera el Primigenio de la Vida tendría poder… si es que ese poder pudiese tenerse. —Esbozó una sonrisa irónica, sin humor alguno—. Los nacidos aquí, los *ceerens*, llevan esa fuente en su interior. Es un don que cura, igual que lo hace el agua.

Sus ojos conectaron con los míos y oí… unas voces cantar. Unas notas suaves en un idioma desconocido. El *eather* había dejado de girar en los ojos de Phanos y pensé que quizá viese una sombra de tristeza en ellos. Pero tenían que ser imaginaciones mías. Este era el mismo Primigenio que había inundado el reino de Phythe porque lo habían insultado.

—Para la mayoría de las personas en tu… estado, esto proporcionaría una cura. Pero ¿en tu caso? No eres ninguna divinidad, consorte. Las sentí en el momento en que nuestras pieles se tocaron. —Phanos agachó la cabeza para susurrarme al oído—: Las brasas de poder primigenio. Unas brasas fuertes. Demasiado fuertes para una mortal, y eso es lo que eres. —El puente de su nariz rozó la mía—. O *eras*.

Esa sensación asfixiante de impotencia bulló en mí y me incitó a apartarme de golpe. No tenía ni idea de lo que Phanos pensaba hacer. Cualquier Primigenio podía intentar tomar las brasas, igual que había hecho Kolis con Eythos, y ¿qué podía hacer yo para impedirlo? Nada. Mis dedos, lo único que era capaz de mover, se enroscaron contra las

palmas de mis manos. No estaba acostumbrada a no poder defenderme. La sensación me daba ganas de arrancarme la piel de los huesos. La furia se debatió en mi interior y se estrelló contra mi pánico hasta que la desesperación me asfixió.

—Tienes brasas de vida en tu interior. Lo cual significa que Eythos le ha asestado el golpe final, quizás el golpe ganador, a su hermano, ¿no crees? —Phanos miró de reojo hacia la orilla, y las hebras de *eather* en sus ojos ardían tan brillantes como la luna. Soltó una risita grave—. Ah, siempre has sido su debilidad, ¿verdad? Podría llevarme esas brasas yo mismo.

Levanté la vista hacia él mientras me preguntaba si no sería mejor que Phanos hiciera justo eso. Aunque dado cómo había inundado un reino en el mundo mortal debido a la cancelación de una tradición en su honor, era probable que no.

—Pero entonces tendría que enfrentarme a Kolis *y* a Nyktos, y es muy probable que este último estuviera tan enfadado como el primero, al menos según lo que vi en tu coronación. No soy ningún tonto. —Nos hizo girar en el agua, de modo que diese la espalda a la orilla. Su frente mojada rozó la mía—. Lo que te está matando va más allá de la mera pérdida de sangre y no puede eludirse, consorte. Solo puede retrasarse, sin importar lo alto que sea el precio y la frecuencia con que se pague.

¿Un precio alto? ¿Qué…?

—Cuando todo esto esté hecho y sigas respirando… —el puente de su nariz rozó la mía otra vez—, recuerda los regalos que se te conceden esta noche.

Antes de que pudiese procesar siquiera lo que había dicho, las aguas revueltas subieron por encima de nuestras cabezas y nos sumergimos bajo la superficie. La boca de Phanos se cerró sobre la mía y todo mi cuerpo se puso rígido al sentir su contacto. Sin embargo, no me besó. Respiró dentro de mi boca, mientras las varias capas de mi vestido flotaban a mi alrededor y mis brazos nos seguían al hundirnos. El aliento de Phanos era frío, fresco y poderoso, como tragarse el viento.

Sus brazos se relajaron a mi alrededor y me escurrí de su agarre. Mis ojos muy abiertos volaron de un lado para otro en esa agua brumosa, y continué hundiéndome hasta que…

Unas manos se cerraron en torno a mis tobillos para arrastrarme hacia abajo. Mi boca se abrió en un grito que lanzó un rugido de burbujas que subió a toda velocidad por el agua. Unos dedos presionaron contra mi cintura y me hicieron girar. De repente, había una mujer delante de mí, su largo pelo oscuro enredado con mis mechones mucho más claros. Se inclinó hacia mí, las escamas de su cola ásperas contra la piel de mis piernas. Sus ojos eran del color del

mar Stroud durante el verano a mediodía, de un asombroso tono similar al del cristal marino. Su pecho desnudo presionó contra el mío cuando me agarró de las mejillas. Igual que había hecho Phanos, puso su boca sobre la mía y exhaló. El aliento era fresco y dulce, y bajó a raudales por mi garganta.

La *ceeren* me soltó y se alejó de mí flotando, sus ojos se cerraron y nuestro pelo se separó. No cayó hacia el fondo. *Subió*.

Una mano en mi hombro me hizo girar de nuevo. Un hombre con los mismos ojos verdiazulados y piel rosa agarró mis mejillas para pegar su boca a la mía mientras unos brillantes rayos de luz de luna se deslizaban sobre nosotros. Él también me infundió ese aire fresco, dulce y frío para llenar mis pulmones. Sus manos resbalaron de mí como las de la primera *ceeren*, y entonces me agarró otra, esta con pelo casi tan pálido como el mío. Sus labios se encontraron con los míos, su aliento me llenó, y las dos nos alejamos flotando de la luz de la luna para adentrarnos en las sombras. La *ceeren* flotó hacia arriba a medida que llegaba otro y luego otro más. Había muchísimos, y cada vez nos llegaba menos luz de luna. Había perdido la cuenta de cuántos habían presionado sus labios contra los míos y habían exhalado en mi boca, pero con cada respiración, me sentí diferente. La frialdad en mi interior se atenuó y la tensión en mi pecho y en mi garganta se alivió. Mi corazón se saltó varios latidos y después empezó a latir con regularidad. El palpitar errático de mi pulso se ralentizó y el sonido por fin llegó a mis oídos. Miré a mi alrededor y vi a los *ceerens* en las sombras de las oscuras aguas. Eran ellos. Estaban cantando como lo habían hecho los que estaban en tierra. No entendía las palabras, pero era una melodía conmovedora en su belleza. Me ardía la parte posterior de los ojos.

Las manos suaves de una *ceeren* agarraron mis mejillas para girar mi cabeza en dirección opuesta a los que cantaban y hacia ella. No parecía mucho mayor que yo. Sus labios azulados se desplegaron en una sonrisa mientras su cola se movía arriba y abajo para propulsarnos hacia la superficie, hacia la luz de la luna ahora moteada. Unas lágrimas que pude ver incluso en el agua rodaban por sus mejillas marfileñas. Cerré los ojos contra lo que sentí al verlas. El impulso de decirle que lo sentía me golpeó con fuerza, aunque no sabía por qué me estaba disculpando. Pero sus lágrimas, su sonrisa y la canción que cantaban los *ceerens*…

Su boca se cerró sobre la mía y espiró. Su aliento llenó mi pecho. Las brasas de vida zumbaron con fuerza, de un modo vibrante, como si volviesen a despertar. Me di cuenta entonces de que no era su aliento lo que me infundían por la boca.

Era su *eather*.

Salimos a la superficie y mis ojos se abrieron de golpe.

Unas manos diferentes me agarraron por los hombros, unas que sabía que pertenecían a Kolis. Me sacó del mar. Ríos de agua centelleante resbalaban por mis piernas y mis brazos, goteaban del dobladillo de mi vestido y de mi pelo, se me metían en los ojos mientras él tiraba de mí hasta la playa.

Me incliné hacia delante, parpadeando para eliminar el agua de mis ojos, y planté las manos sobre la áspera arena blanca y cálida. Ya no notaba que mi cabeza estuviese llena de telarañas. Mis pensamientos eran claros y ya corrían en todas direcciones, preparaban a mis músculos para luchar o huir. Empecé a liberarme del agarre de Kolis cuando mi vista dejó de estar borrosa.

Me quedé paralizada.

Hasta el último rincón de mi ser se quedó de piedra cuando vi la superficie del agua. No vi a Phanos por ninguna parte, pero lo que vi hizo que mis labios cosquillosos se abrieran del horror.

Había cuerpos flotando, algunos bocarriba, otros sobre la barriga. Docenas de ellos que solo… se mecían en las aguas ahora tranquilas. Mis ojos se deslizaron por encima de escamas que ya no eran vívidas y vibrantes, sino apagadas y mortecinas.

De repente, comprendí la canción lúgubre que ya no llenaba el aire. La sonrisa de la última *ceeren*. Sus lágrimas. La tristeza que había visto en los ojos de Phanos. Este era el precio que había mencionado.

Los *ceerens* me habían dado vida.

A costa de la suya.

# Capítulo 4

Contemplé los cuerpos que se mecían con suavidad en el agua iluminada por la luz de la luna, tan consternada por lo que los *ceerens* habían sacrificado que me quedé aturdida, embotada hasta el punto de sentir un increíble vacío en mi interior.

¿Por qué habían hecho esto?

Aunque no habían tenido elección, ¿verdad? Kolis había exigido que Phanos le ayudara, y así era como ayudaba el Primigenio del Cielo, el Mar, la Tierra y el Viento.

*Sabéis lo que me estáis pidiendo.*

Kolis lo había sabido.

Pero yo no.

De haberlo sabido, habría hecho todo lo que estuviera en mi mano para evitar esa innecesaria pérdida de vidas. Porque *era* innecesaria. Phanos mismo lo había dicho. Los *ceerens* habían dado sus vidas por algo que era solo temporal; yo iba a morir de todos modos. Pero aunque no fuese así, no estaba de acuerdo con esto.

—¿Por qué? —le susurré al viento, mi voz ronca.

—Porque no permitiré que mueras —repuso Kolis, casi con las mismas palabras que había empleado Ash, pero…

Cuando las había dicho Ash, siempre habían sonado como un juramento trágico nacido de la desesperación, la cabezonería, la necesidad y el deseo… tantísimo deseo… Un temblor empezó en mis manos y barrió a través de mi cuerpo. Las palabras de Kolis sonaban como una amenaza y apestaban a obsesión.

Mis ojos se deslizaron por encima de los *ceerens* sin vida. Jamás había querido que nadie perdiese la vida por mi culpa. Como los que habían fallecido durante el asedio de las Tierras Umbrías.

Como le había pasado a Ector.

La imagen del dios centelleó en mi mente y ocultó por un momento el horror delante de mí. No lo vi como lo había visto, clavado en la pica, cuando Ash y yo regresamos del mundo mortal. Aunque eso había sido malo, lo había preferido a como lo había visto por última vez, cuando no había sido nada más que pedazos rojos mojados. Ector no se había merecido eso. Como tampoco se lo había merecido Aios, a quien al menos fui capaz de traer de vuelta. Pero ¿ella lo habría querido así? No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado muerta. ¿La habría arrancado de un lugar de paz? Además, ese

acto tenía un efecto cascada… ¿Cuántas otras vidas habrían terminado a causa de ello? El *eather* que había utilizado para restaurar la vida de Aios había atraído a los *dakkais*, que se habían abalanzado sobre los que luchaban en el patio.

Ahora, docenas de *ceerens* habían muerto, habían sido *asesinados*, por mi causa. ¿Y todo para qué? Esto no impediría la Ascensión. Era solo un respiro.

En lugar de precipitarme hacia mi fin, ahora avanzaba hacia él a paso de tortuga. Pero seguía acercándose de todos modos. No había forma de impedir eso. Igual que no había habido manera de evitar lo que le habían hecho a Ector. O a los *ceerens* o a muchísimos más.

—No quiero que nadie muera por mí —logré farfullar.

—No tienes elección —declaró Kolis—. Y si eres quien dices ser, deberías saberlo.

Me encogí un poco ante la espantosa verdad de sus palabras. Sotoria nunca había tenido elección, desde el momento en que Kolis la había visto recolectando flores en los Acantilados de la Tristeza. Yo misma no había tenido elección nunca, desde el mismísimo segundo en que Roderick Mierel había hecho su trato desesperado con el verdadero Primigenio de la Vida para salvar su reino moribundo.

No era justo.

Nunca lo había sido.

La ira y el pánico bulleron en mi interior enseguida, aunque no estaba segura de que fuesen del todo míos. Mis dedos se enroscaron en la arena a medida que mi corazón se aceleraba. Unas emociones crudas e irregulares se atascaron en mi pecho y en mi garganta. Me puse en pie, aunque respiraba en jadeos demasiado cortos y rápidos. Me giré hacia Kolis.

El falso Rey de los Dioses me miró desde lo alto, una expresión de curiosidad en la cara. El viento levantaba su pelo rubio y pegaba los mechones contra sus altos pómulos arqueados. Unos manchurrones dorados de *eather* serpenteaban por la piel broncínea de su pecho desnudo. No había ninguna evidencia de su enfrentamiento con Ash. Estaba curado por completo.

Eché un vistazo a nuestro alrededor. No estábamos solos. Había otras figuras unos pocos metros más atrás, entre las sombras de las frondosas palmeras. Solo las vi porque sus espadas de piedra umbra centelleaban bajo la luz de la luna. No sabía si se trataba de guardias de Kolis o de Phanos, pero tenían armas, eso era todo lo que importaba.

—Ella tenía menos pecas que tú, y su rostro tenía más forma de corazón. El pelo tampoco está bien. El suyo era como… como un granate pulido a la luz del sol. —La voz de Kolis sonó suave, casi infantil en su asombro, pero sus palabras se deslizaron por la arena y

rozaron contra mi piel—. Pero si miro con la atención suficiente… si me permito ver, sí que la veo en ti.

Ante eso reaccioné.

No hubo ninguna duda. Ningún pensamiento. Eché a correr, pasé por su lado y esprinté a toda velocidad. Mis pies levantaban arena y la tela empapada de mi vestido se pegaba a mi piel, pero corrí directa hacia los guardias.

Un fogonazo de sorpresa cruzó el rostro de un guardia de piel pálida, sus ojos verdiazulados, luminosos de *eather*, se abrieron un segundo antes de que estampara la palma de mi mano contra su pecho. El dios hizo un ruido gutural y se tambaleó hacia atrás justo cuando yo estiraba el brazo hacia la empuñadura de su espada corta.

—Joder —exclamó, al tiempo que trataba de agarrarme cuando arranqué el arma de su vaina.

Lo había tomado desprevenido. Simplemente fui más rápida que él. Lancé un codazo con mi otro brazo. Conectó con la parte inferior de su mandíbula y su cabeza dio un latigazo hacia atrás.

—No la toquéis —ordenó Kolis al ver que otro hacía amago de agarrarme—. Jamás.

El otro guardia se quedó paralizado.

Yo giré hacia el falso rey y ajusté mi agarre sobre la fría empuñadura de hierro con la que estaba forjada la espada de piedra umbra.

—Dejadnos —ordenó—. Ahora.

No me atreví a apartar la vista de Kolis para comprobar si los guardias le habían obedecido. Solo podía suponer que así había sido, lo cual me parecía perfecto.

Kolis y yo nos miramos en silencio mientras yo hacía un esfuerzo por ralentizar mi corazón. Necesitaba estar tranquila, ser cuidadosa y decidida. Porque aunque Kolis cuestionara lo que yo afirmaba sobre Sotoria, en el fondo me creía. Por eso había temblado tanto cuando me abrazaba, y era lo que le aportaba ese asombro a su voz que había oído tan solo hacía unos segundos.

Todo eso significaba que era vulnerable a mí, solo a mí. Esta era mi oportunidad. Y era muy probable que fuese la única que tendría para terminar con esto.

—Esperaba que huyeras de mí —comentó Kolis—. Eso es lo que hubiese hecho ella. Siempre huía.

—No siempre —lo contradije al recordar lo que había aprendido acerca de Sotoria. Puede que al principio huyese, pero eso cambió.

Unas hebras de *eather* dorado giraron más deprisa por su pecho.

—Tienes razón. —Levantó la barbilla. Pasó un segundo—. Baja esa espada.

Eso no iba a ocurrir.

—Oblígame a hacerlo.

—Vamos —dijo con una leve risa, su boca se curvó en una parodia de sonrisa que rayaba en lo condescendiente. Dio unos pasos hacia mí y el viento procedente del mar tironeó de sus pantalones de lino—. ¿Qué crees que vas a hacer con eso?

Esperé a que estuviera al alcance de la hoja antes de enseñarle exactamente lo que podía hacer. Lancé una estocada con la espada de piedra umbra, directa al corazón del muy bastardo.

Kolis abrió los ojos como platos y sus cejas se arquearon, creando arrugas en su frente. La expresión pasmada de su cara era cómica. Era como si no se creyese que me hubiera atrevido a hacer tal cosa. Me hubiese reído, pero era un Primigenio.

Y era rápido, sus reflejos tan demenciales como los de Ash. Sin embargo, igual que en el caso del guardia, tenía el factor sorpresa de mi lado. En realidad, Kolis no creía que fuese a atacar, lo cual me concedió una décima de segundo.

La hoja de piedra umbra perforó su piel y mis labios se desplegaron en una sonrisa salvaje.

En el mismo segundo en que la espada se incrustó en su pecho, Kolis me arrancó la empuñadura de la mano con una fuerza tan brutal que perdí el equilibrio en la implacable arena y caí sobre una rodilla.

La espada vibraba donde parte de ella estaba clavada en su pecho, un pelín a la derecha de su corazón, un centímetro si acaso.

Hijo de puta.

Un río de sangre reluciente rodó por el pecho de Kolis mientras agarraba el mango de la espada y la extraía de un tirón. En el mismo momento en que la hoja salió de su cuerpo, la maldita herida dejó de sangrar.

Unas nubes densas y oscuras se extendieron por el antes tranquilo cielo para ocultar las estrellas y la luna. Pasaron un par de segundos vacilantes.

Un relámpago iluminó de pronto el cielo, y el aire se cargó de energía, que se deslizó sobre mi piel e hizo que las brasas de mi pecho se avivasen. El peso de ese poder omnipresente era abrumador, amenazaba con tirarme al suelo.

Con el corazón acelerado, levanté la cabeza de golpe. La furia estaba grabada en cada línea del rostro de Kolis y apretaba su mandíbula en un rictus horrible. Las venas de sus mejillas se habían iluminado de *eather* dorado. Las brasas en mi pecho respondieron: empezaron a vibrar de manera violenta cuando la esencia primigenia convirtió sus ojos en charcos plateados con motas doradas.

—Esta es la segunda vez esta noche que una espada ha perforado mi piel. —Una luz pulsó en su mano y la espada de piedra umbra que sujetaba se evaporó. Desapareció, no quedó ni polvo—. No me gustó

la primera vez, y eso no ha cambiado.

Se me hizo un agujero en el estómago, pero me levanté de un salto de todos modos. Había apuñalado a Ash más de una vez y había amenazado con volver a hacerlo demasiadas veces como para llevar la cuenta, pero nunca había tenido miedo de él. Ni siquiera cuando se había puesto todo Primigenio contra mí en el Bosque Moribundo después de que lo golpeara sin querer con un rayo de *eather*.

No obstante, de Kolis sí que tenía miedo.

Intenté tragar saliva, pero se me cerró la garganta. Retrocedí un paso.

Kolis pasó una mano por su pecho y se miró la palma de la mano empapada de sangre. Ladeó la cabeza y bajó la mano.

—Eso ha sido muy insensato.

—Cierto —convine—. Supongo que debí apuntar a la cabeza.

Sus ojos plateados salpicados de dorado se quedaron inexpresivos. Muertos del todo.

Hice lo único sensato que se me ocurrió. Di media vuelta y eché a correr. Esta vez, no había guardias en las sombras de las frondosas palmeras. Mis brazos y mis piernas bombeaban con fuerza…

Kolis cerró el puño en torno a mi pelo y tiró de todo mi cuerpo hacia atrás. Un dolor ardiente brotó en mi cuero cabelludo al tiempo que mis pies resbalaban. Aterricé de rodillas de nuevo. Consciente de que eso me ponía en una desventaja peligrosa, traté de recuperar la vertical mientras él me arrastraba por la arena.

Kolis me levantó en volandas y me hizo dar la vuelta.

—A esto, estoy más acostumbrado.

Echó mi cabeza hacia atrás de un tirón brusco y solté una exclamación ahogada cuando el dolor bajó desde el cuero cabelludo por mi columna. Agarré su brazo para intentar aliviar la tensión.

—A lo de echar a correr, por si te preguntas a qué me refería.

Una pequeña parte de mí, enterrada muy profundo en mi interior, sabía que este era uno de esos momentos en los que necesitaba mantener la boca cerrada y pensar antes de hacer nada. No solo por mi propio bien, sino por el de todo el mundo mortal.

Pero me negaba a acobardarme delante de él. *Ella* se negaba a hacerlo, sin importar las consecuencias. Sin importar lo tonto que fuese. Yo no era débil y había estado equivocada la primera vez que había oído la leyenda de Sotoria. Ella tampoco era débil.

—Eso suena como algo de lo que puedes estar orgulloso —escupí, al tiempo que levantaba la rodilla con todas mis fuerzas.

Había fallado con su corazón antes, pero ahora no fallé.

Mi rodilla se estrelló contra su entrepierna. Un rugido de dolor brotó de Kolis y su brazo cortó a través del aire.

Un dolor agónico explotó en mi mandíbula y mi mejilla. Un sabor

metálico llenó de inmediato mi boca. Caí al suelo, aunque me frené un segundo antes de darme de bruces contra la arena. Ni siquiera sabía qué parte de él me había golpeado. ¿Su brazo? ¿Un puño? Fuera lo que fuere, ahora mis oídos pitaban. Por un momento, el dolor me dejó lo bastante aturdida como para temer que fuese algo que Ash podría sentir si estaba consciente.

Me eché atrás sobre las rodillas y traté de respirar a través del dolor, hasta que el *shock* brutal inicial aminoró. Escupí una bocanada entera de sangre sobre la arena, asombrada de que no hubiese salido volando ningún diente con ella.

—Maldita sea —gruñó Kolis—. No pretendía hacer eso. —El lino blanco de sus pantalones apareció en mi campo de visión—. ¿Estás bien?

Me sacudió un espasmo. Sonaba… por todos los dioses, sonaba preocupado de verdad, y eso hizo que un escalofrío bajase rodando por mi columna.

—¿Tú qué crees?

—Te dije que no me desafiaras —razonó, el sonido de sus respiraciones brusco y corto—. Pero estás decidida a convertirme en el villano.

—¿*Convertirte* en un villano? —Se me escapó una risa mojada mientras me ponía en pie de nuevo. Levanté mi cabeza palpitante—. Ya lo eres.

—Yo nunca… —Los ojos de Kolis siguieron el rastro de la sangre que resbalaba por mi barbilla. Se encogió un poco. El muy capullo llegó a *encogerse* al ver la sangre que me había hecho—. Nunca quise serlo.

—Por todos los dioses —susurré—. Estás como una cabra.

A la luz de la luna, sus mejillas se oscurecieron.

—Si es así, entonces soy solo lo que me hizo mi hermano —gruñó.

—¿Hay algo de lo que no culpes a tu hermano? —espeté.

Kolis avanzó tan deprisa que contuve una respiración entrecortada y di un rápido paso atrás. Y odié haber retrocedido, haberle cedido un solo centímetro.

Kolis se detuvo, su pecho subía y bajaba a toda velocidad. Pasó un momento, luego otro. Estaba claro para mí que trataba de mantener el control. Apenas lo consiguió.

—Esto no es lo que quiero. No quiero que nos peleemos.

—¡No me importa lo que quieras! —grité. Se me hizo un nudo en el estómago, pues no estaba del todo segura de haber sido solo yo la que había gritado esas palabras.

Cerró los puños a los lados.

—No me desafíes, *so'lis.*

*¿So'lis?* No tenía ni idea de lo que significaba, pero me dio la

impresión de que Sotoria sí, porque su ira fue palpable, y desde luego que fue ella la que gritó lo siguiente que salió por mi boca.

—¡Que te jodan!

No lo vi moverse antes de sentir su agarre alrededor del cuello. Mis manos volaron hacia las suyas. Tiré de sus dedos, pero no sirvió de nada. Las yemas de sus dedos apretaban con fuerza, me costaba respirar.

—Te advertí que no me desafiaras —me acusó Kolis, las aletas de la nariz muy abiertas—. Y sin embargo, haces justo eso y más. —Hice caso omiso del pánico en mi pecho y lo miré a los ojos. Fijamente—. Creo que has pasado demasiado tiempo con mi sobrino. —Kolis esbozó una sonrisilla de suficiencia—. Le vi a él dedicarme esa misma mirada esta noche. Estoy seguro de que volveré a verla pronto.

—Tócalo y te… —Forcé las palabras a salir por mi boca entre agónicos intentos por aspirar un poco de aire.

—¿Qué es lo que harás? —me cortó Kolis, y unas tenues hebras de *eather* empezaron a removerse en sus ojos al tiempo que apretaba la mano aún más—. ¿Qué harás por él? Porque vi lo que él haría por ti. Mataría a sus hermanos. Me atacaría a mí. Empezaría una guerra.

Recuperé un pelín de sentido común. Uno que me advertía que debía ser lista cuando de Ash se trataba. No hacía falta tener demasiada imaginación para saber que si Kolis sospechaba que estaba enamorada de su sobrino, se lo tomaría como que Sotoria estaba enamorada de él. Y lo más probable era que eso no terminara bien.

La imagen de la daga que subía y bajaba para clavarse en su pecho centelleó ante mis ojos. Todavía podía oír ese sonido mojado y carnoso.

Mi corazón galopaba muerto de miedo; un terror potente y aturdidor. Ash no estaba a salvo ahora mismo. Se había debilitado y, por mi causa, lo habían herido de gravedad.

—¿Qué? —insistió Kolis, y sus dedos se clavaron en el mordisco que había dejado atrás, mientras me izaba hasta estar solo de puntillas —. ¿Qué harías por él que no estarías dispuesto a hacer por mí?

—Más o menos cualquier cosa que puedas imaginar, pero eso no tiene nada que ver con él. A fin de cuentas, él no puede importarme menos. —Me forcé a decir esas palabras, que no podían ser más falsas. Noté como si se me estuviera encogiendo el pecho a cada segundo que pasaba. El agarre de Kolis se apretó aún más, supuse que me estaría dejando moratones, pero aun así seguí hablando—. Haría cualquier cosa por, literalmente, cualquier otra persona… un guardia cualquiera, otro Primigenio, un cadáver, unas briznas de hierba… —Me atraganté y boqueé en busca de aire.

—Vale, vale, creo que ya lo he entendido. —Enroscó el labio en una mueca de desagrado. Apareció un colmillo—. Y también creo que

estás mintiendo.

Unas campanillas de alarma aceleraron mi pulso. Me di cuenta de que necesitaba distraerlo de pensar en Ash, y la única forma que conocía para hacerlo era centrar toda su atención en mí.

—Y yo creo que… que pegas como un Primigenio de la Vida novato.

La risa de Kolis llenó el aire como un bufido, al tiempo que tiraba de mí contra su pecho. El contacto de su piel contra mi vestido demasiado fino me provocó un escalofrío de repugnancia.

—Eres increíblemente tonta y temeraria. Demasiado atrevida y desde luego que demasiado bocazas.

—Has… —pugné por aspirar un poco de aire—, olvidado una… cosa.

—¿Y cuál es esa cosa? —preguntó—. ¿Irrespetuosa?

—Claro, pero… también que voy a estar… muerta pronto —resollé.

Arqueó una ceja dorada.

—¿Ah, sí?

—Sí —grazné—. Puesto que me estás matando… otra vez.

Por un momento, Kolis no se movió. Se había quedado muy muy quieto. Después, bajó la vista hacia donde me tenía agarrada por el cuello. Sus ojos se abrieron mucho, sorprendido. Como si no tuviese ni idea de que me estaba estrangulando. Me apartó de un empujón.

Me tambaleé hacia atrás y apenas fui capaz de mantener el equilibrio. Luego me doblé por la cintura, las manos sobre las rodillas, mientras aspiraba grandes bocanadas de aire salado. Un temblor se apoderó de mí y tragué saliva, con una mueca por el dolor en mi garganta.

Casi podía sentir cómo se empezaban a formar los moratones en la piel de mi cuello, pero entonces me di cuenta de algo. Me reí, y el sonido fue como el arañar de unas uñas sobre pizarra. Dolía, pero por enfermizo y retorcido que fuese, el amor de Kolis por Sotoria era una debilidad en más de una manera.

—Esta conversación ha terminado —dijo Kolis. Casi se me escapó otra carcajada. ¿Creía que esto era una *conversación*?—. Nos vamos a casa y una vez que te hayas calmado, entonces hablaremos.

—¿A casa? —Despacio, me enderecé. Mi incredulidad y mi ira, y quizás un poco de la de Sotoria, se apoderaron de mí—. Que te jodan, pesadilloso pedazo de… —Me puse tensa al ver moverse su mano, consciente de que dolería.

El golpe no llegó nunca.

Kolis me agarró de la barbilla y mi corazón trastabilló. No fue por su agarre. La presión de sus dedos era firme, pero no tenía nada que ver con el doloroso agarre que había mantenido sobre mi cuello. Aun

así, lo que vi hizo que mi corazón continuara latiendo a trompicones.

La esencia primigenia chisporroteó y se prendió, luego se extendió por el aire a su alrededor. Un brillante resplandor dorado se elevó para dibujar unos arcos a su espalda, como si fuesen alas. Las espirales de *eather* se extendieron tan deprisa por toda su piel que, por un momento, se convirtió en lo que había sido cuando peleaba con Ash: cegadora luz dorada y *eather* chisporroteante que me abrasaban la piel.

Sin embargo, la luz se desvaneció pronto para revelar que su piel se había afinado hasta el punto de que los huesos de su brazo eran visibles. Un nudo de terror se apretó en mi estómago cuando levanté la vista. No quería verlo, pero no pude reprimirme de mirar.

Vi la pátina mate de sus pómulos. Su mandíbula. Los huesos de su brazo. Y sus ojos… eran solo cuencas vacías llenas de charcos de una nada negra y giratoria.

Kolis no había tenido este aspecto cuando luchaba con Ash, pero supe al instante que este era el aspecto que tenían las *verdaderas* brasas primigenias de la muerte.

Y era aterrador.

Las alas de *eather* se levantaron y se desplegaron detrás de él, y luego desaparecieron, reducidas a humo dorado. El aura de sus venas se diluyó a medida que su piel se engrosaba para ocultar su verdadero aspecto.

—Espero que seas mucho más consciente y estés mucho más agradecida de la gracia que te he mostrado de lo que lo estuvo Nyktos.

—¿Gracia? —exclamé—. Pero si…

El abismo giratorio de vaciedad que había ocupado sus ojos centelleó de plata y oro.

—*No hablarás más*. —Mi cuerpo se puso rígido. Esas tres palabras tronaron a través de mí. Un dolor atroz alanceó mi mandíbula, y mi boca se cerró de golpe—. *No contestarás* —masculló Kolis, y su voz estaba en todas partes, tanto fuera como dentro de mí—. *Tampoco te enfrentarás a mí.*

Mis músculos lo obedecieron al instante. Bajé las manos a mis lados. Lo que había temido en la habitación en ruinas cuando Kolis había sujetado la daga contra mi cuello acababa de hacerse realidad. Kolis estaba utilizando la coacción.

—Así está mucho mejor. —Kolis sonrió y me atrajo hacia él con solo enroscar un poco el brazo. Bajó la cabeza y su boca estaba a apenas un par de centímetros de la mía cuando volvió a hablar—. Mucho mucho mejor.

Sentí su mano sobre la parte baja de mi espalda y luego su pecho contra el mío. Me dio un vuelco al corazón. Intenté abrir la boca. Traté de mover los brazos y las piernas, pero no conseguí nada. Lo

único que pude hacer fue quedarme ahí de pie. Kolis podía hacerme cualquier cosa. El miedo afloró en mí ante la pérdida de control.

—Hay algo que tienes que comprender, hayas dicho o no la verdad acerca de quién eres. —Uno por uno, levantó todos los dedos excepto el pulgar—. Si cualquiera osara hablarme como me has hablado tú, haría que lo despellejaran vivo y le hicieran comerse su propia piel.

Kolis secó la sangre de debajo de mi labio inferior y luego se llevó la mano a la boca.

Me entraron ganas de vomitar.

Con suerte, si lo hacía, lo haría en su jodida cara.

Succionó su pulgar para saborear mi sangre. El *eather* se avivó en sus ojos.

—¿Has visto lo que le pasó a Nyktos por haberse atrevido a atacarme? —Ladeó la cabeza, con lo que un bucle de pelo dorado rozó su mejilla—. Pues si resulta que no eres mi *graeca* y esto es algún tipo de estratagema retorcida… No habrá límites a las atrocidades que pueda arrojar sobre ti y todas las personas que hayan podido importarte alguna vez, antes de que te arrebate las brasas de vida. —Sus labios rozaron los míos mientras se curvaban en una sonrisa—. Eso te lo puedo prometer.

# Capítulo 5

La coacción de Kolis se retiró y, en el momento en que él desapareció, recuperé el control de mi cuerpo y de mis pensamientos.

Pero me quedé donde me había dejado, en lo que era otra jaula dorada mucho más grandiosa, una que tenía la terrible y abrumadora sospecha de que era la que había mencionado Aios.

El agua de mar goteaba aún de mi pelo y mi vestido, dejando pequeños charcos sobre el brillante suelo negro mientras un leve escalofrío recorría mi brazo. El regreso había sido un trayecto turbio, pero una vez dentro de la jaula, Kolis no se había marchado de inmediato.

Se había quedado durante un rato.

Aunque no había dicho nada.

Se había limitado a mirarme desde lo alto. Mi cara, mi cuerpo… sus manos temblorosas sobre mis brazos, luego mi cintura y mis caderas. Todavía sentía sus dedos apretados contra mi piel y luego enroscados en torno a la fina tela mojada de mi vestido, yo con carne de gallina de principio a fin.

Kolis había temblado, como sobrepasado por una especie de emoción extrema o por el esfuerzo de contenerse.

Y había temblado mientras el terror se atoraba en mi garganta y la indefensión empezaba a asfixiarme. Había temblado durante cada segundo, cada minuto, mientras yo temía lo que estaba por venir, lo que haría durante el tiempo que yo estuviese ahí. Esa impotencia asfixiante y abrumadora había arraigado en lo más profundo de mi ser, y se había quedado conmigo, incluso cuando él se marchó.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo y se me comprimió el pecho. No había sido capaz de apartar la mirada ni de alejarme de su alcance. Ni siquiera había podido decirle que dejase de tocarme, ni había tenido la oportunidad de recuperar alguna semblanza de control. Sentí unas náuseas crecientes que me revolvieron el estómago.

Había estado indefensa, completamente impotente, y a Kolis no le había costado nada conseguirlo. Tres palabras. Solo tres jodidas palabras y había tenido un control completo sobre mí.

Me ardía el fondo de la garganta. Los barrotes dorados delante de mí, separados apenas palmo y medio, se emborronaron ante mi vista. Conseguí dar un paso, y entonces mis piernas se negaron a sujetarme

más. Caí sobre las rodillas y las palmas de mis manos. Ni siquiera sentí el impacto. Mi pecho demasiado apretado se contrajo aún más, mientras aspiraba unas bocanadas de aire demasiado rápidas y superficiales.

Kolis podía hacerme eso en cualquier momento. Apoderarse de mi voluntad, arrebatarme todo el poder antes de que yo supiera lo que estaba pasando siquiera, y no había nada que yo pudiese hacer para impedirlo.

Estaba atrapado aquí, con él, sin control. Moriría aquí, ya fuese a manos de Kolis o al Ascender, y era imposible saber lo que ocurriría entre ahora y entonces.

En realidad, sí que lo sabía.

Aios no había hablado demasiado del tiempo que había pasado como una de las *favoritas* de Kolis, pero no me había costado nada rellenar lo que no había contado. Kolis nunca había tocado a sus favoritas, pero con el tiempo yo sería diferente. Lo sabía. Lo había visto en sus ojos cuando había estado delante de mí, sus manos cerradas en torno a mi vestido. Era el mismo tipo de deseo oscuro y retorcido que había visto en los ojos de Tavius más veces de las que quería recordar.

Me eché hacia atrás, el corazón acelerado. Apreté los ojos con fuerza, pero se me humedecieron las mejillas. Una punzada de dolor alanceó mi mandíbula cuando cerré la boca con fuerza, pero el sonido deshilachado aún les resultó ensordecedor a mis oídos.

Me planté las manos delante de la cara. Joder, eso dolió, pero el dolor físico no era nada comparado con la agonía que me consumiría sin dejar moratones a su paso.

La promesa de Kolis de destruirme con violencia no solo a mí sino también a aquellos que me importaban resonó en mi mente y eclipsó el miedo a la agresión. Era un juramento que no ponía en duda ni por un instante.

Ahora era mi cuerpo el que temblaba. Me invadió una oleada de ira y pánico puro, se filtró en la fisura de mi pecho que se había formado en el Bosque Moribundo cuando había intentado escapar de las Tierras Umbrías para entregarme a Kolis. La presión aumentó. Mi corazón dio esos brincos entrecortados que hacían que el poco aire que había conseguido aspirar se atascara repetidas veces. El interior de mi garganta tenía que estarse encogiendo a medida que las lágrimas escocían sobre la piel tierna de mi labio. La esencia primigenia se removió, palpitó. Se me puso la carne de gallina y los pelillos de todo mi cuerpo se erizaron en respuesta a la breve corriente de energía que golpeó el aire.

En el fondo de mi mente, supe que esto no era bueno. Recordaba con gran claridad lo que había sucedido la última vez que había

perdido el control del todo. Casi había hecho que el palacio de Ash se desplomara sobre nuestras cabezas y yo entrara en la Ascensión a la que sabía que no sobreviviría. Acabaría sumiéndome en una estasis.

No podía permitirme debilitarme y convertirme en algo aún más vulnerable.

Las brasas de mi pecho vibraron, pero bajé las manos y abrí los ojos. Se me cortó la respiración. Unas chispas de *eather* plateado brotaban de las yemas de mis dedos, al tiempo que las brasas y mi sangre empezaban a zumbar.

*Mantén la compostura*, me dije, y traté de ralentizar y aclarar mis pensamientos.

Pero era imposible.

Porque no se trataba solo de lo que me pasase a mí, sino también de lo que seguro que le harían a Ash, lo que ya le habían hecho. Y Kolis lo tenía en una celda en alguna parte.

Sabía en qué estado se lo había llevado, y no había sido bueno. Entonces me di cuenta de algo. Pensé en las raíces que habían brotado del suelo cuando casi provoqué mi propia Ascensión. ¿Por qué no había intentado la tierra proteger a Ash? Aunque tampoco había intentado protegerme a mí ni a las brasas en mi interior cuando había estado tan cerca de morir. Tenía que haber una razón, pero mi cerebro no lograba concentrarse en ello. No hacía más que pensar en lo que le aguardaba a Ash, lo que le haría Kolis.

Di una sacudida, mis hombros subían y bajaban deprisa mientras intentaba aspirar el aire suficiente entre los desgarrados sonidos deshilachados que aún provenían de mí.

Apreté los labios en un intento por detener su temblor y silenciar mis sollozos. Ash nunca había sido del todo comunicativo cuando se trataba de hablar de lo que le había hecho Kolis en el pasado, pero ya sabía lo suficiente. Por todos los dioses, sabía muchas cosas.

Ash era un Primigenio, pero eso no significaba que no se le pudiese hacer daño. Podían hacerle mucho daño. Podía incluso estar en estasis ahora mismo, incapaz de defenderse.

Por todos los dioses, pensar eso no estaba ayudando. Las brasas palpitaron con mayor violencia.

Un crujido grave llamó mi atención hacia el suelo de la jaula. Donde mis rodillas flexionadas descansaban sobre las baldosas negras del suelo, apareció una pequeña fisura en lo que parecía piedra umbra. Luego se formó una delgada telaraña de fracturas.

Aún boqueando en busca de aire, levanté la vista hacia los barrotes por encima de mí. Una tenue nubecilla de polvo caía desde arriba. Algo centelleaba en el centro de la jaula, en lo más alto, donde todos los barrotes se juntaban, pero no lograba distinguir qué era.

Paseé la mirada por la habitación al otro lado de los barrotes. Un

resplandor amarillo mantecoso procedente de varias lámparas de araña proyectaba una luz suave por las relucientes paredes color obsidiana. Piedra umbra. Alcanzaba a ver las grietas de la piedra, fracturas que eran mucho más profundas. Imposible que las hubiese causado yo.

Vi un asiento dorado. ¿Cuántos malditos tronos tenía Kolis? Uno en cada habitación, según parecía. Supuse que incluso en la sala de baño.

Pero ese no era el único elemento que había ahí. A su alrededor había una zona de estar con varios sofás, unas cuantas mesas bajas y un par de butacas. A la izquierda había una mesa de comedor y unas cuantas sillas más. Contra la pared, había un oscuro aparador de madera de cerezo repleto de numerosas botellas de licor y un montón de vasos. Todo excepto el aparador y su contenido estaba bañado en oro.

¿Kolis celebraría reuniones aquí?

Por todos los jodidos dioses, apostaría a que sí.

Había varias ventanas cerca del techo, demasiado altas para llegar hasta ellas y tan solo de dos o tres palmos de altura y de anchura. Así que a menos que aprendiese a volar y pudiese contorsionar mi cuerpo para que fuese de la mitad de su tamaño actual, no me servirían de nada.

Solo podía suponer que estaba en alguna habitación del palacio de Cor, pero no podía estar segura. Podía estar en cualquier parte.

Ash podía estar en cualquier parte.

La baldosa debajo de mi mano se agrietó.

Santo cielo, estaba rompiendo la piedra umbra, uno de los materiales más duros de ambos mundos, si no *el* más duro.

Oh, por todos los dioses, tenía que calmarme.

Deslicé mis manos temblorosas a mis rodillas. Podía hacerlo. Podía controlar el pánico y la esencia primigenia, ¿a que sí? Aunque no me lo pareciera, esa ansiedad provenía de mi mente. Sabía cómo pararla. ¿Y el *eather*? Ahora sabía que era parte de mí, hasta tal grado que no podían extraer las brasas de mí sin matarme. Ya lo había controlado antes, podía volver a hacerlo ahora. *Las brasas son tuyas de momento*, me recordé.

Y podía controlarlas otra vez. Podía controlarme a mí misma. No era débil. No estaba indefensa cuando de esto se trataba. No lo estaría. Me negaba a ello.

Así que tenía que encontrar una solución.

¿La esencia estaba respondiendo a mis emociones? ¿A la violenta mezcla de pánico e ira? ¿O estaba reaccionando a la sensación de no poder respirar? Era lo primero. Sí, el *eather* siempre se ponía más activo cuando sentía algo fuerte, pero la causa era la falta de aire y la

sensación de desconexión. Era la espiral de sentir que había perdido el control por completo, como si fuese capaz de hacerme cualquier cosa a mí misma, y que podía pasarme cualquier cosa. Eso era lo que estaba provocando esto. Porque la sensación era como la de estarme muriendo. Como correr a toda velocidad hacia la muerte.

Sin embargo, no había perdido el control del todo. No me haría nada a mí misma. Esto no era como la noche en que había tomado demasiada poción para dormir. No quería morir. Aquella vez tampoco; en realidad, no. Solo había estado perdida. Y ahora estaba respirando. No demasiado bien, pero unas manos invisibles no me estaban estrangulando. El aire todavía entraba en mis pulmones. Solo necesitaba ralentizar mi respiración.

Clavé los dedos en mis rodillas y obligué a mi dolorida mandíbula a abrirse. Seguí las instrucciones de Ash, porque eso me hacía sentir como que estaba aquí, y necesitaba eso desesperadamente. Conjuré el recuerdo de su cuerpo abrazado al mío, de sus brazos envueltos con fuerza a mi alrededor. Por todos los dioses, podía oírlo, su voz de sombras y humo.

*Tienes que respirar más despacio,* me decía con suavidad. *Pon la lengua detrás de tus incisivos superiores.*

Hice lo que me decía: apoyé la punta de la lengua contra la parte posterior de mis dientes de arriba y mantuve la boca cerrada. A continuación, imaginé que me decía que lo hiciera y enderecé la espalda para retirar toda presión física de mi pecho.

*Cierra los ojos y escúchame.* Obedecí la orden de mi recuerdo. *Concéntrate solo en mí. Quiero que sueltes el aire mientras cuento hasta cuatro. No inspires. Solo espira. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Ahora inspira mientras vuelvo a contar igual.*

Hice justo eso: espiré y luego inspiré.

*No pares.*

No lo hice. Seguí igual a medida que los segundos se convertían en minutos. No recuperé el control de inmediato. Tuve que luchar por él. Tuve que esperar a que mi pecho se relajase y mi garganta se expandiese. Tuve que luchar por que mi respiración se ralentizase y se profundizase. Luchar por que las brasas se calmaran.

Así que hice lo que mejor sabía hacer: luchar.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Podían haber sido un puñado de minutos o unas horas, pero las lágrimas por fin empezaron a caer más despacio. Mi respiración se volvió más profunda y regular. Las brasas se calmaron y la sensación giratoria menguó hasta que me sentí presente, conectada a mi cuerpo y en control de mí misma una vez más.

Solté una respiración entrecortada, me eché hacia atrás y luego me puse en pie. El dolor de mi cara y mi boca alternaba entre un

murmullo sordo y un pulso palpitante mientras retiraba de malos modos mis rizos húmedos y enredados. Me sequé las mejillas con cuidado, pero se me hizo un nudo en el estómago cuando vi la pátina roja en las palmas de mis manos.

Lágrimas de sangre.

Lágrimas de una Primigenia.

Por todos los dioses.

Respiré hondo de nuevo y me miré la mano derecha. Las luminosas espirales doradas recorrían el dorso de mi mano, se deslizaban entre el dedo pulgar y el índice para continuar sus giros por la palma.

Ash estaba vivo.

Solo necesitaba asegurarme de que siguiese así, lo cual significaba que tenía que salir de aquí y encontrarlo para que pudiese extraer las brasas de mí. Entonces él Ascendería a lo que siempre estuvo destinado a ser: el verdadero Primigenio de la Vida.

En mi pecho, las brasas se meneaban como si… ¿no estuviesen de acuerdo?

Por los dioses, ese era un pensamiento desquiciado. Las brasas eran solo energía. Poder. No tenían opiniones ni sesgos. Solo eran.

Y una vez que Ash fuese el verdadero Primigenio de la Vida, las pocas brasas de muerte que todavía existían en Kolis le forzarían a asumir una vez más su papel de Primigenio de la Muerte. Eso evitaría que la Podredumbre se extendiese por el reino de Lasania y, con el tiempo, al resto del mundo mortal. Y con la capacidad de Ascender a dioses restaurada, como había hecho yo con Bele y Aios, Ash podría matar a Kolis y hacer que un Primigenio nuevo ocupase su lugar.

«¿En qué estaba pensando Eythos?», susurré, preguntándome lo que debía de haberme preguntado ya unas cien veces.

Al poner las únicas brasas de vida verdaderas en mi interior, junto con el alma de Sotoria, había creado un arma.

Sin embargo, era un arma imperfecta, no bien meditada.

Estaba claro que no había tenido en cuenta todas las cosas que podían torcerse después de que el trato estuviese cerrado. A lo mejor había pensado que yo nacería antes de que él muriera, a pesar de que sabía que Kolis lo mataría. O tal vez había dado por sentado que Ash cumpliría, que me llevaría consigo cuando cumpliese diecisiete años y me daría así la oportunidad de matar a Kolis antes de iniciar mi Sacrificio. Antes de que las brasas pudiesen fundirse tan profundo en mi interior como para que esa única gota de la sangre de Ash las hubiese afectado de tal modo que ahora era imposible extirpármelas sin que yo muriera. Quizás había esperado que su hijo tomase las brasas y fuese capaz de elevar a un dios de las Tierras Umbrías para asumir el papel de verdadero Primigenio de la Muerte antes de que la muerte de Kolis sembrara el caos en ambos mundos, cosa que

sucedería si todo el poder no tenía ningún sitio al que ir. Pero…

Sacudí la cabeza despacio. No había forma de que fuese tan tonto como para contar con eso. Era imposible que Ash pudiese Ascenderse a sí mismo *y* elevar a otro dios antes de que la energía de la muerte de Kolis se liberase y causase sus estragos.

Había visto lo deprisa que había salido la onda expansiva de Hanan, y ya había otro dios, otro recipiente, listo para acoger ese poder.

Así que, una vez más, ¿en qué diablos había estado pensando Eythos? Lo único que había conseguido era mantener a salvo esas dos brasas de vida.

Y a Sotoria.

Hasta ahora.

Tragué saliva y apreté la mano contra el centro de mi pecho. El vestido seguía mojado, así que se pegó a la palma de mi mano. No oí la voz de Sotoria, pero sabía que estaba ahí.

Podía sentirla como no la había sentido jamás. Era como si fuese una entidad tangible que hubiese despertado en mi interior.

Y era consciente de lo que pasaba.

Aunque ¿de cuántas cosas? ¿Era lo bastante consciente como para sentir lo que yo hacía? ¿O solo lo bastante para saber que estaba atrapada dentro de mí? No estaba segura, pero esperaba que su conciencia solo fuese consecuencia de haber estado yo tan cerca de la muerte y que, con el tiempo, ella volvería a estar… bueno, lo que deseaba para ella era algo similar al sueño.

Porque no quería que se sintiese encarcelada. No quería que fuese consciente de lo que era muy probable que sucediese a continuación. Ya había sufrido lo suficiente.

Pero ¿no había sufrido yo también lo suficiente?

Una creciente sensación de impotencia me invadió de nuevo. No… no podía hacer lo que debía hacerse. De hecho, ¿serviría de algo ya? Había tenido mi oportunidad de matar a Kolis allá en la playa y había fallado.

No me importaba.

*De verdad* que no.

Además, era muy probable que Kolis supiese bien lo que me habían entrenado para hacer, pese a que no había parecido demasiado preocupado cuando había esgrimido esa espada contra él. La única opción que tenía ahora era escapar e ir en busca de Ash.

*¿Lo es?,* susurró una vocecilla irritante que se parecía muchísimo a la mía.

Mi corazón dio un pesado vuelco mientras contemplaba las marcas doradas en la palma de mi mano. En cualquier caso, esa voz tiquismiquis tenía que cerrar su bocaza porque yo había intentado

cumplir con mi deber.

*¿De verdad lo intentaste?*

Odiaba esa jodida voz. Porque no, en realidad no lo había intentado. Apuñalar a Kolis ahí fuera había sido un acto de miedo y oportunismo. Eso era todo. Intentarlo significaba…

Convertirme en su debilidad.

Hacer que se enamorase de mí.

Terminar con él.

Cerré los ojos, pero eso no hizo nada por impedir que la verdad me golpease en la cabeza. No me importaba. Apreté los puños contra mis ojos. La verdad era que no quería hacer esto.

No podía.

No me merecía pasar el poco tiempo que me quedase tratando de obligarme a seducir a un ser como Kolis. De convencerme de que tenía una elección en lo que estaba haciendo con mi cuerpo. Que estaba en control de la situación. Tener que soportar su atención y su contacto. Mentirme a mí misma y odiar cada segundo de ello. ¿Y todo para qué?

¿Para detener la Podredumbre? ¿Para salvar a un reino que ni siquiera sabía que yo existía? ¿Para el supuesto bien mayor?

Eso no estaba bien.

Y no podía hacérselo a Ash, ni a mi amor por él. Y lo más importante de todo, no podía hacérmelo a mí misma. No podía convertirme en un recipiente vacío otra vez, un lienzo en blanco. Era una persona, no solo un cuerpo caliente creado para la manipulación, el engaño y el propósito de destrucción.

«¡Que le den al bien mayor!», grité, y eché la cabeza atrás. El grito reverberó entre los barrotes de la jaula.

El silencio que me respondió fue una agonía de un tipo totalmente distinto.

Se me escapó una risa ronca y una tormenta de emociones bulló en mi interior. Llamas de ira lamieron mis entrañas y removieron las brasas mientras una aflicción profunda y dolorosa me arrastraba hacia abajo, como una pesada ancla que tirase de mí hacia las profundidades de la desesperación.

Porque la verdad era que no quería ser el tipo de persona que lo sacrificaba todo (su vida, su cuerpo, su autonomía y su maldita alma) por todos los demás. ¿Todo lo que había vivido hasta ahora…? La frialdad de mi madre y la sensación de que de alguna manera era responsable de la muerte de mi padre. Los jodidos años de soledad y de tener que cargar con el peso de un reino que ni siquiera sabía que existía, que no tenía ni idea de cómo me llamaba siquiera. Mi deber y ser, oh, tan cuidadosa con el frágil ego de Tavius. La amarga y supurante sensación de ser un fracaso. Todas las cosas a las que había tenido que renunciar: las cenas familiares y el amor fraternal; las

amistades y el compañerismo; saber qué se sentía al ser deseada por quién era y no por lo que podía hacer por alguien; ser conocida; incluida; que me hablaran y diesen muestras de verme; que la gente supiese que existía, joder, y que era real. Había hecho todo eso porque tenía que hacerlo. Nunca por elección propia. Jamás había tenido la posibilidad de escogerme a mí misma.

Ahora lo haría.

Elegía luchar.

# Capítulo 6

Cerré los ojos unos instantes y silencié la voz que quería recordarme que esta no era la manera de hacer las cosas. Que esto era una idea realmente mala, terrible.

Esa voz podía irse al infierno.

Necesitaba un arma. Me puse en pie y giré con brusquedad hacia los varios baúles alineados a un lado de la jaula. En la otra había habido unos pocos, pero no tantos como aquí. Tampoco habían tenido unos adornos tan suntuosos, con detalles en oro y lo que parecía piedra umbra.

Eché un vistazo rápido a la habitación más allá de la jaula y me apresuré hasta el primer baúl. No tenía ni idea de cuándo regresaría Kolis, pero lo haría. Decía que teníamos que hablar.

Me arrodillé y abrí la tapa de un baúl de unos tres o cuatro palmos de anchura y de profundidad. Estaba lleno de libros, apilados de manera ordenada los unos sobre los otros. Deslicé los dedos por los lomos y me pregunté cuántas favoritas más habrían hecho lo mismo. La idea me dejó fría. Sabía que las manos de Aios, cuando Kolis la había retenido como una de sus favoritas, era muy probable que hubiesen tocado estos mismos libros, por no mencionar a innumerables cautivas más.

«Nunca más», susurré. «No volverá a haber más *favoritas* después de mí».

Porque sus vidas también habían importado, todavía importaban. Y una vez que llegase hasta Ash y él extrajese las brasas de mí, podría detener a Kolis.

Cerré el baúl en silencio y abrí otro un poco más grande a mi otro lado. Estaba lleno de finísimas combinaciones con encaje utilizadas para dormir. Pasé al siguiente, el más grande. Contenía más ropa. Todos eran vestidos. Rebusqué entre ellos y me aseguré de tocar hasta el fondo para comprobar si habían escondido algo ahí. La mayoría de las prendas eran lo bastante transparentes para que incluso las cortesanas del Jade se hubiesen sonrojado al llevarlas puestas, y todas eran blancas o doradas, igual que los camisones. Unos cuantos de los vestidos parecían proporcionar solo el nivel más básico de decencia. Y no había ropa interior.

Por todos los dioses.

Pasé a un cuarto baúl, cuyas bisagras chirriaron al abrirlo. Más

vestidos de un blanco pálido o de un dorado con brillos. Lo cerré y pasé al baúl más pequeño. Hice amago de levantarlo y me sorprendió que pesara un poco y que algo tintineara en su interior. Varios «algos».

Fruncí el ceño y me arrodillé a su lado. Abrí la tapa y constaté que las bisagras se movían con mucha mayor suavidad que las de los otros. En su interior, encontré varias tiras de tela que, igual que los vestidos, eran todas blancas o doradas. Saqué una. ¿Para qué demonios se utilizarían? Devolví el lazo a su sitio y metí la mano más al fondo. Mis dedos rozaron algo frío y liso.

Aparté las telas a un lado y me quedé paralizada cuando destapé lo que descansaba al fondo.

Eran… ¿esculturas de cristal? Algunas eran suaves y rectas, cilíndricas. Otras tenían una ligera curvatura. Unas pocas tenían una leve cresta por el centro. Debían de medir unos quince centímetros de largo y entre tres y cinco de ancho, en varios tonos de azul y rojo. Unas pocas eran aún más anchas y largas.

No podían ser…

Levanté una hecha con un cristal azul oscuro y con una forma sospechosamente parecida a… un pene.

Todas ellas lo parecían… bueno, excepto por las que tenían cresta y esa de tono carmesí tan ancha como mi puño que me aterraba incluso con solo mirarla… Pero creía saber lo que eran. Había visto artículos parecidos en los antros de placer. Eran penes de cristal.

Aios también me había contado que a Kolis le gustaba sentarse con sus favoritas, hablar con ellas y observarlas. Sabía que Aios no me lo había contado todo sobre el tiempo que había pasado aquí, pero me daba la sensación de haber descubierto algo que a Kolis le gustaba observar.

«Maldito bastardo pervertido», musité, con una intensa sensación de repugnancia. Estaba claro que todo esto había sido limpiado, pero era impensable imaginar cuántas manos los habían tocado. Cuántos cuerpos…

Me entraron ganas de romper todos y cada uno de ellos, de hacerlos añicos. Maldita sea, quería hacer cosas mucho peores con ellos, y al menos una de esas cosas incluía incrustar uno de ellos en el ojo de Kolis.

Una sonrisa de labios apretados tironeó de mis labios mientras estudiaba el que sujetaba en la mano. Era probable que fuese el arma más extraña que jamás me había planteado utilizar, pero era mejor que nada. Con un vistazo hacia las puertas cerradas, sopesé el cristal. Era bastante pesado y robusto, no sería fácil de romper, supuse, pero yo era fuerte.

Lo agarré por la base y lo estrellé contra el borde del baúl. El ruido estrepitoso que hizo reverberó por toda la cavernosa sala. El impacto

me sacudió el brazo y una grieta se abrió hasta la mitad de su anchura. Me eché hacia atrás y volví a estrellarlo contra el baúl una vez más. El pene de cristal se rompió de manera irregular, con lo que el extremo dañado resultó serrado y afilado.

Perfecto.

Recogí la otra mitad del cristal, lo devolví al baúl, luego cerré la tapa y me levanté, mi nueva daga de cristal en la mano. Ahora que estaba más cerca de los barrotes, me fijé en algo que no había visto antes. No eran de oro. Solo estaban pintados. Lo noté en la leve decoloración. Fruncí el ceño, rodeé el baúl y alargué una mano para poner los dedos sobre uno de ellos…

Un repentino fogonazo de dolor danzó por las yemas de mis dedos y una oleada de chispas plateadas iluminó unos instantes los barrotes. Solté una exclamación y retiré mi mano dolorida para pegarla a mi pecho al tiempo que daba un paso atrás.

«¿Qué demonios?».

Tenía que ser algún tipo de hechizo… magia alimentada por esencia primigenia. ¿O alguna otra cosa? Fuera lo que fuere, suponía un problema obvio.

Di media vuelta y acabé de frente a un diván dorado y la gruesa alfombra blanca de pieles a sus pies. La cama estaba repleta de almohadas y cojines blancos y dorados, así como mantas de pieles del mismo color. Estaba situada justo en el centro de la jaula. Giré la cabeza hacia la habitación.

El trono estaba directamente delante de la cama.

Por supuesto que lo estaba.

Después de todo, Kolis querría una vista perfecta para observar a sus favoritas dormir o… entretenerlo.

Con una mueca de asco, eché un vistazo hacia la mesa redonda y la silla cerca de la parte delantera de la jaula, a la izquierda de la cama.

Había unas cadenas enroscadas en el suelo, ancladas a las patas de la cama. Se me hizo un agujero en el estómago mientras mi mano se deslizaba de mi pecho a mi cuello. Una banda dorada centelleó a la luz del farolillo, muy parecida a la que Ash había arrancado de mí. El sabor a bilis llenó mi boca, así que hice un esfuerzo por apartar la mirada. Al otro lado de la cama, había una pantalla de privacidad y una butaca blanca.

Ya imaginaba lo que encontraría, pero crucé la jaula de todos modos y me paré al lado de la gran butaca blanca con botones. Detrás de la pantalla había una bañera enorme, un inodoro y un tocador, todo ello anclado al suelo.

La butaca miraba hacia la bañera.

«Jodidos dioses», gruñí, y las brasas vibraron en mi interior.

«¿Podría ser más asqueroso si lo intentara?».

Uno esperaría que no, pero era probable que la respuesta fuese un contundente «sí».

Me pregunté cuánto se enfadaría si incrustase lo que antes era un pene de cristal por su garganta.

Me giré hacia una estantería llena de toallas y numerosos frascos de cristal. Eran sales y lociones y desmaquilladores. Mis ojos saltaron hacia el tocador. Había un peine en el lavabo de mármol, junto con un cepillo para los dientes.

Lo triste era que el interior de esa jaula era más agradable que lo que había tenido en casa en el castillo de Wayfair.

En cualquier caso, seguía siendo una jaula, por muchos lujos que proporcionara su interior.

Me ocupé de mis necesidades personales y luego empecé a salir de la zona de baño. Mis ojos se quedaron enganchados en esa maldita butaca. Sus reposabrazos eran gruesos y mullidos, pero no había forma de pasar por alto la clara huella de unos dedos.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo mientras la miraba. ¿Cuántas veces habría estado Kolis sentado en esa butaca, sus dedos apretados contra los reposabrazos como lo habían estado contra mis caderas, para dejar una huella como esa? ¿A cuántas había observado, sin permitirles ni la más mínima intimidad?

Sentí que las llamas subían por mi pecho y se extendían por mis venas como un fuego incontrolado. Mi mano temblaba aferrada al cristal roto, los nudillos blancos de la tensión. Me aferré también a esa ira y pasé junto a la butaca. Tiré el arma sobre la cama, volví a los baúles, abrí uno y agarré una prenda blanca con encaje y rajas a ambos lados de la falda.

A toda prisa, me deshice de mi vestido todavía húmedo y me puse este otro. Era más suelto y las mangas cubrían un poco los hombros, pero dejaba poco a la imaginación.

Estaba claro que a Kolis le gustaba vestir a sus favoritas para su placer visual, tratándolas como uno trataría a una muñeca.

Juguetes altamente sexualizados.

Repugnada a todos los niveles, recuperé mi daga recién fabricada y me senté en el suelo.

Y esperé.

Parte de mí sabía lo insensato que era esto. No tenía ningún plan real más allá de encontrar a Ash y escapar, pero cualquier cosa era mejor que estar sentada en esta jaula a la espera de que Kolis volviera.

A la espera de que fuese más allá de mirar y tocar mientras solo los dioses sabían qué le estaba pasando a Ash.

No tuve que esperar demasiado.

Sonaron unas pisadas fuera de la habitación. A toda prisa, me

tumbé sobre el costado con la espalda hacia las puertas. No me gustaba, pero era la única forma de mantener oculta la daga de cristal bajo mi otro brazo, al tiempo que también me permitía actuar deprisa con ella.

Mi corazón latía a toda velocidad cuando oí las puertas abrirse y después el suave *clic* al cerrarse otra vez. Me quedé muy quieta, la mano bien apretada en torno al cristal. No sentí que las brasas se removieran, como hacían siempre que un Primigenio estaba cerca. Así que o bien era un guardia, o tal vez fuese un Retornado. Si era lo segundo, no permanecería muerto demasiado tiempo.

Mi espalda entera hormigueaba con la sensación de ser observada, pero el silencio se prolongó. Me dio la sensación de que quien fuese que estuviera en la habitación se había acercado más, porque el tenue olor dulce pero rancio había aumentado, aunque no podía estar segura. Pasaron los segundos, pero me mantuve muy quieta, medio temerosa de tener que estornudar o…

—Seraphena.

Mierda.

Reconocí la voz. Era la del Retornado dorado, Callum. Cerré los ojos. Tendría que hacerle mucho daño si quería noquearlo durante un buen rato, visto que una daga tirada por Attes y unos latigazos de *eather* no lo habían incapacitado durante demasiado tiempo.

¿Y por qué *había* hecho eso Attes? ¿Solo porque Callum lo irritaba? ¿O porque el Retornado no hacía más que insistirle a Kolis que tomara las brasas mientras que Attes, claramente, no quería que lo hiciera?

Ahora que lo pensaba, ¿por qué estaba Attes tan dispuesto a creer que yo estaba diciendo la verdad acerca de Sotoria?

La respuesta no podía ser tan simple como que el Dios Primigenio de la Guerra y la Concordia no quisiera que Kolis adquiriese tal poder, porque eso no tenía ningún sentido. No cuando había sido el propio Attes el que me había llevado hasta Kolis.

Sin embargo, nada de eso importaba ahora. Tenía que concentrarme.

—Despierta. —Sonaba más cerca y la impaciencia se filtró en su tono cuando no respondí—. *Seraphena*.

Sin dejar de imaginar todas las formas en que planeaba utilizar el cristal roto contra él, permanecí callada y quieta. Necesitaba que entrase en la jaula.

Pasó un momento.

Luego otro.

«Maldita sea», musitó. «¿Cómo puede nadie tener un sueño tan profundo?».

¿Por qué creía que estaba dormida en el suelo cuando había una cama justo a mi lado?

El tintineo de una cerradura que se abría fue como un canto de sirena para mis oídos. Forcé a mi dolorida mandíbula a relajarse y me obligué a respirar despacio pese a que mi corazón latía desbocado.

Callum había entrado en la jaula, pero el muy bastardo era muy silencioso. Ni siquiera lo había oído acercarse hasta que sentí la punta de su bota empujar con suavidad mi pierna.

«Mierda», refunfuñó, y sonaba como si se hubiese arrodillado detrás de mí. «Si te has asfixiado con la lengua o algo así…». Su mano gélida se posó sobre mi brazo.

Mi corazón se ralentizó cuando un instinto bien pulido tomó las riendas. Dijo mi nombre una vez más, antes de hacerme rodar sobre la espalda.

Reaccioné sin vacilar.

Abrí los ojos y me incorporé de golpe. Agarré la pechera de su túnica blanca, columpié mi brazo desde atrás y apuñalé al capullo justo en el cuello.

Un destello de sorpresa onduló por sus rasgos pintados, abrió sus pálidos ojos de par en par y sus labios se movieron, pero el único sonido que salió de él fue un borboteo.

La sangre brotó por su boca cuando tiré del cristal para liberarlo. Se plantó una mano sobre el cuello, luego se tambaleó hacia atrás.

No dejé que llegase lejos.

Apunté abajo y le lancé una patada para sacarle las piernas de debajo del cuerpo. Cayó al suelo con un reconfortante golpe sordo. La sangre resbalaba entre sus dedos y bajaba por su brazo y su pecho. Una sangre de un rojo apagado que olía a lilas marchitas.

Consciente de que era probable que se recuperase deprisa, me puse de rodillas, me senté a horcajadas sobre él y levanté el cristal roto por encima de mi cabeza.

Estiró una mano hacia mi brazo, sus movimientos lentos y débiles. No logró impedir que incrustara el cristal en su cuello de nuevo. La sangre brotó por doquier, salpicó la parte frontal de mi vestido, gran parte de mi pelo y mis mejillas. Su cuerpo sufrió un espasmo y sus dedos empapados de sangre resbalaron de mi piel. Estrellé el cristal una vez más contra él, quien emitió un ruido gutural cuando chocó con el suelo. Lo único que quedaba de su cuello eran unos pocos tendones rosados en carne viva.

Enrosqué el labio en una mueca de asco y me eché atrás. Callum estaba muerto. Por ahora. Sabía que no duraría, así que supuse que cuantas más lesiones tuviera que curar, mejor sería para mí.

A través de la abertura de su camisa, vi que no tenía cicatriz alguna de cuando Attes le había tirado la daga. Claro que tampoco había habido ninguna señal en el Retornado llamado Dyses, y Ash le había arrancado el corazón.

Con ambas manos, estrellé el cristal contra el pecho de Callum. La piel se desgarró y el cartílago cedió. El cristal se clavó bien profundo, cortando a través de músculo hasta llegar al corazón. Ahí, retorcí la daga con saña y esbocé una sonrisa salvaje. A continuación, lo apuñalé en la entrepierna.

Solo porque sí.

Me sequé la sangre de la cara con el dorso de la mano y registré sus bolsillos. Encontré una única llave dorada. Me levanté y pasé por encima del Retornado. Como no sabía de cuánto tiempo disponía antes de que Callum resucitara, no perdí ni un segundo. La sangre goteaba del cristal roto cuando salí a toda prisa de la jaula.

Fuera de ella, agarré los barrotes de la puerta. Bufé cuando un dolor ardiente brotó en mi mano al empujar la puerta para cerrarla. Después, metí la llave deprisa en la cerradura y la giré.

«Capullo». Le lancé una última mirada a Callum y empecé a dar media vuelta, pero entonces me detuve. Bajé la vista hacia la llave en mi mano.

Di unos pasos hacia un lado, hasta que estuve delante de la cama, y estiré con cuidado el brazo entre los barrotes. Luego tiré la llave dentro de la jaula y observé cómo se deslizaba debajo de la cama.

«Solo por si acaso», me dije mientras me giraba. Si acababa de vuelta en esa jaula, al menos tendría una llave.

La piedra umbra estaba fría bajo mis pies mientras cruzaba la habitación. Mi mente se acalló cuando me acerqué a las puertas. Fue casi como ponerme mi velo de vaciedad, porque no sentí nada. Ni miedo por mi vida. Ni miedo al fracaso. Me habían enseñado a no sentirlo, aunque a diferencia de las veces en que mi madre me había enviado a entregar sus *mensajes*, no me sentía como un monstruo.

Me sentía como la venganza y la ira de carne y hueso.

Las brasas vibraban en mi pecho. Me limpié la mano en el vestido y cerré los dedos alrededor del picaporte dorado de la puerta. Dudaba que no hubiese vigilancia.

La abrí, pero me mantuve oculta y apretada contra la pared. Un segundo más tarde, comprobé que había estado en lo cierto. A través de la ranura entre la puerta y la pared vi la armadura blanca y dorada de un guardia.

Esperé. Sabía que era probable que fuese un dios y que podría haber más. Debería haber más, pero solo entró uno.

¿Uno?

¿Kolis tenía un solo guardia apostado a la puerta de la habitación? ¿En serio?

Casi me sentí ofendida.

En el mismo instante en que el guardia vio el caos de la jaula, se paró en seco.

«¿Qué demon…?». Maldijo, agarró el borde de la puerta e hizo amago de cerrarla.

En ese momento me di impulso contra la pared y ataqué. Agarré las correas de la parte trasera de su coraza y clavé el cristal en la base del cráneo del guardia al tiempo que saltaba e incrustaba mi rodilla en el centro de su espalda.

El dios hizo un ruido gutural y se tambaleó hacia delante bajo mi peso y el golpe inesperado. Cayó sobre una rodilla, alargó una mano hacia la empuñadura de la espada corta que llevaba a la cintura.

—Oh, no lo creo —gruñí, y giré la cabeza del dios con rudeza hacia un lado. El crujido del hueso fue desagradable pero satisfactorio.

No creía que un cuello roto fuese a mantener a un dios inutilizado durante demasiado tiempo, pero ¿la piedra umbra? Eso sí lo haría. Dejé el pene de cristal roto clavado en la parte de atrás de su cráneo y alargué la mano hacia la espada.

El aire se cargó a mi alrededor cuando la desenvainé. Podía sentir la energía danzar por mi piel cuando el dios enderezó el cuello. El crujido de sus huesos me revolvió el estómago cuando plantó una mano en el suelo. Un manchurrón de sangre roja azulada oscurecía su pelo castaño.

—Maldita zorra —escupió—. ¿Qué demonios hay en la parte de atrás de mi cabeza?

—Un pene. —Levanté la espada.

—¿Qué? —El dios se quedó paralizado.

—Un pene de cristal —dije con una sonrisa, al tiempo que bajaba la espada.

La piedra umbra cortó justo por debajo del bulto de cristal que asomaba por la base de su cráneo y silenció lo que fuese que el dios hubiera estado a punto de decir. La hoja cortó a través de huesos y tejidos con poca resistencia, terminando con el poder que se acumulaba a toda velocidad.

Di un paso atrás e ignoré el pulso cálido de las brasas… que me instaban a deshacer lo que acababa de hacer. A restaurar la vida, en lugar de quitarla.

Pero eso no iba a suceder.

Espada en mano, me giré hacia la puerta y encontré un pasillo iluminado por la luz del sol. Una especie de corredor cubierto. Cerré la puerta a mi espalda y mis ojos volaron hacia las frondosas palmeras más allá de los arcos redondeados. Más adelante había otra puerta, y a mi izquierda, una pared sólida de oro y mármol. Unas grietas finas habían formado telarañas por toda su superficie.

Si esto era el palacio de Cor, no quería adentrarme más en él, pero ¿y si a Ash lo tenían retenido en algún lugar ahí dentro? Kolis le había ordenado a Attes que lo llevara a las celdas. La Casa de Haides en las

Tierras Umbrías tenía celdas debajo de su enorme estructura. Igual que el castillo de Wayfair, mi hogar en el mundo mortal.

«Mierda».

Quizá debería haber interrogado al guardia primero. Aunque, claro, eso no hubiese sido muy sensato. Solo le hubiese proporcionado al dios tiempo para usar el *eather*, y eso era algo contra lo que no podía luchar.

Tenía que tomar una decisión, y tenía que hacerlo deprisa. Ir hacia las palmeras y ver a dónde me llevaba eso, o adentrarme en las profundidades del palacio.

Ash no estaría en las palmeras.

Apreté la mano en torno a la empuñadura de la espada y eché a andar. Una brisa cálida soplaba por la abertura y revolvió varios rizos pálidos salpicados de sangre por mi cara. Llegué a la puerta del extremo del corredor y la abrí con decisión.

Era una habitación, un dormitorio, oscurecido por gruesas cortinas echadas. El olor a lilas marchitas era fuerte ahí dentro y tuve la agobiante sensación de que era el cuarto de Kolis.

Pegada a una de las paredes, había una gran cama deshecha. Había también ropa tirada por el suelo: pantalones blancos, túnicas… Y sobre la mesa de comer vi varios cuencos de fruta. Había decantadores de cristal por todas partes: encima de la mesilla, sobre la mesa y en las mesitas de los extremos de un sofá grande, algunos medio llenos de un líquido de tono ámbar, otros vacíos.

¿Se excedía Kolis con la bebida para ayudarle a olvidar las atrocidades que cometía? Solté un resoplido desdeñoso. Eso significaría que se sentía mal por lo que hacía y, por lo que había visto y sabía, no creía que ese fuese el caso.

Me dirigí a las puertas de doble hoja chapadas en oro y abrí uno de los lados.

Me recibió un pasillo ancho y de una longitud absurda, con ventanas y recovecos por uno de los lados y puertas en el otro. La suerte o bien los Hados estaban de mi lado hoy porque el pasillo estaba desierto, y ningún sonido caliente ni sensual provenía de los recovecos como había ocurrido cuando Ash y yo habíamos venido a Dalos por primera vez.

Eché a andar y probé cada puerta según pasaba por su lado. Algunas estaban cerradas con llave. Las que no lo estaban eran espacios vacíos por completo, o bien contenían solo camas estrechas, apenas más que catres. Algunas habitaciones tenían cuatro o cinco de estas.

No quería ni pensar para qué servían esas habitaciones y esas camas.

Seguí adelante, buscando alguna puerta que pudiera llevarme a

una escalera, sin dejar de temer que fuese como en la Casa de Haides, en donde la entrada al piso subterráneo estaba cerca del estudio y próxima al salón del trono.

Muy consciente de que Callum podía despertar en cualquier momento, aceleré el paso y probé puerta tras puerta hasta encontrar la que daba a un pasillo más estrecho. Al entrar, estudié las numerosas aberturas anchas enmarcadas por columnas chapadas en oro a ambos lados del pasillo. Se me puso la carne de gallina cuando detecté el sonido susurrante de la tela.

Mis pasos se ralentizaron a medida que me acercaba a una abertura a mi izquierda. Me asomé por una de las columnas y noté que el aire abandonaba mis pulmones en una bocanada irregular.

Había tenido razón en cuanto a lo de estar en el palacio de Cor.

Porque todo lo que vi era blanco.

Vestidos y túnicas y velos blancos cubrían cada centímetro de los que estaban en el soleado espacio diáfano. Tenía que haber docenas de ellos. Estaban de pie al lado de ventanas, sentados sobre gruesos cojines con borlas de tonos blancos y marfil. Si alguno de ellos hablaba, lo hacía en voz baja.

Eran los Elegidos, llevados a Iliseeum durante el Rito para servir a los Primigenios y sus dioses. Debido a que eran los terceros hijos e hijas, tenían más esencia de los dioses en su sangre que sus hermanos, lo cual les permitía Ascender a la divinidad, una tradición venerada en el mundo mortal y antaño honrada en Iliseeum por el propósito que cumplía: repoblaba el mundo de los dioses con miembros que recordaban lo que era ser mortal.

Pero ya no Ascendía ninguno. No desde que había gobernado Eythos.

Ahora, a los Elegidos los llevaban a vivir una pesadilla en vida.

Gemma, una de las Elegidas a quien Ash había salvado, había contado que muchos de ellos desaparecían. La mayoría no regresaba, pero ¿los que lo hacían? No volvían iguales. Se convertían en algo frío y hambriento que se movía solo por espacios oscuros. Holland los había llamado Demonios, y eran en lo que creía que habían convertido a la pobre modista Andreia.

Algo encajó en su sitio mientras los observaba levantar sus velos solo lo suficiente para beber de cálices de cristal. ¿Podían los Retornados haber sido Elegidos también en algún momento?

Miré hacia delante y tragué saliva. El pasillo se curvaba y giraba como si se hubiese construido siguiendo a una serpiente. ¿Querrían ayudarme los Elegidos? ¿Podrían ser de alguna ayuda? Era probable que no. Lo mejor para mí sería pasar por esta habitación sin que me vieran. Pero…

Pero eran Elegidos.

Mortales inocentes de los que seguramente estaban abusando. O algo peor. Y, por todos los dioses, pensé en Andreia otra vez. *Sí* que había cosas peores, y yo pensaba pasar de largo…

Un grito hizo que mi corazón diese un vuelco en mi pecho. Mi cabeza voló hacia la habitación. Había una Elegida en la entrada, sus manos enguantadas levantadas hacia su cabeza velada.

—No pasa nada. —Di un paso hacia ella—. No voy a hacerte daño.

Más gritos cortaron a través del aire cuando otro Elegido me vio. Varios corrieron hacia delante para agarrar a la que estaba cerca de la abertura y apartarla de mí. Tampoco podía culparlos.

Tenía un aspecto bastante… violento, cubierta de sangre y con una espada en la mano.

Una puerta se abrió en la habitación y un hombre de pelo gris salió arrastrando los pies, vestido con una túnica dorada.

—Por todo lo sagrado, ¿qué está…? —Unas cejas grises salieron disparadas hacia arriba y causaron profundas arrugas en su piel cuando me vio bien—. Santo cielo —susurró.

—No soy una amenaza —empecé—. Soy…

—¡Guardias! —gritó el hombre, y su túnica voló a su alrededor cuando se giró hacia la puerta por la que había salido—. ¡Guardias!

—Maldita sea —exclamé.

Sin otra opción, eché a correr lo más deprisa que pude. Mi corazón palpitaba al ritmo de mis pasos. Volé pasillo abajo y luego entré en otro, las habitaciones a ambos lados poco más que un borrón. Solo entonces se me ocurrió que los guardias no eran lo único de lo que debía preocuparme. Los agresivos *dakkais* carnívoros eran mascotas en Dalos. Un poco tarde para preocuparme por eso ahora.

Un coro de gritos brotó a mi espalda, pero seguí corriendo. Entré en otro pasillo, en una habitación diferente…

Me paré en seco. Durante unos instantes no pude procesar lo que estaba viendo, aunque entendía los suaves gemidos susurrantes y los atisbos de piel desnuda. Era solo que había sido muy inesperado.

Personas en distintos grados de desnudez estaban tendidas por el suelo en grupos de dos, tres… y *guau*. Mis ojos se posaron en una mujer que cabalgaba a un hombre, sus pesados pechos oscilando mientras otra la tomaba por detrás, las manos y la boca de ella también ocupadas. Sonrió alrededor de un pene mientras el hombre gemía…

Santo cielo, menudo talento.

Un hombre tenía a otro inclinado sobre el reposabrazos de un sofá y lo embestía con las caderas mientras el otro tenía la cara enterrada entre las piernas de una mujer a medio vestir. Ella tenía la boca sobre otra mujer recostada con las piernas abiertas. Algunos estaban sobre colchones cubiertos de seda de tonos dorados y zafiro. Otros sobre

sofás. Algunos se limitaban a observar la fiesta, sus manos moviéndose en torno a penes o sus dedos hundidos bien profundo dentro de sí mismos.

Parpadeé, al tiempo que sacudía la cabeza. Esta no era la primera vez que veía algo así. Después de todo, había espacios similares en mi mundo, en El Luxe, pero estos no eran mortales. En lugar de eso, aquí los ojos rebosantes de lujuria relucían cargados de *eather*. Esta era una sala llena de dioses jodiendo. De jodidos dioses.

Retrocedí despacio para volver al pasillo.

Sin que una sola persona se hubiese fijado en mí, al parecer, eché a correr de nuevo. Maldita sea. No sabía a dónde ir, y el lugar era un laberinto de pasillos y habitaciones. Me colé en otro pasillo más, mi respiración convertida ya en jadeos cortos y superficiales.

La zona en la que había entrado era más oscura, sin ventanas que dejaran pasar la luz natural, y detecté un olor extraño en el ambiente.

Metálico.

Sangriento.

# Capítulo 7

La inquietud serpenteó a través de mí mientras avanzaba con sigilo. De las paredes, colgaban tapices con brocado de oro que ondulaban con suavidad, movidos por algún tipo de brisa. Levanté la mirada y vi las aspas giratorias de varios ventiladores colgados del techo.

Tragué saliva y seguí adelante. Encontré varias habitaciones vacías, solo llenas de sombras, pero estaban… Guiñé los ojos. Parecían húmedas. Mojadas. El rico olor a hierro impregnaba el aire.

Aquí también oí sonidos. Procedían de espacios con arcos separados por cortinas e iluminados con velas.

Sonidos hambrientos y ávidos.

Apreté la mano en torno a la espada mientras pasaba junto a una estatua de mármol de un hombre con un escudo en una mano y un niño pequeño pegado al pecho en la otra.

A las dos figuras les faltaba la cabeza.

*Sigue adelante*, me dije. *Solo sigue adelante*. Tenía que haber una escalera en alguna parte.

Un grito explotó desde el interior de una de esas salas separadas por cortinas, uno lleno de dolor y terror, no de placer.

Me detuve, giré a mi derecha. Sonó un lamento, más débil y corto. *Sigue adelante.* Se me comprimió el pecho mientras miraba hacia atrás, por donde había venido. No tenía ni idea de dónde estaban los guardias, pero los sonidos, esa forma ávida de sorber…

Maldita sea.

Algunos días, me odiaba. Mientras me acercaba con sigilo a la vaporosa cortina negra, este fue uno de ellos.

Aparté la barrera a un lado y eché un vistazo al interior del espacio en penumbra. No había sofás ni sillas, solo repisas llenas de velas encendidas medio derretidas y un colchón en el suelo. Uno con manchas de color óxido.

Y no estaba vacío.

Una mujer de pelo oscuro estaba encima de un hombre, la cara enterrada en el cuello de este. La mujer llevaba una túnica blanca informe, o un vestido, pero aun así, pude ver cómo se contoneaba su cuerpo bajo la tela. Debajo de ella, el hombre estaba medio desnudo, la piel casi tan blanca como su túnica desgarrada. Sus ojos frenéticos y desorbitados se toparon con los míos.

Retrajo los labios sobre unos dientes muy apretados, luego los

movió para formar una sola palabra que no oí, pero que sentí hasta en los huesos.

*Ayuda*.

Un instinto de otro tipo se apoderó de mí cuando corrí hacia él. La mujer soltó un gemido profundo mientras el hombre que estaba debajo de ella daba una sacudida, los ojos cerrados con tal fuerza que la piel se frunció por los bordes. La mujer estaba tan absorta en lo que supuse que era alimentarse que ni siquiera se percató de mi presencia.

Llegué al borde del colchón, agarré un puñado de pelo y tiré con todas mis fuerzas.

Cuando empujé a la mujer a un lado, capté un atisbo de las irregulares heridas punzantes en el cuello del hombre.

La cabeza de la agresora voló hacia mí, al tiempo que retraía los labios para revelar dos colmillos ensangrentados, más pequeños que los que había visto en dioses y Primigenios, pero afilados de todos modos. La mujer me gruñó, y una vez más la imagen me recordó a Andreia. Sin embargo, esta mujer no tenía dos colmillos en la fila inferior de dientes, ni parecía… bueno, *tan* muerta como lo había parecido Andreia.

Mi mirada voló de vuelta a la suya. Por todos los dioses, sus ojos eran negros como el carbón, tan oscuros que no podía ver sus pupilas.

No eran como los de un dios, ni como los de un mortal.

Se movió deprisa para colocarse en una posición acuclillada, sus rodillas asomando por los lados de su vestido.

Me daba la desagradable sensación de que ambos eran Elegidos, pero ella era lo que había descrito Gemma cuando había hablado de los Elegidos que desaparecían y regresaban hambrientos.

Porque esta zorra parecía *muerta de hambre*.

Ladeó la cabeza mientras olisqueaba el aire.

—Hueles a… —Fruncí el ceño al oír la voz rasposa y ronca—. Hueles a Retornado y a dios —ronroneó. Se movía con fluidez, de un modo similar a una serpiente de cascabel. Gimió y unas espesas pestañas aletearon contra sus mejillas—. Y a algo más. Más fuerte.

—Hmm, ¿gracias? —murmuré, sin apartar la vista de ella mientras me acercaba al hombre, que no se movía—. Supongo.

Emitió un suave sonido sibilante antes de apretar las manos contra la cintura de su vestido.

—Tengo muchísima hambre.

—Ya. —Sujeté la espada con firmeza y me agaché para tocar el cuello del hombre y buscar su pulso. Lo encontré. Débil, pero existía.

La mujer giró su cuerpo hacia mí mientras deslizaba las manos hacia arriba por su pecho.

—Hueles a…

—Ya lo has dicho.

—A vida —susurró, y sus pestañas se levantaron. Unos ojos negros como el carbón, con una leve luz interior, se clavaron en mí.

—¿Qué diabl…?

La mujer se abalanzó sobre mí, saltando como un felino grande.

Era rápida, más rápida de lo que esperaba, y se estrelló contra mí. El impacto hizo que se me cayera la espada. Me tambaleé hacia atrás y tropecé con las piernas del hombre. Caí al suelo, las manos sobre los hombros de la mujer. El impacto contra el suelo de piedra fue brutal, pero los colmillos que chasqueaban a apenas unos centímetros de mi cara eran mucho más violentos.

—Joder —exclamé, mientras la mantenía a distancia. Mis brazos temblaban cuando me agarró de la muñeca.

—Dame un poco —pidió con voz melosa, las rodillas apretadas contra mis caderas—. Solo un poquito. Un sorbito. Eso es todo. Por favor. —Gimió, mientras contoneaba y apretaba las caderas sin parar —. Por favor.

—¿Qué diablos? —exclamé. Era casi tan fuerte como una diosa—. Quítate de encima de mí.

—Lo necesito. Necesito más —gimoteó, la voz más pastosa ahora —. Necesito…

Empujé con todas mis fuerzas para apartarla a un lado y no me demoré tumbada de espaldas, pues sabía lo rápida que era. Me levanté de un salto y busqué la espada al instante.

Ella voló hacia mí, sus movimientos frenéticos y desentrenados, toda brazos y colmillos. ¿Estaba lanzando mordiscos al aire? La empujé hacia atrás. Si era una Elegida, no quería hacerle daño. A lo mejor, lo que le habían hecho, fuese lo que fuere, podía *des*hacerse. No lo sabía.

—Tienes que calmarte.

No hizo eso en absoluto, sino que se abalanzó sobre mí una vez más. Me colé por debajo de sus brazos para emerger detrás de ella. Giré por la cintura y lancé una patada con la que planté mi pie sobre su espalda. Salió volando hacia delante para caer después de rodillas. Di media vuelta y vi por fin la espada tirada sobre el colchón. La agarré y me giré. Ella corría hacia mí a toda velocidad. Me tambaleé mientras mis brazos se flexionaban…

La mujer dio una sacudida, su cabeza y sus piernas cayeron hacia delante, su espalda se arqueó… Bajé la vista para encontrar la empuñadura de la espada pegada a la túnica blanca en la zona media de la Elegida.

Levanté la mirada al mismo tiempo que lo hacía ella. Sus labios se entreabrieron en una espiración suave. Mis ojos se quedaron clavados en los suyos, y el tiempo dio la impresión de ralentizarse mientras unas grietas diminutas aparecían en sus mejillas. Se extendieron de un

modo muy parecido a como lo habían hecho las fisuras de las paredes, y avanzaron por su cara para luego bajar por su cuello.

Su peso contra la espada fue lo primero en desaparecer, como si se hubiese quedado hueca. Luego su piel empezó a descamarse y se convirtió en polvo al tocar el aire.

Me quedé boquiabierta cuando colapsó sobre sí misma y empezó a hacerse añicos hasta que la espada que tenía en mi mano no perforaba nada más que ropa.

«¿Qué diablos?», repetí, paralizada por un momento antes de liberar la hoja de la tela y buscar alguna señal de la Elegida. Un hueso. Algo.

No había nada.

Tragué saliva y di un paso atrás. Choqué con el borde del colchón y me giré para bajar la vista hacia el hombre. Estaba más pálido que antes. Tenía los ojos abiertos, pero estaban vidriosos y fijos. Con una mirada de reojo al montón de ropa vacía, me arrodillé y toqué su cuello.

«Maldita sea». Se me encogió el pecho. No tenía pulso. Empecé a retirar la mano cuando un movimiento captó mi atención.

Los dedos del hombre sufrieron un espasmo. Luego su brazo. Se me escapó un resoplido entrecortado. Apreté los dedos mejor sobre su cuello para buscar bien su pulso. Seguía sin haberlo.

«Mierda». Miré su brazo. Estaba quieto.

Vale. Debían de haber sido imaginaciones mías.

Contemplé todo lo que quedaba de la mujer: nada más que un montón de ropa. No había sido lo que Aios había descrito una vez como una *demis*. Eso era cuando un mortal que no era un tercer hijo o hija Ascendía.

Oí unas fuertes pisadas en el pasillo y mis ojos volaron hacia la vaporosa cortina. Varias formas pasaron a la carrera.

Una se paró.

Un hombre de pelo largo y claro que caía por su espalda levantó la barbilla. Se giró hacia la cortina de la habitación en la que estaba yo.

Pasé por encima del Elegido, la espada en alto.

—Encontrada —me llegó una voz áspera y desconocida.

Maldita sea.

*Maldita* sea.

Apareció otra figura fuera, su armadura dorada apagada bajo esa tenue luz. El hombre de pelo largo apartó la cortina un segundo después y entró como si tal cosa.

Crucé el espacio a la velocidad del rayo. El hombre ladeó la cabeza, pero no hizo ni ademán de protegerse. Me pareció perfecto. Coloqué el borde de la espada contra su cuello.

—Muévete —le ordené.

Aunque sus facciones se perdían entre las sombras, hubiese jurado que esbozó una sonrisilla al levantar las manos.

—Me muevo —repuso—. Alteza.

Oír el título honorífico me resultó discordante. De alguna manera, entre todo esto, había olvidado que una consorte tenía un estatus similar al de un Primigenio.

—Atrás —añadí, sin tiempo de preguntarme si se trataría de un dios o de un Retornado—. Muévete hacia atrás.

Hizo justo eso. Salió de la habitación y entró en el pasillo.

—¿Hasta dónde queréis que me mueva?

Sin apartar la hoja de su cuello, me refugié detrás de él. El hombre era altísimo, bastante más alto que yo, pero lo agarré del brazo y lo forcé hacia el guardia.

—Quiero que los dos me escuchéis con atención porque no voy a repetir lo que diga —empecé, al tiempo que presionaba con la punta de la espada contra su cuello—. Si alguno de los dos hacéis un solo movimiento que no me guste, le corto la cabeza. Y soy rápida. No seréis capaces de impedírmelo.

—¿Cuán rápida sois? —preguntó, en un tono demasiado casual para alguien que tenía una espada al cuello—. Me da la sensación de que debéis ser bastante rápida para haber llegado hasta aquí.

Mi corazón dio una sacudida y luego se aceleró. ¿Su piel? Estaba caliente, casi febril, y notaba en ella cicatrices o… crestas. El hombre giró la cabeza hacia el lado.

Varias ondas rubias cayeron hacia atrás y su mejilla quedó al descubierto.

—Pero ¿cuán fuerte sois? —continuó, y levanté la vista—. Porque vais a tener que ser muy muy fuerte, alteza.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando vi las crestas a lo largo de su mandíbula y su mejilla. Formaban un patrón de escamas. Luego vi un ojo color rubí.

Un *draken*.

Estaba sujetando una espada contra el cuello de un *draken*.

Dos pensamientos cruzaron mi mente de manera simultánea: ¿había querido este *draken* crear un vínculo con Kolis? ¿Y podía una hoja de piedra umbra matar a un *draken*? Estaba a punto de averiguarlo, así que deseé de todo corazón que el *draken* estuviese contento de servir a Kolis y no lo hiciese porque no tenía otra opción.

—No lo hagáis —me advirtió el guardia.

Eché el brazo atrás…

El *draken* se giró, agarró mi muñeca y la retorció. El dolor subió disparado por mi brazo, pero no solté la espada. Era mi única arma. Mi única…

El *draken* aumentó la presión sobre mi muñeca, clavó los dedos en

los tendones. Solté una exclamación cuando mi mano se abrió con un espasmo. La espada repiqueteó sobre el suelo mientras yo lanzaba una patada y estampaba el pie contra su pecho.

El *draken* ni se movió.

—Eso no ha sido muy agradable —dijo con otra sonrisilla—, pero si os hace sentir bien, por favor, no dudéis en continuar.

—¡Que te jodan! —escupí. Giré el cuerpo hacia el otro lado y columpié el brazo contrario. Conecté con su barbilla al tiempo que se oía un ruido sordo en alguna parte detrás de mí. No tenía ni idea de lo que era, y tampoco tenía tiempo de averiguarlo.

—Auch —gruñó. Luego soltó una carcajada grave. Era muy probable que el golpe me hubiese dolido más a mí que a él—. Eso ha sido… mono.

¿Mono?

*¿Mono?*

La furia brotó en lo más profundo de mi ser, mezclada con un pánico creciente, y ambas cosas avivaron las brasas. Esta era mi única oportunidad. Si no conseguía escapar ahora, era probable que no lo hiciese nunca. Y *tenía* que hacerlo, debía hacerlo. La parte de atrás de mi cráneo hormigueaba a medida que el zumbido de la esencia primigenia aumentaba.

Las brasas vibraban profundo en mi pecho, me recordaban que la espada no había sido mi única arma. Las tenía a *ellas*.

Y ellas eran mías.

Desde lo más profundo de mi ser, un poder antiguo se removió y estiró. Brillante y ardiente, el *eather* invadió mis venas y me llenó por dentro.

La cabeza del *draken* se ladeó, abrió las aletas de la nariz. La sorpresa abrió mucho sus ojos, y su agarre sobre mi muñeca se aflojó.

El *eather* surgió y no intenté reprimirlo. Me aferré al poder, a *mi* poder. Lo *conjuré*, al tiempo que proyectaba ambos brazos hacia delante. Unas chispas plateadas brotaron de mis dedos y estampé las manos contra el pecho del *draken*.

Sus pies abandonaron el suelo y salió volando hacia atrás para golpear la pared del otro lado del pasillo con la fuerza suficiente como para agrietar la piedra. Después cayó de lado, inerte.

Una risa estrangulada escapó por mi boca. Santo cielo, acababa de noquear a un *draken*. Sin embargo, no había tiempo para asombrarme de mi extraordinaria fuerza. Di media vuelta hacia el guardia de pelo castaño.

El *eather* palpitaba detrás de sus pupilas.

—Mierda.

Proyecté la mano delante de mí. El poder brotó de la palma y sucedió algo. La esencia primigenia crepitante y chisporroteante cobró

forma en mi mano. Se estiró y se alargó hasta formar un *relámpago*.

Abrí los ojos como platos.

—Por todos los Hados —masculló el guardia, tambaleándose hacia atrás.

Me llegó un gruñido grave y retumbante que me hizo girar la cabeza hacia el lado. El *draken* se estaba levantando del suelo mientras su piel se engrosaba para formar escamas y se oscurecía hacia un tono carmesí. Abrió las fauces y sus ojos color rubí centellearon de un brillante y rutilante tono zafiro. Una nubecilla de humo brotó por sus ollares.

Reaccioné por algún instinto antiguo, uno nacido del poder primigenio que blandía. Mi brazo se echó hacia atrás mientras me preparaba para lanzar el relámpago.

Lo que sonó como el gemido del viento reverberó desde el interior de la sala de la que acababa de salir. Un grave sonido aullante que aumentó de volumen hasta convertirse en un chillido estridente que me puso la piel de gallina. Giré la cabeza hacia atrás.

*Algo* salió como una exhalación a través de la vaporosa cortina y se estrelló contra mí. Perdí la concentración y el relámpago se hizo añicos con una lluvia de chispas inofensivas mientras me caía hacia atrás.

Lo agarré de los hombros, pero aun así golpeé contra el suelo con fuerza. El aire salió de golpe de mis pulmones mientras la cosa se volvía loca, chillando y lanzando mordiscos a diestro y siniestro. Solo que no era una *cosa*.

Incluso en mi confusión, supe que era el hombre que había estado muerto hacía tan solo unos minutos.

Y seguía pareciendo muerto.

Su piel había adquirido una espantosa lividez grisácea, y oscuras sombras habían aflorado debajo de sus ojos, unos ojos que ahora ardían al rojo vivo. Sus pálidos labios azules grisáceos se retrajeron para revelar cuatro colmillos largos que no habían estado ahí antes, dos arriba y dos abajo.

Igual que los colmillos que habían aparecido en la modista Andreia.

—¿Qué diablos? —exclamé, mientras me lo quitaba de encima de un empujón.

Me aparté a toda prisa, el corazón en la boca. El hombre aterrizó sobre el costado y su cuerpo se estremeció, sus brazos se movían de manera incontrolable y su cabeza voló hacia mí de nuevo. El sonido que hizo entonces fue como los chillidos de cien almas condenadas al Abismo, y un escalofrío bajó por mi columna. Se levantó de un salto y fue directo a por mí, como si no hubiese nadie más ahí.

Me levanté a duras penas, me preparé…

Una espada de piedra umbra voló por los aires para impactar contra su cuello. Su grito se interrumpió de golpe cuando la espada cortó de lado a lado y separó la cabeza de sus hombros.

Aturdida, observé cómo el cuerpo se desintegraba. Era incapaz de procesar cómo el Elegido había pasado de lo que había visto en la sala a *esto*.

—Jodidos Demonios —musitó el guardia, y mis ojos volaron hacia él. Un bucle de pelo castaño cayó sobre su frente cuando le dio un empujoncito a la cabeza con un pie—. Abominaciones todos ellos.

Había estado en lo cierto.

En lo que se había convertido Andreia, en lo que se había convertido *este Elegido*, era un Demonio. Y la mujer que lo había mordido había sido algo diferente.

—*Alteza* —me llegó un susurro rasposo desde detrás de mí.

Mis hombros se tensaron. ¿Cómo podía haberme olvidado del *draken*? ¿De mi plan de escape? El Demonio y lo que fuese esa mujer quedaron en segundo plano. Busqué las brasas y las encontré. Palpitaron al volver a la vida, un poco más débiles que antes, pero aún ahí. Di un paso adelante y me giré, al tiempo que conjuraba la esencia. El calor invadió mis venas justo cuando mis ojos conectaban con unos que titilaban entre el carmesí y el zafiro.

Una mano aterrizó sobre mi nuca, unos dedos cálidos se clavaron en un lado de mi cuello. Intenté levantar los brazos y alejarme de la repentina presión, pero mis músculos se quedaron rígidos y surgió un mareante remolino de oscuridad que tiró de mí sin compasión hacia un inmenso vacío.

*

Soñé con mi lago, con que sus aguas frías y oscuras se deslizaban sobre mi piel mientras nadaba bajo las brillantes estrellas.

Soñar con él no me sorprendió. Ese lugar era una fuente de buenos recuerdos, y me sentí aliviada por que mi mente hubiese decidido traerme aquí en vez de a algún sitio terrible, aunque no lograba recordar con exactitud qué había pasado antes de esto. Había estado en algún lugar del palacio de Cor, ¿verdad? No estaba segura. Todo existía justo fuera de mi alcance, envuelto en una especie de bruma. Además, esto…

Sabía que nada malo podía alcanzarme, asustarme o molestarme aquí. Porque no estaba sola.

Había un lobo sentado en la orilla de mi lago, uno más plateado que blanco. Vigilaba.

Y supe que estaba salvo.

# Capítulo 8

Cuando abrí los ojos, todo lo que vi fueron los barrotes por encima de mí y el destello fragmentado de luz en el centro del techo de la jaula. Y sentí la suavidad de una manta debajo de mi cuerpo.

Fruncí el ceño, confusa. ¿Cómo había vuelto aquí? Había estado en un pasillo oscuro, con…

—Estás despierta. Por fin.

Esa voz cálida y veraniega me provocó un subidón de adrenalina. Me incorporé de golpe, pero de un modo un poco ladeado y perdí el equilibrio sobre el estrecho diván. Empecé a resbalar por el borde.

Kolis me sujetó del hombro, su mano plana contra mi piel desnuda.

—Cuidado.

Me aparté con brusquedad de su contacto y me apreté contra el respaldo del diván, al tiempo que estiraba la mano hacia abajo a mi lado. Sin embargo, mis dedos no arañaron nada aparte de las gruesas pieles de la manta.

Kolis se arrodilló delante de mí, la cabeza ladeada.

—¿Qué intentabas agarrar? Dime.

Mi daga.

O el pene de cristal roto.

Había alargado la mano en busca de un arma, por instinto y por acto reflejo pulido por años de entrenamiento.

—No… no lo sé.

—Hmm. —Una única ceja se arqueó.

Con un nudo de inquietud en el estómago, lo miré desde detrás de varios mechones de pelo que habían caído por delante de mi cara. Pelo pálido manchado ahora de carmesí.

Joder.

El intento de fuga, lo que había visto en esa zona más oscura del palacio, y mi fracaso subsiguiente volvieron a mi memoria de golpe. Mis ojos volaron hacia el suelo detrás de Kolis. Las relucientes baldosas estaban libres de sangre u otros restos. Miré hacia la sala más allá…

—Si estás buscando al guardia que asesinaste sin motivo con un objeto que suele estar destinado a producir placer (aunque he de admitir que eso fue algo bastante impresionante) —comentó Kolis—, no lo encontrarás.

Me puse rígida y las últimas telarañas del sueño se despejaron. Me

concentré en él. Iba vestido de un modo muy similar a antes: solo con el brazalete dorado alrededor del bíceps y unos pantalones de lino holgados.

—Lo han retirado de ahí —continuó el falso rey—. Y limpiaron la sala.

Mi respiración salía en jadeos cortos y rápidos. Volví a centrarme en Kolis.

—¿Que lo asesiné sin motivo? —Hice una mueca al notar la ronquera de mi voz.

—¿Cómo lo describirías tú?

—Defensa propia —espeté, cortante. Su mirada fría recorrió mi cara.

—¿Te atacó?

—No…

—¿Callum te golpeó?

—No, pero…

—Entonces, ¿cómo puedes considerar lo que hiciste como defensa propia? —me contradijo.

Entreabrí los labios por la incredulidad. ¿De verdad me estaba preguntando eso?

—Me tienes prisionera. No necesito que me ataquen para sentirme amenazada.

—No eres una prisionera. —Enderezó la cabeza y sus bucles de pelo dorado rozaron sus hombros—. Eres una invitada.

—¿Una invitada? —susurré.

—Una problemática —corrigió, con ese mismo tono plano y árido.

Todo lo que pude hacer fue mirar a Kolis pasmada. Parte de mí se preguntó si seguiría dormida o si el guardia que me había dejado inconsciente le habría causado algún daño a mi cerebro. Tenía que haber una razón para que Kolis creyese de verdad lo que decía. A menos que simplemente estuviese loco.

Lo cual era muy probable.

Aunque al menos ya no se refería al palacio de Cor como «mi casa».

—Has dormido profundamente —declaró Kolis después de un momento—. Como si estuvieses en paz.

*Había estado* en paz. Había soñado con mi lago y con el lobo plateado… Espera…

—¿Cuánto…? —Me aclaré la garganta—. ¿Cuánto tiempo me has estado observando?

—El tiempo suficiente —repuso.

Una sensación de asco bulló en mi interior.

—¿Tienes alguna idea de lo extraordinariamente molesto que es saber que me estabas observando mientras dormía?

Una luz cálida se reflejó en un alto pómulo curvo cuando su cabeza se ladeó.

—¿Te molesta?

—Por supuesto que me molesta, joder —espeté.

—Ese lenguaje. —Sus labios se afinaron—. Es mucho más incivilizado de lo que lo recuerdo.

—¿Y observar a alguien mientras duerme es *civilizado*? —repliqué.

Dio la impresión de que una sombra caía sobre el falso rey y oscurecía el mismísimo aire a su alrededor. Su expresión se endureció, su mandíbula se apretó, y una expresión fría y acerada se instaló en sus ojos.

Kolis se echó hacia delante de golpe y estampó las manos sobre el diván al lado de mis piernas. Me sobresalté y él sonrió con suficiencia mientras se inclinaba hacia mí y, vaya, el Primigenio sí que sabía esbozar una sonrisa cruel. Fue un rictus frío y brutal de una boca y una cara preciosas. Me forcé a quedarme quieta cuando invadió mi espacio personal, aunque tuve que hacer un esfuerzo por reprimir el deseo de apartar su cabeza de una patada.

Kolis se detuvo, respiró hondo.

Una sensación cosquillosa recorrió mi piel.

—¿Estás… me estás *oliendo*?

—Hueles a… —Su nariz rozó mi sien y sentí un escalofrío de repugnancia. Olió otra vez y se me aceleró el pulso—. Hueles a tierra húmeda.

¿Sí? Lo único que olía yo era ese hedor dulce a lilas marchitas. Mis dedos se enroscaron en torno al cojín. Si Kolis de verdad olía tierra húmeda, no tenía sentido. Así era como olía mi lago, y yo no había llegado más allá del corredor cubierto.

Pasaron los segundos mientras Kolis me estudiaba con una mirada inquietante, sin parpadear. Para cuando parpadeó, me dolían los dedos de lo fuerte que agarraba el borde del diván.

—Quiero pedirte disculpas —dijo, de un modo un poco forzado, mientras sus ojos bajaban a mi boca y mi mandíbula—. Por golpearte. Lo siento de veras. No pretendía hacerlo.

Su disculpa quedó flotando en el silencio como una nube nociva y asfixiante. Me limité a mirarlo. Sonaba sincero, pero mi hermanastro Tavius también, en las pocas ocasiones en que su padre lo llamaba a la alfombra por algún acto miserable e inexcusable que hubiese cometido. Igual que los padres de los niños maltratados que rescataban las Damas de la Merced. Había visto los suficientes abusos y malos tratos como para saber que había dos tipos de personas que hacían daño a los demás: las que sentían remordimientos por sus acciones, y las que simplemente no los sentían. Creía saber en qué categoría encajaba Kolis, aunque al final, rara vez importaba si la

disculpa y el remordimiento eran sinceros o no, porque nada justificaba la violencia y el maltratador casi nunca cambiaba.

Kolis podía tomar su disculpa y atragantarse con ella, aunque tuve el suficiente sentido común como para guardarme eso para mí misma. Al menos por el momento.

Kolis se quedó donde estaba unos segundos más, luego se irguió en toda su inmensa altura. Se me escapó un suspiro entrecortado cuando un poco de la dolorosa tensión de mis piernas y mi espalda se alivió.

—Estás aún más sucia que la última vez que hablamos —declaró—. Cuando regrese Callum, harás lo que te pida y no intentarás hacerle daño.

Despacio, levanté la cabeza y miré arriba. Mis ojos se deslizaron por sus grandes manos y brazos, por la banda dorada y… mi mirada voló de vuelta a ella. Fruncí el ceño. El brazalete había parecido blanco por un momento.

—¿Me estás escuchando? —espetó. Parpadeé un par de veces, enfoqué la vista en él otra vez y asentí—. Entonces, ¿lo has entendido bien?

—¿Eso… eso es todo? —Puse los pies en el suelo—. Intenté escapar y ¿eso es todo lo que tienes que decirme?

Esbozó una leve sonrisa perpleja.

—¿Debería decir algo más? ¿Debería estar enfadado contigo?

—Hum, supongo que sí.

—Estoy disgustado, *so'lis* —dijo, y eso me causó un escalofrío por dentro—. Pero no esperaba menos de ti.

—¿Ah, no? —murmuré, sin fiarme de su respuesta, que parecía ambivalente.

—Has intentado escapar de mí muchas veces antes. —Clavó los ojos en mí—. Es decir, si eres quien afirmas ser.

La inquietud afloró en mi interior cuando tragué con la boca seca. Que Kolis creyera que Sotoria y yo éramos una única persona era lo único que me mantenía con vida.

—Yo… no recuerdo nada de aquello —admití, consciente de que decir la verdad siempre que fuese posible hacía que las mentiras fuesen más creíbles.

—¿Ah, no? —dijo, repitiendo mi pregunta. Negué con la cabeza—. Entonces, no recuerdas lo que pasa cuando me disgustas —continuó.

Noté un hormigueo en la nuca, pero le sostuve la mirada.

—No, pero estoy segura de poder adivinarlo.

Kolis se rio con suavidad.

—No, no puedes. —Una sensación gélida golpeó mi pecho y me hizo tiritar—. Espero que no redescubras ese conocimiento —añadió, al tiempo que deslizaba los ojos por mi cuerpo.

—No necesito redescubrirlo para saber —mascullé—. Sé lo que les

ocurre a los que pierden tu favor. A otras que han sido tus *invitadas*.

Vi pequeños espasmos en los músculos de su mandíbula y por encima de sus ojos mientras me miraba desde lo alto.

—Hablas de otras a las que no solo cuidé con esmero, rodeándolas de las mejores sedas y los alimentos y vinos más ricos, sino a las que también protegí sin esperar nunca ni una sola cosa a cambio aparte de compañía.

Me atraganté con una respiración llena de ira. ¿De verdad creía que mantener a alguien en una jaula podría considerarse nunca como algo distinto a tener un prisionero?

—¿También las protegías cuando te cansabas de ellas, las tirabas a un lado y permitías que cualquiera les hiciese lo que quisiera? Que las maltratasen y abusasen de ellas. Que las matasen…

Kolis se inclinó de golpe hacia delante para plantar la cara a apenas unos centímetros de la mía. Me costó un esfuerzo ingente no reaccionar.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando. —Su piel empezó a afinarse cuando su pecho se hinchó con una respiración profunda. Despacio, se echó hacia atrás—. Pero sé quién ha estado hablando contigo. Aios. —No dije nada, pero le sostuve la mirada—. ¿Te contó por qué me cansaba de ellas? ¿Por qué las tiraba a un lado? Estoy seguro de que no lo hizo. Todas y cada una de ellas eran unas desagradecidas. Daba igual lo que les diera. Daba igual lo que hiciera. Se mostraban taciturnas o confabuladoras, convencidas de que sus vidas serían mejores sin lo que yo podía proporcionarles. —Levantó la barbilla—. Lo único que hice fue permitirles descubrir lo errónea que era esa creencia.

No podía creer lo que estaba oyendo. Una justificación no solo de los secuestros, sino también de su papel en sus muertes. Y su tono me indicaba que de verdad pensaba que no había hecho nada malo.

Kolis me miró con suspicacia.

—Puedo sentirla.

—¿El qué? —le dije, al tiempo que me preguntaba si mi ira era tan palpable que le había forzado a desarrollar una capacidad similar a la de Ash.

—La esencia en ti. —El rielar del oro presionaba contra la piel de su cuello—. Las brasas. Son aún más poderosas que antes. —Bajó la barbilla—. Eso no debería ser posible. Después de todo, eres mortal. Aun así, no solo la dominaste para atacar al *draken*, sino que también utilizaste la coacción no sobre uno sino sobre dos Primigenios.

—¿Y?

—¿Y? —repitió Kolis con una risa suave—. Solo el Primigenio de la Vida puede utilizar la coacción con otro Primigenio.

Mi corazón trastabilló.

—Yo no soy la Primigenia de la Vida. Como es obvio.

—Sí, es obvio —repitió Kolis—. Callum regresará pronto. No me disgustes. Odiaría tener que apostar a un *dakkai* en esta habitación —dijo, y se me hizo un agujero en el estómago solo de pensarlo—. Su temperamento y su hedor no los hacen buenos compañeros, *so'lis.*

—¿Qué significa eso? —pregunté, al tiempo que sentía que una ira palpable que no era mía borraba cualquier preocupación con respecto al *dakkai*—. *¿So'lis?*

Kolis no se movió durante unos momentos, luego sonrió, y mi cuerpo se quedó helado.

Fue una sonrisa preciosa.

*Él* era precioso.

Pero había algo mal en esa sonrisa. Era… ensayada, como si hubiera estudiado muchos tipos para perfeccionar una, pero la emoción detrás de ella no estuviera ahí.

No estaba en ninguna parte de sus rasgos perfectos.

—*So'lis* es el idioma de los Antiguos y los Primigenios —explicó. Los Antiguos fueron los primeros Primigenios, los que profetizaron la llegada de un ser que esgrimiría el poder supremo tanto de la vida como de la muerte—. Significa una cosa. —Vaya, menudo descubrimiento—. Y estoy seguro de que has notado que se parece a mi nombre.

En efecto.

—*Ko'* en la lengua antigua puede traducirse por la palabra «nuestra». *Lis* es «alma» —explicó, mientras mis músculos empezaban a bloquearse—. *Ko'lis* se traduciría como «nuestra alma». Eso es lo que simboliza mi nombre.

—Qué dulce —comenté—. ¿Qué quiere decir *So'*?

El oro se ralentizó en sus ojos.

—«Mi».

Se me ahuecó el pecho.

«Mi alma».

*

Caminaba de acá para allá a lo largo de la jaula, los puños cerrados a los lados mientras esperaba el regreso de Callum. Llevaba haciendo eso desde que se había marchado Kolis.

Mis pensamientos no hacían más que saltar de lo que había visto en la parte oscura del palacio al futuro. Debí preguntarle sobre los Elegidos que había visto. Era importante para Ash saber lo que Kolis estaba haciendo aquí.

Solo que ¿cómo diablos iba a llevarle esa información a Ash?

Había intentado matar a Kolis.

Y había fracasado en mi intento.

Había intentado escapar.

Y había vuelto a fracasar.

Eso me dejaba con la realidad de la situación. La única opción.

*Esa siempre fue la única opción.* Esa vocecilla irritante que sonaba como la mía había vuelto. Genial.

Cerré los puños y apreté el paso, mi vestido sucio chasqueaba alrededor de mis tobillos. La cosa era que no podía hacerlo. Eso ya lo había decidido. Igual que había decidido que no me importaba el bien mayor. No sería una persona que lo sacrificara todo.

Aunque *sí* que era esa persona.

Y *sí* que me importaba.

No podía engañarme para creer otra cosa, sin importar lo desesperada que estuviera. Si no fuese ese tipo de persona, no me hubiese parado a ayudar al Elegido. Tal vez no hubiera escapado, pero hubiese llegado más lejos.

Lo que Holland me había dicho una vez volvió a la superficie. Era algo que había dicho en los años posteriores a que Ash me rechazase como su consorte. No recordaba exactamente qué había impulsado a Holland a decir lo que había dicho. Lo más probable era que yo me hubiese estado quejando por no querer hacer algo… Eso era bastante frecuente por aquel entonces.

*Sé que te da la sensación de que no has tenido ninguna elección en la vida*, había dicho de ese modo suave suyo que empleaba cuando me decía algo que sabía que no quería oír. *Pero todos los días, eliges seguir adelante, eliges afrontar el futuro de cara o no. Todos los días, eliges ser sincera contigo misma o mentir. Una será la cosa más difícil que hayas hecho nunca, y la otra será la más fácil, pero siempre tienes la oportunidad de elegir si no tomas el camino más fácil.*

Había dicho eso cuando era sir Holland, un Caballero Real encargado de prepararme para completar mi deber y saber defenderme. Uno al que a menudo le había gustado soltar lo que yo consideraba, con cariño, paridas filosóficas sin sentido. Solo que nunca había sido solo sir Holland. Ni siquiera había sido mortal. Era un *Arae*. Un Hado. Y sus diatribas filosóficas nunca fueron paridas.

Aunque la mayoría seguía sin tener sentido, eso sí.

No obstante, sí entendía lo que había dicho. Quizá. En cualquier caso, *sentía* lo que había querido decir… lo de no haber elección. Había vivido en ese estado desde que tenía uso de razón, y así era también ahora.

Pero él tenía razón.

Había muchas elecciones posibles. No hacer nada y dejar que el destino determinara lo que te pasaba. O afrontar la realidad y hacer que a los Hados les costase dictar tu camino. También estaba la opción

de seguir adelante. Una vez en el pasado, no había hecho esa elección. Ya fuesen los Hados, la suerte o quizás incluso las brasas habían evitado que esa decisión fuese la última que tomara, pero había sido una elección. Una de la que me arrepentía hasta el día de hoy, porque había sido la equivocada.

Y sabía que si elegía decir «que le den al bien mayor» e intentaba otra fuga temeraria, sería otra elección de la que me arrepentiría durante el tiempo de vida que me quedara. Tratar de convencerme de lo contrario era absurdo, pero también lo era creer que tenía autonomía completa. Que de algún modo desempeñaba un papel activo en las elecciones que me quedaban. Eso era una parida. La verdad era que nada de esto era correcto ni justo.

Pero el hecho de que esto, todo esto, fuera mucho más grande y más importante que yo también era cierto.

Había que detener a Kolis.

Elegir salir de aquí luchando significaba elegirme a mí misma, y era probable que eso terminara conmigo muriendo antes de mi Ascensión. Daba la impresión de que Kolis se había tomado mi intento de fuga y de *asesinato* sin inmutarse, pero él tenía menos control sobre su ira que yo en un día realmente malo. Y si sucedía eso, todo estaría perdido. Elegirme a mí misma no ayudaría a conseguirle a Ash su libertad, y eso… por todos los dioses, eso era más importante para mí que cumplir con mi deber siquiera.

Porque lo quería. Estaba *enamorada* de él. Y fuese o no fuese lo correcto, haría cualquier cosa por él.

Me detuve y cerré los ojos.

Negué con la cabeza antes de abrirlos de nuevo. ¿Cómo iba a hacer esto? Una aflicción amarga bulló en mi interior y removió las brasas, que vibraron con fuerza.

Ya sabía cómo.

Crucé los brazos delante de la cintura y comencé a caminar de nuevo para darle tiempo a mi cerebro de calmarse. Bueno, de calmarse tanto como se calmaría nunca mi cabeza. Más bien, que mi mente fuese manejable y estuviese lo bastante despejada como para poder afrontar la realidad de la situación y enfrentarme a ella de una manera lógica, lo cual no era precisamente una de mis mayores habilidades. En cualquier caso, sabía que había dos posibles resultados a partir de ahora.

O bien encontraba otro plan más razonable y meditado para escapar, uno que incluyese una estrategia de verdad para conseguir llegar hasta Ash y que él pudiera extraer las brasas de mí.

O bien era incapaz de escapar y mataba a Kolis.

Ambas opciones requerían la misma cosa, y por todos los dioses, saberlo me daba ganas de vomitar. Me dolía incluso, en algún lugar

profundo, como si una daga se clavase repetidas veces en mi pecho. Pero no podía permitirme darle más vueltas al tema. En lugar de eso, respiré hondo para soportar la idea.

Tenía que hacerlo.

Lo cual significaba que tendría que explotar el amor de Kolis por Sotoria, y sabía lo que implicaría eso. La única diferencia ahora era que no necesitaba seducir a Kolis para que se enamorase de mí. Esa parte ya estaba hecha, gracias al alma de Sotoria. Siempre y cuando él siguiera convencido de que yo era ella.

Solo tendría que ganarme la confianza de Kolis lo suficiente para conseguir algún grado de libertad con el que poder luego escapar.

«Solo». Solté una carcajada ronca.

Escapar con éxito para que Ash pudiera tomar las brasas de mí era la opción que iba a intentar. Era la única manera de impedir que la Podredumbre destruyera Lasania, mi hogar, y con el tiempo, todo el mundo mortal.

Y aunque el reino no supiera que yo existía, sus habitantes todavía importaban. Ezra y su consorte, *lady* Marisol, y todas las demás personas vivas, se merecían todos y cada uno de los sacrificios que yo pudiera tener que hacer. Incluso mi madre se lo merecía.

Se me escapó una risa breve y débil. Vale, tal vez ella no se lo mereciera exactamente, pero el mundo mortal sí, y la gente que había en él no tenía ni idea de que se acercaba el día de su juicio final.

¿Y si no lograba escapar de esta jaula? Entonces, tendría que matar a Kolis.

Y tendría que hacerlo mejor de lo que lo había hecho en la playa próxima a Hygeia.

El sentido común me decía que escapar era el resultado menos probable, lo cual me dejaba con lo de matar a Kolis en primer plano. Eso no lo arreglaría todo. No evitaría el daño catastrófico que golpearía a ambos reinos, tampoco terminaría con la Podredumbre, pero impediría que él hiciese daño a los que sobrevivieran. Pondría fin a su mandato tiránico en el que podía forzar a docenas de inocentes a sacrificarse.

Aunque quizá matar a Kolis ralentizara la Podredumbre. Se me escapó otra risa seca. No era tonta. La Podredumbre había comenzado con mi nacimiento, que determinó la eventual muerte de las brasas. Si Ash no Ascendía para convertirse en el Primigenio de la Vida, los mortales estaban, bueno… jodidos. Sin embargo, puede que sí les diera a Ash y a los otros tiempo de averiguar qué podía hacerse (si es que podía hacerse algo) con respecto a la Podredumbre. Tenía que haber algo. Porque al final, se extendería desde las Tierras Umbrías a todo Iliseeum.

Hasta entonces, matar a Kolis protegería a Ash y a las gentes de las

Tierras Umbrías: Aios, Bele, Reaver, la pequeña Jadis y su padre, Nektas, Saion, Rhahar, y tantos más, incluidos los de la ciudad de Lethe. Incluso a Rhain, que todavía no estaba segura de que me tuviese demasiado cariño.

Ellos importaban.

Todos se merecían una vida digna de vivirse. ¿Y Ash? Por todos los dioses, merecía vivir sin la amenaza de la bota de Kolis sobre su cuello, una vida en la que su amabilidad innata se recompensase en lugar de castigarse. Una vida distinta a la anterior, que le había hecho tener tanto miedo a enamorarse que había decidido pedirle a otra Primigenia que le extirpara la capacidad para hacerlo.

En cualquier caso, había algo que debía conseguir cuanto antes.

Debía lograr la libertad de Ash.

No podía permanecer encarcelado. Aunque sabía que el hecho de que estuviese en una celda no iba a facilitarme el llegar hasta él. Eso me obligaba a escapar de una jaula para entrar en otra; una que suponía que estaría muy bien vigilada. Pero aunque me lo facilitase, no podía soportar la idea de que estuviera cautivo, sujeto a cualesquiera crueldades que Kolis pudiese imaginar.

Ash necesitaba estar lejos del falso rey. Necesitaba estar en casa con su gente, en especial si Kolis iba en serio con eso de que empezaba una guerra.

Y yo sabía cómo conseguir todo eso.

Mi mano cayó a mi lado cuando mi corazón se aceleró de golpe. No era la idea de que podría fracasar en mi intento de fuga, ni de que necesitaba algo con lo que matar a Kolis de verdad lo que me dio ganas de vomitar. Era el hecho de que sabía lo que tenía que hacer.

Tenía que convertirme en ese lienzo en blanco. Ese recipiente vacío. Sin emociones. Sin necesidades o deseos personales. Ser solo algo superficial. Esa era la única manera.

Se me comprimió el pecho y mi cabeza cayó hacia atrás. Contemplé los barrotes dorados por encima de mí.

La determinación arraigó en mi interior y se hizo fuerte cuando abrí los ojos. Respirando más despacio otra vez, volví a detenerme.

«Lo siento», susurré. A mí misma y a Sotoria.

No hubo respuesta.

Ni de ella ni de mi irritante voz interior. Bajé la vista hacia donde los dedos de mis pies asomaban por el borde del vestido.

Espera.

Mis ojos volaron hacia la cama. La *llave*. Por todos los dioses, casi la había olvidado.

Crucé la corta distancia, me puse de rodillas y eché un vistazo debajo de la cama. Sentí una oleada de alivio cuando la vi, cosa que ellos no habían hecho todavía.

No estaba segura de lo útil que sería ahora, pero no podía dejarla ahí.

Miré de reojo las puertas cerradas de la habitación exterior, luego me tumbé sobre la barriga y me arrastré hasta donde pude. Estiré el brazo mientras trataba de no pensar en los sueños que había tenido de niña acerca de monstruos debajo de mi cama. Mis dedos rozaron el frío metal. Agarré la llave y me levanté a toda prisa. Luego miré por la jaula a mi alrededor. ¿Dónde podía esconderla?

Los baúles no podían ser demasiado seguros. Nada en esta jaula era seguro, excepto…

Pensé en el único sitio donde muy pocos hombres entraban.

Con una sonrisilla irónica, corrí a la zona de baño y me arrodillé delante de la estantería. En la parte inferior había cestas. Abrí una tapa y encontré los paños femeninos utilizados para proteger la ropa durante la menstruación.

Hablando de menstruación, ¿cuándo había sido mi última? Por todos los dioses, siempre se me había dado fatal llevar la cuenta. Sabía que había tenido una… ¿el mes pasado? Aunque tampoco estaba del todo segura de cuánto tiempo llevaba aquí. El cielo al otro lado de las ventanas cercanas al techo estaba claro, pero eso no me decía gran cosa, puesto que sabía que el sol podía brillar durante mucho más tiempo en Dalos que en cualquier otra parte. Podía haber estado inconsciente durante un día, pero según el «por fin» que había dicho Kolis cuando había despertado, podría haber sido más tiempo. Así que ¿quién sabía?

No importaba.

No era como si estuviese teniendo sexo con alguien que me pudiese dejar embarazada. Ni ningún sexo en absoluto.

Desenvolví el delgado paquete de paños y metí la llave dentro. Una vez que me aseguré de que estuviera bien escondida, me levanté y vi mi reflejo en el espejo.

—Por todos los dioses. —Hice una mueca.

Tenía las mejillas y la frente salpicadas de sangre. El moratón de mi mandíbula hinchada estaba de un precioso tono violeta ribeteado de rojo. El corte de mi labio inferior estaba tierno. Podía ver los cardenales, la marca de dedos en mi cuello, incluso desde donde estaba. Giré la cabeza hacia los reposabrazos de la butaca blanca y sentí náuseas.

*Podría haber sido peor*, me recordé. La mayoría de las personas no salían con vida tras el golpe de un Primigenio. Yo lo había hecho. No era nada de lo que estar orgullosa. Era solo algo que recordar.

Esto no había sido nada comparado con los latigazos que me había dado Tavius. Estaba segura de que no era nada comparado con lo que debía de haber sufrido Sotoria.

Pensé en lo que me había contado Kolis, y no pude evitar preguntarme si Sotoria significaría algo, como el nombre de él.

*Nuestra alma*.

Maldita sea. Apostaría a que sus padres estarían muy orgullosos. Solté una carcajada desdeñosa mientras miraba mi reflejo.

El nombre de ella se traduciría como «mi… algo». Es decir, si *toria* de verdad significase algo.

*So'lis*.

Mi alma.

Me recorrió un escalofrío. Por todos los dioses, ¿me había llamado «su alma»? No me extrañaba que eso la enfureciera…

Las puertas de la habitación se abrieron sin previo aviso y se me cayó el alma a los pies.

Ya no estaba sola.

# Capítulo 9

Un aire cálido, dulce pero rancio se coló en la jaula justo cuando yo salía a toda prisa de detrás de la pantalla de privacidad.

Callum estaba delante del trono, después de haber entrado en la habitación de un modo tan silencioso que era casi tan siniestro como el hecho de que lo había visto morir al menos cuatro veces ya, y que la última vez su cabeza colgaba solo de unos pocos tendones.

Esa maldita máscara pintada estaba en su sitio, se extendía desde su frente hasta los bordes de su mandíbula. Una mirada rápida me mostró lo que ya sabía: no quedaba ni rastro de las lesiones que le había infligido, ni siquiera una tenue marca roja en el cuello.

—Hola otra vez. —Callum habló con una sonrisa que hubiese sido amistosa en el rostro de cualquier otro, pero que combinada con sus pálidos ojos azules y sin vida y su incapacidad para permanecer muerto, a mí me daba repelús—. No tuve la oportunidad de preguntártelo antes, pero no estoy seguro de cómo debería dirigirme a ti. ¿Debería llamarte Seraphena o Sotoria? —¿De verdad iba a plantarse ahí y hablarme como si no le hubiese casi cortado la cabeza y no hubiese convertido su corazón y sus genitales en una papilla?—. Creo que Seraphena sería más… adecuado. —Su mirada fría y desapasionada se posó en mí. Era muy consciente de que podía verlo casi todo debajo de mi vestido, pero me miró como si llevase un saco de patatas de la cabeza a los pies—. Aunque supongo que su majestad determinará cómo llamarte.

Irritada, apreté la mandíbula, lo cual me provocó una punzada de dolor. Aproveché para mirar más allá de él, hacia donde las puertas permanecían abiertas y podía verse el corredor al otro lado, bañado en luz solar.

—Sea como fuere, voy a intentar completar lo que pretendía hacer cuando entré en la habitación ayer —continuó—. Entonces necesitabas un baño. Ahora lo necesitas aún más.

Hablaba en un tono que cuadraba con su sonrisa, e hizo un gesto hacia la pantalla. Amistoso. Dialogante. Había hablado de ese modo cuando yo había llegado a la jaula por primera vez, y era tan perturbador ahora como lo había sido entonces. Aunque estaba más concentrada en el dato que había compartido conmigo sin querer.

Había pasado un día.

Y eso significaba que Ash llevaba encarcelado al menos dos días.

—¿Dónde está…? —Me callé justo a tiempo, antes de que mi pánico superase a la inteligencia. Había estado a punto de decir «Ash», pero utilizar ese nombre parecería demasiado íntimo. Demasiado afectuoso—. ¿Dónde está Nyktos? —pregunté, a sabiendas de que sería mejor no preguntárselo a Kolis. Era probable que no fuese mucho mejor preguntárselo a Callum, pero necesitaba saberlo—. ¿Sigue encarcelado?

—Una vez que hayas terminado de bañarte, te pondrás ropa limpia —continuó, como si yo no hubiese dicho nada—. Si quieres, puedo elegir algo para que te pongas.

Sí, claro, eso no iba a ocurrir.

La cabeza de Callum se ladeó. Un mechón de pelo rubio que había escapado del moño que llevaba a la nuca cayó contra la pintura dorada de su mejilla.

—¿Tengo que repetir lo que he dicho?

Mis dedos se enroscaron hacia dentro y apretaron contra las palmas de mis manos.

—¿Dónde está Nyktos?

Esbozó una leve sonrisa, como si percibiera mi creciente frustración.

—Una vez que estés limpia y vestida, puedes comer si quieres. Si no tienes hambre, puedes descansar. Es posible que tengas tiempo de hacer ambas cosas antes de que su majestad vuelva para verte.

La ira bulló en mi interior mientras apretaba los puños con más fuerza. *Podía* comer. *Podía* descansar. Esto me recordaba demasiado a mi juventud, cuando cada minuto y cada hora de mis días se resumían en lo que podía y no podía hacer.

Callum se acercó en silencio, luego se detuvo delante de la jaula.

—Pero lo que *no* vas a hacer es quedarte ahí plantada —prosiguió Callum con la voz paciente de un padre que habla con un niño pequeño—. Envuelta en tu mugre y ensuciando tus aposentos.

—¿Mis *aposentos*? —Solté una risa seca y quebradiza que hizo que me doliera un lado de la cara—. ¿Así llamas a una jaula?

—He estado en tu mundo muchas veces. Lo que tú llamas una jaula es mejor que lo que muchos tienen allí.

Pensé al instante en los hacinados apartamentos de Croft's Cross. Por desgracia, lo que Callum decía era cierto. En parte.

—Sí, pero la mayoría tienen su libertad.

Su sonrisa se volvió condescendiente.

—¿Tú crees? Uno pensaría que son prisioneros de su pobreza y de los gobernantes que tan poco se preocupan por ellos. —Hizo una pausa—. Como tu madre, mi querida amiga Calliphe.

Me puse tensa ante el recordatorio de su contacto pasado con mi madre. Después de todo, Callum le había contado cómo se podía

matar a un Primigenio, lo cual había que reconocer que tenía poco sentido. Porque ese tipo de conocimiento ponía en peligro a todos los Primigenios, incluido Kolis. Aun así, ninguno de los dos había sabido lo del alma de Sotoria. Nunca me habían considerado una amenaza.

—Pero ella ya no gobierna, ¿verdad? —continuó Callum, y su sonrisa se ensanchó hasta mostrar un poco los dientes—. Ahora lo hacen la reina Ezmeria junto con su dama consorte. —Al referirse a mi hermana, chasqueó los dedos—. ¿Sabes qué? No la he visitado. Debería hacerlo para… darle la enhorabuena.

Hasta el último centímetro de mi ser se puso rígido mientras miraba al Retornado. No había ningún amor perdido entre mi madre y yo, pero Ezra era una de las pocas que me había tratado como una persona. Me importaba mucho. La quería.

—Y solo para que lo sepas —Callum se inclinó hacia delante y bajó la voz—, conozco bien los hechizos protectores que Nyktos puso alrededor de tu familia mortal. Fue bonito por su parte hacerlo, pero del todo inútil. Ya me han invitado al interior de Wayfair. Ningún hechizo me impedirá entrar otra vez.

No se me pasó por alto que acababa de aprender algo nuevo acerca de los Retornados, pero eso no importaba ahora mismo. Di un paso al frente y sentí cómo las brasas se avivaban en mi interior.

—Si te acercas a ella, te voy a…

—¿Qué me vas a hacer? —Arqueó las cejas, con lo que las alas pintadas por su frente se arrugaron mientras yo me acercaba despacio a los barrotes—. Aparte de ofender a mis sentidos con tu hedor. Hueles a los *ceerens* y solo los dioses saben a qué más.

Se me comprimió el pecho ante la mención de aquellos que me habían entregado sus vidas en el agua.

—Haré que desees haber seguido muerto.

Callum se rio bajito.

—No estoy seguro de que te des cuenta de esto o no, pero en tu actual condición y situación, tus palabras no son ni de lejos tan amenazadoras como podrías creer.

Esbocé una sonrisa igual que la suya.

—¿Qué sentiste cuando incrusté ese cristal en tu cuello?

—Fue maravilloso —repuso—. ¿No lo notas?

—No sé demasiado acerca de lo que eres, sea lo que fuere, pero imagino que volver a la vida no debe de ser muy agradable, sobre todo cuando tienes muchas heridas que curar.

Su sonrisa se congeló.

Yo tenía razón. Mis labios se curvaron aún más.

—Y apuesto a que reconectar tu cabeza es doloroso, lo mismo que reparar tu corazón. —Levanté las cejas—. Pero ¿tu pene? ¿Qué tal te hizo sentir *eso?*

—Tengo una pregunta para ti —musitó—. ¿Qué sentiste al tomarte tantas molestias, solo para acabar justo donde estabas antes? —Abrí las aletas de la nariz en un arrebato de ira—. Apuesto a que la sensación es igual de buena que lo que sentí yo al hacer crecer otra vez mi pene —comentó—. Y por cierto, eso fue totalmente innecesario y bárbaro.

Puse los ojos en blanco.

—Discrepo.

—Muy parecido a algo que haría su majestad —prosiguió—. Pero siempre te has parecido más a él de lo que estás dispuesta a admitir.

Me puse tensa.

—Si piensas eso, es que no sabes nada sobre mí.

—Te he estado observando durante años —anunció Callum—. Mantenía un ojo puesto en ti por Kolis.

Se me puso la piel de gallina por la irritación. Me estaba hartando de saber que me habían estado observando. Ash también lo había hecho, aunque sus razones habían sido menos… siniestras.

—Estoy segura de que fue una tarea muy estimulante.

—Bueno, no especialmente. Pero cuando decidiste pasar el tiempo follando en lugar de andar por ahí en plan taciturno, la cosa se puso mucho más interesante.

El calor de mi ira bulló justo bajo la superficie.

—Eres un jodido pervertido.

—Tal vez, pero lo sé todo sobre ti, Seraphena —me informó, y el resplandor del *eather* refulgió en sus ojos, aunque más tenue que el de un dios—. Cada detalle irrelevante de la insignificante y triste vida que has llevado. Sé lo suficiente como para percatarme de que los únicos momentos en los que parecías estar *viviendo* de verdad eran cuando matabas.

Ahí tocó una fibra sensible. Lo fulminé con la mirada. Lo que había dicho no era verdad. *Siempre* tenía la sensación de estarme muriendo.

Me había sentido tan monstruosa como Kolis.

Levanté la barbilla.

—Pero aun así, no sabías quién era en realidad, ¿verdad?

Callum apretó los labios.

Esbocé una sonrisilla de suficiencia. Igual que con Kolis antes, sabía que era mejor no aclarar eso.

—Me observaste durante años y no te diste cuenta nunca de que era *la* cosa que *su majestad* —dije, y la burla rezumaba en mi tono— valoraba más que las brasas de vida. Apuesto a que eso lo cabreó mucho. —Le regalé a Callum mi sonrisa más compasiva—. Peor aún, es probable que se sintiese muy decepcionado contigo.

Callum apretó la mandíbula.

Entonces se me ocurrió algo y me incliné hacia los barrotes todo lo

que pude sin llegar a tocarlos.

—¿Sabe él que le contaste a mi madre cómo se puede matar a un Primigenio?

El Retornado se quedó tan quieto que me dio la impresión de que no respiraba siquiera.

Joder, esa respuesta me indicó que había muchas posibilidades de que Kolis no tuviese ni idea, lo cual llevaba a la pregunta de por qué, exactamente, había hecho Callum algo así.

—No te preocupes. No se lo diré. —Le guiñé un ojo—. Será nuestro pequeño secreto.

Callum se acercó casi a la misma velocidad que un dios, de modo que solo los barrotes nos separaban. Eso me tomó por sorpresa; cualquiera que se moviese a esa velocidad lo haría.

—Yo tendría mucho cuidado si fuese tú, Seraphena. —Su labio se levantó lo suficiente como para ver que no tenía colmillos—. Por el aspecto que tiene tu cara, veo que Kolis no está del todo convencido de quién eres.

¿Estaba sugiriendo que Kolis no le había hecho daño nunca a Sotoria? Menudo jodido mentiroso. Podía agarrar su mentira e irse al infierno, y llevarse la disculpa de Kolis con él.

—Como si importase que él lo crea o no.

—Si de verdad fueses Sotoria, sabrías que sí importa —declaró—. Aunque quizá lo hayas olvidado. De todos modos, ya sabes cómo termina esto.

—Oh, ¿así que también eres un *Arae*?

—Lo que soy es paciente. Solo tengo que esperar. Al final, Kolis tendrá que elegir entre el amor y… bueno, todo lo demás. Literal. —Callum cerró las manos en torno a los barrotes. No reaccionó. O bien estaba disimulando el dolor que yo había sentido al tocar esos barrotes, o a él no lo afectaban—. Así que puede que él te siga la corriente en… lo que sea esto. —Sus ojos se deslizaron por encima de mí con esa mirada fría como una tumba—. Puede que pase los próximos días, semanas, meses o incluso años convenciéndose de que eres todo lo que ha querido o necesitado nunca, pero estate segura de que, antes o después, acabarás como todas sus otras favoritas.

Apoyó la frente contra los barrotes.

—Porque hay una cosa que siempre ha querido más que a su *graeca*, y eso es ser uno de los Primigenios más poderosos en existir jamás. Así que tendrá que elegir entre algo tan intangible como el amor, o el poder supremo sobre la vida y la muerte.

Estaba diciendo muchas paridas, pero la parte de que podrían pasar meses o incluso años hasta que Kolis se cansara de mí destacó por encima de todas las demás. Exactamente, ¿cómo podría retrasar el Sacrificio durante tanto tiempo?

Callum dejó que sus dedos resbalaran por los barrotes antes de dar un paso atrás. Cruzó las manos.

—En unos momentos, unos sirvientes empezarán a entrar en la habitación y después en tus aposentos. Te colocarás a tu izquierda y no les dirigirás la palabra —me indicó, e hizo un gesto con la barbilla en dirección al diván y a los baúles—. Dejarás que completen sus tareas sin interrumpirlos. Y solo para que lo tengas claro, eso significa que te vas a comportar. Así que nada de intentar asesinar a nadie.

Respiré hondo para contener el violento pulso de mi ira al rojo vivo.

—¿Y si no lo hago?

—Sé que quieres luchar, Seraphena. —Esa maldita sonrisa agradable había vuelto a su cara—. Sé que tu primera respuesta en cualquier situación es atacar, igual que hiciste antes. Pero te recomiendo encarecidamente que no lo vuelvas a intentar.

—Como si me importase una mierda lo que me recomiendas —bufé, perdiendo el control de mi temperamento. Intentar ganarme la confianza de Kolis no se extendía a Callum.

—Sea como fuere, deberías saber lo que ocurrirá si decides que te importe una mierda lo que te recomiendo. Si intentas atacarme, no serás tú la que pague el precio. Será un sirviente. —Me quedé boquiabierta—. ¿Si hablas con cualquiera de ellos? Lo mataré. Por cada minuto que los retrases, uno morirá —me informó, con un tono de lo más casual—. Y solo para que todo esté perfectamente claro, sus vidas están en tus manos. Y cuando *ellos* mueren, no vuelven a la vida.

Un sudor frío perló mi frente. Retrocedí para apartarme de los barrotes. No podía hablar en serio.

—Significan muy poco para mí —añadió Callum con un encogimiento de hombros—. Supongo que veremos cuánto significan para ti.

Mis ojos volaron hacia las puertas abiertas. Unas figuras con túnicas blancas y velos aparecieron en el pasillo iluminado por el sol.

Elegidos y Elegidas.

Mi cabeza empezó a palpitar de manera dolorosa cuando entraron en la habitación en una fila pulcra. Cada uno llevaba un cubo grande. ¿Serían los mismos que había visto en la otra habitación el día anterior?

A medida que los Elegidos se acercaban a la jaula, Callum suspiró y luego se movió, a la velocidad del rayo, para colocarse detrás del primero de ellos.

No había hecho lo que me había ordenado.

Me apresuré a ponerme a un lado de la jaula, pero mis pies resbalaron sobre las baldosas.

—No. No…

Callum sonrió.

Llevó sus manos a ambos lados de la cabeza velada…

Los huesos crujieron como ramitas secas partidas por el viento.

Di un respingo al oír el cubo de metal caer al suelo de manera estrepitosa. No quería creer lo que estaba viendo, pero las piernas del Elegido cedieron y cayó al suelo. Negué con la cabeza, no quería creerlo, pero las brasas de vida palpitaron en respuesta a la muerte, presionaron contra mi piel, exigieron que las usara para devolverle la vida al Elegido. Me invadió una sensación de horror mientras contemplaba el arrugado montón blanco. Fui vagamente consciente de que mi mano se levantaba a medio camino, como si eso pudiese borrar lo que había visto.

O hacer alguna otra cosa. Pero ¿qué? No podía restaurar la vida sin contacto.

—No… no tenías por qué hacer eso —lo acusé con voz temblorosa —. Puedo traerlo de vuelta.

Callum se giró despacio hacia mí, sus cejas treparon por su frente. Entonces fue a ponerse detrás del segundo Elegido…

—¡No lo hagas! —Corrí hacia el diván al tiempo que aumentaban mis náuseas—. Me estoy moviendo. ¡Mira! Estoy haciendo lo que me pediste. No tienes por qué hacerles daño. Por favor.

Los ojos de Callum conectaron con los míos y se me revolvió el estómago. Pasó un segundo. Dos. Después se apartó del Elegido, sin perder en ningún momento esa sonrisa tenebrosa.

Temblando con una ira y una incredulidad apenas contenidas, observé cómo se acercaba a la jaula. Sacó una llave mientras los Elegidos esperaban detrás de él.

¿Acaso no se había percatado Callum de que la llave que había utilizado hasta entonces había desaparecido?

La jaula se abrió y envolví los brazos alrededor de mi pecho para reprimirme de correr hacia la puerta y abalanzarme sobre el jodido Retornado.

Por todos los dioses. Uno de estos días le iba a hacer un daño terrible y permanente.

Solo que no hoy.

Centré toda mi atención en los Elegidos. Ninguno de ellos había reaccionado al asesinato. Ni un grito, ni un gesto brusco; sin embargo, sí que habían gritado cuando me habían visto a mí. Era probable que estos fuesen Elegidos diferentes, unos muy familiarizados con este tipo de violencia.

Espantada, me quedé al lado del diván, el estómago revuelto y en tensión mientras los dedos de mis pies se enroscaban en la gruesa y mullida alfombra. Uno por uno entraron, desaparecieron un momento detrás de la pantalla y luego regresaron con sus cubos en las manos.

No me miraron. Nadie dijo nada. El único sonido era el susurro de las túnicas rozando el mármol.

Para cuando el cubo que había caído al suelo había sido rellenado y añadido al agua de la bañera, las brasas de mi pecho por fin se habían calmado. Callum cerró con llave la puerta de la jaula cuando el último de los Elegidos abandonó la habitación. La llegada de unas pisadas más sonoras llamó mi atención.

Un guardia de pelo oscuro apareció en el pasillo, cruzó la habitación con su túnica blanca hasta las rodillas y sus grebas doradas. La brillante luz de la lámpara de araña centelleó sobre el emblema grabado en la armadura dorada: un círculo con una raya que cortaba a través. El hombre llevaba la cara pintada igual que la de Callum.

En cualquier caso, lo reconocí.

Era el guardia que había estado con el *draken*, el que me había dejado inconsciente.

Cuando se acercó al Elegido caído, su cabeza se levantó solo un pelín. Unos ojos color ámbar iluminados por el resplandor del *eather* me miraron de reojo mientras levantaba el cuerpo. Después, sin decir ni una palabra, se marchó. El guardia era un dios; aun así, no había utilizado ninguna de sus habilidades divinas contra mí el día anterior.

Tampoco lo había hecho ninguno de los otros guardias, y el *draken* solo había parecido estar próximo a atacarme después de que yo lo golpeara con ese fogonazo de *eather*.

Vistas las acciones de Callum, la razón de repente me pareció clara: era probable que a los guardias y a los seguidores de Kolis los hubieran advertido de no hacerme daño. Era algo que yo podría explotar.

Hasta cierto punto.

Porque Callum había demostrado con gran precisión cómo se aseguraría de mi cooperación.

—Utiliza tu bañera —me indicó Callum, llamando mi atención hacia él—. Si no lo haces, traeré a otro de los Elegidos y encontrará el mismo final que este.

Me giré hacia donde estaba, otra vez delante de la jaula.

—Te voy a matar —le prometí.

Callum se rio con suavidad.

—Te sugiero que te bañes y te cambies. Kolis se sentirá de lo más disgustado si te encuentra en este estado.

—Que le jodan —gruñí, tras perder otra vez el control de mi temperamento.

—Estoy seguro de que disfrutaría de ello. —Callum me guiñó un ojo—. El agua de tu bañera se está enfriando.

Cualquier respuesta cáustica que pudiera tener en la punta de la lengua murió ahí mismo cuando Callum hizo una reverencia y dio

media vuelta. Lo miré atontada mientras se alejaba. Las anchas y pesadas puertas se cerraron a su espalda, seguidas del *clic* de varias cerraduras.

Callum no había ni tocado las puertas.

O bien era algo que hacían esas puertas por su cuenta, o bien los Retornados tenían algunas de las mismas habilidades que un dios.

Un dios imposible de matar.

Eso hacía a los Retornados casi tan peligrosos como un Primigenio, y ese era otro problema que añadir a mi larga lista.

*

La preocupación me corroía por dentro. Kolis podía volver en cualquier momento, pero seguí vacilando delante de la bañera, una mano apoyada con suavidad en la base de mi cuello. Solo verla llena de agua me había provocado un nudo en el pecho.

Que casi me estrangularan hasta la muerte en una bañera había… estropeado lo que solía ser un lujo del que disfrutaba mucho.

A día de hoy, todavía sentía cómo ese cinturón se apretaba alrededor de mi cuello desde atrás, cómo me cortaba las vías respiratorias antes de ser consciente siquiera de que había respirado mi último aliento. Maldita sea, el recuerdo estaba incluso más fresco ahora.

No quería meterme en esa bañera, pero era demasiado alta para poder solo sumergir la cabeza como había estado haciendo en las Tierras Umbrías hasta que Ash se había dado cuenta de que no estaba usando la bañera para bañarme. En lugar de hacerme sentir tonta, había entendido mi trauma y había procurado ayudarme a superarlo. Me había llevado a sus aposentos y había montado guardia en su dormitorio para que pudiera sentirme cómoda mientras me bañaba.

Eso no era lo único que había hecho. Se me caldeó la piel por unos instantes ante el recuerdo de él metiéndose en la bañera, sin quitarse las prendas de cuero siquiera…

Sin embargo, Ash no estaba aquí para vigilarme las espaldas y ayudarme a sentirme segura.

Tenía que hacerlo sola, pero también tenía una vida entera de experiencia en hacer justo eso. Hoy no sería diferente en absoluto. Al menos eso fue lo que me dije.

Un temblor empezó en mis piernas mientras desplazaba el peso de un pie al otro. Necesitaba superarlo. Nadie me iba a estrangular. Con suerte. Lo que sí ocurriría serían las represalias de Callum si no me bañaba.

Aprendía deprisa, aunque mi madre creyese lo contrario. Con Callum, solo me había hecho falta un caso: lo había desobedecido y

alguien había muerto.

Me asomé por un lado de la pantalla y escudriñé con atención la habitación más allá de la jaula. Sabía que no había nadie ahí, pero necesitaba el recordatorio. Una vez que lo tuve, me apresuré detrás de la pantalla otra vez y me quité el vestido ensangrentado; deseé poder prenderle fuego mientras se me ponía toda la piel de gallina. La sensación de cientos de ojos invisibles presionó sobre mi cuerpo.

«Parad», bufé. No me observaba nadie.

Eso lo sabía, en cualquier caso.

Puse los ojos en blanco. De verdad que tenía que aprender a ser más tranquilizadora conmigo misma.

Con una maldición, me metí en el agua caliente. El nudo de mi pecho se expandió mientras me aferraba a los bordes de la bañera. Me concentré en mi respiración antes de descender hasta poder sentarme.

El agua me llegaba justo por debajo de los pechos, y mis músculos doloridos se adhirieron de inmediato a la idea de estar a remojo, pero no perdí ni un segundo. Me bañé lo más deprisa posible, usando una de las jarras llenas que habían dejado al lado de la bañera para enjuagarme el pelo. Solo podían haber pasado un puñado de minutos cuando salí de la bañera y quité el tapón del fondo que permitía al agua salir por la tubería que tenía debajo. Agarré una de las toallas y me sequé mientras pisaba sobre una alfombra y mis dedos se enroscaban en el mullido material. Me di la vuelta para mirarme al espejo.

Unos grandes ojos verdes me devolvieron la mirada y, sin la sangre que manchaba mi cara, las pecas desperdigadas por mis mejillas y mi nariz destacaban mucho.

Sin embargo, hubo otra cosa que llamó mi atención. Me acerqué más y mis labios se entreabrieron con una exclamación suave.

«¿Qué diab…?».

Un tenue resplandor plateado de *eather* formaba un aura alrededor de mis pupilas.

¿Hacía cuánto que estaban así mis ojos?

El día anterior no me había fijado. Vale, había estado distraída por el estado de mi cara reventada, pero…

Tragué saliva y me eché atrás. ¿Significaba esto que, a pesar del sacrificio de los *ceerens*, estaba aún más cerca de mi Ascensión?

De la muerte.

«Maldita sea», susurré, y envolví la toalla a mi alrededor. Aunque no había nada que pudiera hacer al respecto ahora.

Salí de la zona de baño de mis *aposentos*. No era como si no me molestase el hecho de estar próxima a morir, pero la muerte era tan conocida para mí como lo era para esos Elegidos.

Me había pasado la vida entera aceptando que me encontraría.

Que no tendría una vida larga y que no había escapatoria. Solo había empezado a pensar en la posibilidad de tener un futuro en ese corto espacio de tiempo entre cuando Ash me había contado sus planes para extraer las brasas y cuando nos habíamos enterado de lo que sucedería al hacerlo.

No estaba pensando en ese futuro ahora, al menos no en uno que me incluyese a mí.

Arrodillada una vez más ante los baúles, me tomé un poco más de tiempo para buscar ropa parecida a lo que solía usar.

Busqué un poco más.

No había nada, aunque ya me lo había imaginado. Solo había estado buscando… por no perder la esperanza.

Asqueada, agarré un vestido blanco. Su diseño dejaba mis hombros y mis brazos expuestos por completo, y el material era una especie de tela de raso y encaje. Aunque al menos era holgado en la zona del pecho y por debajo de las caderas.

Cansada, me senté en el diván y empecé a desenredar los nudos de mi pelo con el peine que había encontrado en el tocador. La monotonía de esa actividad me calmó, lo cual me permitió pensar con mayor claridad sobre la idea de, bueno… de todo, incluida la posibilidad de que Kolis retrasara mi Sacrificio.

Tal vez Kolis no supiera que no podían sacar las brasas de mí sin que yo muriera, algo de lo que ni siquiera Ash había sido consciente. Después de todo, unas brasas primigenias jamás habían estado dentro de un cuerpo mortal.

No obstante, por lo que me habían contado, ni siquiera los dioses sobrevivían siempre al Sacrificio. Y las divinidades, cuyas características eran aún más cercanas a las mías, corrían todavía más riesgo de morir en el proceso.

Así que incluso si Kolis era capaz de Ascenderme, había muchas probabilidades de que no sobreviviera. Por eso había parado. En ese momento, podía haber intentado extraer las brasas de mí sin matarme. No lo había hecho.

Fuera como fuere, había bastantes posibilidades de que Kolis no tuviese ni idea de que solo Ash podía Ascenderme. Y lo que era aún más importante: no creía que Kolis *pudiera* Ascenderme, aunque yo no hubiese ingerido la sangre de Ash.

Recordé las heridas que había sufrido cuando Veses liberó a los dioses sepultados en el Bosque Rojo. Había quedado hecha unos zorros. La sangre de Ash había hecho que diese la impresión de que esas heridas no habían ocurrido nunca. Estaba claro que la sangre de Kolis no tenía las propiedades curativas de la de Ash. No me hubiese tenido que llevar a los *ceerens* si las tuviera.

Pero ¿lo que habían hecho por mí los *ceerens*? ¿Habría sido más

que solo salvarme la vida? ¿Habría ralentizado también el Sacrificio? Si era así…

¿Podría hacerse algo así otra vez… y otra? ¿Y retrasar, básicamente, mi Ascensión durante meses o incluso años?

Emplear la esencia de otros, su fuerza vital, para mantenerme con vida no parecía tan imposible porque me sentía bien. Mejor que bien, en realidad. Bueno, excepto por el dolor en mi cara y mi cuello. Aparte de eso, no notaba ningún dolor de cabeza ni debilidad. No sentía ese agotamiento profundo que me había atormentado antes.

Pero si seguía viva, eso significaba que las brasas…

«No». Bloqueé esos pensamientos antes de que pudiesen crecer. No me plantearía siquiera la idea de sacrificar vidas para salvar otras. Tenía que…

Un sonido extraño me sobresaltó y levanté la cabeza de golpe. Una especie de ráfaga de viento procedente del exterior resonó en la silenciosa habitación. La luz del sol desapareció de repente en una ventana.

El peine resbaló de mis dedos cuando un… un *halcón* entró volando por una de las ventanas cercanas al techo. Un enorme halcón plateado con una envergadura de alas similar al ancho de mis brazos.

Pensé que debían de ser alucinaciones mías mientras observaba a la rapaz bajar en picado directa hacia la jaula. Giró el cuerpo en el ultimísimo momento para entrar planeando de lado entre los barrotes. Mis labios se entreabrieron mientras volaba en círculo en lo alto, antes de bajar y agarrarse con sus oscuras garras a uno de los postes de la cama y posarse en él.

Unos ojos penetrantes y atentos, de un intenso y vívido tono azul, se clavaron en los míos. Unos ojos llenos de hebras de *eather* plateado. Replegó las alas contra el cuerpo, se dio impulso desde el poste de la cama…

Y se transformó. De repente, un estallido de miles de diminutas estrellas plateadas engulló el cuerpo del pájaro y sentí un pulso cálido en mi pecho. Reconocí la sensación, a medida que la cegadora explosión de luz se alargaba y cobraba la forma de un hombre. Un Primigenio.

Me levanté de un salto y mi mano voló hacia mi muslo por acto reflejo, pero volvió vacía, mientras el espectáculo de luces se difuminaba. Un pecho ancho con piel de un tono entre bronce y dorado sustituyó a las plumas. Mis ojos subieron a la velocidad del rayo, justo cuando su pelo castaño claro se asentaba contra una mandíbula cincelada y una… mejilla izquierda con una cicatriz.

El Dios Primigenio de la Guerra y la Concordia estaba de pie delante de mí.

# Capítulo 10

Una oleada de ira pura al rojo vivo surcó mis venas cuando Attes dio un paso hacia mí.

—Seraphena…

Reaccioné sin dudarlo ni un instante, y esta vez, no estaba débil ni lenta. Le lancé un puñetazo al que infundí hasta el último ápice de fuerza que tenía en mí, y mi puño conectó con su mandíbula.

Un intenso dolor afloró en mis nudillos mientras Attes emitía un ruido gutural y su cabeza daba un latigazo hacia atrás. Maldije, al tiempo que sacudía mi palpitante mano.

—Joder —masculló Attes, una mano apretada contra su mandíbula mientras bajaba la barbilla. Su pecho se hinchó con una respiración profunda—. Supongo que me lo merecía, pero maldita sea, *sí* que pegas fuerte.

—Te mereces algo mucho peor que eso. —Me dirigí hacia donde estaba él.

—Seguro que sí. —Attes levantó una mano y dio un paso a un lado —. Pero como hagas un solo movimiento más contra mí, sacarás mi naturaleza primigenia más primitiva —me advirtió, los ojos refulgentes de *eather* ardiente—. Y no quieres hacer eso.

No estaba tan segura.

Las brasas palpitaban de un modo feroz en mi pecho, presionaban contra mi piel. Querían salir. Lo querían a él. O, supuse, solo estaban respondiendo a lo que quería *yo*.

Sin embargo, algún grado de sentido común prevaleció. Sabía que no podría ganar una pelea contra el Primigenio de la jodida Guerra y la Concordia.

Me forcé a calmarme.

—Nos traicionaste.

—Eso ya lo has dicho. —Me observaba con recelo, aunque bajó el brazo—. Pero estás equivocada.

—No lo creo —escupí. Él entornó los ojos.

—Lo que hice fue salvar vidas, pequeño demonio.

—¿Salvar vidas? —Dejé escapar una risa cáustica mientras daba otro paso atrás en un intento por aferrarme a mi sentido común, que menguaba a pasos agigantados—. Y exactamente, ¿cómo conseguiste eso lanzando un ataque contra las Tierras Umbrías junto con tu hermano?

—Yo no lancé ningún ataque contra las Tierras Umbrías. De haberlo hecho, no serían más que ruinas. —El *eather* crepitó en sus ojos—. Y mi hermano no tuvo elección. Cuando Kolis te forzó a matar a Thad, eso obligó a Kyn a actuar. Justo como había planeado Kolis.

Se me revolvió el estómago y sentí náuseas al recordar al joven *draken* que Kolis me había obligado a asesinar como castigo por que Ash no hubiese pedido su permiso antes de anunciar que me iba a tomar como su consorte.

—Traje a Thad de vuelta.

—Lo recuerdo. Pero Kyn no lo sabía. Todavía no lo sabe, por razones obvias —me recordó—. Se suponía que Kyn te capturaría, pero no antes de arrasar las Tierras Umbrías y no dejar nada más que la carretera al Abismo y al Valle. Cuando te capturé yo, impedí que eso sucediera.

Aspiré una bocanada de aire brusca. Pensé en la gente de la ciudad de Lethe, tanto en los mortales como en los dioses. Me sentía un poco mareada.

—¿Eso fue lo que ordenó Kolis?

—De un modo un poco enrevesado, sí. Le dijo a Kyn que hiciese una declaración. —Los hombros de Attes se tensaron—. No le dices eso a un Primigenio de la Guerra o de la Venganza sin esperar una devastación absoluta.

Me tragué el nudo de miedo que se acumulaba en mi garganta.

—El ataque terminó en el momento en que te capturé —dijo Attes —. Lo juro.

—¿Me das tu palabra? —pregunté con desdén, el corazón desbocado—. Como si eso significase algo.

—No confías en mí —dijo con un suspiro.

—No jodas —espeté.

Attes me estudió durante unos momentos tensos. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba más baja, más calmada.

—Hace mucho tiempo que Kolis sabe de ti.

—Ya lo sé. —Cerré los puños. La furia bulló en mi interior ante el recordatorio de que Kolis había sido consciente de mi existencia desde la noche en que nací, y solo había estado esperando a que las brasas maduraran y yo las usara. ¿Y todo lo que había sacrificado Ash? ¿El trato que había hecho con esa zorra de Veses, el que la permitía alimentarse de él para garantizar que mi existencia siguiese siendo un secreto? Eso había sido para nada.

Las brasas de mi pecho palpitaron con fuerza, su respuesta aún más intensa ahora. Una corriente de electricidad estática bajó a toda velocidad por mis brazos. Eso me sorprendió y los levanté para descubrir que los pelillos finos estaban erizados.

Los ojos de Attes se afilaron al mirarme, casi como si percibiera la

energía que aumentaba en mi interior. Tal vez lo hiciera. Fuera como fuere, debía calmarme. Aunque eso era más fácil de decir que de hacer, cuando yo solía existir en uno de dos estados: inquieta o preparada para matar a alguien. La mayoría del tiempo no había nada entre medias.

Y ahora tenía muchísimas ganas de matar a Veses.

Unas ganas inmensas.

No obstante, estaba en una maldita jaula, hablando con Attes. Y con un poco de suerte, Veses seguía encarcelada en la Casa de Haides, así que eso no iba a ocurrir.

—Entonces, sabrás que no había forma de impedir lo que pasó —dijo Attes—. Kolis te hubiese atrapado de una manera o de otra. Lo único que podía evitarse era la innecesaria pérdida en masa de vidas inocentes.

—¿Se supone que debo darte las gracias por eso? —casi chillé.

—No necesito que me des las gracias, pero apreciaría que bajases la voz —me indicó—. Hay guardias a la puerta de esta habitación. Y aunque la piedra umbra es gruesa, no insonoriza por completo.

—¿Qué pasaría si te encontrasen aquí? —pregunté, y le lancé una mirada somera—. Desnudo.

—¿Mi desnudez te molesta? —El muy capullo sonrió hasta que un maldito hoyuelo apareció en su mejilla.

A la mierda el sentido común.

Me agaché, agarré el peine que había dejado caer y se lo tiré directo a la cara.

—No —gruñí, al tiempo que su mano salía disparada y atrapaba el peine a un par de centímetros de su nariz—. Pero apuesto a que a Kolis sí le molestará.

Su sonrisa desapareció, y tiró el peine sobre la cama.

—Sí, así es. —Su mirada se posó en mi boca y mi mandíbula—. Pero probablemente tú pagarías un precio mucho más caro por ello que yo.

Sonrojada, me di cuenta de que estaba mirando mis moratones. Me puse tensa.

—Como si te importara.

—No tienes ni idea de lo que me importa o no. —Apretó la mandíbula al echar un vistazo hacia las puertas cerradas.

—Tienes razón. Y francamente, no me importa.

—Pues debe importarte. —Un instante después, agitó una mano por el aire y un par de pantalones de cuero negro aparecieron de la nada para envolver sus piernas.

Sentí unos celos reticentes. Si yo tuviese ese talento, conjuraría algo que fuese ropa de verdad. Hice amago de pedirle que hiciese eso por mí, pero me di cuenta de que llevar algo que no corriese el riesgo

de enseñar un pezón provocaría preguntas.

—Es posible que no dispongamos de demasiado tiempo para esta conversación —continuó—. Así que necesito que entiendas que no estoy aquí para traicionar a Nyktos ni a ti. Sobre todo no a ti. Después de todo, ya te he salvado la vida antes. Más de una vez.

—¿Qué? —me burlé—. Vas a tener que refrescarme la memoria... —Cerré la boca de golpe. Attes había detenido a Kolis cuando estaba agotando mi sangre para llegar hasta las brasas. No era como si hubiese olvidado eso. Mi ira por la traición de Attes había bloqueado en cierto modo ese pequeño detalle—. Interviniste cuando Kolis se estaba alimentando de mí. Aunque no iría tan lejos como decir que me salvaste la vida.

Una sonrisa rápida volvió a los labios de Attes.

—Pero esa no fue la primera vez.

Fruncí el ceño, después arqueé las cejas cuando por fin vi, o reconocí, lo que había tenido delante de las narices, después de que entrara volando por la ventana.

—¿Ese eras tú? ¿El halcón del Bosque Moribundo?

Apareció una leve sonrisa.

—Así es.

La confirmación de Attes aterrizó como un puñetazo en el pecho y mi mente se quedó en blanco durante unos segundos. Luego recordé lo que había dicho Attes sobre los halcones: que eran un símbolo que pertenecía a su padre, junto con el lobo. Kolis utilizaba las mismas representaciones, excepto que las suyas eran doradas, mientras que...

—Los halcones de Eythos eran plateados —murmuré. Attes frunció el ceño.

—Lo eran, sí.

Parpadeé, confusa.

—¿Podía Eythos cambiar de forma?

—Sí. Todos los Primigenios pueden hacerlo.

—¿Y su forma era un halcón? —conjeturé—. ¿O un lobo?

—Un lobo —confirmó—. Aunque siempre quiso volar con los halcones.

Empecé a preguntar por qué no había elegido adoptar la forma del ave de presa, pero ¿acaso importaba? No.

—¿Y Kolis? ¿En qué se transforma él?

—En un halcón —repuso Attes con una mueca irónica de los labios.

Parpadeé otra vez. ¿Por qué diablos querrían Eythos y Kolis...? Nop. No era importante.

—Si eras tú el del bosque aquella noche, ¿por qué no sabía...? —Casi dije «Ash» otra vez, pero utilizar delante de Attes el nombre que muy poca gente utilizaba no parecía correcto—. ¿Por qué no sabía

Nyktos que estabas ahí?

—Los Primigenios no podemos sentirnos los unos a los otros cuando estamos en nuestras formas *nota*, cuando adoptamos la forma del animal con el que nos sentimos más identificados —explicó—. Igual que Kolis tampoco lo percibió en su forma de lobo.

Y yo no había percibido a Attes hasta que se transformó.

—¿Por qué?

Su sonrisa rápida volvió.

—Porque cuando estamos en nuestra forma *nota*, somos nosotros pero… no. —Bueno, eso sí que lo explicaba todo, ¿verdad?—. Verte en el Bosque Moribundo esa noche fue pura suerte. Estaba husmeando por ahí cuando me topé contigo. —La luz centelleó en el brazalete plateado que rodeaba su bíceps cuando se frotó la barbilla con una mano—. Casi me da miedo preguntar qué estabas haciendo.

No iba a entrar en eso.

—¿Y el día del Bosque Rojo? ¿Antes de eso?

—Ese no era yo, pero *sí* era uno de mis muchos halcones singulares. Percibí su muerte y luego sentí cómo volvía a la vida. Así fue como supe que Nyktos te había llevado a las Tierras Umbrías.

Mis pensamientos corrían a toda velocidad, pero acabé haciendo la que quizá fuese la pregunta menos importante de todas.

—¿A qué te refieres con «halcones singulares»?

—Son lo que llamamos *choras*. Básicamente, una extensión del Primigenio que adquiere la forma *nota*. Se crean a partir de nuestra sangre, pero están muy vivos —explicó, aunque sus palabras se envolvieron poco a poco en un velo de aflicción—. Iliseeum solía estar lleno de *choras*. Hubo un tiempo en que era una tradición, una forma de honrar a nuestro *nota*, igual que el *notam* primigenio, un vínculo formado con aquellos de los que tomamos nuestra forma. Era común cuando reinaba Eythos, pero imposible con Kolis. La mayoría de los Primigenios han perdido todos los suyos, pero los *choras* que aún existen pueden hacerlo durante siglos o más, incluso si el Primigenio al que están vinculados entra en Arcadia.

Vaya, eso era de lo más extraño.

—¿O sea que esta es otra cosa más que ha muerto con Kolis? —Hice un gesto con la cabeza hacia el lado—. Cómo habéis tolerado todos lo que ha hecho Kolis es algo que no puedo entender.

El cuerpo de Attes se quedó rígido en el sitio, tenso como un muelle apretado.

—Con la muerte de Eythos y visto que Nyktos no tenía ninguna brasa de vida primigenia, no teníamos elección.

¿Que no tenían elección? Casi me reí. Si mi yo a menudo irracional era capaz de darse cuenta de que siempre había elección, no había ninguna excusa para que los Primigenios no hubiesen llegado a esa

conclusión después de haber vivido durante cientos, si no miles, de años.

Algo de lo que había dicho Attes hacía unos instantes volvió a mí mientras deslizaba las manos por mis caderas.

—Espera un minuto. Esa cosa, ese *chora* tuyo que vi en el Bosque Rojo, ¿estaba husmeando para ti?

—No es una *cosa*, Seraphena. Es un halcón de carne y hueso, algo que deberías saber.

—Lo que sea. —Empezaba a perder la paciencia—. Exactamente, ¿por qué estabas husmeando antes de conocerme siquiera?

—Porque ya sabía de tu existencia. —Los ojos de Attes conectaron con los míos—. Lo sabía desde hacía más que Nyktos o Kolis. —No… no supe qué decir a eso—. Tuve conocimiento de lo que había hecho Eythos antes de que Kolis o Nyktos lo averiguaran. Eythos y yo éramos hermanos de una manera en la que Kolis y él no lo fueron nunca. Amigos —añadió, la voz cambiada. Ahora llevaba aparejado el tono agridulce del dolor y la alegría de conocer y luego de perder a alguien —. Yo fui uno de los pocos a los que Eythos confió lo que había hecho.

Retrocedí unos pasos para sentarme en el borde del diván. Ash creía que Attes me había estado poniendo a prueba aquel día en el estudio de la Casa de Haides, que había tratado de leer mis emociones. Y Ash se había preocupado, porque cuando no funcionó, sabía que el Primigenio de la Guerra y la Concordia se daría cuenta de que ahí pasaba algo. Sin embargo, si Attes decía la verdad ahora, lo que había estado haciendo en realidad era poner a prueba lo fuertes que se habían vuelto las brasas.

*Si es* que decía la verdad.

Su conocimiento de lo que había hecho Eythos explicaba por qué había creído tan deprisa mi afirmación con respecto a Sotoria. Debía de saberlo ya.

Levanté la vista hacia él y descubrí que el Primigenio me miraba con atención. Lo que decía tenía sentido, pero yo confiaba solo en un pequeño puñado de gente, y él no estaba ni remotamente cerca de esa lista.

—Si sabías lo de las brasas, ¿por qué te sorprendiste tanto cuando traje a Thad de vuelta? —pregunté.

—¿Quieres que sea sincero?

—No, dime una mentira mejor —repliqué. Attes sonrió.

—Porque no había visto restaurar vida… vida *de verdad*, con mis propios ojos… desde Eythos. Pero ¿aparte de eso? Jamás pensé que su plan funcionaría. —Un poco de asombro se filtró en su tono—. Devolverle la vida a un halcón es una cosa, pero ¿a un *draken*? —Su mirada deambuló hacia arriba mientras sacudía la cabeza. Después de un momento, soltó el aire con suavidad y sus ojos volvieron a los

míos. Había un deje de asombro en su expresión—. Eythos creía que las brasas te protegerían y quizá te proporcionasen alguna capacidad para restaurar vida, pero no hasta tal punto. Incluso antes de que las brasas que le había robado a Eythos se apagasen, Kolis no era capaz de traer a un *draken* de vuelta.

—Entonces, ¿por qué pude hacerlo yo? —farfullé.

La mirada de Attes fue al suelo ahora y su cabeza se movió de lado a lado otra vez.

—No lo sé. Pero ¿si tuviese que adivinar basado en lo que he visto y oído, incluido tu reciente intento de fuga? —Entorné los ojos—. Las brasas se están vinculando contigo, por eso permiten que accedas a más de su esencia. —Se encogió de hombros—. Ocurre cuando los dioses se acercan a su Ascensión, igual que pasa con los Primigenios.

Tragué saliva, las manos apretadas sobre las rodillas mientras procesaba todo lo que acababa de oír, lo cual parecía casi imposible en este momento.

—¿Por qué no le dijiste a Nyktos nada de esto? Y no quiero oír nada sobre cómo saberlo lo hubiese puesto en peligro. Eso es una parida. Tampoco iba a salir corriendo para enfrentarse a Kolis y revelar lo que sabía. No es tonto. —Me incliné hacia delante, la ira avivada—. Y si crees eso, entonces Eythos y tú subestimasteis a Nyktos. *Eso* fue lo que lo puso en peligro. Si hubiese sabido lo de las brasas desde el principio, se habrían hecho muchísimas cosas de manera diferente. Habría evitado que yo…

Attes se arrodilló, el ceño fruncido.

—¿Habría evitado que hicieses qué?

Que tomase esa gotita de la sangre de Ash que había puesto nuestras vidas en un rumbo de colisión inevitable con la muerte. Mi muerte.

—Debiste decírselo —le recriminé, en lugar de compartir eso con él. Se produjo un momento de silencio largo, los ojos de Attes fijos en las baldosas del suelo.

—Tienes razón, pero Eythos no tuvo otra elección que mantenerlo en secreto. Lo mismo que yo. Cuando puso las brasas en tu estirpe y puso el alma de Sotoria con ellas… —la tensión talló profundas arrugas en las comisuras de su boca— alteró el destino de una manera enorme. Y a los *Arae* no les gusta que alteren sus asuntos.

Pensé en Holland e hice una mueca.

—Lo sé todo sobre los Hados.

—¿Tú crees? —preguntó, la cabeza ladeada—. Entonces, ¿sabes que son los que impidieron que Eythos le contase a su hijo lo que había hecho?

Me puse tensa.

—Conozco a uno de los *Arae*. No mencionó nada al respecto.

—Por supuesto que no. Porque es probable que no quisiese que le tiraran un peine a la cara. —Lo fulminé con la mirada. El breve destello bromista desapareció de sus ojos—. Verás, cuando te enredas con el destino y crees que te has salido con la tuya, enseguida descubres que no es así. Toda acción tiene una reacción, una que se convierte en una recompensa o en una consecuencia. Eso crea equilibrio. Y si ese equilibrio se altera en la mente de los *Arae,* lo restauran de las maneras más horribles que puedas imaginar —explicó—. ¿En este caso? Impidieron que Eythos o que cualquier otro le dijesen a Nyktos lo que se había hecho. Porque en sus mentes, eso equilibraba las cosas.

La incredulidad cortó a través de mí y me dejó con la sensación de estar atrapada en un sueño surrealista del que no podría sacarme ninguna cantidad de pellizcos o sacudidas.

—¿Por qué altera tanto el equilibrio lo que hizo Eythos cuando tenéis a Kolis dando vueltas por ahí robando brasas y matando a Primigenios? —pregunté—. ¿Cómo puede ser que eso no enrede con el destino?

La risa de Attes fue rápida y ruda.

—¿Quién dice que Kolis se sale con la suya cuando se mete en los asuntos de los Hados?

—Pues a mí me da la impresión de que le va bastante bien —declaré.

—¿Ah, sí? —replicó Attes—. Para conseguir lo que siempre ha querido, tendrá que arriesgarse a matar a la única persona que ha amado en su vida.

Cerré la boca de golpe. Attes tenía razón en eso. Daba la impresión de que las acciones de Eythos habían creado el castigo perfecto para Kolis.

Di unos golpecitos con el pie en el suelo a medida que me daba cuenta de que Holland no había sido del todo sincero. Sabía que él no era el único *Arae* del mundo, y también era consciente de que tenía que moverse por una línea muy fina entre aconsejar e interferir, pero tenía ganas de hacerle algo peor que tirarle un peine a la cara la próxima vez que lo viera.

*Si es que* lo veía alguna vez.

—Vale. —Solté el aire de manera ruidosa—. Pues si todo lo que dices es verdad, saca a Nyktos de Dalos.

—Lo haría si pudiera.

—¿Si *pudieras?* —Me levanté, la ira atorada en el pecho—. Eres un Primigenio que acaba de entrar aquí volando como un halcón.

—Eso no significa que pueda volar fuera de una celda como un halcón *con* Nyktos. —Se puso de pie con cautela, casi como si esperase que le diera otro puñetazo—. ¿Ves estos barrotes? ¿Los has tocado?

—Sí. —Empecé a andar de un lado para otro—. No fue maravilloso, la verdad.

—Por supuesto que no. Son huesos de los Antiguos. —Hizo un gesto con la barbilla hacia ellos—. Están llenos a rebosar de *eather* y son poderosos hechizos protectores.

¿Huesos? Hice una mueca de asco al fijarme en la decoloración del oro una vez más.

*Puaj*.

—Esos huesos, cuando se blandían como armas… Solo un pinchacito en la piel de un dios, y estaba muerto. Y debido a las brasas, si yo intento pasarte a través de ellos y te haces un cortecito, también estarás muerta. Pueden incluso sumir a un Primigenio en una estasis de años —me dijo—. Nyktos está igual de encarcelado por ellos que tú, y él además cuenta con mucha más vigilancia.

Despacio, me giré hacia él, al tiempo que se formaba en mi mente una imagen: el arma que había esgrimido el Primigenio de la Caza y la Justicia Divina.

—¿De eso era de lo que estaba hecha la lanza de Hanan? —Attes asintió—. Entonces, está claro que los huesos de los Antiguos *sí pueden* destruirse —sentencié.

—Solo hay dos Primigenios que puedan hacerlo: el Primigenio de la Vida y el Primigenio de la Muerte.

Genial.

Crucé los brazos.

—Pero ¿pueden matar a un Primigenio que tenga más que solo unas pocas brasas?

—Pueden matar a un Primigenio novato, según dónde le den; a uno recién salido de su Sacrificio, por ejemplo. Sería susceptible a eso durante muchos años, hasta dominar por completo su *eather*. Pero si cualquier Primigenio, novato o no, fuese empalado por un hueso, permanecería incapacitado hasta que lo retirasen.

Vaya, esa era la primera información útil que me había dado. Aunque en los momentos de silencio subsiguientes, me di cuenta de que había algo más que quería saber.

—¿Puedes…? —*Inspira*. Se me comprimió el pecho. *Contén*—. ¿Puedes decirme cómo está Nyktos?

—No te va a gustar esta respuesta, pero no, no puedo. —Siguió con la mirada el corto recorrido que estaba haciendo delante del diván—. Ojalá pudiera, pero no lo he visto desde que se lo llevaron a las celdas.

Tenía razón. *No* me gustó la respuesta.

—¿Estaba consciente entonces?

—No —admitió en voz baja.

*Inspira*. Apreté los ojos con fuerza contra el pánico y la impotencia crecientes en mi interior. *Contén*. Ceder a ellos no nos ayudaría a

ninguno de los dos. *Espira*.

—¿Dónde están esas celdas?

—¿Era ahí adonde pretendías ir cuando escapaste?

No respondí.

No había ninguna necesidad de hacerlo.

Attes soltó un resoplido cansado.

—Jamás conseguirías llegar hasta allí, ni aunque hubieses logrado liberarte. Ni siquiera yo podría llevarte hasta allí y superar los hechizos protectores del lugar. Al menos no sin que nos detectaran.

—¿Dónde están esas celdas? —repetí.

—Están en Dalos, pero no cerca de la ciudad —me dijo—. Están en las Cárceres.

Aunque ya había imaginado que no tendrían a Ash cerca, la desilusión fue un golpe duro de todos modos.

—¿Las Cárceres? —pregunté, la voz ronca.

—Hay una cordillera montañosa al sur de la Ciudad de los Dioses, secundaria al Monte Lotho —explicó, en referencia a la corte de Embris, el Primigenio de la Sabiduría, la Lealtad y el Deber—. Esas son las Cárceres.

Me hice daño en el labio de abajo al apretarlo contra el de arriba.

—¿Cómo… cómo son las Cárceres?

—No quieres saberlo.

Me detuve y me giré hacia él.

—Sí quiero saberlo.

Algo parecido al respeto parpadeó en su rostro.

—¿Cómo son las prisiones mortales?

—Terribles.

—Imagina eso, pero muchísimo peor —dijo, y un escalofrío bajó por mi columna—. Creo que el único sitio que podrías encontrar más desagradable es el Abismo.

Por todos los dioses.

El peso en mi pecho aumentó, como si una mano invisible hubiese apretado sobre él. *No pasará ahí mucho tiempo*, me recordé. No lo haría. Miré hacia Attes y pensé en mi llave.

—Si pudiera salir de esta jaula…

—Si fueses capaz de escapar de esta jaula, te ayudaría. —El *eather* palpitaba en sus ojos—. Te sacaría de aquí y te llevaría a algún sitio seguro.

No estaba segura de poder fiarme de eso.

—Pero no podrías llevarme con Nyktos, ¿verdad?

Sus ojos buscaron los míos.

—No me arriesgaría siquiera, porque sé que los hechizos protectores no fallarán.

—¿Y además te castigarían?

—No estoy preocupado por mí —repuso—. Estaría más preocupado por lo que Kolis os haría a Nyktos y a ti.

—Vale —murmuré. No servía de nada ganarme la ayuda de Attes para intentar escapar. Yo también estaba preocupada por lo que haría Kolis en represalia una vez que se diese cuenta de que había huido para tratar de liberar a Ash.

Kolis ni siquiera me había preguntado por qué lo había intentado la otra vez. No le había sorprendido. Supuse que era porque Sotoria había tratado de escapar muchas veces, como él había dicho.

—Si no estás aquí para ayudar a Nyktos, entonces ¿por qué estás aquí? —pregunté—. ¿Para mitigar tu sensación de culpabilidad?

—Hace mucho que mi conciencia superó eso.

—Entonces, ¿por qué? —exigí saber—. ¿Para decirme que eres leal a Nyktos en secreto a pesar de tus acciones?

—Soy leal solo al verdadero Primigenio de la Vida. —Ladeó la cabeza—. Ese era Eythos, y ahora eres tú. Sí, solo tienes dos brasas primigenias —se apresuró a añadir—, pero eso todavía te convierte, a todos los efectos, en la verdadera Primigenia de la Vida. Siempre y cuando esas brasas permanezcan en tu interior.

Las brasas se calentaron en respuesta, pero decidí ignorarlas.

—Tienes una manera muy retorcida e inútil de demostrar tu lealtad.

Soltó una risa ronca.

—Haces maravillas por la autoestima de uno, ¿lo sabías?

—Bueno, pues lo que voy a decir no va a ayudar en ese aspecto. Creo que eres tonto. —La ira afiló mi voz—. Creo que todos los Primigenios sois tontos si servís a otro a ciegas basados en unas cuantas brasas o en unos títulos robados.

—¿Servir a ciegas? —Se rio entre dientes—. Sera… ¿puedo llamarte así?

—No.

Apareció una sonrisa más ancha, con un asomo de hoyuelo.

—Solo los destinados a la guerra sirven a un rey o a una reina únicamente porque llevan brasas o afirman ser gobernantes. Yo lo sé de buena tinta. —Hizo una pausa—. *Seraphena*.

Arrugué la nariz.

—Eso ha sonado muy filosófico y bonito, y apuesto a que te ha hecho sentir listo, pero en realidad, no has dicho nada.

—¿Ves esta cicatriz? —Puso un dedo índice en el corte poco profundo de su mejilla—. Me la hizo Kolis. ¿Quieres saber por qué?

Según lo poco que me había podido contar Ash acerca de Attes y lo que había deducido sola, me dio la impresión de que estaría mejor sin saberlo. Solo que eso me convertiría en una cobarde, así que asentí.

—Eythos no fue el único que pagó el precio de que Kolis perdiera a

Sotoria. El precio para Eythos fue la vida de Mycella. —Unas hebras de *eather* se agitaron con violencia en los iris de Attes—. Pero hubo muchos otros atrapados en ese estallido de violencia: amigos, padres, amantes, *drakens* predilectos. —Apretó los labios y sus rasgos se crisparon con el tipo de dolor que nunca se va del todo. La palabra que pronunció a continuación fue callada; sonó como si procediera de las profundidades de su alma—. Niños.

Oh, por todos los dioses. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

—Cuando intenté detenerlo… ¿Esto? —Señaló la cicatriz una vez más—. Esto es lo que puede hacer el hueso de un Antiguo blandido por un Primigenio de la Muerte.

Había sospechado que algo así había sucedido. La pérdida de una amante o incluso de una consorte. Pero… me daba la sensación de que lo que Kolis le había quitado a Attes había sido parte de él.

—No lo sabía.

—¿Cómo podrías? —preguntó—. Nuestras pérdidas son nuestras historias para ser compartidas. Nyktos, nacido de ese tipo de pérdida, lo habría respetado.

Mi corazón se comprimió mientras mis ojos recorrían su cicatriz. Las que no podía ver discurrían mucho más profundas. Maldita sea, me dolía el corazón.

—Lo siento.

—Yo también. —Cerró los ojos—. ¿Es esa una razón lo bastante buena para ti?

Me aclaré la garganta al tiempo que parpadeaba para reprimir las lágrimas.

—Sí.

El *eather* de sus ojos se había ralentizado cuando los volvió a abrir.

—Nunca he estado del lado de Kolis. En realidad, no.

—Entonces, tengo una pregunta para ti. —La ira invadió mi voz de nuevo—. ¿Alguna vez se te ha ocurrido compartir esto con Nyktos?

—¿Por qué haría eso? —repuso—. Nunca he sabido cuál es la verdadera postura de Nyktos con respecto a Kolis.

Mis cejas salieron volando hacia arriba.

—¿Estás de broma? Él odia a…

—Odiar a alguien no significa que dejarás de servirlo, sobre todo si hacerlo te beneficia —me interrumpió—. Hacerle ese tipo de confidencias sin conocer sus verdaderos pensamientos e intenciones era un riesgo para mi corte y para todos los que dependen de mí.

La indignación bulló en mi interior. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Él jamás te hubiese entregado a Kolis.

—¿Eso crees?

Lo miré a los ojos.

—Lo *sé*.

Attes se rio con suavidad.

—No tienes ni idea de lo que cualquiera de nosotros hemos hecho o de lo que somos capaces si nos vemos arrinconados. Y eso incluye a Nyktos.

Empecé a discutírselo, pero pensé en ese único hueso decente que Ash decía tener y que me pertenecía a mí y solo a mí. Yo sabía que tenía mucha más bondad que eso. Lo que hacía por los Elegidos que podía salvar, por el joven Pax, a quien había rescatado de las calles, y por innumerables personas más era prueba de ello. Pero era *verdad* que había una especie de crueldad fría en Ash. Eso también lo había visto en él.

—Hubo un tiempo en el que confiábamos los unos en los otros —musitó Attes, y su voz adoptó una cualidad distante—. Cuando los Primigenios trabajábamos juntos para mejorar Iliseeum y el mundo mortal. Hace mucho de ese tiempo. Y aunque la animadversión de Nyktos hacia Kolis era clara para cualquiera que prestase la más remota atención, todavía le era leal cuando hacía falta.

—Hizo todo lo que pudo por oponerse a Kolis —bufé—. Pero no tenía otra opción más que servirlo.

—Exacto. —Attes levantó las manos por los aires en señal de frustración—. Ninguno de nosotros ha tenido demasiadas opciones, Seraphena.

Aparté la mirada. Sus razones para no confiarle su postura a Ash eran válidas… y aun así no lo bastante buenas para mí.

—Bueno, ¿y qué ha cambiado ahora?

—Tú —dijo. Mis dedos se apretaron contra mis brazos—. Tú eres la razón de que las cosas hayan cambiado ahora.

—¿Debido a las brasas?

—Debido a que dentro de ti reside la única que puede matar a Kolis. La que puede poner fin a esto. Y debemos hacer cualquier cosa por protegerla.

La tensión anegó mi cuerpo e hizo que las brasas vibraran. No debería sorprenderme oír preocupación por, literalmente, cualquier cosa excepto yo misma. Por lo general, era por mi deber o por las brasas. Nunca era por mí.

Hasta que llegó Ash.

Una agónica punzada de dolor golpeó mi pecho, pero respiré hondo para soportarla, concentrada en lo que había dicho Attes. O más bien en lo que *no* había dicho.

—Quieres decir que yo soy la única que puede detener a Kolis.

—No, Seraphena —me corrigió, su tono apesadumbrado—. Eso no es lo que quiero decir.

Se me quedó el cuerpo helado. Miré a Attes perpleja.

—¿Qué quieres decir entonces?

—Digo que el plan de Eythos no salió como él esperaba. Y sí, yo no creí que fuese a funcionar en absoluto para empezar a hablar, pero eso no viene a cuento. —Sus hombros subieron con una respiración profunda—. Deja que te pregunte algo. ¿Sois Sotoria y tú la misma persona?

Una gran sensación de premonición se apoderó de mí.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque lo sé. —Bajó la voz—. Sé que no eres ella. En realidad, no. —Mi corazón dio una sacudida y sus rasgos se enturbiaron en una brumosa neblina de incredulidad—. Existe un parecido asombroso entre Sotoria y tú. Tan grande que no sé cómo no lo vio Kolis de inmediato. Creo que no podía permitirse pensar así —continuó, casi con cautela, sus palabras bajas y medidas—. Pero si fueses Sotoria renacida, tendrías exactamente el mismo aspecto que ella. Y no lo tienes. Y no hubieses sido capaz de hablar como ella del modo en que lo hiciste.

Una oleada de consternación barrió a través de mí mientras descruzaba los brazos y los dejaba caer a los lados. Era probable que Attes fuese la primera persona en decir eso y sonar como que lo creyera. Ni siquiera podía decir a ciencia cierta si Ash aceptaba de verdad que no era Sotoria. Tampoco creía que importase, porque para él siempre era Sera.

Pero pensé en lo que había dicho Ash sobre la Primigenia Keella durante la coronación. Keella podía seguir las almas de aquellos que capturaba y eran renacidos. Ash no había creído que Sotoria hubiese renacido… no, eso no era exactamente lo que había dicho. Solo había dicho que no estaba seguro de que Keella pudiese seguir el alma de Sotoria porque su regreso no había sido un renacimiento.

—Sabes que lo que estoy diciendo es verdad. No quieres confirmarlo. Lo entiendo. Sabes que el hecho de que Kolis crea que eres Sotoria es lo único que te mantiene con vida, y que mantiene a salvo las brasas del Primigenio de la Vida. Es inteligente por tu parte. —Attes cruzó la jaula—. Pero no sirve de nada que me mientas a mí, Seraphena. Sé que el plan de Eythos no salió como él quería.

Me quedé ahí plantada, rígida, mis pensamientos desbocados. Aun a sabiendas de lo que había causado la cicatriz de Attes, el recelo todavía invadía mis sentidos. Desplacé el peso de un pie al otro, miré de reojo a las puertas cerradas. Sabía que tenía que hacer una elección. Confiar en Attes o no. Si lo hacía y me equivocaba, moriría, y Kolis tendría las brasas. Pero si no lo hacía… No me parecía que estuviera aquí para espiar en nombre de Kolis. Eso simplemente no tenía sentido, cuando al parecer me había encubierto y había detenido a Kolis cuando trataba de sacar las brasas de mí.

Respiré hondo, consciente de que no estaba arriesgando solo mi vida.

—¿Hay alguna diferencia entre renacimiento y ser renacido?

—Esas expresiones a menudo se utilizan de manera intercambiable, junto con reencarnación, pero un renacimiento suele implicar las almas de aquellos que no han vivido de verdad —dijo, en referencia a los bebés de los que había hablado Ash—. Los que se reencarnan pueden tener recuerdos o incluso sueños de quienes fueron antes, y eso es tan excepcional como el acto en sí, y suele estar reservado a los *viktors*.

—Y ser renacido es como empezar de nuevo —murmuré—. Sin ningún recuerdo de quién fuiste en el pasado. —Levanté la vista hacia él—. Así que ¿colocar un alma al lado de otra es…?

—No tengo ni noción —admitió con una risa quebradiza—. En teoría, no debería suceder. Pero podría ser el resultado de lo que Eythos intentó hacer… algo imposible. O intervinieron los *Arae*.

Pensé en lo que había dicho Attes acerca de los Hados.

—Pero dijiste que los *Arae* se aseguraron del silencio de Eythos, así como del tuyo, como forma de equilibrar lo que hizo Eythos.

—Sí. Pero nunca dije que fuese lo único que hicieron —me contradijo—. No sé por qué hicieron esto. Aunque también es verdad que, para empezar, fue uno de ellos el que le metió en la cabeza a Kolis la idea de tomar las brasas de otro Primigenio, y ¿quién sabe por qué compartiría nadie ese conocimiento?

Ahí tenía razón. Delfai, el Dios de la Adivinación con el que habíamos hablado Ash y yo, había dicho lo mismo.

Sacudí la cabeza.

—¿Cuál es el objetivo de todo esto? El alma de Sotoria está dentro de mí. ¿No me convierte eso en ella a todos los efectos?

—Un alma no tiene nada que ver con las brasas, Seraphena. Dos almas no deberían estar nunca dentro de un mismo cuerpo.

Me invadió una gran sensación de inquietud.

—¿Y qué pasa si lo están?

—Significa que el alma de Sotoria está…

Observé cómo apartaba la mirada y se pasaba una mano por el pelo.

—¿Está atrapada dentro de mí? —pregunté.

—Básicamente.

Cerré los ojos y me estremecí. *Atrapada*. Creía saber lo que se sentía, y lo sabía. Pero no podía imaginar cómo debía ser para Sotoria.

—Eso te molesta.

Abrí los ojos y encontré los de Attes fijos en mí.

—Por supuesto que me molesta. Ni siquiera puedo permitirme pensar en ello sin angustiarme —admití—. No quiero eso para ella.

—Yo tampoco. —Un músculo palpitó en su mandíbula—. Y también significa que, cuando mueras, el alma de Sotoria morirá contigo.

—Bueno, sí, ya lo suponía, pero ¿no sería ese el caso también si solo hubiese renacido o lo que sea?

—Si el ama de Sotoria hubiese renacido, serías ella. Ella sería tú. Y cuando murieras, tu alma seguiría su camino. Pero eso no es lo que sucedió aquí. Su alma está dentro de ti, así que cuando abandones el ciclo mortal, ella quedará atrapada dentro de tu cuerpo hasta que su alma se destruya, y entonces continuará en este… estado. Incapaz de seguir su camino. Incapaz de vivir o morir. —Cerró los ojos—. Solo sería.

Mis labios se entreabrieron por el horror. Casi podía oír los agónicos lamentos que solían oírse en el bosque de los Olmos Oscuros.

—¿Sería como un espíritu?

—Peor. Estaría perdida. —Se acercó a mí de nuevo—. ¿Alguien más sabe esto?

—No.

—¿Ni siquiera Nyktos?

—Yo… no lo creo. Siempre ha hecho hincapié en decirme que yo soy Seraphena, pero ¿cómo podría saberlo?

—Lo sabría si mirara —dijo Attes—. Después de todo, es un Primigenio de la Muerte, pues aún conserva las habilidades que perdió Kolis. Puede ver almas, pero ni siquiera estoy seguro de si podría entender lo que viese si captara dos almas.

Contuve la respiración de golpe. ¿Había mirado Ash? No lo sabía.

—Pero Kolis dijo que retuvo mi alma, que la mantuvo en mi interior hasta que me llevó a las islas Triton. ¿No hubiese sentido él dos almas?

—Me sorprende que pudiese hacer eso siquiera. Así que dudo que supiese muy bien lo que retenía. *Puede* que agarrase el alma de Sotoria, lo cual te mantuvo a ti con vida. No hay quién lo sepa. Sea como fuere, ¿comprendes lo que significa todo esto?

Mi inquietud anterior se multiplicó, formando nudos en mi pecho.

—Visto el tono que usas, al parecer, no.

—El alma de Sotoria está dentro de ti, pero tú no eres ella. —Attes me miró a los ojos—. Y aunque Kolis no se dé cuenta de eso nunca, significa que no eres el arma que Eythos creía estar creando.

# Capítulo 11

*No eres el arma.*

Me tambaleé hacia atrás y choqué con el diván. Attes no podía estar insinuando lo que creía que insinuaba.

—Todavía soy capaz de cumplir con mi deber.

—Quizá —repuso Attes, y el *eather* palpitó en su mirada—. Pero no eres ella y no tenemos manera de saber si eso importa o no. ¿Si tuviese que fiarme de mi instinto? Diría que sí. Lo cual significa que no serás capaz de matarlo.

Me hundí en el mullido diván, sacudiendo la cabeza con una negación feroz. Las palabras de Attes me golpeaban como rocas lanzadas contra una fortaleza de negación rotunda, en lugar de proporcionarme un respiro.

No sentí ningún alivio.

¿Y no debería sentirlo? No quería hacer lo que tendría que hacer para cumplir mi destino. Debería estar celebrando esta noticia, y sin embargo, no sentía alivio alguno.

¿Cómo podía sentirlo cuando esto significaba que nunca había tenido la capacidad para salvar mi reino? Todo lo que había sufrido y a lo que había renunciado, todos los sacrificios que había hecho a lo largo de mi vida por un reino que ni siquiera me conocía. Por no mencionar las elecciones a las que se enfrentaba mi familia. Todo para nada. Todos esos años de duro entrenamiento y de forzar a mi cuerpo y mi mente hasta el borde mismo del colapso no significaban nada. No había habido ninguna necesidad de que aprendiera lo que era sentirme tan tan vacía, lo que me costó estarlo y lo que me robó.

Aceptar esa verdad era insoportable, intolerable. Significaba que mi vida, toda mi *existencia*, había sido una mentira.

*No*.

No podía aceptar que no fuese a poder detener a Kolis si no lograba escapar. Que él sobreviviría, que continuaría acosando a Ash y a los demás. Habría más favoritas, y Sotoria… por todos los dioses, ella quedaría atrapada cuando yo muriese. Eso era inevitable. No permitiría que otros murieran para mantenerme a mí con vida.

*No*.

El instinto de Attes tenía que estar equivocado. ¿No habrían sabido esto los Hados? ¿Holland? Y si era así, ¿por qué había pasado él tantos años entrenándome? ¿Qué importaba si Kolis creía que la que le

estaba clavando una espada en el corazón era su amada? A lo mejor no importaba.

Porque era imposible que todo a lo que había renunciado, todo lo que Eythos y Kolis habían causado, fuese para nada. Que todo ello fuese tan jodidamente inútil.

—Tienes que estar equivocado. —Cuadré los hombros—. Tienes que estarlo.

—Espero que sí. —Los ojos del Primigenio estaban ahora fijos en algún punto por encima de mí, sus dedos enroscados en la base de su cuello.

—No ha cambiado nada —le dije.

—Excepto que si intentas matarlo y no funciona… —Bajó la barbilla—. ¿Qué crees que te hará?

—Lo que ya ha hecho —contesté—. Lo apuñalé antes. No le di en el corazón por un par de centímetros. Y sigo viva. —Attes parpadeó, pasmado—. Se enfadó —me corregí, y aplané las manos sobre mis rodillas—. Pero no me mató. Como es obvio.

El Primigenio me miró durante unos momentos.

—¿Conseguiste apuñalarlo?

—Sí.

—¿Con qué tipo de arma?

—No una hecha de los huesos de los Antiguos —musité—. Con piedra umbra.

Abrió los ojos como platos.

—¿Y eso perforó su piel?

Asentí.

—Aunque se curó bastante deprisa.

—Mierda —susurró, la sorpresa evidente en su tono—. Está más débil de lo que creía. Incluso con las brasas que robó apagadas desde hacía tiempo, sigue siendo el Primigenio más viejo. La piedra umbra no debería haber perforado su piel.

—Pues eso es bueno, ¿no?

—Es *interesante* —me corrigió—. Si no se hubiese curado de inmediato, *eso* sí que hubiese sido bueno. —Empecé a fruncir el ceño—. Solo significa que el campo de juego puede estar un poco más nivelado ahora —añadió—. Aunque solo porque no acabase matándote antes, no significa que no lo hará más adelante. ¿Y si mueres? Si el alma de Sotoria se pierde…

—Sí, lo entiendo. Su alma es lo más importante —espeté—. Si ella muere, todo estará perdido.

Attes ladeó la cabeza. Pasaron unos instantes.

—Tú también importas.

Se me escapó una carcajada amarga, aun cuando mis mejillas se calentaron por el bochorno.

—No hace falta que mientas.

—No estoy mintiendo.

La irritación bulló en mi interior. Sabía la verdad, lo cual me dejó aún más frustrada. Debería estar acostumbrada a eso ya. Pero ¿además? Era *verdad* que su alma era importante.

—Entonces, ¿qué me estás diciendo, que no debería intentar matarlo?

—No creo que merezca la pena el riesgo —admitió.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? —pregunté—. ¿Nada?

—Eso no es lo que estoy diciendo. Kolis no sabe la verdad y eso significa que todavía eres su debilidad. Puedes utilizar eso en nuestro beneficio.

—¿*Nuestro* beneficio? —La tensión volvió a mí y cerré los dedos alrededor de mi vestido—. Curiosa elección de palabras.

Attes hizo caso omiso de mi comentario.

—Nyktos debe ser liberado lo antes posible si queremos que haya alguna esperanza de evitar el tipo de guerra del que habló Kolis —me advirtió—. Y ya vamos hacia ella a tumba abierta. Lo percibo. —Sus ojos buscaron los míos—. Eso, al menos, lo puedes cambiar.

—Lo sé. —Enderecé los dedos—. Tengo un plan.

—¿Ah, sí? —Arqueó las cejas—. ¿Ya?

—Sí. —Fruncí el ceño—. ¿Por qué te sorprende?

—Te acaban de encerrar aquí. —Me miró a los ojos con atención —. Nadie te habría criticado si no hubieses tenido la claridad mental suficiente todavía para trazar un plan.

—Sí, bueno, esta no es la primera vez que me he encontrado en una situación que no me deja mucho tiempo para venirme abajo.

Me miró.

—¿Qué tipo de vida *has* vivido, Seraphena?

Me reí, pero no hubo ningún humor en el sonido. No cuando sentía que mi cuerpo se estaba desmoronando sobre sí mismo.

—¿Después qué? Consigo la libertad de Nyktos y ¿qué pasa después? ¿Crees que Nyktos va a regresar sin más a las Tierras Umbrías y fingir que no ha pasado nada?

—Si es sensato, lo hará. —Me sostuvo la mirada—. Y sabes que es verdad.

Mi corazón se saltó un latido. Lo era. Preferiría que Ash hiciese justo eso, pero no lo haría.

—Yo le importo —dije en voz baja—. Se siente responsable de mí. No hará eso.

—Creo que siente que eres más que una responsabilidad —apuntó, con una sonrisa que hizo aparecer un hoyuelo.

La bocanada de aire que inspiré me abrasó los pulmones. Dolía porque yo había dicho la verdad. Ash se sentía responsable de mí. Yo

le importaba. Me tenía afecto. Pero no podía sentir lo que estaba claro que Attes sugería.

Me costó un mundo respirar a través de ese ardor y centrarme en lo que había más allá, pero lo hice. Porque tenía que hacerlo.

—Entonces, ¿cómo evitará esto una guerra?

—No dije que estuvieses evitando una guerra —me corrigió Attes con suavidad—. Dije que evitarías el tipo de guerra del que habló Kolis. Existe una diferencia. Aunque sé que Nyktos es capaz de muchas cosas aterradoras si se le presiona, todo eso palidece en comparación con lo que hará Kolis. Con Nyktos libre, podrá proteger a su gente y reunir apoyos.

—¿Hay algún apoyo que reunir?

—Puede haberlos.

Mis manos cayeron sobre el cojín.

—Eso no es suficiente.

—Mira, la noticia de lo que ha hecho Kolis se está extendiendo. Incomodará a algunos, aunque Kolis pueda creer que no provocará demasiado revuelo —dijo Attes, y pensé de inmediato en la respuesta de Phanos al verme—. Pero a Kolis le gusta olvidar que Nyktos se clasificaría justo detrás de él como uno de los tres Primigenios a los que nadie quiere cabrear.

—Deja que lo adivine. ¿Tú eres el número tres? —comenté con tono seco.

—Eres muy lista. —El hoyuelo estaba de vuelta. Y no me impresionó lo más mínimo.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que eres muy «apuñalable»?

Una risita grave reverberó en su garganta.

—Me lo han dicho unas cuantas veces, sí.

Solté una carcajada breve.

—Me lo imaginaba. —Relajé un poco las manos y me levanté—. ¿Qué pasa contigo, con tu apoyo? ¿Respaldarás a…? —Cerré la boca, sin apartar la vista del Primigenio. Recordé lo que él había dicho antes: había afirmado que le era leal solo al verdadero Primigenio de la Vida.

Y como había dicho él mismo, a todos los efectos, esa era yo.

Respiré hondo, o eso creí al menos, aunque el aire que llenó mis pulmones resultó tan escaso que me llevé una desilusión. Se me comprimió el pecho de la ansiedad, como si un puño estrujara mi corazón con cada latido.

—Respaldarás a Nyktos en todas las decisiones que tome y le ayudarás a conseguir aliados —empecé, la voz un poco temblorosa. Hacer exigencias como estas no era algo a lo que estuviese acostumbrada—. Tendrá todo tu apoyo y el de tu corte.

—¿Eso es una orden? —preguntó Attes, la cabeza ladeada.

Mi corazón corría desbocado. A fin de cuentas, yo no era más que una mortal que pretendía dar órdenes a un Primigenio para que hiciese lo que yo quería. Sin embargo, las brasas en mi interior vibraban con intensidad. Levanté la barbilla, tragué saliva.

—Lo es, aunque tengas que enfrentarte a tu hermano. —Varias hebras de *eather* cruzaron sus ojos e iluminaron las venas debajo de la piel de sus mejillas. Giró el cuerpo hacia mí—. Lo jurarás —añadí, a sabiendas de que un Primigenio no podía romper una promesa una vez hecha.

La energía empezó a aumentar, cargó el aire. Por un momento, pensé que podría haberme pasado un poco de la raya.

O un mucho.

Seguramente un mucho.

—Muy lista —murmuró Attes, luego dio un paso al frente e hincó una rodilla en el suelo. Se llevó una mano al corazón y agachó la cabeza—. Con mi espada y con mi vida. —Unos ojos veteados de *eather* se levantaron hacia los míos—. Te juro, la nacida de Sangre y Cenizas, *la* Luz y el Fuego, y *la* Luna Más Brillante, cumplir tus órdenes.

Mi título… el que me había otorgado Ash. Respiré hondo mientras otra corriente de energía ondulaba por el aire y resbalaba por mi columna. Pude sentirlo. Sentir el poder de ordenarle hacer un juramento semejante. Hizo que me hormigueara la nuca y las brasas vibrasen con mayor ferocidad. Sus palabras llevaban la fuerza de un juramento inquebrantable grabado a fuego en sus huesos y en los míos. En la mismísima tierra del mundo en sí.

¿Y ese poder repentino? Era tan inquietante como alentador. Era también un poco asombroso.

Attes esperó y yo asentí para que se pusiera en pie. Solo porque no tenía ni idea de qué se suponía que debía responder y había visto a mi madre y al rey Ernald hacer algo parecido.

Cuando Attes se levantó, despejé mi mente e intenté concentrarme.

—¿Qué podemos hacer con respecto al alma de Sotoria?

—He estado buscando una manera de salvaguardarla, y seguiré haciéndolo. —No había ni rastro de humor ni de encanto en su voz, y cuando volvió a hablar, lo hizo en tono sombrío—. Sé lo que te costará ganarte la confianza de Kolis y obtener la libertad de Nyktos. Es lo mismo que tendrás que hacer para seguir viva. —La dirección que estaba tomando la conversación empezó a ponerme incómoda, así que me moví de un pie al otro—. Y yo… —Un músculo palpitó en su sien—. Lo siento.

Aparté la vista, mi dolorida mandíbula apretada. Por todos los dioses, sonaba como si lo dijese en serio, y no sabía qué hacer con eso, cuando prefería que *no* supiera lo que haría falta.

—Debo irme —anunció, tras aclararse la garganta, aunque su voz conservó una cualidad pastosa—. Quedarme aquí tanto tiempo sin ser descubierto es una suerte que no debería seguir tentando.

Asentí. Luego me giré hacia él, pues algo que me había preguntado acababa de volver a mi mente.

—¿Puedo preguntarte algo antes?

—Claro.

—¿Significa algo el nombre de Sotoria en el idioma de los Antiguos y los Primigenios? Sé que *so'* significa «mi» —expliqué cuando la piel de los bordes de sus ojos se arrugó—. Y había pensado que quizá su nombre significara algo. Como si fuese dos palabras unidas.

—¿Igual que Kolis? —preguntó.

—Sí.

—En efecto, significa algo. O lo *hacía*. —Soltó el aire despacio y deslizó el pulgar por la base de su cuello—. Es de la época más antigua de nuestro idioma. *Toria* tenía unos cuantos significados. Uno era «jardín». Otro podría traducirse más o menos como «flor bonita». —Sonrió entonces, pero sin hoyuelo alguno, y no pude evitar pensar en lo que había estado haciendo Sotoria cuando murió. Había estado recolectando flores—. Pero una traducción más exacta es *poppy*. «Amapola».

—¿Como la flor mortal? —Pensé en las que habían empezado a crecer otra vez en las Tierras Umbrías—. ¿O las plateadas?

—Creo que hubo un tiempo en que se refería a la flor mortal, pero podría haber sido una descripción de cualquiera de las dos.

Arqueé las cejas.

—O sea que el nombre de Sotoria podría traducirse como «mi bonita…». —Un extraño escalofrío rodó por mi columna—. ¿«Mi amapola bonita»?

Attes asintió.

—O «mi jardín bonito».

—Oh —susurré. Él me miró con atención.

—¿Hay algo en esa traducción que te incomode?

Sí, pero…

—No. —Negué con la cabeza, sin saber muy bien de dónde había venido esa sensación de inquietud ni por qué la había sentido—. Tengo otra petición para ti.

—Lo que quieras.

Esbocé una sonrisa irónica al oír eso.

—Encuéntrame un arma hecha de los huesos de los Antiguos.

Su cabeza se ladeó.

—Seraphena…

—No voy a correr ningún riesgo innecesario. Lo juro. —Sus labios

fruncidos indicaban que dudaba de mi juramento—. Pero si llega un momento en el que lo único que quede es correr un riesgo, quiero tener algo que pueda matarlo, o como muy poco incapacitarlo —añadí, y vi que sabía a lo que me refería—. Intentarlo no hace ningún mal, ¿verdad?

—No, supongo que no —admitió—. Pero debes tener mucho cuidado con un arma así. Y no lo digo porque crea que no puedas manejarla —añadió cuando me vio abrir la boca—. No puedes tocar el hueso sin que te cause dolor. Habría que fabricar un mango, cosa que no es un problema. Lo que *sí* es un problema es dónde la esconderías cuando quisieras llevarla encima.

Vista la transparencia de mi ropa, tenía cierta razón.

—Puedo esconderla aquí.

Attes soltó el aire por la nariz.

—¿Crees que no comprobará si tienes un arma así, sobre todo después de tu intento de fuga? ¿Sobre todo una de ese tamaño que sería útil para lo que pretendes?

Apreté la mandíbula. Odiaba todos los puntos lógicos que hacía.

—Vale.

Attes se giró hacia los barrotes, luego se detuvo.

—¿La sientes ahora? —Su garganta subió y bajó mientras sus ojos conectaban con los míos—. El alma de Sotoria, quiero decir.

Su pregunta me resultó extraña, pero me llevé una mano al pecho. No la oía como la había oído antes, pero noté un parpadeo de algo que no era una brasa. Una conciencia de que había alguien ahí, observando y escuchando.

—Sí.

La emoción onduló por su cara, demasiado deprisa para poder determinar lo que era o para estar segura siquiera de haber visto algo.

—Entonces, espero que oiga esto —dijo Attes, y volvió a tragar saliva—. Esta vez, te salvaré.

*

Me sentía nerviosa después de que Attes volviese a convertirse en un halcón y se alejase volando, cosa que fue tan rara como suena. Sola, sin nada más que mis pensamientos, hice lo que solía hacer.

Entrenar.

Como no encontré nada con lo que recoger mi pelo, lo trencé y luego até con cuidado las puntas, consciente de que más tarde casi seguro que me arrepentiría de haberlo hecho. Luego intenté recordar todo lo posible: me imaginé luchando con un compañero invisible y realicé todos los movimientos que Holland me había enseñado.

A medida que pasaba de apuñalar con una daga imaginaria a

simular un combate de boxeo, mi mente divagó en lugar de vaciarse.

Attes.

Imaginé su rostro y columpié el puño hacia arriba por el aire, y solo me sentí un poco mal.

Era obvio que me costaba confiar en él, pero ¿ese juramento? O las brasas o yo lo habíamos sentido. Attes no podía romperlo. ¿Y la forma en que hablaba de su cicatriz? El dolor evidente en su voz y en su rostro era muy real, igual que lo era la agonía en sus palabras cuando juró salvar a Sotoria esta vez.

Me agaché lo más deprisa que pude con el vestido. Un rato después de que se marchara Attes, me había dado cuenta de algo. La verdad es que era muy obvio. Aunque en mi defensa, había habido, y *todavía había*, muchas cosas dando vueltas por mi mente.

Attes había mencionado lo mucho que me parecía a Sotoria, pero sabía que no era idéntica a ella. A partir de esa información y de lo que había dicho antes de marcharse, estaba claro que Attes la había conocido.

Y, bueno, tenía un montón de preguntas al respecto. Pero también me había dado cuenta de otra cosa después de que se hubiera marchado.

El sudor perlaba mi frente cuando me levanté de estar en cuclillas y giré en redondo al tiempo que columpiaba un brazo por el aire. Repetí el movimiento una y otra vez mientras pensaba en que Attes no había mencionado que Nyktos fuese a tomar las brasas. Supuse que pensaba que era algo que se daba por sentado y era innecesario mencionar.

*No eres el arma…*

Mis pasos se ralentizaron hasta detenerse, mi pecho agitado por el esfuerzo. Me levanté, porque estaba en cuclillas otra vez, y dejé caer los brazos a los lados. Holland había dicho que yo era Sotoria. Igual que la diosa Penellaphe… O al menos eso había sido como había interpretado lo que habían dicho.

Pero ¿y si Holland no lo había sabido? Me pasé el dorso de la mano por la frente. No era como si todos los Hados lo supiesen todo. Otro podría haber hecho algo sin que Holland lo supiese. O él no había podido decírmelo sin interferir.

Pero ¿por qué me entrenó? ¿De qué servía?

A menos que los instintos de Attes fuesen acertados y Holland me hubiese entrenado en realidad para mantener a salvo el alma de Sotoria y las brasas. ¿Se trataba de eso, en lugar de prepararme para matar a Kolis?

¿Y si lo era?

Dejé que mi cabeza cayese hacia atrás y contemplé los barrotes en lo alto. Por todos los dioses, me daba la impresión de que una enorme

parte de mi identidad acababa de hacerse añicos, y era muy frustrante, maldita sea.

Había odiado esa parte de mí, aborrecía lo que me había costado. Aun así, no me sentía aliviada. La determinación de detener a Kolis no había desaparecido. Ninguna parte de mí trataba de aferrarse a esto como excusa para no intentarlo. Y quizá…

Quizá fuese porque no sabía quién era sin mi deber. Quizá fuese porque era lo único que podía hacer para cambiar algo antes de morir. Y simplemente, no podía perder eso.

La cosa era que, fuera cual fuere la razón, no podía darle muchas vueltas. Si lo hacía, perdería la cabeza.

Di media vuelta y entré en la zona de baño. Agarré una toalla pequeña y usé la jarra de agua limpia que habían dejado para limpiar el sudor de mi frente.

*Mi amapola bonita*.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y me provocó un estremecimiento de inquietud que bajó en cascada por mi columna. ¿Qué era lo que me molestaba tanto de eso? Era, desde luego, la cosa menos importante que me había dicho Attes.

Tiré la toalla sobre el tocador, volví al diván y esta vez retiré la manta, que dejé caer al suelo. Luego me instalé en el canapé y me acurruqué en el rincón. Encogí mis piernas y las remetí debajo del vestido.

Mis ojos pasearon por los barrotes y terminaron por posarse en el centelleante centro del techo de la jaula. Con las luces de la habitación atenuadas, lo veía con mayor claridad. Guiñé los ojos y me di cuenta de cuál era la fuente de la luz fracturada que había visto antes. Era un diamante. O quizás un grupo de ellos…

Puse los ojos en blanco.

Me quedé ahí sentada durante un rato en silencio, mis pensamientos seguían saltando de una cosa a la siguiente. Como tantas veces antes, mi mente se agarró a una de las cosas más aleatorias.

De repente pensé en el lobo *kiyou* que había visto en los Olmos Oscuros de niña.

Había estado recopilando piedras por alguna razón extraña que hacía mucho que había olvidado cuando había visto al lobo. Su pelaje había sido tan blanco que podría haber sido plateado, y siempre me había sorprendido que no hubiese huido o atacado de inmediato, sobre todo porque los *kiyou* sentían una antipatía notoria hacia los mortales. El único otro del que había estado cerca alguna vez era el lobo herido.

Ahora estaba segura de la razón.

Cuando Ash y yo habíamos estado en el estanque debajo de la Casa de Haides, él había admitido que, durante los años anteriores, había

ido de vez en cuando a comprobar cómo estaba yo. Ahora me daba cuenta de que había sido él hacía todos esos años. No había ni una sola parte de mí que lo dudara.

Con el pecho comprimido, apoyé la barbilla en las rodillas. Por todos los dioses, lo echaba de menos, y estaba preocupadísima por él. ¿Y si mi sueño me había dado algún tipo de información sobre su estado y se había sumido en una estasis? Eso curaría sus heridas, pero estaría completamente vulnerable.

Necesitaba sacarlo de ahí cuanto antes.

Cerré los ojos y decidí que ya era hora de probar a ser más alentadora conmigo misma. En lugar de estresarme hasta el punto de querer gritar o tirarme de bruces contra los barrotes, imaginé a Ash libre. Por supuesto, me salté la parte de *cómo*, exactamente, pensaba escapar de la jaula y salir de Dalos y, bueno… todo lo demás. Fui directa a lo bueno. Ver a Ash. Sentir sus brazos a mi alrededor. Oír su voz. De verdad. No en sueños.

No dispondríamos de mucho tiempo para estar juntos antes de que Kolis viniera a por nosotros, pero me tomaría todo el necesario para conseguir que Ash jurase que no se culparía de mi muerte. Que una vez que Ascendiese y se ocupase de Kolis, encontraría una forma de restaurar su *kardia*.

Me ardía el fondo de la garganta mientras enterraba la cara en mis rodillas. Obligaría a Ash a prometer que viviría. Que viviría *de verdad*. Y eso significaba abrirse en algún momento a averiguar lo que se sentía al amar y ser amado a cambio, por mucho que eso me hiciera querer prender fuego al mundo entero.

Porque yo no era tan buena persona. Ya odiaba a la persona que algún día tendría el honor de amar y ser amada por Ash. La odiaba con toda mi alma.

Pero aún quería eso para él.

Supongo que el amor te hacía capaz de eso: de querer felicidad para otro, incluso si eso significaba encontrarlo con otra persona.

*

Cuando abrí los ojos de nuevo, oí el sonido de agua que fluía y noté hierba fresca y húmeda contra todo mi cuerpo.

Supe de inmediato que estaba soñando.

Aparte del hecho evidente de que no era capaz de escapar de algún lugar en las profundidades de Dalos y sombrambular hasta el mundo mortal, había algo raro. Algo que no tenía nada que ver con el hecho de que no llevaba puesto ni un retal de ropa.

No estaba nadando.

En el último par de sueños que recordaba, siempre estaba nadando

mientras el lobo me observaba.

Unas aguas oscuras caían de los acantilados de los Picos Elysium. Era mi lago y, como en mis sueños anteriores, ningún calor asfixiante cargaba el aire, pero había algo diferente.

Aunque el lago siempre estaba oscuro debido a uno de los mayores depósitos de piedra umbra existentes en el mundo mortal, ahora no había movimiento. El agua estaba muy quieta y lisa, como un espejo negro, incluso donde la catarata caía desde muy arriba. En mis sueños, mi lago nunca había estado así.

Bajé la vista hacia donde mis dedos estaban extendidos sobre la hierba color medianoche. Miré arriba, más allá de los enormes olmos llenos de hojas de tono ónice y ramas del color de la piedra umbra, hacia el cielo que no era del todo de noche ni de día. Unas estrellas vívidas e intensas proyectaban una luz radiante sobre el lago y sobre mí. Rebusqué en el cielo, pero no encontré ni rastro de la luna.

Me recordaba a las Tierras Umbrías, pero ahí no había lagos. Ya no.

Mis dedos se cerraron en torno a las briznas de hierba. Podía sentir el suelo debajo de mí, frío y espinoso. Sentí la leve brisa que resbalaba por mis piernas y rebotaba contra mi mejilla. No notaba nada de la turbiedad que se aferraba a los sueños, incluso cuando nadaba. Todo era claro y nítido, desde las estrellas en lo alto hasta el rico aroma de la tierra mojada.

No parecía un sueño.

Mientras contemplaba el cielo estrellado, un calor vibrante se avivó de pronto en el centro de mi pecho. Se me puso la piel de gallina. Poco a poco, empecé a ser consciente del calor contra mi espalda… había alguien detrás de mí cuando no había habido nada al abrir los ojos.

No estaba sola.

Una mano se deslizó por mi cadera, cálida y pesada de un modo deliciosamente familiar. Mi estómago empezó a dar vueltas. Respiré hondo. Me envolvió un olor fresco y cítrico que reconocería en cualquier parte.

Se me cortó la respiración cuando mi cuerpo entero se quedó bloqueado en el sitio. No podía moverme, demasiado temerosa de que mi mente estuviese a punto de jugarme una mala pasada.

Un contacto suave sobre la nuca me sobresaltó. Seguido de una sensación sedosa. Unos labios rozaron la curva de mi hombro y me provocaron unos escalofríos calientes y sensuales por todo el cuerpo.

—*Liessa*.

# Capítulo 12

Esa voz, el ahumado susurro de medianoche que nunca dejaba de provocarme una miríada de temblores por todo mi ser, era toda suya.

De Ash.

Cerré los ojos. Era su voz. Ash estaba detrás de mí. Lo sabía en mis huesos y en mi corazón, aunque soñar con mi lago en lugar de caer en cualquier otro escenario pesadilloso ya era una bendición. ¿Soñar con él? Encontrarlo aquí, incluso en mis sueños… eso parecía imposible.

Como un milagro.

La mano presionó con suavidad sobre mi cadera y me tumbó de espaldas. Unos dedos con leves callos de décadas de entrenamiento con armas se deslizaron por mi mejilla, la caricia tan reverente que se me cortó la respiración.

—Abre los ojos para mí, *liessa*. Necesito verlos. —Su aliento danzó sobre mis labios—. Por favor.

Respondí como coaccionada a hacerlo, pero sus palabras no llevaban coacción alguna. Era solo como reaccionaba a él. Solo a él. Abrí los ojos y me encontré mirando a charcos gemelos de plata fundida.

Ash.

Mi corazón revoloteó fuera de control mientras una tormenta de emociones surcaba a través de mí, cada fibra de mi ser atrapada en el revuelo. Todo lo que podía hacer era mirarlo con una mezcla embriagadora de incredulidad y alegría mientras la brisa levantaba las puntas de su pelo castaño y revolvía los mechones contra la piel bronceada de su mandíbula.

Mis ojos recorrieron su boca ancha y expresiva. Sus labios se entreabrieron y bajó la vista, los ojos llenos de efímeras hebras de *eather*, más brillantes de lo que las había visto jamás. Esto era solo un sueño. Lo sabía, pero aun así estudié los contundentes arcos de sus cejas y sus despampanantes rasgos en busca de alguna señal de su batalla con Kolis. No había moratones. Miré hacia abajo.

Y ahora fueron *mis* labios los que se entreabrieron.

No había nada que entorpeciera mi vista de las líneas cinceladas de su pecho. Excepto las tenues cicatrices que ya habían estado ahí antes, no había ninguna evidencia de la daga que Kolis había clavado repetidas veces en su pecho. Ninguna señal de heridas en los duros músculos de su abdomen. Mis ojos bajaron aún más, pasaron por

encima de las fascinantes hendiduras a ambos lados de sus caderas…

Se me cortó la respiración de nuevo. Igual que yo, Ash estaba desnudo del todo y gloriosa y completamente excitado. Un calor profundo se extendió por todo mi cuerpo. Por todos los dioses, no tenía ni idea de cómo mi mente podía replicar cada parte de él con tanto detalle.

Pero estaba contenta de que lo hiciera.

Levanté la vista. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba en una media sonrisa que tironeó de mi corazón. Ash había sonreído con libertad en el mundo mortal, pero menos en las Tierras Umbrías. En cualquier caso, eso había empezado a cambiar. Cada vez habían empezado a salir a la superficie más aspectos de su naturaleza bromista, pero entonces…

No quería pensar en nada de eso. Ahora no. Lo que quería era tocarlo. De manera desesperada. Sin embargo, mis dedos se enroscaron en la hierba. Me daba miedo hacerlo y que desapareciera ante mis ojos, que quedara reducido a nada.

Y si ocurría eso… incluso en un sueño… Sería una pérdida insoportable. Porque no disponíamos de mucho tiempo, y esto contaba. Tenía que hacerlo.

La cabeza de Ash se inclinó hacia atrás y hacia un lado cuando su mirada abandonó la mía y se deslizó hacia abajo. La intensidad de su escrutinio fue como un contacto físico. Me hormigueaba la piel y las puntas de mis pezones se fruncieron. Un calor líquido se arremolinó en mi estómago y luego entre mis piernas. Su mirada fue descarada y absorbente, abrasaba mi piel. Las puntas de sus colmillos aparecieron cuando succionó su labio de abajo entre sus dientes.

—*Liessa* —repitió con esa voz suya de sombras y humo. Recorrió con su mano mi bajo vientre, dejando un rastro de fuego líquido a su paso. Sus ojos volvieron a los míos—. ¿De verdad eres tú? ¿Has venido a burlarte de mí en mis sueños?

—¿Tus sueños? —pregunté, y vi que cerraba los ojos un instante al oír mi voz—. Más bien eres tú el que está en *mi* sueño.

Ash se rio entre dientes y yo aspiré una bocanada de aire escasa. Esa risa ruda y grave creaba calor en mi sangre. Por todos los dioses, nadie más podía conseguir que una cosa tan simple sonara tan hedonística.

—Incluso en mis sueños, discutes conmigo.

—No estoy discutiendo contigo.

—¿No?

—No. —No estaba haciendo eso para nada.

Esa risa llegó de nuevo, danzó sobre mis labios, y entonces su boca estaba sobre la mía. No sentí ningún dolor en mi labio partido, pero estaba soñando. Por supuesto que no habría dolor. Sin embargo, nada

hubiese podido prepararme para la sensación de su boca contra la mía. Fue como un *shock* para los sentidos porque parecía muy real. No creía que ningún recuerdo pudiese capturar la firmeza suave pero implacable de sus labios.

Aunque, bueno, ya no estaba pensando con ninguna claridad porque los besos de Ash borraban todo pensamiento. Siempre lo habían hecho. Éramos solo nosotros. Su boca y cómo besaba, como un hombre muerto de sed, bebiendo de mí, atrayendo mi lengua para batirse en duelo con la suya, succionando mis labios. Los besos más lentos y lánguidos eran eléctricos y me provocaban chispas de deseo que danzaban por todo mi cuerpo. En ese momento, mis sentidos estaban saturados, y era difícil pensar en nada más que en la sensación de sus labios sobre los míos. Para cuando se apartó, me faltaba el aliento.

—Soñé que te oía llamar mi nombre. —Atrapó mi labio de abajo entre sus dientes. Solté una exclamación ahogada ante el rápido mordisquito—. Soñé que me necesitabas. —Lo escuché, el corazón acelerado cuando su mano subió por mi costado para curvarse alrededor de mi pecho. Mi espalda se arqueó—. Sin embargo, no debería ser capaz de soñar —dijo. No estaba segura de qué quería decir con eso, pero su voz cambió entonces, adoptó una cualidad aterciopelada, tan suave y rica como el más dulce de los chocolates—. Tócame. Tócame, *liessa*, para que sepa que eres real. Por favor.

Por todos los dioses, no había forma de que pudiera hacer nada más que lo que me pedía, lo que me suplicaba. Con manos temblorosas, apoyé mis dedos sobre sus mejillas. Temblé ante el contacto. Su piel estaba dura, caliente y era muy muy real. Mientras su boca se movía contra la mía, bajé las manos por su pecho y me maravillé por la sensación de poder tocarlo. Mis dedos rozaron los duros planos de su estómago.

Ash gimió contra mis labios y el sonido caldeó mi sangre aún más. Podía sentirlo contra mi muslo, duro y grueso. Su boca abandonó la mía y mis párpados aletearon antes de abrirse. Me miraba desde lo alto una vez más, y sus ojos recorrieron despacio mi cara durante unos segundos.

—Treinta y seis.

Mis pecas.

Mi corazón se hinchió a tal velocidad y con tal fuerza que no me hubiese sorprendido si me hubiese elevado flotando por encima de la hierba.

—Tenía que contarlas. —Su mano subió hasta mi mandíbula—. Solo para asegurarme de que estuvieran todas donde deben estar.

Soñar con él contando mis pecas tenía sentido. Su tendencia a hacerlo era algo que me derretía el corazón. Pero ¿el resto? Menuda

cosa más extraña para soñar que decía.

Los labios de Ash capturaron los míos una vez más, sin darme tiempo a cavilar sobre eso. Y cuando me besaba así, como si yo fuese la única cosa en el mundo que podría sustentarlo, no podía hacer otra cosa que ahogarme feliz en esos besos.

Así que eso hice.

Lo besé de vuelta, diciendo todo lo que sentía sin pronunciar ni una sola palabra, transmitiendo una emoción tan profunda que las palabras jamás podrían hacerle justicia. Lo besé como si pudiera ser la última oportunidad que tuviese de hacerlo.

Y en verdad quizá lo fuera.

Un nudo de tristeza amenazó con formarse y arruinar el momento, pero me negué a permitírselo. Agarré sus hombros y noté el ligero abultamiento de su piel bajo la tinta de sus tatuajes.

Ash temblaba. Respiraba de manera entrecortada cuando apretó la frente contra la mía. Su mano se desplegó por mi mejilla, y esta también temblaba.

—Te echo de menos —susurró con voz ronca—. No… no sé cuánto tiempo ha pasado. ¿Un día? ¿Dos? ¿Una semana? ¿Solo unas pocas horas? No lo sé, *liessa*, pero te echo de menos, incluso cuando estoy sumido en un sueño tan profundo.

Algo de lo que dijo me puso la carne de gallina. Una sensación, o quizás un recuerdo, me incordiaba, pero no lograba discernirlo.

Tampoco creía que importase ahora mismo.

—Estoy aquí, Ash. —Se estremeció—. Así que no me eches de menos. —Toqué su mandíbula, noté la ligera pelusilla que la cubría—. Mejor, quiéreme.

—Ya lo hago —juró Ash—. Por los Hados, Sera, ya lo hago.

Levanté la cabeza y junté nuestras bocas, aunque sus palabras me recordaron que estaba soñando, que todo esto no era más que yo creando lo que *quería* sentir y oír. Y por todos los dioses, lo que más quería en este mundo era oír a Ash decir que me quería. Que era capaz de hacerlo. Y si solo podía conseguir eso en un sueño, lo aceptaría sin vergüenza alguna. Mi lengua separó sus labios y su gemido de respuesta fue un sonido de pura alegría.

La palma de la mano de Ash volvió a mi pecho. Se me escapó un gemido ahumado cuando arrastró la áspera yema de su pulgar por el pezón endurecido. Hundí una mano en los suaves mechones de su pelo, enrosqué los dedos a su alrededor mientras su mano bajaba por mi estómago y luego entre mis piernas. La sensación de tenerle conmigo, de sus dedos deslizándose por la humedad ahí arremolinada y luego en mi interior fue otro *shock* para mis sentidos. Di un grito, el sonido atrapado por su beso. Mis caderas se levantaron ante la presión malvada y tortuosa de sus dedos al hundirse dentro de mí. Apreté

contra su mano, la tensión cada vez mayor y… santo cielo. *Jamás* en mi vida había sentido algo así en un sueño. Nunca nada tan intenso.

Sentí la afilada punta de un colmillo contra mi lengua y me estremecí. Su mordisco nunca causaba dolor, solo un placer sensual y exótico. No como…

Mi mano se apretó entre su pelo. No había espacio para eso. En mis sueños no. No cuando estaba viviendo en un estado del que no quería despertar.

Aunque sabía que lo haría.

Esa certeza me llenó de un anhelo intenso y desesperado. Tiré de él, quería sentir su peso sobre mí. Lo necesitaba.

—Te necesito. —Agarré su brazo con mi otra mano, noté cómo sus músculos se abultaban—. Te necesito, Ash. Por favor.

—Me tienes, *liessa*. —Ash, gracias a los dioses, acató mis deseos sin vacilar. Se movió y su gran corpachón cayó sobre el mío para encajonarme contra el suelo. Los ásperos pelos de sus piernas me hicieron cosquillas cuando se asentó entre mis muslos—. Siempre me has tenido. —La punta de un afilado colmillo arrastró por mi labio de abajo y creó diminutos nudos de placer al tiempo que su miembro duro y caliente presionaba contra el centro de mi ser—. Y yo siempre te he tenido a ti.

El contacto con él despertó un palpitante retortijón de placer que prendió una necesidad frenética porque lo notaba… por los dioses, lo notaba mucho mejor que un recuerdo.

Un sonido grave retumbó en su interior. Su mano volvió a mi cadera y presionó contra mi mismísimo centro al tiempo que sus besos se volvían más fieros, más profundos y rudos. Con cada roce y succión de su boca, pequeños fuegos brotaban por todo mi cuerpo. Entonces, con una embestida poderosa, me penetró del todo.

Mi chillido se perdió en su propio grito ronco cuando una sorpresa repentina barrió a través de mí e hizo que me pusiera tensa. Sentí la leve punzada de dolor a causa de su tamaño y un placer palpitante cuando me llenó y me estiró.

Podía sentirlo de *verdad*.

Con el pulso acelerado, abrí los ojos de golpe y mis ojos colisionaron con los de Ash. Su cuerpo también se había parado, pero el *eather* de sus ojos, brillante como la luna, giraba como loco. Ninguno de los dos nos movimos ni hablamos durante unos momentos, y las brasas de mi pecho empezaron a vibrar.

—Parece… —Ash negó con la cabeza, su voz pastosa. Tenía los ojos muy abiertos, las oquedades debajo de sus mejillas más marcadas, y noté que daba una sacudida dentro de mí—. Parece que estés aquí.

Igual que él.

Respiré hondo y capté un leve olor a lilas… a lilas *marchitas*. Mi

corazón dio un pesado vuelco y me invadió una sensación de miedo. ¿Me estaba despertando? Mi corazón ya atronador se aceleró aún más. No, no estaba preparada para eso. Nunca lo estaría.

—Quiéreme —le ordené. Le supliqué, en realidad—. Quiéreme.

—Siempre —murmuró.

Las lágrimas humedecieron mis pestañas. Apreté los ojos para contenerlas, no quería sentir la indefensión que evocaban. No quería una experiencia llena de tristeza en mis sueños.

Quería arder.

La cabeza de Ash bajó, su boca se cerró sobre la punta de un pecho. Succionó mi pezón con su boca caliente. Solté otra exclamación cuando una nueva oleada de placer rodó a través de mí. Sus caderas empezaron a moverse y mi exclamación enseguida se convirtió en un gemido de placer.

Levantó la cabeza para enterrarla en mi cuello, debajo de mi oreja.

—Eres tan preciosa. Maldita sea, Sera, eres jodidamente preciosa.

Se me escapó un suspiro tembloroso. No podía sentirme más preciosa que en ese instante.

—Dímelo —murmuró contra la piel de mi cuello—. Dime que me quieres y te enseñaré mi gratitud. Te lo juro.

—Te quiero. —Levanté su cabeza para mirarlo a los ojos—. Te quiero muchísimo, Ash.

Otro escalofrío lo recorrió de arriba abajo. Dijo algo demasiado bajito y deprisa para que yo pudiera entenderlo, pero hizo exactamente lo que había jurado hacer.

Las embestidas y retiradas cobraron velocidad, cada vez más deprisa y más profundas. Éramos todo dientes y extremidades enredadas, ávidos y desesperados. Nos movimos juntos: sus caderas empujaban hacia abajo y las mías subían a su encuentro. El placer aumentó hasta dejarme mareada y sin aliento de un modo que no conjuraba ningún miedo, solo deseo y necesidad.

Los músculos de sus brazos se flexionaron, luego agarró mi cadera y me levantó hasta que mi trasero estuvo separado del suelo. Agarré la parte de atrás de su cuello, enrosqué las piernas alrededor de su cintura. Por todos los dioses, ese ángulo…

Unos estremecimientos calientes y apretados sacudieron mi cuerpo mientras el suyo se movía a un ritmo furioso. El clímax llegó deprisa e intenso. Me hice añicos y su nombre cayó de mis labios, susurrado contra su piel. Él me siguió con un grito, me apretó contra el suelo, y las sucesivas oleadas de placer nos dejaron a los dos jadeantes y sin respiración, nuestra piel resbaladiza con una película de sudor… la mía caliente y la suya…

Ash estaba *frío*.

Como se ponía cuando necesitaba alimentarse. No sabía por qué

mis recuerdos habían decidido captarlo de ese modo ahora, pero mis pensamientos se dispersaron al oír su risa ronca.

—Por los Hados. —La mejilla de Ash se arrastró sobre la mía cuando giró la cabeza. Su beso fue tierno, suave como una pluma, luego salió de mí y se movió un poco para soportar él la mayor parte de su peso—. ¿Cómo puede ser esto un sueño?

—No lo sé. —Suspiré cuando su nariz tocó la mía. Esa también estaba fría. Pasó un momento y dejé escapar una respiración temblorosa—. Parece…

—Real. —Ash me dio otro mordisquito en el labio de abajo y, cuando solté una exclamación, el suyo se curvó hacia arriba—. Eso ha parecido real, ¿no?

Sonreí. Me encantaba ver su sonrisa.

—Sí.

Su lengua asomó para calmar el escozor de su mordisco.

—Pareces real, Sera. Tan real que casi creo que…

Lo miré con atención, a la espera de una respuesta.

—¿Qué? —Su garganta subió y bajó al tragar saliva, deslizó los dedos por las pecas de mi barbilla.

—No lo sé. — Entonces sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus asombrosos ojos plateados—. Pero siento como si los Hados me hubiesen recompensado.

—¿*Tú* sientes eso? —Me reí bajito—. Este es un sueño tan extraño… uno bueno, pero extraño.

—Nunca he soñado con nada mejor que esto.

—Yo tampoco —susurré.

Los labios de Ash encontraron los míos y mi corazón revoloteó como si le hubiesen salido alas. La necesidad implacable de aferrarme a él y disfrutar de cada momento pasado en su presencia invadió todo mi ser.

Así que eso hice.

Me dio la impresión de quedarnos ahí tumbados durante un rato, su frente apoyada en la mía, y nuestros cuerpos aún bien pegados. Dio esa impresión… como si de verdad pasaran segundos y minutos.

Sin embargo, nunca había sentido el paso del tiempo en un sueño.

—Sera… —Pronunció mi nombre contra mis labios—. No tienes ni idea de cómo desearía que esto fuese real.

—Lo sé. —Encontré su boca y lo besé. Incluso sus labios estaban fríos ahora.

Levantó la cabeza y su pecho se hinchó con brusquedad contra el mío.

—*Sera*.

La forma en que dijo mi nombre hizo que se me acelerara el corazón. Mis párpados aletearon y se abrieron. Sus ojos estaban muy

abiertos.

—¿Qué ha pasado? —Sus ojos volaron frenéticos por mi cara. Mi preocupación aumentó—. Jodidos Hados, ¿te he hecho daño?

—¿Qué? —Fruncí el ceño—. Por supuesto que no.

El *eather* palpitó con fuerza.

—Tu labio está partido y tu mandíbula… está hinchada. No estaba así antes.

Un escalofrío bajó de puntillas por mi columna. Conseguí meter un brazo entre nosotros y tocarme el labio. Hice una mueca ante la punzada de dolor.

Ash se movió deprisa. Me agarró de la muñeca y apartó mi mano.

—No lo toqueteees. —Se llevó mis dedos a la boca para depositar en sus yemas unos besos de una dulzura devastadora.

La confusión rodó por mi interior mientras levantaba los ojos hacia los suyos.

—Duele.

Su piel se afinó hasta que pude ver las oscuras sombras de *eather* bajo su piel.

—Sí, imagino que lo haría.

—Pero dejó de doler en cuanto empecé a soñar… —Dejé la frase en el aire.

—¿Estas lesiones son reales? —Los ojos de Ash se habían vuelto tan inexpresivos como había visto ponerse los de Kolis antes. Soltó una maldición—. ¿Te lo ha hecho *él*? —Su tono rezumaba escarcha—. ¿Kolis te ha hecho daño?

—No… —Cerré los ojos con fuerza—. No sé por qué soñaría algo así.

—Este no es tu…

Fruncí el ceño. Su piel se había vuelto aún más fría. La siguiente bocanada de aire que respiré llevaba ese olor dulce y marchito otra vez cuando abrí los ojos.

—Mi miedo —dijo, con una maldición.

—¿Tu miedo?

—Sí. —Unas sombras oscurecían la piel de debajo de sus ojos donde no había habido ninguna antes. Se habían formado oquedades debajo de sus pómulos. Sus labios estaban teñidos de azul—. Incluso en mis sueños, mi miedo por ti me consume.

Me puse rígida al verlo. Se estaba transformando justo delante de mí. Su piel, de costumbre dorada, perdió todo su color. A continuación, los bordes de la cara de Ash se difuminaron. Sufrí un espasmo en el pecho. Sus hombros hicieron lo mismo.

—¿*Liessa*? —Su cabeza dio un respingo ante el sonido de… ¿pisadas?

Se me puso la piel de gallina. Una repentina presión se extendió

por mi nuca. Mis ojos volaron hacia donde mis dedos estaban apretados con fuerza contra la piel de sus brazos.

—No puedo sentirte. —Se me secó la garganta y me agarré con más fuerza. O eso creía. Ya apenas podía sentir su piel bajo la mía—. Ya no te siento.

—No pasa nada —me tranquilizó Ash, su voz ronca.

Pero sí que pasaba. Los altos y frondosos olmos por encima de nuestras cabezas se desintegraron en humo. La brisa desapareció. Una desesperación profundísima se apoderó de mí mientras lo miraba.

—No quiero despertar —susurré, el corazón roto. Me aferré a él, pero no podía sentirlo—. Por favor, no dejes que me despierte. No quiero separarme de ti. *Por favor*.

Me llegó un ruido procedente de Ash que sonó como si lo hubiesen sacado a rastras de las profundidades de su alma.

—Sera…

Me desperté de golpe, los ojos abiertos de par en par. Aspiré una bocanada de aire temblorosa y traté de aliviar la presión que comprimía mi pecho. Me ardían los ojos anegados de lágrimas, por lo que veía los barrotes igual de borrosos que la cara de Ash al final.

Había sido un sueño.

Lo sabía, pero había *parecido* real. Todavía podía sentir a Ash… sus caricias, sus besos, el peso de su cuerpo sobre el mío. Podía sentirlo incluso ahora, la plenitud de él dentro de mí y la humedad entre mis muslos. Mis manos *aún* hormigueaban con la sensación de su piel contra la mía. Todo había parecido tan tan real. Todavía lo parecía.

Pero no podía serlo.

Porque no había estrellas brillantes por encima de mí, solo barrotes. ¿Y debajo de mí? El mullido diván sobre el que me había quedado dormida. No había ningún silencio tranquilo… a lo lejos, oía los aullidos guturales de los *dakkais*.

Volvía a estar enjaulada.

# Capítulo 13

Los Elegidos llegaron un rato después. Podían haber sido horas, o podría haber pasado otro día, no tenía forma de saberlo. En cualquier caso, esta vez había menos Elegidos bajo la atenta mirada de Callum.

Tuve cuidado de quedarme en el diván mientras recogían las toallas usadas, rellenaban las jarras de agua limpia, y luego ponían la mesa con lo que parecía una garrafa de agua, una botella alta y delgada con tapón, y cuatro copas.

—Me alivia constatar que aprendes rápido —comentó Callum después de que el último de los Elegidos saliese de la habitación.

Lo miré.

—Mi vida está completa ahora que lo sé.

—Estoy seguro de que sí —repuso el Retornado con una sonrisilla de suficiencia.

Puse los ojos en blanco y aparté la mirada. Mi corazón latía a toda velocidad, en gran parte por la preocupación de que pudiese descubrir la visita de Attes.

Pero Callum no dijo nada. Se limitó a quedarse de pie en silencio cerca de la jaula.

La frustración avivó mi temperamento y clavé los ojos en él.

—¿Necesitas algo?

—No. —Esbozó esa sonrisa educada.

—Entonces, ¿por qué estás ahí plantado sin hacer otra cosa que mirarme?

—¿Te molesta?

—¿A quién no le molestaría? —repliqué, al tiempo que descruzaba las piernas.

—A mí.

—Bueno, no creo que tu opinión cuente en realidad.

La pintura dorada rieló cuando levantó la cabeza.

—¿Y eso por qué?

—No creo que puedas estar bien de la cabeza. —Me arrastré hasta el borde del diván y dejé que mis pies tocasen el suelo—. Con todo ese morir múltiples veces y demás.

—Al menos regreso —comentó con una carcajada—. Tú…

—Lo sé. No lo haré. —Arqueé una ceja—. No es precisamente un insulto demasiado ingenioso, visto que soy mortal.

Callum se encogió de hombros y yo miré hacia las puertas. No

estaban del todo cerradas, por lo que pude ver un destello de armadura dorada por la rendija.

Tamborileé con los dedos sobre el cojín mientras mis ojos volvían a él. Pensé en lo que había visto en las zonas menos iluminadas del enorme edificio.

—Vi… vi a otros Elegidos.

—Creía que cuando hiciste tu pobre intento de escapada, viste a *muchos* Elegidos —repuso—. Y los asustaste.

Casi me eché a reír. Sí, debía de haber supuesto una figura aterradora, pero sabía que no era yo lo que de verdad los había asustado.

—No estoy hablando de ellos. Vi a una alimentarse de otro. —Callum no dijo nada—. Y lo mató —continué—. Pero él regresó. No como tú. Era… —De pronto, las brasas palpitaron en mi pecho y mi atención voló hacia la puerta.

—¿Lo sientes? —preguntó Callum—. Ya veo que sí.

Me empezaron a sudar las palmas de las manos, así que me levanté.

—Entonces, ¿para qué lo preguntas?

—Porque sí —contestó, de un modo muy parecido a como lo haría un niño mimado.

Las puertas se abrieron y no pude evitar el inmediato arrebato de miedo al ver a Kolis entrar en la habitación. Invadió todos mis sentidos y me hizo ponerme rígida. Incluso después de obligarme a mí misma a relajarme, perduró como una nube oscura.

La intriga parpadeó en el rostro de Kolis mientras se acercaba a la jaula.

—¿De qué hablabais vosotros dos?

Abrí la boca para soltar quién sabe qué mentira, pero Callum, el muy bastardo, se me adelantó.

—Me estaba preguntando por la Elegida a la que mató —explicó Callum, al tiempo que sacaba la llave de su bolsillo—. Y después por el que regresó. Estaba compartiendo su astuta observación de que Antonis no era un Retornado.

*Antonis*, repetí para mis adentros. Así que ese era el nombre del Elegido que había vuelto a la vida y había intentado atacarme.

—Por supuesto que no. —Kolis frunció el ceño y me miró como si, de algún modo, yo debiera saber lo que era—. Hay quien lo llamaría un maldecido. Un cuerpo antes mortal y ahora en proceso de putrefacción y atormentado por un hambre insaciable. Un Demonio.

Un revoltijo de nervios se agarró a mi tripa cuando Callum abrió la puerta de la jaula. El suave chirrido de las bisagras me provocó escalofríos por la columna. Me dije que no debía de saber nada de Attes, porque dudaba que estuviéramos hablando sobre Demonios si lo

supiese.

—No son nada más que un desafortunado… efecto secundario.

—¿Efecto secundario de qué, exactamente? —pregunté, pendiente de Callum, que había dado un paso a un lado.

—De crear Ascendidos. Ellos son el producto de mantener el equilibrio y dar vida. —Kolis sonrió entonces, y agachó la cabeza para entrar en la jaula.

El miedo colisionó con mis ya de por sí nervios a flor de piel, lo cual liberó un tsunami de potentes emociones que pugné por contener. Rechiné los dientes en un intento desesperado por mantenerlas a raya, haciendo caso omiso de la punzada de dolor que eso me provocó.

—¿Los Ascendidos? Creo que no lo entiendo.

—Esa mujer de la que hablabas, la que me dijeron que mataste… —La sonrisa se desvaneció cuando la puerta se cerró a la espalda de Kolis—. Era una Ascendida. Mi hija.

Me eché atrás, sorprendida.

—Eso no lo dice en el sentido literal, ¿verdad?

—Yo desempeñé un papel en la creación de su nueva vida —contestó—. ¿No la convierte eso en mi hija?

No estaba tan segura. No sabía a lo que se refería con *desempeñar un papel*.

—¿Cómo?

—Al Ascenderla, igual que hizo mi hermano con los que vinieron antes.

Un fogonazo de incredulidad cruzó a través de mí. Todo el mundo había dicho que, desde el comienzo del reinado de Kolis, no había Ascendido ningún Elegido.

Con un discernimiento agudo, los ojos observadores de Kolis se posaron en mi cara.

—¿Te sorprende oír eso? ¿Acaso no te explicó mi sobrino cómo se convierten los Elegidos en dioses? Es mediante la Ascensión. —Me puse tensa ante la mención de Ash—. Lo hiciera o no, ya veo que no me crees. —Su mandíbula se apretó y las motas doradas se avivaron en sus ojos—. ¿Crees que no puedo dar vida solo porque no puedo crear a un dios como hacía mi hermano?

Oh, maldita sea. Había tocado una fibra sensible.

—Yo…

—No importa. —Su mano cortó por el aire en una onda seca—. No es de esto de lo que he venido a hablarte.

Un golpe sordo resonó desde el interior de mi pecho. A lo mejor me había precipitado al creer que no se había enterado de la visita de Attes.

—Déjanos solos —mascculló Kolis.

—Sí, majestad —repuso Callum desde fuera de la jaula. Kolis cruzó

la jaula, directo hacia la mesa.

—No has respondido a mi pregunta. —Parpadeé deprisa. ¿Había hablado?—. Te he preguntado si has estado descansando. —Un destello dorado daba vueltas por debajo de la piel de sus mejillas—. Desde la última vez que te vi.

¿De verdad creía que me había dedicado a relajarme? Abrí la boca para preguntarle justo eso, pero me detuve a tiempo.

El plan.

Tenía un plan.

Ash era mucho más importante que la satisfacción momentánea de decir lo que opinaba. Respiré hondo y contuve el aire mientras forzaba a mi mente a aclararse. Muchos años de entrenamiento que tenía unas ganas inmensas de olvidar volvieron a ocupar su lugar para recordarme por qué tenía que ser un lienzo en blanco.

Era la única manera de adaptarme a sus necesidades: permitir que mi personalidad se pintara con lo que él quería y aprobaba. Era parte del arte de la seducción que enseñaban las cortesanas del Jade. *Presta atención a lo que se dice y a lo que no. Movimientos y acciones*. Siempre se podían aprender cosas sobre una persona.

Para luego utilizarlas.

Ya sabía que a Kolis no le gustaba que maldijera o dijera palabrotas. Al parecer, tampoco le divertía que le echara en cara que estaba siendo un retorcido, cosa que, por desgracia, era frecuente. ¿Qué le gustaba? Ya sabía, de mis pocas interacciones con él, que no le gustaba que los demás le discutieran cosas o se defendieran. No se parecía en nada a Ash. Kolis quería mansedumbre, y apostaría que, por encima de todo lo demás, deseaba sumisión.

Mis dedos se enroscaron en la falda de mi vestido. Me aclaré la garganta.

—He estado descansando.

—Bien. —Hizo un gesto hacia la mesa—. ¿Quieres algo de beber? Sería una desilusión si dijeses que no.

La irritación zumbó por mis venas, aunque no estaba segura de si estaba más frustrada con su pequeña manipulación o conmigo misma. Quería que bebiera, pues bebería. Si quisiera que hiciera el pino sobre la cabeza, haría el pino sobre mi jodida cabeza. Eso era lo que tendría que hacer. Lo *sabía*.

—Sí. —La palabra cayó de mis labios como un peso muerto.

Kolis sonrió, enseñando unos dientes rectos y blancos, junto con sus colmillos. Esa sonrisa… por un momento fue sorprendente, porque era rara. Todavía no lograba discernir por qué, pero era una sonrisa agradable. Por horrible que fuese ese Primigenio, era un ser muy hermoso. Eso no podía negarse.

Como tampoco podían negarse sus crímenes tanto contra mortales

como contra dioses.

Observé cómo se acercaba a la mesa y retiraba el tapón de un decantador. No parecía caminar sino más bien *deslizarse*, como si levitase. Sus pies desnudos apenas rozaban el suelo, como si el aire en sí lo transportase hacia delante. Iba vestido como lo había estado cuando lo vi por unos instantes en el Templo del Sol el día del Rito. Una túnica entallada blanca y pantalones holgados de lino. Ambos tenían motas doradas. Llevaba el pelo suelto, remetido detrás de las orejas y, desde el lado, no había ninguna duda en lo casi idénticos que eran sus rasgos al cuadro de su hermano Eythos que colgaba en la biblioteca de la Casa de Haides. Había ligeras diferencias. La mandíbula y la barbilla de Kolis eran un pelín más anchas, y la frente de Eythos era más fuerte, pero seguían siendo gemelos.

Y era imposible no ver partes de Ash en esos rasgos. Los ángulos y planos del rostro de Kolis eran más refinados, menos crudos y salvajes que los de Ash, pero las similitudes eran inquietantes de todos modos.

Kolis sirvió un líquido claro que formó burbujitas que subieron deprisa hacia la superficie de la copa larga y delgada.

—Callum me ha dicho que has preguntado por mi sobrino.

Gilipollas.

Yo también lo era, porque había estado lo bastante desesperada como para preguntarle a Callum por Ash.

—Dijo que querías saber dónde está —continuó, luego levantó la copa y me la llevó.

Me sorprendió lo firme que estaba mi mano cuando tomé la esbelta copa.

—En efecto —repuse, pues sabía bien que mentir no serviría de nada.

—Siéntate —me indicó Kolis.

La orden me irritó, pero me senté en el diván y bajé la vista hacia la extraña bebida. La olisqueé y detecté un suave toque afrutado.

—¿Qué es esto?

—Agua con una infusión de fresas y limón. Es una bebida que solía preparar mi hermano —añadió, y mis ojos volaron hacia él—. Se le daba bien crear todo tipo de cosas, ya fuese vida o refrescos.

No estaba segura de qué pensar de ese detalle de información, pero no noté amargura en su tono. Pensé que no era probable que me envenenase, así que bebí un sorbito. Me senté más erguida cuando el agua danzó sobre mi lengua, y me deleité en la dulzura de las fresas y la leve acidez del limón.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Está bueno —admití, y bebí un sorbo más largo—. Muy bueno.

Kolis hizo un breve gesto con la mano y una de las sillas de la mesa se deslizó por las baldosas igual que un perro obedece la llamada

de su dueño. Se sentó justo enfrente de mí.

—¿Por qué quieres saber dónde está mi sobrino? —preguntó.

Toda esperanza que hubiese podido albergar de que olvidase el tema se esfumó como las burbujitas de mi bebida.

—Por curiosidad.

Kolis se rio entre dientes, el sonido brillante pero frío.

Decidí que el mejor rumbo de acción era dirigir el tema hacia otra cosa.

—¿Se han marchado de las fronteras de Dalos las fuerzas de las Tierras Umbrías que mencionaste antes? —pregunté, al darme cuenta de que no se me había ocurrido preguntarle eso a Attes.

—No, no lo han hecho —repuso—. Siguen en las Tierras de Huesos.

—¿Las Tierras de Huesos? —Fruncí el ceño.

—Eythos fue el que las bautizó —explicó Kolis con un encogimiento de hombros—. Están al sur de Dalos, junto a la costa y más allá de las Cárceres. Una franja bastante inhabitable de dunas de arena y tierras de frondosos bosques, llena de templos olvidados que antaño pertenecían a los Antiguos y salpicada de rocas que tienen un vago parecido con los huesos de los gigantes. Mi hermano estaba convencido de que eran huesos de verdad, procedentes de los dragones masacrados por los Antiguos. —Soltó una carcajada burlona —. A lo mejor tenía razón.

¿Por qué habían matado los Antiguos a los dragones? La respuesta a eso no era importante, pero ¿no había dicho Attes que Ash estaba retenido en las Cárceres?

—¿No los habéis… atacado? ¿Forzado a retirarse de vuestras fronteras?

—¿Debería haberlo hecho? —inquirió.

No estaba del todo segura de cómo esperaba que contestase a esa pregunta, pero opté por lo obvio.

—Sí.

—¿De verdad?

—Si fuesen fuerzas que hubiesen invadido mis tierras, yo lo haría —respondí con objetividad.

—Sin embargo, si lo hiciera, eso agravaría las tensiones, es posible que hasta un punto de no retorno. —Levantó su copa—. Al contrario de lo que puedas creer sobre mí, no tengo ningún deseo de iniciar una guerra. Enfrentarme a sus fuerzas conseguiría justo eso. —Mis labios se entreabrieron, mientras su afirmación colgaba en el espacio entre nosotros como una neblina espesa cargada de un montón de paridas absurdas—. Pareces sorprendida.

—Más bien confusa —lo corregí. Attes no había dicho que Kolis quisiera la guerra. Solo había dicho que el falso rey lucharía una

guerra a su manera.

—¿Y eso por qué?

—Dijiste que querías elevarte como el Primigenio de la Vida y la Muerte —expliqué, eligiendo mis palabras con sumo cuidado. Su mirada astuta se centró en mí. El color dorado debería haber aportado calidez a sus ojos, pero su mirada era de lo más fría—. Y que aquellos que no sometiesen sus cortes y sus reinos a ti morirían.

—En efecto, eso dije.

—Estás hablando de Primigenios, dioses y mortales por igual, ¿correcto? —Cuando asintió, declaré lo que me parecía que era bastante obvio—. ¿Y eso no provocaría una guerra?

La risita de Kolis fue un siseo grave, como el de una serpiente, lleno de superioridad y una diversión que rayaba en la burla.

—Supongo que debí ser más claro. No tengo ninguna intención de iniciar una guerra que no vaya a ganar, ni una que fuese a dejar gran parte de ambos mundos hecha un desastre inhabitable, que es lo que sucedería si estallase una guerra —dijo—. Una vez más, pareces sorprendida.

Apostaría a que ese era justo el aspecto que tenía, dado que notaba la mandíbula abierta como una puerta rota. Ni siquiera estaba segura de por qué me sorprendía tanto oír lo que decía. Kolis quería ser un gobernador supremo, lo cual significaba que tendría que tener tierras y gente a la que gobernar.

Supuse que era porque pensaba en Kolis como un asesino en masa caótico y desquiciado.

¿Y quién me culparía de ello? La forma en que se había comportado cuando desperté por primera vez en Dalos había respaldado esa creencia. Pero él no era así.

Bueno, desde luego que era un asesino en masa desquiciado, pero era mucho más lógico que caótico. O quizá tan lógico como caótico. Fuera como fuere, darme cuenta de eso lo hacía aún más aterrador para mí.

—Además —dijo—. Una guerra así seguro que se extendería al mundo mortal y, aunque se han vuelto demasiado autocomplacientes, no podrán adorarnos como deberían si están muertos.

—¿Autocomplacientes? —pregunté.

—En sus vidas. Pero eso cambiará pronto, porque planeo adoptar un papel más activo.

Mi boca tenía que estar colgando abierta otra vez. Y no tenía nada que ver con lo que insinuaba con lo de un *papel más activo*.

—No estoy segura de cuánto tiempo pasas entre mortales, pero la inmensa mayoría no disfruta del lujo de ser autocomplaciente en su vida.

Clavó los ojos en mí.

—Tal vez si sirvieran a Iliseeum mejor, disfrutarían de ese lujo. Sin embargo, el tiempo que dedican a adorarnos y rezar ha menguado sin remedio. Su compromiso con los templos no hace más que disminuir, mientras que sus diezmos y ofrendas son cada vez menos impresionantes.

A pesar del miedo que me daba, mi boca se negaba a dejar de moverse.

—Es probable que eso se deba a que pasan gran parte de su tiempo tratando de sobrevivir.

—Y como yo acabo de decir, quizá su prosperidad mejoraría si demostrasen ser dignos de ella —me contradijo—. Tal y como son las cosas, sus pérdidas y estrecheces son de su propia creación.

La ira cortó a través de mí con tal ardor que Kolis se estaría ahogando en ella si tuviese las habilidades de Ash. Tenía que dejar atrás el tema de los mortales porque, si no lo hacía, era muy probable que perdiese los nervios.

—¿Y apresarme a mí, la consorte de las Tierras Umbrías, no empeorará la situación?

—Nyktos empezó esto al atacarme, pero le estoy dando tiempo para meditar sobre sus acciones, pues los actos de guerra siempre pueden desandarse —comentó, aunque lo único en lo que me fijé en realidad fue en lo que dijo de que le estaba dando tiempo a Ash—. Apresarte podría suponer algún problema, pero solo si los otros Primigenios piensan que merece la pena ir a la guerra por ti.

Fruncí los labios mientras pensaba en lo que me había contado Attes.

—¿O si temen que este acto te incite a romper la tradición aún más con respecto a ellos?

—Eso ya deberían temerlo —repuso, con otra sonrisa de suficiencia—. La mayoría lo hace. Sea como fuere, saben lo que podrían perder si deciden levantarse en armas contra mí. Destruiré todo lo que pueda importarles y destruiré sus cortes antes de que se encuentren encarcelados justo al lado de Nyktos.

Un escalofrío danzó por la parte de atrás de mi cuello. Sonaba muy confiado, pero me había fijado en lo que había dicho hacía unos instantes. Básicamente, había reconocido que existía la posibilidad de que perdiese una guerra en su actual estado. La reacción de Attes al enterarse de que la piedra umbra había perforado la piel de Kolis se iluminó en mi mente. ¿Cuán debilitado estaba, exactamente? ¿Y por qué?

—No contestaste a mi pregunta —me recordó Kolis—. ¿Por qué preguntaste sobre mi sobrino?

—Ya te he dicho que solo sentía…

—Curiosidad. Eso es lo que has dicho, pero tengo oídos y ojos,

*so'lis*. Oí tu grito cuando lo derribé. Vi el terror en tu expresión y en tus ojos. —Se recolocó para cruzar una pierna sobre la otra—. Nunca has gritado de terror por mí. —Parpadeé, la boca abierta otra vez—. Cuidado —murmuró. La tensión se filtró en mis músculos. Esa sonrisilla volvió a su cara—. No hace mucho tiempo que conozco esta nueva versión de ti, pero ya distingo cuándo estás a punto de decir algo muy insensato.

Cerré la boca de golpe, con una mueca por la punzada de dolor en mi mandíbula. Enfrente de mí, sendas arrugas enmarcaban la boca de Kolis. Apartó la vista y un bucle de pelo cayó contra su mejilla justo como… como solía hacerlo el pelo de Kolis.

Bebí otro trago, con cuidado de evitar la piel tierna de mi labio mientras pensaba deprisa qué decir. Una vez más, sabía que debía ser lista cuando se trataba de hablar de Ash. Mis pensamientos corrían a mil por hora, en mi intento por deducir qué podía saber Kolis ya. No se creería que no sentía nada por Nyktos, pero también sabía que no podía dejarle saber cuán profundos eran mis sentimientos hacia él. No tenía ni idea de cómo reaccionaría Kolis si se enterase de que estaba enamorada de su sobrino, pero sabía que no sería bueno ni para Ash ni para mí.

—Le… le tengo cariño…

Un trueno retumbó en el exterior, y mis ojos volaron hacia el techo cuando las paredes de la habitación se sacudieron. Vale, quizás esa había sido una manera mala de empezar.

—Habla —exigió, sus ojos rutilantes de *eather* mientras el aire de la jaula se volvía denso y pesado—. ¿O acaso eras incapaz de hacerlo porque estás buscando una mentira que decir?

La ira burbujeó como el agua afrutada de mi copa, pero mostrarla no me llevaría a ninguna parte. Bajé la vista.

—No, es solo que me has asustado.

Pasó un momento y la energía opresiva dio la impresión de retirarse del espacio que nos rodeaba.

—No era mi intención.

Las palabras treparon por mi garganta. Sabía lo que hacer. Ser comprensiva. Sonreír también sería bueno. Debería disculparme. Y por encima de todo lo demás, necesitaba tranquilizarlo y decirle que no había hecho nada malo.

Sin embargo, las palabras que llegaron a la punta de mi lengua no consiguieron salir por mis labios. Ni siquiera fui capaz de sonreír.

Maldita sea, esto era más fácil de decir que de hacer.

—Como decías… —insistió Kolis.

—Como decía, le tengo cariño. Ha sido amable conmigo —añadí deprisa—. Y me ha mantenido a salvo.

La piel de Kolis empezó a refulgir desde el interior. Pasaron unos

segundos y entonces la copa vacía se hizo añicos en su mano antes de esfumarse, lo cual me hizo dar un respingo.

Por todos los dioses, este Primigenio necesitaba recuperar la compostura.

—No quiero que sufra ningún daño por eso —proseguí—. Pero él… él nunca me quiso a mí.

—¿Que nunca te quiso? —preguntó con suavidad—. Jamás había visto a Nyktos mostrarse posesivo con nada ni con nadie. Hasta que llegaste tú.

—Es por las brasas —me apresuré a decir, consciente de que estaba corriendo un riesgo inmenso. Uno enorme—. Y por lo que hizo su padre.

—Cuenta, cuenta.

Bebí otro sorbo de mi agua, mientras trataba de lograr que mi corazón se ralentizase.

—Nyktos no sabía lo que había hecho su padre, cómo Eythos había depositado las brasas en mi estirpe. Ni siquiera sabía que su padre había tomado una brasa de vida de él.

Su mirada implacable conectó con la mía.

—Preferiría que no mintieses.

—No miento —me defendí, y la frustración tiñó mi tono porque esa era la verdad—. Lo único que sabía era que su padre había hecho un trato con un rey mortal, en el que aceptaba salvar su reino a cambio de una novia de su estirpe. No sabía por qué. Y nadie se lo dijo nunca. —Kolis no dijo nada. Después de un momento, decidí que la falta de respuesta significaba que le parecía bien que continuara—. Pero se sentía atraído por mí… por la brasa —me corregí deprisa—. La parte de él que está dentro de mí. Eso nos conecta y supongo que puede hacer que uno se sienta de… cierta manera. Pero no me quiere ni me desea. No lo ha hecho nunca. —Me dio la impresión de que una enorme herida se abría en mi pecho—. Lo que siente por mí se basa en el deber y el honor.

El Primigenio suspiró.

—¿Te ha follado?

Aspiré una bocanada de aire brusco, mis músculos agarrotados por la tensión. Lo que había preguntado no era asunto suyo, pero sabía bien que no debía decir eso ni mentir. Aun así, decir la verdad tampoco era mucho más sensato. No había ninguna manera buena de responder a esa pregunta.

—Sí. —Me obligué a encoger los hombros de manera casual—. Nos sentimos atraídos el uno por el otro, pero él no es la única persona hacia la que me he sentido atraída. —Volvió a estallar un trueno en el exterior, mucho más sonoro esta vez—. Ni la única persona con la que he estado. No es como si él me amase.

—Verás —dijo Kolis arrastrando la palabra, y el *eather* giratorio se ralentizó en su piel—. No estoy tan seguro de eso. Nadie mata por otra persona si no hay amor en la ecuación.

Fruncí el ceño.

—La gente mata por todo tipo de razones y sin razón alguna…

—Los mortales matan por todo tipo de razones y sin razón alguna —me corrigió—. Los Primigenios, no.

—¿En serio? —No pude evitar la sequedad que rezumaba mi tono.

Esa extraña sonrisa suya afloró de nuevo.

—Todas las vidas con las que he acabado, lo hice siempre por amor.

—¿Y eso es lo único que te ha inspirado nunca el amor? —pregunté, antes de poder evitarlo—. ¿La muerte?

Unas profundas arrugas se tallaron entre sus cejas. Pasó un momento.

—Sí.

—Yo… —Me quedé callada. ¿Hablaba en serio? Me daba la impresión de que lo hacía. Por todos los dioses, eso era tan horrible y triste… trágico, en realidad. Sentí una sensación inestable en mi pecho, porque me hizo pensar en lo que había hecho yo por mi madre. Odiaba a la mujer, pero aun así la quería, y todo lo que había hecho alguna vez por ella era matar. Supuse que si esa fuera mi única experiencia con el amor, pensaría lo mismo.

Maldita sea.

Me di cuenta entonces de que, hasta que conocí a Ash, mis opiniones sobre el amor eran menos dementes que las de Kolis, pero no habían sido tan diferentes.

Lo miré con un suspiro.

—Entonces, lo siento.

Algo similar a la sorpresa parpadeó por su rostro y alisó las arrugas entre sus cejas.

—Nunca antes te habías disculpado conmigo. —Me quedé muy quieta. Medio esperaba oír la voz de Sotoria, pero ella guardó silencio—. Así que ¿por qué querrías hacerlo ahora? —preguntó.

—Yo… no sé demasiado acerca del amor, ni de nada, en realidad —musité, y eso también era la maldita verdad—. Pero el amor debería inspirar a uno a deleitarse en algo más que solo la violencia y la muerte.

Me observó en silencio durante unos instantes.

—Tienes razón.

¿La tenía?

La *tenía*.

Me apuré el resto del agua afrutada y medio deseé que fuese licor. Whisky del fuerte.

—Pero —comentó, y esa única palabra hizo que el pulso se me acelerase aún más—, sé que el amor inspira grandes actos de violencia temeraria, muy parecidos al tipo que realizó mi sobrino.

—Sé a dónde quieres ir a parar. —Me incliné hacia delante para dejar la copa en el suelo de baldosas al lado de mis pies—. Pero Nyktos no puede amarme.

—¿Qué pretendes decir con eso? ¿Que no eres digna de ser amada? —Arqueó una ceja—. Si me basara solo en tu lenguaje y tu desagradable temperamento, no lo discutiría.

Entorné los ojos.

—Vaya, eso ha sido bastante maleducado. —Apareció una media sonrisa, y me di cuenta de que me estaba tomando el pelo. Un escalofrío recorrió mi nuca y mi inquietud no hizo más que aumentar —. Pero… —me forcé a continuar—, eso no era lo que iba a decir.

—¿Qué ibas a decir?

—Nyktos es el que es incapaz de amar a nadie —le conté, y la sensación desolada de mi pecho fue a reunirse con la inquietud. Odiaba estarle contando verdades sobre Ash a Kolis. Me parecía una traición, pero visto lo que seguramente tendría que hacer yo, esto parecía la menor de mis preocupaciones—. Hizo que le extirparan el *kardia*.

Kolis se echó atrás en su silla, la mandíbula laxa.

—Venga ya. —Negó con la cabeza.

—Es verdad. —Cerré las manos sobre mis rodillas—. No puede amar.

Pasó un segundo. Luego otro. Pasó un maldito minuto entero de tensión mientras Kolis me miraba pasmado.

—¿Por qué haría algo así?

—No lo sé —mentí sin inmutarme—. Tendrías que preguntárselo a él.

—Bueno, eso podría ser un problema.

Me quedé helada, luego empecé a arder de calor.

—¿Por… por qué lo dices?

—Porque en estos momentos mi sobrino no está disponible para nada más que para ocupar espacio —me informó Kolis, mientras un zumbido apagado llenaba mis oídos—. Está en estasis.

# Capítulo 14

La negación se convirtió al instante en preocupación cuando mi peor temor fue confirmado. Esa pelea había debilitado *mucho* a Ash. Necesitaba llegar hasta él. Estaba completamente vulnerable.

Se me empezó a comprimir el pecho. Vulnerable en *gran parte*, me recordé. Pero estaba protegido. Me aferré a eso.

—¿Entonces… la tierra lo ha acogido?

—Así es.

Consciente de su mirada penetrante fija en mí, no me permití mostrar ni la minúscula cantidad de alivio que sentí. La tierra lo protegería y lo curaría. Tragué saliva y volví a mirar a Kolis cuando se me ocurrió algo.

—¿Por qué no intentó la tierra protegerlo en la otra habitación? —pregunté—. Creía que era algo que ocurre bastante deprisa cuando un Primigenio está debilitado.

—Por lo general, es así. Es decir, si al Primigenio no lo matan al instante. —Señaló hacia el suelo con la barbilla—. ¿Ves estas baldosas? Son de piedra umbra. ¿Sabes cómo se creó la piedra umbra? —Negué con la cabeza—. Fuego de dragón. No de los *drakens*, sino de sus antepasados. La piedra umbra es en lo que se convertía cualquier forma de vida quemada por el fuego de un dragón, desde árboles a mortales, incluso los Antiguos. Quizás incluso unos pocos *Arae*. —Se rio, y estaba claro que esa idea lo divertía.

Mientras tanto, mi estómago daba vueltas al pensar en toda la piedra umbra solo en esa sala, no digamos ya en todo Iliseeum y en los depósitos del mundo mortal… como mi lago y los Templos Sombríos.

Espera.

¿Antaño, el suelo de mi lago habían sido árboles o personas?

Y lo que era más importante, todo el exterior de la Casa de Haides estaba construido en piedra umbra, igual que la gran escalinata del vestíbulo, las paredes de muchas de las habitaciones e incluso parte del suelo.

Vaya, esto era algo que hubiese podido pasar toda la vida sin saber.

—Esa es… mucha gente derretida —murmuré con una mueca.

Su risa fue más ligera. Amistosa incluso.

—En realidad, no hace falta demasiado para tener un depósito

bastante grande de piedra umbra. Una vez que la criatura viva queda, como tú dices, *derretida*, básicamente se convierte en desecho, se filtra en la tierra y, en ocasiones, se extiende a ríos y arroyos. Una vez que eso se enfría, todo lo que toca el desecho se convierte en piedra umbra.

—Oh —susurré, aunque pensé que esa explicación no hacía más fácil de digerir el hecho de que mis pies descansaban sobre los desechos de personas.

—Hay solo unas cuantas cosas en ambos mundos que puedan penetrar la piedra umbra —continuó—. Y la tierra no es una de ellas. Solo son necesarias unas pocas esquirlas en un suelo o en una zona, y las raíces no serán capaces de cortar a través.

Fruncí el ceño, pues solo sabía de una cosa a la que fuese vulnerable la piedra umbra, y esa era la piedra umbra en sí.

Estaba dispuesta a apostar que los huesos de los Antiguos eran la segunda cosa.

—Quizá me haya pasado un poco aquí dentro. —Kolis echó un vistazo a la habitación exterior, luego se encogió de hombros—. Las paredes y el techo de la habitación y de tus aposentos están construidos en piedra umbra pura, pero fue mi hermano el que construyó la Casa de Haides, y mira para lo que le sirvió. —Sus ojos plata y oro volvieron a mí mientras descruzaba despacio una pierna—. La piedra umbra también debilita el *eather*, la esencia primigenia, aunque no lo bloquea por completo. —¿En serio? La sorpresa onduló a través de mí. Si ese fuera el caso, no había esperado que las brasas que había en mí, una mortal, fuesen a ser lo bastante fuertes para superar la piedra umbra. Miré con disimulo las tenues fisuras que había creado en las baldosas y el techo. ¿Se había fijado Kolis en ellas? Y si era así, ¿habría pensado que se debían al enfrentamiento entre Ash y él? Ash había dicho que el impacto de *eather* que había recibido de mí había sido fuerte.

—¿Cómo sucede eso? —pregunté, picada por la curiosidad—. ¿Cómo debilita la piedra umbra el *eather*?

—Absorbe la energía, igual que hace con la luz, y no nos permite extraer tanta de la esencia del entorno —declaró, como si eso lo explicase todo—. Te creo, por cierto.

Dejé de pensar en la piedra umbra al instante. ¿Me creía? Santo cielo, estaba tan sorprendida que una mera brisa podría haberme hecho caer.

—Bien —dije—. Porque estoy diciendo la verdad.

—¿Acerca de Nyktos? —Su barbilla bajó y su sonrisa se tensó.

—Sí.

Mi alivio desapareció en un abrir y cerrar de ojos, casi como si nunca hubiese existido. La inquietud se redobló, y de repente fui

consciente de que mi respuesta a Kolis no había sido solo mía. Había sido también de Sotoria. La sensación era más fuerte ahora de lo que lo había sido cuando Attes estaba aquí. Sotoria era más que consciente de lo que sucedía. Quizás estuviese escuchando de manera activa. Por… por instinto, supe que estaba en lo cierto, y también supe que ella desconfiaba. Mucho. Una gran sensación de premonición subió reptando por mi columna como una enredadera lenta.

—Dudo que supieses que extirparse el *kardia* fuese una posibilidad siquiera. —Kolis se puso en pie—. Y suena como algo que haría Nyktos.

—¿Sí?

Kolis asintió.

—Verás, conozco a mi sobrino mejor de lo que se conoce él mismo. —Lo dudaba, pero fui lo bastante sensata como para guardarme esa opinión para mí—. Es probable que se haya autoconvencido de que extirparse el *kardia* me impediría hacerle daño utilizando a alguien a quien quisiera. —El tipo de sonrisa al que me tenía acostumbrada regresó a su rostro y, por todos los dioses, *sí* que había algo raro en ella. Como si fuese una expresión que hubiese aprendido pero no comprendiese del todo—. ¿Tú qué crees?

Clavé los dedos en mis rodillas.

—Creo… creo que lo que les ocurrió a sus padres podría haberle llevado a una conclusión de ese estilo.

La risa de Kolis fue breve e inexpresiva.

—Es posible, pero esa no es la razón verdadera, querida. —Se arrodilló—. Es porque teme convertirse en mí.

El aire que inspiré se quedó atascado. Nektas había dicho algo parecido.

Los ojos de Kolis se deslizaron por mi melena enredada.

—Y teme que pase eso porque sabe que haría lo mismo que hice yo si le arrebataran a la persona que amara. —Bajó la voz—. Sabe que sería capaz de cosas peores.

Tal vez Kolis tuviese razón. Si Ash todavía tuviese su *kardia*, quizá *sería* capaz de hacer cosas peores. Pero también estaba muy equivocado en una cosa.

Sotoria nunca había sido suya para perderla.

Ese era el maldito quid de todo este asunto.

—¿Sabes cómo sé que teme convertirse en mí? —Su tono se volvió taimado, como si estuviese compartiendo un secreto conmigo—. Me aseguré de que así fuera. —La furia bulló en mis venas e inundó mi pecho, lo cual avivó la esencia primigenia. Me golpeó con tal fuerza y a tal velocidad que no hubo forma de reprimirla. Me empezó a hormiguear la piel, estaba furiosa…—. Así que sí, creo lo que dices acerca de Nyktos. —Esa sonrisa hueca no se había borrado—.

Cálmate.

Di un respingo y solo entonces me di cuenta de que me había levantado.

—Vuelve a replegarla. —Habló con suavidad, mientras una finísima lluvia de polvo y yeso bajaba flotando del techo—. Ahora. —Bajé la vista y vi que un fulgor plateado llenaba las venas de mis manos. Mi corazón tartamudeaba de la agitación y mis ojos volaron hacia Kolis—. Siéntate —me ordenó.

Me senté, el corazón tronando mientras trataba de recuperar el control del poder.

—El *eather* es una parte de ti. —Su voz se había afilado y su sonrisa se había esfumado—. Muestra algo de control y oblígalo a replegarse.

¿Que mostrara algo de control? Él no tenía ni idea del nivel de *control* que ya estaba desplegando. Mi pecho se hinchó con una respiración más profunda y me dije, bueno, que debía dejarme de tonterías. La esencia era una parte de mí. Podía controlarla.

Después de un momento, el resplandor se diluyó de mi piel.

—Buena chica. —Mis ojos entornados volaron hacia los suyos antes de poder reprimirme. Kolis se rio entre dientes—. Como decía —prosiguió, con una sonrisilla de suficiencia—. Me creo lo que dijiste sobre Nyktos, pero lo que no me creo es lo que has dicho acerca de tus sentimientos. Sé muy bien que estás mintiendo, y no es solo este comportamiento tuyo lo que lo ha confirmado.

—Yo…

De repente, Kolis estaba delante de mí, lo cual me hizo soltar una exclamación ahogada y dar un respingo hacia atrás. No llegué muy lejos. Kolis me agarró de la muñeca y levantó mi mano para sujetarla entre nuestras caras. Mi mano *derecha*.

—Esto —se burló con acritud, y forzó a mi mano a girar de modo que las espirales doradas de la marca de matrimonio mirasen hacia mí. —Esto me dice que sientes mucho más que cariño por mi sobrino.

Oh, mierda.

Mi corazón empezó a martillear por todo mi pecho. No había ni pensado en la marca de matrimonio.

—Solo una unión formada por *amor* puede ser bendecida. —Las hebras de *eather* se ralentizaron en sus ojos—. Lo quieres.

La presión se cerró sobre mi pecho. No sabía qué decir. Mis pensamientos corrían a toda velocidad, pero nada de lo que arrojaba mi mente me proporcionaba una manera de salir de esto.

—Así que dime algo —musitó, y esa amargura fría se había vuelto a colar en su voz—. ¿Qué vamos a hacer?

—No… no sé a lo que te refieres.

—Contigo. Con mi sobrino. —Hizo una pausa para mirar mi mano

—. Con *esto*. —Tragué saliva con esfuerzo, la palabra *joder* se repetía en un bucle constante en mi cabeza—. Cortarte la mano no cambiará lo que sientes. —Abrí los ojos como platos. ¿De verdad se había planteado hacerlo?—. Así que dime, ¿qué debo hacer?

El ácido daba vueltas en la boca de mi estómago.

—No sé cómo se produjo esta marca. No fue algo que decidiera yo —me apresuré a decir—. Simplemente, apareció.

—Si fue un acto consciente o no es irrelevante.

Un temblor se avivó en lo más profundo de mi ser y dio paso a un miedo glacial que tenía poco que ver con mi seguridad y más que ver con la de Ash. Lo único en lo que podía pensar era en la verdad… y pensé que podría hacerla funcionar.

—No te conozco. —Kolis frunció el ceño—. No te recuerdo a ti ni… ni nada de mis vidas pasadas, solo lo que me han dicho —continué—. Pero conozco a Nyktos. Tuve la oportunidad de llegar a conocerlo bien. Y sí, lo quiero, pero… —Sentí un gran dolor en el pecho por lo que estaba a punto de decir—. No estoy enamorada de él.

Los ojos de Kolis buscaron los míos.

—¿Hay alguna diferencia entre esas dos cosas?

Vacilé un segundo al ver que de verdad no sabía que la había.

—Sí, hay un mundo entero de diferencia entre ambas cosas.

—Explícamelo —exigió.

—Es difícil de describir con palabras…

—Entonces, piénsalo bien para que describirlo con palabras no sea tan difícil.

—Querer a alguien no es… no es menos que estar enamorado. Simplemente no es tan fuerte ni tan irrevocable. Querer a alguien puede cambiar —cavilé, el corazón tronando mientras él escuchaba con atención—. Puede convertirse en estar enamorado, pero también puede diluirse. Estar enamorado… no hace esas cosas. Es algo que solo se hace más fuerte, y harías cualquier cosa por esa persona. *Cualquier cosa*. —Se me comprimió la garganta al pensar en el sueño que había tenido—. Estar enamorado es… es inquebrantable.

Kolis se quedó callado y me miraba como si le hubiese hablado en un idioma desconocido. Aunque, claro, esta era la misma persona que creía que una prisionera se podía convertir en una compañera.

Mi ansiedad aumentó. Me daba la sensación de estar al borde de un acantilado, los dedos de los pies enroscados sobre el abismo. Tenía un plan para liberar a Ash, y sabía lo que tendría que hacer para llevarlo a buen término.

Con respiraciones superficiales, conté. *Inspira. Contén. Espira. Contén*. Mientras lo hacía, lo bloqueé todo. Todo ello. Mi preocupación. Mi miedo. Mi *ira*. Todo. Justo como había hecho tantas veces durante mi vida hasta que apareció Ash.

Hacerlo ahora hizo que una sensación de tristeza asfixiante se instalara en mi garganta y en mi pecho, pero era algo que también había ocurrido entonces. En cualquier caso, seguí respirando, para soportarlo. Lo bloqueé todo mientras soltaba el aire, incluso mi percepción de Sotoria. Respiraciones largas y lentas hasta que todo se fue reduciendo a nada.

Un recipiente vacío una vez más.

Un lienzo en blanco hasta la médula, adecuado y listo para convertirse en cualquiera que necesitase ser. Fuerte pero vacía, y lo que fuese que Kolis *quisiera* que fuera.

Los latidos acelerados de mi corazón se ralentizaron. El temblor cesó. Las brasas se apaciguaron. Fui igual que su sonrisa: ensayada pero hueca.

—Si… si no conoces la diferencia entre ambas cosas, ¿cómo puedes afirmar que me quieres?

Kolis aspiró una bocanada de aire brusca y soltó mi muñeca como si lo hubiese quemado. Se puso en pie, sus movimientos temblorosos.

—Te quiero… —Cerró los ojos, sus grandes hombros se pusieron tensos—. Estoy *enamorado* de ti.

—Entonces, demuéstralo —susurré. Sus ojos se abrieron al instante —. Libera a Nyktos.

El *eather* que ahora giraba como loco en sus ojos se detuvo.

—¿Y por qué diablos iba a hacer eso?

—Porque yo te lo he pedido.

—Deja que repita lo que he dicho. —Su voz cada vez más áspera de ira, cada palabra escupida como una flecha con la punta envenenada—. ¿Por qué diablos iba a hacer eso? —Un músculo palpitó en su sien—. Cuando tu exigencia solo demuestra lo que es tan claramente visible en tu mano y en tu comportamiento.

—Te pido su libertad porque no tiene sentido que se la concedas. Él es tu enemigo. Mi marido. —Levanté la barbilla al oír el gruñido grave procedente de él, y me permití sentir solo una pizca de miedo. Podía controlar eso. Mi tono. A él. El *eather*. Este instinto aprendido era como ponerse un vestido que parecía solo un poco demasiado apretado, y fue muy obvio para mí que nunca me había convertido de verdad en nada hasta ahora mismo—. Mi marido, a quien quiero pero del que no estoy enamorada. Yo no haría *cualquier cosa* por él, pero ¿harías tú cualquier cosa por mí?

—Creo que eso debería ser obvio —escupió—. Visto que maté a mi hermano por devolverte a la vida y luego he pasado lo que ha parecido una eternidad buscándote.

—Sí, pero yo no recuerdo nada de eso.

Abrió mucho las aletas de la nariz.

—¿No recuerdas que no te maté después de que me apuñalaras?

¿No debería ser eso prueba suficiente?

—No.

—¿Y por qué no? —preguntó Kolis, los ojos como platos.

—Porque no matar a alguien a quien quieres es lo mínimo que puedes hacer. Eso no es hacer nada por esa persona —le dije, pensando que esto era algo que nunca pensé que tendría que explicarle a nadie—. Sin importar lo que podrías ganar con su muerte. —Cerró la boca de golpe—. Pero ¿liberar a Nyktos?

Recogí mi copa y me levanté. Kolis dio un paso *atrás* para alejarse *de mí*.

Apenas pude reprimir mi sonrisa.

—Eso es algo que no quieres hacer, pero que estarías haciendo solo para complacerme.

—¿Y por qué te complacería eso?

—Como he dicho, lo quiero. No quiero que le pase nada malo —razoné, con más calma que la que había utilizado en toda mi vida. Crucé hacia la mesa y le di la espalda a Kolis con valor—. No quiero tener que preocuparme por él, y si está retenido lo haré. Y eso no tiene nada que ver con el amor.

Levanté el decantador y le quité el tapón.

—Él me protegió incluso antes de convertirme en su consorte. —Llené mi copa y luego le serví otra a Kolis. Con suerte, esta no la destruiría—. Me has puesto en peligro.

—Yo no he hecho…

—Sí que lo has hecho. —Con las copas en las manos, me giré hacia él. Kolis no se había movido de donde estaba de pie cerca del diván—. Aunque no sabías quién era yo. Yo tampoco, durante mucho tiempo. —Le ofrecí la copa. Vaciló un poco pero luego la aceptó—. En cualquier caso, no creo que pueda enamorarme de otro hombre si estoy preocupada por el hombre al que sí quiero —dije, y bebí un sorbito del agua afrutada.

—¿Y por qué estarías interesada en… enamorarte? —preguntó Kolis, las oquedades de sus mejillas arreboladas.

—Porque nunca he sabido lo que es estar enamorada y que mi amor sea correspondido… —Se me quebró la voz, igual que el recipiente en el que me había convertido. Cerré los ojos, giré la cabeza y esperé a que el ardor de la verdad se aliviase. El escozor no se borró por completo porque lo que había dicho era verdad y daba igual lo mucho que me vaciase, todavía podía sentir esa agonía—. Me gustaría saber lo que se siente.

Se produjo un momento de silencio y después el aire se movió a mi alrededor. Mi corazón trastabilló cuando abrí los ojos.

Kolis estaba a un palmo de mí.

—Esto parece una manipulación —musitó—, pero el dolor que

acabo de ver era real. —Pasó un momento, luego bajó la voz—. ¿Por qué querrías amarme?

Joder, esa sí que era una buena pregunta. Una muy capciosa, llena de muchísimas razones por las que nunca *jamás* podría quererlo.

Pero Kolis no quería oír eso.

No era lo que *necesitaba* de mí.

Observé cómo chisporroteaban las burbujas del agua mientras me devanaba los sesos en busca de todo lo que sabía acerca de Kolis. No era gran cosa, pero sí sabía por qué había asustado tanto a Sotoria que ella cayó por un acantilado en su intento de escapar de él.

*Identifícate con él*, me habían enseñado las cortesanas del Jade. *Encuentra cosas que tengáis en común. Sé solidaria y empática, pero no muestres compasión.*

—Yo… de niña, nunca fui querida, no más allá de lo que mi madre creía que podía hacer por su reino —dije despacio, la voz ronca—. Es probable que ya lo sepas, pero era una paria en mi propia casa. Me evitaban. Algunos incluso me temían. Nadie quería tocarme.

La copa que le había dado a Kolis estaba intacta sobre la mesa. Y me observaba, sin parpadear siquiera.

—Supongo que tenemos eso en común —dije—. Y quizá de eso que compartimos, podría florecer el amor.

Apartó la cabeza con brusquedad, hacia un lado, lejos de mí.

—¿Pero solo si primero libero al hombre al que ya quieres?

—Sí.

La barbilla de Kolis bajó un par de centímetros, su voz un susurro de pesadillas.

—¿Crees que soy tonto?

Un gusanillo de miedo se coló en mi interior, pero lo aplasté.

—Si no lo fueses, sabría que no estas enamorado de mí. Estar enamorado de alguien hace que uno haga cosas de lo más estúpidas.

—¿Lo bastante estúpidas como para olvidar que ya has intentado matarme una vez? —preguntó.

—También apuñalé a Nyktos —le conté—, así que…

Kolis parpadeó.

—¿Apuñalaste a Nyktos?

—Sip. Y otra vez le puse una daga al cuello. —Bebí un trago mientras el falso rey me miraba boquiabierto, estupefacto—. También lo he amenazado más veces de las que podría empezar a recordar siquiera.

Negó con la cabeza despacio.

—No eres… lo que esperaba.

Solté una carcajada.

—No eres el primero en decirlo.

Su ceño se frunció aún más.

—¿Qué pasará, exactamente, cuando libere a Nyktos? ¿Qué cambiará?

Brotó una chispa de esperanza en mi interior, pero no dejaría que creciera.

—No me enfrentaré a ti.

—Explícate —me ordenó con impaciencia.

—No intentaré escapar. —Eso era mentira—. No huiré de ti.

Kolis contuvo la respiración.

—¿Te… someterás a mí?

La sensación de que unas espinas se clavaban en mi piel subió y bajó por todo mi cuerpo. Intenté que mi boca formase palabras, pero no lo logré. Vaya, parecía que me había equivocado otra vez. Mi lienzo no estaba tan en blanco como necesitaba que estuviese. Al parecer, incluso yo tenía mis límites.

—No me enfrentaré a ti, Kolis. —Luego me terminé mi agua burbujeante—. ¿Tenemos un trato?

El falso Primigenio de la Vida me estudió con atención y un poco de recelo.

—Lo tenemos. —El alivio casi me hizo caer de rodillas. *Casi*—. Pero solo si estás diciendo la verdad sobre Sotoria y cómo te sientes. Lo averiguaré. Todas tus verdades. —Sonrió—. Y si me estás mintiendo… —Recuperó su copa—. Creo que sabes lo que sucederá.

Se me secó la garganta y recordé lo que me había dicho.

—No habrá fin a las atrocidades cometidas contra mí y aquellos que me importan.

La sonrisa de Kolis se ensanchó.

—Tanto en vida como, para ti, en la muerte —confirmó—. Me llevaré tu alma, y será mía.

# Capítulo 15

Era la tarde siguiente, ¿o primera hora de la noche? No podía saberlo a ciencia cierta. La luz del sol iluminaba las ventanas cuando me quedé dormida y estaba ahí otra vez cuando me desperté.

No había vuelto a soñar con Ash en el lago. No había soñado en absoluto.

Ahora, estaba sentada ante la pequeña mesa de comedor, los ojos clavados en las fuentes de comida. Más temprano me habían traído un bol de sopa y un plato rebosante de huevos y verduras crujientes, pero ahora habían dispuesto un festín entero: había carne de ternera, pollo y pavo asado entre boles de verduras y frutas espolvoreadas de azúcar. También había jarras de tres tipos de refrescos distintos. Otra fila de Elegidos callados y con velo habían servido la comida mientras Callum supervisaba. A continuación, los Elegidos se habían marchado.

Callum no.

Se quedó sentado en la zona de estar fuera de la jaula, leyendo un libro, y lo único en lo que podía pensar era en el Elegido al que había asesinado de un modo tan cruel y desalmado.

Mis dedos se apretaron alrededor del tenedor cuando me imaginé clavando sus afilados dientes en su cuello. Una pequeña sonrisa tironeó de mis labios. Hacer daño a Callum no me ayudaría a ganarme la confianza de Kolis, aunque le había dicho que lo mataría.

Y *cumpliría* esa promesa de alguna manera.

Mientras me obligaba a aflojar los dedos sobre el tenedor, pensé en lo que me había contado Aios acerca de cómo trataban a las favoritas de Kolis. No permitían a casi nadie interactuar con ellas, por lo que la presencia de Callum aquí dentro, varias veces ya, solo, tenía que significar algo sobre él. Ningún otro Retornado pasaba tiempo aquí.

Mis ojos saltaron del Retornado a las puertas. Cuando habían estado abiertas, había visto a dos guardias a ambos lados de la entrada. Había reconocido al de pelo moreno.

No tenía ni idea de a dónde había ido Kolis después de reiterar su promesa de hacer que mi vida, y al parecer mi vida después de la muerte, fuese un infierno absoluto.

Había prometido llevarse mi alma, igual que había hecho con la de Eythos.

Me estremecí y no pude evitar preguntarme dónde, exactamente, guardaba el alma de su hermano. Seguro que en algún lugar terrible.

Fuera como fuere, no era tan tonta como para esperar que hubiese liberado a Ash en este tiempo que había estado ausente. El trato solo entraría en vigor una vez que se asegurase de que no le había mentido. Cómo planeaba determinar eso era algo que no podía saber.

Jugueteé con mi comida pues mi apetito, que solía ser voraz, era ahora inexistente. Todavía tenía el estómago revuelto, y lidiar con Kolis había sido como enredar con una serpiente de cascabel enjaulada. Había sido agotador.

Igual que empezaba a serlo todo el tema del lienzo en blanco y de permanecer así. Ambas cosas habían desempeñado un papel fundamental en la facilidad con que me había dormido, y en lo profundo que había sido mi sueño. Había dormido en el diván otra vez, incapaz de animarme a dormir en la cama.

—Deberías comer —me aconsejó Callum, rompiendo el silencio—. Eso complacerá a su majestad.

Puse los ojos en blanco y deseé que la carne no hubiese llegado ya cortada y tuviese un cuchillo a mano. Se lo hubiese tirado al Retornado.

Aunque era probable que esa fuese justo la razón de que no hubiese cuchillos.

—Esta es muchísima comida para una sola persona —señalé, mientras pescaba una miga de pan del regazo del vestido color marfil que había encontrado en el baúl. Era del mismo estilo que el que me había puesto la víspera, solo que este incluía una cuerda dorada como cinturón.

—¿Lo es?

Me metí un trozo de brócoli en la boca y miré hacia él.

—Creo que la respuesta a eso es obvia.

Callum se limitó a encogerse de hombros.

Lo observé mientras masticaba la verdura mantecosa.

—¿Los Retornados no coméis? —fruncí el ceño, aunque recordé que no había visto dientes puntiagudos en el muy bastardo. Sin embargo, por experiencia personal, sabía que no hacían falta colmillos para beber—. ¿O necesitáis sangre?

Callum pasó la página de su libro.

—Esa es una pregunta bastante maleducada.

—¿Lo es? —repetí su respuesta de hacía unos instantes. Esbozó una leve sonrisa.

—Los Retornados no necesitan comida ni sangre.

Me comí un trozo de pollo sazonado con algún tipo de especia.

—Entonces, ¿si no necesitáis comida ni sangre, que necesitan los Retornados?

—Los Retornados no necesitan nada.

—¿Nada? Eso no… —Dejé la frase a medio terminar al

comprender lo que insinuaba—. Es porque ya estáis muertos.

—Vaya, eso sí que ha sido maleducado —respondió—. ¿A ti te parece que estoy muerto?

Parecía bastante saludable, la verdad.

—No.

—Pues ahí tienes tu respuesta. —Devolvió su atención a su libro.

—Esa no es una respuesta.

Soltó un gran suspiro y pasó otra página.

—¿Acaso no me ves?

Fruncí el ceño.

—Esa es otra pregunta que debería tener una respuesta obvia.

—Lo digo porque debes estar teniendo problemas de vista —replicó—. Puesto que está claro que no te das cuenta de que estoy intentando leer.

Listillo.

Mis ojos, que funcionaban a la perfección, se entornaron.

—¿Qué estás leyendo? —Los labios de Callum se fruncieron cuando levantó la vista del libro, la cabeza ladeada—. Si contestas mi pregunta, me callaré. —Agarré un cáliz lleno de agua afrutada y me pregunté cuánto se enfadarían Kolis o él si se lo tirase al Retornado a la cabeza.

—Eso parece muy improbable.

Lo era.

—Para convertirte en un Retornado, debes morir. El alma abandona el cuerpo y todo eso. ¿Correcto? —insistí—. Por eso no intentó Kolis salvarme convirtiéndome en una retornada.

—Eso sería correcto.

Espera. La forma en que había estado contestando a estas preguntas… Se había referido a sí mismo solo una vez, para preguntar si parecía muerto, pero cuando respondía a las otras preguntas, nunca se refería a los Retornados como *nosotros*.

—¿Fuiste un Elegido?

—¿Que si fui un Elegido? —La nariz de Callum se arrugó como si oliera algo podrido—. No exactamente.

¿Qué significaba eso?

—Sin embargo, la mujer a la que vi alimentándose sí era una Elegida.

—Creo que eso ya lo habíamos establecido.

—Pero tú no eres como ella.

La risa de Callum fue ligera.

—Es obvio.

—¿Todos los Retornados son como tú? —pregunté. Callum soltó un resoplido desdeñoso.

—No existen Retornados como yo.

Ante eso puse los ojos en blanco.

—¿Cuántos hay?

No dijo nada.

Sentí un arrebato de frustración, pero cambié de tema. Tenía más probabilidades de obtener una respuesta si guardaba una relación directa con él.

—Creía que dejarían a muy pocas personas entrar aquí sin la presencia de Kolis, y sin embargo aquí estás tú.

—Porque soy especial.

—En serio —repuse con sequedad, al tiempo que le enseñaba el dedo medio de la mano que sujetaba la copa. Callum sonrió.

—Soy el primero.

Me quedé de piedra, la copa a medio camino de mis labios. Eso no me lo había esperado, y ni siquiera estaba segura de por qué. Para todo había una primera vez.

—¿Y cómo acabaste siendo tan suertudo?

—Haces muchas preguntas, ¿no?

—¿No las harías tú? —me defendí.

Cerró su libro, lo dejó a un lado y se rio bajito.

—No, yo sería listo y me quedaría callado.

—Ah, sí. No hacer preguntas y seguir en la inopia y sin entender a los que están a tu alrededor es algo súper inteligente.

Callum esbozó una sonrisilla de suficiencia.

—Bueno, pronto veremos lo lista que eres tú.

La sabrosa agua se agrió en mi boca.

—¿Y eso por qué?

—Cuando Kolis descubra si eres o no eres quien dices ser. —Callum se echó hacia atrás antes de cruzar una pierna sobre la otra—. Si no lo eres, supongo que tu muerte será dolorosa.

—¿Y si lo soy? —lo desafié—. Entonces, ¿qué supones?

—Ya sabes lo que supongo.

En efecto, lo sabía.

—Con el tiempo, Kolis se cansará de mí. Ya sea en cuestión de semanas, meses o años.

Callum asintió.

—Tan solo eres una inconveniencia.

—Prefiero ser eso a un lameculos.

—Encantadora —murmuró.

—Gracias. —Le sonreí del modo que solía irritar a mi madre: una sonrisa ancha y radiante. Vista su rigidez, supe que tenía el mismo efecto sobre él. Oculté mi satisfacción y me eché hacia atrás en mi silla tras decidir que tenía ganas de ser irritante—. Bueno, ¿de qué va lo de las máscaras?

—¿El qué de las máscaras?

—¿Por qué llevas una siempre pintada en la cara, como también llevan los otros Retornados, esos que no son tan *especiales* como tú? —Ash me había contado que las alas eran plateadas cuando su padre era el Primigenio de la Vida, pero no me había dado la impresión de que todo el mundo anduviera por ahí con máscaras pintadas en la cara cuando gobernaba él—. Y como llevan los guardias.

Estiró un brazo por el respaldo del tresillo.

—Son simbólicas.

—No fastidies —musité, luego tragué deprisa. La ternera tierna sabía… diferente. No lograba ubicar por qué, pero *puaj*. Enjuagué el sabor que me había dejado con un trago de agua.

—Simbolizan que servimos al verdadero Rey de los Dioses y estamos creados a su imagen y semejanza. —Tamborileó con los dedos.

—¿Y ese quién sería?

—Muy graciosa —dijo, con una risa baja. Lo ignoré.

—Supongo que se supone que las alas doradas imitan a Kolis cuando está en su verdadera forma, ¿no? —Callum asintió—. Pero yo lo he visto en su verdadera forma —objeté—. Y no es más que un montón de huesos. —Los dedos del Retornado se pararon—. También voy a suponer que se debe a los restos de las últimas brasas de muerte verdaderas en su interior —conjeturé.

—¿Lo has visto así? —preguntó Callum.

Asentí.

Una sonrisa lenta se desplegó por sus labios, una que me puso la carne de gallina del recelo.

—Entonces, has visto a la muerte —anunció—. La muerte de verdad. Nadie la ve y vive después demasiado tiempo.

Se me hizo un nudo en el estómago, pero le sostuve la mirada.

—No me das miedo.

—Pero él sí —respondió con una risita grave.

*

Cuando Callum regresó al día siguiente (bueno, eso suponía), prepararon un baño. Lo cual era rutinario, pero después de bañarme, una Elegida entró en la jaula con una prenda de un material finísimo que rielaba como oro líquido a la luz de la lámpara de araña.

La silenciosa Elegida me vistió, luego me cepilló el pelo hasta dejarlo reluciente y lo recogió con delicadas horquillas de perlas como las que usaba mi madre a menudo en el suyo. A continuación, aplicó color a mis mejillas y mis labios.

Después, se marchó.

Y llegó Kolis.

Aunque iba vestido como de costumbre, sobre la cabeza llevaba una corona que no había visto cuando Ash y yo llegamos a Dalos. Era tan dorada y reluciente que al principio me costó distinguir los detalles, pero cuanto más la miraba, más veía.

La corona de oro representaba una fila de nueve espadas, y en la punta de cada una centelleaba un diamante. La pica del centro era un sol fabricado con más diamantes.

La corona del Primigenio de la Vida era lo opuesto a la del de la Muerte, y aun así eran idénticas. Día y noche. Vida y Muerte.

Era difícil no mirarla y pensar que debería descansar sobre la cabeza de Ash. Aunque verlo con ella, incluso en mi imaginación, no parecía correcto.

La corona de Kolis no era lo único que se iba a exhibir ahí.

Yo era otra pieza de exhibición.

No hubo más conversaciones para descubrir mis secretos, como me había advertido Kolis. No mencionó a Ash y hubo poco tiempo para que yo le preguntara acerca de él siquiera.

—No interactúes con ninguno de los que entren en la sala —fue todo lo que me dijo antes de empezar, lo cual era una advertencia clara. Después de eso, Kolis se dedicó a los asuntos del Rey de los Dioses desde donde estaba sentado sobre su trono con la vista clavada en mí (*en determinadas partes de mí*).

Razón por la cual iba vestida como iba y llevaba el pelo recogido de tal manera que proporcionara una vista sin obstáculos de todo lo que el vestido revelaba.

El mismo guardia de pelo castaño que había visto durante mi intento de fuga fue el encargado de acompañar a los dioses al interior de la habitación. Había descubierto que se llamaba Elias. Lo recordaba porque era el único cuya mirada no divagaba nunca en mi dirección.

Los dioses que entraban en la sala me miraban a menudo, sin importar su género, mientras informaban a Kolis de las peticiones que les habían hecho en los Templos del Sol. Muchas de sus miradas estaba cargadas de curiosidad. Algunas llevaban el destello del *deseo* que empezaba a reconocer en los ojos de Kolis.

No tenía nada que ver con el que veía en los ojos de Ash. Los suyos habían estado llenos de deseo y necesidad, pero también había habido ternura, anhelo y mucho respeto, veneración y pasión. Un cariño y una devoción que podrían haberse convertido en amor de haber tenido su *kardia*.

Las miradas de los dioses me recordaban a las de mi hermanastro: llenas del deseo de consumir. De dominar sin deferencia. De tener por amor a tener, porque me habían preparado para ser agradable a los ojos y me estaban exhibiendo en una jaula dorada.

Deseé que sus ojos explotaran en sus cabezas.

Junto con los de Kolis.

La única razón por la que me quedé sentada y callada durante todo ello como un pajarillo enjaulado y silencioso fue por Ash. Por el trato. Una vez que Kolis estuviese convencido de que yo era quien decía ser, liberaría a su sobrino. Pero yo debía tener cuidado. Aunque los Primigenios no podían romper sus promesas, solían encontrar maneras de que te arrepintieses de que te las hubiesen hecho. Había cosas que Kolis podía hacer sin dejar de cumplir lo que había jurado. En cualquier caso, no podía permitirme pensar en eso ni permitir que mi imaginación se desbocase.

Porque mientras estaba ahí sentada, me di cuenta de una cosa: no había sido lo bastante lista como para dejar claro el estado en el que debía encontrarse Ash cuando fuese liberado.

Como diría Callum, me *comporté* a medida que las reuniones avanzaban, y Kolis empezó a cambiar.

Se puso tenso, nervioso incluso. Sus miradas se volvieron… *más*. Más largas. Más intensas. Sus manos se apretaron más sobre los reposabrazos, y lo que daba repelús en su mirada se avivó.

Razón por la cual ignoré a Kolis y a los lascivos dioses la mayor parte del tiempo, tan muerta de aburrimiento que pasé una cantidad de tiempo inimaginable observando el puñado de diamantes en el centro de los barrotes de la jaula, preguntándome por qué diablos se le ocurriría a Kolis ponerlos ahí. ¿Cuál era el objetivo? No tenía ni idea.

Me enteré de que cada uno de los dioses de Kolis representaba a distintas ciudades en el reino mortal. Y cada vez que entraba uno nuevo, prestaba atención justo el tiempo suficiente para averiguar de dónde eran. Ninguno venía de Lasania.

Levanté la vista mientras el dios que había ante Kolis se explayaba sobre las ofrendas. Entorné un pelín los ojos cuando encontré los suyos fijos en mí. Su mirada tenía las mismas cualidades que las de los que habían pasado por ahí antes que él. Deseo por amor a desear, que también podía traducirse como tomar algo por amor a tomarlo. Con un suspiro, deslicé los ojos hacia las puertas abiertas. Solo alcanzaba a ver el hombro de Elias y el brazo de otro guardia. ¿Cómo se llamaba? Solo había entrado en la sala unas pocas veces y, cuando lo había hecho, tenía una especie de quietud a su alrededor que me recordaba a Callum.

Me levanté y fui hacia la mesa, donde me serví una copa de esa agua burbujeante. Hoy, llevaba un toque de piña.

—¿Ella te distrae? —preguntó Kolis de repente.

Me paré en seco, la jarra a medio bajar, y levanté los ojos para ver al dios de pelo pajizo devolver su atención de golpe al Primigenio.

—Le has estado prestando mucha más atención a ella que a mí. —Las manos de Kolis se aflojaron en torno al trono—. No creo que le

hayas quitado los ojos de encima desde el momento en que se ha levantado.

—Mis disculpas, majestad —repuso el dios, al tiempo que se aclaraba la garganta—. He estado distraído.

—¿Por ella? —El dios me miró de reojo otra vez y asintió. Kolis ladeó la cabeza—. ¿Qué es lo que te distrae tanto de ella?

El mango de la jarra se clavó en la palma de mi mano. ¿Podía ser el hecho de que mi vestido fuese transparente?

—Es… interesante de mirar —repuso el dios.

—¿Interesante? —preguntó Kolis—. Por favor, dame algún detalle más, Uros.

Los ojos del dios bajaron para demorarse en mi pecho.

—Es agradable a la vista.

—¿Qué partes?

Mis ojos volaron hacia el Primigenio. ¿En serio estaba preguntando eso?

—Muchas partes —contestó Uros, mirando a Kolis antes de continuar—. Su figura.

*No interactúes con ninguno de los que entren en la sala*, me recordé, así que dejé la jarra otra vez en la mesa antes de que se me ocurriera tirarla entre los barrotes. Algo que no creía que Kolis fuese a apreciar. Además, sería un desperdicio. El agua estaba sabrosa.

—¿Y? —Kolis le sonrió al dios, pero llevaba un filo cortante. Una tensión que endurecía su mandíbula.

Uros me miró de arriba abajo, se mordió el labio de abajo.

—Sus caderas. Son voluptuosas y parecen suaves. La zona oscura entre sus muslos.

Me quedé boquiabierta. Kolis arqueó las cejas.

—¿Qué pasa con ella?

—Apuesto a que está igual de suave. —La mirada de Uros era ardiente, y no de una manera buena—. Y mojada.

—¿Qué coño? —escupí, antes de poder reprimirme.

Los ojos de Uros se abrieron como platos. Era obvio que no había esperado que yo dijese nada. Y era probable que no hubiese debido hacerlo. Supuse que mi pregunta se consideraría un ejemplo de interacción. Pero *venga ya*.

Sin embargo, Kolis se limitó a reírse entre dientes.

—Me da la impresión de que puedes haberla ofendido.

Uros no dijo nada ante eso, tampoco era que necesitase hacerlo. La leve curva de sus labios me dejaba muy claro lo que pensaba. No le importaba lo más mínimo si estaba ofendida o no, y era probable que pensara que yo no era digna de preocuparme por tales cosas.

—¿Lo estás? —preguntó Kolis, y tardé un momento en percatarme de que me hablaba a mí—. ¿Estás ofendida?

¿Quién no lo estaría? Pero si me sentía insultada por este dios, eso significaría que sus palabras u opiniones me importaban.

Y no lo hacían.

—No. —Bebí un sorbito de agua y miré al dios a los ojos—. En su mayor parte, solo poco impresionada.

Kolis soltó una carcajada mientras el dios se sonrojaba. Di media vuelta y volví hacia el diván.

—La cosa es —empezó Kolis—, que me has ofendido *a mí*.

Me giré para sentarme en el momento equivocado. O quizá justo en el momento correcto. Sea como fuere, hacerlo en ese momento me dio un asiento en primera fila para lo que sucedió a continuación. Kolis giró la cabeza hacia Uros y le dedicó esa sonrisa tensa otra vez.

Después, levantó la mano derecha e hizo un gesto rápido con la muñeca.

Uros *implosionó*.

Fue como si se succionase dentro de sí mismo. Su rostro se hundió, y los huesos de su cara crujieron antes de colapsarse. Su pecho se desinfló como si el aire, la sangre y todas las cosas necesarias contenidas en el interior de la cavidad las hubiesen retirado de repente. La túnica que llevaba resbaló por la silla cuando sus hombros y brazos desaparecieron, succionados hacia el vórtice donde solía estar su cuerpo. Las piernas fueron lo siguiente y, con un último chasquido carnoso, no quedó nada más que ropa ensangrentada y unos cuantos pedazos de tejido viscoso.

Todo ocurrió tan deprisa que las brasas en mi interior no tuvieron demasiada oportunidad de hacer nada más que palpitar de manera débil ante esa muerte. Mis manos ni siquiera se calentaron.

Kolis me miró.

—¿Lo encuentras más impresionante en este estado? —Me dejé caer en el diván, la boca abierta—. Yo sí. —Kolis arqueó una ceja—. Solo porque así ocupa menos espacio.

—Lo… lo has convertido en una papilla —murmuré.

—En efecto —repuso Kolis sin dudarlo—. ¿Eso te molesta?

Parpadeé despacio. Había visto a Ash hacer algo parecido, pero esto era diferente. *Esto* se había hecho solo a causa de unas palabras desafortunadas, unas que Kolis había incitado al dios a pronunciar.

—Solo me estaba mirando.

Kolis se quedó muy quieto.

—¿Te *gustó* que te mirara?

—Ni de lejos, pero él no ha sido el único en hacerlo —dije, mientras trataba de asimilar lo que acababa de pasar y esa pregunta de lo más estúpida—. Muchos de los dioses me han mirado con ojos lascivos.

—Pero fueron lo bastante listos como para que no fuese tan obvio.

—Ladeó la cabeza—. Pueden mirarte, pero no deberían hablar de ello.

—Pero tú lo *incitaste* a hablar de ello.

—Solo le hice unas preguntas —reiteró—. Él eligió contestarlas.

Eso no era del todo lo que había pasado. Básicamente, Kolis había acosado al dios para que contestara. Volví a mirar lo que quedaba de Uros y se me revolvió el estómago al detectar el olor a hierro y a aire cargado de poder.

—Eso es muy… asqueroso —murmuré.

—¿Nada de histerismos? —comentó Kolis—. Solo afirmaciones. Estoy impresionado.

Sí que estaba consternada por lo que había visto, así que el hecho de que no gritase ni me desmayase por ver a alguien reducido a papilla quizá debería haberme preocupado.

—¿Elias? —llamó Kolis. El dios entró al instante, pero se paró en seco al ver los restos. No obstante, se recuperó enseguida, más deprisa que yo, lo cual solo podía significar que estaba acostumbrado a cosas como esta.

—Por favor, informa a Callum de que el Templo del Sol de… —Kolis frunció el ceño—. De dondequiera que estuviese hablando Uros, necesita un sustituto.

Elias asintió.

—Sí, majestad. ¿Queréis que envíe a alguien para recoger los restos?

*¿Los restos?*

Yo llamaría a eso más que «restos».

—Es innecesario. —Kolis agitó una mano por el aire, y la silla y la papilla siguieron el camino de Uros, solo que esta vez no quedó más que una leve nubecilla de polvo flotando sobre las baldosas de piedra umbra—. Haz pasar al siguiente.

El dios que entró mantuvo los ojos fijos solo en Kolis. Era obvio que, cuando el anterior no había salido de la habitación, este había sumado dos más dos al llegar al punto vacío. Se detuvo un momento, su garganta subió y bajó al tragar saliva. Después, sin decir una palabra, se sentó en el sofá.

Me quedé sentada en el borde del diván, la copa más bien olvidada en mi mano mientras miraba al punto donde había estado la silla. Puesto que me habían criado para cometer una violencia de lo más letal, estaba acostumbrada a esto. Una parte de mí deseaba que no fuese así, que algo como lo que acababa de suceder me impactase más, pero no lo veía como una debilidad. Era una fortaleza, sobre todo ahora. Aunque la manera en que había actuado Kolis me dejó descolocada.

Era todo una manipulación.

Kolis me estaba exhibiendo, tentaba a todo el que entraba en la

sala a mirarme desde el primer momento. No había ninguna lógica en su opinión acerca de cuánto tiempo era demasiado para que lo hicieran. Uros *había* sido repugnante y sus comentarios cruzaban muchísimas líneas rojas, pero no los hubiese hecho de no haberlo manipulado Kolis para hacerlos.

¿Y por qué había hecho eso?

¿Tendría algún problema con el dios? ¿Lo había hecho para demostrar algo y recordar a los otros dioses lo que era capaz de hacer? ¿Para recordármelo *a mí*? ¿O la razón sería la misma por la que Uros y los otros me encontraban tan agradable a la vista?

No era *tan* extraordinaria de ver, sobre todo en el mundo de los dioses. Vale, habría quien encontrase mi figura atractiva y mis rasgos bonitos. Otros tal vez sintieran que había demasiado de mí y que mis pecas los distraían. Fuera como fuere, estos dioses se interesaban en mí solo porque me veían como la más reciente favorita de Kolis y sabían que era intocable. Querían lo que no podían tener. Deseaban porque podían.

Igual que Kolis había matado a ese dios solo porque *podía*.

¿Quién le diría que estaba equivocado? Después de haber hablado unos instantes con él al respecto, supe que no serviría de nada. Hacía lo que le daba la gana y pensaba poco en lo que estaba bien y mal.

Bajé la vista hacia la delicada copa que sujetaba. Lo que no entendía era el propósito de… *esto*. Mi afirmación de que era Sotoria todavía no se había confirmado. Aun así, ¿acaso creía Kolis que vestirme de esta manera, exhibirme así y después asesinar a un dios ayudaría a fomentar mi amor por él?

Aunque, claro, Kolis no sabía lo que era el amor.

Ya me habían advertido acerca de cómo eran su corte y él. De hecho, ya lo había experimentado cuando Ash y yo estuvimos aquí, así que no debería…

—Se rezaron oraciones para tener una cosecha generosa y un invierno tranquilo. Lo sé, una sorpresa completa y absoluta. —Una diosa de pelo largo y moreno y lustrosa piel marrón estaba leyendo un pergamino, y su tono al hablar hacía que lo que decía fuese mucho más interesante que cualquiera de los que habían pasado por ahí antes que ella. Lo mismo que lo que solo podían ser añadidos suyos a las peticiones—. Como ofrenda, dejaron whisky que creo que sabe solo un poco a pis de caballo, y también un toro blanco que sospecho que pudieron pintar para que lo pareciese.

Espera. ¿Qué?

—También había una rama de un roble. —Su barbilla puntiaguda se elevó y la luz se reflejó en la pátina dorada de una mejilla angulosa —. No estoy segura de lo que se supone que uno debe hacer con una rama, aparte de lamentar la violencia sin sentido contra el árbol. —

Hizo una pausa y aprovechó para mirar de reojo al Primigenio.

Kolis estaba, una vez más, absorto en mí.

La diosa se aclaró la garganta.

—Kraig, con… —Frunció el ceño—. Con K, solo deseaba hablar en tono poético y durante mucho tiempo sobre su devoción hacia su majestad, dejando un…

—Ya basta —ladró Kolis, lo cual nos sobresaltó tanto a la diosa como a mí—. Excusadme. —Se levantó, sin apartar los ojos de mí—. Volveré en unos minutos.

La diosa se giró de donde estaba sentada en una de las butacas y observó a Kolis salir de la sala. Luego me miró.

Yo me encogí de hombros.

Su largo y reluciente cabello se deslizó por su hombro cuando ladeó la cabeza. Succionó su carnoso labio inferior entre los dientes, echó un rápido vistazo a la puerta abierta y un destello de picardía parpadeó en su bonito rostro. Su vestido entallado resbaló por sus largas piernas cuando se levantó. Dejó el pergamino a un lado y se acercó a la jaula. Bueno, «acercó» era una palabra demasiado suave para describir la forma en que se movía.

La diosa caminó *acechante* hacia la jaula, muy consciente de lo bien que el vestido complementaba sus curvas.

Se detuvo a palmo y medio de los barrotes. Bajo el resplandor más suave de la luz que me rodeaba, vi que su vestido más o menos conseguía ocultar su cuerpo tan bien como el mío o que todos los demás vestidos con los que había visto a las otras diosas.

Y podía decir sin temor a equivocarme que sus pechos eran bastante respingones.

Sonrió al ver a dónde habían ido mis ojos.

—¿Te gustan? —me preguntó, su tono teñido de una picardía dulce—. A mí me gustan los tuyos. Quizá no tanto como al querido Kraig con K le gusta su majestad, pero sí los encuentro bastante placenteros de mirar.

Arqueé las cejas, extrañamente entretenida por la diosa. Sus ojos color ámbar lucían claros y no me miraba con la intensidad que me miraban los otros.

No era que no me mirase como si quisiera pasar algo de tiempo a solas sin barrotes entre nosotras, porque sí que quería. Pero no dejó mi piel con sensación de estar tratando de separarse de mi cuerpo.

Eché un vistazo rápido hacia las puertas, pero no vi a Elias ni a ningún otro guardia apostado ante ellas.

—¿En qué reino estaba este Templo del Sol?

La sorpresa cruzó su cara.

—Oh, habla —comentó la diosa, y me puse tensa—. Ninguna lo había hecho hasta ahora. —Ante la mención de las otras favoritas de

Kolis, mi diversión empezó a diluirse a toda prisa—. Pero tú eres… diferente —añadió, bajando la voz—. Hay rumores sobre ti, ¿sabes? De que eres la consorte de las Tierras Umbrías.

Una sensación cosquillosa onduló por mi piel mientras la miraba. Esta era la primera indicación más allá de Phanos y Attes de que otros sabían quién era yo, o de lo que podrían estar pensando acerca de mi presencia aquí. No había estado segura de que otras personas fuesen conscientes de mi presencia, sobre todo los que no habían visto mi intento de fuga.

—El Templo del Sol se encuentra en el reino de Terra —contestó la diosa al ver mi silencio.

Se me cortó la respiración. Terra era uno de los reinos vecinos a Lasania, uno con el que Ezra estaba en conversaciones. Con la excepción de las Colinas Eternas, gran parte de Terra consistía en tierras de labor. ¿Cómo se me había pasado esto por alto? Me incliné hacia delante.

—¿Tienes alguna noticia de Lasania? ¿Has oído algo de ellos?

Sus delicadas cejas se fruncieron.

—¿Te refieres al reino que me hace pensar en sabrosas capas de pasta cubiertas de queso?

—No se pronuncia… —Cerré la boca con un breve gesto negativo de la cabeza—. Sí, a ese me refiero.

—Nada especial. —Me invadió una sensación de desilusión—. Aunque varios de los que dejaron ofrendas en el Templo del Sol eran de Lasania —añadió—. En su mayor parte, pidieron buena suerte para su trabajo en Terra.

¿Significaría eso que Ezra había fortalecido con éxito las relaciones entre los dos reinos? Debía de ser eso. Porque aunque Terra tenía tierras, no tenía tanta mano de obra como Lasania. Un estremecimiento de alivio me recorrió de arriba abajo.

—Gracias —le dije, y me eché atrás en el diván.

La diosa abrió la boca para decir algo más.

—Dametria. —Elias ocupaba el umbral de la puerta, una mano apoyada en la empuñadura de su espada. Pronuncié el nombre de la diosa en silencio para grabármelo en la memoria—. Fuera.

Miré al guardia con los ojos entornados.

—Me voy —dijo la diosa, tras devolver la vista a mí.

—Pues no lo parece —señaló Elias—. Su majestad regresará pronto.

—Sí. Sí. Lo hará cuando termine de darse placer a sí mismo.

—Por los jodidos Hados —musitó Elias, y yo hice una mueca de asco.

—Al menos, eso es lo que supongo que está haciendo, basada en lo que vi. —Dametria bajó la voz—. Por cierto, sé que los rumores son

ciertos.

Me quedé muy quieta.

—Dametria —espetó Elias.

La diosa retrocedió, sus siguientes palabras apenas audibles.

—Estaba ahí cuando te coronaron.

# Capítulo 16

No quería ni pensar en Kolis dándose placer mientras me apresuraba a utilizar la sala de baño de la jaula. Me centraría en la idea más que probable de que Ezra hubiese conseguido negociar un acuerdo con Terra.

No los salvaría si Ash no lograba sacar las brasas de mí, pero los ayudaría a sobrevivir durante todo el tiempo posible.

Habían traído una bandeja con queso, fruta y pan, así que comí un poco de cada cosa en silencio mientras cavilaba sobre lo que había dicho Dametria. Había estado en la coronación. ¿Significaba eso que servía en otra corte? ¿O era una integrante de la corte aquí, en Dalos?

No lo sabía, pero parecía muy distinta a los demás, sobre todo cuando por fin salió pavoneándose de la habitación y dio unos golpecitos con su pergamino enrollado en la coraza del pecho de Elias.

Todo pensamiento sobre ella quedó relegado a un segundo plano cuando regresó Kolis.

El falso rey parecía un poco más relajado cuando se sentó otra vez en el trono, lo cual daba algo de credibilidad a lo que había comentado Dametria.

Y eso era mucho más asqueroso que cualquier cosa que hubiera dicho Uros.

Entraron unos cuantos dioses más, pero el repentino pulso de las brasas en mi pecho me hizo prestar atención.

No vi a ningún dios al lado de Kolis cuando me giré hacia las puertas. Entonces apareció una figura alta y corpulenta, vestida con prendas de cuero marrón y una túnica negra bajo una armadura con el emblema de un yelmo.

Reconocí al bastardo de pelo pajizo de inmediato.

Después de todo, el Primigenio de la Paz y la Venganza tenía un aspecto idéntico al de su hermano, excepto que los rasgos de este no tenían cicatriz alguna.

Kyn era el responsable de la muerte de Ector y de muchos más. Una intensa ira se apoderó de mí mientras observaba sus movimientos.

—Kyn —lo saludó Kolis, con una inclinación de cabeza.

El Primigenio recién llegado hizo una reverencia.

—Majestad.

—Supongo que tienes noticias para mí.

¿Noticias? Agucé el oído.

—Así es. —Kyn se detuvo donde Uros había terminado hecho una papilla viscosa en el suelo.

—Entonces, toma asiento. —Kolis extendió una mano hacia las butacas y los sofás, justo cuando el Primigenio de la Paz y la Venganza miraba por fin en mi dirección.

El resentimiento era evidente en sus ojos llenos de *eather* y en la dura línea de sus labios.

Kyn no me tenía ningún aprecio.

Podía entenderlo, aunque sus sentimientos eran equivocados. Kolis me había obligado a matar a Thad, uno de los *drakens* más jóvenes de Kyn, como castigo por que Ash no hubiese pedido su aprobación para mi coronación. Yo le había devuelto la vida a Thad, pero Kyn no lo sabía. A lo mejor, si lo supiera, su iracunda animadversión hacia mí cambiaría.

Sin embargo, *mi* ira furiosa no lo haría. Las brasas palpitaban en mi pecho mientras le sostenía la mirada a Kyn, más en onda con la venganza del Primigenio que con la paz. No me importaba si lo habían manipulado ni cuáles eran sus órdenes. Había atacado las Tierras Umbrías. Había matado a personas que habían llegado a importarme. Cualquier comprensión que hubiera podido haber en mi interior había terminado en ese momento.

—Tal vez fuese mejor tener esta conversación en otro sitio —declaró Kyn, al tiempo que me fulminaba con una mirada penetrante—. Ya que tiene que ver con las Tierras Umbrías.

Un fogonazo de tensión me atravesó como un rayo.

—Por supuesto que tiene que ver con la menos favorita de mis cortes en este momento —repuso Kolis con sequedad—. Podemos hablar de las Tierras Umbrías sin problema en su presencia. No va a ir a ninguna parte.

Este fue uno de esos momentos en que tuve que recordarme mantener la boca cerrada.

Kyn vaciló otro momento antes de asentir.

—¿Puedo? —Hizo un gesto con la barbilla en dirección al oscuro aparador de madera de cerezo.

—Por supuesto —murmuró Kolis, y empezó a tamborilear con los dedos, distraído—. Sírvete lo que quieras.

—Gracias. —Kyn fue hasta el aparador dando grandes zancadas con sus largas piernas—. He hablado con uno de los comandantes de Nyktos con respecto a su presencia a lo largo de la costa de las Tierras de Huesos. —Me devané los sesos para intentar deducir de quién podía estar hablando. Tenía que ser uno de los oficiales cercanos a Ash—. No están dispuestos a obedecer órdenes —continuó Kyn, y quitó el tapón de cristal del gran decantador lleno de líquido de tono

ámbar—. Se niegan a trasladar sus fuerzas hasta que Nyktos sea liberado.

Sentí una oleada de orgullo y tuve que hacer un esfuerzo para que no se notase, puesto que sentía los ojos de Kolis sobre mí.

—Me lo esperaba —declaró Kolis—. ¿Los *drakens* están con ellos todavía?

Kyn se sirvió un vaso de whisky y asintió.

—Sí. Tres de ellos.

—¿Nektas?

—Sí. —Kyn volvió a poner el tapón.

Mi corazón empezó a latir con fuerza mientras esperaba a que dijese los nombres de los otros.

El Primigenio bebió un trago y sus labios se retrajeron en una mueca que tuve que asumir que se debía a lo fuerte que era el licor. Incluso desde donde estaba, vi el tamaño de sus colmillos. Eran inmensos.

—Que Nektas esté ahí y se nieguen a abandonar las Tierras de Huesos no augura nada bueno para las negociaciones —dijo Kyn, al tiempo que daba media vuelta y sus ojos se deslizaban por encima de mí—. Ya sabéis cómo son los *drakens* con las tierras que consideran sagradas.

Kolis no había mencionado eso. El falso rey suspiró.

—Si considerasen sagradas todas las tierras que contienen restos de los caídos en batallas del pasado, hasta el último rincón de tierra lo sería.

—Sí, pero las tierras al oeste de las montañas acaban por adentrarse en el mundo mortal —dijo Kyn. ¿Estaría hablando de las Skotos?—. Donde los Antiguos…

—Ya sé lo que hay en esas tierras —lo interrumpió Kolis—. No hay ningún riesgo de que se encuentren con un mortal ahí. Ninguno ha cruzado las Skotos para entrar en las Tierras de Huesos desde hace una eternidad.

¿O sea que esas tierras que existían entre las Skotos y otra cordillera montañosa pertenecían en realidad al mundo mortal? Tenía más sentido que lo que creían los mortales, que era que el mundo simplemente terminaba al este de las Skotos.

Kyn fue de vuelta a la zona de estar y tomó asiento.

—Utilizan el mar y rodean las montañas, lo que los pone a tiro de atacar Dalos.

—También soy muy consciente de eso.

—Debemos asegurarnos de que Phanos pueda ayudar en el caso de que surja una situación así.

—Eso no será un problema.

El hecho de que Kyn, un Primigenio de la Venganza, lo preguntase

siquiera significaba que podría ser un problema.

—Es un alivio oírlo. —Los ojos de Kyn recorrieron mi cuerpo y luego se apartaron a toda prisa, aunque me dejó una sensación hormigueante en la piel—. Solo la mitad de sus fuerzas están en las Tierras de Huesos. La otra mitad está ante mi frontera.

—Quieres decir ante la de tu hermano y la tuya —lo corrigió Kolis, sin dejar de tamborilear con los dedos. Sus ojos se deslizaron hacia el otro Primigenio—. A menos que estén apostadas al norte de la bahía Negra, que es donde creo que está tu campamento.

Por lo que yo sabía, estaban al este de Lethe, y eso era Vathi, la corte de su hermano.

—Están ante nuestras fronteras y llevan ya un tiempo ahí —dijo Kyn, sin molestarse en dar más detalles—. Eso es todo lo que importa.

—¿Han atacado?

—Todavía no, pero supongo que solo es cuestión de tiempo antes de que busquen su venganza.

Parte de mí deseó que lo hicieran. La otra comprendía lo que eso conllevaría: una escalada de la violencia. Guerra. Muerte.

Los ojos de Kyn volvieron a deslizarse por encima de mí, y su labio de arriba se enroscó un poco antes de volver a centrarse en el falso rey.

—Hay que hacer algo al respecto.

Una leve sonrisa jugueteó en los labios de Kolis.

—Estoy seguro de que tienes sugerencias.

—En efecto, las tengo. —Kyn se inclinó hacia delante—. Permitidme movilizar mis fuerzas y eliminar la amenaza por nuestro este. Los destruiré y dejaré que sus huesos se pudran con los de aquellos que vinieron antes.

Kolis se rio con suavidad.

—Dijiste que Nektas está con ellos. Si intentas eso, tus fuerzas y tú no haréis otra cosa que arder envueltos en llamas.

La tensión invadió el cuerpo de Kyn y cargó el aire a su alrededor.

—Entonces, permitidme terminar lo que empecé. —Unos ojos plateados me taladraron con la mirada, lo cual hizo que mis músculos se apretaran como un muelle—. Permitidme conquistar las Tierras Umbrías.

—Ya tuviste la oportunidad de hacerlo —replicó Kolis, y el recordatorio de lo cerca que habían estado las Tierras Umbrías de la destrucción hizo que un susurro de temor frío se extendiera por la parte de atrás de mi cuello.

—Todo lo que necesito es permiso para intentarlo de nuevo —insistió Kyn—. No perderé la oportunidad por segunda vez.

Se me hizo un agujero en el estómago mientras mis ojos saltaban de uno a otro. Attes afirmaba que Kolis había forzado a su hermano a

volverse contra las Tierras Umbrías, pero Kyn sonaba muy ansioso por tener otra oportunidad de hacerlo para que sus acciones se basasen solo en la reciente pérdida de uno de sus jóvenes *drakens*. O bien Attes no era consciente de esto, o bien no quería reconocerlo.

—Queríais enviar un mensaje claro. Todavía puede hacerse. —Una vez más, los ojos de Kyn volaron hacia mí—. Y ahora mismo, es posible que sea necesario enviar un mensaje en virtud de *eso*.

Un dolor empezó a asentarse en mis dedos debido a la fuerza con la que apretaba mi copa.

—¿Y qué opina tu hermano? —preguntó Kolis después de un momento—. ¿Cree él que es necesario enviar un mensaje?

—Mi hermano prefiere la concordia por encima de la guerra. Eso y follar.

—Como si tú fueses distinto en esto último —señaló Kolis. Mis cejas se arquearon y…

Pensé en por qué Attes había matado a los guardias de su hermano. Había dicho que se estaban llevando a los jóvenes, a los que todavía les faltaban varios años para su Sacrificio, y los estaban llevando de vuelta a sus campamentos. Y como había dicho Attes, no era para protegerlos.

—Con Nektas en las Tierras de Huesos, mis *drakens* y mis hombres podrán dar buena cuenta deprisa de las fuerzas que permanezcan en las Tierras Umbrías —razonó Kyn.

Unos nudos de temor se extendieron por mi estómago al tiempo que mi tenue control de mi lengua desapareció por completo.

—¿Y después qué?

Dos pares de ojos llenos de *eather* se posaron en mí. Los de Kyn estaban muy abiertos por la sorpresa. No pude detectar nada en los de Kolis, ni en su tono cuando habló.

—¿A qué te refieres?

Tenía el corazón en algún lugar de la garganta, mientras me abofeteaba repetidas veces en mi cabeza.

—Si se da la orden de destruir las Tierras Umbrías —empecé, consciente de que debía proceder con cautela, dado que no estaba hablando con mi madre—, ¿qué pasará a continuación? Las fuerzas desplegadas en las Tierras de Huesos, incluido Nektas, tendrán aún más motivos para atacar Vathi.

Kyn hizo una mueca mientras me miraba, pero no dijo nada hasta que Kolis lo instó a hacerlo.

—¿Qué tienes que decir tú al respecto?

—No estoy preocupado por Nektas —repuso Kyn, y bebió un trago. Incapaz de evitarlo, solté una carcajada. Kyn bajó su vaso—. ¿He dicho algo gracioso?

—A mí me lo ha parecido —repuse—. Nadie en su sano juicio *no*

*estaría* preocupado por Nektas.

—Nunca he dicho que estuviese en mi sano juicio.

—Es obvio —musité en voz baja.

Los ojos de Kyn se entornaron.

Me resistí al deseo de enseñarle el dedo y miré, en cambio, a Kolis.

—Dijiste que no querías empezar una guerra. Destruir las Tierras Umbrías hará justo eso. —Un sabor amargo llenó mi boca, pero continué hablando—. ¿Lo que hablamos antes? ¿Cuando estábamos solos? —Los dedos de Kolis se quedaron muy quietos cuando toda su atención se centró por completo en mí—. ¿Cómo será posible nada de eso si el mundo va a la guerra? —razoné—. ¿Cómo será posible *nada* entonces?

El falso rey se quedó callado mientras los ojos del otro Primigenio se entornaban hasta no ser más que finas ranuras. Pasaron los segundos, mientras la furia y el miedo me carcomían por dentro.

—Eres valiente, Kyn —empezó Kolis—. Y eres leal. Por ambas cosas, tienes mi gratitud.

—Tenéis más que eso por mi parte. —Kyn se giró hacia el falso rey —. Tenéis mi ejército y mi mando.

Kolis asintió.

—Las cosas han cambiado desde la última vez que hablamos. Los planes… se han ajustado.

Por la expresión de la cara de Kyn, me dio la impresión de que sabía muy bien lo que había cambiado.

—Pero necesitáis esas brasas —repuso el Primigenio. Me sorprendió un poco que Kyn supiera de ellas—. Porque la realidad de lo que debe hacerse o de lo que está por venir sigue siendo la misma.

Kolis asintió despacio.

—No lo he olvidado.

¿De qué estaban hablando, exactamente? Kolis quería las brasas para poder Ascender y convertirse en el Primigenio de la Vida y la Muerte, un ser con un poder inimaginable. Si lo lograba, podría eliminar a todos los Primigenios y gobernar sobre ambos mundos. Quería poder, un poder definitivo e interminable. Si sabían que los mundos ya no se verían afectados por sus muertes, ¿por qué querría ningún otro Primigenio apoyar eso?

—He mantenido el equilibrio durante todos estos años —dijo Kolis —. No hay ninguna razón para creer que eso dejará de ser suficiente en un futuro próximo.

¿El equilibrio? ¿Qué había dicho acerca de eso antes? Mantener el equilibrio y dar vida. Había dicho que los Ascendidos de ojos fríos eran el producto de eso.

—No haremos ningún movimiento más contra las Tierras Umbrías a menos que nos provoquen —ordenó Kolis, lo cual me sacó de mis

pensamientos con una oleada de alivio.

—¿Y si nos provocan?

Kolis se echó hacia atrás y sus dedos retomaron su tamborileo sobre los reposabrazos del trono.

—Entonces, haré lo que haya que hacer. —Miró a Kyn—. Me alivia ver que no estás demasiado decepcionado por mi decreto.

El Primigenio sonrió.

—No lo estoy.

—¿Y eso por qué?

Sí, ¿eso *por qué*?

—Es muy probable que Nyktos esté de un humor provocador cuando lo liberéis. —Apartó la mirada de Kolis—. A menos que tengáis pensado tenerlo encarcelado durante una pequeña eternidad, será un problema.

Kolis soltó una risa seca que me hizo ponerme tensa.

—No será un problema. —Oh, Ash sí que sería un problema. Noté que mis labios se movían sin querer—. Ella llama la atención, ¿verdad que sí? —dijo entonces Kolis con voz melosa.

Oh, por todos los dioses, esto otra vez no.

Kyn hizo un ruido evasivo desde detrás del borde de su vaso. Dudaba que cualquier cosa que dijese el Primigenio fuese a terminar como había terminado para Uros, pero no perdía la esperanza.

Kolis miró al otro Primigenio durante unos segundos.

—Querida —me llamó, y se me agarrotaron los músculos de la espalda—. ¿Por qué no te acercas un poco?

Dudé un instante y esa extraña sonrisa suya vaciló. Consciente de que me la había jugado al interactuar no una sino dos veces con los que habían entrado en la sala, me recordé *quién* estaba en juego. Respiré hondo y despejé mi mente para poder convertirme en nada otra vez.

Vacía.

Impasible.

Después, me levanté.

Muy consciente de sus miradas, de dónde se demoraban, y a sabiendas de que yo había podido ver a través del vestido de Dametria bajo la luz, caminé despacio hacia los barrotes. Sabía muy bien por qué me había pedido Kolis que me acercara.

Quería que Kyn mirase.

Igual que había querido que lo hiciera Uros.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. En ese momento, no podía recordar si esto era algo que había hecho con sus favoritas. Exhibirlas. Disfrutar de la idea de que otros deseaban lo que había reclamado para sí mismo. Tenía que serlo, visto que había sido muy consciente de cuántos de los dioses me habían mirado. Y no les había dicho ni

una palabra.

Bueno, excepto al que había *matado*.

Pero Kolis parecía más contento que homicida cuando Kyn bajó su vaso y su vista.

—¿Y ahora qué opinas? —preguntó Kolis con educación, como si hablara de un cuadro.

La mandíbula de Kyn se apretó a medida que avanzaba en su escrutinio.

Me quedé muy quieta y traté de no sentir absolutamente nada, pero ese no fue el caso. Todavía había demasiado de mí ahí presente, lo cual significaba que no me había convertido en un lienzo en blanco. En realidad, Kyn miraba mi pecho con tal lascivia que no me sorprendería mucho que mis senos se marchitasen y se me cayesen.

—Sí que es atractiva —musitó Kyn.

—Lo sé —convino Kolis—. No quieres pensarlo, pero lo haces.

Mis ojos volaron de vuelta al falso rey. Un resplandor de *eather* palpitaba a su alrededor y, como había pasado con Uros, su atención estaba fija en el otro Primigenio.

Sin embargo, parecía diferente esta vez. La tensión no estaba. Parecía relajado.

—¿Qué pasaría si no estuviese en esa jaula? —Kolis dejó que esa pregunta flotase en el silencio entre ellos. —¿Si no fuese mía?

El pecho del Primigenio se hinchó con una respiración profunda y sus labios se entreabrieron. Estaba claro que podía imaginarlo.

Y yo me estaba imaginando cómo le cortaba el cuello hasta el hueso.

Kolis observaba al otro Primigenio, y una especie de expresión febril se asentó en la piel de sus mejillas y el brillo de sus ojos.

—Estarías metido entre esos preciosos muslos o en ese culo suyo igual de precioso.

Kyn esbozó una sonrisilla lasciva y yo contuve la respiración de pronto. Y una mierda iba a estarlo. Si no estuviese dentro de esta jaula, tendría los penes de *ambos* tirados en el suelo, ensangrentados.

Con esa imagen en mente, le devolví la sonrisa a Kyn.

Los ojos del Primigenio se iluminaron al tiempo que se ponía tenso.

—Si no es quien creéis que es… Vuestra *graeca*…

Abrí mucho las aletas de la nariz. O sea que Kyn *sí* era consciente de quién creía Kolis que yo era. Exactamente, ¿cuánta gente estaba al corriente de la obsesión de Kolis? ¿Todo el mundo?

—¿Si no lo es? —Los dedos de Kolis tamborileaban y tamborileaban—. Podrás tenerla cuando yo acabe con ella.

Una oleada de calor cosquilloso barrió por encima de mí mientras observaba al Primigenio de la Paz y la Venganza. La nada aumentó en

mi interior. No era vergüenza por la forma en que estaban hablando de mí como si no fuese más que ganado. Tampoco era miedo.

Era ira.

—Sí. —La sonrisa de Kyn se ensanchó, hasta el punto de mostrar los colmillos mientras las brasas vibraban—. Sí, la tomaré.

Quería hacerlo.

No había forma de malinterpretar la lujuria en su mirada y en las pocas palabras pronunciadas desde que Kolis había comenzado este jueguecito una vez más. Pero también había mucho odio, y supe al instante lo que ocurriría si Kolis descubría la verdad acerca del alma de Sotoria y yo sobrevivía a todo lo que él me haría.

*No* sobreviviría a lo que me haría Kyn.

Tampoco querría hacerlo.

Y Kolis lo sabía.

—Bien. —Los ojos de Kolis, salpicados de motas doradas, volvieron a mí—. Tenemos un trato.

—Es un honor —murmuró Kyn—. Vuestro… regalo potencial me conmueve, majestad.

Esperaba que Nektas quemara a Kyn hasta no dejar más que un churrasco doloroso.

El Primigenio de la Paz y la Venganza se giró entonces hacia Kolis y sonrió.

—Me alegro de haber traído uno para vos.

Kolis arqueó las cejas.

—¿Sí?

—Un momento. —El Primigenio se giró en su asiento—. Diaval —llamó, al tiempo que dejaba su vaso en una mesita baja—. Espero que no os haya importado que le pidiera ayuda a vuestro *draken*.

—No cuando se trata de un regalo —repuso Kolis.

Fruncí el ceño mientras mis ojos volaban hacia la puerta. Pasó un segundo. Luego otro.

Un *draken* alto con el pelo rubio largo y ondulado entró en la sala. Lo reconocí al instante. Era al que había empujado al otro lado de un pasillo, el que me había dejado inconsciente. Aunque en ese momento no podía importarme menos. Hasta el último rincón de mi ser se concentró en el *regalo*.

La mano de Diaval sujetaba el brazo maniatado de alguien cuya cabeza estaba envuelta en una capucha de arpillera. Los pantalones de cuero negro y la túnica del hombre estaban desgarrados por varias zonas que revelaban franjas de piel ensangrentada.

Mi corazón tronaba a medida que se acercaban.

—Aquí lo tenéis. —Diaval empujó al cautivo hacia delante.

El hombre se tambaleó. Contuve el aliento. Cayó al suelo y sus rodillas crujieron contra las baldosas de piedra umbra. No hizo ni un

ruido mientras oscilaba hacia delante. Su pecho subía y bajaba con respiraciones rápidas y superficiales.

—Mi regalo… —Kolis ladeó la cabeza—. Está bastante maltrecho y ensangrentado. —Kyn se levantó—. Hizo falta un poco de persuasión.

El Primigenio falso sonrió con suficiencia.

—Ya lo veo.

Entonces lo supe… por todos los dioses, cuando Kyn se levantó y caminó hasta detrás del hombre arrodillado, *supe* que este no era ningún regalo.

Sería una pesadilla.

Kyn agarró la parte de atrás del saco de arpillera y la arrancó de un tirón para revelar una mata de pelo dorado rojizo apelmazado por la sangre seca.

Se me paró el corazón.

Era Rhain.

# Capítulo 17

El temor creciente me comprimió el pecho y me robó el aire que aspiré mientras miraba al dios.

Apenas reconocí las facciones aniñadas de Rhain bajo la sangre que cubría su cara entera, pero era él. Tenía la nariz torcida, claramente rota. Sus labios estaban partidos y desgarrados. Solo uno de sus ojos marrones oscuros estaba abierto. Apenas. El otro cerrado por la hinchazón. Y su cuello…

A Rhain lo habían mordido, pero parecía como si lo hubiese hecho un animal. Si no fuese un dios, sería imposible que aún respirase.

—Intentó seguirme cuando salí de las Tierras de Huesos —explicó Kyn con una sonrisilla de superioridad. Bajó la vista hacia el dios apaleado—. Cuando lo atrapé, exigió que lo llevasen ante Nyktos. —Kyn se rio y mi pecho se comprimió aún más—. No estoy seguro de lo que pensaba que pasaría el muy idiota.

Por todos los dioses, Rhain sí que era idiota. Un idiota valiente y leal.

—Conozco a este —comentó Kolis, deslizando las manos por los reposabrazos del trono—. Es Rhain, ¿verdad?

La sangre goteaba de su barbilla cuando Rhain levantó la cabeza y la giró hacia la jaula. Me quedé paralizada cuando su único ojo funcional, lleno de *eather*, se enfocó en mí.

—Ese es su nombre —confirmó Kyn.

Kolis estudió al dios.

—Rhain, un dios de las islas Callasta —dijo, y eso me provocó una inmensa sorpresa. ¿Antes había servido a Veses? Nunca había sabido de qué corte procedía Rhain—. E hijo de Danil. Te pareces mucho a tu padre. —Kolis se levantó—. Bueno, te pareces mucho a tu padre la última vez que lo vi.

Solté una exclamación ahogada, su significado muy claro.

—Que te jodan —escupió Rhain.

Kyn reaccionó sin dudarlo y yo me estremecí cuando su bota se estrelló contra la espalda de Rhain, que cayó de bruces al suelo.

Di un respingo hacia delante cuando Rhain gimió y giró la cabeza de modo que su único ojo bueno fuese visible. Escupió una bocanada de sangre.

—Estoy seguro de que tu padre dijo lo mismo —repuso Kolis—. Te diré lo que le dije a él: «No, gracias».

El pánico se asentó en lo más profundo de mi ser, donde arraigó. Sentí como si la habitación hubiese menguado de tamaño y di un paso hacia el lado en dirección a la puerta cerrada con llave. Mis manos se abrían y cerraban a mis costados, las brasas en mi pecho palpitaban.

—¿Se lo… se lo dijiste? —preguntó Rhain con voz rasposa, las palabras embarulladas—. ¿Por qué lo ibas a… matar?

—Ya lo sabía. —Kolis se acercó a él—. Había cometido un acto de traición. Ya veo que de tal palo, tal astilla.

—¿Conspirar? —Una risa mojada y rota brotó temblorosa del interior de Rhain. Al parecer por pura fuerza de voluntad, consiguió meter las rodillas debajo del cuerpo—. Mi padre… solo se negó… a convertirse en un esbirro asesino.

No había sabido nada de esto; ni nada sobre Rhain, en realidad. No era como si hubiésemos charlado a menudo y hubiésemos tenido la oportunidad de conocernos. El dios había desconfiado de mí desde el momento en que había llegado a las Tierras Umbrías. Y cuando se enteró de que había planeado matar a Ash, su afecto hacia mí no había aumentado, lo cual era comprensible.

—Lo que tú llamas un esbirro asesino, yo lo llamo un leal sirviente. —Kolis se detuvo delante de Rhain—. Ah, mírate.

Rhain trató de levantarse. Su pecho resollaba del esfuerzo, pero logró meter los pies debajo de él. Tenía el pelo aún más oscuro ahora, el sudor mezclado con la sangre. Pero por todos los dioses, *se levantó*.

—No… no sabes lo que es… la lealtad.

—¿Y tú sí? —preguntó Kolis con voz suave—. Tu padre creía que lo sabía. Estaba equivocado. —Miró hacia el otro Primigenio—. ¿Tú qué opinas, Kyn?

—Ya he dicho lo que opino de él. —El Primigenio de la Paz y la Venganza cruzó los brazos—. Es un jodido idiota.

—Que te jodan —escupió Rhain.

Kyn dio un paso hacia él.

El falso rey levantó una mano para detener al Primigenio. Con un gruñido grave en el fondo de su garganta, Kyn retrocedió.

Rhain *sonrió*.

Y una enorme parte de mí respetó eso. Era algo que haría yo, pero yo también podía ser una jodida idiota. Miré de reojo a la puerta de la jaula otra vez, pensé en la llave escondida. Era imposible que pudiese llegar hasta ella y fuera de la jaula. Incluso si lo lograse, ¿después qué? No lo sabía, pero tenía que hacer *algo*.

Porque lo que sentía… y lo que veía en mi mente tan claro como si fuese de día… era una visión profética. Había una sola razón por la que Kyn traería a Rhain ante Kolis vivo. La presión se cerró sobre mi pecho porque sabía lo que estaba a punto de suceder.

Kolis iba a matar a Rhain.

—¿Así que seguiste a Kyn con la esperanza de que te llevase hasta Nyktos? —Rhain no contestó pero osciló, inestable—. Verás, tengo preguntas acerca de eso —continuó Kolis—. Tendrías que ser un verdadero idiota si creyeras que podrías seguir a Kyn sin que te atraparan. —La sonrisa del otro Primigenio fue jactanciosa—. Pero sé algo que él no sabe. —Kolis se inclinó hacia delante. —Las comisuras de los labios de Kyn se aplanaron—. Tu padre era un rastreador excelente, capaz de moverse como un espectro, sin que nadie lo viera ni lo detectara. Hasta que era demasiado tarde. Fue por eso por lo que quise que hiciera unos cuantos… recados para mí —explicó Kolis. Solo este loco llamaría *recado* a asesinar a alguien.

De hecho, tenía eso en común con mi madre. ¿Quién lo hubiera dicho?

—Estoy seguro de que te pasó esos talentos a ti. Lo hizo con su hijo mayor, Mahil.

Di un respingo. ¿Rhain tenía un hermano? Tuve la horrible sensación de que *tenía* era la palabra clave en eso.

—Y también sé que mi sobrino no se rodearía de idiotas —añadió Kolis—. Lo que creo es que te dejaste atrapar. —Mis labios se entreabrieron mientras miraba a Rhain pasmada—. Y también creo que lograr que te llevaran hasta Nyktos no era tu único objetivo o esperanza. —Unas volutas de *eather* dorado rodaban por el pecho desnudo de Kolis—. Así que solo te voy a hacer esta pregunta una vez y, a menos que quieras acabar como tu padre y tu hermano, te sugiero que contestes la verdad.

Por todos los dioses, mis sospechas eran correctas. Kolis también había matado al hermano de Rhain. Muchas de las personas cercanas a Ash habían sufrido por culpa de Kolis. Demasiadas.

*Seraphena.*

Me puse rígida al instante y mis ojos volaron hacia Rhain. Su voz. Habría jurado que la había oído en mi mente.

—¿Estabas intentando descubrir la localización de Nyktos? —lo presionó Kolis.

*Seraphena.* La voz de Rhain llegó a mi mente otra vez. *Escúchame.*

Se me quedó la garganta seca. O bien lo estaba oyendo, o bien estaba perdiendo la cabeza.

—¿O la de *ella*? —preguntó Kolis. Mi corazón dio un traspié. Un ojo marrón conectó con el mío—. ¿Sabes? Creo que es esto último. —Kolis estaba a apenas un palmo del maltrecho dios—. Y Kyn no solo me trajo un regalo a mí, sino que te dio también uno a ti.

Mis ojos saltaron hacia el otro Primigenio. Tenía el ceño fruncido.

*¿Recuerdas lo que hiciste cuando te enteraste de lo que había hecho Veses?*

Vale. Tenía que estar oyéndolo porque esa era una cosa muy rara

de pensar.

*¿Cuando la viste con Nyktos?*

—Porque sé otra cosa que él no sabe. —El *eather* daba vueltas más deprisa por la piel de Kolis.

*Utiliza la esencia*, me susurró la voz de Rhain entre mis pensamientos. *Y derriba este palacio entero…*

Kolis salió disparado hacia delante para agarrar a Rhain del cuello. Yo solté una exclamación de sorpresa.

—Silencio —le advirtió Kolis, y me lanzó a mí una mirada ceñuda antes de volver a centrarse en Rhain—. Sé lo que era capaz de hacer tu padre. También sé lo que heredaron sus dos hijos.

Rhain boqueó en busca de aire cuando Kolis lo levantó del suelo.

—Solo unos pocos de los dioses de Veses son capaces de… ¿cómo lo llamaba ella? —Rhain sufrió una arcada y Kolis sonrió de oreja a oreja—. ¿Proyección de pensamientos?

—¿Qué diablos? —gruñó Kyn, al tiempo que descruzaba los brazos.

Joder, *sí* que había oído la voz de Rhain, pero lo que me estaba pidiendo… El día que perdí el control, no sabía cómo había hecho temblar toda la Casa de Haides. Aunque incluso aunque lo consiguiera ahora, eso no mataría a Kolis. Rhain lo sabía.

—Es una calle de una sola dirección, pero sigue siendo eficaz. —La esencia dorada palpitaba alrededor de Kolis—. Sobre todo para comunicar cosas a otras personas. Personas a las que tienen delante. —Su mano se apretó. A Rhain empezaba a faltarle el aire muy en serio —. E incluso a larga distancia. La pregunta es pues: ¿cuán talentoso eres? ¿Igual que tu hermano? Él podía proyectar sus pensamientos a aquellos con los que mantenía contacto visual.

Todas esas veces en las que había visto a Rhain y él había guardado silencio, pero aquellos con los que estaba habían parecido saber lo que necesitaba o pensaba antes de que lo dijera… Como cuando había estado con Ash y conmigo debajo del palacio. *Hazlo*, le había dicho Rhain a Ash mientras este arrancaba otra raíz. *Hazlo ahora*. Rhain no había dicho en voz alta lo que podía hacerse para detenerme, pero Ash había sabido a qué se refería.

—¿O no eres tan habilidoso como tu padre? —se burló Kolis—. Que era capaz de proyectar sus pensamientos a aquellos de los que llevaba algún símbolo o una prenda.

Rhain empezaba a volverse de un tono blanco tiza, azulado incluso. No podía responder, pero Kolis tampoco le estaba dando la oportunidad de hacerlo en realidad. Agarró la pechera de la túnica de Rhain, donde el intrincado brocado se unía, y la desgarró por el centro para revelar una bolsita negra que colgaba de su cuello al final de una suave cuerda negra.

—Igualito que tu padre. —Kolis se rio. Agarró la bolsita y la arrancó de un tirón—. Escondía los símbolos de la misma manera.

Kolis tiró a Rhain a un lado. El dios rodó por el suelo y se detuvo al lado de la jaula.

Kolis negó con la cabeza y tiró de las correas de la bolsita, que luego puso bocabajo. Mientras Rhain rodaba sobre su costado, Kolis volcó el contenido de la bolsita en la palma de su mano.

Entonces lo vi. El *símbolo*.

Era la fina y delicada cadenita de plata que había visto llevar a Aios y con la que siempre estaba jugueteando.

—¿A quién pertenece eso? —preguntó Kyn.

Rhain enroscó una pierna y se estremeció.

—No… no sé de qué estás hablando.

Kolis se giró hacia él, la cabeza ladeada.

Fue como si hubiese unas cuerdas invisibles enganchadas a los hombros de Rhain. Se elevó por el aire. Di un paso atrás cuando su espalda se curvó, su boca abierta en un grito silencioso. Las venas de su cuello empezaron a refulgir de *eather*.

—¡Es mío! —grité. Kolis me miró—. Es mi collar. Me lo regalaron hace años —mentí, mis palabras atropelladas—. No sé por qué lo tiene. Ni siquiera sabía que podía hacer eso de proyectar sus pensamientos.

—Querida —ronroneó Kolis—. Venga ya.

—¡Es verdad! Ni siquiera sabía que pudiera hacerse algo así.

—¿Cómo podías *no* saberlo? —masculló Kyn.

—Pero si no lo sabías ni *tú* —espeté, y sus ojos se llenaron con un pulso de *eather*—. Y no es como si Rhain fuese a contarme algo así. Yo ni siquiera le gusto. —Kolis frunció el ceño mientras el *eather* se retiraba de las venas del destrozado cuello de Rhain—. ¡No le gusto! —Esa era otra verdad.

Rhain logró girar la cabeza hacia mí.

—¿Y eso por qué? —preguntó Kolis.

—Supongo que porque apuñalé a Nyktos —le recordé.

—¿Apuñalaste a Nyktos? —preguntó Kyn. Le hice caso omiso.

—También soy contestona y bocazas. Maldigo demasiado. Soy temperamental. Provoco discusiones. Estoy bastante segura de que lo amenacé…

—Lo capto —dijo Kolis, con una mirada de reojo a Rhain—. Yo estaría de acuerdo con muchas de esas cosas. Sobre todo con lo de ser bocazas y maldecir demasiado.

Recé una *jodida* plegaria a los *jodidos* Hados porque muriese una *jodida* muerte lenta y miserable.

Aunque estaba convencida de que Rhain no había estado intentando enviar información a Aios con respecto a mí. Había tenido

la esperanza de enterarse de la ubicación de Ash.

Respiré hondo.

—A lo mejor pretendía comunicarse conmigo, pero no lo ha hecho. ¿Y para qué iba a intentar hablar con nadie más sobre mi ubicación? —me apresuré a continuar—. Estoy segura de que todo el mundo sabe ya que estoy en el palacio de Cor.

—Esa es la cosa, querida —dijo Kolis con voz melosa—. No estás en el palacio de Cor.

Parpadeé.

—¿No estoy en…? —Eso no importaba—. Da igual, Rhain no ha intentado comunicarse conmigo.

Kolis me miró con atención. Un segundo después, Rhain cayó sobre sus pies. Se tambaleó, pero logró no caerse, y luego se dobló por la cintura boqueando.

—Entonces, ¿por qué tenía esto? —La cadenita de plata de Aios colgaba de los dedos de Kolis, y *odié* verla así. Tragué saliva.

—A lo mejor no es tan bueno como crees. —Me forcé a encogerme de hombros—. Y Rhain necesitaba el collar para hacerlo. Tal vez haya pensado que yo podría decirle dónde está Nyktos.

—Como si no se lo hubieses dicho —me acusó Kyn. Mi cabeza voló hacia él.

—A ti no te ha preguntado nadie, capullo.

Kyn se puso tenso y el *eather* crepitó por la piel de sus mejillas de pronto.

—Querida. —Kolis se rio—. ¿No te había dicho que no interactuases con ninguno de los que entraran aquí?

—Entonces, él tendrá que dejar de interactuar conmigo. —Respiré hondo al ver alzarse una ceja de Kolis—. Lo… lo siento. Como he dicho, tengo mal carácter. —Rhain guiñó su único ojo bueno en mi dirección—. Pero no estoy mintiendo.

—Te creo —dijo Kolis, y antes de que pudiera sentir alivio siquiera, se volvió hacia Rhain—. Y por eso, tu muerte será rápida.

—¡No! —Salí disparada hacia delante y cerré las manos en torno a los barrotes. Un repentino dolor agudo alanceó mis palmas. Solté una exclamación y retiré mis manos quemadas al instante—. No tienes por qué hacer esto.

Kolis volvió a arquear esa ceja.

—¿No tengo por qué? Por si te perdiste la parte de la conversación sobre evitar las fuerzas de las Tierras Sombrías, él es parte de esa rebelión abierta. Y eso es traición, un delito castigable con la muerte, incluso en el mundo mortal. También lo pescaron tratando de obtener información. En otras palabras, estaba espiando. Otro delito más castigable con la muerte…

—Solo es leal a Nyktos —lo interrumpí, los músculos del cuello

tensos cuando oí la voz de Rhain en mis pensamientos otra vez.

—¡Debería serme leal solo a mí!

Mierda. Eso no había sido lo más acertado de decir.

—Solo me refería a que está preocupado por Nyktos. Todos lo están. Y tú deberías estar encantado con eso.

El Primigenio de la Paz y la Venganza suspiró de manera sonora, casi más sonora que la voz de Rhain dentro de mi cabeza… la voz que repetía mi nombre, que reiteraba lo que había dicho.

Kolis frunció el ceño.

—¿Por qué habría de estar encantado con eso?

—Buena pregunta —musitó Kyn. Si no se callaba…

—Porque aquellos que sirven en las cortes de tus Primigenios deberían preocuparse por los Primigenios a los que sirven. Si no lo hacen —continué a toda prisa al ver que Kolis abría la boca—, ¿cómo pueden preocuparse por su rey?

Kolis me miró pasmado.

Lo mismo que Rhain por su único ojo bueno.

—Si no son leales al Primigenio al que sirven —continué, el corazón acelerado, mientras oía a Rhain en mi cabeza otra vez—. No pueden serte leales a ti.

Kolis frunció el ceño al tiempo que ladeaba la cabeza.

—No creo que sea así como funciona la lealtad a un rey.

—Así es justo como funciona —exclamé—. En el mundo mortal, la gente es leal a nobles menores, lo cual demuestra su lealtad a la corona porque esos nobles son extensiones de esa corona. —El falso rey me miraba de nuevo, igual de pasmado—. Y cuando las personas reaccionan según su lealtad a esos nobles, no deberían ser castigadas…

—¿Deberían ser recompensadas? —me interrumpió Kolis.

—No. —Hice un esfuerzo por que mi temperamento se calmara, luego continué soltando parida tras parida—. Iba a decir que no deberían ser castigadas con la muerte. *Ni* —e hice hincapié en la palabra— con torturas.

—Entonces, ¿cómo se les castiga? —preguntó Kolis—. ¿Con un azote?

Kyn soltó una risa desdeñosa.

—Se les suele condenar a una pena de una longitud razonable para que piensen en cómo deberían haber manejado la situación mejor —expliqué, consciente de que sonaba de lo más ridículo. Aunque sería un castigo mejor que lo que se solía utilizar en la mayoría de los reinos.

La expresión del rostro de Kolis indicaba que, en efecto, pensaba que era una sugerencia ridícula, y mi miedo por Rhain aumentó mientras lo oía con gran claridad.

*No pasa nada*, dijo. *Estoy preparado para morir*.

Pero yo no.

Sabía que si no conseguía convencer a Kolis de que había una alternativa, Rhain moriría, y sin duda sería una muerte horrible.

También sería otra gota de sangre que Ash tendría que tatuar en su piel.

Me negaba en rotundo a permitir eso.

La determinación llenó todo mi ser y selló las grietas de mi lienzo en blanco. *Conviértete en su debilidad*. Aunque Kolis no estuviese convencido todavía de quién era yo, *quería* que fuese Sotoria. Quería a su preciada *so'lis*. Yo ya era su debilidad.

—Hay otra opción. —Fui hacia la derecha, más cerca de donde estaba Kolis—. Libéralo.

—Tienes que estar de broma —refunfuñó Kyn.

—Liberarlo solo te beneficiaría. Demuestra que puedes ser un dirigente benévolo. Uno inteligente —añadí—. Un rey digno de la lealtad de su gente. Más que cualquier Primigenio que gobierne una corte.

—¿Digno? —susurró Kolis.

—Solo porque creas que alguien ya debería encontrarte digno no significa que lo haga. Matarlo no cambiará eso —le dije—. Pero liberarlo sí. No es como si hubiese conseguido nada, aparte de llevarse una paliza.

—Bueno —comentó Kolis—, eso es verdad.

—Y así envías un mensaje. Libéralo tal y como está. Los demás sabrán que puedes ser feroz *y* generoso, justo como debe ser un rey. —Me acerqué a los barrotes todo lo que pude—. Y liberarlo evitará que la situación empeore aún más.

Pasaron varios segundos antes de que Kolis hablara.

—Ya veo lo que estás sugiriendo, pero no estoy seguro de por qué crees que me importa si los que se rebelan contra mí me encuentran feroz o generoso. —Mierda—. Porque no me importa —continuó Kolis—. Soy digno solo de los que ya me ven como tal.

Bueno, eso no tenía ningún sentido en absoluto. Intenté tragar saliva, pero tenía la garganta demasiado cerrada.

*No pasa nada*, me llegó la voz de Rhain otra vez. *Estoy preparado…*

Lo bloqueé porque sabía lo que afirmaba, pero yo no podía dejar que ocurriera. No podía permitir que Ash perdiera a otra persona que no solo le era leal sino que se preocupaba por él.

Y yo no podía ser testigo de la muerte de Rhain.

—Libéralo —repetí—. Haré lo que tú quieras.

—Seraphena —masculló Rhain con voz ronca, la cabeza suelta sobre sus hombros cuando se giró hacia Kolis—. Simplemente mátame. Joder, mátame y ya está…

Kolis proyectó una mano hacia delante y Rhain… cayó, así sin más. Impactó contra el suelo como un saco de patatas.

—¿Qué has hecho? —exclamé.

—Está bien. —Kolis avanzó unos pasos—. ¿Qué estabas diciendo? ¿Que estarías dispuesta a hacer cualquier cosa por él? —preguntó Kolis en voz baja. Demasiado baja—. ¿Por qué?

Con los ojos clavados en el cuerpo desplomado de Rhain e incapaz de ver su pecho moverse, me recordé que lo habría sentido si hubiera muerto.

—Porque… porque si lo matas, habrá una guerra. Él es importante para Nyktos. —Me ardían las entrañas y se marchitaron un poco al saber que Kyn estaba escuchando esto—. Y como dije antes, ¿cómo podemos empezar de cero si hay una guerra? Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por tener la oportunidad de… —Se me cerró la garganta—. De saber lo que es el amor.

Transcurrió una pequeña eternidad mientras Kolis me miraba.

—¿Cualquier cosa?

Mi corazón cesó su incesante carrera cuando por fin, *por fin*, ese velo de vaciedad ocupó su sitio otra vez.

—Siempre y cuando prometas que Rhain volverá a las Tierras Umbrías, en el mismo estado que está ahora —dije, pues había aprendido de la vez anterior que debía ser lo más clara posible en nuestros acuerdos, algo que no había hecho en nuestro trato sobre Ash —. Cualquier cosa.

El *eather* se calmó dentro de Kolis.

—Entonces, ¿otro trato?

—Sí. —Me medio encogí de hombros, consciente de cómo el movimiento tiraba de mi vestido contra mi pecho y cómo llamaría su atención—. ¿Qué puedo decir? Me gustan los tratos. —Sonreí—. Al fin y al cabo, todo lo que ha llevado hasta este momento es el resultado de uno.

Algo que preferiría no reconocer destelló en la mirada de Kolis.

—Trato hecho. —Asentí, aliviada—. Ya no se te necesita —le dijo Kolis a Kyn—. Del traslado de Rhain se ocupará otro.

—Como deseéis, majestad. —Kyn hizo una reverencia. Cuando se enderezó, me observó con una sonrisa afilada como una cuchilla y una mirada…

Una mirada que decía exactamente lo que sabía que ocurriría.

Aunque estaba inconsciente, no podía permitirme mirar a Rhain. Así que me ocupé sirviendo un vaso de agua mientras Kolis llamaba a Elias para que fuese a buscar a Callum. Se llevaron a Rhain de la habitación en silencio. No sabía cuánto tiempo estaría inconsciente, pero esperaba que fuese el tiempo suficiente para que se lo llevasen de… bueno, de donde me tuviesen retenida en Dalos.

Kolis y yo nos quedamos solos.

Él me observaba.

—¿Cualquier cosa?

Bebí un trago largo y luego me giré hacia él, aunque yo no era yo. Ya no estaba ahí en realidad. Así que no importó cuando asentí.

Kolis parecía refulgir.

—Entonces, esta noche, compartiremos la cama.

*

Poco después de lo que solo podía suponer que era la hora de la cena, los Elegidos volvieron a preparar un baño para mí. No pensé en nada mientras me bañaba, seguramente por orden de Kolis. Tampoco pensé en nada cuando vi el sensual camisón largo y dorado que encontré sobre la cama.

La cama.

Todavía no había dormido en ella.

Me senté en el diván y esperé, vacía y en blanco, hasta que regresó Kolis. Llegó solo, vestido con esos pantalones de lino holgados, el pelo húmedo. Al parecer, él también se había bañado.

Kolis cruzó la habitación y entró en la jaula.

—Si eres quien afirmas ser, eres mucho más atrevida de lo que eras antes.

—¿En qué cosas? —pregunté, aunque me daba la impresión de que tenía una idea bastante clara de a lo que se refería.

—Nunca decías lo que pensabas ni compartías tu opinión, al menos no al principio —explicó.

La presencia de Sotoria se removió cuando un destello de sorpresa parpadeó a través de mí.

—Supongo que mucho tendrá que ver con que las épocas son diferentes.

—¿Supones? —Ladeó la cabeza—. Pero no lo sabes. Porque no lo recuerdas.

Negué con la cabeza.

Kolis no dijo nada durante un rato largo.

—¿Lo que te he pedido te sorprende? —¿Lo hacía? No. No del modo que él lo decía—. ¿Ahora no vas a ser atrevida ni vas a decir lo que piensas? —preguntó.

Podía ser mucho más atrevida de lo que él podría imaginar jamás, porque esta no era yo. Levanté la vista hacia él.

—Me ofreciste a Kyn, así que sí, tu petición me sorprendió un poco.

—Te ofrecí a él solo si no eres quien dices ser —me corrigió—. Si ese no es el caso, entonces no debería preocuparte en absoluto.

¿De verdad creía que eso suponía una diferencia? Fuese o no fuese Sotoria, seguía siendo una persona… Corté de raíz esos pensamientos. Él sí que creía que suponía una diferencia y… y no importaba.

Pasaron unos segundos.

—Lo que dijiste antes… —Levantó la barbilla—. Fue un consejo sabio. Soltar a uno de los hombres de Nyktos sí demuestra que soy razonable y justo.

Una carcajada burbujeó por mi garganta, pero demostré lo sensata que era al no dejarla escapar.

—Y que soy… ¿cómo lo dijiste? Digno de lealtad. —El *eather* se deslizó por su cara—. Te alegrará saber que me han informado de que Rhain llegó de vuelta a las Tierras Umbrías, no más dañado que cuando se marchó de aquí.

Lo único que me permití sentir fue alivio.

—Gracias.

—Espero no arrepentirme de esto si lo que has dicho acaba por ser un engaño —comentó. Y lo haría cuando eso ocurriera. Sin embargo, yo sí que no podía arrepentirme de ello. Rhain vivía—. Y espero que mi benevolencia se recuerde —continuó.

—Así será —mentí sin inmutarme. Ahora eran *todo* mentiras. Esta ya no era yo. En realidad no estaba aquí. Nada de lo que dijese o hiciese importaba.

Kolis se quedó callado y quieto un momento, luego extendió un brazo e hizo un gesto hacia la cama.

—El diván no nos servirá.

Me puse de pie y no me temblaron las piernas. Pasé por su lado y me senté en la cama. El colchón era mullido.

Kolis me miraba como un halcón.

—Túmbate.

*Esta no soy yo.* Me recliné. *No estoy aquí.* Me tumbé de lado y mantuve la vista al frente. *Nada de esto importa.*

Kolis permaneció de pie. Pasaron los segundos. Cerré los ojos porque no quería captar ni un atisbo de lo que él pudiera estar pensando. El tiempo siguió corriendo. No lo oí moverse. Solo sentí cómo la cama se hundía y el calor de su presencia.

Apreté los ojos con fuerza, hasta que vi estrellitas brotar detrás de mis párpados.

Su pecho tocó mi espalda.

*Esta no soy yo.*

Su brazo se deslizó alrededor de mi cintura. Noté que se estremecía.

*No estoy aquí.*

Su presencia, el olor a lilas marchitas y su contacto mancharon mi piel, mancillaron mis huesos.

*Nada de esto importa.*

*

Observé a Callum desde donde estaba sentada ante mi mesita. Estaba estirado sobre el sofá, los pies apoyados en un reposabrazos mientras atrapaba la daga que tiraba al aire una y otra vez.

Con los ojos cerrados.

En contra de mi voluntad, estaba impresionada… también me recordó a Bele, que había hecho lo mismo mientras la modista me tomaba medidas para mi vestido de coronación. Parecía haber sucedido hacía una eternidad. Bostecé mientras jugueteaba con el borde de una servilleta.

—¿No dormiste demasiado ayer por la noche? —preguntó Callum.

—Un montón —mentí.

Kolis y yo habíamos compartido la cama.

Y eso era todo lo que habíamos hecho.

Bueno, todo lo que había hecho *yo*. Kolis había dormido, y lo había hecho de un modo plácido. Yo, por mi parte, había dormido solo una hora o así. Y solo después de que Kolis se marchara por (lo que supuse que sería) la mañana. Había fingido estar dormida. Después de haber pasado la noche entera en tensión con los ojos como platos, mi cuerpo se rindió al agotamiento en el mismo momento en que él salió de la jaula.

Habían pasado horas y todavía no podía creerme que no hubiese pasado nada la noche anterior. Cuando Kolis había hecho su petición, la había hecho en el sentido más literal.

*Compartir una cama.*

Sacudí la cabeza con suavidad. Tal vez yo no lo atrajera.

Ojalá fuera ese el caso.

Por desgracia, sabía bien que no era así. Había visto cómo me miraba el día anterior.

Mis ojos se desviaron hacia el plato de fiambre apenas tocado y las frutas delante de mí. Kolis ni siquiera me había abrazado demasiado fuerte durante la noche. No como Ash. Ni siquiera como lo había hecho cuando no había tenido la intención de…

No quería pensar al mismo tiempo en Ash y en compartir cama con Kolis. Me empezaron a sudar las palmas de las manos y las sequé con la servilleta. No quería que esas dos cosas ocupasen mi mente nunca de manera simultánea. Porque a pesar de que no había ocurrido nada anoche, todavía me sentía… sucia.

Por todos los dioses, tampoco quería pensar en eso. Me concentré en Callum. Seguía entretenido con su daga. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Como en si Rhain había sido capaz de

comunicarle algo a Aios.

Levanté la mano para tocar la delicada cadenita que rodeaba mi cuello. Cuando los Elegidos me despertaron al entrar en la habitación, había descubierto que Kolis había dejado algo para mí en la almohada sobre la que había apoyado la cabeza.

El collar de Aios.

Esperaba tener la oportunidad de devolvérselo.

Lo *haría*.

Seguía sin creer que Rhain hubiese estado tratando de encontrarme. Era leal y lo bastante valiente para arriesgar su vida por Ash. No por mí.

—Estás muy callada hoy —comentó Callum.

—Olvidé que estabas ahí siquiera —mentí. Era imposible no saber que estaba ahí mientras atrapaba una y otra vez la daga en pleno vuelo justo antes de que la hoja se clavara en su pecho.

—Eso ha herido mis sentimientos.

—Ya. —Me di impulso contra la butaca y me levanté—. Ayer me enteré de algo.

Callum tiró la daga de nuevo.

—¿De que eres capaz de prostituirte para salirte con la tuya?

Entorné los ojos y no pensé en lo que estaba haciendo. Simplemente lo hice, cuando una oleada de ira ardiente barrió a través de mí. Las brasas palpitaron al tiempo que mi mirada volaba hacia la daga que se elevaba por el aire. La imaginé bajando a toda velocidad, más deprisa de lo que la llevaría la fuerza de la gravedad, directa hacia el ojo del Retornado.

Y lo que vi se convirtió en mi voluntad.

La daga acababa de girar por encima de Callum cuando un estallido de energía brotó de mí. La hoja se movió un palmo hacia el lado y luego cayó con la velocidad de una flecha recién disparada.

—Joder —mascულló Callum mientras rodaba. Sus rodillas golpearon el suelo un instante antes de que la daga se incrustara en el reposabrazos del sofá donde había estado apoyada su cabeza.

Se giró hacia mí a la velocidad del rayo. Le sonreí con dulzura.

—Cuidado, Cal, podrías hacerte daño.

—No me llames así. —Furioso, se levantó—. ¿De qué te enteraste ayer?

—Me enteré de que no estoy en el palacio de Cor.

—¿Tanto tiempo te ha costado darte cuenta de eso? —Liberó la daga de piedra umbra de un tirón.

—¿Cómo se suponía que debía saber que no estaba ahí? Lo que he visto del lugar me recordaba al palacio. —Lo observé beber un trago de su copa—. Sé que todavía estoy en Dalos.

—Si no supieras eso, tendría serias preocupaciones sobre tu

inteligencia.

Arqueé una ceja.

—¿Dónde estoy, exactamente?

—Estás en el Vita —repuso, al tiempo que envainaba la daga en su cadera—. Es un santuario construido por su majestad para sustituir al consistorio existente.

El consistorio de las Tierras Umbrías estaba en Lethe, en un anfiteatro que albergaba un segundo juego de tronos mucho más grandes. Si este consistorio era igual que el de las Tierras Umbrías, eso significaba que…

—¿Estoy en la Ciudad de los Dioses?

—A lo mejor no tengo que preocuparme tanto sobre tu inteligencia —comentó con sorna. Mis ojos volaron hacia las estrechas ventanas. Había visto la centelleante ciudad solo desde la distancia—. Pareces impactada por esa noticia.

Solo porque me daba la sensación de que sería más difícil escapar de toda una maldita ciudad que de un palacio.

—Creía que la ciudad no estaba en uso.

—¿Y por qué creías eso, exactamente? —Callum dejó su daga envainada en la mesa baja y se acercó despacio a la jaula—. Deja que lo adivine. ¿Te lo dijo Nyktos?

Pues en realidad no. Solo me había dicho que muchas personas habían empezado a llamarla la Ciudad de los Muertos. Y yo había asumido que eso significaba que estaba vacía y ya no en uso. Sin embargo, antes de poder responder, las brasas zumbaron de pronto en mi pecho. Mis ojos saltaron hacia las puertas. Había un Primigenio cerca.

El vestido osciló alrededor de mis pies cuando di un paso atrás para alejarme de los barrotes. Las puertas se abrieron apenas unos segundos después, lo cual demostraba que había estado en lo cierto con respecto a esa sensación.

Kolis entró, la corona en su sitio, y no venía solo.

Una mujer que llevaba un vestido verde de seda lo seguía, su piel de un tono medio de marrón, el pelo oscuro y hasta la barbilla.

—Majestad. —Callum hizo una reverencia cuando se acercaron.

Kolis asintió en dirección al Retornado mientras la mujer que lo seguía fijó sus ojos en mí. El resplandor plateado del *eather* palpitaba detrás de sus ojos oscuros. Era una diosa. Pero apartó la mirada enseguida.

Una diosa nerviosa.

Kolis echó un vistazo a la mesa de la comida.

—¿Te ha gustado la cena? —preguntó con cordialidad.

—Sí —contesté, mi tono suavizado.

La cabeza de Callum giró hacia mí con brusquedad y sus ojos se

entornaron detrás de su máscara pintada.

—Bien. —Kolis chasqueó los dedos y varios Elegidos entraron desde el pasillo.

Se acercaron a la jaula mientras Callum se adelantaba para abrir la puerta con la llave. Crucé las manos y di varios pasos atrás, pues no quería incitar a ninguno de ellos a hacer daño a los Elegidos.

—Dejad las bebidas —les indicó Kolis—. Me da la impresión de que las necesitaremos cuando terminemos.

Los Elegidos no asintieron ni dijeron nada, pero obedecieron su orden. En cuestión de un minuto o dos, se habían marchado de la habitación y las puertas estaban cerradas una vez más.

Aunque la de la jaula permanecía abierta. Ese olor dulce y rancio aumentó cuando Kolis entró, seguido de la diosa.

—Me gustaría presentarte a alguien. Esta es Ione. Sirve en la corte de la Primigenia Keella —anunció Kolis, con un poco de desdén al decir el nombre de la Primigenia.

No me sorprendió oírlo, ya que no esperaba que Kolis le tuviera ningún afecto a la Primigenia del Renacimiento que había ayudado a Eythos a esconder el alma de Sotoria. Pero ¿qué estaba haciendo una de sus diosas aquí?

Ione me dedicó un asentimiento seco y cruzó un brazo por delante de la cuerda negra a su cintura.

—Alteza.

—Ven y siéntate —me dijo Kolis, e hizo un gesto hacia el diván.

Consciente de que los que estaban en la habitación me observaban, fui hacia el sofá y me senté en el borde.

—Ione es única entre los dioses de las llanuras de Thyia —explicó Kolis, en referencia a la corte de Keella. La diosa, por su parte, hizo como si hubiese encontrado algo fascinante en el suelo—. No quedan muchos que puedan hacer lo que hace ella.

Unas campanillas de advertencia empezaron a repicar. Mis ojos volaron hacia Callum. El muy bastardo estaba sonriendo, y su sonrisa rezumaba… una anticipación salvaje.

—¿Qué…? —Tragué saliva—. ¿Qué puede hacer? —pregunté.

—Ver dentro de tus pensamientos —repuso Kolis. Mi corazón empezó a tronar. No, no, no. Mis músculos se agarrotaron—. Puede ver tus verdades y tus mentiras —continuó el falso rey—. Puede ver todo lo necesario.

# Capítulo 18

Al instante, la fachada de mi lienzo en blanco empezó a agrietarse.

Mis ojos saltaban del Primigenio a Ione cuando me levanté del diván. Por todos los dioses, ¿cómo podía haberme olvidado de Taric y no haber pensado que podía haber más dioses como él? Unos que podían ver directos al centro de mi mente… y de mis recuerdos.

Era tonta. No me había preparado para esto y no había tiempo para hacerlo ya.

El miedo arraigó en mi interior, humedeció las palmas de mis manos mientras la realidad me golpeaba con la fuerza de un carruaje fuera de control. Esto era malo, muy malo.

—No tardaremos mucho —explicó Kolis, esa sonrisa prefabricada plantada en la cara—. Ione será rápida y eficiente.

La presión se cerró sobre mi pecho. No solo estaba a apenas unos momentos de que Kolis descubriese demasiado pronto que lo había estado manipulando, sino que también recordaba con gran claridad lo doloroso que había sido cuando Taric había hurgado en mis recuerdos con la misma actitud casual con la que Callum había pasado las páginas de su libro.

—Siéntate —me ordenó Kolis—, para que podamos terminar con esto cuanto antes.

No me moví. En el exterior de la jaula, la sonrisa de Callum se ensanchó aún más. Ese bastardo sabía lo que estaba a punto de pasar. Ya fuese solo por su desconfianza hacia mí o por alguna otra razón (no tenía ni idea), pero parecía que estaba a punto de ver todos sus sueños hechos realidad.

El peso de mi miedo creciente era asfixiante y amenazaba con aplastarme. Se me hizo un nudo en el estómago. Las consecuencias de que mis mentiras salieran a la luz se alzaban ante mí como si fueran una maldición. No lograría que liberaran a Ash y, si Ione notaba cualquier cosa que tuviera que ver con el alma de Sotoria y cómo yo no era ella en realidad, estaba muerta.

—*Siéntate* —espetó Kolis, su paciencia empezaba a escasear.

Entonces sentí a Sotoria, cerca de mi corazón atronador. Sentí *su* miedo y *su* ira, que se unieron a los míos en una mezcla combustible. Las brasas empezaron a vibrar.

—Pareces… nerviosa —comentó Kolis, su expresión estoica, aunque tenía los dedos enroscados hacia dentro.

Pues claro que estaba nerviosa.

Las motas doradas de sus ojos se habían quedado muy quietas.

—¿A qué se debe?

Mi pulso martilleaba en mis oídos y se me secó la boca. *Piensa*, Sera. *Piensa*.

—Tengo miedo —admití, mis pensamientos desbocados. Solo se me ocurrió una cosa que decir—. Un dios me hizo esto una vez y dolió.

Kolis me miró con suspicacia, el ceño fruncido.

—Taric —conjeturó Callum, los labios fruncidos mientras caminaba por el exterior de la jaula—. Bueno, supongo que ahora sabemos a ciencia cierta lo que le ocurrió. La última vez que tuvimos noticias suyas estaba en alguna parte cercana o dentro de las Tierras Umbrías.

Los labios de Kolis se apretaron.

—¿Taric te encontró?

—No fue solo él. Cressa y otro llamado Madis estaban con él —expliqué, con la esperanza de que esta demora me permitiera pensar en algo más que decir—. ¿Por qué lo…? —Miré de reojo a Ione, sin saber cuánto sabía ella, aunque luego decidí que no era mi problema si ella no debía saberlo—. ¿Por qué le habías encargado buscar las brasas si ya sabías dónde estaban?

—Porque no le había encargado buscarlas. Como es obvio —dijo Kolis. Hablaba muy despacio, vocalizando con claridad, como si le explicase una idea compleja a una niña pequeña—. Se suponía que estaba buscando a mi *graeca*.

A su amor.

Yo no era la única que había dado por sentado que Taric y los otros habían estado buscando eso. Incluso Veses lo había hecho.

—¿Los otros se alimentaron de ti? —preguntó Kolis. Negué con la cabeza.

—No, fue solo él. Yo… todavía no sabía quién era yo, pero él parecía saberlo ya cuando me miró. No creo que necesitase alimentarse. Solo… quiso hacerlo.

Un músculo palpitó en la mandíbula del Primigenio.

—Así que se alimentó de ti, pero ¿no os dijo ni a Nyktos ni a ti lo que vio?

—La verdad es que no tuvo la ocasión —admití.

Ione arqueó una ceja, aunque seguía con la vista fija en el suelo. Kolis levantó la barbilla.

—Bueno, pues veremos si eso es verdad, ¿no crees?

Mi corazón dio una sacudida y giré la cabeza hacia Ione a toda velocidad.

—No tiene por qué ser doloroso —me tranquilizó, y por fin levantó

la vista—. Aunque no es del todo cómodo. Después de hacerlo estarás cansada y quizá te duela la cabeza, pero no deberías sentir un dolor inimaginable.

Sí, bueno, el problema no era el dolor. Eso podía soportarlo. Aun así, me aferré a la excusa.

—No puedo pasar por eso otra vez. Fue horrible. —Un escalofrío recorrió mi columna y fue más real que forzado—. No voy…

—*Seraphena*.

Me bloqueé al oír el susurro de Kolis. ¿O lo había gritado? No estaba segura. Fuera lo que fuere, su voz parecía estar en todas partes.

Oh, por todos los dioses.

Una coacción. Estaba usando la coacción otra vez.

—*Mírame* —me instó, su tono suave y tierno, pero aun así contundente y cargado de poder.

Su voz se deslizó por encima de mí como una ola, se filtró por mi piel…

*No*.

Mis dedos se movieron solos.

*No. No*.

Los músculos de mi cuello sufrieron un espasmo mientras me resistía, y las brasas vibraban como locas en mi pecho. Si él tomaba el control, no habría nada que yo pudiera hacer. Nada. *No. No*…

—*Seraphena*. —De repente, Kolis estaba delante de mí, sus dedos sobre mi barbilla.

Me eché atrás y empecé a cerrar los ojos. Podía luchar contra esto, ¿verdad? Tenía brasas primigenias en mi interior. Podía luchar contra eso con… con…

—*Mírame* —exigió Kolis, y una oleada de poder me golpeó con fuerza—. *Ahora*.

Lo intenté… santo cielo, intenté resistirme. Mis músculos sufrieron unos espasmos dolorosos. El aire salió de golpe de mis pulmones y mis ojos se levantaron más allá de su boca. Tenía las aletas de la nariz abiertas de la irritación. Mis ojos conectaron con los suyos y entonces la sentí: la coacción se filtró en mis músculos, los relajó. Su poder se envolvió alrededor de mi mente. Quería gritar, pero no podía.

No podía hacer nada más que obedecer.

Las motas doradas daban vueltas en sus ojos, se deslizaban por debajo y por encima de las hebras de *eather* plateado.

—Te quedarás sentada y no intentarás resistirte a Ione. ¿Lo entiendes?

Mis labios se movieron para formar una sola palabra.

—Sí.

—Buena chica —murmuró, al tiempo que deslizaba el pulgar por mi labio de abajo, con cuidado de no rozar la piel que todavía se

estaba curando mientras yo…

Me levanté, incapaz de estremecerme siquiera.

—Siéntate —repitió.

Como una marioneta, me senté.

Kolis se giró hacia la diosa.

—Haz lo que tengas que hacer. —Se quedó en silencio mientras Ione se acercaba a mí—. Y hazlo lo más deprisa posible. —Kolis me miró, luego apartó la vista—. No quiero que sienta ningún dolor innecesario.

Eso lo decía ahora, pero pronto cambiaría de opinión.

—Por supuesto, majestad. —Ione se arrodilló delante de mí. Unos ojos oscuros iluminados por *eather* conectaron con los míos—. Me parece que ya lo sabes, pero por si había alguna duda, tendré que tomar tu sangre para hacer esto.

Ya lo sabía. Joder, recordaba esa parte con gran claridad.

Ione parpadeó y dio la impresión de recordar solo entonces que no podía contestarle. Levantó mi mano derecha, su piel fría. Se detuvo, elevó las cejas y sus ojos volaron hacia los míos.

—¿Hay algún problema? —preguntó Kolis desde donde observaba todo a palmo y medio, si acaso, de la espalda de la diosa.

Ione se aclaró la garganta.

—No.

—Entonces, empieza ya.

Ione encorvó los hombros y bajó con cuidado mi mano derecha, que dejó en mi regazo antes de tomar la izquierda. Pensé que eso era extraño, pero no podía centrarme de verdad en eso. Mi mente se llenó de lo que estaba por venir. ¿Tendría que reaccionar? ¿Tendría que conjurar las brasas y al menos intentar liberarme? No lo sabía.

El aliento cálido de Ione sobre la cara interna de mi muñeca fue mi único preaviso. Un segundo después, las afiladas puntas de sus colmillos perforaron mi piel. Di una sacudida, porque ni siquiera la coacción fue capaz de evitar eso.

La punzada ardiente discurrió por mi brazo e hizo que se me agarrotaran todos los músculos del cuerpo. Ione succionó con fuerza de la herida y esa punzada llegó hasta mi cuello. Quería arrancar el brazo de su agarre suave, pero no podía moverme. No podía…

Entonces lo sentí.

Un arañar, como dedos contra mi mente. Se hundían en ella despacio, en lugar de excavar con garras como había hecho Taric. Los tendones de mi cuello se agarrotaron y noté cómo mi cerebro se abría.

Ione estaba dentro de mí, en mi mente. Entró con facilidad, y no fue indoloro cuando empezó a hurgar en mis pensamientos y recuerdos. La cena que había tomado quedó relegada a un lado para revelar el rato que había dormido sin soñar, la conversación con Kolis,

y mis mentiras… todas mis mentiras. Ione siguió buscando. Aparecieron imágenes de un cielo lleno de estrellas pero sin luna, luego olas pequeñas que rompían debajo de la Casa de Haides. Esas se fundieron enseguida con otras. Vi el bosque y me oí decirle a Ash que lo quería. Los fogonazos de imágenes llegaban en rápida sucesión mientras Ione veía lo que había visto yo. Oía lo que había dicho yo. Vio las verdades. Todas ellas. Vio también las mentiras. Mi frente se perló de sudor. Un escalofrío rodó a través de mí cuando un dolor agudo alanceó mi cabeza y bajó por mi columna.

Noté cómo temblaba por dentro, las lágrimas anegaron mis ojos cuando la ondulante agonía se convirtió en un fuego. Noté como si me estirasen la piel, como si se afinara. Se me nubló la vista.

¿Que no sería tan doloroso? Ione había mentido. Me daba la sensación de estar ardiendo de dentro afuera, y no había a dónde huir. Ningún sitio donde esconderse. La presión aumentó en mi cráneo, prendió un dolor ardiente que se asentó ahí y echó raíces. Estaba *temblando* y un sabor metálico se arremolinó en mi boca.

Oh, por todos los dioses, ¿sentiría esto Ash, incluso sumido en su estasis? No quería que fuese consciente, pero incapaz de hacer nada.

No podía permitirlo.

*No lo haría.*

Las brasas se avivaron bajo el dolor y me aferré a ellas. *Para*. Me concentré en Ione y forcé a sus rasgos a aclararse. *Para*, grité mientras… empujaba. *Empujé* con mi mente.

La cabeza de la diosa dio una sacudida hacia atrás. Vi un breve atisbo de ojos oscuros muy abiertos, y luego se estaba deslizando hacia atrás sobre las rodillas por encima de la piedra umbra. Se frenó justo a tiempo de no chocar con los barrotes. Levantó la cabeza de golpe y vi que un hilillo de sangre goteaba por la comisura de su labio.

—Vaya. —Callum suspiró desde fuera de la jaula cuando me desplomé hacia delante resollando—. Eso ha sido muy inapropiado.

Temblando, planté la mano sobre la marca del mordisco mientras mis músculos sufrían pequeños espasmos y se contraían una y otra vez. El fuego tardó en aliviarse, igual que la otra vez.

—¿Qué has visto? —preguntó Kolis, su voz cerca de mí. Demasiado cerca.

—Mucho —boqueó Ione, al tiempo que se levantaba sobre piernas inestables. Mientras tanto, yo intentaba superar la agonía que aún perduraba—. Las brasas en ella son poderosas.

—Eso ya lo sé —declaró Kolis—. ¿Es mi *graeca*?

Noté el cuello débil y suelto cuando levanté la cabeza y vi la expresión ansiosa de Callum. Invoqué a las brasas y ellas aletearon de un modo muy parecido a como lo hacía mi corazón. Maldita sea, no

tenía tiempo para que se debilitaran ahora. Dispondría de escasos segundos, si acaso.

—Lleva el alma de la llamada Sotoria —repuso Ione, al tiempo que secaba con discreción el hilillo de sangre de su barbilla—. Es ella.

Me quedé paralizada.

Todo se quedó paralizado.

Incluso la *estúpida* cara de Callum.

—¿De verdad? —susurró Kolis.

—Sí. —Ione asintió, al tiempo que cruzaba las manos—. Es ella.

Pero eso… eso no era verdad. E Ione lo sabía.

Callum se apartó de la jaula sin dejar de negar con la cabeza.

—¿Y… y quiere a Nyktos? —La voz de Kolis vaciló, luego se serenó—. ¿Está enamorada de él?

—Le tiene cariño —contestó Ione, sus ojos clavados en los míos—. Pero nunca ha amado de verdad… ni la han amado a cambio. —Ione apartó la mirada y se giró—. Sin embargo, quiere hacerlo. Hará cualquier cosa por tener eso.

Santo cielo, la diosa estaba mintiendo de verdad sobre *todo*. Bueno, excepto esa última parte. Sí quería que me amara Ash y haría cualquier cosa para conseguirlo. Pero ¿el resto? Una mentira tras otra.

Estupefacta, la observé caminar hasta la mesa. Mientras llenaba una copa delgada con el agua burbujeante, intenté asimilar el hecho de que esta desconocida acababa de salvarme la vida.

—De verdad eres tú. —La voz de Kolis fue un susurro ronco que me sacó de mi ensimismamiento.

Mi mirada voló hacia el Primigenio. Me miraba como lo había hecho la primera vez que le había dicho que era ella, cuando debió de oír la voz de Sotoria en la mía. Me di cuenta entonces de que esa había sido la única vez que lo había visto mostrar algún tipo de emoción real aparte de ira. Todo lo demás había sido ensayado. Una copia de lo que veía en otros. Pero ahora, como entonces, sus rasgos se avivaron con una sensación de asombro tangible, los ojos muy abiertos, maravillado.

—Yo no… —Kolis dejó la frase en el aire, como si no se hubiese permitido terminar lo que había estado a punto de decir.

El dolor casi había desaparecido de mi cabeza, pero mi cuerpo se tensó a cada segundo que pasaba con esa mirada agobiante de Kolis fija en mí. Me quedó claro que no había estado convencido al cien por cien.

Ahora, lo estaba.

Era otra cosa más sobre la que debería sentirme aliviada… y lo estaba. Pero su mirada… Me moví, incómoda, y deseé de repente poder poner un mundo entero de distancia entre nosotros.

—Esto tiene que ser algún tipo de mentira —musitó Callum, que

sonaba casi *asustado*.

—Yo no miento —lo cortó Ione. El *eather* palpitó en sus ojos, que pasaron de la noche al día—. No tengo ninguna razón para hacerlo.

Oh, desde luego que mentía. No podía estar segura de por qué lo había hecho la diosa, pero solo podía suponer que, igual que la Primigenia a la que servía, no era una partidaria de Kolis.

Aun así, este era un riesgo inmenso para ella. Más aún que el que había corrido Attes. Ione acababa de mentirle a Kolis a la cara sobre Sotoria. Corría el riesgo de que viniese otro dios, leyera mis recuerdos y contradijera su afirmación.

A menos que Ione y Taric de verdad fuesen únicos y los últimos que podían hacer esto.

—Pero no se parece a Sotoria —protestó Callum.

Se me ocurrieron dos cosas al mismo tiempo. El Retornado acababa de confirmar lo que había dicho Attes: que si fuera Sotoria me parecería a ella. Pero, lo que era más importante, Callum debía de haber conocido a Sotoria.

—Eso no significa nada —apuntó Ione, y me dio la sensación de que la diosa estaba mintiendo de nuevo—. El renacimiento de un alma no es lo bastante común como para saber con exactitud la apariencia que tendrá.

Mi mente daba vueltas como loca mientras ellos dos discutían. La primera vez que Sotoria había muerto… por los dioses, había sido hacía cientos de años, casi mil, allá cuando Kolis gobernaba como el verdadero Primigenio de la Muerte y su hermano como el Primigenio de la Vida. Entonces, ¿cuántos años tenía Callum en realidad? ¿Había creado Kolis a Callum antes de robarle las brasas a Eythos?

¿O la habría conocido Callum décadas más tarde, después de haber sido arrancada de la paz del Valle para traerla de vuelta a la vida… después de que Kolis robase las brasas y la trajera de vuelta? Nadie sabía con exactitud cuánto tiempo había vivido durante esa segunda vida. Pero aun así, incluso eso había sucedido hacía cientos de años.

Estaba claro que Callum era viejo, y tal vez Kolis había sido capaz de crear Retornados ya antes de robar las brasas primigenias de vida.

—Deberías beber. —Ione me ofreció la copa—. Ayudará a asentar tu mente.

Con la mano un poco temblorosa, estiré el brazo y tomé la copa de sus manos. Nuestros ojos se cruzaron.

—Gracias —dije, con la esperanza de que supiera que no era solo por el agua por lo que le daba las gracias.

Una leve sonrisa apareció en sus delgados labios, lo cual suavizó sus rasgos afilados.

—De nada.

Bebí un sorbito de agua afrutada y luego tragué. Ione se volvió

hacia Kolis de nuevo. Las manos del Primigenio se abrían y cerraban sin parar a sus lados.

—Me alegro de que hayáis encontrado a vuestra *graeca* —declaró Ione, y casi me atraganté con mi agua, los ojos y la garganta ardiendo—. Debéis estar loco de alegría.

—Lo… lo estoy —murmuro Kolis.

Pensé que tal vez debería sentarse, pues parecía a punto de desplomarse.

—¿Necesitáis algo más de mí, majestad? —preguntó Ione.

—No. —Las manos de Kolis se pararon—. Aprecio tu ayuda y no será olvidada.

Ione asintió, dio un paso atrás e hizo una reverencia en dirección a Kolis antes de girarse hacia mí. Sonrió, el *eather* ahora un pulso tenue detrás de sus pupilas. Fue una sonrisa rápida. Yo la vi. Kolis no. Su atención estaba fija en mí. Podía sentirla, como si me estuviese asfixiando envuelta en una manta demasiado gruesa y basta.

—Buen día, consorte. —Ione inclinó la cabeza.

Farfullé algo en respuesta.

—Ione —la llamó Kolis, y mis dedos se apretaron en torno a la copa. La falsa calidez de su voz activó de inmediato el tañido de unas campanas de advertencia.

La diosa se detuvo ante la puerta de la jaula.

—¿Sí, majestad?

Bajé la copa a mi regazo y observé cómo los labios de Kolis se curvaban en una sonrisa apretada.

—Te has dirigido a ella como «consorte».

—Sí, yo… —Sus cejas arqueadas se fruncieron—. ¿No debía hacerlo?

—No —respondió Kolis—. No debiste.

La mirada recelosa de Ione nos miró a uno y otro.

—Mis… mis disculpas. Lo…

—No pasa nada —intervine—. Ese es mi título.

Kolis giró la cabeza hacia mí, sus ojos tan quietos y planos como las aguas de mi lado. Se me erizaron los pelillos de la nuca.

—Ya no es como se te debe llamar.

Me invadió una repentina oleada de miedo, aunque pugné por que no se reflejase en mi cara. Me costó todo lo que tenía dentro conseguir ponerme ese velo de vaciedad.

Kolis me sostuvo la mirada.

—Tu coronación no fue reconocida ni aprobada por mí. —Me quedé boquiabierta. Esa era una mentira descarada—. Por lo tanto, la coronación en sí fue inválida —continuó. No podía creer lo que estaba oyendo, pero él se giró otra vez hacia la diosa—. ¿Lo entiendes?

—Yo… no sabía eso. —Ione bajó los ojos y asintió—. Lo entiendo.

No estaba ni cerca de ser el lienzo en blanco que necesitaba ser ahora mientras apretaba los dientes. Mi furia no tenía nada que ver con perder mi supuesto rango en no se sabe qué ridícula estructura de clases; era por el mensaje que estaba enviando a los otros Primigenios. Les estaba diciendo que toda acusación de que Kolis estuviese rompiendo la tradición al tomarme podía ser desacreditada.

Solo los Primigenios Attes y su hermano Kyn habían estado presentes cuando Kolis nos dio a Ash y a mí su permiso. Era casi seguro que este último apoyase cualquier cosa que dijera Kolis, pero Attes…

Él me había hecho un juramento.

Sin embargo, el falso rey no era consciente de eso. Igual que no tenía ni idea de que Ione le había mentido.

Mi ira se enfrió mientras Ione cruzaba la habitación. Attes tendría que apoyar a Ash, y eso incluía decir la verdad acerca de que Kolis había dado su permiso. Era obvio que los otros Primigenios podían elegir no creer a Attes ni a Ash, pero los planes de Kolis no eran tan astutos como creía que eran.

—Majestad —empezó Callum una vez que Ione se hubo marchado.

—Ya sé lo que piensas, Callum. Comprendo que es difícil de creer. Y de aceptar —dijo Kolis. La inexpresividad de su mirada desapareció y las motas doradas empezaron a centellear con fuerza—. Y tienes razón. Tiene un aspecto diferente, pero las similitudes están ahí. Puedo verlas.

Callum no dijo nada, pero él también me miraba.

Por todos los dioses. Que lo hiciera uno ya era bastante malo de por sí, pero ¿aguantar el escrutinio de ambos? Me entraron ganas de sacarles los ojos.

—Pero es ella —continuó Kolis. La expresión del rostro de Callum se volvió cada vez más inquietante; me recordó a como sabía que había mirado yo a Tavius—. Después de todo este tiempo, mi *graeca* ha vuelto a mí.

Aparté la mirada de Callum, levanté la vista hacia el falso rey y sentí que mis labios se curvaban en una sonrisa. Una sonrisa real que no tenía nada que ver con sus palabras. Su convicción significaba una sola cosa que me importase.

—Como has podido ver, te estaba diciendo la verdad.

—Lo veo, sí. —Los ojos de Kolis se suavizaron, lo cual llevó vida a sus rasgos una vez más—. Cumpliré mi parte del trato —me dijo—. Y tú cumplirás la tuya.

Se me hizo un agujero en el estómago, pero noté que asentía y sonreía.

El pecho de Kolis se elevó con una respiración profunda, sin apartar la vista de mí. Pasó un segundo. Después varios más. Mi

sonrisa empezó a diluirse.

—Callum, te haré llamar más tarde.

El Retornado hizo una reverencia rígida.

—Sí, majestad.

Un susurro de inquietud se cernió sobre mi nuca mientras observaba a Callum salir de la habitación y cerrar la puerta a su espalda.

—Cuando sonríes, te pareces más a como te recordaba —comentó Kolis, su voz más pastosa.

Mis ojos volvieron al falso rey.

¿Estaba más cerca?

No lo había oído moverse, pero me daba la sensación de que lo estaba. Y mientras me miraba, sus rasgos perdieron parte de esa suavidad para volverse más finos, más crudos. Mi inquietud aumentó ante el claro cambio que había ocurrido tras mi sonrisa. Se me puso la carne de gallina. Las brasas se agitaron, pero algo más se movía nervioso en mi pecho cerca de ellas. Era una conciencia, una que me advertía de que no estaba segura a solas con él.

Empecé a reconocer la expresión de sus ojos. La había visto en Ash: una *necesidad* depredadora. Solo que esta no evocó en mí la misma respuesta, ni de lejos. Mi cuerpo no se incendió de deseo. Me quedé helada hasta la médula.

Joder, no debería haberle sonreído.

Espera, ¿en qué estaba pensando? ¿No debería haber sonreído? Solo le había *sonreído* al Primigenio, joder. Eso era todo. No era una invitación y no estaba preparada. No estaba ni cerca de ser el lienzo en blanco que necesitaba ser.

*Nunca estarás preparada para eso*, me susurró una voz que me hizo dar un respingo. Mi pulso trastabilló. ¿Eso había… había sido un pensamiento de Sotoria? ¿De verdad podía hablarme? ¿O acaso estaba perdiendo la cabeza? Esto último era muy probable, y de verdad que necesitaba recuperar la compostura porque tenía que encontrar una manera de salir de esta.

Pese a haber creído que Kolis quería algo más que solo compartir una cama conmigo la noche anterior, no estaba preparada para lo que vi en sus ojos ahora.

Era diferente de lo que había visto el día anterior. Era algo fogoso. Vivo. Más potente. Había necesitado que fuese Sotoria. Ahora, estaba convencido de que lo era, y eso cambiaba las cosas.

Me puse de pie de golpe, la boca seca. Kolis no mostró reacción alguna a que me hubiese movido.

—Me siento bastante cansada.

—Me he pasado siglos esperándote. —Habló como si yo no lo hubiese hecho, y el sonido casi gutural de su voz me provocó una

sucesión de escalofríos por la columna.

—Eso es mucho tiempo —empecé, haciendo un esfuerzo supremo por que no se me notara el pánico creciente en la voz—. Pero… —Solté una exclamación.

De repente, Kolis estaba delante de mí. Di un paso atrás y tuve que luchar con el instinto natural de obligarlo a retroceder.

—He llenado espacios como este con innumerables imitaciones de ti. —Hice una mueca y me encogí un poco—. Lo siento. No debí haber intentado recrear lo que sentía por ti —declaró, al tiempo que me quitaba la copa de mis dedos entumecidos—. Pero me sentía solo. —Había malentendido mi reacción a lo que había dicho. Cerró los ojos —. He estado tan tan solo, *so'lis*…

Mis músculos se agarrotaron con el esfuerzo que me costó quedarme quieta en lugar de utilizar mis años de entrenamiento contra él.

—Y yo siento que fuera así.

Kolis me atrajo hacia sí y envolvió los brazos alrededor de mi cuerpo rígido con tanta fuerza que sentí cómo su corazón martilleaba contra mi pecho. No tenía ni idea de lo que había hecho con mi copa.

—No puedes sentirlo tanto como lo he sentido yo —murmuró, y deslizó una mano por detrás de mi cabeza.

Con los brazos pegados a mis costados, abrí los dedos.

—Kolis…

Abrí los ojos como platos. Joder, ¿me estaba oliendo otra vez? Intenté que hubiera algo de espacio entre nosotros, pues ese espantoso vestido no era barrera alguna entre nuestros cuerpos, pero su agarre era inamovible.

—Te necesito —susurró.

Todos los músculos de mi cuerpo se pusieron rígidos. Y, por todos los dioses, unas imágenes asquerosas centellearon en mi mente y amenazaron con inundar la menguante vaciedad que había creado dentro de mí misma.

—Solo necesito abrazarte. —Kolis se estremeció.

Parpadeé, confusa.

Vale, una vez más, ahí no era adonde había ido mi horrorizada mente, aunque no estaba segura de que esto fuese mucho mejor. No quería que me abrazase.

O bien no le había dado una respuesta lo bastante a tiempo, o bien simplemente no esperó, porque de repente estaba sentado en el borde de la cama y yo estaba en su regazo, mis malditos pies colgando en el aire.

Su mano se enredó en mi pelo mientras continuaba respirando mi aroma. Kolis todavía temblaba y todo mi ser estaba sumido en una rebelión congelada, apenas capaz de forzar un hilillo de aire hasta mis

pulmones. Dentro de mí, cerca de las brasas, se acumulaba un grito. Uno que solo yo podía oír.

Pugné por mantener la calma y busqué una manera de desviar su atención de mí.

—¿Liberarás a Nyktos ahora?

Apretó la frente contra la mía.

—¿Qué? —preguntó con una risa que sonaba dubitativa. Mi corazón tronaba con fuerza.

—Hicimos un trato —le recordé—. Prometiste liberarlo si…

—Ya sé lo que prometí —me interrumpió, su voz cambiada, más cortante—. No puedo creer que hayas sacado ese tema mientras te abrazo. —De repente, fui consciente de lo quieto que se había quedado Kolis y lo caliente que se había puesto su cuerpo—. Que hayas pronunciado su nombre siquiera. —Se echó atrás y vi entonces que su piel… joder, se había afinado. No había ninguna aura dorada de *eather*, y vi el leve brillo de sus huesos bajo su piel. Si tenía en cuenta la última vez que había visto algo así, esto no era buena señal.

Mi respuesta de lucha o huida se activó al instante. Me eché atrás todo lo que pude. Nos miramos a los ojos. Fueron solo un segundo o dos, sus ojos sendos charcos de *eather* espolvoreado de dorado.

Y entonces atacó, como una serpiente de cascabel. Hundió los colmillos en mi cuello.

# Capítulo 19

Todo mi cuerpo dio una sacudida. El repentino *shock* de la agonía aumentó los gritos procedentes de mi interior. No podía respirar, no podía moverme mientras mis ojos volaban hacia arriba.

Sin embargo, recibí el dolor con los brazos abiertos y me aferré a él mientras su boca se movía sobre mi cuello. Mis manos sufrieron un espasmo, luego cerré los puños. Contemplé los relucientes barrotes dorados, el fuego abrasador que surcaba mis venas era como un millar de cuchillos pinchando mi piel. La oscuridad empezó a colarse en la periferia de mi visión.

Las brasas palpitaban como locas, presionaban contra mi piel. Las sombras que invadían mis ojos desaparecieron en un fogonazo plateado. Reprimí un gemido cuando la cabeza de Kolis se movió. Sus colmillos aflojaron su brutal agarre sobre mi cuello y la agonía… oh, por todos los dioses, el dolor se estaba diluyendo. *No. No. No.* Mi pecho se hinchó con una respiración demasiado breve cuando un calor indeseado se coló en mis venas.

*No. No. No.*

Esto no estaba pasando. No podía pasar. Me clavé las uñas en las palmas de las manos, pero las chispitas de dolor se perdieron en un pulso sensual y grotesco mientras Kolis succionaba sobre la herida.

No quería esto.

Los… los gritos habían cesado. Sentí que la presencia en mi pecho se acallaba, aunque las brasas palpitaban con fuerza en respuesta a mi repugnancia, mi violenta furia y mi creciente desesperación por parar esto.

La esencia bulló dentro de mí, presionó contra mi piel, y el impulso casi instintivo de echar mano de ella empezó a apoderarse de mí. Mi piel empezó a vibrar mientras la jaula y la habitación quedaban bañadas en plata…

*No.*

Reprimí el instinto de emplear las brasas y las insté a calmarse. Tenía que hacerlo. Mi corazón seguía tronando. Si las usaba contra Kolis, se enfadaría, y Ash… seguía encarcelado. No podía ponerlo en riesgo. No lo haría. Él era demasiado importante. Podía soportar esto, igual que lo había soportado Ash cuando Veses había acudido a él para alimentarse.

Me concentré en mi respiración, la esencia se calmó, aunque mi

corazón tronaba. Necesitaba desesperadamente reunir los andrajosos restos del velo de vaciedad que solía ser como una segunda piel para mí. Podía hacerlo. Podía soportar esto. Me había pasado años preparándome para algo así.

Aunque eso había sido antes de Ash.

Las náuseas me revolvieron el estómago, al tiempo que una pesadez preocupante se asentó sobre mi pecho y más abajo. Kolis gimió y sus brazos se apretaron mientras bebía de mí. Esto… esto no tenía nada que ver con antes. Cerré la mandíbula, fijé la vista en el racimo de diamantes por encima de mi cabeza. Parecían palpitar, como si una luz en su interior se moviera deprisa. Kolis succionaba con fuerza de mi vena, sus caderas daban sacudidas contra mi trasero…

Oh, por todos los dioses, iba a vomitar. Joder, iba a vomitar.

¿Hasta dónde llegaría esto?

*Hasta el final, no*.

El miedo penetró en esa neblina indeseada. *Inspira*. Lo supe… oh, por todos los dioses, supe entonces que no podría hacer nada para ganarme la confianza de Kolis. *Contén*. No podía engañarme. Si esto seguía escalando, no sabía lo que haría, pero sería malo. *Espira*. Lo sentía en el violento zumbido de poder en mi interior. *Contén*.

Una de las manos de Kolis se deslizó por mi costado para luego cerrarse sobre mi cadera, dejando un rastro de escalofríos indeseados. Esto no me estaba pasando. Yo no estaba aquí. Esto no importaba…

Decirme eso no estaba funcionando.

Apreté los ojos con fuerza para contener el aluvión de lágrimas. Perdí la concentración y mis pensamientos echaron a correr frenéticos. Lo odiaba. Odiaba a Kolis y odiaba a Eythos por haber creado esta situación. Odiaba a los Hados por haber impedido que Eythos se lo contase a su hijo. Y odiaba con toda mi alma cómo me recordaba esto a Tavius y a la forma en que me había sujetado en mi dormitorio.

*Estaba atrapada*.

Las brasas se removieron de nuevo, en respuesta a mi tormenta de emociones.

Mantuve los ojos cerrados y pensé en Ash. Sus rasgos cobraron forma en mi mente y recordé la noche en que nos habíamos quedado dormidos juntos en su balcón. Esa había sido una primera vez para nosotros. Para mí. Me aferré a ese recuerdo y borré a Kolis de mi mente. Lo eliminé de esta experiencia. Lo *saqué* de ella. Él no estaba aquí. Yo tampoco.

Estaba de vuelta en las Tierras Umbrías, acurrucada contra Ash, segura y feliz. Ahí fue donde me refugié hasta que Kolis por fin dejó de alimentarse y de moverse contra mí.

Adoptó una quietud imposible una vez más, su cuerpo tan rígido

como el mío. Me dolían los dedos y las palmas de las manos de lo fuerte que las había apretado. Conté los segundos que pasaban en silencio, y apenas respiré mientras lo hacía.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Los brazos de Kolis se aflojaron y luego se retiraron. Me levanté de un salto como una flecha recién disparada. Me temblaban las manos y las piernas. La parte de atrás de mi vestido estaba mojada.

La bilis trepó por mi garganta. Di un paso atrás y levanté la vista hacia Kolis. Notaba las brasas presionar contra mi piel una vez más. Un revoltijo de emociones rugía a través de mí y me dejó jadeando. La ira moteaba mi piel y algo que ni siquiera debería sentir hacía que me hormigueara la piel, dejándome cientos de cortes brutales mientras una parte de mí (una parte estúpida y, de algún modo, ingenua) no podía creer lo que acababa de pasar.

Kolis estaba ahí sentado y una cortina de pelo rubio ocultaba sus rasgos. Se miraba el regazo y el manchurrón de humedad muy visible en sus pantalones. Se estremeció de la cabeza a los pies.

—Lo siento. —Su cabeza se levantó de golpe—. Me… me he humillado a mí mismo —farfulló—. Te he humillado a ti. —Sentí un hormigueo por la nuca—. Perdí el control. —Sus ojos se cerraron, su rostro se crispó—. No… no pretendía hacerlo. —Todo lo que pude hacer fue mirarlo—. Quería que esta vez hubiese sido diferente. No quería asustarte con mi pasión y mis celos. Debes perdonarme —suplicó—. Me superó la emoción, eso es todo. Te he esperado durante tanto tiempo…

No podía oírlo. Los gritos en mi cabeza ahogaban sus excusas. Eran de Sotoria y míos, llenos de ira, incredulidad y puro odio. Sonaban tristes y, durante todo ese rato, él… maldita sea, él sonaba *angustiado*.

De pronto, Kolis se levantó y dio un paso hacia mí.

Me puse tensa.

Sus ojos se cerraron una vez más, su expresión consternada.

—Jamás volverá a ocurrir nada parecido. —Respiró hondo, levantó los párpados y fijó la vista en mí—. ¿Lo entiendes? No tienes que temer que se repita.

Conté los segundos otra vez.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Noté que mi cabeza asentía, pero no lo creía. Kolis tragó saliva.

—Por favor… —Se aclaró la garganta—. Por favor, di algo.

—Un baño —dije, mi voz extrañamente serena—. Me gustaría darme un baño.

*

Me quedé sentada en la bañera, las rodillas pegadas al pecho. El agua caliente que los Elegidos habían traído en cuestión de minutos después de que Kolis se marchara de la habitación hacía mucho rato que se había enfriado.

No sabía cuánto tiempo había pasado ahí. ¿Minutos? ¿Horas? Todo lo que sabía era que se me había quitado el miedo a bañarme. En cuanto Callum y los Elegidos habían salido de la habitación, me había sacado ese vestido repugnante y prácticamente me había tirado de cabeza dentro de la bañera. El horror del incidente que había sucedido al otro lado de la pantalla de privacidad a la que ahora miraba había sustituido a mi temor anterior.

Había tantas cosas más a las que temer ahora…

Cosas de las que todas las mujeres se preocupaban, ya fuesen mortales o diosas. Cosas que sabía que Kolis era capaz de hacer desde el momento en que me había enterado de lo que le había hecho a Sotoria. Cosas a las que sabía que tendría que enfrentarme. Desde el momento en que le dije que era Sotoria, había sabido que yo no sería como sus otras favoritas. No se contentaría con observar. Sabía que esas *cosas* sucederían. Era una de las razones por las que había tratado de escapar y por las que gritaba «que le den al bien mayor».

Sin embargo, desde el momento en que había decidido utilizar su amor por Sotoria en mi propio beneficio, había sabido lo que ocurriría. Y había sabido que quizá tendría que iniciarlo yo misma.

Me había dicho a mí misma que estaba preparada. Que podía hacerlo. Me había autoconvencido de ello. Había *sabido* que esto podía pasar. Pero mi estúpida e ingenua consternación aún perduraba. No lo entendía. No podía. O quizá *no quería*. Porque me había preparado para la posibilidad de tener que seducir a Kolis para ganarme su confianza y ganar la libertad de Ash. Y aunque no era que estuviese a gusto con ello, al menos había tenido alguna semblanza de control.

Hacía un ratito, en cambio, no había tenido ningún control.

Ninguno.

Y tampoco había tenido ninguna elección.

En realidad, no. Porque elegir no arriesgar a Ash o mi bienestar físico no era una jodida elección. Debía haber estado equivocada antes. Holland había estado equivocado. No siempre había opciones entre las que elegir. No unas reales.

Levanté la mano para tocar con cuidado el mordisco de mi cuello. Hice una mueca. Kolis podía al menos haber cerrado la herida. Dejé caer la mano y enterré la barbilla entre mis rodillas, los músculos de mi cuerpo tensos a pesar de llevar un buen rato sumergida en agua caliente. Aun así, me sentía embotada. Desconectada. Cerré los ojos.

Había tenido suerte. Esta vez. La cosa podía haber sido peor que él desahogándose mientras se alimentaba. Podía haber ido más lejos que eso.

Sin embargo, no me sentía afortunada.

Sentía asco. Ira. Rabia. Desesperación. Vergüenza. Y estaba enfadada conmigo misma por sentir todo eso siquiera, porque ya sabía cómo eran las cosas. Me sentía *débil*. Y no lo era. Con o sin brasas, era fuerte, joder. Físicamente. Mentalmente. Me había agrietado un poco ya antes, pero no era débil. Aun así, ahora me sentía así. Lo sentía todo mientras estaba ahí sentada en el agua tibia.

Pero al mismo tiempo, no sentía nada de nada.

# Capítulo 20

Poco después de que sirvieran el desayuno, el halcón plateado entró volando por la estrecha ventana y viró con elegancia al pasar planeando junto a la lámpara de araña.

Dejé mi vaso en la mesa y di un paso atrás. Suponía que era Attes, pero Kolis también podía adoptar forma de halcón.

Guardé silencio y observé al halcón replegar las alas contra los costados, con cuidado de no rozar los barrotes al pasar entre ellos. La criatura emplumada voló en círculo cerca del racimo de diamantes y luego bajó en picado. Al mismo tiempo, una especie de luz estelar lo engulló y las brasas vibraron. Me relajé cuando vi su pelo castaño claro.

Attes estaba delante de mí.

—Meyaah *Liessa*. —Cruzó un brazo por delante de su pecho e hizo una reverencia. Arqueé una ceja ante semejante saludo.

—Eso no es necesario.

—Sí lo es. —Se enderezó—. Eres la…

—Ya lo sé. Da igual. Estás desnudo. —Hice una pausa—. Otra vez.

Esbozó una media sonrisa que suavizó la cicatriz de su cara con la leve aparición de un hoyuelo. Estaba dispuesta a apostar a que la combinación de las tres cosas cautivaba a muchas personas.

Mientras yo estiraba la mano hacia una jarra, él conjuró ropa de la nada.

—Estoy celosa de ese talento —admití—. Haría aparecer ropa de verdad.

—Podría hacer algún comentario al respecto —dijo con voz sensual—. Pero es posible que tu marido me cortase la lengua y me sacase los ojos y le diese ambas cosas de comer a Setti.

*Tu marido*. Una punzada de dolor se avivó en mi pecho. Dos palabras que jamás pensé que me afectarían de ese modo. Dos palabras que jamás había pensado que se aplicarían a mí.

Me aclaré la garganta y levanté la jarra.

—¿Quieres tomar algo?

—Gracias, pero no puedo quedarme mucho tiempo. Kolis está, bueno… sus movimientos han sido impredecibles los últimos días. —Resoplé con desdén—. Siento no haber podido volver antes —se disculpó—. Pero tengo noticias para ti.

Lo miré. Se había cubierto de negro desde los tobillos hasta el

cuello. Debía estar muy preocupado por que Ash se enterase de su desnudez porque esto era un poco excesivo.

—Espero que sean sobre el marido al que está claro que temes.

Attes se quedó callado, durante tanto tiempo que pensé que a lo mejor no le había contestado en voz alta. Levanté la vista hacia él, a punto de repetir lo que había dicho, cuando vi lo que estaba mirando.

Mi cuello.

Di un paso atrás y giré la cabeza, como si eso pudiese de alguna manera deshacer lo que ya había visto.

Un rubor trepó por mis mejillas.

—¿Tienes…?

—¿Kolis? —gruñó Attes. Me puse tensa.

—No, fueron dos mosquitos muy gordos. —Mi broma cayó como una tonelada de ladrillos impregnados de estiércol. El *eather* palpitaba en sus ojos—. Estoy bien.

—Seraphena…

—Lo estoy —insistí—. Lo único que hizo fue alimentarse de mí. —Levanté la barbilla—. ¿Tienes noticias de Nyktos?

Tardó un momento, pero el pecho de Attes por fin se movió al soltar el aire.

—Lo están despertando de su estasis —anunció—. Ha durado más de lo esperado.

La presión se cerró sobre mi pecho y mi mente se convirtió en un maremoto de miedo por Ash. Un miedo que agrietó un poco el velo que me había puesto.

—¿Sabes por qué?

—No lo sé a ciencia cierta, pero… —Los ángulos de su rostro se afilaron—. Tengo mis sospechas.

Di un paso hacia él.

—Cuéntamelo.

—Creo —dijo, después de vacilar un segundo—, que fue incapacitado por un arma hecha con los huesos de un Antiguo.

Me empezó a temblar la mano al recordar lo que me había dicho otra vez acerca de ese tipo de armas. *Pueden incluso sumir a un Primigenio en una estasis de años*.

—¿Pero ya no está incapacitado?

Attes negó con la cabeza.

Sentí un alivio enorme y apreté los ojos con fuerza. Eran buenas noticias. Unas noticias estupendas.

—La única razón que se me ocurre para que Kolis haga tal cosa es porque planea liberarlo —dijo Attes—. Entiendo que eso significa que has hecho progresos con tus planes.

—Sí. —Abrí los ojos—. Kolis ha prometido liberarlo.

Ahora fueron los ojos de Attes los que se cerraron.

—Gracias a los Hados.

—No sientas demasiado agradecimiento todavía —le advertí—. No hasta que de verdad esté libre. Hasta entonces… —Me giré y caminé hacia los barrotes que daban a las puertas cerradas de la habitación—. Hasta entonces, tendré que tener cuidado de no darle una razón para que encuentre alguna fisura en nuestro trato.

—No puedo ni imaginar lo difícil que debe ser esto para ti.

—De hecho, *sí* te lo puedes imaginar. —Deslicé el pulgar por el borde de mi vaso. Se produjo un breve silencio.

—¿Este trato es como el que hiciste para liberar a Rhain?

La tensión se extendió por mis hombros.

—Supongo que te lo ha contado Kyn. —Las comisuras de mis labios se apretaron—. Tu hermano es un capullo, por cierto.

Oí un suspiro apesadumbrado detrás de mí.

—Sí que lo es —convino—. Aunque no siempre lo fue.

Me giré hacia él.

—Eso me parece difícil de creer.

—No puedo culparte por ello, pero ¿si lo hubieses conocido hace un par de siglos? Habrías visto un lado diferente de él. —Attes deslizó una mano por su pecho—. Uno pacífico.

Arqueé las cejas. ¿Hace un par de siglos?

—Supongo que tendré que creerte.

Apareció una sonrisa irónica.

—¿Te dijo alguna vez Nyktos algo sobre por qué un Primigenio entraría en Arcadia o se sumiría en una estasis profunda?

—Lo mencionó de pasada —le dije—. Algo de que entraban en Arcadia cuando estaban preparados.

—Cuando estaban preparados. —Soltó una carcajada ronca—. Es una bonita manera de decirlo. De acuerdo, es probable que algunos simplemente estuviesen cansados de esta existencia y preparados para lo que aguarda en Arcadia, pero otros no estaban preparados por elección propia, Seraphena. Tuvieron que entrar en Arcadia o sumirse en una estasis profunda porque estaban cambiando, convirtiéndose en lo peor que podían hacer sus poderes.

Algo de lo que decía Attes me resultaba familiar. No estaba segura de si era algo que me había contado Ash o si eran las brasas las que lo sabían.

—La forma en que las esencias de cada uno influyen sobre los mortales y sobre los dioses acaba por afectarnos. Por ejemplo, Nyktos tiene sus raíces en la muerte, pero la muerte benévola, un final justo de un principio. Pero hay otro lado de eso. Uno más malévolo que busca la muerte por amor a la muerte —explicó—. Maia puede evocar el amor en otras personas y en sí misma, pero es algo que puede volverse oscuro, obsesivo y destructivo. Incluso la esencia que reside

en Keella, que busca el renacimiento de toda vida, no solo la de los mortales, se puede torcer. La esencia vinculada a cada uno de los Primigenios es capaz de un gran bien, pero también de una maldad tremenda.

Creí entender a dónde quería ir a parar con esto.

—Entonces, ¿la parte de venganza de la esencia de Kyn tiene un agarre más fuerte sobre él?

Attes asintió, bajó la mano.

—Igual que llegará un día en que la concordia ya no me sirva a mí; entonces mis acciones las guiará la guerra. Nos pasa a todos, y lo único que podemos hacer para evitarlo es sumirnos en una estasis para sofocar esa parte de nosotros, o bien pasar a Arcadia, donde nos quedaríamos.

—Si os pasa a todos, ¿por qué no es Keella una zorra iracunda? —pregunté—. ¿Por qué no estás tú consumido por la guerra? Kyn y tú tenéis la misma edad.

—Tanto Keella como yo nos hemos sumido en una estasis más de una vez a lo largo de los años —me contó Attes, lo cual me sorprendió—. Pero eso no significa que no sea una esfuerzo evitar ceder al lado más tóxico de nuestras habilidades. Es como una infección que invade poco a poco todo nuestro ser.

—¿Así que esa es la razón de que Kyn sea un capullo?

Apareció una sonrisa irónica.

—En parte. Siempre ha sido un poco difícil. Pero cuando Kolis hizo lo que hizo… Eso no ayudó. A ninguno de nosotros. La mácula se extendió. —Sus rasgos se crisparon, luego se relajaron con un suspiro—. Es obvio que nada de esto sirve como excusa. Solo quería… —Frunció el ceño, como si no estuviese seguro de *lo* que quería.

Aunque pensé que igual yo lo sabía.

—Solo querías que supiera que tu hermano no fue siempre así. Lo entiendo. —Bebí un trago pequeño—. ¿Entrar en estasis ayuda? Quiero decir, si tu hermano se fuese a dormir, ¿se despertaría… menos capullesco?

Los ojos de Attes saltaron hacia los míos, pero no contestó nada durante unos segundos.

—Espero que sí. Espero que la cosa no haya progresado tan profundo en su interior.

¿Y si lo había hecho?

—¿Cómo responderá si Nyktos recupera su legítimo lugar como Primigenio de la Vida y Rey de los Dioses?

Attes cerró el puño a su lado.

—Solo puedo pensar que respondería con sabiduría.

Como si no pudiese permitirse pensar otra cosa, porque Attes sabía lo que eso significaba. Una vez que Ash tuviera las brasas de vida,

podría Ascender a otro para gobernar en lugar de Kyn.

—Debería irme —dijo Attes—. Si me entero de algo más, haré todo lo que pueda por hacértelo saber.

Asentí, y tuve que hacer un esfuerzo por no pedirle que se quedara. Era agradable tener a alguien con el que hablar a quien no tuviese ganas de asesinar, aunque hablásemos de cosas que me dejaban con sensación de estar un poco hueca.

Attes dio media vuelta, pero igual que la otra vez, se detuvo. Esperé a que me preguntase por Sotoria.

—¿Estás bien, Seraphena?

Sorprendida por su pregunta, tardé un momento en responder.

—Sí. Por supuesto.

Attes soltó el aire despacio y asintió. Me miró una última vez antes de que estallaran mil estrellitas a su alrededor y regresara a su forma de halcón.

Cerré los ojos un instante cuando se marchó de la habitación, pero aún veía la mirada que me había lanzado. Había sido rápida, pero lo supe…

Supe que no se había creído mi respuesta a su pregunta.

*

El vaporoso y transparente vestido dorado arrastraba detrás de mí mientras caminaba por la jaula de un lado para otro.

Como de costumbre, no estaba sola.

El Retornado estaba a pocos pasos de los barrotes dorados, los brazos cruzados delante de la túnica. Hoy, iba de negro. Por alguna razón, eso hacía que la máscara pintada con una gruesa capa dorada fuese aún más siniestra.

Miré hacia las puertas cerradas, mi estómago hecho un revoltijo por la ansiedad. Al menos había pasado un día desde la visita de Attes, dos desde que Kolis había aceptado liberar a Ash y había sucedido el *incidente*.

Aceleré el paso mientras retorcía el collar de Aios entre mis dedos.

No había vuelto a ver a Kolis desde que se había marchado ese día, y lo más jodido era que me había pasado lo mismo que cuando me enteré de que era muy probable que no fuese capaz de matar a Kolis: no había sentido ningún alivio. Estaba demasiado preocupada por Ash como para apreciar la ausencia de Kolis… y, con suerte, su humillación más absoluta.

¿Y si Kolis había cambiado de opinión? *No puede*, me recordé. Había hecho un juramento, y Attes había dicho que Ash se estaba despertando. ¿Habría pasado algo más? ¿Habría logrado Rhain lanzar algún tipo de ataque que hubiese obstaculizado sin querer la

liberación de Ash? Cerré los dedos de mi mano derecha para apretarlos contra la espiral dorada de la palma.

—No te creo —declaró Callum. Le lancé una mirada inquisitiva.

—¿En qué no me crees?

—Como si no supieras de qué estoy hablando.

Tenía varias suposiciones.

—Finge que no lo sé e ilumíname.

Su mirada pálida seguía mis movimientos rápidos.

—No confío en que no vayas a intentar escapar a la primera oportunidad que tengas. Tampoco creo que hables en serio cuando dices estar abierta a amar a Kolis.

Bueno, pues tenía razón en ambas cosas.

—Vale. —Ladeó la cabeza—. ¿Qué? —lo reté—. Piensa lo que quieras. Eres insignificante para mí.

—Debería importarte —repuso, y yo puse los ojos en blanco—. Kolis se dará cuenta de que estás mintiendo.

*Sí* que estaba preocupada por eso, porque si esa cosa volvía a suceder, no creía que fuese capaz de evitar reaccionar.

Y eso no acabaría bien para mí.

—Y se dará cuenta de ello —añadió Callum—. Porque no eres Sotoria.

Mi corazón trastabilló, consternado, pero no dejé que se notara. El velo de vaciedad estaba de vuelta en su sitio. En su mayor parte.

—¿Y por qué crees eso? ¿Porque no me parezco con exactitud al recuerdo que tienes de mí?

—En parte, sí.

La curiosidad se apoderó de mí. Me paré delante de él.

—Si me conociste en el pasado, tienes que ser viejo.

Apareció una sonrisa escueta.

—Soy viejo.

—¿Cómo de viejo?

—Muy viejo —contestó—. Y no te conocí *a ti* en el pasado.

Una sensación de inquietud que no parecía del todo mía reptó por mi columna.

—Está claro que Kolis te aprecia. Eres importante para él.

Levantó la barbilla y no había forma de obviar la petulancia en su voz cuando respondió.

—Lo soy.

—Vale, ¿y sabes lo que pienso?

—Estoy impaciente por oírlo.

Me acerqué a los barrotes todo lo que pude sin tocarlos, e imité su sonrisa de labios apretados.

—Creo que estás preocupado por que yo pueda ocupar tu lugar.

Su risa llegó acompañada de un deje subyacente de incertidumbre.

—No estoy preocupado por eso.

Consciente de que había tocado una fibra sensible, mi sonrisa se ensanchó.

—Seguro que no, Cal.

Entornó los ojos.

—No me llames así.

Sonreí con suficiencia.

Callum soltó el aire de manera ruidosa y su actitud, de costumbre impasible, empezó a mostrar signos de estrés.

—Lo que me preocupa es la destrucción de los mundos debido a los encantos de una charlatana.

—¿Charlatana? Menuda palabra más elegante. —Hice una pausa para mirarlo a los ojos—. *Cal.*

Más de esa actitud indiferente se resquebrajó.

—Crees que lo sabes todo, pero en realidad, sabes muy poco de la verdad. —¿En serio esperaba que creyese que estaba preocupado por los mundos cuando no solo apoyaba a Kolis sino que también había sido creado por él? Venga ya—. ¿No tienes nada que decir a eso? —me desafió.

Puesto que estaba cansada de él desde el momento en que había entrado en la habitación, tuve que resistirme al impulso de alargar los brazos entre los barrotes y darle un puñetazo.

—¿Cuál es la verdad, entonces?

—Kolis está tratando de salvar los mundos. —Parpadeé en su dirección con expresión insulsa—. O lo estaba haciendo —se corrigió Callum—. Ahora está más preocupado por que su supuesto gran amor haya vuelto con él. —Negó con la cabeza—. Verás, incluso en estos momentos, no puedes negar lo mucho que lo odias.

Era probable que en eso tuviese razón, puesto que notaba cómo mi rostro se crispaba.

—Mi acuerdo con Kolis no significa que apoye lo que intentó hacerme o lo que les hubiese hecho a los mundos —le dije, orgullosa de mi respuesta—. Tú estabas ahí cuando Kolis declaró con gran claridad lo que planeaba hacer con las brasas. ¿En qué momento entre convertirse en un Primigenio que no ha existido nunca y matar a cualquiera que se niegue a inclinarse ante él ocurre lo de salvar a los mundos?

—La vida debe crearse —repuso Callum—. Pase lo que pase.

Lo miré y pensé en lo que me había contado Kolis sobre la Elegida a la que yo había matado. Él la había Ascendido. ¿Contaba eso como crear vida? Al parecer, el falso rey lo creía.

—¿Es lo que está haciendo Kolis con los Elegidos?

—Eso no importa.

Mi frustración solo aumentó.

—No estoy de acuerdo.

—Solo estás intentando cambiar de tema.

Levanté las manos por los aires.

—¡Eres tú el que ha sacado el tema!

—No es verdad —me contradijo, y se encogió de hombros.

—Oh, por todos los dioses. —Di media vuelta y retomé mis paseos —. ¿No tienes nada mejor que hacer?

—No especialmente.

—Genial —refunfuñé, y deslicé los ojos hacia la puerta. No estaba de humor para esto.

Sin embargo, Callum *sí* que estaba de humor.

—Puede que su majestad solo haya explicado sus… razones personales para querer Ascender como Primigenio de la Vida y la Muerte. Sangre y Hueso —dijo—. Pero esa no es la única razón.

Como no creía ni por un segundo que a Kolis le importasen los mundos lo más mínimo, ni siquiera me iba a molestar en discutir sobre ello.

Callum me observaba. Su habitual media sonrisa agradable volvió a su cara.

—Solo será peor para ti más adelante, cuando Kolis se dé cuenta de la verdad.

—Claro, Cal —musité—. Por si lo has olvidado, estabas de pie ahí mismo cuando Ione confirmó que yo estaba diciendo la verdad.

—Mintió.

Se me hizo un nudo en el pecho, pero seguí andando por delante de Callum, una mano apretada contra el cinturón de cuerda dorada que rodeaba mi cintura. Era *verdad* que la diosa había mentido y, por todos los dioses, si Kolis lo descubría alguna vez, dudaba que Ione fuese a vivir mucho más tiempo. Pero me limité a mordisquear mi labio de abajo y me recordé que Ione conocía los riesgos. O bien había sabido lo que se había hecho, cortesía de la Primigenia a la que servía, o bien era una de los muchos espías leales a Ash y desperdigados por todas las cortes. Era posible que él hubiese mencionado su nombre antes y yo simplemente no lo recordase.

—Creo que estás en estado de negación —dije al cabo de unos instantes.

—No lo estoy.

—Debes estarlo si crees que algún dios se arriesgaría a provocar la cólera de Kolis.

—Te sorprendería saber las tonterías que pueden hacer los dioses —comentó—. Sé que no eres ella.

Suspiré y fui hacia la mesa. Había múltiples vasos y copas sin usar. Traían nuevos todos los días, y solo podía asumir que lo hacían para tenerlo todo preparado por si Kolis venía de visita. Reprimí un

estremecimiento y me serví un poco del agua burbujeante.

—Y tienes razón —añadió Callum—. *Charlatana* es una palabra demasiado elegante para ti. —Sus ojos bajaron a mi cuello—. Se me ocurre otra. —Me quedé muy quieta. Tenía el pelo suelto, pero había resbalado por encima de mi hombro y dejaba al descubierto el lado de mi cuello con la marca del mordisco ya en proceso de cicatrización—. Quizá «zorra» te guste más.

Apreté la mano sobre el asa de la jarra mientras la devolvía con cuidado a la mesa.

—¿Recuerdas lo que te prometí el otro día?

—Es probable que no —dijo después de un momento de silencio—. Eres tan insignificante para mí como afirmas que yo lo soy para ti.

Con la copa en la mano, me giré hacia él.

—Prometí matarte.

—Oh. —Callum se rio; un sonido ligero y alegre—. Claro, *Sera*.

Caminé de vuelta hacia los barrotes, una tormenta de ira acumulada en mi interior, igual que había ocurrido cuando Kolis me sujetaba entre sus brazos.

—Lo haré. Algún día, descubriré cómo se te puede matar, y convertiré tu muerte en materia de pesadillas —juré, y esta vez me concentré en el zumbido en mi pecho y no lo reprimí.

Conjuré las brasas como ya había hecho antes, luego dejé que salieran a la superficie. La esencia plateada chisporroteaba sobre la piel de mis brazos cuando la lámpara de araña que colgaba sobre Callum empezó a balancearse. Y entonces… entonces, ocurrió otra cosa.

Fue casi como si las brasas hubiesen tomado el control, o quizá fuese el conocimiento que albergaban lo que lo hizo… una sabiduría antigua a la que recurrí a algún nivel subconsciente, como cuando había aparecido unos instantes ese relámpago para mí.

Bajé la barbilla y retraje los labios al tiempo que una neblina blanca se filtraba por las ventanas. Fluyó por el techo, cada vez más espesa y extensa. Pronto se convirtió en nubes. Nubes oscuras y ominosas.

Una *tormenta*.

Una tormenta para reflejar lo que sentía por dentro.

Unos relámpagos centellearon de nube a nube, cargaron el aire de electricidad estática. A continuación, estalló un trueno y Callum dio un bote en el sitio. Luego se giró a toda velocidad.

La tormenta que yo había creado se disipó al instante, aunque me dejó un pulso sordo en las sienes y el corazón acelerado. Cerré los ojos y bebí un sorbito del agua afrutada.

Era probable que invocar ese poder no fuese muy aconsejable, sobre todo después de que Kolis se hubiese alimentado de mí. No

sabía cuánta esencia, exactamente, podía utilizar antes de debilitarme, o qué decidirían hacer con exactitud las brasas. Pero cuando abrí los ojos, vi que había conseguido lo que pretendía.

Callum había dejado de sonreír. La piel bajo la máscara dorada estaba pálida. Nuestros ojos se cruzaron y sentí cómo las brasas vibraban y zumbaban.

Las puertas se abrieron de par en par. Ninguno de los dos nos giramos hacia ellas, aunque mi estómago se revolvió de repente. Los dos sabíamos quién había entrado.

—¿Por qué —empezó Kolis—, cada vez que entro en esta habitación, parecéis a punto de cometer algún acto atroz el uno contra el otro?

Esa tenía que ser la observación más precisa que había oído en la vida.

Esta vez, cuando Callum se giró hacia él y abrió la boca para contestar, me adelanté.

—Todavía no se cree que sea Sotoria.

La mandíbula de Callum se apretó, luego dio un paso atrás cuando Kolis avanzó. Tras asegurarme de que no sentía nada, miré al Primigenio y después me concentré en las cosas importantes. Busqué alguna señal de que hubiese podido estar con Ash. No encontré ninguna. Tenía el mismo aspecto que cuando había estado aquí por última vez. Aunque, a decir verdad, ¿qué tipo de señal podía haber? Aun así, una tempestad de desilusión empezó a cocerse en mi interior, muy parecida a las nubes de tormenta que había conjurado hacía tan solo unos instantes.

—Solo está en estado de negación —respondió Kolis. Se acercó a la jaula. Yo bebí un sorbito de agua.

Observé a Kolis abrir la puerta con solo agitar la mano por el aire. Casi podía sentir el peso opresivo de sus brazos a mi alrededor. Mi mano temblaba un poco cuando levanté mi vaso y mi espalda se puso rígida.

Kolis se detuvo ante la puerta de la jaula.

—No todos los días descubre uno que su hermana ha vuelto con él.

# Capítulo 21

*¿Hermana?*

Me atraganté con el agua y escupí un poco mientras tosía. Miré al falso rey con los ojos como platos.

La boca de Kolis se desplegó en una sonrisa desentrenada y ladeada.

—¿Estás bien?

—No —resollé, al tiempo que me abanicaba con la mano delante de mis ojos muy abiertos y ardientes. Era imposible que lo hubiese oído bien. Imposible—. ¿Qué acabas de decir?

La frente de Kolis se arrugó antes de alisarse de nuevo.

—Ah, no lo recuerdas. Es tu hermano, tu hermano pequeño.

Mis ojos permanecieron clavados en el falso rey, tan paralizada por la sorpresa de su revelación que ni siquiera estaba pensando en esa *cosa* que me había hecho.

—No puedes hablar en serio. Él no es… —Ni siquiera lograba decirlo. El hecho de que Callum fuese el hermano de Sotoria y no el mío no importaba.

—¿No soy qué? —preguntó Callum.

—¿Cuerdo? —espeté—. ¿Simpático? ¿Razonable? ¿No inductor del vómito o lo opuesto a un asesino?

—Encantadora una vez más —comentó Callum—. ¿Es Sotoria pero no sabe que soy su hermano? —Frunció los labios—. La última vez que nos vimos, me reconoció.

—No recuerda esas vidas —le dijo Kolis. Luego entró en la jaula y sus ojos… por todos los dioses, sus ojos *centelleaban*. Mierda—. Las almas renacidas no tienen recuerdos.

—Los tenía la última vez —lo contradijo Callum.

—Eso fue diferente y lo sabes —replicó Kolis—. Su vida fue restaurada. No renació.

—Lo que sea —musitó Callum, su mirada furiosa clavada en la pared opuesta. Y, madre mía, si las miradas pudiesen matar, esa pared estaría, bueno… seguiría siendo una pared, pero el Retornado parecía…

Parecía tan perturbado como me sentía yo.

Por todos los dioses, ¿podía ser de verdad el hermano de Sotoria?

Esa inquietud palpable en el centro de mi pecho, cerca de las brasas, la que no era del todo mía… me dijo que lo era.

—Por todos los demonios —susurré. Di un paso atrás y dejé el vaso en la mesa antes de que se me cayera—. De verdad eres… —*Seguía* sin poder decirlo—. Santo cielo, ¿qué es esto de que haya tal abundancia de hermanos terribles?

—¿Qué se supone que significa eso? —Los mechones dorados del pelo de Callum volaron a su alrededor cuando giró la cabeza hacia mí a toda velocidad. Una leve crispación de las aletas de su nariz insinuaba su creciente irritación—. Espera. ¿Pretendes compararme con esa basura mortal conocida como Tavius?

—No puedo discutir con esa descripción —dije—. Pero si te sientes aludido, jódete y acéptalo.

Callum se quedó boquiabierto, con una expresión de *espanto* absoluto.

—Sois hermanos —comentó Kolis con tono seco—. Discutís del mismo modo que solíamos hacerlo Eythos y yo.

Los dos nos callamos para girarnos hacia él.

Kolis sonreía de oreja a oreja.

—Y mira cómo salió eso —murmuré en voz baja. Necesitaba una copa. Alcohol del duro, del que embota la mente y destruye la memoria. Pero entonces se me ocurrió algo. Me giré otra vez hacia donde estaba Callum—. Te pregunté si eras un Elegido. Me mentiste.

Su barbilla se elevó un pelín.

—No mentí.

—Y una mierda. —Di un paso al frente—. ¿Cómo si no…?

—No mintió —me interrumpió Kolis. Me volví hacia él y descubrí que estaba a un palmo de mí.

No pude evitar dar un paso atrás para alejarme de él. Odié la reacción. Odié cómo se aceleró mi corazón, y por encima de todo lo demás, odié cómo él fruncía el ceño. Era como si no tuviese ni idea de por qué querría hacer tal cosa.

Como si hubiese olvidado cómo *se había humillado*.

—Tenías dos hermanos. Una hermana mayor llamada Anthea y un hermano. —Asintió en dirección a Callum—. Cuando me dejaste, visité a tu familia.

Guardé el *incidente* en el rincón más profundo que encontré de mi mente y me centré en lo que teníamos entre manos. Supuse que se refería a cuando Sotoria murió por primera vez después de que él la asustara. Pero ella no lo había dejado. Había huido de él.

—Quería disculparme —me contó Kolis, una expresión distante en el rostro—. Y explicarles que le había pedido a mi hermano que devolviera a su hija al mundo de los vivos. —Apretó la mandíbula—. Pero fue tan infructuoso como hablar con Eythos. Tus padres… —Suspiró, luego contempló los barrotes con los ojos entornados—. Tenían miedo de mí. Se refugiaron en un rincón de su pequeña casa,

chillando y gritando con su ropa de luto. —Un músculo palpitó en su sien—. El único que no tuvo miedo fue tu hermano.

Miré de reojo a Callum, que ahora había clavado su mirada furibunda en las baldosas de piedra umbra.

—Habló conmigo. Respondió a mis preguntas acerca de ti —continuó, la piel entre sus cejas arrugada—. Te admiraba mucho.

—¿En serio? —pregunté, arrastrando las palabras.

—*Sí.* —Callum levantó a cabeza a la velocidad del rayo, sus ojos pálidos echaban chispas—. Sotoria era amable y fiera. *Siempre* cuidaba de mí, se ocupaba de mis tareas si yo me dormía o no me sentía bien. Nunca se enfadaba conmigo. La quería… —Se le quebró la voz—. Sí, la admiraba.

No sabía qué decir a eso. Cerré los dedos en torno a una de las sedosas borlas del cinturón del vestido.

—Lamentó tu muerte muchísimo —me informó Kolis—. Se sentía responsable.

Miré de uno a otro.

—¿Por qué te sentiste responsable?

Callum no contestó. Así que lo hizo Kolis.

—Se suponía que él debía estar contigo cuando estabas recolectando flores para la boda de Anthea. En lugar de eso, creo que se estaba tirando a la hija del panadero. —Callum apartó la vista y mis cejas treparon por mi frente—. Creía que, de haber estado ahí, podría haber evitado la tragedia —explicó Kolis—. Podría haber tranquilizado a su hermana.

¿Podría haberlo hecho? Era posible.

—Pero ¿cómo se convirtió en un… Retornado?

—Antes de marcharme, me pidió que lo llevase con Sotoria para disculparse. Le expliqué que eso no era posible. A los mortales que no han pasado por el juicio final no se les permite entrar en el Valle. Se quedó consternado.

Un gran peso comprimía mi pecho, impidió que todo el aire que inspiré llegase a mis pulmones, y supe que lo que sentía era la aflicción de Sotoria, y quizás un poco de la mía porque… porque creía que sabía hacia dónde se dirigía esta historia.

—Él sacó un pequeño cuchillo de su cinturón y se cortó el cuello —dijo Kolis en voz baja.

—Por todos los dioses —susurré, y me froté el centro del pecho.

—Te sujeté entre mis brazos mientras morías. —La voz de Kolis se espesó, llena de la pesadumbre de la angustia que acompañaba al filo cortante y amargo del arrepentimiento—. Y pocos días después, sujeté entre mis brazos también a tu hermano mientras respiraba su último aliento.

Sellé mis labios con una presión firme. No quería sentirme

afectada por la emoción en la voz de Kolis, por esa tragedia. Sin embargo, era difícil no estarlo. Por aquel entonces, era bastante posible que Kolis todavía no fuese un monstruo. Solo había sido la Muerte…

Bueno, la Muerte con tendencias obsesivas y escasas habilidades para las relaciones interpersonales. Unas habilidades para las relaciones interpersonales *muy* escasas y *muy* malas.

Aunque ahora ya no era eso.

—No podía permitir que muriera y, consciente de que Eythos no intervendría en mi beneficio, hice lo que le estaba prohibido a la Muerte. —Una sonrisa irónica sin humor alguno apareció en el rostro de Kolis—. Di vida.

—¿Ascen… Ascendiste a Callum? —Cuando Kolis asintió, fruncí el ceño—. Pero él no es como la que vi, la que dijiste que era una Ascendida. Ella tenía los ojos negros como el carbón. Y él no era un tercer hijo…

—Porque no son lo mismo —repuso Kolis.

Mis pensamientos corrían a toda velocidad. Miré a Callum. Si no era un…

—Entonces, ¿los Retornados son demis?

Visto el dramatismo con que Callum puso los ojos en blanco, deduje que no.

—No, querida, no lo son. —Kolis sonrió y me dio la sensación de tener la piel cubierta de cieno.

—Hablaremos de esto más tarde, cuando no tengamos otras necesidades urgentes de las que ocuparnos.

*Necesidades*.

Todo lo que tenía que ver con Callum quedó relegado a un lado al instante. Mi cuerpo se bloqueó tanto de miedo como de anticipación; la última esperaba que esas necesidades tuviesen que ver con Ash, pero el primero… La marca del mordisco sobre mi cuello, justo por encima del collar de Aios, ardía.

No quería pensar en lo primero.

—Por favor, Callum, déjanos solos —le dijo Kolis.

Con un nudo en el estómago, casi hice lo impensable: gritarle a Callum que se quedara. En lugar de eso, observé cómo hacía una reverencia y salía de la habitación.

—*¿So'lis?*

Bajé las manos a los lados y busqué el velo de vaciedad. Tardé demasiado en encontrarlo, pero lo hice. Cuando no sentí nada dentro de mí misma, deslicé la mirada hacia él.

—Quería hablar contigo sobre el trato que hicimos. —Me estaba observando—. No ha sido liberado. —Se me cayó el alma a los pies—. No estoy renegando de nuestro trato —añadió a toda prisa—. Mi

sobrino estaba en estasis. Eso se está resolviendo ahora.

Esto era lo que había mencionado Attes.

—¿Qué significa eso?

—Mi sobrino es joven para ser un Primigenio, pero es bastante poderoso. —Me invadió una oleada de orgullo. Estaba claro que Ash era poderoso.

—Despertó brevemente de su estasis justo antes de que viniera Ione —explicó, y se giró hacia la mesa. Algo de eso tironeó de mí. Era la misma sensación que había tenido al soñar que Ash había regresado—. Tenía que asegurarme de que se comportara mientras decidía qué hacer con él. Eso fue antes de que cerrásemos nuestro trato.

La sensación extraña se esfumó, al tiempo que agarraba la borla del cinturón.

—¿Cómo te aseguraste de eso?

*Por favor, que no sea lo que sospechaba Attes. Por favor. Por favor.*

Kolis se sirvió una copa.

—Si te lo digo, me da la impresión de que tal vez te inquietes.

—No decírmelo hará que me… preocupe aún más —dije, eligiendo mis palabras con sumo cuidado.

Bebió un trago de su vaso. Para cuando se giró hacia mí, mi ansiedad tenía mis nervios en tensión y a flor de piel.

—Para asegurarme de que diera pocos problemas, hice que lo incapacitaran. Tendrá que recuperarse de eso.

Miré más allá de Kolis, se me cortó la respiración. Attes había estado en lo cierto. Mi mano se aplanó sobre mi estómago mientras este se retorcía. Por todos los dioses, tenía ganas de vomitar.

—No es fácil. —Mis ojos volaron hacia él—. Verte tan afectada por otro —aclaró—. La preocupación prácticamente emana de tus poros.

Unas campanillas de advertencia repicaron en el fondo de mi mente.

—Ya te dije que me importa.

—Lo recuerdo. Es lo único que puedo pensar cuando lo miro. —Unas volutas de *eather* plateado con toques dorados palpitaron por su piel, que se afinaba a ojos vista. Los huesos de su mandíbula y de sus mejillas empezaron a ser visibles. Un escalofrío bajó por mi columna—. He pasado los últimos dos días observándolo mientras volvía a la estasis —dijo, su voz más baja y desprovista de calidez—. Consciente de que te importa.

Me quedé helada por completo. ¿Así que eso era lo que había estado haciendo Kolis desde la última vez que lo había visto? ¿Mirar a Ash? Cada vez que hablaba con Kolis, creía que sería imposible que me perturbase más, y cada vez me demostraba lo equivocada que estaba.

—Me pregunto qué hay en él que inspira semejante emoción en ti.

—Sus labios habían empezado a retraerse, a perder color y luego la carne en sí. Dejaron al descubierto sus dientes y sus colmillos, a medida que el tejido de alrededor de sus ojos, sus párpados, y la piel de debajo empezaba a hundirse, para no dejar nada más que hueso—. Y qué hay en mí que te incita al miedo.

Un sabor amargo se arremolinó en mi boca, al tiempo que una carcajada casi histérica me atragantaba. ¿En serio estaba preguntando eso? ¿Mientras se estaba convirtiendo en un maldito *esqueleto* ante mis propios ojos?

—Me da ganas de hacerle daño —gruñó Kolis—. De destruirlo. —Todo en mí se quedó paralizado—. Pero no lo haré. *No lo haré*. Debe haber equilibrio, de un modo u otro —musitó, como si se lo estuviese recordando a sí mismo. Y joder, eso no era nada tranquilizador. Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo y la forma de sus labios se rellenó. Sus párpados regresaron, ocultaron el antinatural resplandor del *eather*—. Sin él, no hay nada. —Lo miré con los ojos como platos—. No hay mundos. No hay yo —dijo—. No hay tú.

—Ya —murmuré.

Esos ojos se abrieron. Pasaron unos momentos y Kolis empezó a recuperar… su carne.

—Me tenías miedo antes, cuando te perdí por primera vez y te traje de vuelta. Eso no cambió hasta el final de nuestro tiempo juntos. —Soltó el aire despacio, una bocanada larga—. Esta vez, sin embargo, has mostrado muy poco miedo hacia mí, aunque lo has sentido. Eso ha cambiado.

Al mirar a Kolis ahora, después de haber visto cómo perdía el control de su temperamento y cómo dejaba caer la fachada que ocultaba lo que era, en lo único que podía pensar era en cómo había cambiado Tavius cuando se enfadaba o estaba a punto de hacer algo particularmente cruel. No se había puesto rojo ni se había vuelto errático. Cuando esa oscuridad en él tomaba el control, se había quedado muy quieto, casi inerte, excepto por el intenso brillo de sus ojos. Esa mirada desquiciada y febril que había visto una vez en un perro que había enfermado, y que le había hecho lanzar mordiscos al aire y echar espumarajos por la boca.

Kolis tenía ese mismo brillo.

—Lo mostraste la última vez que te dejé —murmuró, y el *eather* se retiró de su piel—. Y lo muestras ahora. Para saberlo no necesito el talento de mi sobrino para leer emociones, ni la premonición de mi hermano.

—¿Premonición? —pregunté, incapaz de evitarlo—. ¿Eythos podía ver el futuro?

—No del modo que podrías pensar —dijo—. Eythos disponía de… una intuición aumentada. Conocimientos de cosas que no debería

saber. —Una sonrisilla retorció sus labios—. No siempre utilizaba la habilidad o escuchaba.

Estaba claro que no.

—Pero comprendo por qué podría darte miedo ahora. Acabo de hablar de hacerle daño a alguien que te importa. Me has visto con mi verdadero aspecto, como soy en realidad debajo de la belleza y el oro de las ultimísimas brasas de vida. Me has visto como era antes y como seré siempre. La Muerte. Eso aterrorizaría a la mayoría de las personas —insistió—. Pero has mostrado miedo antes de todo eso. Estabas inquieta desde el momento en que he entrado, de un modo que no lo estabas antes de la última vez que estuvimos a solas. Eso, no lo entiendo.

Una cosa que no había logrado aprender nunca cuando lidiaba con Tavius era cómo proceder con cautela cuando aparecía ese brillo en sus ojos. Tenía la agobiante sensación de que estaba a punto de repetir ese error cuando mi boca se abrió.

—¿De verdad no entiendes por qué me sentiría incómoda después de lo que hiciste?

Un músculo se apretó en su sien.

—Me disculpé y prometí que no volvería a ocurrir nunca.

Como si eso borrase lo que había sucedido.

Kolis me miró. Esperaba.

Al parecer, creía que su disculpa y sus promesas sin sentido *sí* lo cambiaban todo.

Pues no era así.

Pero tenía que decir algo. Me aclaré la garganta, mis pensamientos corrían por mi mente. Por supuesto, sabía que debía aceptar su disculpa. Decirle que no pasaba nada. Decir que había disfrutado de ello, aunque estaba claro que no lo había hecho. Pero no… no podía. No podía obligarme a decir nada más que la verdad.

—Sí… sí que me asustaste. —Enrosqué los dedos hacia dentro—. No me había esperado algo así.

La piel entre sus cejas se frunció.

—Me disculpé —repitió.

—Ya lo sé —convine—. Y prometiste que no volvería a suceder nunca. Pero ninguna de esas cosas arregla lo que hiciste.

—Entonces, deja que me repita una vez más. Te dije que no volverá a ocurrir —masculló, y la frustración afiló su tono—. Cosa que *acabas* de reconocer.

Se me escapó el autocontrol.

—Me forzaste.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo.

—Sé que el despliegue de mi amor por ti fue intenso. —*¿Amor?* ¿Describía eso como un despliegue de amor? Había sido un castigo

alimentado por los celos y la ira. Uno que él había acabado por disfrutar—. Perdí el control —insistió, mientras la bilis trepaba por mi garganta—. Eso es todo.

Por un momento, me quedé muda por su respuesta.

—No solo perdiste el control —objeté, una parte de mí incapaz de creer que tuviera que explicarle esto a un hombre más que hecho y derecho—. Me mordiste *otra vez* sin mi consentimiento, y encontraste placer mientras lo hacías. Una disculpa y una promesa no arreglarán eso.

—¿Qué lo arreglará? —preguntó, sus mejillas más oscuras ahora—. Deseo empezar de cero contigo. Dime cómo puedo hacerlo posible.

Lo miré pasmada. Trataba de entender cómo podía pensar que esto fuese algo que uno podía arreglar. ¿Qué experiencias había vivido que le dieran la impresión de que uno podía empezar de cero después de haber abusado de alguien? Sí, era un dios primigenio, y ellos operaban bajo reglas y normas que era probable que no entendiera nunca, pero eso no excusaba su comportamiento ni ahora ni antes con Sotoria. Esa no era razón suficiente.

Pero entonces me di cuenta. Y era de lo más obvio. No había excusa. Igual que en el caso de Tavius, Kolis era así y punto. Y tal vez algo de su pasado lo hiciese así, pero la verdad era que me importaba una mierda lo que pudiera ser, porque no había ninguna razón lo bastante buena. Los mortales y los dioses por igual habían pasado por *cosas* horribles, pero no todos se habían convertido en esto. Aios era un buen ejemplo. Como también lo era Ash.

Y yo.

Aunque lo que sí me importaba era Ash, así que reprimí mi ira y le di a Kolis lo que quería. En cierta medida.

—Necesito tiempo.

—¿Tiempo? —repitió, las cejas arqueadas.

Respiré hondo y asentí.

—Necesito tiempo para confirmar que cumplirás tu promesa.

—Mi palabra debería ser suficiente —declaró en tono inexpresivo.

Por todos los dioses, me encontraba a dos segundos de perder los papeles.

—No te conozco…

De pronto, Kolis estaba justo delante de mí y el *eather* crepitaba en sus ojos.

—Soy el Rey de los Dioses. Ya lo sabes. Eso debería ser suficiente.

Estaba como una cabra.

Me quedé muy quieta, aunque mi corazón martilleaba contra mis costillas.

—*Esto* no está ayudando.

Pasaron varios segundos largos e inquietantes, luego dio un paso

atrás.

—Tienes razón. —La esencia se difuminó a su alrededor—. Te daré tiempo.

No lo creí. Si no era capaz de entender lo equivocadas que eran sus acciones, o si elegía no hacerlo, no respetaría mi petición de tiempo. No era capaz de hacerlo. Y esa no era una justificación ni una excusa. Era la aterradora realidad de quién era, sin importar si se presentaba con toda la belleza y el oro de las brasas que había robado o como la Muerte.

—Te daré tiempo para sentirte más cómoda en mi compañía —continuó. Encorvó los hombros ante mi silencio—. Di algo.

*Que te den*, quería decirle. *O espero que mueras una muerte lenta y terrible que dure mil años, retorcido hijo de puta.*

—Vale —me forcé a decir en cambio—. Gracias.

—Bien. —Parte de la rigidez se relajó en él, y esa sonrisa bien ensayada volvió al instante mientras dejaba el vaso en la mesa—. Nyktos está saliendo de la estasis y debería estar en posición de ser liberado en el siguiente par de días.

No se me pasó por alto cómo intentaba restar importancia a lo que le había hecho a Ash con su elección de palabras. No era un cambio de posición. Era un cambio en su *salud*.

Estaba a punto de pedirle que me permitiese ver en qué estado estaba Ash, pero era una petición que seguro que empeoraría las cosas para él. Porque había oído el esfuerzo en la voz de Kolis cuando se había recordado que siempre debe haber equilibrio. Era algo que era muy capaz de olvidar.

Además, también empeoraría las cosas para mí. Solicitar ver a Ash antes había… bueno, ya sabía cómo había acabado eso. Me recorrió un escalofrío mientras Kolis recolocaba la jarra de modo que el asa mirara hacia la habitación.

A continuación, se giró hacia mí. Pasaron varios segundos, después me miró. Me empezó a hormiguear la piel como si mil arañas estuvieran paseando por encima de mí.

—Yo… lo siento, *so'lis* —repitió. La piel se frunció en la comisura de su boca—. Siento cualquier molestia que te haya podido causar.

No dije nada. Lo único de lo que fui capaz fue de asentir a modo de aquiescencia.

Kolis levantó la mano para ponerla en mi mejilla. No me encogí. No me aparté cuando deslizó el pulgar por el moratón ya difuminado en mi mandíbula. Tampoco me puse el velo de vacío. Esta vez, fue diferente cuando me tocó. Fue como si yo estuviese aquí, pero no.

—¿Qué te dije acerca de utilizar las brasas?

Di un respingo. Me había olvidado por completo de eso. Abrí la boca, pero Kolis apretó un dedo contra el centro de mis labios para

silenciarme.

—Era una pregunta retórica, querida. —Sonrió, y me recordó a un calor abrasador y asfixiante—. Sentí la esencia. Sé que provino de ti. Te advertí que no la usaras si no querías recibir un castigo.

Hasta el último centímetro de mi ser se puso al rojo vivo por la ira. Me entraron ganas de romper ese dedo que presionaba sobre mis labios. Mejor aún, quería arrancárselo de un mordisco.

—Lo siento. Callum…

—Estoy seguro de que te provocó. Puede ser muy molesto cuando quiere. Pero esa no es excusa. —Sus dedos se enroscaron sobre mi barbilla y echaron mi cabeza hacia atrás mientras él agachaba la suya.

Con el corazón en la boca, me puse rígida cuando su boca se acercó a la mía. El pánico se apoderó de mí, me comprimió el pecho y me robó la respiración. Esto no era darme tiempo. Intenté a la desesperada vaciar mis pensamientos y borrar quién era, quién quería ser y a quién quería.

Sus labios se detuvieron a apenas un centímetro de los míos.

—La esencia no te pertenece. No es tuya para emplearla. —Las brasas palpitaron como si quisieran contradecirlo—. Y para que quede claro, esto no tiene nada que ver con lo que hemos hablado hace unos momentos —precisó Kolis—. Este será tu último aviso, *so'lis*. No vuelvas a utilizar la esencia.

Entonces, Kolis se marchó, y no quedó nada más que silencio. Cerré los ojos y solté el aire con brusquedad mientras me hacía la misma promesa que me había hecho con respecto a Callum. De un modo u otro, vería a Kolis muerto.

Y sabía que en cuanto Ash estuviera libre, si no lograba escapar, no viviría demasiado, independientemente de lo importantes que fuesen las brasas. Porque me convertiría en la peor jodida pesadilla de Kolis.

# Capítulo 22

Un rato más tarde, después de que varios Elegidos con velo hubiesen limpiado la zona de baño, comprobé el paño enrollado para asegurarme de que la llave siguiera en su sitio.

Lo estaba.

Apreté los labios y la devolví a su escondrijo antes de permitirme empezar a pensar cosas temerarias.

Después caminé de arriba abajo hasta que trajeron la cena, demasiado nerviosa para quedarme sentada. Era una comida copiosa, una que contenía dos tipos de carne, verduras y fresas glaseadas de postre. Comí lo que pude y me *comporté* mientras Callum supervisaba a los Elegidos velados que retiraban los platos.

A continuación, me encontré caminando de un lado para otro de nuevo, en un intento por desfogar la energía nerviosa que se había estado acumulando en mi interior durante todo el día. También intentaba escapar de todas las cosas en las que no quería pensar.

Sin embargo, daba igual cuánto caminara, nada podía evitar que mi mente fuese justo ahí. No podía detener lo que empezaba a ser consciente de que se avecinaba.

Se me comprimió el pecho. Me movía, caminaba de acá para allá, pero mi cuerpo daba la impresión de estar quieto. Demasiado quieto. Tardé en darme cuenta de que ese nerviosismo no se debía solo al hecho de estar enjaulada. Era también una señal de advertencia de los desconcertantes cambios de humor que parecían ir y venir por capricho. Uno venía hacia acá en estos mismos momentos.

«Mierda», musité, y aceleré el paso, pues sabía que la quietud siempre parecía empeorarlos. Esta era la última cosa que necesitaba ahora o, bueno… en cualquier momento. Pero sobre todo ahora.

Me apresuré a trenzarme el pelo y empecé a realizar mis ejercicios de entrenamiento, pero mi mente estaba demasiado fragmentada. Fingí un combate de boxeo durante unos momentos, pero enseguida descubrí que me había parado y simplemente estaba ahí de pie, quieta de nuevo. Demasiado quieta. Pensaba en Ash. Consumida por mi preocupación por él.

¿En qué estado se había encontrado… se encontraba todavía? Me costaba un mundo llevar la cuenta de los días que pasaba aquí, así que no tenía ni idea de cuánto tiempo lo habían obligado a estar en estasis. Tenía el estómago revuelto, los puños cerrados. Parte de mí

deseó no haber sabido nada sobre cómo podían utilizarse los huesos de los Antiguos para mantener a un Primigenio sedado. La mera idea me ponía enferma.

Pero Ash no era la única persona por la que estaba preocupada. Me había estado forzando a no pensar en muchas otras, porque hacerlo solo me hacía sentir impotente. ¿Se habría curado Rhain del todo? ¿Y qué tal estaría Aios en realidad? A medio columpiar de brazos, me detuve y toqué el collar. Era obvio que estaba viva. Yo había sido capaz de restaurar su vida, pero no tenía ni idea de cómo lo estaba procesando ella. Era solo la tercera persona a la que le había hecho algo así, y sus lesiones… por todos los dioses, habían sido muy graves. Y no sabía cuánto tiempo llevaba muerta antes de traerla de vuelta. Podían haber sido minutos. Quizá más. ¿Cómo se sentiría al respecto?

Y luego estaba Orphine.

Renuncié a entrenar y retomé mis paseos. Pensar en la *draken* hizo que me doliera el pecho, porque lo único que podía ver era a los *dakkais* arremolinados sobre ella, sus garras y sus dientes más que capaces de atravesar la gruesa piel de un *draken*.

Estaba preocupada por Bele. Solo podía asumir que su Ascensión la había hecho más poderosa, pero ninguno de nosotros tenía forma de saber si eso significaba que podía enfrentarse cara a cara con un Primigenio. ¿Seguiría en las Tierras Umbrías, o habría ido a Sirta? Si no se había marchado, no podría esconderse en las Tierras Umbrías para siempre. Tampoco creía que fuese a intentarlo.

Y después estaban todos los demás: Saion, Rhahar, Nektas y muchos más. Muchísimos más. ¿Los habrían herido antes de que la batalla se interrumpiese? ¿Cómo estarían lidiando con la pérdida de Ector? ¿Estaría bien el pequeño Reaver? ¿Y Jadis? ¿Era ella consciente siquiera de lo que estaba pasando a su alrededor, o era demasiado joven para eso? Esperaba que fuese lo bastante ingenua para estar ciega a todo esto y que estuviese prendiendo fuego a sillas tan contenta. Reaver, sin embargo… Era muy probable que él sí supiera lo que estaba sucediendo, a pesar de que seguro que todo el mundo estaba intentando ocultárselo. Seguía siendo solo un niño. Un jovenzuelo. Aunque sus ojos decían que ya había experimentado varias vidas de pérdida y dolor.

También estaba Ezra.

Se me escapó una respiración entrecortada y eché un vistazo hacia el techo. Había sonado como que había sido capaz de negociar un acuerdo con el reino de Terra, pero ¿se habría extendido la Podredumbre aún más? ¿Cómo estaría lidiando con el estrés abrumador de gobernar Lasania… algo que no había planeado nunca y quizá ni siquiera quisiese?

No había pensado en eso cuando le había dicho que aceptase la

corona.

La culpabilidad se asentó sobre mis hombros, lastrándome y uniéndose a la preocupación mientras jugueteaba con el collar. El miedo también aumentó. La impotencia. Me empezaron a doler los nudillos mientras mi mente decidía revisitar todas las cositas que había hecho, las decisiones que había tomado y que parecían tan insignificantes en ese momento pero que, juntas, habían llevado hasta este instante.

*Debería* haberme sincerado con Ash en el momento en que me llevó a las Tierras Umbrías, debería haberle contado para qué me habían entrenado. De haberlo hecho, hubiese sabido entonces que él nunca había sido a quien se suponía que debía matar. Hubiese podido cambiar muchas cosas.

Debería haber hecho más esfuerzos por intentar llegar hasta Kolis. Aunque al final no hubiera sido capaz de matarlo, habría salvado vidas. Solo los dioses sabían cuántas, pero podría haber salvado a Ector. Todavía estaría vivo. Aios no hubiese experimentado lo que era la muerte. Rhain nunca hubiese sido capturado y apaleado hasta casi morir.

Debería haber admitido mis sentimientos hacia Ash antes, en lugar de tener tanto miedo. Hubiese estado más contenta que triste… triste y enfadada. Hubiese podido vivir más durante el tiempo que tuve con Ash. Amado más.

Debí ser más lista cuando Ash vino a por mí. Si lo hubiese pensado bien, habría sabido que distraer a Kolis también sería letal para Ash. Podría haberlo ayudado, en lugar de ser un obstáculo.

Debí seguir concentrada cuando me fugué, en lugar de dejar que la violencia de las salas oscuras me distrajera. Hubiese llegado más lejos. Podría haber escapado.

Debería. Podría. Habría.

Había muchos. Demasiados para enumerar. Me detuve al pie de la cama y la miré. Habría jurado ver aún la huella de donde se había sentado Kolis. Eso era ridículo, habían pasado varios días ya.

Pero podía verlo en mi mente.

Podía oír su voz.

Sentir sus brazos.

Debí tomar el control de la situación. Me habían entrenado para seducir y utilizar todas las armas a mi alcance, incluido mi cuerpo, para cumplir con mi deber y lograr mi objetivo. Si lo hubiese hecho, me habría ahorrado sentirme como si hubiese hecho algo mal. Como si tuviese alguna culpa. Como si nunca fuese a poder olvidar que Kolis había hecho que fuese agradable. Que si él no hubiese llegado al clímax cuando lo hizo, habría llegado yo por mucho que no hubiese querido hacerlo. Habría podido autoconvencerme de que era solo

parte de lo que debía hacerse. Mientras estaba ahí de pie, mirando la maldita cama, noté esa conciencia en mi pecho, la presencia de Sotoria.

«Lo siento», susurré.

Debí resistirme con más ahínco. Era una luchadora. Una guerrera. De haberlo hecho, hubiese sido capaz de detenerlo. Hubiese podido evitar que Sotoria tuviese que experimentar nada como eso otra vez. Podría haber…

Di media vuelta y corrí detrás de la pantalla de privacidad. Me dejé caer delante del inodoro con un leve gemido y vomité. Devolví todo lo que había ingerido ese día y más, los ojos anegados de lágrimas, la garganta en carne viva. Aferrada a los bordes del asiento, unas arcadas secas sacudieron mi cuerpo e hicieron que los lados de mi estómago sufriesen dolorosos espasmos. Daba la impresión de que no iban a terminar jamás.

No supe cuánto tiempo pasé ahí arrodillada, jadeando mientras trataba de que mis náuseas se asentaran. ¿Minutos? ¿Horas? En algún momento, sentí una brisa recorrer mis brazos. Mi mejilla. Entreabrí un ojo lloroso. No había nada ahí. Agucé el oído para intentar detectar si estaba entrando alguien en la habitación. Nada. Pero esa frescura perduró; me recordaba a la presión suave de una mano fría. Al cabo de un rato, la tensión fue desapareciendo de mi cuerpo y el aire frío se retiró. Toda la experiencia me dejó agotada. Cerré los ojos y conté los latidos de mi corazón hasta que dejé de sentirme como un fideo demasiado cocido.

Me puse en pie a duras penas, fui al lavabo y usé agua de una jarra para lavarme los dientes y la cara.

Una vez hecho eso, me cambié, me puse una bata, y me sentí más o menos normal. Todavía notaba el estómago un poco raro cuando pasé por delante de la cama, pero me daba la impresión de que había terminado de vomitar ya. Con suerte.

Fui hasta el diván, me tumbé sobre el costado, me hice un ovillo y remetí los pies debajo de la suave manta que había al pie del sofá bajo.

Me dije que Ash estaba bien. Como también lo estaban Aios, Bele y todos los demás. Rhain se recuperaría. Jadis *estaba* provocando el caos tan contenta, y Reaver estaba escondido en alguna parte donde ella no pudiera llegar. Orphine no había muerto. Ezra estaba haciendo todo lo que podía. Era lista. Fuerte. Resiliente. Tenía a Marisol. Ni siquiera mi madre estaba sola. No había sido capaz de salvar a Ector, pero *salvaría* a otros. Salvaría a Ash. De un modo u otro, me aseguraría de que nadie más ocupara esta jaula. No volvería a estar indefensa ni impotente jamás. Y lo que era más importante, no me culparía por lo que había hecho Kolis.

No dejaría que esa mancha perdurara.

*

Abrí los ojos y vi las aguas oscuras y quietas de mi lago. Y supe que estaba soñando.

Pero era diferente.

No estaba nadando. Estaba sentada con las piernas cruzadas en la orilla, desnuda como el día que vine al mundo, capaz de sentir y percibirlo todo como si de verdad estuviese ahí. No había nada atenuado, como solían estar las cosas en los sueños. La hierba se sentía fresca contra mi piel. El olor a tierra rica y húmeda llenaba cada una de mis respiraciones. Por encima de mí, los olmos oscilaban bajo la brisa.

Sin embargo, como las veces anteriores, era mi lago, y al mismo tiempo no.

Entre las frondosas ramas, no vi luna alguna, pero las estrellas lucían grandes y brillantes, y se reflejaban en la superficie del agua como un millar de lucecitas centelleantes. El viento que removía las ramas revolvió los rizos enredados de mi pelo alrededor de mi cara, y mis brazos y mi cintura no mostraban signos de la asfixiante humedad que plagaba Lasania hasta bien entrados los que deberían ser los meses más fríos. ¿Y mi lago? No había ondas, ni siquiera con el agua que caía de los Picos Elysium.

Mientras estaba ahí sentada, me percaté de que había un contraste entre cuando había estado nadando y cuando no. Cuando estaba dentro del agua, solía perdurar un poco de la bruma de los sueños, una sensación de estar flotando y solo existir. Pero no había nada de eso ahora. Cuando no estaba en el agua, había una especie de realidad surrealista.

Pero estaba sola.

Cerré los ojos y levanté la cara hacia el aire frío, al tiempo que pugnaba con mi creciente desilusión. Me alegraba de soñar con mi lago otra vez, pero necesitaba… por todos los dioses, necesitaba ver a Ash, aunque solo fuese en mis sueños. Necesitaba verlo. Oír su voz. Sentir su presencia. Su contacto. La imagen de Ash borraría todas las demás. Su voz sustituiría a la de Kolis. Su mera presencia eclipsaría todo lo demás. El contacto de Ash exorcizaría el recuerdo de *él,* igual que un curandero cortaría la carne podrida de una herida infectada.

*Necesitaba* verlo.

Porque aunque solo fuese un sueño, podía decirme que él estaba bien. Podía autoconvencerme de que *yo* estaría bien.

Mi pecho se hinchó con mi respiración.

«Por favor», susurré (supliqué, en realidad), mientras una intensa

agonía barría a través de mí. «Te necesito. *Por favor*».

No recibí más que silencio a cambio. Ni el viento ni el agua hacían ni un ruido. No había ningún trino suave de los pájaros. Nada.

Notaba las mejillas húmedas.

Flexioné las piernas y las pegué a mi pecho, apoyé la frente en mis rodillas y empecé a mecerme distraída. *No pasa nada, todo va bien. No pasa nada, todo va bien…*

El aire se removió a mi alrededor, más fresco que antes. Aun así, no hubo ni un sonido. Ni un…

Dejé de mecerme cuando *noté* que el aire se volvía más denso. Una sensación de autoconciencia se cerró sobre mí. Se me puso la carne de gallina, se me erizaron los pelillos del cuerpo. Mis dedos se enroscaron hacia dentro, se clavaron en las palmas de mis manos mientras levantaba la cabeza despacio y miraba a mi izquierda.

Unos ojos como charcos de plata fundida, enmarcados por un espeso reborde de pestañas y asentados entre unos rasgos salvajes en su belleza, conectaron con los míos.

—Ash —susurré, sin atreverme a creer que mi mente hubiese sido capaz de conjurarlo.

Esos ojos recorrieron mi cara y sus hombros desnudos se relajaron con una espiración sonora.

—*Liessa*.

Me estremecí y luego me puse en movimiento. Prácticamente me lancé a sus brazos, porque esta era yo. Estaba aquí con Ash y no importaba si era un producto de mi imaginación y nada más que un sueño.

Ash me atrapó con una risa áspera, luego tiró de mí para ponerme en su regazo, pegada a su pecho. Enterré la cara en su cuello y respiré hondo. Me estremecí de nuevo al detectar el aroma a cítricos y aire fresco, me empapé de la sensación de sus brazos a mi alrededor. De su abrazo. No había ninguna otra sensación, nadie más.

—Estaba… estaba en ninguna parte, *liessa*. En ninguna parte. —Los dedos de Ash se enredaron en mi pelo y me abrazaba con tal fuerza que sentía su corazón latir contra mi pecho—. Entonces oí tu voz. Me estabas llamando. Pensé que había despertado. Pensé que iba a… —Se interrumpió, su voz más pastosa cuando volvió a hablar—. Aun así, te encontré. Eso es todo lo que importa.

Apreté los ojos con fuerza. Ash tenía razón, eso era lo único que importaba.

—Me alegro… —Mi voz se quebró y unas lágrimas anegaron mis ojos—. Me alegro de que lo hicieras.

El pecho de Ash se hinchó de pronto. Deslizó una mano hasta el lado de mi cara y se echó hacia atrás. Me resistí a que levantase mi cabeza.

—¿Sera? Deja que te vea. —Deslizó el pulgar por mi mandíbula—. Por favor.

*Por favor*.

Jamás podía negarle nada.

Mantuve los ojos cerrados, pero dejé de resistirme y le permití levantar mi cabeza.

—Oh, Sera. —Sus dedos rozaron mi mejilla—. No llores.

—No estoy llorando.

Su risa sonó tensa, como si cargase con un gran peso.

—*Liessa*. —Apretó los labios contra mi frente—. Veo tus lágrimas. Las siento.

—No pretendía llorar.

—No pasa nada —me tranquilizó—. Solo dime por qué.

Levanté un hombro. En este momento, había demasiadas razones. Opté por la más fácil.

—Creía que iba a estar sola.

—Jamás lo permitiría. Ni despierto ni en mis sueños. Nunca. —Deslizó el dorso de sus dedos por mi otra mejilla—. Abre los ojos para mí.

Respiré hondo e hice lo que me pedía. Varias lágrimas se quedaron agarradas a mis pestañas.

Sus ojos escudriñaron mi cara, con la misma atención que cuando contaba mis pecas. Excepto que había algo cortante en cómo recorría cada centímetro de ella, de un modo casi frenético. Las hebras de esencia palpitaron en sus ojos, luego se calmaron.

—Es extraño.

—¿El qué?

Captó otra lágrima y, esta vez, vi la leve mancha roja que dejó en su dedo.

—Estoy soñando.

Pensé que era raro cómo hablaba como si este fuese su sueño. La otra vez había hecho lo mismo, y todavía no entendía por qué mi subconsciente le hacía hacer eso. Algo tironeó del fondo de mi mente otra vez. Era la misma sensación que había tenido la primera vez que había soñado con él. Era como si debiera saber por qué, pero eso no tenía sentido, y la sensación se alejó revoloteando a la misma velocidad que había llegado.

—Aun así, puedo sentir tus emociones —continuó—. Estás sintiendo muchísimas cosas a la vez: la oleada silvestre y refrescante del alivio, y la carga más densa y pesada de la preocupación. También hay algo… dulce en medio de todo ello. —Frunció el ceño y me pregunté qué significaría el dulzor para él—. Pero hay muchísima angustia… una angustia ácida y punzante.

Me estremecí una vez más.

—Te he echado de menos.

Ash esbozó una leve sonrisa, pero fue una de labios apretados que no le llegó a los ojos, no convirtió el tono plateado en pura plata de ley fundida.

—Es algo más que eso. *Sé* que lo es. —La arruga entre sus cejas se profundizó—. Noto el cerebro… inconexo. Inestable. Pero creo que estuve despierto durante un tiempo. —Apretó la mandíbula—. Recuerdo haber forcejeado contra cadenas… unas que había creado yo. Recuerdo haber oído *su* voz.

Se me cortó la respiración cuando aparecieron unas sombras debajo de su piel.

—¿La de Kolis? —Me encogí un poco al decir su nombre. Las sombras se oscurecieron.

—La suya. La de otros.

Su mano se deslizó por mi mejilla de nuevo, mientras me miraba con ojos penetrantes. Luego siguió avanzando, retiró los rizos de mis hombros, de mi cuello. Bajó la vista.

Me puse tensa en sus brazos. ¿Estaba buscando la marca del mordisco? ¿Sería visible siquiera en un sueño? Las lesiones que él había visto la última vez no habían aparecido hasta que había estado a punto de despertarme.

Su expresión no reveló lo que vio o lo que no. No tenía ni idea de por qué querría soñar con una cosa así, pero recé a cualesquiera seres superiores que pudieran estar escuchando por que no viese nada.

—Cuéntamelo —me dijo. Sus ojos volvieron a los míos, pero cuando habló, fue casi como si no me viese. Como si viese los rostros de aquellos a los que había oído cuando estaba despierto—. Recuerdo haber oído…

—¿Qué? —susurré, medio temerosa de lo que mi mente le incitaría a decir.

La expresión distante se borró de su mirada.

—Dime lo que te han hecho. —Sufrí un espasmo. Abrí la boca, pero no salió ruido alguno—. ¿Él te ha hecho daño? —Sus ojos se cerraron entonces, la piel se arrugó por los bordes. Cuando volvió a abrirlos, estaban brillantes—. Sé que lo ha hecho.

—¿Qué… qué quieres decir?

—Recuerdo lo que vi en mi último sueño. —Las sombras avanzaron por su sien, palpitaron y se separaron, casi como para formar una especie de dibujo. Uno que me recordaba a las enredaderas que había visto sobre las puertas del salón del trono y en las túnicas de los dioses… o en la túnica de Rhain—. *Recuerdo* lo que oí. Lo que dijo Kyn. Lo que afirmó Kolis. Y tú… te has *encogido* cuando has dicho su nombre.

No podía respirar. No sentía ningún pánico ni ninguna asfixia

aplastante, como cuando estaba despierta, pero no podía respirar.

—¿Kyn?

Ash asintió, sus ojos inexpresivos. Su piel estaba fría como el hielo, y la mano sobre mi cuello, donde estaría la marca del mordisco, estaba serena. El brazo que me rodeaba se mantenía firme, pero cuando Ash se quedaba tan quieto, una tormenta de violencia bullía bajo la superficie.

—¿Sera?

Abrí la boca para contestar, pero no logré pronunciar palabra. Ni siquiera para negarlo. No tenía sentido. Esto era un sueño. Podía decir lo que quisiera. Podía mentir. Podía decir la verdad… una que no fuese *tan* mala. ¿No? Muchas personas habían vivido cosas peores que yo. Por ejemplo el hombre que tenía delante, el que mi mente había conjurado a partir de mis recuerdos. Pero lo que reptaba ahora por mi garganta no eran palabras. Era un grito que me quemaba mientras lo reprimía. Ni siquiera entendía por qué. Estaba soñando. Podía gritar si quería.

Solo que no quería.

No quería pensar en nada de esto.

Porque aquí era *yo*, y allí era *ella*.

—Sera —insistió en voz baja—. Por favor.

—No quiero soñar con esto. —Se me quebró la voz—. Apenas puedo lidiar con esto cuando estoy despierta. —Las palabras brotaban por mi boca igual que el agua de un río corre por encima de las rocas —. No quiero *eso* en mis sueños. No quiero nada de eso cerca de nosotros porque estos somos tú conmigo. Estoy aquí y nada más…

—Está bien, *liessa*. —Algo frío centelleó en sus ojos, algo salvaje que incluso me provocó un escalofrío por la columna antes de que Ash pegara mi mejilla a su pecho—. No pasa nada. No tenemos que hablar de eso ahora. —Entonces se estremeció, lo cual hizo que mi pecho se atascara un momento. Me abrazó en silencio durante unos segundos, la mano sobre la parte de atrás de mi cabeza, enredada entre mi pelo.

Dejé que la sensación de su cuerpo calmara mi corazón acelerado. Sus manos estaban frías, pero el resto de él transmitía un calor maravilloso. Me empapé de él porque una parte de mí sabía que esta podía ser mi única oportunidad de hacerlo, real o no.

—Eres muy valiente. ¿Lo sabías? Absolutamente valiente y leal. —Apoyó la barbilla sobre mi cabeza mientras deslizaba una mano por mi columna—. Eres más que merecedora de las espadas y los escudos de las Tierras Umbrías.

*Seraphena será una consorte más que merecedora de las espadas y los escudos que cada uno de vosotros blandiréis para protegerla.*

A eso era a lo que se refería Ash, algo que ya había dicho antes, y una nueva oleada de lágrimas anegó mis ojos.

—No hay nadie como tú, Sera.

—Deja de ser tan dulce —murmuré, sin importarme siquiera que, básicamente, fuese yo la que estaba diciéndome esas cosas. O era mi subconsciente el que las decía. Y tenía sentido, porque ahora mismo, necesitaba un discurso motivacional.

—No estoy siendo dulce. —Su mano dio otra pasada tranquilizadora por el centro de mi espalda—. Solo digo la verdad. Eres la persona más fuerte que conozco. —Sonreía y me acurruqué más cerca de él—. ¿E incluso cuando sientes miedo? —De algún modo, Ash consiguió pegarme aún más a él—. Jamás estás asustada. Existe una diferencia, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo.

—Bien. —Agachó la cabeza y esta vez depositó un beso en mi sien —. Tengo que pedirte algo, *liessa*.

Solté despacio todo el aire que tenía dentro.

—Vale.

—¿Tienes acceso a algún arma?

Parpadeé. Vale. No había esperado que a mi mente se le ocurriese eso, pero podía enfrentarme a este tipo de preguntas.

—No. —Pensé en lo que había encontrado en el baúl—. Bueno, sí encontré algo que conseguí utilizar como un arma.

—¿Fue cuando trataste de escapar? —¿Cómo sabía Ash que…? No lo sabía. Yo sí. Mi mente estaba creando lo que él decía—. ¿Qué encontraste? —preguntó. Fruncí los labios.

—Creo que era un… pene de cristal.

Ash se quedó quieto contra mí.

—Perdona. He debido entenderte mal.

—No lo has hecho. —Apreté los labios—. Hay un baúl, y dentro hay un puñado de lo que parecen penes de cristal. Y creo que eran… —Sacudí la cabeza y se me revolvió el estómago al pensar en lo que significaba su existencia—. Ni siquiera sé si siguen en el baúl. No he mirado, pero supongo que los retirarían.

Ash no dijo nada durante un momento largo, pero entonces guio mi cabeza hacia atrás. Me miró a los ojos y detecté un levísimo aroma a lilas marchitas.

Me puse tensa y me empezó a hormiguear la nuca. Se oyó un sonido, un murmullo lejano. Empecé a girar la cabeza, pero Ash me lo impidió.

—Necesito que me escuches, ¿vale? ¿Le has contado a Kolis lo que sucederá una vez que empieces la Ascensión? ¿Le has dicho que solo yo puedo Ascenderte?

—No, no lo he hecho —repuse, el ceño fruncido.

—Cree que eres Sotoria. —¿Cómo sabía él…?—. Tienes que decirle que, sin mí, morirás —dijo Ash—. Eres su debilidad. Hará cualquier

cosa por mantener a Sotoria viva, por mantenerte a ti viva. Incluso entregarte a mí para evitar tu muerte.

—¿Qué? —Me eché a reír—. Kolis pensará que es una trampa. No se lo creerá. Yo no me lo creería.

—Pero sí creerá a los Hados —insistió Ash—. Sabe que ellos no pueden mentir. —Yo no estaba tan segura de que no pudieran mentir. Tenían un don especial para tergiversar la verdad—. Escúchame, Sera. Yo no puedo invocar a los *Arae*. Kolis tampoco. —Ash agachó la cabeza para que nuestros ojos estuviesen a la misma altura—. Solo el Primigenio de la Vida puede hacerlo. Y a todos…

—A todos los efectos, esa soy yo —terminé por él—. Ash.

—Me va a liberar, Sera. Una vez que eso ocurra, invoca a los Hados. —Sus facciones se afilaron, se volvieron más huecas. Las sombras afloraron bajo sus ojos, y esos murmullos…

Eran *voces* que no procedían de mi lago sino de otro sitio.

Tendría que despertarme. No estaba preparada. Quería quedarme aquí.

—¿Lo entiendes? —imploró Ash—. Prométeme que harás esto. Que le dirás la verdad a Kolis y luego invocarás a los Hados. Todo lo que tienes que hacer es llamarlos. Ellos responderán.

—Lo… lo prometo. —De pronto dudé y lo agarré de las muñecas —. Pero ¿cómo sabré que te ha liberado? Kolis podría mentirme. Podría…

—Lo sabrás. Confía en mí. Montará un gran espectáculo al respecto —me aseguró Ash con una leve mueca—. Lo que te voy a decir a continuación no cambia lo que te dije antes. —El *eather* giró en sus ojos—. Eres valiente, fuerte y resiliente. No necesitas que nadie luche tus batallas por ti. Nunca lo has necesitado y no lo necesitas ahora. —Mi pecho subía y bajaba a toda velocidad mientras lo escuchaba—. Pero yo *lucharé* por ti. Te liberaré. Y si para hacerlo tengo que destrozar todo y a todos en Dalos, que así sea —juró, y mi corazón tropezó consigo mismo—. Nada me detendrá.

Si hiciera eso, habría una guerra.

—Ash…

Su boca se cerró sobre la mía en un beso rudo y feroz que era un juramento en sí mismo. Lo sentí hasta en los huesos.

—Sin ti, *liessa*, no soy nada —susurró, a medida que empezaba a difuminarse y las brasas vibraban en mi pecho—. Y sin ti, no habrá nada.

*

Me desperté sobresaltada e, igual que la última vez que había soñado con Ash, no podía creer que la interacción no hubiese sido real.

La sensación de haber estado en contacto con él. Su voz. Con los ojos aún cerrados, respiré hondo. Todavía podía oler mi lago, y a él, cítrico y fresco…

—¿Con quién estabas soñando?

Reprimí una exclamación al oír la voz de Kolis. Me incorporé al instante y casi choqué con él.

Kolis estaba arrodillado al lado del diván.

Con el corazón en la boca, me llevé una mano al pecho. Por todos los dioses, ¿me había estado observando mientras soñaba con estar entre los brazos de Ash? La ira y la incredulidad chocaron dentro de mí para formar una mezcla combustible.

—¿Me estabas observando mientras dormía? *¿Otra vez?*

Frunció el ceño.

—Veo que la idea de que te observe todavía te molesta.

—No jodas —espeté.

Apretó los labios al tiempo que unas volutas doradas giraban por sus mejillas.

—¿Quieres saber lo que es más inquietante? Lo perturbador y al mismo tiempo fascinante que es observar a alguien encontrar placer mientras duerme.

¿Encontrar placer? Un escalofrío de repugnancia me atravesó de arriba abajo y me hizo enroscar el labio al tiempo que la ira bullía en mi interior.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Estabas sonriendo —dijo—. Vi cómo se te cortaba la respiración. —Por todos los dioses, ¿exactamente, cuánto tiempo me había estado observando?—. Así que no me mientas.

O bien este hombre no tenía ni idea del aspecto que uno tenía cuando experimentaba placer, o bien estaba loco.

—Yo no…

Kolis se puso en movimiento de pronto, estampó las manos sobre el diván. Se inclinó hacia delante e inspiró hondo. Me puse tensa.

El falso rey se echó atrás con el ceño fruncido.

—Aire de montaña y cítricos.

Mi corazón pudo pararse incluso, mientras lo miraba pasmada. ¿Detectaba el olor de Ash en mí? Porque así era como lo percibía yo: como aire fresco y cítricos. Pero eso era imposible, ¿verdad? Los pensamientos colisionaron unos con otros como barcos zarandeados por el mar. ¿Cómo podía oler a Ash? El sueño… Yo no podía oler a él porque solo había *soñado* con él.

—Te lo preguntaré una vez más —dijo Kolis, sacándome de mi ensimismamiento—. ¿Con quién estabas soñando?

Oh, una enorme e irresponsable parte mezquina de mí quería gritar el nombre de Ash en la cara de Kolis. Sin embargo, sabía que no

me reportaría nada bueno.

—No lo sé. —Me puse tensa cuando las motas doradas se difuminaron en sus ojos, aunque siguieron palpitando bajo su piel—. No recuerdo mis sueños. Ni siquiera sé con qué estaba soñando.

Kolis se quedó callado mientras yo rezaba por que mis años de mentir estuviesen dando sus frutos.

Al final, las hebras de *eather* se ralentizaron en su piel y luego desaparecieron. Se echó hacia atrás, luego se levantó.

—Te he… molestado. —No dije nada. Me limité a agarrar los bordes del diván. Sus ojos se deslizaron hacia mi cuello, a donde las heridas punzantes eran ya de un rosa desvaído—. Eso no era lo que pretendía. Yo solo… —Dejó la frase sin terminar y cerró los ojos—. Nos hemos hecho una promesa el uno al otro. Una promesa de empezar de cero. —Yo no recordaba haberlo expresado así, la verdad —. Empezaremos de nuevo —declaró Kolis. Abrió los ojos—. Lo haremos.

Sus palabras me hicieron pensar en lo que había soñado. *Lucharé por ti. Te liberaré.* Pero eso no era todo lo que había soñado que decía Ash. Había también algo sobre las brasas y sobre decirle a Kolis la verdad.

—¿Cómo puedo hacer que ocurra?

Fruncí el ceño y volví a centrarme en él.

—¿Hacer que ocurra qué?

Ladeó la cabeza.

—Hacer que nos resulte más fácil empezar de nuevo.

¿No me había hecho esa pregunta ya? ¿Y no le había dicho que necesitaba tiempo? Aunque tampoco era que creyese que fuese a dármelo en realidad.

—No… no estoy segura…

—Cualquier cosa. No hay ningún límite en las cosas que haría por ti. —Las náuseas me revolvieron el estómago—. ¿Quieres un vestido nuevo? ¿Un collar de rubíes en lugar del de plata? Podría encargar que fabricasen anillos espectaculares a partir de cualquier joya que quieras —me ofreció—. ¿Hay alguna otra cosa que desees? Puedo hacer que traigan libros de cualquier reino. ¿Te gustaría tener una mascota? Puedo…

—Me gustaría salir de aquí —farfullé, y mi mente se despertó del todo. Kolis entornó los ojos—. Tú me has preguntado —dije, haciendo un esfuerzo por que la frustración no se notase en mi voz. Salir de esa maldita jaula y ver con exactitud dónde estaba en la Ciudad de los Dioses sería excelente—. Me gustaría ver algo más aparte de este espacio.

La expresión de Kolis se suavizó.

—Suponía que… no importa. —Se aclaró la garganta y luego me

dedicó una sonrisa torcida—. Te gustaría pasar tiempo conmigo. —Eso no era para nada lo que estaba sugiriendo. Ni de lejos, vaya—. A mí también me gustaría. —Dio un paso atrás—. Haré que envíen el desayuno y te daré tiempo para prepararte.

Cuando Kolis empezó a dar media vuelta, recordé lo que había soñado que decía Ash, o al menos lo que creía haber soñado.

—¿Kolis?

Justo había salido de la jaula cuando se detuvo.

—¿*Sí*, *so'lis*?

—Tengo que preguntarte algo. —Hizo un gesto afirmativo para que continuara—. ¿Qué… qué piensas hacer con respecto a las brasas que hay dentro de mí? —Me puse en pie y envolví los brazos a mi alrededor—. Kyn… él habló contigo el otro día acerca de las brasas…

—No tienes por qué preocuparte de eso.

—Pero me preocupo. —Di un paso adelante y tragué saliva—. Cuando hablasteis de ellas, también hablasteis de mantener el equilibrio. No sonaba como que lo que se está haciendo ahora fuese a funcionar para siempre.

—No lo hará. —Apretó la mandíbula—. Tendré que extraer las brasas una vez que comiences tu Ascensión, pero ni un segundo antes de eso. —Aspiró una bocanada de aire y levantó la barbilla—. Entonces, te Ascenderé.

Mi corazón latió con fuerza. Kolis no… *no sabía* que hacía bastante tiempo que había iniciado mi Ascensión, y tampoco era consciente de que no podía limitarse a sacar las brasas de mí y luego Ascenderme. No sobreviviría. Ni siquiera lo lograría si hacía caso de mi sueño y le contaba que solo Ash podía Ascenderme. Pero…

—¿Ascenderme? —susurré, cuando mi cerebro llegó por fin a esa parte—. ¿Y convertirme en qué? ¿Una Retornada? ¿Una Ascendida?

—Los Retornados no son quienes eran antes —me explicó, el ceño fruncido—. No he sido capaz de replicar lo que hice con tu hermano.

Hermano.

Buf.

—Pero eso no viene al caso —continuó—. No te convertirías en una Retornada.

—Entonces, ¿me convertiría en una Ascendida?

Kolis asintió.

Lo que había visto de esa mujer centelleó ante mí: ojos negros como el carbón y llenos de un hambre insaciable.

—Lo que he visto de los Ascendidos no se parece a nada mortal.

—Eso es porque no has visto a muchos —respondió—. Los Ascendidos son quienes eran antes. —Hizo una pausa—. Después de un tiempo.

*¿Después de un tiempo?* Vaya, eso sí que era tranquilizador.

—Pero, como ya he dicho, esto no es algo de lo que debamos preocuparnos todavía —dijo Kolis—. ¿Vale?

Asentí distraída, aunque estaba muy preocupada por gran parte de ello.

—Pero ¿qué pasa después de que… extraigas las brasas?

—Ascenderé como el Primigenio de la Vida y la Muerte —declaró—. Pero eso ya lo sabes.

—Sí, pero ¿qué significa para los mundos, aparte de…?

—¿Asegurar la lealtad de mis cortes?

En otras palabras, matar a cualquiera que no esté de acuerdo. Cosa que podría hacer, como verdadero Primigenio de la Vida y la Muerte. Podría Ascender a un dios para sustituir a cualquier Primigenio al que matara.

Me miró durante un momento.

—Una vez que haya Ascendido y haya asegurado la lealtad aquí en Iliseeum, haré lo mismo en el mundo mortal. —Con ese *papel más activo* del que había hablado. Abrí la boca—. No más preguntas —me cortó—. Volveré pronto.

Me quedé callada y observé cómo se marchaba mientras se me ocurrían tres cosas al mismo tiempo. No tenía ni idea de si se me podía convertir en una Ascendida; no era algo que le hubiésemos preguntado a Holland ni que supiésemos siquiera. Se me empezó a formar un nudo de miedo en el estómago, pero no le daría más vueltas a eso porque ni siquiera era posible. No me permitiría a mí misma convertirme en un monstruo hambriento, sin importar lo que pasase.

La segunda cosa que se me ocurrió fue que, aunque Kolis no se había dado cuenta de que ya había comenzado mi Ascensión, Phanos sí lo había hecho. Había sabido que lo que sus *ceerens* habían hecho por mí no duraría.

Pero lo que era más importante, había una razón por la que Kolis estaba esperando al último minuto, pese a que no se había percatado de que ya había llegado. Aunque no supiese que solo Ash podía Ascenderme, sí sabía que podía morir durante la Ascensión y buscaba evitarlo.

*Hará cualquier cosa por mantener a Sotoria viva, por mantenerte a ti viva. Incluso entregarte a mí…*

Aspiré una bocanada de aire temblorosa mientras retrocedía para sentarme.

Ese sueño… esos *sueños*… sobre Ash. Eran solo eso. Algo que tenía lugar dentro de mi cabeza.

Pero entonces ¿cómo había podido Kolis oler a Ash en mí? No tenía ningún sentido, aunque el realismo de los sueños tampoco.

Excepto que pensé en la humedad pegajosa entre mis piernas cuando había soñado con Ash la primera vez. El sexo que había tenido

en ese sueño había parecido real.

La sensación que había tenido las dos veces que había soñado con Ash volvió a mí. Un recuerdo.

Poco a poco, miré el lienzo de la pantalla de privacidad. Lienzo. En mi mente, vi el cuadro de mi padre. Siempre había estado escondido en las habitaciones personales de mi madre, donde solo ella podía mirarlo, aunque sabía que no lo había hecho a menudo. Había sido demasiado doloroso para ella, por lo mucho que echaba de menos a mi padre. Recordé haberme preguntado si habrían sido… corazones gemelos.

Mis pensamientos se aceleraron, mis labios se entreabrieron. Se decía que esas personas eran dos mitades de un todo, como si cada una hubiese sido creada por los Hados para la otra. Y su contacto estaba lleno de energía. También se decía que…

Podían caminar por los sueños del otro.

Mi corazón volvió a latir después de haberse parado. Cuando tocaba a Ash, a menudo sentía una corriente de energía. Y ambos sueños… por todos los dioses, habían sido demasiado reales. Las dos veces que había soñado con él y no con el lobo era posible que coincidiesen con cuando estaba saliendo de la estasis o ya no estaba en ella. Además, él había hablado de las cosas que habían sucedido. Había hablado sobre ellas como si supiera…

*Yo* sí que sabía lo que había sucedido. Podría haberle estado aportando esa información a la versión onírica de Ash. Tenía que ser eso. Porque ¿cómo podíamos ser eso? Si es que los corazones gemelos eran algo real, para empezar a hablar. Por lo que sabía, no eran más que leyendas, unas que solían ser trágicas. Fuera como fuere, lo de los corazones gemelos no implicaba al órgano en sí dentro del pecho de cada uno. Era algo más profundo. El *kardia*. ¿Y Ash? Él no tenía eso. No podíamos ser corazones gemelos. El sueño había sido un respiro precioso, una escapatoria momentánea, pero había sido solo un sueño.

No podía haber sido nada más.

# Capítulo 23

Enfundada en otro vestido finísimo más, uno ceñido a la cintura por un cinturón de cuerda con borlas salpicado de lo que empezaba a pensar que era oro de verdad, caminé detrás de Kolis.

Después del desayuno y de prepararme para el día, Kolis había regresado y había hecho lo que le había pedido.

Me había sacado de la jaula.

Y me había llevado al exterior.

No me había atrevido a esperar que me dejase ver a Ash y, aunque eso era devastador, estar fuera de la jaula me daba la oportunidad de tomar una mejor medida de la distribución de este supuesto santuario suyo.

Mis pies caminaban con cuidado por el sendero de mármol que Kolis había conjurado de la nada sobre la tierra arenosa más allá del corredor cubierto.

La corona de Kolis también había aparecido de pronto.

Todavía costaba mirarla.

No por lo mucho que brillaba, sino porque me transmitía un deseo casi irreprimible de abalanzarme sobre él y arrancársela de la cabeza.

Y arrancar varios mechones de ese pelo dorado en el proceso.

Elias caminaba medio paso por detrás de mí. No había más guardias a la vista, pero sospechaba que había muchos cerca.

El dios me miró como si supiese lo que estaba pensando antes de girarme hacia delante otra vez.

Caminamos en silencio. No había trinos de pájaros ni ningún frufrú de vida animal, solo nuestras pisadas mientras Kolis me guiaba a través de un palmar que protegía las paredes ligeramente agrietadas del santuario a ambos lados.

Por todos los dioses, el enfrentamiento entre Kolis y Ash había dañado incluso estructuras del interior de la Ciudad de los Dioses.

¿Qué haría una verdadera guerra entre ambos?

Con un estremecimiento, levanté la vista y me fijé en que el azul del cielo se estaba oscureciendo hacia un tono violeta. Me recordó a los minutos previos a la llegada del crepúsculo.

—¿Se hará de noche pronto? —pregunté.

—Dentro de una semana o así —respondió Kolis. La brisa cálida levantaba las puntas de su pelo de sus hombros.

—¿Cuánto tiempo pasa el sol fuera en este lugar?

—Se hace de noche solo una vez al mes, lo cual equivale más o menos a tres días en el mundo mortal.

*Se hace de noche solo una vez al mes…* Casi me tropecé, con lo que me gané una mirada ceñuda de Elias. Recuperé el equilibrio.

—¿Llevo tres semanas aquí?

—Más o menos —respondió Kolis, que había girado la cabeza hacia mí—. Pareces sorprendida.

—Yo… no tenía ni idea de que hubiese pasado tanto tiempo.

—Después de haber decidido ir de turismo tú sola —me informó—, dormiste durante varios días.

Joder, ¿había dormido durante *días?* Le lancé a Elias una mirada asesina. Después de todo, él había sido el que me había dejado inconsciente.

El dios se apresuró a apartar la mirada.

Con los ojos entornados, fijé la vista al frente. Eso seguía sin dar cuenta de todos los demás días. Santo cielo, me había costado llevar el cómputo de los días, pero no me había percatado de que era *tan* difícil. Aun así, ¿cómo diablos había dormido durante tanto tiempo sin entrar en estasis? Tenía que ser por lo que habían hecho los *ceerens*, pero…

Ahora sabía que había estado en lo cierto en cuanto a cómo había incapacitado Kolis a Ash. ¿Significaba eso que Kolis había mantenido a Ash… empalado con un arma fabricada con los huesos de los Antiguos? Por todos los dioses.

La ira bulló en mi interior, justo cuando una alta pared de mármol con incrustaciones de diamantes apareció ante nuestros ojos, parecida a la que habíamos visto Ash y yo con anterioridad. Kolis fue hacia su izquierda y vi una ancha columnata entre los árboles. Cuando me giré, por fin vi las enormes torres de cristal del resto de la ciudad.

*Es preciosa*, le había dicho a Ash al ver la inmensa ciudad llena de diamantes por primera vez.

*Desde la distancia, sí,* había respondido él.

Se me quedó la piel helada a pesar del calor, igual que había pasado la primera vez que había contemplado la ciudad. El viento se avivó, cargado del olor metálico de la sangre y el mareante hedor dulzón de la putrefacción.

Las brasas vibraron con suavidad. No alcanzaba a ver el origen del olor, pero sabía qué lo causaba. Jamás olvidaría los cuerpos que había visto colgados entre los árboles y los pilares de una columnata igual que la que teníamos delante.

—¿Cuánta gente vive en la ciudad? —pregunté al recordar lo que había dicho Callum.

Y ahora que mencionaba a ese imbécil, ¿dónde estaba?

Kolis se detuvo y se giró hacia donde estaba yo.

—No demasiada.

—¿Qué les pasó? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Aun así, quería oír lo que él diría.

—Murieron —dijo sin rodeos—. Pero no a mis manos.

Negué con la cabeza detrás de él. ¿Aceptaba Kolis la responsabilidad de algo?

—Entonces, ¿a manos de quién?

—De los Hados.

Mis cejas volaron hacia arriba, pero él ya se había dado la vuelta. ¿En serio culpaba a los *Arae*? Miré a Elias, pero él contemplaba los muchos edificios salpicados por el paisaje. El olor a sangre y descomposición aumentó con el viento una vez más antes de atenuarse.

Me dije que estaría mejor callada.

No me escuché.

—¿Y quién es el responsable del hedor a muerte?

Elias giró la cabeza hacia mí a toda velocidad.

—Ese fui yo —repuso Kolis con un toque de emoción—. Se trataba de dioses que… me decepcionaron.

Cerré la boca con fuerza cuando las brasas se removieron otra vez. Al menos había reconocido eso.

Un guardia de armadura dorada apareció en el arco del santuario.

—Un momento —dijo Kolis, antes de dirigirse hacia él.

Como supuse que eso significaba que debía quedarme donde estaba, crucé los brazos y observé a Kolis subir las escaleras de la columnata para reunirse con el guardia. Mis ojos volvieron entonces a la centelleante ciudad, y traté de imaginar un tiempo en el que estaba repleta de dioses. De *vida*.

—Deberías tener más cuidado.

Eso me sorprendió y miré a Elias de reojo. Me había hablado. No creía que el momento de mi intento de fuga contara, pero, por lo general, los guardias no hablaban con las favoritas de Kolis. Tampoco se les permitía entrar en la habitación donde estaba la jaula dorada, al menos por lo que yo sabía.

Aunque, claro, yo no era solo una favorita, ¿verdad?

—¿Con qué? —pregunté en voz baja.

—Con cómo le hablas. Qué preguntas haces. Es fácil irritarlo. —Observaba a Kolis, pero entonces bajó la vista hacia mí… hacia las dos tenues marcas rosadas de mi cuello. Cuando volvió a hablar, su voz fue apenas más que un susurro—. Como estoy seguro de que sabes ya.

—Gracias por tus sabios consejos —musité, un poco ruborizada. No tenía ni idea de por qué este guardia se atrevería siquiera a, como él decía, *irritarlo* al hablar conmigo.

Era probable que estuviese preocupado por quedar en el punto de

mira cuando (no *si*) yo cabreara a Kolis.

Esbocé una sonrisilla.

—Vamos —nos llamó Kolis.

Me borré la sonrisa de la cara antes de seguir al falso rey al interior. Recovecos y salitas oscuras enmarcaban la sala decorada en oro a la que entramos, parecidos a los que había visto durante mi intento de fuga y en el palacio de Cor. Mis cejas se arquearon cuando oí susurros sensuales y gemidos desde el interior de varios.

Una repentina risa grave y ahumada fue como un brusco tirón que devolvió mi reticente atención hacia Kolis mientras hacía que mis nervios rechinaran. Cómo no, Kolis me estaba observando.

—Pareces bastante perpleja ahora mismo —comentó—. Es encantador. —Ninguna parte de mí se sorprendió de oír que una expresión de confusión le pareciese *encantadora*—. Por favor, cuéntame qué ha provocado semejante expresión —me rogó Kolis, al tiempo que se giraba hacia delante y echaba a andar.

Eché un vistazo hacia uno de los recovecos y capté un atisbo de oscura piel brillante y… unas nalgas bastante firmes.

—Es solo que hay mucho… sexo.

A mi espalda, Elias hizo un ruidito callado, como una risa disimulada con una tos.

—¿Te molesta? —Los pasos de Kolis se ralentizaron—. Antes te molestaba. Pero por aquel entonces eras *inocente*. —Suspiró y yo hice una mueca de asco—. Ahora ya no eres una doncella.

Entorné los ojos detrás de él. Me negaba en redondo a dignificar esa afirmación con una respuesta.

—No me incomoda —dije, siempre y cuando fuese sexo consentido. *Sonaba* consentido, pero los sonidos e incluso las miradas podían ser engañosos. Se me humedecieron las palmas de las manos —. Es solo que hay mucho.

—Es mi presencia —dijo Kolis mientras pasábamos por delante de varias salitas ocupadas más, ocultas por vaporosas cortinas doradas.

—Oh —murmuré, el ceño fruncido. La presencia de los Primigenios tenía una influencia clara a la que ni siquiera los dioses o las divinidades eran inmunes, pero su afirmación no tenía sentido. Ahora bien, si Maia, la Diosa Primigenia del Amor, la Belleza y la Fertilidad estuviese aquí, lo entendería…

Reprimí una exclamación de sorpresa cuando Kolis se detuvo de repente y se giró hacia mí. Sus ojos saltaron hacia Elias. El guardia se mantuvo a distancia.

Kolis agachó la cabeza y yo me quedé muy quieta mientras él me hablaba al oído.

—No veo ninguna razón para mentirte sobre mis habilidades o mis limitaciones, *so'lis*. Las brasas de vida que permanecen en mí son

débiles y tienen poca influencia sobre los dioses o sobre cómo soy capaz de influir sobre los que me rodean. —Sentir su aliento sobre mi sien me puso la carne de gallina—. ¿Qué crees que hacen los vivos cuando están cerca de la Muerte? No de *un* Primigenio de la Muerte, sino de la Muerte en sí.

Tragué saliva, más que un poco sorprendida por su disposición a hablar de manera abierta sobre lo que él era de verdad. Pero Kolis estaba en lo cierto. Yo sabía la verdad. No había ninguna razón para que me mintiera.

—Ceden al deseo para demostrar que *viven* —respondió Kolis a su propia pregunta en el silencio—. Y demostrar que sus corazones aún laten y la sangre todavía corre por sus venas a menudo implica embarcarse en actividades que los hacen sentir vivos. Hay muy pocas cosas que hagan sentir a alguien más vivo que follar.

En eso Kolis tenía cierta razón, pero oírlo hablar de *follar* me dio ganas de ir en busca de una daga y clavármela en los tímpanos.

Se enderezó y me dedicó una de sus sonrisas pulidas. Después dio media vuelta y echó a andar de nuevo. Solté una bocanada de aire entrecortada y lo seguí. Después de unos instantes, unas grandes puertas doradas se alzaron ante nosotros. Tenían el símbolo de un lobo, el mismo animal acechante y rugiente que había visto grabado en los suelos del atrio.

Sin embargo, estas puertas eran mucho más anchas que las que había visto utilizar a Kolis antes. Mis pasos se ralentizaron.

Kolis esperó a que lo alcanzara. Cuando lo hice, Elias se adelantó para abrir las puertas y revelar una franja de suelo chapado en oro y poco más. Eché un vistazo a la reluciente corona sobre la cabeza de Kolis y tuve la sensación de que estábamos justo a la puerta del lugar que antaño había sido la sala de consejos del consistorio.

Me detuve, los dedos enroscados en la borla de mi cinturón. Las brasas empezaron a vibrar con más fuerza. Pude oír un murmullo de voces. Tal vez hubiese dioses ahí dentro, pero lo que estaba claro era que había Primigenios. Los sentí, así como una oleada de náuseas.

—¿*So'lis*? —murmuró Kolis con dulzura—. ¿Estás bien? —No me encontraba bien, pero asentí de todos modos—. No mientas. Te has puesto pálida.

Tragué saliva y aparté la vista de donde esperaba Elias, justo al otro lado de las puertas. Miré a Kolis a los ojos. La preocupación en su mirada era evidente, lo cual era perturbador por una miríada de razones, pero podía aprovecharlo.

—Estoy nerviosa.

—¿Por qué?

—Por quienes sean los que están ahí fuera. —Hice un gesto hacia las puertas con la cabeza—. Las multitudes me generan ansiedad,

sobre todo cuando consisten en dioses y Primigenios.

—No tienes por qué estar nerviosa. —Kolis sonrió—. Yo te protegeré.

En mi mente, me imaginé dándole repetidas patadas en la cara.

—Lo sé.

Kolis parecía complacido por mi respuesta, tanto como para que su sonrisa se torciera, para que fuera más genuina, mientras me miraba de arriba abajo.

—No te lo he dicho antes —dijo—, pero hoy estás preciosa.

Mi sonrisa vaciló.

—Gracias. —Pero entonces mi lengua se soltó y ni siquiera estaba segura de por qué dije lo que dije a continuación, ni por qué se me había ocurrido ese pensamiento—. Pero prefieres el aspecto que tenía antes.

La curva irregular de sus labios desapareció. Pasaron unos instantes.

—Sí. —Sus ojos se deslizaron hacia mi pelo—. Era de un tono rojizo tan asombroso, el color del más rico de los vinos. —Parpadeó—. Tendremos que hacer algo al respecto. —Mis cejas se juntaron de golpe—. Vamos —insistió, como si fuese un perro que camina despacio—. Ellos nos aguardan.

*Ellos*.

Aquellos que, no hacía tanto tiempo, habían asistido a mi coronación como consorte de las Tierras Umbrías y habían sido testigos de mi boda con Ash, verían ahora lo que fuese que exigiese Kolis de mí.

La última vez que había estado ante los que estaban al otro lado de esas puertas, iba vestida con encaje plateado y centelleaba como las lejanas estrellas que justo cobraban vida en lo alto.

Ahora iba adornada de oro y tendría que…

Debía actuar como si al menos tolerara a Kolis. Como si quisiera estar aquí. Se me secó la boca. No me importaba lo que pensaran de mí, pero sí me importaba lo que esto significaría para Ash y cualquier apoyo que tratase de obtener de ellos.

Un nerviosismo ansioso brotó en mi interior para entrelazarse con los zarcillos de aflicción. Era una mezcla potente, una vorágine giratoria de emociones pertenecientes tanto a Sotoria como a mí. Sentí que la esencia bullía dentro de mí, y supe que si la dejaba escapar, saldría como una explosión y arrojaría la devastación que sentía en mi interior sobre todos los que esperaban al otro lado de las puertas.

Por todos los dioses, una pequeña parte de mí *quería* dejar que eso ocurriera. Quería que todos ellos supiesen lo que sentía por dentro. Que experimentaran la abrumadora impotencia y la amarga desesperación. Todo el miedo asfixiante y la vergüenza que me

destrozaba el alma. Quería que sufrieran como estaba sufriendo Ash, como tantos otros habían sufrido ya. Quería agarrar todo el dolor y hacer que se ahogaran en él.

Me *hormigueaba* el cuerpo entero.

Y por todos los dioses, el conocimiento inherente procedente de las brasas sabía que con solo dejarlo escapar, lo que quería se haría realidad. Podía hacerlo. Podía derribar a Kolis. El potencial me dejó sin aliento…

Pero di un respingo y parpadeé deprisa. ¿En qué estaba pensando? Mi corazón aporreaba contra mi pecho y cerré los puños. Santo cielo, estaba experimentando delirios de grandeza. Tal vez las brasas fuesen poderosas, pero no lo bastante como para enfrentarme a quién sabía cuántos dioses y Primigenios *y* Kolis.

Las brasas palpitaron mientras aspiraba una bocanada de aire larga y profunda. Despejé mi mente del mismo modo que lo hacía cuando mi madre me enviaba a hacer sus recados. Tenía un trabajo que hacer. Las opiniones que seguro que los Primigenios tenían sobre mí no importaban. Lo único que importaba era garantizar la libertad de Ash. Soportaría esto y luego le preguntaría a Kolis por Ash. Me apresuré a tirar de unos cuantos bucles sueltos hacia delante para disimular la marca del mordisco y proporcionar algo de cobertura para lo que no ocultaba el vestido. Y cuando seguí a Kolis, mis pasos eran firmes, a pesar de que no sentía el suelo bajo mis pies.

Las conversaciones se acallaron bajo el techo descubierto del gran salón. A medida que el zumbido de las brasas amainaba poco a poco, deslicé los ojos por las enormes columnas de mármol y oro que bordeaban la inmensa sala de consejos circular que tenía que ser al menos la mitad de grande que la del consistorio de Lethe.

Las columnas mostraban finas grietas.

En una de cada dos, había antorchas encendidas que proyectaban un resplandor ardiente hacia los rincones detrás de ellas, donde la menguante luz del sol no podía penetrar. Había también numerosas butacas y multitud de sofás largos tapizados de color marfil desperdigados por el suelo, aunque ya no estaban ocupados. Docenas de personas esperaban al pie del estrado, sus cabezas inclinadas turbias ante mis ojos mientras recorría con la vista las vetas doradas del suelo de mármol hasta el otro lado de la sala.

Hasta donde yacía un inmenso *draken,* su enorme mandíbula y su nariz ancha y plana apoyadas en el suelo. Varios cuernos brotaban de su cabeza para luego curvarse hacia atrás. Tenían que ser tan largos como una de mis piernas, si no más. Las escamas del dragón eran del color de la piedra umbra, aunque parecía que cada una la habían sumergido en líquido carmesí. Tenía las alas replegadas contra sus costados, y una larga cola con púas se movió un pelín cuando un

guardia pasó con cuidado por encima de ella.

El *draken* estaba… estaba *echándose la siesta*.

Nektas era el *draken* más grande, pero este tenía que ser el segundo por poco o incluso igual.

¿Quién era?

Kolis se acercó al borde del estrado. Yo me detuve junto al trono y deslicé la mirada del *draken* a lo que tenía a mi lado. La cosa era más grande que el del palacio de Cor, de algún modo más dorado, aunque no tan hortera como el del atrio. Multitud de diamantes centelleaban a la luz del crepúsculo, brillando sobre los reposabrazos y el respaldo con muchas formas distintas.

El respaldo del trono era un sol grande lleno de minúsculos diamantes, y sus rayos terminaban en puntas que se convertían en símbolos. En el centro había una gran luna creciente. A la derecha de la luna había un yelmo, un tridente, una caracola ondulada y, del último rayo, brotaba una cornamenta tallada en oro. A la izquierda de la luna, los rayos terminaban en un puñado de ramas y hojas, una rama con una serpiente enrollada, otro yelmo y, por último, un pequeño árbol de jade.

Los símbolos eran casi idénticos a las coronas que había visto sobre las cabezas de los Primigenios. El árbol de jade debía representar a las islas Callasta. La corte de Veses.

Las brasas vibraban con suavidad en el centro de mi pecho mientras observaba el trono. Por instinto, supe que representaba la unidad entre las cortes de Primigenios y dioses. También supe que era el trono desde el que había gobernado Eythos.

Bajé la vista. Había profundos surcos en las baldosas de oro e incluso sitios donde se habían roto pedazos enteros del suelo.

Un escalofrío rodó por mi cuerpo. Estaba de pie donde una vez había habido otro trono. Supuse que sería en el que la madre de Ash, Mycella, se había sentado al lado de su marido.

Ahora, no quedaba nada ahí más que destrucción y… yo.

—Levantaos —ordenó Kolis. Yo me quedé donde estaba, sin tener ni idea de qué se suponía que debía hacer.

Los que estaban a nuestros pies se levantaron y, mientras escudriñaba al gentío de varias docenas de caras, una ardiente y furiosa mirada plateada llamó mi atención.

Kyn.

Le sostuve la mirada y pensé en mi sueño, en cómo Ash había hablado como si Kyn hubiese ido a verlo mientras estaba encarcelado. Era obvio que mi mente no inventaría algo así. No quería que Ash supiera que le había prometido algo a Kolis a cambio de que liberase a Rhain, porque pensaría lo peor de mí.

¿Sabría Kyn que el regalo de Kolis ya no estaba sobre la mesa?

Esperaba que lo supiera, y que eso lo cabreara.

También esperaba que su pene se marchitara y se le cayera.

Con eso en mente, esbocé una sonrisa tensa en dirección al Primigenio. Él dio un paso al frente, como si supiera que estaba imaginando su pene arrancado por *barrats* gigantes y planease hacer algo al respecto.

Una mano se cerró sobre su hombro, lo cual llamó su atención y la mía hacia una figura vestida de negro a su lado. Mis ojos saltaron hacia ella.

Attes.

El Primigenio no me miró mientras le hablaba en voz baja a su hermano.

Kolis dio media vuelta entonces, para dirigirse al enorme trono dorado junto al que estaba yo. No sabía qué opinar de la presencia de Attes, pero confiaba en él. Al menos, creía hacerlo.

Aparté la vista de los hermanos, solo para que mis ojos se toparan con otros. Noté cómo el aire salía de mis pulmones en una bocanada entrecortada.

Keella, la Primigenia del Renacimiento, estaba ahí de pie, con las manos cruzadas delante de la cintura de su vestido color marfil. No había nada más que tristeza en su mirada.

Parpadeé, antes de apartar la vista a toda prisa. Mi corazón latía con fuerza, como apesadumbrado. ¿Era consciente Keella de que lo que había ayudado a Eythos a hacer no había salido como tenían previsto? ¿Que el alma de Sotoria estaba atrapada dentro de mí? Attes podía habérselo dicho, o quizás Ione, que había visto la verdad en mis recuerdos.

Mis ojos se deslizaron por los rostros de dioses a los que no reconocía y por los que estaban pegados a las paredes. Vi a Phanos más bien al fondo, y el resplandor de los farolillos brillaba sobre la suave piel marrón oscura de su cráneo. Ni él ni los otros tres Primigenios llevaban sus coronas, y no veía a ninguno de las otras cortes.

Embris, el Dios Primigenio de la Sabiduría, la Lealtad y el Deber, no estaba presente. Como tampoco lo estaba la Diosa Primigenia Maia, ni esa zorra de Veses, la Diosa Primigenia de los Ritos y la Prosperidad. Con suerte, eso significaba que seguía encerrada bajo llave en los subterráneos de la Casa de Haides.

Muerta de hambre.

Callum subió al estrado y, por un momento, me distrajo su presencia… y un pensamiento aullante. Ese hijo de puta era el hermano de Sotoria. Después vi lo que llevaba en la mano. Un gran almohadón de suelo dorado, que depositó a los pies de Kolis.

No podían esperar que me sentara ahí.

Los ojos del Retornado se levantaron hacia los míos mientras se enderezaba. Su pelo ocultaba una sonrisilla de satisfacción.

Hijo de puta.

—Ven, querida —me llamó Kolis, al tiempo que señalaba el almohadón—. Siéntate.

Una sensación caliente y cosquillosa reptó por mi nuca. Muy consciente de las miradas de los otros, conjuré el sonido de la voz de Ash y fui hacia el almohadón. *Respira*. Eso era todo lo que tenía que hacer mientras me agachaba para sentarme en el almohadón dorado, tratando de averiguar la mejor manera de sentarme, pues las ranuras del vestido me dejaban pocas opciones. *Respira*. Con el pecho comprimido, me senté con las rodillas hacia un lado, muy consciente de que todo el largo de mi pierna y mi cadera quedaban a la vista. *Respira*.

La sala estaba sumida en un silencio sofocante. Fijé la vista al frente sin ver a nadie en particular. Aparte de Attes, ¿qué opinarían los Primigenios al verme ahí? Todos sabían lo que Ash le había hecho a Hanan, así que sabían, o al menos sospechaban, que Kolis me había raptado. Phanos lo sabía, porque Kolis me había llevado con él cuando estaba al borde de la muerte.

Unas sirvientas entraron en la sala desde una puerta procedente de las salitas a nuestra derecha. Las mujeres iban ataviadas como las recordaba: con holgados vestidos peplos casi transparentes, los brazos llenos de brazaletes dorados desde las muñecas hasta los codos, y las caras pintadas para formar una alas doradas.

—Menuda sorpresa más agradable ver a tantos de vosotros hoy aquí —dijo Kolis, su voz veraniega llena de calor y cordialidad. Si no conociese a Kolis, habría podido creer lo que decía—. Por favor, servíos unos refrescos antes de que empecemos.

¿Empezar qué?

Una cabellera rubia, larga y ondulada llamó mi atención. Miré a mi izquierda, más allá del *draken* dormido, hasta que mis ojos se cruzaron con otros rojo rubí y unos rasgos familiares, apuestos pero engreídos.

Diaval, el *draken*.

Estaba apoyado contra una columna, los brazos cruzados delante del pecho desnudo. Como le gustaba hacer a Nektas, llevaba pantalones holgados de lino.

Con los labios fruncidos, observé cómo sus ojos se desviaban hacia alguien que estaba a su lado. No reconocí a quienquiera que fuese, y estaba segura de que lo habría hecho porque el hombre… bueno, era hermosísimo.

Su piel me recordaba a las rosas de floración nocturna, sus pómulos altos y angulosos, el rostro de una simetría perfecta. El pelo

negro le caía por los hombros y llegaba hasta la mitad de su espalda en gruesas hebras parecidas a cuerdas. Guiñé los ojos y alcancé a ver el tenue indicio de escamas por sus hombros mientras asentía por algo que le decía Diaval.

Estudié la sala una vez más, y encontré a otro que también sospechaba que era un *draken*. Un macho de pelo moreno estaba entre dos columnas a la derecha, por donde entraban y salían las sirvientas a toda prisa. Estaba lo bastante cerca como para ver las crestas bajo la piel marrón clara de sus hombros.

Tampoco estaba solo. Otro macho estaba cerca de él, vestido como solía vestir Callum, con pantalones y una túnica blanca con motas doradas. Aunque su máscara pintada ocultaba muchos de sus rasgos, vi unos ojos azules, siniestros y como sin vida, y sospeché que sabía quién era.

El Retornado Dyses. El que no había permanecido muerto, ni después de que Ash le arrancara el corazón.

Miré atrás, donde varios guardias y otras personas estaban cerca de las columnas y entre ellas. Así que había al menos tres *drakens* aquí en su forma mortal, un *draken* muy grande aún dormido, y solo los dioses sabían cuántos Retornados. Intuí que esto era algo importante de saber.

Una sirvienta se acercó al estrado, donde se detuvo para hacer una reverencia antes de subir las escaleras despacio. La delgada mujer llevaba solo dos cálices con incrustaciones de rubíes sobre su bandeja de mimbre y sirvió a Kolis primero. Cuando él agarró su copa, se volvió hacia mí y se inclinó un poco para ofrecerme el cáliz restante.

—Bebe —me ordenó Kolis en voz baja.

Esa sensación caliente de hormigueo aumentó cuando alargué la mano hacia la copa. Kolis no me había permitido elegir por mí misma, cosa que yo sí hubiese hecho. Pude ver con claridad que era algún tipo de líquido de tono ámbar y no el potente vino *radek* que me habían dicho que era un afrodisiaco.

—Gracias —murmuré, al tiempo que una brisa cálida soplaba por el estrado.

La sirvienta de piel pálida no me miró a los ojos, pero asintió antes de marcharse sin decir ni una palabra. Sus movimientos eran gráciles y fluidos mientras serpenteaba entre aquellos que seguían ahí de pie y no se habían retirado a las zonas de estar en los distintos rincones de la sala.

El repentino sonido de alguien que se aclaraba la garganta captó mi atención y giré la cabeza hacia él.

La Diosa Primigenia Keella estaba de pie a poca distancia del estrado.

Los dedos de Kolis empezaron a tamborilear distraídos sobre el

reposabrazos del trono.

—Keella —la saludó, después de un momento—. Me sorprende verte por aquí hoy.

—Sé que no he indicado que necesitara vuestro tiempo durante la sesión de la corte —dijo, y entonces comprendí lo que era esto. Kolis estaba celebrando una audiencia con la corte, momento en que los dioses, y supuse que los Primigenios, podían hacer sus peticiones o dar voz a sus quejas—. Pero espero poder apelar a vuestra generosidad y hablar con vos antes de que empiece.

¿Su generosidad? Casi solté una carcajada.

—Siempre has apelado a mi lado generoso —repuso él, y algo del calor había abandonado su tono—. Ya sea con razón o no.

Pensé en cómo Keella había ayudado a Eythos con el alma de Sotoria y supuse que esa era la pulla que lanzaba Kolis.

No obstante, Keella no mostró reacción alguna. Permaneció ahí de pie, la espalda recta y las manos cruzadas de un modo relajado.

—Bueno —musitó Kolis con voz melosa—, ¿qué te trae hoy por aquí?

Keella levantó la barbilla.

—Ella.

Enderecé mi postura, sorprendida.

—Por supuesto —murmuró Kolis.

—Es la consorte de las Tierras Umbrías —declaró Keella con calma. Attes y algunos de los dioses se giraron para escuchar.

—¿Ah, sí?

—Yo estaba ahí durante su coronación y la boda con vuestro sobrino —respondió Keella, y mi mano se apretó sobre el cáliz—. Sé quién es.

El aire se quedó atascado en mi garganta mientras me recolocaba un poco para poder verla tanto a ella como a Kolis.

—Sí, tú deberías saber quién es. —La sonrisa de Kolis, esa tan bien ensayada, siguió en su sitio—. Dime, Keella, cuando estuviste en su coronación, ¿lo sabías?

—La conozco como Seraphena, la nacida de Sangre y Cenizas, *la* Luz y el Fuego, *la* Luna Más Brillante —respondió sin inmutarse—. La consorte de Nyktos.

Muchísimas cosas corrieron hasta la punta de mi lengua, pero este fue uno de esos raros momentos en los que sabía que era mejor no decir nada y conseguí guardar silencio.

—La Luna Más Brillante. —Kolis me miró. Miró mi pelo—. Ya veo por qué a Nyktos se le ocurrió un título tan ridículo.

Mis dedos se movieron sin yo quererlo. *Quédate callada*. No había nada en esa parte de mi título que fuese ridícula. Y ni siquiera estaba pensando en la referencia a la profecía. Ash lo había escogido debido

a mi pelo, porque le recordaba a la luna. Era… significativo. Dulce.

—¿Y dónde está Nyktos? —preguntó Keella, lo cual hizo que mis ojos volaran hacia ella.

—¿Dónde crees que está? —preguntó a su vez el falso rey—. Mató a uno de vuestros hermanos Primigenios.

Espera. ¿Era posible que algunos de los Primigenios no fuesen conscientes del encarcelamiento de Nyktos?

—¿Lo hizo para proteger a su consorte? —Las cejas curvas de Keella subieron por su frente—. Si fue así, aunque aborrezca semejante violencia, su reacción es comprensible.

—¿Lo es? —Un calor palpable rozó contra mi piel al paso de esas dos palabras—. Sus acciones podrían haber tenido consecuencias duraderas y catastróficas para los mundos.

—Pero no las tuvieron. —Keella tenía que percibir la creciente ira de Kolis, pero aun así permaneció impasible—. Otra se ha elevado a la condición de Primigenia después de tantísimos años. Podría considerarse una bendición.

—Estoy seguro de que Hanan apreciaría ese sentimiento —comentó Kolis con tono seco. En otras situaciones, me hubiese reído de eso—. En estos momentos, Nyktos está encarcelado, pero será liberado pronto. Espero que muestre más remordimientos por sus acciones de los que has demostrado tú.

Me daba la sensación de que Kolis se iba a llevar una desilusión.

—¿Y qué pasará entonces? —insistió Keella—. ¿Terminaréis con… lo que sea esto? Ella es la consorte de Nyktos, Kolis. —La Primigenia bajó la voz—. Esto es una violación de la tradición y el honor que no se ha visto desde…

—¿Desde cuándo? —preguntó Kolis con suavidad.

Keella respiró hondo pero no contestó. Incluso yo sabía a lo que se refería. Este tipo de comportamiento no se había visto desde que Kolis había matado a Mycella en su rabia. Miré a Attes. Desde que había matado a *sus* hijos y a muchos otros.

Kolis se echó hacia delante, bajó la voz.

—Yo no autoricé la coronación a la que asististe. Fue una farsa.

Cerré los ojos, apreté la mandíbula. Ya había sabido lo que planeaba decir, pero aun así, me entraron ganas de gritar de todos modos.

—No tenía esa impresión —repuso Keella con tono seco.

Se produjo un momento de silencio y después Kolis llamó a Kyn. Abrí los ojos al instante.

El Primigenio de la Paz y la Venganza se acercó sin su gemelo, y el brazalete de plata que rodeaba su bíceps centelleó mientras sujetaba una copa menos elaborada que las nuestras.

—¿Sí, majestad?

—Tú estabas presente cuando Nyktos vino al palacio de Cor y me pidió permiso para tomar a Seraphena como su consorte —dijo Kolis. Sentí una punzada de sorpresa cuando oí que decía mi nombre. No lo había vuelto a utilizar desde que le había dicho que era Sotoria—. ¿Le di mi permiso?

Kyn arqueó una ceja mientras bebía un trago.

—No. —Me miró a mí entonces, su expresión apática—. No lo hicisteis.

Aspiré una bocanada de aire escasa y se me hizo un nudo en el estómago. Por supuesto que Kyn mentiría, pero por alguna maldita razón también me llegó en forma de sorpresa, y una oleada de ira caliente y palpitante recorrió todo mi cuerpo.

—Así que, como puedes ver, no es ninguna consorte. —Kolis asintió en dirección a Kyn—. Gracias.

Kyn hizo una reverencia somera, el rictus de sus labios burlón cuando dio media vuelta y bebió un profundo trago de su copa.

Bastardo.

—Entonces, ¿estará aquí hasta que Nyktos sea liberado? —preguntó Keella.

Kolis se rio entre dientes.

—No va a volver con Nyktos.

Su afirmación fue como una puñalada en el pecho. La copa tembló en mi mano.

La Diosa Primigenia no dijo nada durante unos instantes.

—Entonces, ¿está aquí por voluntad propia?

Pasó un momento.

Se me cayó el alma a los pies, porque sabía lo que venía a continuación.

—¿Por qué no se lo preguntas tú misma?

La mirad de Keella se posó en mí, el *eather* de sus ojos giraba en espiral mientras Kolis me taladraba con la mirada. Quería gritar *«¡No!»,* pero el trato… La libertad de Ash. Un sabor a vómito llenó mi garganta cuando respondí.

—Sí. Estoy aquí por… porque así lo he elegido.

# Capítulo 24

Jamás había imaginado que una media verdad podía doler tanto como un puñetazo en el pecho.

Pero ahora lo sabía.

—¿Es esa respuesta suficiente a tus preocupaciones? —preguntó Kolis.

La tensión enmarcaba las comisuras de la boca de Keella cuando le dedicó a Kolis un asentimiento brusco.

—Gracias.

Observé cómo daba un paso atrás y giraba. Dejé caer los hombros bajo una repentina oleada de agotamiento.

—¿Keella? —la llamó Kolis. La Primigenia se detuvo para girarse hacia nosotros de nuevo.

—¿Sí, majestad?

—Parece que has olvidado el juramento que me hiciste. Vuelve a cuestionarme una sola vez más y te encontrarás en las Cárceres —le advirtió, con esa voz suave y ligera suya—. ¿Lo entiendes?

Keella inclinó la cabeza.

—Sí.

—Bien. —Kolis se echó atrás y apuró su copa.

La Diosa Primigenia me lanzó una última mirada, luego dio media vuelta y se fundió con la pequeña multitud. No sabía si me había creído. Lo dudaba.

Aun así, la media verdad quemaba el fondo de mi garganta.

La misma sirvienta de antes volvió para rellenar el cáliz de Kolis con un decantador. A continuación, se marchó, pero esta vez, cuando se dirigió a la puerta, no llegó a salir de la sala.

Uno de los dioses desconocidos sentado en un sofá la atrapó por la cintura. La mujer apenas fue capaz de mantener el agarre sobre su bandeja de mimbre y el decantador cuando el dios tiró de ella para sentarla en su regazo. Él le dijo algo en voz baja y ella hizo un asentimiento breve antes de dejar la bandeja y la botella en el suelo.

Mis ojos se entornaron cuando la cabeza del dios desapareció en el hueco del cuello de ella. Un segundo después, el cuerpo de la sirvienta dio una sacudida y el ala pintada que alcanzaba a ver se contorsionó de dolor.

—¿Qué estás haciendo, *so'lis*? —preguntó Kolis en voz baja.

—No estoy… —Cerré la boca al darme cuenta de que me había

inclinado hacia delante, preparada para ponerme de pie. Con el estómago revuelto, observé cómo el ala pintada se alisaba y la mujer se relajaba en brazos del dios. Me forcé a echarme hacia atrás—. ¿Las sirvientas son Elegidas?

—Lo son.

Así que había estado en lo cierto al sospecharlo cuando había estado aquí con Ash. Consciente de que Callum y Elias estaban cerca, hablé en voz baja.

—¿También son parte de los refrescos?

—A veces —respondió Kolis con indiferencia.

El fuego de la ira incendió mi piel cuando vi que la mano del dios resbalaba de la cadera de la sirvienta para colarse entre sus piernas.

Aparté la mirada para descubrir que Attes había ido a hablar con Keella, que no se había marchado, como yo había supuesto que haría. Estaban al fondo de la sala, las cabezas agachadas y muy juntas. Su conversación parecía… tensa. Vi que Kyn estaba en una de las butacas situadas cerca de las columnas, una bebida en la mano.

Me fulminaba con la mirada.

Le hice caso omiso. Mi atención volvió al rincón y a la sirvienta aún sujeta por el dios. Me empezó a doler la mandíbula.

—Veo que eso te desagrada. —Kolis suspiró—. Son Elegidos, *so'lis.*

Sí, lo que veía me desagradaba.

Que él no hiciese más que llamarme *su alma* también me desagradaba.

—Están para servirme a mí y a mis dioses. A veces, eso consiste en servirles bebidas. Otras veces, consiste en que ellos mismos… sean las bebidas. —Se rio, claramente divertido por lo que consideraba una broma ingeniosa.

Por todos los dioses. No sabía si iba a ser capaz de controlar mi temperamento y permanecer como un lienzo en blanco hasta que Ash fuese liberado. Porque ahora mismo veía rojo.

Lo cual significaba que no estaba, exactamente, en blanco.

—¿Eso es lo que ella eligió? —pregunté, una vez que supe que mi voz no revelaría mi deseo casi absoluto de cometer un asesinato violento y sangriento.

El breve momento de humor se esfumó del tono de Kolis.

—Casi todas las elecciones fueron hechas por ellos desde el momento de su nacimiento. —Mi cabeza voló hacia un lado para levantar la vista hacia él—. Veo que he tocado una fibra sensible —comentó con tono seco. Luego miró a la sirvienta—. Parece que se está divirtiendo.

La mujer se apretaba contra la mano entre sus piernas, los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

—Eso no significa nada, cuando ambos sabemos que un mordisco

puede provocar un placer indeseado.

Sus ojos se deslizaron de vuelta a mí. Las motas doradas se habían quedado quietas.

—Me da la sensación de que esto tiene más que ver con nosotros que con ellos.

Me puse rígida.

—No es eso.

—Mentira —murmuró, y bebió un sorbito de su cáliz.

—Vale. Quizás un poco —admití—. Pero eso es irrelevante. Ella simplemente pasaba por su lado y él la agarró. Luego la mordió. Puede que no tenga elección en cómo sirve a los dioses, pero podrían ser menos crueles, ¿no crees?

—Todos podríamos ser menos crueles —reconoció, y el oro empezó a dar vueltas en sus ojos otra vez—. Aparte de entre ellos y con los sacerdotes, en el mundo mortal está prohibido que a los Elegidos los toquen o les hablen.

—Lo sé.

—Aquí, al menos se les puede hablar y tocar. —Bajó la barbilla y apareció una leve sonrisa—. Incluso follar. —Deseaba de todo corazón que dejase de decir esa maldita palabra—. Tú ves una víctima —continuó, y apreté los labios—. Yo veo a alguien hambriento de tener lo que les han prohibido durante toda su vida.

Volví a mirar al dios y a la sirvienta, cuyos suaves gritos de placer al alcanzar el clímax quemaron mis oídos. Ninguno de los otros les prestaban atención alguna. Sobre todo porque varios de los otros dioses, incluido Kyn, tenían compañía ahora.

—Lo que debes de pensar de mí… —musitó Kolis, y mis ojos volaron hacia él de nuevo—. No te culpo. Estoy seguro de que te han contado muchas medias verdades.

Bebí un sorbo para evitar decir algo poco sensato. El licor resultó algún tipo de whisky especiado, pero los toques de manzana y canela hicieron muy poco por aliviar el ardor del alcohol al llegar a mi estómago.

—Aquí, los Elegidos tienen oportunidades —prosiguió Kolis—. Se les ofrece la posibilidad de quitarse el velo y servir a los que viven en Dalos y en otras cortes.

Fruncí el ceño.

—¿O hacer qué?

—O Ascender —contestó. Antes de que pudiese poner objeciones a eso, siguió hablando—. Se llama Malka, por cierto. Y él es Orval. —Mientras decía eso, mis ojos volvieron a los dos. El macho levantó la cabeza del cuello de la mujer, lamió la sangre de sus labios—. Se conocen. —Ese Orval se inclinó hacia ella para hablarle al oído. Malka sonrió y dio la impresión de reírse—. Se conocen bastante bien —

añadió Kolis mientras yo observaba a la Elegida darle un manotazo juguetón al brazo del dios.

Orval le dio un beso en la mejilla y luego la soltó. La mujer se puso de pie y enderezó su vestido.

Solté el aire con brusquedad, sin tener muy claro si podía creer lo que veía y oía. Aunque incluso si fuera cierto, ¿tenían elección los sirvientes? En el mundo mortal, la tenían en algunas casas. En otras, aunque diese la impresión de que sí, en realidad no era así.

—¿Y si no se conocieran? —pregunté, mientras Malka salía por la puerta. Al hacerlo, vi un pasillo largo y oscuro.

—¿Acaso importa?

Giré la cabeza hacia Kolis.

—Sí.

No respondió durante unos segundos. Y la verdad era que había oído las historias. Conocía la respuesta. Aun así, la ira seguía quemando a través de mis venas cuando me giré para mirar al suelo.

—¿Qué harías tú? —me preguntó—. ¿Si ella no diese su consentimiento?

Lo miré otra vez antes de responder.

—Me aseguraría de que fuese la última vez que alguien no pidiese el consentimiento de la otra parte.

—¿Y cómo, exactamente, harías eso?

—Atravesaría su corazón con una daga o una espada.

Detrás de Kolis, una de las alas pintadas de Callum se elevó, pero el falso rey no mostró reacción alguna.

—Mira a tu izquierda, *so'lis*. Más allá de Naberius.

—¿Naberius?

—El *draken* que tan cansado parece —repuso Kolis con sequedad, y arqueé una ceja al oírlo—. En la salita detrás de él, verás una butaca color marfil ocupada.

Fruncí el ceño e hice lo que me indicaba. Busqué más allá de Phanos, que hablaba con un dios, de los dos *drakens* en sus formas mortales y, por supuesto, del soñoliento Naberius. Encontré la butaca color marfil a la que se refería Kolis y la vi ocupada por un dios de piel de alabastro con una sirvienta sobre su regazo…

Dejé el cáliz en el suelo a mi lado y mi corazón empezó a martillear contra mis costillas.

—Se llama Jacinta. Llegó aquí tras un Rito hace dos años —explicó Kolis mientras yo miraba la mano plantada sobre la boca de la joven y sus ojos muy abiertos y asustados—. El que la sujeta es Evander. Tiene varios cientos de años y sabe bien cómo alimentarse y proporcionar placer. Pero eso no es lo que le gusta. —Kolis se inclinó hacia delante y bajó la voz hasta que no fue más que un susurro—. Le gusta el dolor. —La repulsión me hizo un nudo en la garganta—. Así que ahora lo

sabes —declaró Kolis, y se echó atrás.

Despacio, me giré hacia él. Lo miré a los ojos.

—¿Qué dijiste que harías? —preguntó, y las motas doradas tenían una luz extraña en sus ojos—. ¿Que atravesarías su corazón con una daga?

—Sí, eso dije.

—Entonces, tienes elección —sentenció Kolis—. Haz lo que has dicho y mátalo.

Parpadeé confusa.

—¿Qué?

—Haz lo que has dicho que harías si creías que a alguien lo estaban forzando de semejante manera. Clávale una daga en el corazón. —La voz de Kolis iba cargada de un tono desafiante—. A menos que seas como tantos otros y hables de lo que *harías* y no de los que *harás*.

Mis cejas salieron disparadas de la incredulidad. Era imposible que creyese que no era capaz de clavar una daga en el corazón de alguien cuando había intentado hacérselo a él.

—Y si hago eso, ¿qué harás tú?

—¿A ti? —Asentí—. Nada, querida.

Lo miré durante un segundo. No tenía ni idea de por qué me ofrecía esto. Por qué me desafiaba a actuar y matar a uno de sus dioses.

Apreté los labios y volví a mirar a los de la butaca color marfil. Jacinta estaba temblando. Si su Rito había sido hacía dos años, eso significaba que tendría más o menos mi edad. Como Elegida, no habría tenido gran cosa como vida en el mundo mortal, pero *sí* había estado a salvo. Ahora, tenía los nudillos blancos de lo fuerte que apretaba el brazo del dios. Sus ojos frenéticos volaban por toda la sala como si buscase ayuda. Una ayuda que era obvio que no iba a llegar de ninguno de los presentes en este espacio. Ni siquiera de Attes o de Keella, que seguían hablando y no debían ni saber lo que estaba sucediendo entre las sombras. Pero si lo supieran, ¿intervendrían? ¿O era esta una de esas cosas terribles que Ash se había visto obligado a ver?

Algo centelleó en la mejilla pintada de Jacinta. Una lágrima. La bocanada de aire que inspiré no fue a ninguna parte.

Los motivos de Kolis no importaban.

Dejé el cáliz en el suelo y me levanté. El vestido cayó alrededor de mis pies. Me giré hacia Kolis.

—Necesito un arma.

—¿Elias? —llamó Kolis.

El guardia dio un paso al frente en silencio, desenvainó una daga de piedra umbra. Sus ojos oscuros se cruzaron un instante con los

míos cuando estiró la mano. No sabía qué intentaba comunicar con su mirada, pero no me importaba lo más mínimo.

Kolis agarró el reluciente mango de la daga y la volteó con mano experta para que quedase mirando hacia mí. Mis dedos rozaron los suyos cuando tomé el arma y eché un vistazo a la brillante hoja negra. El peso de la daga era contundente, gracias a su absurdo mango de oro, pero era manejable. Levanté la vista y lo miré a los ojos una vez más. Por un segundo, solo por un instante, me planteé clavarla en su corazón.

Aunque ¿de qué serviría eso? Aparte de para infligir dolor, aunque pudiese matar a Kolis, la piedra umbra solo serviría para irritarlo, y no haría nada para ayudar a Jacinta. Con cuidado de no pisar el almohadón, di un paso atrás. Al girar, mis ojos se posaron en Callum.

El Retornado estaba sonriendo.

Callum casi *siempre* estaba sonriendo, pero algo en su sonrisa hizo que se me revolviera el estómago.

Di media vuelta y apreté la daga contra mi muslo, de modo que los pliegues de mi vestido la ocultaran. Clavé los ojos en el dios rubio y empecé a bajar las escaleras. Las conversaciones se acallaron y luego cesaron por completo a medida que pasaba por delante de los que más cerca estaban del estrado. Sentí sus ojos curiosos seguir mis pasos. Phanos y el dios con el que hablaba guardaron silencio. Se abrieron para dejarme pasar, y el azul vibrante de su ropa me recordó al mar. Luego pasé a una distancia saludable de Naberius y me acerqué a donde estaba Diaval, que se separó de la pared, aunque no vi lo que hizo a continuación porque mis ojos se cruzaron con los ojos anegados de lágrimas de Jacinta.

Mi mirada bajó a la mano que le tapaba la boca. Los dedos de Evander estaban manchados de pintura dorada. Mis ojos bajaron más aún. El dios tenía un brazo alrededor de los hombros de la joven, que tenía por tanto un brazo inmovilizado contra su costado y el otro contra el pecho de él. La otra mano de Evander manoseaba un pecho de la Elegida mientras ella se sacudía, su cuerpo movido por el que se contoneaba debajo de ella. Por un segundo, no la vi a ella. Ni a él. Me vi a mí. Vi a Kolis. Noté una punzada en el lado de mi cuello.

—Perdóname —dije.

La chica parpadeó, pero las lágrimas seguían pegadas a sus pestañas.

El dios gimió.

Y algo se apagó dentro de mí. Ya fuese mi humanidad u otra cosa, fue lo mismo que me pasaba cuando transmitía los mensajes de mi madre. O cuando actuaba en nombre de las Damas de la Merced.

Me incliné por encima de la asustada sirvienta, agarré un puñado del pelo pálido de Evander. El dios dejó de moverse debajo de Jacinta.

—Suéltala —le ordené en voz baja—. Con cuidado.

El cuerpo entero de la Elegida dio un respingo y luego oí una voz grave.

—¿Qué diablos?

—Márchate —le dije a la joven.

Vaciló un instante, luego se alejó del dios a toda prisa. Cuando los ojos de Evander se levantaron para mirarme, la sangre goteaba por la comisura de su boca. El dios ya tenía la piel pálida, pero el poco rosa que mostraba su tez desapareció de un plumazo. No estaba segura de qué había visto en mis ojos, o si veía algo en absoluto. Quizá su reacción se debiera a que me había reconocido como la que había estado en el estrado.

A lo mejor me veía como la consorte de las Tierras Umbrías.

No lo sabía.

Y no me importaba.

Porque en realidad yo tampoco lo veía a él.

Veía solo a Kolis.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba cuando golpeé. Estiré el brazo a la velocidad del rayo y clavé la hoja de piedra umbra bien profundo en su pecho, directa al corazón.

La sorpresa abrió de par en par sus ojos azul aciano. El aura de *eather* detrás de sus pupilas palpitó con intensidad en el mismo momento en que lo hicieron las brasas en mi pecho. Liberé la daga de un tirón y solté su cabeza cuando mis manos empezaron a calentarse. Di un paso atrás y dejé que se desplomara hacia un lado.

Entonces empezaron los gritos.

# Capítulo 25

Con el corazón en la boca, me giré hacia el sonido. Los agudos gritos agónicos procedían de Jacinta. Las yemas de sus dedos estaban apretadas contra sus mejillas pintadas, las arañaban.

Di un paso hacia ella, levanté mi mano vacía para consolarla.

—Estás bien. Estás…

Pasó corriendo por mi lado, su finísimo vestido revoloteaba alrededor de sus piernas. Preocupada porque pudiera estar en *shock*, me giré para detenerla mientras ella se abalanzaba hacia el dios.

—No, no, no —sollozó. Me quedé de piedra cuando la vi caer de rodillas ante la butaca. La joven agarró las mejillas exangües del dios —. Evan, por favor, abre los ojos. —*¿Evan?*—. ¡Por favor! —suplicó, chilló, una y otra vez.

Unos pesados golpes sordos me incitaron a girar la cabeza hacia el lado y el aire que había inspirado se quedó atascado en mi garganta.

La cola de Naberius resbaló por las baldosas del suelo. Los músculos de la cara del *draken* se contrajeron, luego un vibrante ojo rojo con la pupila sesgada se abrió despacio. Levantó la cabeza y la piel escamosa de debajo de sus ollares vibró y se retrajo. Apareció una hilera de gruesos dientes afilados y un gruñido grave llenó el aire.

Una especie de zumbido empezó en mis oídos cuando me giré hacia Jacinta de nuevo, el zumbido cada vez más sonoro a cada latido entrecortado. Di un paso atrás mientras ella apretaba sus manos temblorosas contra el pecho del dios, por encima de la herida. Quería decirle que era demasiado tarde para eso, pero no conseguía articular las palabras. No lograba procesar lo que estaba viendo. Él le había estado haciendo *daño*. Kolis había dicho…

Una cascada de escalofríos bajó rodando por la parte de atrás de mi cabeza y mi cuello. La hoja de piedra umbra que sujetaba en la mano goteaba sangre reluciente mientras yo seguía retrocediendo. Miraba a mi alrededor, mis ojos ahora tan desorbitados como habían estado los de Jacinta. Vi a Attes primero. La cicatriz que discurría desde el nacimiento de su pelo y por encima del puente de su nariz y la mejilla izquierda destacaban con claridad. Tenía la mandíbula rígida, los ojos entrecerrados. Keella tenía la mano apretada contra el corazón, el habitual tono marrón cálido de su piel ceniciento ahora. La presión se asentó sobre mi pecho cuando mis ojos pasaron por encima de las duras líneas de los rasgos de Kyn antes de moverlos hacia el

estrado.

Kolis sonrió, luego levantó su cáliz. Incluso desde donde estaba, vi que su sonrisa era diferente. Era como la que había llevado en la cara cuando me había ordenado que matase a Thad. Era esa misma curva cruel de sus labios.

—¿Puede alguien ayudar, por favor, a nuestra querida Jacinta antes de que lo haga Naberius? —pidió Kolis. Bajó el cáliz hasta el reposabrazos del trono y mis ojos volaron hacia el *draken*, que se había erguido un poco sobre las patas delanteras y se asomaba ahora al reservado—. Y retirad a Evander de nuestra presencia.

Todos los músculos de mi cuerpo se pusieron en tensión mientras estaba ahí de pie. Varios guardias se adelantaron. La cabeza de Naberius volvió a girar hacia la sala y el *draken* gruñó a todo el que se le acercaba. Cerré los ojos, notaba el pecho cada vez más comprimido. *Inspira*. Cada bocanada de aire que aspiraba parecía demasiado breve, demasiado superficial. *Contén*. Oí otro golpe sordo, seguido de una maldición. *Espira*. Jacinta… sus gritos se volvieron más distantes, amortiguados…

Una repentina ráfaga de aire caliente retiró el pelo de mi cara. Un aire caliente que olía a… *carne*.

Abrí los ojos al instante.

Dos ollares en los que hubiese cabido mi mano estaban a pocos palmos de mi cara.

—¡Naberius! —gritó Kolis.

Unos labios finos vibraron y se retiraron aún más de esos malvados dientes. El *draken* se inclinó hacia mí, lo bastante cerca como para ver los hilillos de saliva que colgaban de sus colmillos.

Kolis gritó su nombre otra vez.

—Atrás. *Ahora*.

No parecía que Naberius tuviese ninguna intención de hacer eso. Más bien, su aliento revolvió varios mechones de mi pelo. Un retumbar grave brotó de su garganta una vez más.

Naberius parecía a punto de comerme.

Pensé que debería sentir miedo. De todas las formas de morir, supuse que el que unos dientes de *draken* desgarrasen tu piel y rompiesen tus huesos debía de ser una dolorosa. Sin embargo, no sentí nada más que una confusión persistente e incredulidad. Ni siquiera sentía las brasas.

Mientras Diaval aparecía por la periferia de mi vista, Naberius… me *olisqueó*.

El *draken* soltó una bocanada de aire que hizo ondear la parte de atrás de mi vestido. Luego retrocedió y recogió la cola a su alrededor.

—Venga ya —gruñó Diaval exasperado, al tiempo que saltaba para ponerse fuera del alcance de la gruesa cola del *draken*.

Otro guardia no fue tan rápido.

La cola de Naberius le barrió las piernas de debajo del cuerpo e hizo caer al dios de espaldas.

Parpadeé.

—Seraphena. —La voz callada de Attes cortó a través de mis pensamientos y me sobresaltó. Estaba cerca de mí, pero no me tocó. Naberius, por su parte, devolvió la cabeza al suelo y cerró los ojos—. Deberías volver al estrado.

Mis ojos se deslizaron hacia Kolis de nuevo, reclinado en su trono.

—No… no lo entiendo.

—No pasa nada, todo va bien —me tranquilizó Attes, pero todo no iba bien. Nada iba ni remotamente bien—. Tienes que volver al estrado.

No me dio la impresión de estar andando, pero lo estaba. Attes permaneció cerca de mí hasta que llegué a la plataforma. Se quedó ahí hasta que subí las escaleras.

—Gracias, Attes —dijo Kolis, sus ojos chispeantes fijos en Naberius.

Attes pudo haber contestado algo, pero no estaba segura, pues las conversaciones se reanudaron a mi espalda para convertirse una vez más en un murmullo sordo de voces.

—No lo entiendo —repetí.

—¿El qué? ¿Lo de Naberius? Es viejo. Y por tanto, cascarrabias.

—No estoy hablando del *draken*.

Los ojos de Kolis se deslizaron hacia los míos.

—Entonces, ¿qué es lo que te tiene tan confundida?

No podía estar hablando en serio.

—Evander. Le estaba haciendo daño.

—En efecto —convino Kolis.

—Entonces, ¿por qué reaccionó ella así? Se comportaba como si… —Me atraganté con una respiración dificultosa—. Se comportaba como si él le importara. Pero eso no es posible. No se conocían. A ella no le gustaba lo que le estaba haciendo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Tú me dijiste…

—No te dije eso. —La cabeza de Kolis se ladeó y un bucle dorado cayó por su mejilla.

—¿Qu… qué? —balbuceé, y una oleada de incredulidad me atravesó de arriba abajo—. Me preguntaste qué haría si supiera que…

—*Sí* te pregunté qué harías si supieras que alguien no había dado su consentimiento, pero no dije que ella estuviese siendo forzada.

*Sí* que lo había hecho. Mis pensamientos repasaron nuestra conversación a toda velocidad. Los había nombrado, luego había dicho que Evander sabía cómo alimentarse y dar placer, pero que

disfrutaba del dolor. Después… después había dicho: *Así que ahora lo sabes*.

No había dicho de manera explícita que el dios estuviese forzando a Jacinta.

Negué con la cabeza.

—La vi. Sufría dolor. Estaba llorando.

—¿Lágrimas de dolor? ¿O de placer? —preguntó Kolis. Abrí la boca—. ¿Se lo preguntaste? Supongo que no.

¿Por qué le preguntaría eso delante del que le estaba haciendo daño? De todos modos, eso era irrelevante.

—¿Por qué iba a preguntarle nada si tú me incitaste a pensar que…?

—Yo no te incité a pensar nada, querida —me interrumpió Kolis—. Te pregunté qué harías en una situación así. Tú contestaste que le atravesarías el corazón con una daga. Yo te dije lo que veía. Tú no preguntaste si se conocían. No preguntaste si ella estaba sufriendo. Solo preguntaste sobre ti misma y sobre cómo tus acciones te afectarían a ti. —Me encogí un poco—. Tú, al igual que mi sobrino y muchísimos más, oís lo que queréis oír. Veis lo que queréis ver —continuó Kolis—. Y después actuáis en consonancia con lo que encaja en vuestra narrativa.

—Eso no es lo que ha pasado —me defendí. Kolis había olvidado todo el contexto de nuestra conversación hasta ese momento.

Kolis se inclinó hacia delante.

—Eso es *exactamente* lo que ha pasado, *so'lis*. Tú rellenaste la información que yo no compartí. Elegiste actuar de acuerdo con esa información y lo que ya pensabas antes. Eso fue elección *tuya*. —Recuperó su sonrisa—. A lo mejor la próxima vez, no confías tanto en lo que te dicen tus ojos y tu cerebro.

Mientras me quedaba ahí plantada, recordé el *shock* en el rostro de Keella. No. *No*. Miré a mi alrededor, pero no la vi entre la gente.

—¿Qué… a qué corte servía…? —Se me quebró la voz—. ¿Dónde servía Evander?

Kolis arrastró los bordes de sus colmillos por su labio de abajo y lo *supe*. Joder, lo supe al instante.

—Servía en las llanuras de Thyia.

Evander había sido uno de los dioses de Keella.

Mi cuerpo dio la impresión de incendiarse y luego se quedó helado cuando el motivo de todo lo que acababa de suceder resultó muy claro de pronto. No era una cuestión de demostrarme a mí una versión retorcida de la realidad. Era cuestión de que Kolis quería castigar a Keella, seguramente consciente de que ella no se había creído una sola palabra de las que le había dicho acerca de la coronación, *ni* mi respuesta. Y lo había demostrado a través *de mí*.

Igual que había hecho con Kyn.

Callum se acercó a Kolis y se agachó para hablarle al Primigenio en voz baja. Yo…

Me limité a quedarme ahí de pie.

No podía creer lo que acababa de decir Kolis. Yo sabía lo que había oído. Lo que había visto. Tal vez Kolis no hubiese dicho que estaban forzando a Jacinta, pero lo había implicado. No había insinuado que ella se estuviera divirtiendo ni que pudiera sentir placer por que le infligieran dolor. Me había dicho lo que él creía que yo quería oír. Lo que yo…

Lo que habría dado por sentado y *había* dado por sentado hacía unos momentos al ver a Malka y a Orval. Kolis había sabido lo que haría y me había embaucado para que lo hiciera.

Para matar a un dios que era posible que fuese inocente.

Para castigar a Keella por atreverse a preguntar por mí.

La daga que aún sujetaba en la mano parecía más pesada ahora. Bajé la vista. Ya no goteaba sangre, pero la hoja color medianoche seguía impregnada de ella. Mis nudillos alrededor del mango estaban tan blancos como habían estado los de Jacinta.

Despacio, levanté la vista hacia Kolis. Seguía hablando con Callum, con una mano relajada sobre el reposabrazos del trono, que centelleaba como su corona, y con la otra sujetaba el cáliz con las yemas de los dedos, la copa colgando de ellas. Tenía las piernas separadas, las rodillas flexionadas en ademán relajado. Levantó un brazo para retirar algo de pelo de su cara. Una luz cálida destelló sobre el brazalete que rodeaba su bíceps. El falso rey estaba de lo más cómodo, la sonrisa de su rostro empalagosa y engreída.

En un instante, mis recuerdos me llevaron de vuelta a cuando estuve delante de Thad. Cuando el joven *draken* me había pedido que lo hiciera ya. Vi en Kolis ahora lo que había visto entonces.

Lo que había en esa esencia dorada suya, en su poder y su belleza. Una oscuridad que no tenía nada que ver con la muerte. Era lo mismo que veía en su sonrisa. La que era tan real como las torcidas e inciertas.

Algo mancillado.

Vil.

Corrupto.

Emborronaba el aura bajo su piel y teñía el dorado del tono gris y sin vida de la Podredumbre.

Las brasas de mi pecho empezaron a vibrar con violencia. Y como antes, estaba ahí, pero no estaba sola.

Sentí a Sotoria.

Sentí el poder antiguo de las brasas que despertaban y se estiraban. Sentí la misma *entidad* que antes, que se atrincheraba en lo más hondo

de mis huesos. Y oí esa voz en mis pensamientos que empezó como un susurro y se convirtió en un grito. *Mio*. Su poder robado. Era *mío*. La corona. *Mía*. Su dolor. Sería *mío*. Venganza. Represalia. Sangre. *Mías*. Todo ello sería *mío*.

Pero esta vez, sabía que la entidad era en lo que me habían convertido las brasas desde mi nacimiento. La voz no era un espíritu ni los fantasmas de muchas vidas.

Era mi voz.

La entidad era yo.

Quien yo era de verdad.

Y estaba llena de una ira pura y *primitiva*. Mientras mis labios se curvaban en una sonrisa, di un paso silencioso y rápido hacia Kolis.

—Majestad —llamó Attes, su voz grave como el estallido de un trueno.

Kolis levantó la vista, pero no hacia mí. Miró directo hacia donde estaba Attes, de pie delante del estrado.

—¿Sí?

—¿Es hora de empezar? —preguntó Attes, al tiempo que algo blanco y dorado llenaba mi campo de visión.

Un pecho cubierto con una túnica blanca y protegido por una armadura dorada… que la daga de piedra umbra en mi mano había empezado a perforar.

Levanté la vista para encontrar a Elias delante de mí. Todo mi cuerpo dio una sacudida. Sin decir ni una palabra, tomó la daga de mi mano fría y de pronto flácida.

—Siéntate —me dijo en voz baja.

Temblando, di media vuelta como aturdida y me senté. Miré al frente sin ver a ninguno de los que estaban delante de mí. Mis ojos se clavaron en la butaca color marfil del reservado. Estaba vacía, con nada más que una mancha de sangre de color rojo azulado sobre el respaldo del asiento.

*

El aturdimiento se fue retirando poco a poco, hasta dejar solo una ira ardiente mientras contemplaba a una bestia de voluminosos músculos más o menos del tamaño de un caballo pero con forma de perro y piel del color del aceite a medianoche.

Un *dakkai* descansaba al lado de las escaleras que subían al estrado. Masticaba algo que tenía un parecido sospechoso con un hueso de la pierna de alguien. Mi labio se enroscó. Todavía había *carne* sobre él.

Casi me había dado un infarto cuando la cosa había llegado y había cruzado el estrado al trote. Kolis se había limitado a reírse y lo

había llamado como uno llamaría a su perro preferido. Había rascado incluso a la bestia debajo de la barbilla, evitando tocar el carnoso hueso de pierna que sobresalía por ambos lados de su boca. El *dakkai* se había limitado a olisquear el aire a mi alrededor y luego había ido donde estaba tumbado ahora mientras Kolis por fin celebraba la audiencia de su corte.

No era como las audiencias que celebraba Ash en las Tierras Umbrías o lo que había visto en Lasania. Tampoco consistía en dioses que hablaban sin fin de lo que les pedían o les dejaban como ofrenda en alguno de sus templos.

Sí, los dioses que consideraban a Dalos su hogar venían ante el falso rey con peticiones. Algunos pedían permiso para viajar entre cortes. Otros querían entrar en el mundo mortal. Kolis aprobaba lo que pedían con un asentimiento indiferente y parecía, en su mayor parte, aburrido con todo el tinglado.

Solté una bocanada de aire entrecortada y escudriñé a la multitud al pie del estrado. Encontré a Attes detrás de la masa, el ceño fruncido y la mandíbula apretada mientras se apoyaba en una columna.

La vergüenza me puso la carne de gallina. No quería ni saber lo que opinaba sobre lo que había hecho. Ni si Kyn le había contado el segundo acuerdo al que había llegado con Kolis. Sin embargo, mientras lo miraba, pensé en nuestra conversación acerca del alma de Sotoria. ¿Habría encontrado Kolis algo? Tenía que haber algo. Después de todo, estaba La Estrella… el diamante tomado de las Colinas Eternas y que los *Arae* pretendían utilizar en el caso de que alguna vez tuviesen que conservar las brasas de un Primigenio, si no podían Ascender a ningún Primigenio de la Vida para sustituir a uno caído. Era obvio que uno de los Hados había previsto lo que estaba por venir, pero *no* había visto que lo que habían creado le daría a Kolis el objeto que necesitaba para transferir las brasas.

Por todos los dioses, eso todavía me cabreaba, pero si La Estrella era lo bastante poderosa para contener las brasas, ¿no podría hacer lo mismo con un alma mortal?

Kolis tenía el diamante. En alguna parte.

Pero ¿no me había ofrecido joyas? Y lo que era más importante, ¿sería tan idiota como para darme un elemento tan poderoso? Era probable que no, pero merecía la pena intentarlo.

Los movimientos de Kolis llamaron mi atención. Estaba sentado más erguido, el tronco inclinado hacia delante para escuchar a los dos dioses que se habían acercado al estrado. El *dakkai* ya no estaba. Debía de haberse marchado en algún momento. No había estado escuchando con tanta atención como para oír los nombres de los dioses. Mi cerebro estaba demasiado consumido con pensamientos sobre lo que había hecho. No era capaz de preocuparme demasiado

sobre lo que habían hecho *ellos*. Todo lo que sabía era que el de la derecha estaba enfadado con el de la izquierda por algún insulto percibido.

—¿Qué querrías que hiciera, Amais? —preguntó Kolis.

—Quiero que sea castigado —exigió el de la derecha, que supuse que era Amais, los dedos de su mano cerrada decorados con centelleantes anillos enjoyados—. Seir ha insultado mi honor.

El otro puso en blanco unos ojos color ámbar que me recordaban a los de algunos otros.

—Como si te quedase honor para insultar.

Pese a mi crisis interna, arqueé las cejas.

Amais se volvió hacia Seir, las yemas de los dedos envueltas en *eather* crepitante.

—Basta —ordenó Kolis con un gesto de la mano.

Con las aletas de la nariz muy abiertas, Amais dio un paso atrás y se volvió hacia el falso rey.

—Majestad, hay que hacer algo con él.

—Exactamente, ¿cuál fue este insulto percibido? —preguntó Kolis, que había empezado a tamborilear con los dedos sobre el reposabrazos del trono.

Uno sobre el que no debería estar sentado.

—Es de lo más clamoroso, majestad —se quejó Amais—. Insinuó que soy un tramposo.

Un dolor sordo alanceó mis sienes mientras miraba de un dios al otro. Seir llevaba pantalones ceñidos marrones y una túnica sencilla color crema. Amais, por su parte, me recordaba a uno de los lores de las islas Vodina, con su atuendo blanco por completo y sus centelleantes dedos enjoyados.

—¿Un tramposo en qué? —insistió Kolis. Amais levantó la barbilla.

—Me acusó de hacer trampas en un juego de cartas.

—¿Y qué tienes que decir tú al respecto, Seir?

Entreabrí los labios, estupefacta. ¿Hablaban en serio? ¿Amais había ido ahí porque el otro lo había acusado de hacer trampas jugando a las cartas, y Kolis de verdad los estaba escuchando? Por el amor de los dioses, era todo tan… *mortal*. No me extrañaba que me hubiese empezado a doler la cabeza.

—Estaba haciendo trampas —repuso Seir con un encogimiento de hombros. Amais cerró los puños.

—He sido vuestro leal sirviente desde que Ascendisteis como Primigenio de la Vida. —Debía querer decir desde que Kolis había matado para convertirse en el Primigenio de la Vida—. Cualquier insulto, sin importar lo irrisorio que sea —continuó Amais—, es un insulto a vuestra persona, majestad.

Bueno, eso era una exageración.

—Has sido leal, Amais. De una lealtad impresionante. —Kolis se echó atrás, deslizó los ojos hacia las columnas. El *draken* sin nombre al que había visto antes y el Retornado que sospechaba que era Dyses estaban ahora con un Elegido con velo—. Desearía poder decir lo mismo de ti, Seir.

Mis ojos saltaron de vuelta a los dioses delante de mí. Seir había perdido su actitud casual y Amais…

El dios sonreía ahora de un modo lo bastante radiante como para enseñar los colmillos.

—Yo también soy un sirviente leal. —La piel dorada de Seir había perdido parte de su lustre.

—Y aun así no le has prestado a mi título el respeto que se merece.

Eso no era verdad. Seir le había llamado *majestad* y había hecho una reverencia al acercarse al estrado. Lo único que pasaba era que no lo decía cada cinco segundos como hacía Amais.

—Por lo tanto, te convertirás en un recordatorio para todos de lo poco sensato que es que pongan en duda tu lealtad. —Los dedos de Kolis dejaron de tamborilear.

Y eso fue todo.

Las piernas de Seir cedieron y sus fuertes huesos crujieron como truenos. Su cuello fue el siguiente y, al romperse, silenció sus gritos de dolor antes de que pudieran salir por sus labios siquiera. Las brasas palpitaron en mi pecho cuando el dios se desplomó al suelo, aún vivo pero herido.

—Colgadlo de la pared —ordenó Kolis.

—Gracias, majestad. —Amais hizo una reverencia—. No hay otro como vos.

La incredulidad me invadió cuando dos guardias llegaron para llevarse a Seir, y Amais salió de la sala de consejos con un pavoneo ostentoso. No me moví hasta entonces, momento en el cual me giré hacia Kolis.

Al percibir mi mirada, bajó la vista hacia mí.

—Pareces disgustada.

Tardé un poco en encontrar las palabras.

—¿Esto es lo que querías enseñarme? ¿Así es como querías que pasáramos el tiempo juntos?

Kolis arqueó una ceja.

—Dijiste que te gustaría pasar algo de tiempo fuera de tus aposentos. Tenía que celebrar audiencia con la corte y, por mucho que me gustaría pasar el día entero satisfaciendo tus deseos y necesidades, tengo responsabilidades.

No sabía qué era lo más vomitivo de todo. ¿El hecho de que no hubiese entendido en absoluto lo que le estaba diciendo? ¿O que sonase como si prefiriera pasar el día *satisfaciéndome* a mí?

—Cuando solicité salir de mis aposentos —empecé, y me obligué a decir lo siguiente—, para pasar tiempo contigo, no esperaba esto.

—¿Y qué es *esto*, exactamente?

—Pues tu demostración de que el Primigenio de la Vida no es capaz de nada más que de la muerte.

Las líneas y los ángulos perfectos de su rostro perdieron todo su calor veraniego.

—¿Cómo puedes decir que eso es todo lo que he hecho?

—Lo que pasó con Evander…

—Eso fue elección tuya.

Eso era una parida, pero si quería jugar a este juego… por mí estupendo.

—Tú me dejaste hacerlo, a sabiendas de que no le estaba causando ningún mal a Jacinta. Eso no fomenta el cariño, ni siquiera la simpatía. Todo lo que conseguiste fue demostrarme una cosa que podrías haberme explicado en lugar de enseñármela. —Kolis se quedó muy quieto—. Después le rompiste las piernas y el cuello a un dios simplemente por haber llamado «tramposo» a otro.

—No, querida, no hubo nada simple en lo que hice —explicó, como si hablase con una niña ingenua—. Lo condené a muerte por deslealtad y falta de respeto.

—¿Me puedes decir cómo puedes considerar desleal e irrespetuoso que un dios acuse a otro de hacer trampas?

—No fue por eso, sino más bien por la falta de lealtad y respeto mostrados ante mí. —Su tono se endureció—. Esto no es cuestión de que un dios sea leal a otro Primigenio y, por tanto, leal a mí. Es cuestión de mantener el control y el equilibrio tanto aquí como en el mundo mortal.

Oh, sí, veía muy bien cómo esto era cuestión de mantener el control.

—¿Cómo mantiene el equilibrio nada de lo que ha ocurrido en la corte hoy?

—Demuestra que toda acción tiene una reacción —repuso.

Santo cielo, estaba convencida de que incluso a Tavius se le hubiese ocurrido una respuesta mejor que esa.

—Igual que la acción de cuestionar mis elecciones, un signo de deslealtad y falta de respeto, encontraría una reacción. —Sus manos se apretaron sobre el trono—. Una que significa la muerte inmediata.

Sentí un cosquilleo en la nuca mientras me decía que debía concentrarme en ponerme mi velo de vaciedad. En estar calladita.

Como era de esperar, no escuché.

—Entonces, ¿yo también seré condenada a muerte? —Noté que Elias se movía donde estaba detrás del trono—. He cuestionado tus elecciones muchas veces.

—En efecto, lo has hecho. Quizá deberías dejar de recordármelo. —El dorado se avivó en sus ojos—. Pero tú eres diferente. No te castigaré por hacer tales cosas. —En ese momento, casi deseé que lo intentara—. Levántate —me ordenó. Parpadeé, confusa.

—¿Qué?

—¿Acaso tengo que repetir lo que he dicho?

Como no tenía ni idea de lo que estaba a punto de hacer, me puse en pie. Los labios de Kolis se curvaron en una de sus sonrisa falsas.

—Acércate. —Arrastré los pies hacia él, y me paré al lado del reposabrazos del trono. El cáliz que había sujetado en la mano había desaparecido en alguna parte—. Siéntate. —Fruncí el ceño e hice amago de volver al almohadón—. Ahí no. —El hormigueo de mi nuca se intensificó mientras me daba la vuelta despacio hacia él—. Siéntate conmigo —dijo en voz baja. No me lo pedía. Era una orden. Se me aceleró el corazón.

—No creo que haya espacio suficiente para los dos, majestad.

La sonrisa forzada se ensanchó y ese brillo siniestro se iluminó en sus ojos.

—Chica tonta —murmuró, y eso hizo que toda mi espalda se quedase rígida—. No te estoy pidiendo que te sientes a mi lado.

Ya lo sabía. Solo esperaba que no me estuviese pidiendo que me sentase en su regazo mientras celebraba audiencia.

Esa sonrisa suya empezó a diluirse.

—*So'lis*, ¿me niegas una petición tan sencilla?

*¡Sí!*

Quería gritarlo hasta que me sangrase la garganta. No había nada sencillo en ello. Solo repugnancia. Pero ¿si me negaba? ¿Sobre todo con sus guardias y sus Retornados tan cerca? ¿Mientras nos observaban dioses y Primigenios por igual? ¿Mientras observaba Attes? ¿Quién sabía lo que haría?

Me puse ese velo de vaciedad, lo ceñí bien a mi alrededor, y me coloqué entre sus piernas. Mis ojos se cruzaron un instante con los de Elias cuando giré para sentarme en la rodilla de Kolis.

Su brazo se deslizó alrededor de mi cintura y tiró de mí para subirme mejor a su regazo. Con el estómago revuelto, miré al frente, sin permitirme sentir nada.

—Como estaba diciendo —empezó Kolis, su voz baja porque hablaba con la boca pegada a mi oído—, no serás castigada por cuestionar mis decisiones pasadas. Pero si sigues haciéndolo… —Cerré los puños, las manos en el regazo—. Eso me hará repensar los acuerdos a los que llegamos. Los dos. —Se me quedó la respiración atascada en el pecho—. No los romperé —continuó, y deslizó la mano por mi cintura—. Pero…

Kolis dejó que la palabra flotara en el aire entre nosotros. Sabía lo

que venía a continuación. Podía volver a apresar a Rhain; técnicamente, habría cumplido su parte del trato. También podía retrasar la liberación de Ash. Había muchísimas formas de infringir o tergiversar ese acuerdo que yo no había sido lo bastante lista como para prever.

Otro fracaso más.

Peor aún era la idea de que solo mencionar los acuerdos a los que habíamos llegado le daba a él toda la ventaja.

¿Y por qué querría perder eso nunca cumpliendo con el acuerdo que más importante era?

Liberar a Ash.

La nariz de Kolis rozó el lado de mi cara.

—¿Lo entiendes, *so'lis*?

—Sí —respondí, las uñas clavadas en las palmas de mis manos.

—Bien. —Kolis me dio unas palmaditas en la cadera. Tuve que hacer un esfuerzo supremo por no ceder al escalofrío de repugnancia —. Y soy capaz de más cosas aparte de la muerte. —Mentira—. Te lo demostraré. —Se echó atrás justo lo suficiente como para dejar de sentir su aliento sobre mi piel—. Ya lo verás.

Cerré los ojos. Me importaba una mierda que fuese capaz de crear vida cuando su amenaza tácita me asfixiaba.

Kolis no necesitaba incumplir su promesa. Podía limitarse a seguir encontrando razones para no liberar a Ash. El pánico empezó a invadirme cuando abrí los ojos y miré los rostros borrosos de aquellos que permanecían en la sala. Con el pecho comprimido y el corazón tronando, escruté a la multitud. Vi las líneas duras y frías de la cara de Attes, y de su hermano…

Kyn estaba sentado en uno de los recovecos próximos al estrado, una copa en una mano, la otra debajo del vestido de una mujer sentada en su regazo. Ella tenía la cabeza enterrada en el cuello de él y, por cómo se movía su brazo entre ambos, también tenía al menos una mano ocupada.

Kyn no le estaba prestando ninguna atención. Me observaba a mí, una sonrisilla plantada en los labios.

Lo odiaba.

Y odiaba a Kolis con toda mi alma.

Sin dejar de repetir eso en mi cabeza, aparté la mirada de Kyn y la deslicé por encima de algo rojo y dorado antes de posarla en Attes. Se separó de la columna, la mandíbula apretada. Espera.

Ese rojo…

Era del color de la sangre.

¿Y ese dorado?

Mi cabeza volvió atrás. Escudriñé a los que estaban ahí abajo en busca de ese brillo de piedra pulida y oro… pelo dorado. Se me cortó

la respiración cuando me di cuenta de que lo que había visto no era un tocado sofisticado.

Era una *corona*.

Una con forma de pequeño árbol de jade tallado en una piedra del color de la sangre, veteada de oro.

Y descansaba sobre una cabeza de cabello dorado que caía en una cascada de bucles y rizos.

Un grupo de dioses en el centro de la sala se abrió para dejar pasar a la mujer que caminaba… más bien levitaba… hacia el estrado. Llevaba un vestido de encaje color marfil que se ceñía a una figura esbelta, resaltaba una cintura de una estrechez imposible y al mismo tiempo exhibía las generosas curvas de sus pechos.

Mi corazón empezó a latir como un martillo pilón cuando levanté la vista hacia unos labios carnosos del color de melocotones maduros y una nariz delicada rodeada de un cutis suavísimo que era solo un poco más pálido y menos cremoso de lo que recordaba. La incredulidad tronó a través de mí.

No.

Era imposible.

Pero era ella la que caminaba hacia nosotros contoneando sus delgadas caderas.

La Diosa Primigenia de los Ritos y la Prosperidad.

Veses.

# Capítulo 26

Veses estaba libre.

Peor aún, la jodida diosa que había chantajeado a Ash para que la dejase alimentarse de él, que lo había tocado, que era probable que lo hubiese forzado a sentir un placer indeseado en el proceso, y que había pateado a Reaver hasta casi matarlo, no tenía tan mal aspecto como debería tener alguien que había pasado cierto tiempo en una mazmorra.

Aparte de la palidez de su piel, Veses estaba tan despampanante como siempre.

Una rabia pura y sin límites brotó en mi interior, inundó cada rincón de mi ser con una fuerza indomable. Veses se detuvo delante del estrado. Sus ojos plateados saltaron del Primigenio detrás de mí a los míos. Nuestras miradas se cruzaron. Las aletas de su nariz se abrieron mientras me escrutaba.

Después, las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

Y la muy zorra sonrió.

En mi mente, la oí decir: *Tenía que haber una razón para que estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa por ti.*

El sentido común se desconectó. Yo no era más que una tormenta de violencia que quería destruirla. Las brasas cobraron vida. Abrí los puños y los músculos de todo mi cuerpo se pusieron en tensión mientras me preparaba para desencadenar una tempestad de furia. Iba a arrancar esa corona de su cabeza y se la iba a incrustar en el pecho en lugar de en el ojo, como había hecho con la daga la otra vez.

Sentí cómo la esencia primigenia bullía dentro de mí, me incliné hacia delante y empecé a levantarme…

Una presencia se removió cerca de las brasas, al tiempo que el brazo alrededor de mi cintura se clavaba en mi estómago. Con la respiración agitada, me quedé paralizada. Una repentina oleada de ansiedad inundó todo mi organismo, un nerviosismo que, por una vez, no me pertenecía.

Sotoria.

Estaba sintiendo su aprensión y su… *miedo*. ¿Por qué sentiría ella…?

Poco a poco, recordé lo obvio. Dónde estaba. Con quién estaba. Estaba en la sala de consejos, rodeada de dioses y Primigenios, sentada en el regazo de un rey falso, a apenas unos segundos de echar

mano de las brasas.

*Te advertí que no las usaras si no querías recibir un castigo.*

Mierda.

No había ninguna duda en mi mente de que Kolis había percibido el repentino aumento de poder en mi interior, y Sotoria… oh, por todos los dioses, su inquietud… Debía de haber sido consciente cuando Kolis había dicho que esperaba que yo no recordara lo que había sucedido cuando ella lo desagradaba en el pasado.

Estaba claro que ella sí que lo recordaba.

Dos veces mierda.

Me esforcé por calmarme, concentrada en mi respiración. Quería infligirle a Veses una cantidad preocupante de dolor. Lo deseaba con la intensidad suficiente como para dudar que pudiese existir algún castigo que *no* mereciera la pena sufrir a cambio de ello, pero no podía pensar solo en mí misma. También estaba Sotoria. Necesitaba recuperar la compostura.

Cien pensamientos diferentes corrían por mi mente mientras la Diosa Primigenia hacía una reverencia tan profunda que casi esperaba que sus pechos hiciesen acto de aparición. ¿Cómo se había liberado? ¿Había resultado alguien herido en el proceso?

—Majestad. —Esa voz suya, grave y sensual, era como arrastrar las uñas por una piedra de pizarra.

—Veses —la saludó Kolis—. Acércate.

La luz centelleó sobre la corona rojo sangre cuando la Diosa Primigenia se enderezó. Mis dedos sufrieron pequeños espasmos al ver que la falda de su vestido se abría a cada paso que daba, dejando entrever unas largas piernas tonificadas. Sus ojos no se desviaron hacia los míos según se acercaba, toda su concentración fija en Kolis.

—Hacía tiempo que no te veía —comentó Kolis, los dedos que descansaban sobre los reposabrazos del trono volvían a tamborilear con suavidad—. ¿Dónde has estado?

Oh, esa era una pregunta capciosa.

No mostré reacción alguna, aunque mi estómago dio una voltereta. No tenía ni idea de cómo iba a responder ni de cuál sería la respuesta de Kolis si decía la verdad.

—Sufrí… ciertos inconvenientes —repuso.

—¿Ah, sí?

Veses asintió.

—Hubo problemas en mi corte que requerían mi atención. Me enteré de que un grupo de divinidades y dioses estaban tramando un golpe.

Veses estaba mintiendo con descaro, pero esbozó de todos modos una sonrisa que reveló sus colmillos y dientes blancos como perlas.

La sorpresa parpadeó a través de mí, luego se diluyó cuando

entendí de repente lo que había pasado. Veses había percibido las brasas de vida y me había atacado, convencida de que Kolis se enfurecería porque Ash me hubiese escondido. Por mucho que me matara admitirlo, era *verdad* que había estado intentando proteger a Ash de la cólera de Kolis.

Había odiado admitir esto antes, pero a Veses le importaba Ash a su propia manera retorcida. El hecho de que ahora estuviese dispuesta a mentir era prueba adicional del deseo que sentía por él, alimentado solo por el hecho de que no podía tenerlo. Y en verdad, se había convertido en una especie de cariño o afecto.

Sin embargo, se suponía que ella quería a Kolis.

Que no la quería a ella.

Sonreí con suficiencia.

—¿Traidores? El mundo parece lleno de ellos en los últimos tiempos —comentó él—. ¿Y qué les ha pasado a estos traidores?

—Se ha dado debida cuenta de ellos, pero fueron interrogados primero. Eso es lo que ha ocupado mi tiempo. Quería asegurarme de que sus ardides no se extendieran a otras cortes —mintió… de un modo muy convincente—. Algunos eran reacios a hablar, pero al final, estoy convencida de que no había nadie más involucrado.

—Bueno, es un alivio saber que un golpe ha terminado antes de que yo fuese consciente de él siquiera —comentó Kolis—. Eres una sirvienta muy diligente. —Veses se puso tensa, pues había oído lo que yo: un endurecimiento de su tono cálido—. Y sin embargo, de alguna manera, has conseguido fallarme de todos modos —continuó.

Las delicadas cejas pálidas de Veses se fruncieron.

—Fallaros es lo último que haría jamás.

De hecho, sonaba como si lo dijese en serio.

Los dedos de Kolis seguían con su tamborileo.

—Pero lo hiciste.

Miré con disimulo hacia donde había visto a Attes por última vez. Otro dios ocupaba ahora la columna contra la que había estado apoyado el Primigenio. Escudriñé los alrededores mientras mi corazón tronaba en mi pecho. No lo vi.

Apreté los labios y volví a centrarme en Veses. No estaba segura de si los otros dioses estaban prestando atención. Llegaron más bebidas. Algunas eran vino *radek* morado, y había mucha más… actividad en las salitas y los reservados. Phanos, en cambio, sí que estaba prestando atención. Observaba cómo se iba desarrollando el drama con una expresión perpleja.

—Entonces, me disculpo por como sea que os haya podido fallar —dijo Veses.

—¿Te disculpas antes de preguntar *cómo* me has fallado? —Kolis se rio entre dientes y el sonido me puso la carne de gallina por todo el

cuerpo.

La garganta de Veses subió y bajó al tragar saliva, al tiempo que extendía las manos sobre la cintura de su vestido. Yo no tenía ni noción de a dónde quería ir a parar Kolis, pero estaba claro que la Primigenia estaba en un aprieto. Su nerviosismo llenaba el aire a su alrededor.

—¿Cómo os he fallado, majestad? —preguntó, y sus ojos saltaron hacia mí. A Kolis no se le escapó el gesto.

—¿La reconoces?

—No estoy segura —musitó.

—Miente —dije yo, sin saber muy bien por qué. Sus ojos volaron de vuelta a mí. Le sonreí.

En realidad, ahora me estaba mintiendo a mí misma. Sabía muy bien por qué había hablado. Veses no solo estaba mintiendo para proteger a Ash; también se estaba protegiendo sus propias espaldas. Después de todo, el trato que había hecho con Ash era no revelarle mi existencia a Kolis a cambio de que Ash le permitiera alimentarse de él.

—Cuenta, cuenta —murmuró Kolis.

Hubiese sido inteligente por mi parte guardar silencio. Exponer a Veses podría exponer también a Ash, pero mi mezquindad y mi maldad tenían las garras clavadas en mí.

—Me vio en las Tierras Umbrías.

—¿En serio? —Kolis alargó las palabras.

—Más de una vez —confirmé—. La primera fue poco después de que yo llegara.

Veses reprimió una exclamación y mi sonrisa se ensanchó un poco.

—Interesante. —El pecho de Kolis rozó mi espalda cuando se echó hacia delante—. ¿Cuál era la tarea que te encomendé?

A Veses le temblaba el labio de abajo.

—Mantener un ojo puesto en Nyktos.

Todo mi cuerpo ardía de pronto. Esto era nuevo.

—¿Y en qué medida has estado manteniendo un ojo puesto en él? No. —Kolis levantó una mano—. No contestes. Me resulta obvio que no has estado ni cerca de hacerlo. —Por desgracia, estaba equivocado en eso—. Eras consciente de la presencia de esta joven en las Tierras Umbrías y, sin embargo, no compartiste esa información conmigo —dijo—. ¿Por qué?

Mejor aún, ¿por qué estaba preguntando Kolis eso siquiera? Él había sabido de mi existencia mucho antes de que lo supiera Veses.

—No… no creí que su presencia fuese importante. —Su labio de arriba se enroscó—. No era más que una mortal.

—Pues estabas increíblemente equivocada en tus suposiciones. —La voz de Kolis retumbaba de la emoción.

Se estaba divirtiendo.

Por eso estaba haciendo preguntas irrelevantes. Era un juego para él, preguntar sobre cosas con las que sabía que podía arrinconar a alguien si ese alguien no tenía cuidado con sus respuestas. Igual que había disfrutado al manipularme para que matase a Evander, encontraba placer en el poder que esgrimía como rey. Poder sobre mí y sobre los otros Primigenios y dioses.

—Sé que no has sido capaz de percibir Ascensiones desde hace bastante tiempo —continuó Kolis—. Me resulta difícil creer que no pudieras percibir lo que hay dentro de ella cuando estabas vigilando a Nyktos tan de cerca. Cuando eras consciente de que se estaba utilizando energía primigenia.

—¿Por qué iba a creer que una mortal tendría nada que ver con eso? —se defendió.

Apenas pude resistirme a poner los ojos en blanco. Esta conversación no tenía ningún sentido. Kolis había sabido que yo llevaba las brasas dentro desde el día que nací. Veses también sabía que las tenía. Sospechaba que yo era la persona que todos habían sentido. Poco después, yo lo había confirmado al curar a Reaver. Así que ambos estaban mintiendo.

Y uno de ellos se estaba cabreando. Los dedos de Kolis cesaron su tamborileo.

—Debiste pensar algo si no me hablaste de ella.

—Simplemente, olvidé su presencia. —El *eather* se avivó en sus iris —. No hay gran cosa en ella que recordar.

Entonces sí que puse los ojos en blanco.

—Tú eres de lejos la más hermosa de nuestra especie, más aún que Maia. —El cumplido de Kolis hizo que Veses se sonrojara, un bonito rubor rosado de apreciación—. Y aun así, a menudo me he preguntado cómo puede ser que una tan preciosa como tú pueda decir cosas tan horribles.

Su pecho se hinchó de golpe y cualquier miedo que sintiese Veses antes por la desaprobación de Kolis desapareció de un plumazo.

—Ya sabéis por qué.

Arqueé las cejas y tuve la repentina impresión de que estaba a punto de ser testigo de una conversación de lo más incómoda.

—¿Lo sé? —Kolis se echó hacia atrás—. Vas a tener que refrescarme la memoria.

Los tirabuzones de Veses rozaron su cintura cuando se acercó más al trono.

—¿De verdad lo habéis olvidado? —En el silencio de Kolis, dejó escapar una suave risa melódica que me recordó a la Veses con la que había interactuado—. Vamos, ¿por qué tenéis que burlaros de mí de este modo? —Kolis guardó silencio. Veses mordió su carnoso labio inferior con los dientes mientras se arrodillaba sobre una pierna—. Es

la misma razón por la que acepté mantener un ojo puesto en Nyktos —dijo, y las palabras casi vibraron desde su interior.

—¿Aceptar? —repitió Kolis con suavidad—. No recuerdo haberte dado elección.

Veses levantó un delgado hombro sin dejar de inclinarse hacia delante. Mis ojos bajaron a su pecho y pude ver el rosa de sus aréolas. Y si yo estaba mirando, Kolis tenía que estarlo haciendo. No me importaba lo que él pudiese decir.

—Tenéis razón. No hubo elección cuando haría cualquier cosa por vos.

—Por deber y lealtad.

—Por necesidad de tener vuestra aprobación —ronroneó ella, y puede que yo vomitase un poco en mi boca—. Vuestra atención. —Unos dedos de uñas rojas juguetearon con el encaje que recorría el borde de su generoso escote—. Y vuestro amor.

Maldita sea, había estado en lo cierto.

Esto se estaba poniendo aún más incómodo, muy deprisa.

—No estoy seguro de que sepas lo que es el amor, Veses.

Por todos los dioses, menuda ironía que él dijera eso.

—Sí lo sé. —Sus espesas pestañas aletearon—. El amor es la razón por la que haría cualquier cosa por ti, Kolis —declaró, en una rara muestra de intimidad. Hizo una pausa—. *Cualquier cosa*. Si me pidieras que llorase lágrimas de oro por ti, encontraría una manera de hacerlo.

—Lo sé. —Kolis irradiaba calor ahora—. Si te pidiera que te cortaras el cuello con un cuchillo, lo harías sin dudar. —Sonaba demasiado contento con la perspectiva—. Si te dijera que me chuparas el pene, cerrarías la boca a su alrededor antes de que pudiese volver a respirar siquiera.

Qué asco.

Al parecer, Veses no lo encontraba tan repugnante como yo. Con un gemido, entrecerró los ojos.

—Encantada.

Mientras la miraba y ella casi se manoseaba los pechos, no pude evitar reconocer el increíble lío en el que se había convertido todo esto. A Veses le importaba Ash, pero si decía la verdad, sabía lo que el amor incitaba a hacer. Muy bien podía amar al falso rey, que a su vez estaba enamorado de una que no quería tener nada que ver con él. Y Veses era conocida por codiciar y obsesionarse con lo que no podía tener.

Fuera como fuere, era como estar atascados en un círculo tóxico de rechazos y amor no correspondido.

El *eather* emanaba de las finas ranuras de los ojos de Veses.

—Pedidme esto, majestad —había recuperado la deferencia—, y lo

haría encantada aquí mismo, delante de toda la corte.

—Bueno, eso sería un poco difícil en este momento, ¿no crees? —comenté, antes de poder reprimirme, medio temerosa de que ocurriera de verdad a pesar del amor que Kolis le profesaba a Sotoria, y por extensión, a mí. Me resultaría imposible no vomitar encima de ambos.

Kolis se rio bajito.

—Por desgracia —murmuró Veses. Entonces me miró con los ojos entornados—. ¿Por qué estás aquí siquiera? —Se giró otra vez hacia Kolis—. Tenía la impresión de que la habían coronado como la consorte de Nyktos.

—Pues te equivocarías otra vez, si crees eso.

Apreté los dientes.

Las pestañas de Veses descendieron mientras me miraba. Pasó un momento.

—¿O sea que no disteis vuestro permiso?

—No lo di.

La Diosa Primigenia también sabía que eso era mentira.

—Entonces, ¿puedo asumir que su presencia en un castigo?

—Más bien al contrario —dijo él, y pude oír la sonrisa ansiosa en su tono—. Está aquí porque es donde la quiero.

—¿Para qué? —Veses arqueó una ceja—. ¿Para mantener caliente vuestro regazo? Estoy segura de que podría encontraros algo no tan… aplastante.

Volví a poner los ojos en blanco; esta vez hice rodar mis ojos en sus órbitas tan hacia atrás que no me habría sorprendido si se hubiesen quedado atascados.

—Ahí está de nuevo esa lengua afilada como una daga. —Veses levantó un hombro en respuesta, al tiempo que me miraba de arriba abajo—. Discúlpate.

Su barbilla se levantó de golpe.

—Perdonadme, ¿qué?

—Has sido maleducada. No puedes negarlo. —La dureza se había colado en su voz otra vez—. Pídele disculpas, Veses.

La Diosa Primigenia no podía parecer más… anonadada.

—¿Por qué querría hacer algo así?

—Porque es con mi *graeca* con la que estás hablando —afirmó Kolis, asestando un golpe devastador que no dejaba lugar a dudas de que conocía los sentimientos de Veses hacia él.

Los labios de Veses se entreabrieron mientras se echaba hacia atrás.

—Ella… —Sus bucles botaron cuando sacudió la cabeza—. Eso es imposible. —Unos zarcillos de *eather* estallaron como locos en sus ojos—. ¿Eso es lo que os ha dicho? Si es así, es mentira.

—No lo es, Veses. Se ha confirmado. —Su mano se apretó sobre mi

cintura, lo cual me hizo ponerme rígida—. Mi amor ha vuelto por fin a mí. —Veses dio un respingo como si la hubiese abofeteado—. Ahora, pídele disculpas.

El poco color que había recuperado su cutis después de estar encerrada había desaparecido hacía rato, y la verdad era que quería sentirme mal por ella. Kolis sabía muy bien el efecto que tendrían sus palabras, y estaba disfrutando de cada segundo. Sin embargo, no sentí pena por ella. Ninguna en absoluto.

—Veses —la advirtió Kolis.

—Lo siento —dijo, y parpadeó repetidas veces—. Lo siento si te he insultado.

*¿Si?* La mujer nunca había sido nada más que insultante.

Se puso en pie y el vestido se asentó a su alrededor. Dio un paso atrás. Vi que abría y cerraba las manos, y sus rasgos cambiaron, pasando por multitud de emociones.

—Estoy… —Se aclaró la garganta—. Contenta por ti, Kolis.

Ahora era yo la que seguro que parecía *anonadada*, mientras Veses inclinaba la cabeza y empezaba a darse la vuelta.

—Veses —la llamó Kolis, y esperó a que la mujer se girase hacia él otra vez. Sus dedos volvían a tamborilear—. Creo que olvidas algo. —Veses frunció el ceño y la corona que llevaba parecía menos brillante ahora—. Sí me fallaste —le recordó Kolis—. Y eso no va a quedar sin castigo. —Veses se quedó muy quieta—. ¿Kyn? —llamó el falso rey.

Pasaron unos segundos entre que el Primigenio de la Paz y la Venganza se desenredó de quien fuese que estuviese sobre su regazo y se acercó al estrado. Veses y yo nos dimos cuenta de lo que estaba a punto de suceder en el mismo momento exacto.

Yo lo supe por lo que Kolis le había ofrecido a Kyn ya antes. El conocimiento de Veses era probable que procediera de experiencias pasadas. Mi corazón empezó a acelerarse a medida que Kyn subía las escaleras. El Primigenio irradiaba un olor a licor y a sexo. No había soltado su copa.

—¿Majestad?

—Veses servirá como entretenimiento esta tarde —anunció Kolis —. Doy por sentado que te asegurarás de que así sea.

Oh, por todos los dioses.

Kyn se giró hacia una silenciosa Veses y la miró de arriba abajo mientras bebía un trago.

—Esto va a ser divertido.

Se me revolvió el estómago cuando Kyn deslizó un brazo por la cintura de la Diosa Primigenia, sus labios relucientes por la bebida.

Veses se quitó el brazo de encima.

—Tú y yo tenemos una idea muy diferente de lo que es divertido —escupió con desdén. Kyn se rio mientras la agarraba del brazo.

—Tú y yo tenemos exactamente la misma idea de lo que es divertido, cariño.

Tenía que estar equivocada.

No hacía más que decirme eso mientras Kyn la acompañaba fuera del estrado. Que lo que creía que iba a pasar, no iba a pasar. Veses arrancó su brazo del agarre de Kyn, pero aceptó el cáliz cuando este se lo ofreció. Bebió con ansia lo que fuese que hubiera en la copa. Sin apartar la mirada de los ojos de Kyn, dejó caer el cáliz vacío en la bandeja de una sirvienta que llegó corriendo de entre las sombras solo para desaparecer otra vez a toda velocidad. Veses le dijo algo a Kyn que le provocó otra carcajada sonora a medio camino entre cruel y divertida.

Esto no estaba pasando.

Kyn miró al estrado, a Kolis, y fuera lo que fuere lo que vio, esbozó una sonrisa tensa y dura. Se acercó a ella. Muchas cabezas giraron en su dirección. Los cuerpos se orientaron para tener mejor vista. Veses no retrocedió cuando Kyn levantó las manos y agarró su corona. Se enganchó en su pelo, con lo que dio un tirón de su cabeza. Finas hebras doradas quedaron colgando de la piedra y el oro.

El Primigenio tiró el tocado del árbol de jade al suelo.

Me quedé boquiabierta cuando la corona resbaló por las baldosas doradas para acabar cerca de Naberius, que aún dormía.

No sabía demasiado de etiqueta primigenia, pero incluso yo veía la absoluta falta de respeto de eso.

Oh, por todos los dioses, esto *estaba* pasando, y no estaba segura de por qué me sorprendía tanto. Había oído lo que Kolis les hacía a sus favoritas cuando se cansaba de ellas. Básicamente las tiraba a los buitres. Incluso a mí me había ofrecido a Kyn en el caso de que no se convenciera de quién era yo. Aunque, claro, saber de lo que era capaz no tenía nada que ver con ser testigo de ello.

Odiaba a Veses con cada fibra de mi ser por lo que le había obligado a hacer a Ash y por haberle hecho daño a Reaver. Nada me gustaría más que poder sustituir la mano que rodeaba su cuello con la mía, estrangularla hasta que se le escapara la vida. Era un ser retorcido y miserable que hacía daño a otras personas. Sabía muy bien que el alma de Ash no era la única que había oscurecido. Veses se merecía todo lo que le pudiera pasar.

Pero ¿esto?

Mis ojos desorbitados volaron por la sala de consejos. No todo el mundo miraba. Algunos se habían dado la vuelta. La mayoría de los guardias de Kolis observaban la escena. Elias no. Dyses se había marchado y Callum miraba con una mueca de desagrado en los labios.

Kyn caminó alrededor de Veses. Una butaca de respaldo bajo resbaló por el suelo como si estuviese conectada al Primigenio por una

cuerda invisible. Empujó a Veses hacia ella. La Primigenia se inclinó sobre la butaca, la cara oculta por todos esos rizos dorados.

Kyn se acercó a ella, plantó una mano en el centro de su espalda y la deslizó hacia abajo. Alguien se rio. Otro silbó. Ahora era yo la que se encogía con cada sonido que emitían los mirones.

Nadie se merecía esto.

Kyn agarró los lados del vestido de Veses…

—¡Parad! —Me levanté de un salto, soltándome del agarre de Kolis. Todo se detuvo. Los sonidos. Las burlas. Las manos de Kyn—. Parad esto ahora mismo…

—Tú —escupió Veses, que se había movido tan deprisa que no la había ni visto. Estaba de pie, de frente al estrado, y me señaló con un dedo como si estuviese a punto de echarme un mal de ojo. La piel de su precioso rostro se había afinado y dejaba entrever un resplandor mortecino de un rojo similar a su corona—. No interferirás en mi nombre. No es necesario.

Sacudí la cabeza, incrédula.

—Esto…

—Ni deseado. —Los ojos de Veses ardían con el mismo fuego plateado que se había avivado en mi interior.

—*So'lis* —dijo Kolis en voz baja, mientras los mirones desviaban su atención hacia el nuevo drama que se desencadenaba ante ellos—. ¿Qué crees que estás haciendo, exactamente?

Con la intensa vibración de las brasas en mi pecho, me giré hacia él.

—Esto no está bien. —Kolis me miró sin pestañear, su expresión impasible. Me temblaban las manos—. Por favor, para esto.

Sus dedos habían cesado su tamborileo.

—¿Y si no lo hago?

Las brasas palpitaron con más intensidad en mi interior, presionaban contra mi piel.

—Lo harás. —Su pecho dejó de moverse—. Porque esto está mal. —Respiré hondo—. Porque parar esto es lo correcto.

Pasaron unos segundos largos y tensos. Después Kolis se puso en pie y llamó la atención de sus guardias y de Callum. No dijo nada hasta llegar a mi lado.

—Es hora de volver a tus aposentos.

—Para esto primero…

—*Silencio* —bufó, y cerró los dedos alrededor de mi mandíbula al tiempo que su voluntad salía disparada. Se enroscó a mi alrededor y se hundió profundo para tomar el control—. Regresaremos a tus aposentos, y lo haremos en silencio.

Un grito silencioso de furia tronó en mi cabeza mientras lo fulminaba con la mirada. Empecé a resistirme a la coacción,

impulsada por la ira y un instinto antiguo.

Unas volutas doradas brotaron por todo su pecho al tiempo que una leve neblina emanaba de algún sitio debajo de él.

—Ni lo pienses.

Las brasas continuaron zumbando, me instaban a hacer más que solo pensarlo. Querían que actuara en consonancia con la ira y el poder que se acumulaban en mi interior.

—¿Majestad? —interrumpió Phanos.

—¿Qué? —masculló Kolis, sin apartar los ojos de mí en ningún momento.

—Supongo que la corte ha terminado por hoy —dijo mientras, por el rabillo del ojo, veía a otros que salían de las sombras de los reservados, algunos en distintos grados de desaliño, la ropa arrugada y el pelo enredado mientras se apiñaban en torno a Veses y a Kyn—. Pero necesito hablar con vos.

La neblina se difuminó alrededor de Kolis.

—Debo ocuparme de algo primero. Después, volveré.

—Por supuesto —respondió Phanos, su tono indescifrable—. Estaré esperando.

Con el pecho agitado, ardía de furia cuando Kolis soltó mi barbilla y tomó mi mano. Me guio hacia las puertas por las que habíamos entrado. La risa de Kyn reverberaba por toda la sala.

*

—¿Qué te había dicho?

Kolis se alzaba imponente por encima mí en la jaula, las aletas de la nariz muy abiertas. No podía responder porque su coacción todavía me tenía agarrada.

Aunque no creía que quisiera que respondiera.

—Quería que no me cuestionaras y, en cuestión de una hora, no solo volviste a hacerlo, sino que además lo hiciste de un modo muy público. —Las espirales doradas corrían por su cara a una velocidad mareante—. Te advertí de que no usases la esencia y, sin embargo, lo has hecho dos veces en el mismo periodo de tiempo.

Maldita sea.

*Sí* que lo había sentido.

—Puedo verla incluso ahora. —Agarró los lados de mi cara para inclinar mi cabeza hacia atrás—. La esencia que no te pertenece, alimentando tu terquedad. Tu temperamento. Yo no merezco ninguna de esas cosas de ti. —Me hubiese reído, de haber podido—. Te defendí de los insultos de Veses y tú procediste a interferir con su castigo —declaró, al tiempo que giraba el cuerpo hacia el lado. Detrás de él, vi a Callum, que caminaba en silencio—. ¿Y así es como me lo pagas?

¿Con desobediencia e ingratitud?

Por todos los dioses, estaba… estaba loco.

—¿Me lo pagas poniéndote del lado de la mujer que tendría mi pene en su boca en cinco segundos si yo se lo permitiera? —Tenía los ojos abiertos como platos—. ¿Acaso no tienes ningún honor?

No podía creer lo que estaba oyendo.

La furia se diluyó en su rostro, en su voz. Cerró los ojos con fuerza.

—¿Por qué has tenido que desobedecerme? No una vez. No dos. Sino tres veces. —Se estremeció—. Había puesto tantas esperanzas en el día de hoy. Tenía planes. —Desquiciados todos ellos—. Quería enseñarte todo lo que soy capaz de hacer. —Bajó la voz, abrió los ojos. El resplandor detrás de sus pupilas era casi demasiado brillante de mirar—. Quería enseñarte lo que estoy arriesgando por ti.

¿Qué estaba arriesgando…? Por todos los dioses, no había palabras, ni aunque hubiese sido *capaz* de hablar.

—Pero ahora, el día de hoy termina así. —Respiró hondo por la nariz y soltó los lados de mi cara—. Tú… tú eres mi alma, pero yo soy tu rey. Tienes que aprender que no puedes cuestionarme, y que no puedes usar esas brasas.

Un hilillo de miedo cortó a través de mi ira. No por mí, sino por Ash. Por Rhain. Kolis me había dicho lo que haría si desobedecía, y yo lo había hecho… sin pensar siquiera en las consecuencias.

Kolis dio un paso atrás. La coacción se retiró y mi mandíbula se desencajó al tiempo que mis hombros se hundían.

—Serás castigada.

Levanté la cabeza. Callum había dejado de andar de un lado para otro.

—¿Y?

—Y después veremos. —Sus ojos… centellearon—. Veremos si es necesario tomar alguna medida más.

Antes de poder hablar o procesar las lágrimas que vi arremolinarse en sus ojos, oí el tintineo de unas cadenas.

Mi cabeza voló hacia el sonido. Las cadenas se soltaron de los postes de la cama y se deslizaron por el suelo como serpientes. Se me hizo un nudo en el pecho y me puse tensa.

Ocurrió muy deprisa.

Unos grilletes se cerraron alrededor de mis muñecas, tiraron de mis brazos hacia arriba. Las cadenas se enroscaron en torno al techo de la jaula, cerca del racimo de diamantes. Tiraron de mis brazos con fuerza, los músculos estirados al máximo. Se me escapó un grito de sorpresa cuando mi cuerpo se elevó hasta que solo las puntas de mis pies tocaban el suelo. Otros grilletes de metal frío se cerraron sobre mis tobillos para anclarme en esa posición, con los brazos y las piernas abiertos.

Kolis me miró, su rostro pálido.

—Quiero odiarte por obligarme a hacer esto —declaró con voz rasposa—. Pero solo puedo amarte.

—¿Esto es amor? —exclamé. Ya empezaba a sentir la quemazón en los brazos.

—Me has desobedecido repetidas veces, y aun así vives. Nadie más lo haría. Así que sí. Esto es amor —dijo con voz ronca mientras una fina línea carmesí rodaba por su mejilla.

Kolis estaba llorando.

# Capítulo 27

—Casi siento pena por ti.

Abrí los ojos, pero no me molesté en levantar la cabeza ni en responder al Retornado de pelo dorado. Requeriría demasiada energía y me obligaría a desviar mi concentración de mis esfuerzos por no gritar, cosa que había estado intentando no hacer desde que Kolis se había marchado con lágrimas carmesís rodando por su cara.

No sabía qué era lo más retorcido: todo lo demás acerca de Kolis, o el hecho de que podía elegir hacerle daño a alguien y luego llorar por ello.

—Tienes que estar sufriendo un dolor inmenso —continuó Callum.

—Nunca me había sentido tan bien.

—Esa es una mentira obvia.

Lo que era obvio era su comentario innecesario. El ardor de mis músculos estirados había desaparecido. Tenía los brazos entumecidos. Ya ni siquiera sentía mis manos, pero el estrés de estar ahí suspendida con solo las puntas de los pies para sujetar mi peso se había desplazado ahora a mis hombros. Me daba la impresión de que estaban en llamas.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba ahí colgada. Tenían que ser varias horas ya. Que Callum hubiese dejado de guardar silencio hacía que pareciesen muchas más. Durante el tiempo que había estado callado, me había contentado con pensar en todas las maneras de causarle un dolor inimaginable a Kolis.

Había descubierto que tenía una imaginación ilimitada.

—Si de verdad fueses mi hermana… —Por todos los dioses, esto otra vez no—. No hubiese permitido que sucediera esto.

—O sea que si creyeras que soy tu hermana, ¿pensarías que esto está mal? —pregunté. Callum estaba a poca distancia de la jaula.

—Por supuesto.

Se me escapó una risa ronca, pero solo conseguí avivar el dolor de mis hombros.

—El hecho de que necesites creer que estás emparentado con alguien para pensar que esto no está bien me indica que cada mal pensamiento que he tenido sobre ti está más que justificado.

—Eso lo piensas porque no me conoces. —Cruzó los brazos delante de su pecho—. Porque no eres mi hermana.

—Lo que tú digas —musité, demasiado cansada para intentar

convencerlo de lo contrario.

Callum se quedó callado durante varios minutos maravillosos.

—Tenías razón. —Hizo una pausa—. Sobre lo que estaba ocurriendo en la sala de consejos.

Agotada ya, levanté la cabeza. Los músculos de mi cuello se agarrotaron mientras fijaba la mirada en el Retornado.

Tenía la barbilla bajada, los ojos fijos en el suelo.

—Ese tipo de castigo en particular no es correcto. —Sus hombros se tensaron—. Está por debajo de Kolis. Él es mejor que eso.

—¿Sí? ¿Cuándo ha sido mejor que eso?

—Antes de que muriera Eythos.

La sorpresa cortó a través de mí. En realidad, no había esperado una respuesta, no digamos ya esa.

Callum levantó la cabeza con una sonrisilla de suficiencia.

—¿Qué? ¿Pensabas que diría que era cuando Sotoria murió por segunda vez? Sí, eso lo impactó mucho, pero él… —Cerró la boca de golpe, un bucle de pelo rubio cayó por su cara. Devolvió la vista al suelo.

Con una mueca, me moví un poco para enderezar los dedos de los pies.

—Pero ¿qué?

—Él quería a Eythos —dijo en voz baja—. Incluso entonces. Incluso después de todo.

Lo miré medio perpleja. Sabía que había habido un tiempo en que Kolis había querido a su hermano, pero Callum estaba hablando de después de haberle robado a Eythos las brasas y haber matado a su mujer. No creía que eso fuese posible, y desde luego que no creía que lo fuera ahora.

*¿Acaso no tienes ningún honor?*

Había cuestionado mi honor cuando su idea de castigo era ordenar la violación de otra persona. Y aunque Veses hubiese tragado con lo que fuese que Kyn tenía reservado para ella, eso era justo lo que había ocurrido en la sala de consejos. No importaba que ella fuese culpable del mismo comportamiento.

Maldita sea. Por mucho que odiara a la mujer y por mucho que celebraría su muerte con alegría, incluso yo podía entender que eso no estaba bien.

Pero Kolis no.

Su tratamiento de Veses tenía poco que ver con defenderme a mí de unos insultos patéticos que ni siquiera me hicieron un rasguño, y todo que ver con el supuesto fallo de Veses a la hora de cumplir con algo totalmente irrelevante.

Las acciones de Kolis tenían todo que ver con recordarle a todo el mundo que él tenía el poder.

Y sus reacciones tenían todo que ver con ser la parte agraviada. La víctima. Era casi como si se hiciese más fuerte con ello.

Un músculo se apretó en la mandíbula de Callum.

—Jamás hubiese permitido algo así antes de la muerte de Eythos, como tampoco hubiese tenido a sus… mascotas —añadió, en referencia a las favoritas de Kolis—. Esas cosas no las hizo nunca hasta después de la muerte de Eythos. —Los ojos del Retornado volvieron a mí—. No me crees.

—A lo mejor estás diciendo la verdad —admití después de un momento—. Pero él es así ahora, y ha *sido* así, ¿verdad? Con los otros dioses y Primigenios. Con las favoritas de las que se cansó…

—Contigo, una vez que se dé cuenta de que esto es una gran farsa —apuntó. La ira se agitó.

—*Conmigo* ahora mismo. —Callum apretó los labios—. ¿Y sabes qué? Tú no eres mejor en absoluto —mascullé—. Sabes que lo que sucedió en la sala de consejos, y solo los dioses saben cuántas veces más, está mal, y aun así te quedaste al margen y no hiciste nada.

—¿A diferencia de ti? —Lo fulminé con la mirada—. Nadie más dijo nada. Los que no estaban contentos con lo que estaba pasando se marcharon. ¿Tú eres mejor que ellos? ¿Mejor que dioses, Primigenios, *drakens* y Retornados por igual?

—¡Sí! —exclamé sin dudarlo—. Cualquiera que intentase al menos detener eso es mejor que todos ellos.

Callum sonrió.

—Estoy seguro de que Kolis estaría encantado de oírte decir cosas tan traidoras.

—Y yo estoy segura de que se lo dirás —bufé—. Como el leal perrito faldero que eres.

—Soy leal. Siempre le seré leal. Él me perdonó por no ser capaz de mantener a mi hermana a salvo.

—Aquello no fue culpa tuya —farfullé. Era verdad. Él no había causado la muerte de su hermana.

Callum se puso tenso.

—Fue mi culpa —insistió—. Y él me perdonó. También me dio la vida eterna. —Puse los ojos en blanco—. Y él es la única cosa que mantiene unido este mundo.

—Por el amor de los dioses —musité. Era probable que Callum hubiese sido decente antes de su desafortunado encuentro con Kolis, pero ahora era…—. Tienes los mismos delirios que él.

Abrió las aletas de la nariz.

—Me aseguraré de que eso también lo sepa.

Levanté la cabeza de golpe, sin importarme la punzada de dolor que recorrió mis hombros y bajó rodando por mi columna.

—Y yo me aseguraré de que sepa que su preciada primera creación

es el idiota que le contó a mi madre la forma de matar a un Primigenio. Apuesto a que se sentirá muy… decepcionado al oírlo. —Callum cerró la boca de golpe—. Sí. —Sonreí a pesar del dolor, le enseñé los dientes incluso—. No lo he olvidado. Aunque me encantaría que explicaras *por qué* querrías hacer algo tan… imprudente.

—No estaba siendo imprudente, piojo insignificante. —Avanzó con actitud violenta y agarró los barrotes. No parecían afectarlo—. Estaba… —Aspiró una bocanada de aire profunda, luego separó las manos, dedo a dedo—. ¿Quieres saber por qué te está castigando? Porque, en el fondo, Kolis sabe que no eres Sotoria.

Una semilla de inquietud se abrió dentro de mí.

—¿Sabes lo repetitivo que eres? Es agotador.

Su sonrisa volvió a su cara.

—Él jamás trataría a Sotoria de esta manera. —Se me escapó otra risa seca y dolorida—. No estoy seguro de qué he podido decir que encuentres gracioso.

—No me estoy riendo de lo que has dicho —lo corregí—. Me estoy riendo *de ti*. —Callum entornó los ojos—. Eres un idiota si piensas eso. Él la mató…

—¿*La* mató? —Las alas pintadas se elevaron por su frente.

Mierda. Eso había sido un desliz.

—Sí, *la* mató. No recuerdo nada de aquello —afirmé, tratando de arreglarlo lo mejor que pude—. Y ese no es el tema.

—Pues claro que *es* el tema. —Su sonrisa regresó—. Si fueses ella, lo sabrías.

—¿Puedes…?

—Sabrías que él nunca mató a Sotoria.

Ahora fui yo la que cerré la boca cuando la presencia de la aludida se agitó con intensidad en mi pecho.

—Sí, la asustó la primera vez, pero eso fue un accidente. Él no sabía la facilidad con la que podía sobresaltarse Sotoria —explicó, y la piel de debajo de las alas pintadas se suavizó de un modo que no había visto jamás—. Y la segunda vez tampoco la mató. —Su labio de abajo temblaba—. Fue Eythos, y esa fue la segunda y última vez que le fallé.

*

Callum por fin se había callado, tras decidir sentarse taciturno en el sofá. Lo que me había contado seguía muy presente en mi mente.

Siempre se había sospechado que Sotoria causó su propia muerte por inanición, o bien que Kolis perdió el control y terminó con su vida. Pero ¿Eythos? No podía creerlo, aunque Callum tenía muy poco

que ganar mintiendo sobre ello.

Aunque, claro, ¿qué podría ganar Eythos matando a Sotoria? Bueno, aparte de venganza. Aunque, dado lo que sabía de Eythos, no me pegaba que fuese del tipo que busca venganza haciendo daño a inocentes.

Mis pensamientos acabaron por convertirse en preocupaciones a medida que el tiempo se alargaba. ¿Cómo había escapado Veses? ¿Había resultado herido alguien? ¿Buscaría Kolis prolongar mi castigo negándose a liberar a Ash o volviendo su atención hacia Rhain? Más preocupaciones acechaban mi mente mientras no podía hacer otra cosa aparte de estar ahí colgada sumida en una nube de dolor.

¿Cuánto tiempo me quedaba? ¿Podría llegar hasta Ash? ¿Sería capaz de encontrar, de alguna manera, La Estrella, y funcionaría siquiera con el alma de Sotoria?

¿Cómo podía continuar tolerando la presencia de Kolis?

¿Y acabaría Kolis por darse cuenta de que Callum tenía razón? ¿De que en realidad yo no era Sotoria? Mis pensamientos volvieron a Veses y la sala de consejos. Si era así, al menos no viviría el tiempo suficiente para que él pudiese cumplir su oferta a Kyn. Se llevaría las brasas, lo cual me mataría y condenaría también a Sotoria.

Pasó más tiempo.

Cuando Kolis regresó por fin, oliendo a algún tipo de humo dulzón y a rancio, tenía los hombros entumecidos. No dijo nada, pero me agarró por la cintura y soltó las cadenas.

No pude quedarme callada cuando liberó mis brazos. Grité y mis músculos doloridos aullaron.

—Lo siento, *so'lis*. —Kolis me envolvió entre sus brazos. Por todo mi cuerpo brotó una abrasadora sensación de hormigueo que me dejó jadeando del dolor y la incomodidad, incapaz de protestar contra su abrazo—. Lo siento muchísimo.

Repitió esas tres palabras mientras me sujetaba y me mecía con suavidad. Los Elegidos trajeron agua caliente y unos olores nuevos flotaron por la jaula: camomila y menta.

Kolis se levantó entonces, me llevó detrás de la pantalla de privacidad y me depositó sobre mis pies. Una Elegida con velo permanecía en silencio al lado de la bañera humeante, sus manos enguantadas cruzadas delante del cuerpo.

—Ella te ayudará a bañarte —dijo Kolis. Le hablaba a la parte de arriba de mi cabeza, porque yo no podía levantarla—. Descansarás y después… todo irá mejor. Te lo prometo.

Me mordí el carrillo por dentro para evitar echarme a reír. Si empezaba, no creía que fuese a ser capaz de parar. Nunca.

Kolis me soltó y la Elegida vino hacia mí en silencio. Estiró las manos hacia los cierres de mi vestido, puesto que yo no podía ni

empezar a levantar los brazos para abrirlos. Me temblaban las piernas. El corpiño resbaló por mi cuerpo y se arremolinó alrededor de mi cintura. Tenía la sensación de que un ejército de hormigas de fuego había invadido mi piel, así que no podía importarme menos que Kolis viese lo que quisiera de mi desnudez.

Pero no lo hizo.

Se había detenido al lado de la pantalla de privacidad, de espaldas a nosotras. El vestido cayó al suelo a mis pies y las manos enguantadas de la Elegida sujetaron con suavidad mi codo para ayudarme a meterme en la bañera.

Kolis se aclaró la garganta.

—Solo quería que supieras que interrumpí el castigo de Veses cuando regresé a la sala.

Según me hundía en el agua caliente y mentolada, una carcajada brotó por mi boca.

Y la risa no paró.

# Capítulo 28

Dormí sin soñar con mi lago ni con Ash. Cuando desperté, las cosas iban mejor. En su mayor parte. Todavía estaba dolorida, pero lo peor del dolor había pasado.

Y ya no me reía. Solo eso ya era una enorme mejoría.

Lo que no iba mejor era que no estaba sola. Una vez más, Callum estaba tumbado en el sofá. Llevaba ahí desde el desayuno, pero estaba mucho menos hablador mientras yo me forzaba a caminar a lo largo de la jaula. Tenía que quitarme el dolor muscular de encima. Quedarme sentada no ayudaría, pero no estaba segura de que moverme ayudase con el otro dolor.

El dolor que se había instalado en mis sienes.

Era una señal muy muy mala.

Cuando Kolis entró en la habitación, me apresuré a relegar el significado de ese dolor al fondo de mi mente. Me detuve y me vacié de inmediato de todo lo que me hacía ser quien era.

Porque sabía lo que tenía que hacer.

Era algo en lo que había pensado mientras me forzaba a comer y a caminar.

Después de todo, era más difícil que antes, pero tenía que hacerlo. Tenía que convencerlo de que liberara a Ash, lo cual significaba que tenía que comportarme como si no hubiese ocurrido nada el día anterior. Que no me había manipulado para matar a Evander. Ni había forzado a Veses a hacer quién sabe qué antes de poner fin a su castigo, un acto que estaba dispuesta a apostar que Kolis creía que borraba todo lo que había pasado antes. Como hacían todos los maltratadores y manipuladores.

Pero no pasaba nada.

Porque iba a ser más lista que antes.

Mientras el falso rey se acercaba a la jaula, la sonrisa de Kolis me indicó que había ganado la apuesta que había hecho conmigo misma.

—¿Cómo te encuentras, *so'lis*?

Crucé las manos como hacían a menudo las Elegidas, haciendo caso omiso de la tensión en mis brazos.

—Descansada.

—Me alegro de oírlo. —Mientras abría la jaula, sus ojos recorrieron el vestido dorado que me había puesto—. Estás preciosa.

—Gracias —dije, y mi lengua se marchitó al recordar las lecciones

de las cortesanas. *Conviértete en lo que deseen*. Con Kolis, era más que ser modesta y sumisa. Ahora lo sabía. Era también una cuestión de hacerlo sentir justificado en sus acciones. Y por encima de todo, consistía en convertirse en lo que se había convertido Callum: un leal perro faldero cuyo único propósito en la vida era rociar a su amo de afecto y gratitud—. Quería decir algo.

Se detuvo ante la puerta abierta de la jaula.

—¿Sí?

—Que… quería disculparme por ayer.

Kolis me miró pasmado.

Callum también.

—Todo esto ha sido un poco abrumador para mí —empecé, y vi que la expresión de Kolis se suavizaba, al tiempo que Callum entornaba los ojos—. Han pasado muchas cosas… han *estado* pasando muchas cosas. Todo esto es muy desconocido para mí. No estoy segura de lo que debería o no debería estar haciendo, pero nada de eso es excusa suficiente para cómo me comporté ayer.

—Tu comportamiento es comprensible, *so'lis*. —Los ojos de Kolis brillaban, pero Callum plantó las manos en sus caderas—. Has pasado por mucho.

—Pero tú me has dejado mucho margen. —Bajé la vista con actitud sumisa—. Y he sido irrespetuosa. Lo siento.

—Está bien. —La cercanía de su voz fue el único aviso que tuve antes de sentir la palma de su mano en mi mejilla. Levantó mis ojos hacia los suyos—. Acepto tu disculpa.

Detrás de él, Callum parecía estar a un segundo de darse de cabezazos contra la pared. Reprimí una sonrisa real.

—¿De verdad?

—Sí. De verdad. —La aprobación se había asentado en sus rasgos, lo que hizo que su sonrisa se torciera y se volviera más genuina—. Ven. Caminemos.

Dado cómo habían salido las cosas el día anterior, caminar a cualquier sitio con él era lo último que quería hacer.

Pero era lo que quería hacer *él*.

Y yo me convertiría en eso.

Así que me uní a él sin protestar. Cuando entrelazó el brazo con el mío, no dije nada. Según salíamos de la habitación, con Callum y Elias siguiéndonos de cerca, asentí y sonreí, mis acciones y reacciones tan huecas como las suyas.

Kolis no se dio cuenta de todos modos.

Casi vibraba de alegría cuando cruzamos el corredor cubierto y salimos al sendero que llevaba a la columnata. Entramos en el santuario y al poco pasamos por delante de salitas y reservados llenos de sonidos jadeantes y acalorados.

Kolis me guio por el laberinto de pasillos, ninguno de los cuales me sonaba de nada. Acabamos por pasar a través de una entrada con columnas y llegamos a una especie de gran sala de estar con muchos tapices color marfil colgados de las paredes.

—Siéntate. —Kolis estiró un brazo hacia uno de los divanes de satén dorado.

Como un perro obediente, hice lo que me pedía y tomé asiento. Crucé los pies por los tobillos.

Callum nos siguió, pero se quedó cerca de la entrada. Todavía tenía aspecto de querer darse de cabezazos contra algo.

—Hay algo que quiero enseñarte —anunció Kolis al entrar—. Había planeado hacerlo ayer, pero… bueno, ayer ya no importa. —Como si pudiese decretar tal cosa y ya está—. Iason. ¿Dyses? —llamó Kolis.

Me giré hacia lo que había pensado que era un tapiz pero eran, en realidad, unas cortinas color marfil que disimulaban un arco. El *draken* moreno que había visto en la sala de consejos se adelantó con el Retornado. Entre ellos, traían a un Elegido.

Espera. ¿Qué había dicho Kolis ayer? Que había planeado demostrarme que era capaz de algo más que la muerte.

Se me cayó el alma a los pies. Acababa de comprender lo que estaba a punto de hacer.

—No tienes que demostrar nada. —Rompí con mi actuación de perro diligente en un abrir y cerrar de ojos, y mis maltrechos músculos aullaron su protesta cuando me levanté de un salto—. Te creo.

Con un rápido giro del cuello, Kolis me dedicó una sonrisa simétrica y vacía por encima del hombro.

—Mientes. —En efecto, pero eso no venía a cuento—. No te culpo por creer eso —añadió—. Por eso debes saberlo.

—Podrías limitarte a decirme cómo Ascienden. —Se me comprimió el corazón, porque sabía lo que iba a hacer: crear vida casi terminando con una. Porque esto no era lo mismo que hacía Eythos—. No tienes por qué molestarte.

—No es ninguna molestia.

La presión se cerró sobre mi pecho y mi cabeza voló de vuelta a los tres recién llegados. Mis pensamientos corrían a toda velocidad. Tenía un plan para liberar a Ash: ganarme el favor y la confianza de Kolis. Con mi intento de fuga fallido y con, literalmente, todo lo demás que había pasado, estaba haciendo mi trabajo bastante mal. Debía tener cuidado y no provocar el descontento de Kolis, cosa que no paraba de hacer.

—De verdad que esto no es necesario —intenté de nuevo. Mis manos se abrían y cerraban de manera espasmódica, pero hice un esfuerzo por contenerme. El repiqueteo de las botas de Iason y Dyses

sobre la piedra y los pasos silenciosos del Elegido sonaban ahora como truenos. Dyses parecía algo aburrido, pero el *draken*…

Iason miraba recto al frente, casi como si no viese a nadie. Una vez más, pensé en cómo a muchos *drakens* de Dalos los habían obligado a crear un vínculo con Kolis. ¿Sería Iason uno de aquellos que, a diferencia del primo de Nektas, habrían elegido *no* servir a Kolis si hubiesen tenido elección?

—Sí que lo es. —Kolis se volvió hacia el Elegido—. Ven —lo llamó, y le hizo unos gestos cordiales para que se acercase.

*Inspira*. Mi cuerpo se puso rígido. El Elegido cruzó la distancia restante, las manos enguantadas cruzadas delante de la cintura. *Contén*.

—Retira tu velo —le indicó Kolis.

*Espira*.

El Elegido levantó el velo para revelar, poco a poco, los delicados rasgos de un hombre joven que no podía ser mucho mayor que yo. *Contén*.

—Jove —dijo Kolis. Una parte cobarde de mí no quería saber su nombre—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, majestad. —Jove sonrió y, por todos los dioses, me recordó a mis sonrisas cuando mi madre me enviaba a entregar sus mensajes: ensayada pero vacía. Igual que había sido yo.

*Inspira*.

—Hoy serás bendecido —dijo Kolis. Puso una mano en la mejilla del hombre—. Recibirás una nueva vida.

Jove inclinó la cabeza.

—Es un honor.

No. No lo era. Porque oí el temblor en su voz. Vi cómo su sonrisa se volvía cada vez más exigua, cómo sus oscuros ojos marrones se abrían más y más.

Estaba asustado.

Dejé a un lado mis ejercicios de respiración y di un paso adelante.

—Kolis.

La cabeza del falso rey giró en mi dirección.

—¿Sí?

—No tienes por qué hacer esto —repetí. Las brasas vibraban con fuerza en mi pecho—. Yo… creía que cuando dijiste que querías caminar, era para pasar tiempo conmigo. A solas.

—Lo haremos. —Kolis me miró durante tanto tiempo que pensé que quizás hubiese cambiado de opinión—. Pero hay cosas de las que debo encargarme. Esta es una de ellas.

Jove estaba muy quieto, sus manos apretadas con fuerza, mientras el temor anegaba mi corazón.

—Esto es un honor —dijo Kolis, pero no sabía si me hablaba a mí o

al Elegido—. La vida todavía puede crearse, aunque sea imperfecta. Y debe hacerse. Porque sin ello, el mismísimo tejido de los mundos se rompería.

Parpadeé.

—¿Qu… qué?

—Cierra los ojos, hijo mío. —Kolis fijó toda su atención en Jove.

El Elegido obedeció sin vacilar. Kolis inclinó la cabeza del hombre hacia atrás para dejar al descubierto todo su cuello.

Iba a morderlo.

Mi mano voló hacia mi cuello cuando el recuerdo del dolor quemó a través de mí. No podía quedarme ahí plantada y permitir esto.

El instinto se apoderó de mí y, de repente, me estaba moviendo hacia Kolis y el Elegido antes de ser consciente del todo de lo que estaba haciendo. Mientras cruzaba el espacio, la esencia se acumuló en mi interior, alargué el brazo y…

Solté una exclamación cuando la otra mano de Kolis salió disparada para agarrarme de la muñeca.

—Lo comprendo —dijo con suavidad, y su mirada fría e inexpresiva conectó con la mía—. Siempre has tenido un gran corazón, *so'lis*.

Me estremecí.

Y después *ella* se estremeció.

—Incluso ahora, bajo este exterior cortante, rudo y a menudo abrasivo, tu corazón es blando —continuó. Se me puso la carne de gallina por su contacto—. Eres buena persona. Lo admiro. Siempre lo he hecho.

Kolis estaba equivocado. Yo no tenía un gran corazón, ni uno blando ni amable. Tampoco era una persona especialmente buena. Si lo fuese, no habría sido capaz de hacer todas las cosas que había hecho como las había hecho. Pero no podía limitarme a quedarme a un lado y contemplar esto. Había una diferencia.

—Tienes que comprender por qué es importante esto. Lo que está y siempre ha estado en riesgo —explicó Kolis—. Este Elegido puede ser recreado a imagen y semejanza de los dioses, o puede dar vida a otro que lo será. Eso depende de ti.

No hacía falta ser muy listo para saber que dar vida a otro significaba la muerte para Jove.

—Pero no te equivoques —me advirtió Kolis, y me atrajo hacia su lado con solo enroscar el brazo. Tragué saliva con esfuerzo, pero no hizo nada por aliviar la bilis que trepaba por mi garganta a causa de su contacto y por la certeza de lo que estaba por venir—. Debe mantenerse el equilibrio. —Ahí estaba otra vez, con ese rollo sobre el equilibrio. Estaba obsesionado—. Eso es más importante que cualquiera en este espacio, incluida tú. —Me sostuvo la mirada—.

Incluido yo. Porque sin equilibrio, no hay nada.

Lo que decía tenía poco sentido. Aspiré un mero hilillo de aire.

—¿Puedes… puedes hacer que no duela?

El *eather* se detuvo en sus ojos y su piel se afinó. Me quedé helada de repente.

Sin decir nada soltó mi muñeca y me apartó de un empujón. Me tambaleé, pero me mantuve en pie mientras él giraba la cabeza de vuelta hacia Jove. Pasó un segundo y entonces Kolis retrajo los labios. Vi un destello de sus colmillos y de pronto actuó, perforando la piel del cuello de Jove.

Mi cuerpo dio una sacudida en el mismo momento exacto que la dio el de Jove. Me incliné hacia delante cuando el Elegido se puso rígido, sus ojos y su boca muy abiertos. Un temblor empezó en mis piernas. Sabía el tipo de agonía atroz que debía estar sufriendo. Frenética, giré en redondo para escudriñar mis alrededores en busca de un arma. Mis ojos se posaron en las espadas de los que quedaban ahí, al tiempo que las brasas se avivaban para recordarme que…

Un gemido atrajo mi atención de inmediato de vuelta a Kolis y al Elegido. *Ese sonido*… Mis ojos se posaron en donde el Primigenio se alimentaba con ansia de Jove. Los labios del Elegido estaban ahora solo entreabiertos, sus facciones relajadas y sonrojadas. No había oído un gemido de dolor.

Había sido uno de placer.

Con la respiración entrecortada, me llevé una mano al estómago. Un espasmo sacudió a Jove, que emitió otro gemido acalorado. Kolis no le estaba causando dolor.

Contemplé la escena, dividida entre la sorpresa y la agitación, mientras el Elegido se quedaba inerte poco a poco en brazos del falso rey. Había sabido que Kolis era capaz de alimentarse sin dolor, pero también sabía que no era amable. Lo había demostrado una y otra vez.

Pero el Elegido no sufría dolor. El éxtasis empapaba su rostro. Aun así, esto… Me tragué la amargura de la bilis. Esto no parecía correcto. Di un paso atrás, por alguna razón más perturbada ahora por lo que estaba viendo de lo que lo habría estado si Jove hubiese estado *gritando*.

Yo le había pedido a Kolis que no le hiciera daño.

Él había hecho esto por mí, pero lo único que podía pensar era lo que había pensado al principio al ver a Orval y a Malka, y lo que me habían inducido a pensar con el dios de la corte de Keella y Jacinta. Lo único que podía pensar era cómo lo último que había querido sentir cuando Kolis me mordió fue placer.

Oh, por todos los dioses.

Yo le había pedido a Kolis que hiciera esto, y sabía que no estaba bien, aunque mis intenciones hubiesen sido buenas en primer lugar.

Era solo que no me había dado cuenta de lo incorrecto que era. En este caso, ¿el *medio* justificaba el fin? No podía responder a eso.

Con los brazos temblorosos, retrocedí hasta estar casi detrás del almohadón. Mis dedos se enroscaron contra mi estómago y mis manos empezaron a calentarse.

Jove estaba pálido. Se estaba muriendo.

Kolis apartó la cabeza hacia un lado sin previo aviso.

—El proceso es bastante sencillo —explicó con una voz más pastosa que me recordó a los agobiantes veranos en Lasania y a cómo hablaba él de su necesidad—. La sangre debe extraerse del Elegido hasta el momento en que el corazón empieza a fallar. —Hizo una pausa para atrapar una gota de sangre de su labio inferior con la lengua—. Después debe dársele la sangre de los dioses.

*En efecto*, el acto de la Ascensión de los Elegidos era igual a como lo había descrito Ash. Una transferencia de sangre.

—Majestad.

Sobresaltada por la voz de Elias, me giré hacia el lado.

—Ven, Elias —repuso Kolis.

El guardia pasó junto a mí sin mirarme y fue hasta el lado de Kolis. Sin decir una palabra más, se llevó la muñeca a la boca y mordió su vena. Al instante, manó sangre reluciente.

Mis ojos volaron hacia Kolis. Acababa de entenderlo: Kolis no podía darle al Elegido su sangre, que era algo que ya había deducido cuando me había llevado con los *ceerens* en lugar de curarme él mismo.

Lo que no sabía era exactamente por qué no podía hacerlo. Ash era un Primigenio de la Muerte, y su sangre cicatrizaba. ¿Podía deberse a que Kolis era *el* Primigenio de la Muerte?

Me quedé muy quieta mientras Elias colocaba su muñeca sangrante sobre la boca de Jove. La cabeza del Elegido estaba girada en dirección contraria a mí, pero después de unos instantes, vi su garganta moverse al tragar.

Tiritando, envolví los brazos a mi alrededor, aunque apenas sentí el doloroso estiramiento de mis músculos. No supe cuánto tiempo pasó, pero en algún punto, Elias había levantado al inerte Jove para sujetarlo entre sus brazos.

—Así era y es cómo se hace —anunció Kolis. Parpadeé, como si saliese de un trance. Elias llevó a Jove hacia el arco con la cortina—. Ven. —Kolis no me dio la oportunidad de responder. Se limitó a agarrar mi mano—. Te lo explicaré mejor.

Hasta el último rincón de mi ser se rebeló contra su contacto mientras me guiaba de vuelta hacia las puertas. En silencio, volvimos por donde habíamos venido, y llegamos a la jaula en lo que me pareció un abrir y cerrar de ojos.

Kolis y yo estábamos solos.

—Cuando mi hermano hacía las Ascensiones, los Elegidos Ascendían para convertirse en dioses. —El labio superior de Kolis se enroscó en una mueca, pero su expresión se suavizó enseguida—. Sin las brasas de vida, se limitan a convertirse en Ascendidos, como te dije antes.

Kolis levantó mi mano, mi mano izquierda, para llevársela a la boca. Depositó un beso seco sobre el dorso.

—Son como dioses pero sin serlo. Las enfermedades ya no los afectan. Pueden consumir comida, pero no es necesario. Y sobrevivirán a la mayoría de las heridas mortales, susceptibles solo a unas pocas maneras de morir —me informó, y su voz iba cargada de un toque de orgullo—. Pero he estado trabajando en algunos inconvenientes.

—¿Como…? —No terminé la frase, porque empezó a conducirme hacia el otro lado de la jaula. Mi corazón dio un traspié a medida que nos acercábamos a la cama. Pasamos de largo. Me sentó en el diván y yo me aclaré la garganta—. ¿Como cuáles?

—Con el tiempo, pueden volverse tan fuertes como un dios, aunque hasta ahora, no han sido capaces de dominar el *eather*. —Fue hacia la mesa. Durante nuestra ausencia, habían llevado vasos nuevos y jarras rellenadas—. También tienen una fuerte aversión a la luz del sol.

Pensé en cómo Gemma había dicho que los Elegidos que regresaban permanecían en el interior durante las horas diurnas. Mis ojos se deslizaron hacia las puertas. ¿Sería por eso por lo que la parte del santuario donde había visto a los últimos Ascendidos había estado tan oscura?

—Pero el sol no se ha puesto y Jove estaba…

—La aversión no es inmediata. Tarda unas horas —me cortó. Deslizó los dedos por la tela extendida por encima de la mesa—. Aunque no necesitan comida, *sí* necesitan sangre, y su hambre es… insaciable al principio. Les cuesta controlarla. Algunos no logran aprender a hacerlo. Cualquier tipo de sangre les vale, pero la que tenga aunque sea solo unas gotas de *eather* es preferible. Puede ayudarlos a gestionar su hambre.

El dolor sordo volvió a mi cabeza, palpitaba en mis sienes.

—¿Y si no consiguen gestionar su hambre?

Desde donde estaba al otro lado de la mesa, levantó la vista hacia mí.

—Se les elimina.

La forma en que lo dijo, sin ninguna emoción, era más que inquietante.

Por todos los dioses.

—Eso te molesta. —Desplegó los dedos por el mantel—. No debería. Es por el bien mayor.

Por todos los dioses, las dos palabras que más odiaba, pero escuchar a Kolis hablar del «bien mayor» era, bueno, tan absurdo que era incluso divertido.

—Hay dioses que también han sido incapaces de controlar su sed de sangre. Durante la época de Eythos también eran eliminados —me dijo Kolis, un poco a la defensiva—. La única diferencia es que ni él ni aquellos a los que esos dioses servían se ensuciaban las manos.

—¿Eras tú? —conjeturé.

—Después de todo, yo era el Primigenio de la Muerte —repuso con una sonrisa hueca—. ¿Quién más llevaría a cabo unas tareas tan desagradables?

Kolis seguía siendo el verdadero Primigenio de la Muerte, y lo sabía, pero incluso yo podía reconocer que estar encargado de ese tipo de tareas debía de haber sido terrible.

—Al igual que Eythos, estoy creando vida, no muerte. Y un Ascendido al que se deja sin control es justo eso: Muerte. Yo les doy la oportunidad de controlarse. Lo hago —insistió, y cuadró los hombros de golpe—. Pero ¿si no lo consiguen? Buscarán darse atracones de sangre. Y una vez que caen en la lujuria de la sangre, casi siempre están perdidos. Matan de manera indiscriminada, dejando secas a sus víctimas, y lo que queda de ellas no es más que un muerto viviente… —Frunció los labios—. No es un acto del que disfrute, al contrario de lo que otros puedan creer, pero tampoco le endoso el problema a nadie. Un Ascendido que se ha entregado a la sed de sangre debe ser eliminado, y eso debería hacerlo su creador.

Había un montón de cosas que procesar aquí, empezando por el hecho de que Kolis sonaba como si de verdad se creyese lo que estaba diciendo: que estaba creando vida. Y parecía que de verdad se *preocupaba* por esa vida. También estaba la idea de que se consideraba el creador de estos Ascendidos. Pero ¿lo era? Él había drenado la sangre de Jove, pero era la sangre de Elias la que terminaría por Ascenderlo. Sin embargo, lo que decía que les ocurría a aquellos de los que se alimentaban y mataban los Ascendidos fue lo que motivó mi siguiente pregunta.

—¿En qué se diferencia un Ascendido de lo que mencionaste antes? De los Demonios.

—Bueno, uno todavía está vivo, el otro no. Son como *gyrms* —explicó, y me vino a la mente la imagen de los antaño mortales de piel cerosa que habían invocado a un dios y luego le habían ofrecido sus vidas eternas a cambio de lo que fuese que creyeran que necesitaban de manera tan desesperada—. Pero uno cuya mordedura propaga una toxina muy diferente. Una especie de infección que convertirá a todos

los que muerdan o arañen en muertos vivientes… si es que sobreviven al ataque.

Me quedé boquiabierta.

—Ese es un inconveniente bastante grande.

—Sí, en especial porque los que son mortales, o más mortales que dioses, son susceptibles de convertirse en Demonios. —Un músculo palpitó en su mandíbula—. Lo cual significa que los Ascendidos recién convertidos son un peligro para los Elegidos.

—Si tan peligrosos son, ¿por qué se permitió que esa Ascendida se alimentara de un Elegido? —pregunté.

Los ojos de Kolis recuperaron su brillo frío y sin vida, lo cual fue como un mensaje de alarma para mí.

—Bueno, porque no es un peligro al que estemos del todo desacostumbrados. ¿Qué crees que pasa si un dios drena la sangre de un mortal? Algo parecido. Se podría decir que es una infección aún más virulenta.

Pensé en la modista. Madis había salido de su casa justo antes de que yo la encontrase muerta. El problema fue que no había *permanecido* muerta. Y tampoco había tenido el aspecto de la que había visto aquí.

—Y los Ascendidos recién creados siempre están bajo vigilancia —continuó, en un tono que sonaba como si cada palabra estuviese cincelada en piedra—. No obstante, cierta persona intentó escapar.

Yo.

Se refería a mí, estaba claro.

—Y los responsables de vigilar a esa Ascendida se vieron obligados a encargarse de otros asuntos —dijo—. Lo irónico es que, si se hubiesen quedado en sus puestos, la Ascendida no habría matado y a ti te habrían capturado de todos modos. Pero ya nos hemos ocupado de ellos.

Me daba la sensación de que *ocupado de ellos* no significaba que solo los habían regañado. Tal vez debería sentirme un poco mal por ello, pero no podía reunir esa energía cuando todavía no sabía cómo procesar lo que le habían hecho a Jove.

No moriría, pero tampoco había elegido vivir como un Ascendido. Era algo que habían decidido *por* él. Quizás él hubiese elegido vivir de todos modos, pero también podría haber decidido que prefería morir. Yo no lo sabría nunca. Pero ¿y si era uno de esos que no lograban controlar su hambre? ¿Y los Ascendidos eran buenos o malos? ¿O estaban en algún lugar entre medias?

Fruncí el ceño mientras pensaba en algo. Ash podía pasar más tiempo del que seguramente debería sin alimentarse. ¿Era lo mismo con estos Ascendidos?

—¿Qué… qué pasa si un Ascendido elige no alimentarse?

—Con el tiempo, se debilitará y volverá a ser parecido a un mortal.

Noté una especie de brinco en mi pecho.

—Entonces, en cierto modo, ¿este tipo de Ascensión puede deshacerse?

—No. —Su cabeza se ladeó, al tiempo que fruncía el ceño—. Ser parecido a un mortal no es lo mismo. Si no ingieren sangre, sus cuerpos acaban por ceder. El proceso es… —Su ceño se frunció aún más—. He de reconocer que es bastante perturbador.

Estaba claro que era algo que ya había visto.

—¿Ha habido Ascendidos que se han negado a alimentarse? —conjeturé, y el dolor aumentó.

—Los ha habido.

—¿Por qué?

Se formaron unas profundas arrugas entre sus cejas.

—No estaban agradecidos por la bendición que les habían conferido. —Lo miré, algo perpleja. Él se enderezó, retiró la mano de la mesa—. ¿Qué? Está claro que estás pensando algo. Quiero saberlo.

De verdad que tenía que aprender a controlar mis expresiones faciales.

—Es solo que… Bueno, estaba pensando que tal vez no estuviesen agradecidos porque no querían convertirse en algo que podía volverse un asesino indiscriminado.

Se rio en voz baja.

—Todos los dioses son capaces de volverse así, *so'lis*, y los mortales no son muy distintos. —Me lanzó una mirada larga, sabedora—. Y por lo que sé de tu vida esta vez en el mundo mortal, tú tampoco eras muy diferente.

Mis hombros se tensaron ante la verdad de sus palabras. Tenía razón. Yo no había sido diferente.

Seguía sin serlo, lo cual era gracioso en cierta medida, dadas las brasas que tenía dentro.

—Todo lo que se crea o nace tiene el potencial de convertirse en un asesino indiscriminado —insistió.

Vi a dónde intentaba ir a parar.

—Vale.

Entornó los ojos.

—No, no vale.

—He dicho «vale».

—Puede que no siempre sea capaz de distinguir cuándo mientes, pero la mayor parte del tiempo lo sé —comentó, y yo me puse tensa—. Aunque no soy el Gran Conspirador del que hablaba la profecía, sí soy un Impostor, un mentiroso. Así que reconozco muchas de las tuyas. Esta es una de ellas.

Él era el único ser que *podía* ser el Gran Conspirador y tal vez

pudiese percibir mis mentiras, pero mientras no reconociese la que de verdad importaba… daba igual. Me dolía la cabeza.

—Muy bien —dije. Respiré hondo. Podía soportar un dolor de cabeza—. Entiendo lo que dices de que todo el mundo tiene el potencial para ser un asesino, pero…

—No hay ningún «pero». Tengo razón.

Respiré hondo.

—Entonces, déjalo.

Me miró, luego bajó la cabeza.

—No, continúa.

—No tiene ningún sentido continuar si vas a descartar de manera automática lo que digo antes de terminar de decirlo siquiera. —Volví a respirar hondo—. Los dioses nacían conscientes de que iban a Ascender algún día. Tenían la vida entera para prepararse para ello. Los Elegidos no.

—¿No? —Arqueó las cejas—. Son entregados a los templos al nacer y se crían y educan como Elegidos. Pasan toda su vida preparándose para servir en Iliseeum y para Ascender. La única diferencia es que al Ascender no se convierten en dioses.

En primer lugar, esa no era la única diferencia. Y además, no todos eran Ascendidos. A algunos los mataban o los convertían en Demonios.

Pero podía discutir hasta que se me pusiera la cara azul y eso no cambiaría lo que creía Kolis. Tampoco respondería a lo que quería saber.

—Y tienes que hacer esto debido al equilibrio —cavilé—. ¿Qué es, exactamente, el equilibrio?

—El equilibrio lo es todo, *so'lis*. Sin él, no hay nada.

—Lo sé. —Reprimí mi frustración—. Ya lo has dicho. Pero no has…

—El equilibrio lo es todo —repitió—. Y hay equilibrio *en* todo. O eso es lo que dicen los Hados, al menos. Yo tiendo a pensar que su idea del equilibrio está un poco… desequilibrada. —La ira se coló en sus facciones—. ¿Sabías que se espera que el Primigenio de la Muerte permanezca alejado de todo aquel cuya alma podría pasar algún día ante él para ser juzgada?

Abrí los ojos como platos.

—Por supuesto que no lo sabes. El Primigenio de la Muerte no debe tener amigos, confidentes ni amantes entre aquellos que tal vez deban ser juzgados. Los *Arae* creen que formar esos lazos estrechos podría, al final, distorsionar un juicio —declaró Kolis—. Y eso se traduce en cualquier ser que no sea un Primigenio o un *draken*.

No lo había sabido. ¿Tenía eso algo que ver también con que Ash mantuviera un muro levantado entre él y Rhain, Saion y todos los

demás? ¿Por qué no me había contado esto? Aunque, claro, no había habido demasiado tiempo para que aprendiera los detalles más intrincados de sus deberes, cuando me había pasado la mitad del tiempo que había estado con él tratando de evitar tomarle demasiado cariño. Me recordó a cuando le había preguntado por sus ejércitos y sus planes. No me había contado gran cosa porque, en ese momento, yo no había expresado un interés real por convertirme en su consorte. El arrepentimiento cruzó a través de mí para unirse a lo que seguro que iba a convertirse en una larga lista.

—Y sin embargo, esto no era algo que se esperara del Primigenio de la Vida —continuó Kolis—. Él no tenía limitaciones, como si tener el favor del Primigenio de la Vida no pudiera distorsionar el juicio final, a pesar de que las habilidades del Dios Primigenio eran una colección de las de los otros Primigenios… un popurrí de la *bondad* de los otros que podía explotar a su libre albedrío. ¿Sabes cómo?

Negué con la cabeza.

La sonrisa de Kolis fue más bien una mueca de desdén.

—Mi hermano podía llevar lluvia a tierras resecas, pero no podía arrastrar esas tierras hasta el mar como puede hacer Phanos. Podía ayudar a fomentar el amor entre dos individuos, pero no podía trocarlo en odio como Maia es propensa a hacer. Podía capturar almas, pero no podía dirigir su camino como puede hacer Keella. —Apretó las aletas de la nariz—. Podía conceder buena fortuna, pero no condenar a nadie al infortunio como puede hacer Veses. Y podía garantizar que una cacería o una búsqueda, ya fuese de animales o de desaparecidos, fuese exitosa, pero no podía debilitar el arco o esconder lo que uno busca, como podía hacer Hanan. Cuando se le pedía consejo, Eythos podía incitar a los personajes más perezosos a cumplir con su deber, pero no podía inspirar una lealtad ciega como lo puede hacer Embris. Podía promover la paz y la concordia, pero no la guerra y la venganza.

Kolis echó la cabeza atrás antes de continuar.

—Podía cambiar la vida de cualquier mortal o dios para mejor si quería, de cualquier manera que creyese adecuada. Pero los Hados no consideraban que crear lazos con ellos pudiese influir en esa cuestión.

—Eso no suena justo —dije después de un momento—. De hecho, no tiene ningún sentido.

Kolis me miró con atención y parte de su ansiedad se alivió de su rostro.

—Entonces, tú y yo estamos de acuerdo. —Esa era una idea inquietante—. Sin embargo, para los *Arae*, sí tiene sentido. Pensaban que asegurarse de que las emociones nunca influyeran en mí garantizaría que aquellos que no se habían ganado su paraíso o su castigo no fuesen recompensados con ellos. Para los Hados, la

eternidad era mucho más importante que lo que veían como una vida temporal, pese a lo corta de miras que fuese esa creencia.

Más bien lo *larga* de miras. Era como mirar a un bosque y ser incapaz de ver todos los árboles en él.

—¿Y ni tú ni Eythos pudisteis hablar con ellos sobre esto?

—¿Para qué? ¿Para instarlos a cambiar de opinión? —Kolis se rio, y el sonido rayó en lo burlón—. La opinión de los Hados no puede cambiarse.

Vale, tal vez tuviese razón. ¿Qué sabía yo? Absolutamente nada, cuando de esto se trataba.

—Pero ¿qué tiene todo esto que ver con lo que acabas de hacer con ese Elegido?

—Bueno, eso también crea equilibrio. Uno diseñado solo para ser conocido por los *Arae*, el verdadero Primigenio de la Vida y el verdadero Primigenio de la Muerte —explicó—. Un equilibrio que fue establecido cuando los Antiguos crearon los mundos.

Con el dolor de cabeza olvidado ya, solo pude mirarlo pasmada.

—Creía que Eythos había creado los mundos.

La sonrisa de Kolis fue dura.

—Creó algunos, pero no creó *los* mundos… todas las tierras y los océanos que permiten que la vida prospere y crezca. Eso lo hicieron los Antiguos. Y al contrario de lo que se dice y se cree, los Antiguos no fueron los primeros de los Primigenios, y ningún Primigenio se convertirá en un Antiguo, sin importar lo viejo que llegue a ser.

Abrí la boca, pero entonces me di cuenta. Si los dragones, los antepasados de los *drakens*, estuvieron aquí, algo tenía que haberlos creado. No había sido Eythos, puesto que ya existían cuando él se quedó tan fascinado con ellos.

—Y también decretaron que debe haber muerte y viceversa. Igual que toda acción tiene una reacción, una no puede existir sin la otra. Y no sería tan sencillo como que solo hubiera vida si no hubiera muerte, o solo muerte si no hubiera vida. —Los ojos de Kolis centellearon—. Así que siempre debe haber *el* Primigenio de la Muerte y *el* Primigenio de la Vida, aunque no quede nada más que una chispa de brasas en su interior. Aunque estén en estasis o… —Sus ojos se deslizaron por mi cuerpo—. O escondidas en una estirpe mortal. Siempre y cuando existan las brasas de alguna manera, y la vida se cree y se quite, el equilibrio se mantiene.

—Oh —susurré. Miraba al frente, pero no lo veía. Él me estudió con atención.

—Veo que ahora comprendes la importancia de la vida, aunque sea indeseable para ti. Y veo que entiendes lo que yo arriesgo personalmente si no me hago con esas brasas.

Asentí, pero él había malinterpretado mi consternación. Yo

siempre había sabido lo que ocurriría si las brasas de vida se extinguieran. Lo que me había impactado era lo que me había contado sin querer.

Que no se podía matar a Kolis.

# Capítulo 29

Darme cuenta de que no se podía matar a Kolis ocupó mis pensamientos hasta mucho después de que se marchara, lo cual solo me permitió dormir unas pocas horas de sueño inquieto, si acaso.

Kolis era *el* Primigenio de la Muerte. *Él* llevaba las verdaderas brasas de la Muerte.

Ash era *un* Primigenio de la Muerte, y no llevaba las verdaderas brasas de la Muerte.

Y puesto que Kolis se había asegurado de que no quedara nadie en su corte para Ascender a Primigenio de la Muerte después de robarle las brasas a Eythos, él era la única opción.

No podía creerlo.

Con un pulso sordo en mis sienes que se extendía a mi mandíbula de vez en cuando, caminé inquieta de un lado para otro mientras Callum leía de un libro en su regazo. Miré de reojo la jarra de porcelana de la mesa y me planteé tirársela a la cabeza por la única razón de que me haría sentir mejor.

Aunque solo por un tiempo.

La frustración me abrumaba mientras daba otra pasada por delante de la puerta. Tal vez Ash no supiera quién había creado de verdad los mundos, pero él y todos los demás, en especial los Hados, tenían que saber que no se podía matar a Kolis.

Entonces, ¿por qué diablos había pasado Holland, un Hado, tantos años entrenándome para matar al Primigenio de la Muerte? ¿Por qué pondría Eythos el alma de Sotoria con las brasas y la situaría, a través de mí, en posición de matarlo? Sobre todo cuando hacerlo sembraría el caos y la destrucción en los mundos.

Se me tenía que estar escapando algo.

Me froté las sienes y caminé de una esquina redondeada de la jaula a la otra. Primero, me había enterado de que no podía matar a Kolis porque el plan de Eythos se había torcido. Ahora, me había enterado de que no se *podía* matar a Kolis…

Me detuve. Luego levanté la vista hacia los diamantes del centro de la jaula.

El diamante La Estrella.

Podía contener brasas primigenias. Después de todo, La Estrella se había creado para contener las brasas de un Primigenio caído.

Bajé las manos de mis sienes doloridas y contemplé la extraña luz

casi lechosa que reflejaban los diamantes. Se me agrió el estómago. Si lograse echarle el guante al diamante La Estrella (y ese era un «si» inmenso) dudaba que pudiese utilizarse para contener un alma y las brasas al mismo tiempo.

No obstante, a menos que hubiese pasado mi vida entera entrenando para algo del todo inútil, los *Arae* debían de haber creído que podrían hacerse con La Estrella otra vez. Era lo único que tenía sentido.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Callum.

Aparté la vista de los diamantes y empecé a andar de nuevo.

—Rezar.

—¿En serio? —me llegó la respuesta seca. Me giré hacia él.

—¿Qué estás…? —Las brasas de mi pecho vibraron de repente. Había un Primigenio cerca.

Respiré hondo y me preparé para lo que Kolis pudiese tener reservado para hoy, al tiempo que deseaba que trajese noticias de la liberación de Ash.

*Tienes que decirle que, sin mí, morirás.*

Se me secó la boca cuando las palabras del Ash onírico flotaron por mis pensamientos.

Callum frunció el ceño y siguió el repentino cambio de mi mirada hacia las puertas.

—¿Sientes a un Primigenio?

—Sí. —Por desgracia.

—Eso no tiene sentido. —Callum cerró su libro—. Kolis está ocupado.

Arqueé las cejas sin quitarle el ojo a las puertas. Interesante.

—¿Qué está haciendo?

—Si hubiese querido que lo supieras, te lo habría contado. —Callum se levantó antes de agarrar la daga que había dejado sobre un almohadón.

Tirarle esa jarra a la cabeza ganaba atractivo a cada segundo que pasaba.

—¿Qué crees que vas a hacer con esa daga? —pregunté.

—Lo mismo que harías tú con ella. —Callum me lanzó una mirada de soslayo—. Solo porque no puedas matar con ella no significa que no puedas hacer que duela.

Ahí tenía razón.

Nos llegó una voz amortiguada a través de las puertas. Debía de pertenecer a Elias o a otro guardia. Miré otra vez la daga de piedra umbra que sujetaba Callum.

—¿Debería preocuparme?

—Todos los Primigenios saben que más vale que no se acerquen a esta parte del santuario. —El Retornado se dirigió hacia las puertas—.

A menos que hayas interpretado mal lo que has sentido, este Primigenio no parece demasiado sensato.

—No he interpretado mal nada —me defendí, mientras miraba por la jaula a mi alrededor en busca de algún arma aún más inútil que la daga que sujetaba él.

La verdad era que, si un Primigenio pretendía hacerme daño mientras estaba atascada en una jaula, ya estaba muerta.

Las brasas palpitaron en mi pecho, casi como un recordatorio de que las tenía.

Y era cierto.

Excepto que me daba la impresión de que utilizarlas no sería demasiado sensato, dados los dolores de cabeza que había estado teniendo.

Callum llegó a las puertas justo cuando se abrían para estrellarse directamente contra él. Se tambaleó hacia atrás con una maldición, al tiempo que un hililllo de sangre salía por su nariz. Se me escapó una carcajada de sorpresa, pero se diluyó enseguida, en cuanto vi a una despampanante visión vestida de blanco crudo cruzar el umbral.

Veses.

La ira bulló en mi interior e hizo que todos mis músculos se tensaran. Unas leves punzadas de dolor se extendieron por mis extremidades. No llevaba su corona y sus rizos rubios estaban recogidos y sujetos con rubíes, pero tenía aún mejor aspecto que cuando la había visto en la sala de consejos, el color de sus mejillas recuperado por completo.

La Diosa Primigenia miró hacia Callum.

—Oh. —Al ver al Retornado ensangrentado, una ceja castaña clara se arqueó y alcancé a ver a Elias con los labios apretados fuera de la habitación—. Estabas detrás de las puertas. —Sus ojos saltaron de él a la jaula. A mí. Sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa—. Mis disculpas.

—Disculpa innecesaria. —Callum se secó la nariz con el dorso de la mano—. Si estás buscando a Kolis, no está aquí.

—No lo busco a él. —Deslizó una mano por una cadera enfundada en marfil y dio un paso al frente. Por una vez, su vestido era más modesto que el que llevaba yo; no veía ni un indicio de sus pechos—. Hola.

—Que te den —repuse.

Su risa ronca chirrió contra mi piel mientras daba otro paso. Callum la siguió de cerca.

—¿Por qué estás aquí? —Despacio, Veses giró la cabeza hacia Callum. El aire se cargó de energía, chisporroteó sobre mi piel. Callum también lo sintió. Su espalda se puso rígida, pero no se amilanó. Un respeto reticente brotó en mí, pero fue breve cuando le vi envainar su

daga—. Una vez más, ¿por qué estás aquí, alteza?

La sonrisa de Veses se ensanchó.

—Como ya le he dicho a Elias, he venido a hablar con Seraphena.

—Eso no es…

—Y como también he informado a Elias, impedírmelo sería muy poco sensato.

Callum se mantuvo firme.

—Lo que sería muy poco sensato es que desafiaras las órdenes de su majestad.

El rostro de Veses se crispó, pero levantó una mano. Las puertas se cerraron en las narices de Elias. Veses miró a Callum y, por un instante, no estuve del todo segura de por quién apostaría en una pelea entre ellos.

—No tengo intención de que Kolis sepa que estoy aquí. —Veses puso un dedo en los labios de Callum, uno con una uña pintada de negro en lugar de rojo—. Lo cual significa que no tengo intención de que ni tú ni ninguno de sus guardias vaya corriendo a decírselo. Pero no creo que lo hagas. Y también creo que te asegurarás de que sus guardias tampoco lo hagan.

—¿Y por qué habrías de creer eso? —pregunté yo, al tiempo que me dirigía hacia los baúles—. Callum es un… sirviente de lo más leal.

Veses esbozó una sonrisilla de suficiencia y sus ojos se posaron en mí.

—Porque lo que Callum no sabe es que él y yo tenemos algo en común.

—¿Ser detestables pedazos de mierda? —Sonreí. La cabeza de Callum voló hacia mí.

—Silencio.

Levanté una mano y extendí un dedo corazón.

—Tiene mucha clase, ¿verdad? —ronroneó Veses mirándome—. Pero no, querida, eso no es a lo que me refería.

—Entonces ¿qué tenéis en común?

Recuperó su sonrisa almibarada.

—La lealtad.

La miré pasmada, atascada en algún punto entre la incredulidad y el asco. Y que los dioses se apiadaran de mí, sentí un poco de compasión, porque si de verdad le era leal a Kolis después de los sucesos de la sala de consejos, y si todavía estaba enamorada del falso rey, entonces se odiaba a sí misma sin remedio.

—Sé que eres leal a Kolis —admitió Callum, y se acercó más a ella—. Pero aun así, no puedes estar aquí, Veses. Aunque no le contase nada acerca de esta visita, todavía podría averiguarlo. Y eso no acabaría bien.

—Kolis no te hará daño. —Veses siguió avanzando con disimulo.

Ya estaba lo bastante cerca como para que su olor a rosas llegase hasta mí—. Eres como un hijo para él.

Por alguna razón, eso me perturbó tanto como la lealtad de Veses hacia Kolis. Callum apretó la mandíbula.

—No estoy preocupado por mí.

Mis ojos volaron hacia él. ¿Estaba…? ¿Se preocupaba por Veses?

—Eso es muy dulce por tu parte. —Veses tocó su mejilla esta vez, justo por debajo de la pintura dorada—. Pero puedo lidiar con Kolis y con sus castigos.

El pecho de Callum se hinchó con brusquedad.

—¿Puedes?

Un rubor rosáceo arreboló las mejillas de la Primigenia.

—Puedo. —Retiró la mano—. Y de hecho, de eso quería hablar con ella.

Callum se puso tenso.

—Veses…

—No le voy a hacer daño. —Levantó la barbilla—. No soy tonta.

Los ojos pálidos de Callum se abrieron de par en par.

—No estaba sugiriendo que lo fueras. Eso es lo último que eres.

Aparte del hecho de que Veses era muy muy tonta, Callum no parecía preocupado por ella. Además de ser obvio que albergaba cierto grado de afecto por ese monstruo horrible. Aunque hermoso. No sabía qué pensar acerca de nada de ello. En realidad, simplemente no tenía la capacidad mental para hacerlo.

—Mira, solo quiero hablar con ella sobre lo que pasó. Sabes por qué querría hacer algo así. Tú estabas ahí, después de todo. —Sus espesas pestañas se entrecerraron—. Lo único que quiero es hablar con ella sobre… —sus delicados hombros se estremecieron—, sobre *eso* en privado.

Entorné los ojos. Vale, no creía ni por un instante que esa fuese la razón de que estuviera aquí.

Los labios de Callum se fruncieron al mirar en mi dirección.

—Joder. —Se pasó una mano por el pelo—. Tienes diez minutos.

—Eso es todo lo que necesito. —Veses esbozó una sonrisa radiante, tomó la mano de Callum y la apretó—. Gracias.

El Retornado me lanzó una última mirada, maldijo de nuevo y después salió de la habitación.

Y me dejó con la Primigenia que ya había intentado matarme una vez.

Aunque tampoco era que él lo supiese.

La puerta se cerró con un *clic*.

—Solo para que lo sepas, no estoy aquí para agradecerte que intentases intervenir la otra noche.

—Ni se me había pasado por la imaginación.

—Bien. Porque en realidad me gustó —declaró—. Kyn tiene determinada… tendencia sádica que solo consigue… —se estremeció— ponerme cachonda.

—Seguro.

—¿Qué? ¿No me crees? Esa no fue la primera vez que me han castigado de esa manera, si es que puede llamársele «castigo». —Deslizó un dedo por el cuello de su vestido—. Si de verdad enfadas a Kolis y está de humor de que lo entretengan, te entregará a uno de sus *drakens* para la noche. —Succionó uno de sus carnosos labios rosas entre los dientes—. Y créeme, cuando sacan las garras y las escamas, follan duro. —Se rio con suavidad—. Por lo general, a Kolis le gusta mirar, y entonces lo disfruto aún más. Cuando me corro, lo hago mirándolo a él. Por desgracia, lo que fuese que le dijiste puso fin a las cosas antes de que se pusieran realmente interesantes y…

—Convencerme de que dices la verdad parece muy importante para ti —la interrumpí, pues no quería oír más—. ¿O estás intentando convencerte a ti misma de que te gustó? —Su dedo se detuvo en el centro de su corpiño—. A lo mejor de verdad fue así. —Me acerqué a los barrotes—. Estoy segura de que la rudeza sádica de Kyn encaja a la perfección con *tu* sadismo. *Eso* es lo que te pone cachonda.

Veses abrió las aletas de la nariz. Seguí hablando de todos modos.

—Pero también sé lo que vi en tu cara cuando Kolis llamó a Kyn. Puede que al final lo disfrutaras, pero al principio no era algo que quisieras. —Le sostuve la mirada—. Estoy segura de que tanto los Primigenios como los mortales lo llaman del mismo modo…

—Ni se te ocurra —me advirtió, con una mueca de rabia— terminar esa frase. No fue nada y no te debo ninguna gratitud.

—No la querría ni aunque me la ofrecieras. —La miré desde lo alto—. ¿Cómo es que estás aquí siquiera?

Dejó escapar un resoplido delicado pero, de algún modo, aún atractivo.

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Creo que es obvio por qué estoy aquí.

Su mirada se volvió ladina.

—Quizás.

Entorné los ojos, mi inquietud aumentó.

—Pero para responder a tu pregunta, tuve que… masticar mis brazos para liberarme. —Levantó sus delgados brazos al tiempo que mis cejas salían disparadas hacia arriba—. Si estás pensando que tuve que masticar los músculos y huesos de mis dos brazos, pensarías bien.

La miré boquiabierta y mi mente se llenó al instante de imágenes de lo más cruentas.

—¿De verdad?

—¿Cómo si no crees que me liberé de unos grilletes fabricados con

el mismo material que esta bonita jaulita tuya? —Veses bajó la vista hacia sus brazos—. Volver a hacer crecer estos desde los codos me llevó algo de tiempo.

—Eso es… asqueroso.

—Debiste verme cuando no eran más que muñones desgarrados —repuso—. Aun así, era mucho más atractiva que tú. —Puse los ojos en blanco—. He de admitir que fue una medida extrema, pero cuando sentí la muerte de Hanan, simplemente supe que el responsable había sido nuestro querido Nyktos —continuó, y rechiné los dientes al oír lo de *nuestro Nyktos*—. Eso fue lo que me despertó de la estasis, si quieres saberlo.

—No quiero.

Veses sonrió con desdén.

—En cualquier caso, nadie más se atrevería a hacer algo así. Pero como ya te he dicho antes, Nyktos puede ser… deliciosamente impredecible en su ira. Supuse que Hanan había conseguido echarte el guante, que estabas muerta de un modo u otro, y que sería mejor que desapareciera antes de que Nyktos volviese para culparme de algo con lo que no tenía nada que ver.

—¿Olvidas que te encarceló porque trataste de matarme?

—Eso es irrelevante. —La miré alucinada—. Pero imagina mi sorpresa cuando regresé a mi corte solo para enterarme de que Kolis tenía una nueva mascota que daba la casualidad de que también era la recién coronada consorte de las Tierras Umbrías. —Un resplandor de *eather* palpitó detrás de sus pupilas—. Fue casi tan sorprendente como oír a Kolis llamarte su *graeca*, la misma mortal pecosa a la que Nyktos pretendía mantener escondida, que resulta tener brasas primigenias de vida guardadas en su interior.

—¿Quisiste decir «desilusión» en vez de «sorpresa»? —repliqué. Me miró de arriba abajo.

—«Desilusionada» no puede ni empezar a describir con precisión cómo me sentí. ¿Devastada? ¿Con el corazón roto? Sí.

—Exactamente, ¿cuán *devastada* podías estar cuando, no hace mucho, te he visto contonearte en el regazo de otro hombre? —pregunté.

—Solo porque lo que quiero haya estado fuera de mi alcance no significa que no pueda tomar lo que *sí* lo está. —Solo que había tomado lo que no estaba a su alcance—. Así que en el último día o dos, he hecho algunas indagaciones —continuó—. Oh, me he enterado de un montón de cosas. Que Nyktos haya sido encarcelado no es demasiado sorprendente. Después de todo, mató a otro Primigenio, uno famoso en ambos mundos como valiente y formidable. —Apretó una mano contra su cuello—. Si tuviera perlas, las estaría agarrando.

—Ya.

—Detecto un deje de sarcasmo. —Bajó la barbilla y sonrió—. Tendrías razón en sospechar de mi sinceridad. Hanan era un cobarde débil y llorica que había vivido más de lo que se merecía. Adiós y hasta nunca.

Al parecer, Hanan y Veses no habían sido muy amigos.

—También me he enterado de que las Tierras Umbrías están a punto de invadir Dalos. —Se estremeció—. Eso sí que será interesante. Debería animar la monotonía de la vida diaria.

—¿Tener que amputarte tus propios brazos a mordiscos no fue lo bastante emocionante para ti?

Veses se rio bajito.

—Fue una emoción breve.

Ni un ápice de mí se sorprendía de oír que encontraba entretenida la idea de gente muriendo. Porque eso era justo lo que ocurriría si las fuerzas de las Tierras Umbrías invadían: habría pérdidas por ambos lados.

Me observó unos instantes.

—También me he enterado del trato que hiciste para liberar a Nyktos.

—¿Y por *enterarte* del trato te refieres a que hablaste con Callum?

—No lo diré nunca. —Me guiñó un ojo—. Pero ¿sabes qué es lo más interesante de todo lo que me he enterado?

—La pregunta es si me importa —dije—. La respuesta es «no».

—Pues *debería* importarte —repuso, y arrastró los bordes de sus colmillos por su labio de abajo—. Porque hay algunas… ¿cómo expresarlo? *Dudas* con respecto a quien dices ser.

Me forcé a no mostrar reacción alguna.

—Vaya, me pregunto quién es la fuente de esas dudas.

—Si crees que es solo Callum, te equivocas —me corrigió, y eso hizo que me pusiera tensa—. Verás, todos los Primigenios que estábamos vivos cuando Kolis se convirtió en el Primigenio de la Vida recordamos el aspecto que tenía Sotoria. Y aunque compartís rasgos similares…

—El color del pelo no es el correcto y yo tengo más pecas —intervine—. Lo sé. Eso no demuestra nada.

—Excepto que otras almas renacidas aparecen como eran en sus vidas anteriores.

—¿Y cuántas de esas otras almas se colocaron dentro de un mismo cuerpo con las brasas de vida? —razoné, bastante orgullosa de mi rapidez mental—. ¿Se os ha ocurrido, a ti o a cualquier otro, que eso podría haber tenido algún impacto?

—O, estoy segura de que a algunos se les habrá ocurrido —me aseguró, ladeando la cabeza—. En su mayor parte a los que no tengan ningún interés en si eres Sotoria o no.

—Pero ¿tú? Tú tienes un interés obvio en simplemente no querer creer que soy ella —dije—. De ese modo, estarías… menos devastada. —Sus labios se afinaron—. Solo que empiezo a pensar que te gusta sentirte así —continué—. Después de todo, eres preciosa, Veses. —Sus labios se curvaron hacia arriba—. Al menos por fuera —añadí, y la curva desapareció—. Sea como fuere, podrías tener a casi cualquiera que quisieses, dioses y mortales por igual, y sin embargo aspiras a los dos seres más inelegibles de ambos mundos.

Un músculo empezó a palpitar en su mandíbula.

—Es gracioso que creas que son inelegibles.

—Lo que es gracioso es que tanto tú como Callum parecéis dar por sentado que no le diré nada a Kolis acerca de tu visita.

—Yo no he dado nada por sentado. ¿Callum? Es un chico encantador, pero no siempre piensa las cosas a fondo. —Levantó un hombro en un gesto de indiferencia. ¿Callum? ¿Encantador?—. Pero no creo que vayas a decir nada —añadió. Crucé los brazos.

—¿Y eso por qué?

Volvió a encogerse de hombros y caminó despacio desde el lado de la jaula hasta donde estaba yo. El *eather* crepitaba en sus ojos.

—No se lo dirás a Kolis.

—Estás demasiado confiada con respecto a eso.

—No estoy confiada. Solo sé que es verdad. —Se acercó todo lo que pudo sin tocar los barrotes. Había apenas palmo y medio entre nosotras—. No se lo dirás porque sabes cómo reaccionará. Y a pesar de lo que afirmo, jamás me pondrías en esa situación porque eres una mortal decente y buena.

La tensión se filtró en mis hombros.

—Tienes razón. —Su sonrisa se volvió engreída—. Pero también estás equivocada. No soy decente ni buena, puesto que preferiría verte muerta que castigada.

La risa de Veses fue como un carillón.

—Veo que los celos te hacen decir cosas terribles.

Las brasas se agitaron en mi pecho a medida que mi ira continuaba bullendo.

—Lo sé.

Ladeó la cabeza.

—¿Qué es lo que sabes?

—Lo del trato que hiciste con Nyktos.

La sonrisa de Veses se desvaneció. La mía volvió a mi cara.

—Kolis parecía disgustado contigo por no haberle hablado de mi presencia en las Tierras Umbrías. ¿Cómo crees que se sentirá cuando se entere de que hiciste un pacto con su sobrino para ocultarle cualquier información acerca de mí?

El asombro iluminó por un instante sus rasgos.

—¿Él te lo contó? —Sus ojos se cruzaron con los míos y una sonrisa astuta sustituyó a su asombro anterior—. ¿Te contó también lo ansioso que estaba por hacer ese trato? ¿Te contó lo mucho que disfrutaba de…?

—Inventa toda la basura que quieras sobre ti misma. —Un arrebato de ira hizo que las brasas en mi pecho se volvieran locas—. Pero ni intentes hacerle eso a él, zorra retorcida.

Veses bufó con desdén y me enseñó los dientes.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo?

—¿Que cómo me *atrevo*? En el nombre de todos los dioses, ¿a ti qué te pasa? —Tuve que hacer un esfuerzo por mantener a raya a las brasas palpitantes—. Es imposible que no sepas lo asqueroso y equivocado que es lo que hiciste. No puedes estar tan loca. —En cuanto las palabras salieron por mi boca, me di cuenta de que Kolis estaba así de loco, así que era probable que Veses también lo estuviera —. Está claro que lo que pasó la otra noche en la sala de consejos no fue la primera vez. Así que sabes lo que se *siente*.

—Ya te dije que disfruté…

—¡No me importa lo que digas! —grité, y sus ojos se abrieron como platos cuando un estallido de energía brotó de mí e hizo ondear la falda de Veses y oscilar la lámpara de araña—. Sabes lo que se siente y, aun así, se lo hiciste a otra persona. A alguien que era tu amigo. Sí, sé que tuvisteis una relación estrecha en el pasado. Pero eso no te importó, ¿verdad?

Sus ojos seguían muy abiertos mientras su vestido se asentaba alrededor de sus pies. Pasó un momento. Luego otro.

—No es como si le hiciera daño.

—¿Que no le…? —Cerré los puños. Que los dioses se apiadaran de mí, iba a matar a esta zorra. Encontraría una manera—. ¿Qué es lo que dijo Kolis? Que a pesar de lo preciosa que eres, dices cosas horribles, o algo así. —Su pecho se hinchó con una inspiración profunda—. Estaba en lo cierto. —Mi cuerpo temblaba de rabia—. Solo olvidó mencionar lo horrible que eres por dentro.

Sus venas se llenaron de esencia plateada.

—No sabes nada de mí, chiquilla.

—*¿Chiquilla?* Creía que era una chica gorda —repliqué—. Y sé lo suficiente sobre ti, Veses, para saber muy bien lo depravada que eres por dentro.

—¡He intentado proteger a Nyktos! —gritó de vuelta—. Y lo he hecho con grave riesgo para mí.

—¿Intentaste protegerlo forzándolo a dejar que te alimentaras de él? ¿Buscando tu propio placer con ello? —Mi corazón tronaba mientras trataba de mantener mi ira a raya antes de perder el control por completo. Lo último que necesitaba era que Kolis percibiera que

estaba usando las brasas. Maldita sea, tal vez lo hubiese notado ya—. Eres una maldita tarada.

—¿Y qué eres tú? —exigió saber Veses, y el *eather* daba latigazos por el aire a su alrededor—. Es una pregunta retórica. Sé muy bien lo que eres: una zorra.

Solté una carcajada seca.

—De verdad que tienes que pulir tus insultos, Veses. Son realmente patéticos.

—No es un insulto cuando es la verdad. Tuviste a Nyktos. ¿Acaso no era lo bastante bueno que tuviste que llevarte también a Kolis?

—¿*Llevarme* a Kolis? —Me interrumpí antes de decir nada que ella pudiese utilizar en mi contra. Cerré los ojos unos instantes—. ¿Por qué estáis tan desquiciados tantos de vosotros?

—Esa es una pregunta ofensiva.

Con lo que me dolía la cabeza, la dejé caer hacia atrás. Contemplé los barrotes por encima de mí.

—A la mayoría de los Primigenios no los entiendo, pero ¿a ti? Creo que eres a la que menos entiendo de todos.

—Es probable que no seas lo bastante inteligente ni lo bastante cosmopolita como para empezar a entenderme siquiera —replicó. Suspiré.

—Más insultos ñoños. Puedes hacerlo mejor. —La miré a los ojos —. Quieres a Kolis, pero como no puedes tenerlo, vas tras su sobrino, que tampoco quiere tener nada que ver contigo. Luego aprovechas la primera oportunidad que tienes para convertir en una pesadilla cualquier amistad o compañerismo que pudieras haber tenido alguna vez con él, ¿y aun así dices protegerlo? ¿Como si te importase?

—*Sí* que me importa —se defendió, las mejillas arreboladas—. No ha tenido la más fácil de las vidas como Primigenio.

—Y tú hiciste todo lo que estaba en tu mano para empeorarla, ¿no? —Tuve que contar hasta cinco antes de proseguir—. ¿Es porque comparten rasgos similares y puedes fingir que estás con el que de verdad deseas?

Veses apartó la mirada, apretó la mandíbula.

Por todos los dioses, ¿podía ser eso de verdad? ¿Lo que había afirmado Ash? Decirle que era tarada ni siquiera empezaba a captar lo que pasaba en esa cabeza suya.

—Eso es aún más patético que tus insultos y lo digo con la intención más inofensiva posible.

La cabeza de Veses voló de vuelta a la mía.

—Estoy impaciente por verte muerta.

No di ni muestras de haberla oído.

—Puesto que Kolis no tiene conocimiento del trato que hiciste mientras se suponía que mantenías un ojo puesto en Nyktos, no lo

hiciste porque quisieras ponerlo celoso.

—Puede que Kolis no sepa nada del trato, pero cree que he mantenido un ojo puesto en su sobrino de muy muy cerca. Cree que hemos sido íntimos. —Esbozó una sonrisa apretada—. Algo que Nyktos no ha hecho ningún esfuerzo por desmentir.

—Así que *sí* es para poner celoso a Kolis.

Veses se encogió de hombros.

—¿No tienes nada que decir acerca del hecho de que Nyktos no haya sacado a Kolis de su error?

—No.

—Venga ya. Puede que estés encerrada en esta jaula y que Kolis te llame su *graeca*, pero sé bien dónde están tus intereses.

Arqueé una ceja.

—Sé por qué Nyktos no querría intentar sacarlo de su equivocación.

—Y lo sabrías porque lo quieres —dijo, la mirada impertérrita—. Tal vez Kolis no sepa distinguirlo y puede que incluso crea que solo le tienes cariño a su sobrino…

Jodido Callum.

No había estado en la habitación cuando habíamos hecho el trato, pero de alguna manera se había enterado, ya fuese escuchando nuestra conversación o por el propio Kolis.

—Pero yo sé la verdad.

—No sabes nada —le dije con desdén.

—¿Olvidas que estaba ahí cuando tuviste tu pequeña crisis después de vernos juntos a Nyktos y a mí? —Todo el aire salió de golpe de mis pulmones—. Nyktos y Rhain estaban demasiado ocupados en llegar hasta ti y creyeron que me había marchado, como me habían ordenado. Como es obvio, no lo hice, aunque al principio tampoco me di cuenta del todo de que eras tú la que estaba causando que temblara el palacio entero. Pero una vez que te vi utilizar las brasas, supe que habías sido tú. —Sus ojos centellearon—. Y nadie que le tenga solo cariño a otra persona reacciona de esa manera. Yo debería saberlo bien. Arrasé casi la mitad de mi corte cuando Kolis trajo a Sotoria de vuelta a la vida. —Me quedé boquiabierta—. Así que nuestras… reacciones violentas con respecto a las personas que amamos es algo que tenemos en común. —No había nada que pudiera decirle a eso—. Así que el hecho de que de verdad seas o no seas Sotoria no importa. Tu corazón ya pertenece a otra persona —declaró—. Y cuando Kolis se dé cuenta de eso, sabrás exactamente lo sádico que puede llegar a ser Kyn.

Aspiré una bocanada de aire brusca.

—Maldita zorra enferma.

—No estoy enferma, Seraphena. —Levantó la barbilla—. Solo

estoy cansada.

—Entonces ve a echarte una jodida siesta de un siglo de duración —espeté. La risa de Veses fue demasiado sensual para nuestra conversación.

—Nunca podría descansar tanto tiempo. Me asusta demasiado perderme lo que sea que esté pasando en el mundo de los que están despiertos.

Sacudí la cabeza cuando el dolor bajó por los lados de mi cara.

—Estoy casi segura de que tus diez minutos han terminado, así que ¿cuál es el objetivo de esta conversación? Aparte de ser un incordio total y absoluto.

—El objetivo es advertirte.

—Por supuesto. —Suspiré.

—No volveré a perder a Kolis a manos de Sotoria —dijo, la voz baja—. Prefiero verlo solo que aceptar eso.

—Supongo que *no* decías la verdad cuando dijiste que te alegrabas por él —musité con sequedad.

—Haz todos los comentarios sarcásticos que quieras. Eso no cambia el hecho de que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para conseguir que Kolis vea lo que es tan obvio para la mayoría del mundo —dijo—. Que tu corazón, sin importar quién seas en realidad, le pertenece a otro. Y no me arrepentiré de lo que pase contigo después de que esa verdad salga a la luz.

—Menuda sorpresa.

—Pero sí me arrepentiré de lo que eso le hará a Nyktos. De lo que *ya* le está haciendo. —La sonrisa burlona y vengativa desapareció de su cara—. Una vez que Kolis se dé cuenta de que estás enamorada de Nyktos, encontrará una manera de retenerlo. No lo liberará hasta que Nyktos acepte que es hora de pasar página y Kolis haya dado debida cuenta de ti. —Se me hizo un nudo en el estómago—. O podrías limitarte a encontrar alguna manera de borrarte de la ecuación —sugirió—. De sacrificarte por Nyktos.

*O* podría asegurarme de que Kolis lo liberara antes de que Veses lograse convencerlo de nada.

—Solo algo en lo que pensar. —Unos rubíes centellearon en su pelo, dio un paso atrás y me miró de arriba abajo—. Por cierto, yo tendría mejor aspecto con ese vestido.

—Estoy segura de que sí —repuse, y era verdad. Tendría mejor aspecto incluso con un saco de yute.

Mientras la observaba marchar, recordé lo que había dicho Aios acerca de Veses y la madre de Ash. Que habían sido amigas y que Veses había sido buena en el pasado. Bueno, tan buena como puede serlo cualquier Primigenia.

Pero Veses ya no era *buena*.

Quizás el robo de las brasas por parte de Kolis y la muerte de Eythos hubiesen ayudado a cambiarla. O tal vez no sería así si hubiese descansado durante un periodo largo en algún momento. También era bastante posible que hubiese seguido siendo decente si no se hubiese enamorado de Kolis.

¿Qué había dicho Holland acerca del amor? Básicamente, que era tan asombroso como aterrador.

Me alegraba mucho de que mi amor por Ash significase que había probado cómo era la parte asombrosa. No podía evitar sentir un pelín de pena tanto por Kolis como por Veses, que solo conocían el lado horrible del amor.

Aunque Veses tenía razón: nuestro amor nos hacía a ambas capaces de actos violentos.

—¿Veses? —Se detuvo ante la puerta, pero no miró atrás—. Solo quiero que sepas que… siento lo que te hicieron en la sala de consejos. —Su espalda se puso rígida—. Aunque eso no cambia que haré todo lo que esté en mi mano por verte arder antes de que yo muera.

*

Cansada, descubrí que no tenía demasiado apetito cuando los Elegidos sirvieron la cena, pero me forcé a comer lo que pude, consciente de que necesitaba conservar mis fuerzas.

Porque me daba la sensación de que debería evitar agotar más mi cuerpo.

Aunque no iba a pensar en ello. Ya tenía demasiadas cosas en la cabeza después de la visita de Veses.

Mientras me preparaba para irme a la cama, deseé soñar con Ash otra vez. Con esa esperanza en primer plano de mi mente, salí de detrás de la pantalla de privacidad y mi vista cansada se deslizó desde la habitación oscura al otro lado de los barrotes hacia…

Espera. La lámpara de araña había estado encendida cuando me metí detrás de la pantalla de lona. ¿Verdad? Empecé a darme la vuelta.

Kolis estaba tumbado en el centro de la cama, un brazo hacia atrás para apoyar en él la cabeza. Estaba estirado cuan largo era, con los tobillos cruzados, y parecía muy cómodo y relajado.

Me atraganté con un grito de sorpresa y di un paso brusco hacia atrás mientras mi mano volaba hacia mi pecho.

—Te he asustado —comentó Kolis con una sonrisa.

—Eres muy observador —repuse, con el corazón en la boca.

Esa sonrisa ensayada vaciló, pero regresó enseguida.

—Es una de mis muchas habilidades.

Sus habilidades no me importaban lo más mínimo.

—¿Qué estás haciendo aquí dentro?

Arqueó una ceja.

—¿Estás preguntando qué hago aquí dentro, en el santuario que yo mismo construí? —Ladeó la cabeza—. Seguro que no estás preguntando eso.

*Mantén tu temperamento a raya*, me recordé mientras cruzaba un brazo delante de mi estómago aún revuelto. Sobre todo con el recién encontrado propósito de Veses en la vida.

—Es solo que no te esperaba. —Eché un vistazo hacia la pantalla. ¿Cuánto tiempo llevaba aquí? ¿Estaba ya cuando usé el inodoro? ¿Cuando estaba desnuda? Por todos los dioses, tenía que añadir eso a la lista interminable y creciente de cosas en las que no podía pensar ahora mismo—. Ni siquiera te he oído entrar.

—Ser silencioso es otro talento —bromeó. Apreté la mano que tenía a mi lado.

—Es un talento impresionante. —Kolis se mostró casi exultante. Me obligué a hablar con tono ligero—. Estoy muy cansada, Kolis.

—Eso es perfecto. —Estiró un brazo y dio unas palmaditas en el espacio a su lado—. Yo también. Sé que no hemos llegado a ningún acuerdo al respecto, pero disfruté mucho de la última vez que dormimos juntos.

—Me alivia saberlo —murmuré, aunque pensé que era irónico que él encontrase semejante alegría en algo que a mí me atormentaba. O quizá fuese más perturbador que irónico—. Hablando de acuerdos…

—Están preparando a mi sobrino para que sea liberado —me interrumpió—. Ocurrirá muy pronto. —Unas espirales de *eather* dorado giraron por su pecho desnudo—. Bueno, si no surge alguna razón para que eso no suceda… o alguna razón más de las que ya me has dado. —La imagen del rostro satisfecho de Veses danzó por mi cabeza. Kolis me miró a los ojos—. Túmbate conmigo. Sería una gran… desilusión que no quisieras hacerlo.

Me puse tensa. Lo que no había dicho me había llegado alto y claro. Si lo desagradaba, esa sería otra razón para retrasar la liberación de Ash. Mis dedos se enroscaron contra la tela de mi bata mientras hacía un esfuerzo por no gritarle que fuese en busca de Veses, que estaría más que contenta de compartir cama con él.

—Dudas —dijo en tono inexpresivo—. ¿Acaso no quieres estar conmigo?

—No… no es eso. —Lo odiaba. Por todos los dioses, cómo lo *odiaba*—. Solo estoy nerviosa.

Arqueó una ceja.

—¿Sobre qué, *so'lis*?

—Sobre lo que esperas de mí. Todavía tenemos que conocernos.

—Solo deseo dormir a tu lado, como la otra vez. —El *eather* se

ralentizó en sus ojos—. La virtud que tan poco te importó cuando se trataba de mi sobrino y de quienquiera más está a salvo conmigo.

Las implicaciones de sus palabras sonrojaron mis mejillas.

Y él lo sabía.

Lo vio.

Porque esa sonrisa mancillada volvió a su cara.

—A diferencia de ellos, yo soy un caballero. —Una risa trepó por mi garganta. Una muy insensata, aunque no tuve ocasión de liberarla —. Pero no creas que no me enfada que no fueses tan fiel como yo, y que abrieses esas preciosas piernas para cualquiera que te atrajese —declaró—. Sí me enfada, pero he elegido perdonar esos tropiezos. No recuerdas nada de quién eras o de lo que significabas para mí.

Vale.

Había un montón de *¿qué diablos?* en lo que acababa de decir, pero mi mente decidió saltarse los insultos machistas y se agarró a una de las cosas que había dicho.

—¿Qué quieres decir con que has sido… fiel?

—No ha habido nadie desde que estuve contigo. —Mi boca se abrió, pero me costó encontrar la palabra correcta, no digamos ya procesar lo que acababa de decir. Kolis se rio bajito—. La incredulidad de tu expresión es encantadora. No he dicho que fuese virgen, solo que no he estado con ninguna otra desde que te conocí.

Si Kolis no había estado con nadie desde que había conocido a Sotoria, que era hacía muchísimo tiempo, mucho más que solo doscientos años, muy bien podía ser virgen.

Para ser sincera, mi sorpresa no tenía nada que ver con lo de la virginidad. Ash había sido virgen cuando nos conocimos, aunque era verdad que la cantidad de años que él había vivido hasta ahora no era ni una gota en el océano comparada con la vida de Kolis.

Lo que me tenía asombrada era lo profunda que era su obsesión por Sotoria para que se mantuviese fiel a alguien a quien había dado un susto de muerte (literal) y luego había traumatizado.

¿Era a eso a lo que se había referido Veses cuando había dicho que preferiría ver a Kolis solo que con Sotoria? ¿Porque sabía que de verdad le había sido fiel?

Por.

Todos.

Los.

Dioses.

Veses y él estaban hechos el uno para el otro.

—Deberías sentirte honrada de saber esto —comentó Kolis, un filo duro en su voz ahora—. Yo me habría sentido honrado si hubiera descubierto que habías permanecido casta.

Parpadeando, salí de mi estupor con un arrebato de ira. La

respuesta de Ash a mi falta de comportamiento casto no podía haber sido más diferente que la de Kolis.

—¿Te han insultado mis palabras? —preguntó—. Solo he dicho la verdad.

—No, no me han insultado. —Y eso era verdad. Sus palabras significaban muy poco para mí, más allá del escozor de la incredulidad inicial y la ira generada por sus opiniones machistas.

Sin decir ni una palabra más, fui hasta la cama y me tumbé, de espaldas a él.

Pasaron un par de momentos de silencio.

—¿Sueles dormir así? —preguntó—. ¿De lado?

—Sí.

—¿Sobre ese lado?

Podía dormir sobre cualquiera de los dos lados, pero solía preferir el derecho. Así era como dormía con Ash. ¿Con Kolis? No quería mirarlo y quería tener la mano dominante libre, solo por si acaso. Con Ash, no tenía que preocuparme de eso, ni siquiera antes de darme cuenta de que no necesitaba hacerlo.

La cama se movió detrás de mí. Cerré los ojos y me preparé.

El brazo de Kolis se deslizó a mi alrededor. Pasó otro momento, y entonces su pecho tocó mi espalda. Sus piernas se enroscaron pegadas a las mías y me quedé ahí tumbada, aunque ya no estaba concentrada en encontrar a Ash otra vez en mis sueños. En vez de eso, me dediqué a fantasear con las muchas formas variadas y sangrientas en las que haría daño tanto a Veses como a Kolis antes de morir.

El problema era que esas fantasías eran difíciles de hacer realidad. Era poco probable que fuese a conseguir ambas cosas antes de entonces porque…

Porque estaba viviendo tiempo prestado que se me estaba agotando a toda velocidad.

# Capítulo 30

Estaba delante de tocador, mirando el rojo rosáceo que manchaba los pegotes de espuma.

Me sangraban las encías.

Con mano temblorosa, agarré el vaso y me enjuagué la boca; después utilicé el resto del agua para borrar las evidencias de lo que Phanos había advertido que ocurriría. Lo que fuese que habían hecho por mí los *ceerens* se estaba agotando.

Ya fuese porque estaba destinado a suceder, o porque hubiese otras razones. ¿La herida sufrida cuando intenté escapar? ¿La cantidad de tiempo que había dormido después? ¿El hecho de utilizar las brasas? ¿Que Kolis se hubiese alimentado de mí? Fuera como fuere, otra vez me acercaba a toda velocidad hacia mi Ascensión.

Fui hasta la mesa. Agarré mi vaso y eché un vistazo a la bandeja de frutas escarchadas que habían dejado los Elegidos después de recoger todos los demás platos. Todavía no había recuperado el apetito. No recordaba que mi apetito se hubiese visto afectado antes, pero era probable que el reciente *castigo* de Kolis hubiese influido en lo que sabía que se avecinaba, lo mismo que preocuparme de lo que pudiera estar tramando Veses. Mi Ascensión estaba más avanzada ahora y todos los demás síntomas tenían sentido. Los dolores de cabeza. El cansancio. Era solo que no había querido relacionarlos porque significaban que se me estaba acabando el tiempo.

Pasaría por mi Ascensión y no sobreviviría. Sotoria se perdería y las brasas…

No habría ninguna esperanza para el mundo mortal.

Sorprendentemente, mi mente no se demoró ahí, en la más grave de las consecuencias. Ni siquiera pensé en Ash. Mis pensamientos fueron a los Ascendidos.

Si empezaba a morir y seguía aquí con Kolis, él se llevaría las brasas e intentaría Ascenderme.

Me acerqué a los barrotes y pensé en lo que había dicho Delfai: que las brasas se habían fusionado conmigo. Tendrían que drenar hasta la última gota de mi sangre para extraerlas. Mi corazón se pararía. Según Kolis, los Ascendidos no morían como hacían los Retornados. Había olvidado eso en mi pánico inicial al oír los planes de Kolis.

Sentí algo de alivio al recordarlo. Al menos no volvería como un

ser sumido en la lujuria de sangre.

Con suerte.

Porque había muchísimas cosas que no sabía. Como lo que había dicho Kolis sobre los Antiguos, o el hecho de que la sangre de Kolis pudiera dar vida (pensé en Callum). Bueno, más o menos podía. Aunque hubiese solo un resquicio de posibilidad de que Kolis pudiese de algún modo lograr lo que había planeado, ya era una posibilidad.

Bebí un sorbo y tragué un agua que hoy sabía a una mezcla de frutas. A punto de rellenar el vaso, oí el sonido de unas pisadas. Un momento después, sentí que las brasas palpitaban en mi pecho.

Me concentré en mi respiración, vacié mi cabeza de pensamientos y me convertí en nadie mientras me apartaba de los barrotes.

Kolis entró en la habitación solo, sus pantalones blancos de lino colgando sueltos de sus caderas, pero vi los hombros de los hombres que montaban guardia en el pasillo.

—*So'lis* —me saludó con una sonrisa cálida y alegre—. Hoy estás preciosa.

—Gracias —repuse, en el mismo tono que él. Habían pasado al menos dos días desde que me había visitado Veses. No había visto a Kolis en absoluto ayer, no hasta que lo que fuese que constituyera la noche aquí había caído y él había aparecido una vez más para exigir dormir a mi lado.

Me había abrazado aún más fuerte que la noche anterior.

No tenía ni idea de dónde había estado entre medias, ni si Veses había logrado verlo.

Lo extraño era que tampoco había visto a Callum desde la visita de la Primigenia.

Los pasos de Kolis se ralentizaron según se acercaba a la puerta de la jaula.

—Aunque sí que pareces bastante cansada. —Parpadeé despacio al detectar el tono crítico que se había colado en su voz—. ¿Acaso no dormiste bien ayer por la noche?

Sabía bien que no debía decir la verdad: que solo había conseguido dormitar y que era incapaz de sumirme en un sueño profundo con él presente.

—He dormido bien. No estoy segura de por qué parezco cansada.

—Entonces, quizás esto ayude. —Abrió la cerradura de la jaula—. He pensado que a lo mejor querías ir a dar un paseo.

*Dar un paseo*.

Como un perro.

Si hubiese sido cualquier otro, le hubiese dado una patada en la garganta. En lugar de eso, sonreí.

—Sería agradable.

Y lo sería. Cualquier posibilidad de salir de la jaula era una

oportunidad de ver más de mis alrededores.

—Bien. Vamos. —Me hizo un gesto para que avanzara.

Hice lo que me ordenaba, pero al mismo tiempo tomé nota de los guardias. Elias estaba ahí, como siempre. Esta vez, el otro era el Retornado Dyses. Sus ojos parecían aún más pálidos a la menguante luz del sol.

—¿Dónde ha estado Callum? —pregunté.

—Lo envié fuera unos días para que se encargara de algo importante en mi nombre —contestó, sin dar más detalles—. Pensé que a los dos os vendría bien un poco de espacio. —Bajó la vista hacia mí, su mirada penetrante de repente—. Quizás así tendrías menos ganas de desobedecerme.

¿Desobedecerlo…?

Maldita sea, me había sentido usar las brasas cuando hablé con Veses. Excepto que creía que era resultado de mis interacciones con Callum.

Lo cual significaba que seguía ajeno a la visita de Veses. Podía incluso significar que Veses todavía no había comenzado su campaña contra mí.

A pesar de lo loca que estaba, Veses era lo bastante lista como para no lanzar un ataque verbal directo contra mí. Eso levantaría de inmediato las sospechas de Kolis, y no de la manera que ella quería. Sin embargo, estaba dispuesta a apostar que ya había empezado a susurrarle al oído, para ir sentando las bases.

Me percaté de otra cosa mientras Kolis me conducía por el mismo sendero que habíamos tomado hacia la sala de consejos. El color de los ojos de los Retornados podía describirse solo como de un tono azul sin vida. Con un énfasis en lo de *sin vida*. Había visto ojos de personas muertas, cómo se quedaban fijos primero en la nada y luego se ponían vidriosos. Había visto el color cambiar, o al menos parecerlo. Una especie de pátina se asentaba sobre ellos, de un tono gris azulado, como lechoso.

Casi idéntico al de los ojos de los Retornados.

¿Eso se debía a que habían muerto?

Miré detrás de nosotros, aliviada de ver que solo Elias nos seguía. Lo que quería preguntar parecía un poco maleducado delante de Dyses.

—¿Puedo preguntarte algo acerca de los Retornados?

—Por supuesto. —Kolis caminaba despacio, así permitía que yo pudiera mantenerle el ritmo sin problema.

—Callum me explicó que los Retornados no necesitan comida ni sangre —empecé.

—Así es —confirmó, mientras pasábamos por debajo de las grandes hojas de las palmeras—. No necesitan nada de lo que sustenta

a los mortales o a los dioses. Ni siquiera necesitan dormir.

Fruncí el ceño.

—¿Y qué hay de otras cosas menos tangibles, como la compañía?

—¿Tipo amistad? ¿Amor? ¿Sexo? No.

Por todos los dioses.

—Eso suena…

—¿Maravilloso? —Sonrió—. Sus vidas ya no están atadas a las necesidades de la carne o los deseos del alma. Están impulsados solo por su deseo de servir a su creador. —Sí, bueno, no estaba pensando en «maravilloso» para nada. Más bien en «horroroso»—. ¿No lo crees? —preguntó, según nos acercábamos a la pared con incrustaciones de diamantes. Los edificios centelleantes de la ciudad se alzaron ante nosotros.

Sabía que no debía respirar demasiado hondo. El aire estaba cargado del olor a descomposición.

—Yo… es solo que no puedo imaginar no querer nada. —Era verdad que no podía. Giramos hacia la columnata—. No sentir nada.

—Supongo que es bastante liberador —comentó, mientras subíamos las cortas y anchas escaleras.

Apenas logré mantener una expresión neutra. Aunque muchas veces a lo largo de mi vida había deseado no sentir nada, no podía imaginar vivir casi una eternidad sin sentir nada. Solo pensarlo hacía que se me comprimiera el pecho.

Forcé a mi respiración a serenarse y ralentizarse, y pensé en lo que había dicho Kolis mientras entrábamos en la sala de lo que supuse que era la parte principal del santuario. Quizá los Retornados renaciesen y fuesen capaces de andar y hablar y servir, pero no tenían deseos ni necesidades, y eso no era más que una imitación mala de la vida.

Kolis había llamado a los Demonios «muertos vivientes», pero en realidad eso lo eran los Retornados.

Razón por la cual Kolis no me había querido convertir en uno de ellos. Lo que regresaba no tenía alma. Los Retornados eran solo carne y huesos reanimados.

Por todos los dioses, sentí pena por ellos. Seguramente no debería, porque si en verdad no había alma dentro de ellos, entonces no eran personas. Eran solo *cosas*. Algo que no debería existir, pero existía.

La sala estaba mucho más silenciosa hoy, con solo unos pocos gemidos tenues procedentes de las oscuras salitas laterales.

—Pero Callum es diferente —comenté. Recordaba que tanto él como Kolis habían dicho eso mismo.

Kolis asintió cuando nos paramos ante uno de los reservados ocultos por cortinas. Retiró la cortina para revelar una puerta.

—Callum está lleno de deseos y necesidades —repuso con sequedad—. Igual que tú y que yo.

Así que Callum, al menos, *vivía*.

—¿Y de verdad no sabes por qué salió distinto que los demás?

Kolis abrió la puerta con solo agitar la mano por el aire.

—No, pero… —Soltó un suspiro sonoro antes de mirar a Elias por encima de mi hombro—. Puedes esperar aquí.

—Sí, majestad.

Inquieta por el hecho de quedarme a solas con él, esperé a que Kolis siguiera con su explicación. Llegamos a una estrecha escalera de caracol y, por suerte, hoy estaba charlatán.

—Creo que la motivación tiene algo que ver. El porqué de la creación de los Retornados —explicó, y empezó a subir las escaleras —. Y creo que se debe a lo que dijo mi hermano una vez acerca de crear vida: que hay un poco de magia en la creación.

Deslicé una mano por la suave barandilla de mármol y contemplé su espalda. Siempre me resultaba extraño oírlo hablar de Eythos sin amargura ni ira, sino más bien con nostalgia.

—Una parte que era desconocida y no planificada. Magia de los mundos… en el *eather* de todo ello —dijo, y la afirmación me recordó a algo que diría Holland—. Eythos decía que lo que sentía el creador en el momento de la creación a menudo le daba forma. Que incluso una pizca de alegría, de aflicción, de desesperación o de ira podía moldear la vida de la creación antes de que empezase siquiera —continuó, siguiendo la espiral ascendente de las escaleras mientras una tenue película de sudor perlaba mi frente—. Cuando creo Retornados, solo siento que es mi deber. Pero con Callum, sentí… Lo sentí todo. Desesperación. Ira. Aflicción. Incluso alegría por estar tan cerca de alguien que comparte tu sangre.

Mi labio se enroscó en una mueca.

—Eythos diría que lo que sentí al devolverle la vida a Callum es la razón de que sea diferente. Que mis emociones trajeron de vuelta a quien él era antes cuando restauré su vida. —Más adelante, la luz del ocaso llenaba el rellano—. Pero yo no creo que eso sea así.

—¿Por qué? —Notaba calambres en los músculos de las piernas, ya fuese por falta de uso o por el cansancio que había comentado Kolis.

—Porque me he forzado a sentir esas cosas cuando creaba a otros Retornados —explicó justo cuando llegaba al rellano, varios pasos por delante de mí—. Y ninguno ha resultado ser como Callum, sienta lo que sienta o piense lo que piense en ese momento.

Mis labios se fruncieron. Kolis de verdad no sabía por qué. Para mí era muy obvio. Lo que había sentido al resucitar a Callum había sido real. ¿Las otras veces? Las emociones solo podían fingirse hasta cierto punto, e incluso si alguien conseguía convencer a los demás de ello, incluso a sí mismo, eso no hacía que la emoción fuese real. Yo lo sabía mejor que nadie.

Pero ¿Kolis? Tal vez en el pasado comprendiera lo que eran las emociones, pero ahora no.

—Sea como fuere —dijo Kolis, y se giró hacia mí—. Supongo que es una bendición. Prefiero a mis Retornados como son. —Por supuesto que sí—. Estás cansada —comentó cuando por fin llegué al rellano—. Y sin aliento.

*Por todos los dioses*.

—Es innecesario que lo comentes —musité—. Odio las escaleras.

Las motas doradas de sus ojos refulgieron.

—Antes tampoco eras fan de ellas. —La mayoría de las personas no lo eran—. Pero espero que disfrutes de lo que quiero enseñarte. —Salió por debajo de un arco en el que tuvo que agachar la cabeza.

Si él había encargado la construcción de este santuario, ¿no tuvo en cuenta su altura y su enorme cabeza? Puse los ojos en blanco.

Con las piernas gelatinosas, lo seguí a lo que parecía una terraza, una elevada por encima del muro del santuario.

Me olvidé de mis músculos doloridos al instante. Crucé el espacio y me acerqué a la barandilla que me llegaba a la cintura. Desde ahí podía ver gran parte de la ciudad: las impactantes torres cristalinas, las estructuras circulares con sus altísimas columnas, y los edificios más bajos y achaparrados que centelleaban a la menguante luz del sol. Miré hacia abajo. Incluso las calles centelleaban.

Sin decir palabra, me giré para mirar detrás de nosotros. Ahí, vi más de los edificios centelleantes, las cúpulas del palacio de Cor y, más allá, la parte de arriba de las estatuas que vigilaban la ciudad y la franja de los árboles dorados de Aios. Sin embargo, eso no fue lo único que vi.

Más allá de las estatuas y los árboles, donde terminaba una franja de tierra yerma y arenosa, una espesa neblina ocultaba gran parte del terreno que conducía hasta las montañas. Una cordillera que hacía que los Picos Elysium no pareciesen más que colinas en comparación.

Tenían que ser las Cárceres.

Se me cortó la respiración cuando mis ojos se deslizaron por encima de vertiginosos acantilados gris pizarra y profundas crestas con densos bosques verde oscuro. No vi ningún camino en las montañas, pero capté atisbos de algo más oscuro entre los árboles que cubrían las laderas y las mesetas. Parches de vacío que absorbían la poca luz que penetraba en el bosque y convertían esos puntos en abismos centelleantes.

Piedra umbra.

Un chillido escalofriante llamó mi atención hacia arriba. Posado en uno de los acantilados, un *draken* marrón claro estiró su largo cuello para lanzar un mordisco a otro que había pasado volando demasiado cerca. Más arriba, cerca de la cresta de las Cárceres, otros dos volaban

en círculo.

Solté el aire despacio y devolví mi atención a los puntos negros como el carbón. Ahí era donde estaba Ash. Mi corazón empezó a latir con fuerza, del alivio y también de la frustración. Solo ver dónde lo tenían retenido me dejó descolocada, pero ver lo que me costaría llegar hasta él si no lo liberaban fue devastador.

—¿Qué opinas? —preguntó Kolis.

Me aclaré la garganta, aparté la vista de las montañas y la deslicé de vuelta a la ciudad, a sus edificios silenciosos y sus calles desiertas.

—Es preciosa —susurré—. Da la impresión de estar hecha de cristal. —Respiré hondo y levanté la vista hacia él—. ¿Dijiste que los Hados mataron a la mayoría de los que vivían aquí? —Kolis asintió—. ¿Por qué querrían hacer algo así? —insistí cuando no lo explicó—. Tenía la impresión de que no podían intervenir de ese modo.

Kolis soltó una carcajada desdeñosa.

—Pueden hacer lo que les plazca, siempre que quieran, sobre todo cuando creen que el equilibrio se ha alterado. —Sus ojos se deslizaron por la parte de arriba de mi cabeza y luego bajaron por mi cara—. Y su método de arreglar las cosas puede ser extremo.

Pensé en lo que había dicho Attes y miré las estrechas calles construidas con diamantes.

—¿A qué estaban intentando devolverle el equilibrio?

—Cuando me apoderé de las brasas de vida y de la corona, les di a los dioses que vivían aquí —dijo, al tiempo que extendía un brazo—, dentro de la Ciudad de los Dioses, dos opciones: podían servirme con lealtad y fidelidad y vivir, o podían negarse y morir.

Lo miré alucinada.

—La mitad de ellos se negaron. Los maté —declaró, y tosió con suavidad, como para eliminar un nudo que se estuviese apretando en su garganta—. Eso desagradó a los *Arae*, así que eliminaron a los que me habían jurado lealtad.

Se me revolvió el estómago. Jamás entendería cómo corregían los *Arae* las cosas que consideraban erróneas, pero algo en su voz me dejó inquieta.

—¿Te… te arrepientes de haber matado a los que no te juraron lealtad?

Kolis tardó un buen rato en contestar.

—Podría haberlos sentenciado a una pena de cárcel. Haberles dado la oportunidad de reconsiderar sus decisiones. —Un músculo se apretó en su mandíbula—. Podría haberles dado tiempo. Creo que la vida es importante, pero actué de manera impulsiva. Hay quien diría que soy propenso a hacerlo.

Seguía mirándolo igual de alucinada.

—Bueno, reconocerlo es la mitad de la batalla —murmuré, sin

tener muy claro qué pensar de nada de lo que se había dicho. Devolví mi mirada a la ciudad, el palacio de Cor y las Cárceres.

Tal vez Kolis se arrepintiera de haber matado a esos dioses debido a la manera en que respondieron los *Arae*. Quizá de verdad deseara haber hecho las cosas de otra manera, de todos modos. Fuera como fuere, sonaba como si de verdad valorase la vida.

Y aun así, parecía matar con tanta facilidad… Eso me indicaba que no la valoraba.

¿O podía ser el lado malévolo de la esencia de la Muerte lo que hacía que su impulsividad acabase en muerte, superando así a la parte benévola? No creía que hubiese nacido así. Se había *vuelto* así. Era probable que nunca averiguase todas las cosas que habían contribuido a cómo y por qué era como era ahora, pero me daba la sensación de que sumirse en un sueño profundo solo empeoraría las cosas.

Me daba la sensación de que ya no era posible revertirlo a como había sido antes.

Y aunque pudiese, eso no cambiaría todo lo que había hecho.

—Hay momentos en los que te miro y veo partes de cómo eras antes. —Mi cabeza voló de vuelta a él—. Tu forma de sonreír. El sonido de tu voz. Tus gestos. Tus ojos. —Su intensa mirada bajó más—. La forma de tu cuerpo. —Mi garganta se llenó de bilis—. Pero es como si todo lo que recuerdo estuviese amplificado. Tus sonrisas son ahora más pequeñas, más tensas. Tu voz es más grave. Hablas con más confianza y con algo más de libertad en lo que dices. También te mueves así. Hay más pecas. —Sus ojos se deslizaron por mi pecho—. Más de todo.

La bilis aumentó.

—Encuentro partes de la nueva tú agradables —dijo. Sus ojos subieron hasta mi pelo y tuve la descorazonadora sospecha de que había estado en lo cierto sobre la posibilidad de que Veses ya hubiese empezado a susurrarle al oído. ¿Por qué si no sacaría este tema?—. Otras partes, no tanto. Pese a lo que le dije a Callum, pensé que serías justo como te recordaba. —Me puse tensa. Él soltó un gran suspiro—. Ojalá lo hicieras.

Yo estaba *jodidamente* contenta de no hacerlo, pero eso no impidió mi reacción. Arqueé las cejas sorprendida. Básicamente, acababa de decirme, a mí, a la que creía que era el amor de su vida y la persona con la que quería volver a empezar de cero, que deseaba que me pareciese a otra mujer.

Por todos los dioses, y yo que pensaba que se me daba mal interactuar con otras personas.

No había nadie peor que Kolis.

La piel de su frente se arrugó al tiempo que una brisa cálida que traía el olor rancio de la descomposición levantó varios mechones de

su pelo.

—Creo que tal vez te haya insultado.

—Hum…

—No estoy seguro de por qué —musitó—. No he dicho que te encontrase poco atractiva. —Me giré hacia la ciudad de nuevo. No tenía ganas ni de empezar a explicar todo lo que estaba mal en lo que había dicho—. Te he molestado. —Kolis se acercó un poco a mí—. ¿Cómo puedo compensártelo? —Santo cielo, esto otra vez no—. ¿Qué quieres? ¿Vestidos nuevos? ¿Libros? ¿Joyas? ¿Una mascota? —Atrapó un rizo que volaba por delante de mi cara. Sus labios se afinaron cuando lo remetió detrás de mi oreja. ¿Se había ofendido *él* por el color?—. Dime lo que quieres y te lo conseguiré.

Empecé a decirle que no estaba ofendida y que no necesitaba vestidos, joyas, libros o una mascota… Espera.

¿Qué tipo de mascota?

No importaba. Era lo otro que me había ofrecido.

*Joyas*.

El diamante La Estrella.

Se me aceleró el pulso a medida que se me formaba una idea a toda velocidad. Una idea muy poco meditada, pero una idea en cualquier caso.

Me giré hacia la barandilla otra vez, puse la palma de la mano sobre el mármol suave y liso.

—¿Sabes por qué encuentro la ciudad tan preciosa? —Mi estómago y mi pecho revolotearon mientras hablaba—. Es por la manera en que centellea. Todas las formas diferentes, unas lisas, otras irregulares. —Consciente de la intensidad con la que me escuchaba y observaba, sonreí—. Mi madre tenía muchas joyas, sobre todo zafiros y rubíes. Unos brillantes y perfectamente pulidos. Sin un solo defecto… a diferencia de mí.

—¿Por qué dices eso?

Era verdad que mi madre tenía muchas joyas, pero la mayor parte de lo que salía por mi boca ahora era inventado por completo.

—Las pecas. —Bajé la voz, contradiciendo lo que había dicho él—. Mi madre las encontraba demasiado abundantes. Después de todo, ella prefería la belleza lisa e inmaculada. Aun así, tenía un diamante de bordes serrados y forma irregular. Siempre me fascinó… todos los diamantes lo hacen. ¿Es verdad que se crearon a partir de lágrimas de alegría?

—La mayoría sí.

—Quería ponérmelo —mentí, pues nunca había tenido ningún deseo en absoluto por llevar ningún tipo de joya—. Pero ella nunca me dejaba tocarlo.

—Podría recuperarlo para ti —se apresuró a ofrecerse Kolis—.

Dime dónde lo guarda.

Oh, mierda.

—No estoy segura de dónde lo guarda ahora.

La determinación se apoderó de su expresión.

—Puedo hacer que me lo diga.

Dos veces mierda. Esto se estaba torciendo deprisa.

—Ni siquiera estoy segura de que lo tenga ya. —Giré el cuerpo hacia el suyo, lo bastante desesperada por quitarle la idea de la cabeza como para apoyar la palma de mi mano en su pecho.

Kolis se quedó paralizado.

Yo también, pero por razones diferentes, mientras hacía todo lo posible por no registrar cómo sentía su piel bajo la palma de mi mano.

—No tienes que molestarte tanto, Kolis. —La bilis que llenaba mi garganta había vuelto con fuerzas redobladas, pero aun así deslicé mis dedos por los duros músculos hasta parar en el centro de su pecho—. Otro diamante será suficiente. —Kolis bajó la barbilla para mirar mi mano, mientras yo me preguntaba si había perdido la cabeza—. No uno procedente de los edificios, obviamente. —Notaba lo deprisa que latía su corazón—. Me pondría muy triste si se dañaran de cualquier manera. Pero algo grande y único funcionará.

—Exactamente, ¿cuán grande? —Su voz sonaba más pastosa—. ¿Y cuán único?

¿Cuán grande se suponía que era La Estrella? Todo lo que recordaba era que tenía forma irregular y lo que había oído acerca del color.

—Bueno, el tamaño no importa tanto como su singularidad —decidí, y fingí un suspiro—. Y que tenga un lustre plateado. El de ella era muy plateado e irregular. —Di unos golpecitos con un dedo sobre su piel, luego retiré la mano—. No importa. No necesito nada. —Empecé a darme la vuelta.

—Sé de uno. Es grande e irregular —precisó. En ese momento, pude haber dejado de respirar—. Creo que también tiene un lustre plateado. Es un… diamante único.

Me giré hacia él, despacio.

—¿Sí?

—Sí. —Aún no había apartado la vista de mis manos. Devolví la palma a su pecho.

—¿Puedo… puedo verlo? —Unos brillantes ojos dorados y plateados se levantaron hacia los míos. Me mordí el labio de abajo—. Me gustaría verlo. Tenerlo en la mano. —Hice que mi tono se volviese sensual, aunque era probable que sonase ridículo comparado con cómo hablaba Veses de manera natural—. Tocarlo.

El oro y la plata de sus ojos giraban como locos.

—¿Eso te haría feliz?

—Sí. —Asentí. Retiré la mano otra vez y las crucé delante de mi cintura—. Mucho.

—Entonces, vamos. Te llevaré a verlo.

Mi pecho y mi estómago aún se retorcían mientras seguía a Kolis de vuelta al interior del santuario. Parte de mí estaba sumida en una nube de incredulidad. ¿De verdad podía ser tan fácil de manipular? ¿En serio?

Pero Ash no había sabido nada del diamante. Attes nunca lo había mencionado.

Delfai había dicho que no debía conocerlo nadie aparte de los Hados. Era obvio que algún *Arae* había compartido esa información con Kolis. Le había preguntado a Delfai cómo podía ser que un Hado hubiese hecho eso cuando se suponía que no debían interferir, y él había explicado que cuando los Primigenios empezaron a sentir emociones, los *Arae* también. Por lo tanto, ellos también podían ser explotados. ¿Quién sabe? Tal vez otros Primigenios supiesen de su existencia y de lo que era capaz, pero había bastantes opciones de que a Kolis ni se le cruzase por la imaginación que lo que yo estaba pidiendo era ver La Estrella.

Bueno, eso era si de verdad me estaba llevando a verla.

Empecé a dudarlo mucho cuando acabamos otra vez en el exterior, con Elias caminando detrás de nosotros por el sendero. Luego apareció Dyses, y yo cerré los puños.

La puerta de la habitación se abrió y Kolis me condujo al interior. Cuando pasó junto a su trono y abrió la puerta de la jaula, mis pasos se ralentizaron.

—No lo entiendo —murmuré—. Creía que ibas a enseñarme un diamante.

—Eso hago. —Entró en la jaula y me esperó en el umbral.

Me forcé a avanzar para reunirme con él. No me dejó mucho espacio, con lo que mi cuerpo rozó el suyo al pasar por su lado.

La puerta se cerró y él se detuvo detrás de mí. De hecho, *justo* detrás de mí.

—Mira arriba.

La ira bulló en mi interior, pero hice lo que me decía. Miré arriba.

—¿Y?

—Lo ves, ¿verdad? —dijo Kolis.

—No veo… —Mis ojos se posaron en el racimo de diamantes en el centro de la jaula—. Eso es solo un puñado de diamantes. Y su lustre no es plateado. —Era de un extraño color lechoso y veteado. Kolis se rio bajito.

—Ahora se ve así, solo porque yo he hecho que luciera de ese modo. —Se estiró por un lado de mí, levantó un brazo y abrió la mano —. *Vena ta mayah.*

Reconocí las palabras como la lengua de los Primigenios, pero me quedé boquiabierta cuando el racimo de diamantes del techo de la jaula empezó a vibrar con un zumbido agudo.

Los diamantes dieron la impresión de estremecerse para librarse del oro, y me di cuenta entonces de que no era un racimo de diamantes sino solo uno. La forma *cambió* a medida que flotaba hacia abajo, palpitando con un rayo lechoso de luz y plata.

Cuando llegó a la mano de Kolis, se había convertido en un único diamante del tamaño de su palma, y su forma irregular formaba vagamente las puntas de una…

No podía creerlo.

El maldito diamante había estado encima de mí durante todo este tiempo.

# Capítulo 31

Contemplé La Estrella en silencio, absolutamente estupefacta por que el todopoderoso diamante hubiese estado encima de mi cabeza durante semanas.

—¿Qué opinas, *so'lis*? —preguntó Kolis—. ¿Este es más o menos hermoso que el que ansiabas tener?

—Más —susurré, mientras él daba vueltas al diamante en su mano. Los ángulos serrados brillaban de color plateado—. Parece una estrella.

—Así es como se llama —dijo él—. La Estrella.

—Oh. —Fingí sorprenderme—. Es un nombre muy apropiado.

—En efecto, lo es.

El calor de su pecho presionó contra mi espalda cuando me giré un poco.

—¿Cómo se creó un diamante así? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta, pero me interesaba ver lo que respondería Kolis.

—Por lo que sé, se creó con fuego de dragón. —Mientras hablaba, deslizó el pulgar por encima del diamante y hubiese jurado que el lustre plateado se retraía de su contacto—. Mucho antes de que los Primigenios pudiesen derramar lágrimas de alegría. Me topé con él por pura casualidad.

Así era justo como había dicho Delfai que se había creado, pero sabía que Kolis no se había *topado* con él.

—Es de una belleza increíble. —Observé la luz lechosa ondular a través del diamante cuando Kolis lo giró una vez más—. ¿Por qué querrías cambiar su aspecto y guardarlo aquí, donde no puede verlo nadie?

—Porque ¿dónde si no iba a colocar una piedra tan preciosa que donde guardo lo que más aprecio?

Se me revolvió el estómago ante su respuesta, pero conseguí sonreír.

—¿Puedo sostenerlo en la mano?

—Por supuesto —ronroneó Kolis.

Me tragué el amargor que se arremolinaba en mi boca mientras él acercaba el diamante a mí. Mis dedos se cerraron a su alrededor…

Una especie de corriente eléctrica danzó sobre las yemas de mis dedos en el momento en que mi piel entró en contacto con La Estrella. El fogonazo de energía fluyó por encima de mi mano y subió por mi

brazo. Las brasas en mi pecho se avivaron de inmediato, vibrando y zumbando tan deprisa que no pude reprimir mi exclamación ni disimular la sacudida que dio todo mi cuerpo.

La intensa corriente rayaba en lo doloroso mientras bombeaba a través de mí, y me forzó a apretar la mano en torno a la piedra de un calor sorprendente. Un temblor comenzó en mi brazo a medida que el diamante se calentaba. Intenté forzar a mi mano a abrirse, pero no podía soltar la piedra, no podía apartar la mirada a medida que su brillo se intensificaba. La luz que había visto no había sido un reflejo. Las vetas de luz lechosa, de un blanco plateado, estaban *dentro* del diamante y ahora se expandieron para ocupar la gema entera.

Aparecieron imágenes en mi mente sin previo aviso; se formaron a toda velocidad y empezaron a pasar como las hojas de un libro de pintura. Vi un bosque exuberante, una zona de densa arboleda en la cima de una montaña, y a un hombre atrapado en una tormenta de viento que azotaba su largo cabello oscuro por toda su cara, cubierta en parte por tinta de tono rojizo. Y sus ojos.

*Sus ojos*.

Eran del color de los mundos: azules, verdes y marrones, con estrellas que llenaban sus pupilas. Le gritaba al cielo, sus palabras perdidas en el viento.

Un aire caliente y violento procedía de las fauces abiertas de una enorme bestia alada. Un *dragón* del color de la tierra, y de los pinos que su aliento derribaba.

Se prendió una luz roja en el interior de la boca del dragón, por los lados. Unas llamas brillantes brotaron de repente del majestuoso ser, un cono de fuego que envolvió al hombre de la montaña. Las llamas no pararon de salir, arrasaron la cresta entera del pico hasta que no quedó nada donde había estado el hombre.

Nada más que tierra chamuscada y un diamante que se hundió enseguida en el suelo para enterrarse.

Las imágenes cambiaron otra vez a toda velocidad. La montaña y el dragón habían desaparecido, sustituidos por otro hombre, uno de pelo negro esta vez, que sujetaba el diamante igual que lo hacía yo: con fuerza, los nudillos blancos. Su brazo temblaba como hacía el mío. Todo su cuerpo temblaba cuando levantó la cabeza. La sorpresa llenó sus ojos plateados y cruzó por sus anchos pómulos, abrió su boca grande y su mandíbula fuerte, e hizo palidecer su piel de un color entre bronce y dorado. Miraba al hombre frente a él, uno de pelo dorado que compartía sus rasgos.

Supe a quién estaba viendo ahora.

*—Nada puede borrar el pasado —dijo Eythos con voz ronca.*

*Una mano del mismo tono que la de Eythos se cerró sobre la suya.*

*—No tengo ningún interés en borrar el pasado. Cambiaré el futuro —*

*juró Kolis.*

*Sus miradas conectaron al tiempo que un relámpago iluminaba el aire por encima de ellos.*

*—No del modo que crees —suplicó Eythos. Su gran cuerpo temblaba mientras forcejeaba por levantar su otro brazo y agarrar la parte de atrás del cuello de Kolis—. Escúchame, hermano. Esto no traerá nada más que dolor a los mundos. A ti.*

*—¡Como si no viviese ya nada más que con dolor! —gritó Kolis—. Eso es todo lo que ha habido jamás para mí.*

*Los ojos de Eythos se anegaron de lágrimas.*

*—Lo que más desearía en este mundo es que tu vida hubiese sido diferente. Si pudiese cambiarla para ti, lo haría. Haría cualquier cosa…*

*—Pero tuviste tu oportunidad de hacerme feliz. Tuviste la ocasión de hacer algo por mí, y aun así te negaste —gruñó Kolis—. Y ahora míranos. ¡Mira dónde estamos!*

*—Lo siento. —El eather brotó crepitante de la piel de Eythos—. De verdad. Pero aún no es demasiado tarde para detener esto. Te lo juro. Puedo perdonarte. Podemos empezar de cero…*

*—¿Perdonarme? —Kolis soltó una carcajada áspera y un trueno rugió en lo alto—. Venga ya. Hablas como si todavía fueses capaz de mirarme como tu hermano. Como si pudieras hacerlo después de lo de Mycella. Jamás me has perdonado que ella me quisiera a mí.*

*Eythos se echó atrás.*

*—¿Que nunca te he perdonado…? Hermano, hubo un tiempo en que ella te tenía un afecto especial…*

*—Estaba contigo solo porque yo no la quise.*

*La ira refulgió en el rostro del Primigenio.*

*—¿Por qué tienes que decir cosas así?*

*—Son solo la verdad.*

*—No, son la verdad que tú has decidido creer —replicó Eythos—. Puede que Mycella te quisiera cuando eras joven, y seguiste siendo importante para ella hasta el momento en que la asesinaste. —Kolis apartó la mirada, apretó la mandíbula—. Pero me quería a mí, Kolis. No me eligió a mí porque no pudiera tenerte a ti. Eso no es amor. ¿Lo que nosotros teníamos? ¿Lo que creció entre nosotros? Eso era amor. Me quería, y yo nunca estuve resentido contigo por lo que ella hubiese podido sentir por ti en el pasado.*

*—Jodido mentiroso.*

*—¡Nunca! —gritó Eythos. Respiró hondo en un intento visible de controlar su temperamento—. Sí, al principio no estaba contento al respecto. ¿Quién lo estaría? Pero nunca te culpé por ello.*

*—Simplemente no puedes parar de desempeñar el papel del bueno, ¿verdad? —se burló Kolis.*

*—¡No es un papel!*

*—¡Y una mierda! —gritó Kolis—. No mientes tan bien como yo. Nunca lo hiciste. Ya no hay vuelta atrás… de nada de esto.*

*—Pero sí que la hay. Tiene que haberla. Somos de la misma sangre. Hermanos. Te quiero…*

*—¡Cállate! —chilló Kolis, y su otra mano salió disparada.*

*Eythos dio un respingo, sus ojos como platos de la incredulidad. Bajó la vista hacia una especie de palo de un color blanco apagado que penetraba en su pecho, directo a su corazón.*

*El tiempo dio la impresión de detenerse.*

*El violento viento. La tormenta incipiente. Todo cesó mientras una energía pura y sin adulterar aumentaba.*

*Kolis retiró la mano de golpe. Su mano ensangrentada. La boca abierta.*

*—Lo sabía… sabía que eras capaz de esto. —Un estremecimiento sacudió a Eythos, que levantó la vista hacia su hermano. Un hilillo de sangre rutilante resbalaba por la comisura de sus labios—. Pero de… deseaba estar equivocado. Siempre… tuve esperanza.*

*—Eythos —susurró Kolis. Sacudió la cabeza, la negación se grabó en su rostro—. No. ¡No!*

*Kolis atrapó a su hermano cuando las piernas de Eythos cedieron debajo de él, y luego lo sujetó entre sus brazos mientras una intensa energía explotaba de su gemelo y llenaba el aire y el mundo entero.*

La… visión, o lo que fuera, se desvaneció. Seguía sujetando La Estrella, seguía mirándola, pero todo lo que veía era el rojo que fluía por el pecho de Eythos. El rojo que brotaba de los ojos de Kolis.

Una oleada de incredulidad me barrió de arriba abajo porque lo supe… *supe* dos cosas al mismo tiempo.

—Lloraste.

—¿Qué? —preguntó Kolis y, antes de que pudiera contestar, me agarró del brazo y me hizo girar con brusquedad para quedar de frente a él. Las hebras de *eather* plateado engulleron las motas doradas —. ¿Qué has dicho?

Oh, maldita sea, no debí haber dicho eso. La sorpresa se había apoderado de mí.

—No… no sé a qué te refieres.

—No me mientas.

—No lo hago. —Se me escapó un bufido de dolor cuando su agarre se apretó sobre mi brazo y avivó las ya de por sí vibrantes brasas.

Su mirada desquiciada se posó sobre el diamante que yo aún sujetaba. Contuvo la respiración de golpe y levantó el brazo de la mano que sujetaba la gema para ponerla delante de mi cara.

—¿Qué has visto? —Kolis me sacudió, y mi cabeza dio un latigazo hacia atrás y luego hacia delante otra vez.

Un estallido de dolor agudo se extendió por mi columna. Mi piel ya de por sí tensa hormigueó cuando agarré su brazo.

Kolis se estiró por encima del brazo que me sujetaba y arrancó el diamante de mi mano. Luego lo lanzó al aire. Mis ojos salieron disparados hacia él y seguí con la mirada el vuelo de La Estrella, que volvió al techo de la jaula para convertirse de nuevo en el racimo de diamantes.

Las vetas lechosas de luz plateada palpitaron por encima de nuestras cabezas.

Me estremecí.

Porque ahora sabía *lo* que había dentro de ese diamante.

Lo que había sido testigo de todo lo que había sucedido en esta jaula.

El centro de mi pecho palpitaba con fuerza mientras Kolis me sacudía como si no fuese más que una muñeca de trapo.

Sus colmillos asomaron por debajo de sus labios descarnados.

—¿A mí? El Rey de los Dioses. ¿Y a ti? ¿Una doncella antes asustada convertida en zorra?

Mi mano se aflojó sobre su brazo mientras lo miraba alucinada. El lienzo en blanco no estaba por ninguna parte y las brasas no hacían más que bullir en mi interior. No había nada más que una ira turbulenta… una furia caliente y poderosa. La periferia de mi visión se puso blanca. Proyecté mis manos hacia delante y las estampé contra su pecho a medida que el poder inundaba mis venas.

Vi un destello de sorpresa en el rostro de Kolis que reverberó a través de mí antes de que me soltara. Caí al suelo y casi rodé por él, mientras Kolis resbalaba hacia atrás a causa del estallido de *eather*. Frenó justo a tiempo de no estrellarse contra los barrotes. Hubo un breve instante en el que me di cuenta de que no debería haber sido capaz de hacerle eso aquí dentro, rodeados de piedra umbra y de los huesos de los Antiguos.

Tampoco debería haber sido capaz de conjurar esa tormenta para asustar a Callum, pero las brasas…

Con el pecho agitado, Kolis levantó la cabeza. Entre su cortina de pelo rubio, vi que sus ojos se habían convertido en charcos de una nada interminable, y su piel se había afinado hasta revelar los huesos que había debajo.

*Entonces, has visto a la muerte*, había dicho Callum cuando le había contado que había visto la verdadera forma de Kolis. *La muerte de verdad. Nadie la ve y vive después demasiado tiempo*.

Jadeando, di un paso atrás. Choqué con la columna de madera al pie de la cama.

—¿Qué te dije acerca de utilizar esas brasas? —gruñó Kolis.

Unas campanas de advertencia empezaron a repicar y activaron instintos que me decían que estaba en peligro. Mis ojos volaron hacia la puerta cerrada de la jaula. Me di impulso contra la columna…

Kolis se había abalanzado sobre mí antes de que diese un paso siquiera, su mano alrededor de mi cuello otra vez. Boqueé en busca de todo el aire posible, luego agarré su brazo mientras él me apartaba de la columna con brusquedad y me levantaba por los aires. Abrí los ojos de par en par al notar mis pies colgando.

—Quiero que recuerdes una cosa. —No quedaba ni una tira de piel en su cara—. No me culpes por mis acciones. Tú has provocado esto.

De repente, la presión en torno a mi cuello desapareció. Hubo un momento de confusión cuando me encontré suspendida en medio del aire. Después salí volando hacia atrás.

Golpeé la cama con fuerza y el mullido colchón hizo muy poco por aliviar el impacto. Todo el aire salió de golpe de mis pulmones y el aturdimiento momentáneo me dejó paralizada mientras Kolis *levitaba*. Los huesos de su pecho y su espalda ya eran visibles también bajo el *eather* crepitante.

El instinto tomó el control. No habría ninguna manera de pacificarlo. Ninguna manera de manipularlo con palabras amables. Sabía, en lo más profundo de mi ser, que tenía que alejarme de él.

Rodé sobre el estómago, me puse de rodillas y traté de huir a la desesperada al otro lado de la cama. La distancia no serviría de gran cosa, pero…

Grité cuando de repente Kolis estaba detrás de mí. Me empujó de modo que quedé tumbada bocabajo, sin tiempo para reaccionar. Me agarró del pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás tan fuerte que pensé que me iba a partir la columna. Vi La Estrella por encima de mí, la luz plateada que discurría por ella. La furia se estrelló contra el creciente pánico cuando Kolis forzó mi cabeza hacia el lado. Intenté meter las manos debajo de mí para empujar hacia arriba, para intentar sacudírmelo de encima, pero era demasiado pesado y fuerte.

—¡Quítate de encima! —grité.

Su peso me mantenía aplastada sobre el colchón, y la sensación de él pegado a mí, pegado a mi trasero, era insoportable. De hecho, me robó todo el aire de los pulmones y no podía respirar.

El pánico explotó entonces en mis entrañas, tan abrumador e intenso que la jaula dorada a mi alrededor desapareció por un instante, sustituida por las crudas paredes de piedra de mi dormitorio en Wayfair. No era Kolis el que presionaba sobre mí, era Tavius. Yo estaba *ahí*. Estaba *aquí*. Atrapada. Incapaz de respirar. Incapaz de hacer nada para protegerme contra mi hermanastro o contra Kolis, cuyo aliento rozaba ya mi cuello expuesto. Sabía que sus colmillos pronto desgarrarían mi piel. Y también sabía que la cosa no pararía ahí. Esta vez no.

No había nada que yo pudiera hacer. Estaba desarmada. Indefensa. Nada de lo que hiciera cambiaría eso. Ninguna cantidad de

entrenamiento o preparación ayudaría. Aunque esas brasas…

Pertenecían al Primigenio de la Vida.

Y ahora me pertenecían a mí.

Eran lo bastante poderosas como para que Rhain me dijese que derribase el edificio entero. Eran lo bastante formidables como para restaurar vida, para cortar a través de los efectos anuladores de la piedra umbra. Mis ojos despavoridos aterrizaron en los barrotes.

*Está claro que los huesos de los Antiguos sí pueden destruirse*, le había dicho yo a Attes.

*Solo hay dos Primigenios que puedan hacerlo*.

El Primigenio de la Muerte.

Y el Primigenio de la Vida.

Mi corazón latía desbocado mientras Kolis retorcía mi cabeza hacia atrás. Vi La Estrella una vez más.

Las brasas del Primigenio de la Vida eran capaces de muchas cosas, pero mi voluntad…

Mi voluntad era capaz de *cualquier cosa*.

Porque yo no era débil.

No estaba indefensa.

Las brasas zumbaban. El afilado roce de los colmillos de Kolis arañó mi cuello. No permitiría que esto sucediese. Me negaba.

No perdí el control.

Lo *agarré* por los cuernos.

Conjuré a la esencia para que saliera a la superficie y recibí con los brazos abiertos la mareante oleada de poder que inundó mi pecho y mis venas. Me aferré a la ira devoradora que había reprimido cuando él me abrazaba por las noches, cuando me di cuenta de que me había manipulado para matar a Evander, cuando le sonreía y le daba las gracias por sus cumplidos huecos, cuando me ofreció a Kyn, cuando me mordió y encontró placer al hacerlo, y tantas otras veces. Dejé entrar la furia que se había estado acumulando en mí durante los días, las semanas, los meses y los años que habían pasado, y durante los siglos que no me pertenecían. Y a medida que mi vista se volvía plateada, sentí a Sotoria en mi interior, y fue ella la que gritó:

—¡Quítate de encima de nosotras!

Kolis se quedó petrificado contra mí.

El estallido de poder brotó ondulando de mí en todas direcciones e hizo que el falso rey saliese volando de encima de mí. Oí cómo golpeaba los barrotes esta vez, y su gruñido de sorpresa dio paso a un ruido de dolor.

La energía y la esencia bombeaban a través de mis músculos, iluminaban hasta la última célula de mi ser, y supe entonces que en realidad era más que solo unas pocas brasas.

Era las brasas en sí.

Ellas eran yo.

Lo que quería. Lo que pensaba.

Se hizo realidad.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba en pie, pero no corrí hacia la puerta. Despacio, me giré hacia donde estaba ahora Kolis, que ya era más huesos que carne.

La Muerte estaba delante de mí.

Pero yo era la Vida.

—¿Nosotras? —susurró.

El *eather* rugió hasta la superficie de mi piel y bajó en espiral por mis brazos. Con un grito, extendí las manos a ambos lados y otro estallido de energía brotó de mí para evaporar el diván y la mesa. La cama se elevó al tiempo que una alfombrita y varias pilas de libros sin tocar se desintegraban. La pantalla de privacidad colapsó y todo lo que no estaba anclado al suelo en la sala de baño salió volando. Capté un atisbo de la maldita llave que había mantenido escondida pero no había tenido la oportunidad de usar. Se desintegró. Los barrotes bañados en oro explotaron y los fragmentos volaron en todas direcciones.

—He terminado con esto —susurré. O grité, no estaba segura. Fuera como fuere, el *eather* llenó mi voz y sonó como un aire cargado de los vientos del tiempo. Salió de la jaula medio destruida e invadió la habitación más allá. El trono sobre el que se había sentado Kolis quedó reducido a cenizas mientras la esencia, mi *voluntad*, salía por las estrechas ventanas pegadas al techo.

Kolis se tambaleó y el abismo de sus ojos centelleó como oro y plata, pero no lo vi. Él no era importante. Mientras tanto, me aferré a mi voluntad. Imaginé hebras plateadas de *eather* que se estiraban por encima del santuario y salían disparadas hacia fuera, corrían por las calles vacías y entre los centelleantes edificios, más allá del palacio de Cor y la refulgente pared de diamantes y mármol. Vi las estatuas aladas que vigilaban Dalos y, solo por capricho, las reduje a polvo. Después vi las montañas que había contemplado hacía un rato. Me concentré en las zonas de oscuridad, en la piedra umbra, mientras conjuraba los zarcillos de poder palpitante. Tapizaron el pie de las Cárceres como una red plateada antes de subir por las paredes de la montaña y abrirse camino entre el laberinto de árboles. Encontraron sus objetivos de piedra umbra y soplaron justo a través. A través de todas las paredes, los suelos, los techos y las cadenas en su interior.

Al final de los zarcillos de *eather* que envié, vi unos ojos plateados veteados de *eather* abrirse de golpe.

Y sonreí.

La cabeza de Kolis voló hacia la derecha, su mandíbula se apretó como si percibiese lo que acababa de hacer.

A quién había liberado.

Sus ojos volaron de vuelta a mí y, sí, sabía quién venía hacia aquí. Kolis tuvo que sentir cómo la ira empapada en hielo golpeaba el aire muy por encima de Dalos, una ira que alimentó un poder impensable. Tuvo que sentirlo, porque yo lo sentí.

Una gota de sangre cayó sobre el corpiño de mi vestido cuando giré la cabeza hacia Kolis. La parte de atrás de mi cráneo hormigueó mientras la esencia palpitaba a través de lo que quedaba de la jaula. Los baúles se volcaron. Los vaporosos vestidos blancos y dorados se elevaron por los aires y giraron a nuestro alrededor como espíritus danzarines.

La piel de Kolis reapareció a medida que regresaba a su forma mortal.

—*¿Nosotras?* —repitió.

—Cállate. —El *eather* bulló y me agarré al poder. A *mi* poder. El *eather* chisporroteaba y crepitaba. Brotó de las yemas de mis dedos, cobró forma y se estiró y alargó en el relámpago que había creado antes. Mis dedos se cerraron alrededor de la vibrante masa de energía.

Kolis abrió mucho los ojos.

—No lo hagas.

—Que te den. —Lancé el rayo como si fuese una daga.

Y rara vez fallaba cuando lanzaba una daga.

Esta vez tampoco lo hice.

El relámpago dio en el blanco, lo hizo salir volando y lo lanzó a través del agujero de la jaula detrás de él. Cayó al suelo y rodó varios metros.

Caminé hacia él, las manos en alto. Lo que quedaba de los huesos dorados se elevó por los aires a mi alrededor; en su mayor parte eran solo fragmentos pequeños, con unos pocos de la longitud de mi mano o un poco más.

Kolis se levantó de un salto, la piel de su pecho chamuscada y humeando. Retrajo el labio al tiempo que bajaba la barbilla.

—No quieres hacer esto.

Miré a mi izquierda.

—Sí que quiero.

Sus ojos siguieron la dirección de mi mirada hacia los fragmentos de hueso.

—Joder.

Dio un salto hacia un lado para escapar del grueso de la oleada que le lancé, pero varios trozos se incrustaron en su estómago y sus muslos. Levantó la cabeza mientras agarraba uno de su estómago, el rostro crispado por el dolor.

—Para esto ahora.

—¿Parar? —Me reí, justo cuando el rugido de un *draken* terminaba

en un gimoteo a lo lejos.

—Sí. No es demasiado tarde…

—¿Me lo juras? ¿Que puedes perdonarme? —Al salir de la jaula, la tela sedosa de los vestidos giró a mi alrededor y se enganchó en los huesos rotos—. ¿Que podemos empezar de cero?

La confusión cruzó el rostro de Kolis. Parpadeó.

—Sí.

Me reí, al tiempo que un atronador rugido de ira se acercaba.

—Venga ya. Hablas como si todavía fueses capaz de mirarme como… *ella* —dije, y cambié solo esa palabra en lo que él le había dicho a Eythos—. No mientes tan bien como yo. —Kolis se quedó muy quieto—. Nunca lo hiciste. —Crucé entre los vestidos que aún giraban por el aire—. Ya no hay vuelta atrás… de nada de esto.

La incredulidad dio paso a una maraña de emociones que jamás había visto en su apuesto rostro. Horror. Aflicción. *Arrepentimiento*.

—Viste…

Un trozo más largo de hueso voló hacia delante. Kolis se lanzó hacia la izquierda, pero su sorpresa le costó caro. El hueso se clavó en su hombro y lo arrastró al suelo.

Mi mano salió disparada para agarrar uno de los huesos en pleno vuelo. El contacto abrasó mi mano mientras caminaba despacio hacia Kolis, pero no lo solté. El dolor merecía la pena.

—No creíste a Eythos cuando dijo que te quería.

Kolis forcejeó con el hueso que sobresalía de su piel, y sus ojos desorbitados saltaron hacia el que tenía yo en la mano.

—Por eso lo apuñalaste. No creías que eso fuese a matarlo. Una herida en el corazón no lo hubiese hecho, ni siquiera con uno de estos. —Aparté su mano de una patada, luego estampé el pie sobre su brazo para inmovilizarlo—. Pero estaba debilitado, ¿verdad?

Kolis me miró desde el suelo como si fuese un espíritu que había sabido que lo había estado atormentando pero no había sido capaz de ver hasta ahora.

—Yo…no sabía que había extirpado las últimas brasas de sí mismo. De haberlo sabido…

—De haberlo sabido, no lo hubieses… ¿qué? ¿Matado por accidente?

Kolis exhaló una respiración pesada y temblorosa.

—No… no pretendía hacerlo. —Tenía los ojos tan abiertos, tan llenos de oro, que por un momento no parecía el falso Rey de los Dioses, sino un hombre que había cometido muchos errores—. Porque ¿cómo podía quererme?

—Buena pregunta. Supongo que tu hermano era un ser mucho más indulgente que el resto de nosotros. Desde luego que era mejor que yo —declaré. Me arrodillé de modo que me alzaba sobre él pero aún

tenía inmovilizado su brazo—. Quiero que recuerdes una cosa, Kolis. —Una comprensión repentina cruzó su rostro. Bajó la vista hacia el hueso que sujetaba en mi mano—. Lo que más quiero en esta vida es matarte.

Kolis se quedó muy quieto debajo de mí. No intentó quitarme de encima ni defenderse. Hubo un destello de algo parecido a la aceptación, y en el fondo de mi mente, pensé que a lo mejor quería esto. Que por fin se había dado cuenta de que sus acciones le habían hecho perder a quien creía que era Sotoria, y que la muerte llegaría ahora como un alivio.

Me hubiese sentido triste, de no ser él semejante bastardo.

Clavé el hueso en su pecho, en su corazón y hasta el suelo. Todo su cuerpo dio una sacudida. Extraje el hueso y lo incrusté otra vez, y otra. Sus respiraciones se convirtieron en poco más que borboteos. Conté, como había hecho después de que me mordiera, y seguí apuñalando a Kolis. Conté como había hecho cuando estaba sentada en esa bañera, y clavé el hueso en su cuello, su cabeza y su estómago.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

La sangre empapaba mis manos y salpicaba mis brazos y mis mejillas mientras incrustaba el hueso en su corazón otra vez. Me temblaban los brazos. Todo mi cuerpo se sacudía.

Y entonces lo sentí a *él*.

Aspiré varias bocanadas de aire demasiado escasas y separé mis doloridas manos del hueso, que dejé bien enterrado en lo que resultó ser una parte muy sensible de él. Gateé para quitarme de encima de Kolis y me arrastré hacia atrás por el suelo hasta golpear las patas de una silla. Los vestidos que aún volaban por el aire cayeron por todas partes a mi alrededor. Miré las puertas cerradas de la habitación.

¿Por qué no habían entrado los guardias de Kolis?

No importaba.

El dolor perforaba mis sienes y alanceaba mi mandíbula, hasta que se redujo poco a poco a una molestia sorda. Jadeando, cerré los ojos y me concentré en las brasas. El *eather* latía dentro de mí, en mis venas y mis huesos. Ya no estaba contenido solo en mi pecho. Las notaba más débiles que antes, mucho más débiles, pero tiré de ellas mientras pugnaba por respirar. Quería verlo a él. Necesitaba hacerlo porque la sensación de la esencia caliente en mis venas era probable que fuese significativa. Definitiva. Un espasmo me sacudió al recordar lo que me había dicho Ash acerca de la esencia: que era mi voluntad.

Así que la utilicé para que me diera lo que quería.

Una sensación de ingravidez se asentó sobre mí, casi como si mi conciencia estuviese abandonando mi cuerpo. Me convertí en un espectro que flotaba a través de las ventanas cercanas al techo y luego por el corredor desierto, a través de la habitación de Kolis y hacia los pasillos, atada a los efímeros dedos de *eather* que buscaban y buscaban…

Hasta que lo encontré.

A *Ash*.

Caminaba por los pasillos del santuario, sus pantalones de cuero desgarrados colgaban sueltos de sus caderas. Tenía la piel cenicienta, el rostro de una belleza salvaje, sus anchos pómulos y su frente fuerte más marcados que nunca. La tierra manchaba su abdomen, donde los músculos cincelados destacaban de un modo más marcado, prueba de que no había comido nada sustancial desde hacía semanas.

Pero Ash se había estado alimentando.

La sangre goteaba por las líneas definidas de su pecho, empapaba su cuello y manchaba su ancha boca.

Un guardia salió corriendo de una de las salas y cargó hacia el Primigenio, mientras el dorado de su armadura centelleaba a la menguante luz del sol.

Ash lo agarró por el brazo antes de que su espada pudiese conectar con él.

—¿Dónde la tiene?

—Que te den —gruñó el guardia, pero tembló al hacerlo. Su cuerpo lo traicionó y reveló su miedo.

—Respuesta equivocada. —Ash le rompió el brazo en dos.

El dios aulló y su espada cayó al suelo con un estrépito metálico. Ash fue tan rápido como el chasquido de un látigo: mordió el cuello del dios y bebió deprisa y con ganas antes de levantar la cabeza.

Supuse que era… ¿comida rápida?

Otros dos guardias aparecieron por el pasillo. Alguien lanzó una espada corta de piedra umbra.

Ash giró hacia un lado y utilizó como escudo al guardia que sujetaba. El cuerpo del dios sufrió un espasmo cuando la hoja se clavó en su espalda.

Ash le dio la vuelta al dios, le arrancó la espada y dejó que el cuerpo cayera al suelo. Un fogonazo de *eather* cruzó por el pasillo cuando otro guardia se lanzó a por él. Vi un destello de pálidos ojos azules. Un Retornado. Ash sombrambuló hacia su derecha para evitar el estallido de energía. Al mismo tiempo, tiró la espada, que se clavó en la cabeza del dios, del cual emanaron unas hebras de *eather* plateadas. Ash dio media vuelta, agarró al Retornado del cuello y arrancó la daga de su mano.

—¿Dónde la tiene?

El Retornado masculló algo con tono gutural, pero no logré descifrarlo. Fuera lo que fuere, no impresionó a Ash, porque incrustó la daga en el pecho del hombre y luego le desgarró la garganta y arrancó su *columna* a través del agujero abierto. Tiró a un lado el cuerpo, que aún sufría espasmos.

—¿Dónde la tiene? —repitió una y otra y otra vez, dejando un rastro de cuerpos con armadura a su paso; algunos despertarían, otros no. Pasó por salitas silenciosas cuyas vaporosas cortinas doradas ondulaban con suavidad.

Aparecieron varios guardias y unas sombras se elevaron desde el suelo para girar en torno a las piernas enfundadas en cuero de Ash.

—¿Dónde la tiene?

—En el ala norte, más allá de sus aposentos —respondió un dios que dejó caer su espada—. Sigue por este pasillo. Llegarás a los aposentos privados de su majestad. Ahí es donde la tiene. —Levantó las manos mientras daba un paso atrás—. Nosotros no…

—No me importa. —Ash giró la cabeza hacia él. Eso fue todo. Una sola mirada y el dios se paró en seco. Su espalda se combó, su cuerpo se puso rígido. Se elevó por el aire y su boca se estiró mientras unas fisuras aparecían en su piel. El *eather* emanó del dios suspendido mientras Ash desviaba su atención hacia los que estaban más adelante. El dios se desintegró en una nubecilla de polvo brillante.

Varios de los otros dioses empezaron a retroceder.

—Huid —dijo Ash, y su voz dio la impresión de invocar a las sombras de las paredes y los reservados—. Pero no llegaréis lejos.

Los dioses dieron media vuelta y echaron a correr.

Cualesquiera que fuesen las circunstancias que los habían impulsado a ponerse del lado de Kolis, o cualesquiera remordimientos que esos dioses pudiesen sentir no los salvarían. Como Ash los había advertido, no llegaron lejos.

La turbulenta neblina negra se extendió a toda velocidad por el suelo. Por todas partes, los dioses se elevaban hacia el techo, los brazos estirados y la cabeza echada hacia atrás. La armadura explotaba de su pecho y sus pantorrillas. Desde el centro de su estómago, un resplandor plateado palpitaba mientras colgaban del aire como farolillos de papel. Cayeron como estrellas.

Un enjambre de *dakkais* brotó de un pasillo lateral y entró en la sala, sus bocas abiertas llenas de dientes afilados como cuchillas. Ya fuese atraídos por el *eather* o enviados debido a la presencia de Ash, se empujaban los unos a los otros, gruñendo y lanzando mordiscos al aire mientras corrían hacia Ash.

No hubo ni tiempo para sentir preocupación, porque Ash estaba muy *muy* bien alimentado en este momento.

Unos zarcillos de *eather* oscuro volvieron a surgir. Emanaban de

Ash y se estamparon contra los *dakkais*, cuyos cuerpos atravesaron. Unos gemidos agudos terminaron de golpe, uno después de otro, hasta que no quedó nada delante de Ash.

Un dolor repentino me alanceó una vez más y sacudió mi concentración. Cortó la conexión y, de pronto, ya no sentí como si estuviese flotando.

Caí hacia delante sobre las palmas de las manos y sufrí una arcada, pero no salió nada más que aire y un leve sabor a algo metálico. A través de los enmarañados mechones de mi pelo, me miré las manos. La izquierda parecía como si los poros se hubiesen rellenado con una tenue luz plateada. Sentí náuseas y sufrí otra arcada, el estómago agarrotado. Aunque tenía los ojos cerrados, me daba la sensación de que la habitación daba vueltas.

No me encontraba bien. Mi cabeza. Mi cuerpo. Me sentía demasiado suelta y al mismo tiempo demasiado tensa. Había un extraño vacío en mi pecho, uno que parecía *terminal*. Me temblaban los brazos y las piernas del esfuerzo que me costaba mantenerme erguida. El sudor humedeció mi piel, como si de repente estuviese febril, con una fiebre creciente.

Las brasas vibraron súbitamente en mi pecho y mi mano derecha se calentó. Parpadeé para eliminar las lágrimas que me escocían los ojos y miré abajo. La espiral del dorso de mi mano refulgía con intensidad.

*Él* casi había llegado.

Mis brazos cedieron. De repente, tenía la mejilla pegada a las frías baldosas de piedra umbra y, por todos los dioses, la sensación era muy agradable contra mi piel acalorada. Mis ojos se cerraron al tiempo que creí oír unos gritos, aunque no estaba segura. Notaba los latidos de mi corazón en los oídos. Un estruendo resonó en alguna parte, el sonido de puertas que se estrellaban contra paredes y se hacían añicos. El aire cargado de electricidad se agitó a mi alrededor. Después, unos maravillosos dedos fríos tocaron mis mejillas. Me levantaron y pegaron mi cuerpo a algo fresco y sólido. Seguro. El olor a cítricos y aire fresco me envolvió y solté un suspiro susurrante.

—*Liessa* —dijo Ash, su voz ruda era un bálsamo para mis oídos—. Te tengo. Todo irá bien ahora. Te tengo.

# Capítulo 32

*Te tengo*.

Dos palabras cortas y simples, pero aun así me sacudieron hasta la médula.

—Abre los ojos, *liessa*. —Ash me estrechó más fuerte contra su pecho y se echó atrás.

Luché contra el agotamiento que llegaba hasta lo más profundo de mi ser y abrí los ojos. Al principio, todo estaba borroso, pero mi vista se despejó pronto. Ash tenía la mitad inferior de la cara manchada de carmesí, pero la sangre no hacía nada por estropear las despampanantes líneas y los ángulos de sus facciones. Las rudas sombras bajo sus ojos no eran tan implacables, pues se habían difuminado entre el momento en que había perdido mi conexión a través de la esencia y ahora.

—Ahí estás. —Ash sonrió, pero fue una sonrisa tensa y forzada mientras retiraba mechones de pelo de delante de mi cara. Vi sus labios moverse antes de oírlo hablar. Era como si mi mente tuviese algún tipo de retardo—. Háblame.

Tragué saliva, pero hice una mueca al sentir un leve dolor en la garganta. Pugné por concentrarme en él.

—Me…

Un trueno retumbante resonó en el exterior, en algún sitio próximo. Me puse tensa. El cielo al otro lado de las estrechas ventanas destelló de un intenso tono plateado. Eso no habían sido rayos y truenos.

—No pasa nada —me tranquilizó Ash, mientras unos gritos lejanos se convertían en chillidos cortados en seco—. Es Nektas. Lo sintió en el mismo momento en que me liberé.

¿Nektas estaba aquí? ¿A quién estaba quemando?

Nos llegó un gemido agudo que me hizo dar un respingo. El santuario entero se sacudió cuando algo grande aterrizó ahí cerca.

Ahora sabía qué estaba quemando Nektas.

A otros *drakens*.

—Estás a salvo. —Ash captó mi mirada de ojos muy abiertos—. Háblame, *liessa*. Por favor.

—Me encontraste.

—Siempre. —Unos ojos ribeteados de *eather* se deslizaron por mi cara antes de cerrarse. Su pecho se hinchó, luego me miró otra vez—.

*Siempre* te encontraré, Sera.

Mis ojos se anegaron de lágrimas al instante. Aspiré una bocanada de aire llena de su aroma, levanté un brazo cosquilloso y planté la mano detrás de su cuello, atrapando varios mechones de su pelo entre mis dedos.

—Pero no fui yo el que te encontró a ti. —Ash deslizó el pulgar por la curva de mi mandíbula—. Tú me encontraste a mí. Mi preciosa y fuerte consorte. Tú pusiste fin a esta pesadilla.

Lo había hecho, ¿verdad?

Pero ¿no sonaba demasiado bueno para ser real? ¿Haber detenido a Kolis antes de que… me destruyera de maneras de las que no estaba segura de haber podido recuperarme jamás? ¿Haber comprendido por fin hasta qué grado eran poderosas las brasas y haber liberado a Ash de su prisión?

Se me cortó la respiración.

Podía verlo y sentirlo, pero todo parecía surrealista… desde el momento en que había tocado La Estrella hasta este mismo segundo. No parecía real.

¿Y si esto, todo esto, no era más que uno de esos sueños demasiado reales? El pánico subió reptando por mi columna. ¿Y si no había detenido a Kolis sino que me había refugiado al fondo de mi mente? Con el corazón trastabillado, giré la cabeza hacia el lado. Mis ojos pasaron por encima de pequeñas esquirlas de huesos bañados en oro, franjas de elegante seda color crema y oro, y un gran charco de reluciente sangre roja azulada.

Kolis yacía en el suelo, los brazos abiertos de par en par. Su cara y su cuello estaban destrozados. Al igual que otras partes de él. Un hueso dorado sobresalía de su pecho, de su corazón, pero no fue ahí donde se demoró mi vista. Volvió a sus brazos.

Unos brazos que no había levantado para defenderse. Se había quedado muy quieto cuando le había dicho que lo iba a matar. Me había parecido ver… *aceptación* en su rostro. Quizás incluso una pizca de… *paz*.

Eso no podía estar bien. Sonaba como algo que conjuraría mi imaginación. Aspiré una bocanada de aire brusca cuando el gruñido de un *draken* se acercó.

—¿Es esto…? —murmuré, la garganta ronca y rasposa—. ¿Es esto un sueño?

—No, *liessa*. —Ash apartó mi mirada de Kolis con una suave presión de sus dedos contra mi mejilla. La tensión enmarcaba su boca —. Esto no es un sueño. Es real. Estoy aquí. No estamos en tu lago.

Un escalofrío de alivio onduló a través de mí cuando la confirmación de Ash dispersó el embotamiento que aún perduraba en mi mente. Me vinieron a la cabeza un millón de pensamientos a la

vez, cosas de las que debía preocuparme, aunque la única cosa que me preocupaba era *él*.

—¿Estás bien?

—¿Que si estoy…? —Una risa temblorosa entreabrió sus labios mientras negaba con la cabeza—. No puedo creer que estés preguntando si estoy bien.

—Has estado encarcelado —señalé, y respiré hondo otra vez. No me daba la sensación de tener que vomitar, pero el agotamiento seguía ahí y pensé…

No, *sabía* lo que eso significaba.

Lo sabía.

Una extraña sensación de calma descendió sobre mí. Mi pecho se relajó. La determinación se apoderó de mí. Necesitaba levantarme. Teníamos que salir de ahí porque alguien, o múltiples «alguien», llegarían más pronto que tarde. Y si alguien extraía ese hueso del cuerpo de Kolis, se despertaría. Y entonces…

Todo se pondría muy desagradable muy deprisa, porque Kolis sabría la verdad: que yo no era Sotoria.

Aunque eso no ocurriera, la lucha de Nektas podía acabar disputándose encima del santuario, y aquí había muchas personas inocentes, como los Elegidos. Intenté sentarme, pero los brazos de Ash eran como bandas de acero a mi alrededor.

—¿Y tú no? —La mano de Ash se deslizó hasta mi nuca. La frialdad de sus dedos era una bendición absoluta contra la tensión de mis músculos.

—Yo lo he tenido mucho más fácil —dije, aunque hablar de prisiones me hizo pensar en otra persona—. Veses está libre. No sé cómo.

—Conmigo en estasis, los hechizos protectores sobre las celdas se debilitarían —explicó—. ¿Estás segura de que estás bien?

—Sí —le aseguré, mientras él inclinaba mi cabeza hacia atrás—. Pero ¿y si le hizo daño a alguien…?

—Tú no estás bien. —Abrió mucho las aletas de la nariz.

El aire de la habitación raleó de pronto, luego se cargó de energía. Los pelillos de mis brazos se erizaron cuando las brasas de mi pecho vibraron con suavidad en respuesta al poder que brotaba de…

—¿Ash? —susurré.

Unas sombras aparecieron bajo su piel y empezaron a girar en espirales mareantes, al tiempo que sus ojos se llenaban de zarcillos de *eather* crepitante. Unos ojos que no estaban fijos en los míos, sino en mi cuello.

Mi corazón empezó a latir como un martillo pilón. El recuerdo de los colmillos de Kolis rozando la piel de mi cuello me provocó una oleada de repugnancia. Debió romper la piel. Eso explicaría el leve

dolor que sentía ahí.

Ash levantó la cabeza, sus ojos volaron detrás de mí, a donde yacía Kolis. Retrajo los labios para enseñar los colmillos. Empezó a bajarme hacia el suelo.

—Lo voy a destruir.

Se me quedó el aire atascado en el pecho. Visto el *eather* que iluminaba las venas del suyo y cortaba a través de las turbulentas sombras que rondaban por él, y con la oscuridad que se acumulaba en el suelo, pensé que había bastantes posibilidades de que pudiera, de hecho, hacer justo eso, en especial con Kolis en ese estado. Como había dicho el propio Kolis: su sobrino era muy poderoso. Pero…

Pero Kolis no podía morir.

Lo había sabido cuando clavé ese hueso a través de su corazón. Mi agarre se apretó alrededor de Ash mientras me instaba a ser, por una vez en mi vida, la más sensata y lógica.

—Déjalo estar.

Ash se puso tenso contra mí y una espesa masa de medianoche se cerró a nuestro alrededor.

—¿Qué?

—Déjalo estar —repetí, y tiré de su pelo hasta que su mirada volvió a mí. Apenas lograba distinguir las pupilas en sus ojos—. Él no merece la pena.

—¿Merecer la pena de qué, exactamente? —gruñó—. Porque ahora mismo, cualquier cosa y todo es merecedor de acabar con la existencia de ese bastardo.

—¿El fin de los mundos? —razoné. Él entornó los ojos.

—Me importan una mierda los mundos.

Se me escapó una risa ronca y rápida.

—Sí que te importan. —Respiré hondo para aclararme más la mente—. Te importan los mundos.

—Me das demasiado crédito, *liessa* —dijo—. Piensas demasiado bien de mí.

—Y tú no te das el crédito *suficiente* —repliqué airada.

Dos nubes de *eather* oscuro se elevaron detrás de él y cobraron la tenue forma de unas alas.

—Ya te he dicho esto antes: los pocos huesos decentes que pueda tener en el cuerpo te pertenecen a ti.

—Y yo ya te he dicho *a ti* que eso no es verdad.

—No discutas conmigo, Sera. —Su cuerpo vibraba de poder violento mientras las sombras de su piel se fusionaban. En alguna parte de la habitación, algo crujió de manera sonora—. No con respecto a esto.

—¡No estoy discutiendo contigo!

Me fulminó con la mirada y hubiese podido jurar que estaba

contando hasta diez.

—No creo que sepas lo que significa la palabra «discutir».

—Y yo no creo que *tú* entiendas lo que…

—¡Te mordió! —rugió Ash, y todo mi cuerpo dio un respingo cuando las alas de sombras se estrellaron contra el suelo y sacudieron la habitación entera.

Contuve la respiración de golpe y me resistí a la tentación de tocar mi cuello.

—No lo hizo. Lo detuve esta… —Me callé antes de decir nada más y empeorar las cosas—. Lo detuve.

—¿Esta vez? —La voz de Ash bajó hasta no ser más que un susurro de una muerte tan fría que incluso tirité—. Eso era lo que ibas a decir.

—No.

—No me mientas.

—No estoy mintiendo —mentí.

Unas sombras subieron por su cuello, treparon por su mandíbula.

—¿Crees que no sé lo que te han hecho? —El aire se volvió helador—. ¿Lo que él te ha hecho?

Me quedé paralizada mientras sentía que toda la sangre desaparecía de mi cara. Todos mis músculos se habían quedado rígidos y no tenía nada que ver con el frío glacial de la habitación.

—No —dije, y no estaba del todo segura de a quién se lo decía. ¿A él? ¿A mí? ¿A los dos? Fuera como fuere, Ash no podía saberlo. Necesitaba creer eso. Ash solo sospechaba cosas, basado en su conocimiento de Kolis.

Ash se estremeció mientras me miraba desde lo alto.

—Le voy a *sacar las tripas* —me juró, con ese susurro gélido y oscuro que apostaría a que se oía por todo el Abismo—. Le arrancaré la cabeza de los hombros y lo desmembraré extremidad a extremidad. Luego desperdigaré lo que quede de él por todos los rincones de los mundos.

Fruncí el ceño al tiempo que se me ocurría algo.

—De hecho, eso no suena como un mal plan.

—Entonces, no discutas conmigo, *liessa*. —Sus brazos se aflojaron a mi alrededor y mi trasero volvió a tocar el suelo. Lo agarré por los hombros.

—Eso no era lo que quería decir.

Esas alas ahumadas se alzaron de nuevo.

—¿Crees que no puedo verlo?

—Supongo que esa es una pregunta retórica, puesto que es obvio que ves.

—Veo —confirmó, y yo puse los ojos en blanco—. Veo cómo te tiene vestida. —Puse los ojos en blanco otra vez, delante de su cara—. Veo en qué estado estás. —¿En qué estado…? Bajé la vista y vi que la

frágil tela del vestido se había desgarrado por el cuello. Por algún milagro, mi pecho no había quedado a la vista… bueno, *más* a la vista de lo que lo había estado ya—. ¿Acaso crees que no sé lo que debió hacer falta para que echaras mano de la esencia de ese modo?

—Si me haces una sola pregunta más para la que claramente crees que sabes la respuesta… —musité.

—¿Para blandir la esencia hasta tal punto, hacerle esto a él y liberarme? —continuó, como si yo no hubiese hablado—. ¿Y has olvidado que podía sentirte? ¿Sentir lo que estabas sintiendo tú?

Oh.

Oh, no.

Mis labios se entreabrieron mientras él confirmaba mis peores temores.

—Cada vez que estaba consciente, te sentía. Tu dolor. Tu miedo. El pánico. La jodida *desesperación*. —Las paredes se sacudieron cuando ese susurro gélido giró por toda la habitación y cayó al suelo como granizo y cellisca. Sabía que no era Nektas ni ningún otro *draken* el que lo hacía—. ¿Tu ira? La sentí toda. Saboreé todo lo que estabas sintiendo hasta que me estaba ahogando en ello. Hasta que desgarré mi propia piel para llegar hasta ti. —Su voz se quebró entonces, igual que lo hizo la pared detrás de él—. Y no podía hacer nada… joder, *nada*… para protegerte. Para borrar nada del horror que estabas experimentando.

La presión se cerró sobre mi pecho. Oh, por todos los dioses, no había querido que sintiera eso, nada de eso. Era lo único que creía que la estasis había evitado. De repente, notaba la piel demasiado apretada, y me entraron ganas de cerrar los ojos y reptar dentro de mí misma. Pero no podía apartar la mirada de Ash.

Lo miré sin parpadear, y me di cuenta de que había estado equivocada cuando creí que había visto esas brasas primigenias de muerte salir de él con anterioridad. En realidad, no lo había hecho. No hasta ahora. Había visto atisbos de ellas cuando había matado a los guardias de Tavius y a los dioses que habían ido a las Tierras Umbrías a por mí. Había visto indicios de ellas cuando había luchado contra los dioses sepultados en el Bosque Rojo. Y después, cuando derribó al *draken* Davon del cielo y se *rio*. Había visto parte de ellas cuando mató a Hanan y luchó contra Kolis, pero ahora era cuando las veía *de verdad*.

Ash no hacía esa cosa siniestra de convertirse en esqueleto que hacía Kolis. No necesitaba el dramatismo porque cada palabra que pronunciaba llevaba el peso de un millar de tumbas frías y vacías, y la promesa de una muerte interminable en el Abismo.

Una vez más, me di cuenta de que había bastantes posibilidades de que Sotoria no fuera necesaria. Ash podía acabar con Kolis, pero ¿sin

que hubiera un verdadero Primigenio de la Muerte? Fuese o no fuese capaz Ash de hacerse con las brasas, el equilibrio del que tanto había hablado Kolis quedaría alterado de maneras que provocarían una destrucción inimaginable.

Así que aunque lo que más deseaba en este mundo era ceder a la presión y al deseo de levantarme y echar a correr, para poner tanta distancia entre lo que era posible que Ash supiera y yo, no podía.

Esto era más grande que yo. Más importante. Tenía que recuperar la compostura porque no teníamos demasiado tiempo. Podía sentirlo, a pesar de que estaba haciendo todo lo posible por ignorarlo. Conté como había hecho antes.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Levanté una mano temblorosa del hombro de Ash y toqué su mejilla. Ya no era visible ni un ápice de su piel broncínea y dorada, y noté su mandíbula dura como el granito bajo la palma de mi mano.

—No hay nada que desee más que su muerte —dije—. Pero no puede morir. Tienes que saberlo, ¿verdad? Durante todo este tiempo, tenías que saber que no se le puede matar. No puede hacerlo nadie. Ni siquiera Sotoria.

Ash no dijo nada y las alas se espesaron detrás de él, pero sabía que estaba en lo cierto. Él tenía que saber que el Primigenio de la Muerte debía existir siempre. Igual que debía hacerlo el Primigenio de la Vida.

—Sé que te importan los mundos —proseguí—. Y aunque a ti no te importasen, *a mí* sí. Me importan mi hermana y Marisol. La gente de Lasania y del resto del mundo mortal. Incluso mi madre.

Levantó la cabeza de golpe.

—¿Tu madre? —escupió—. Que le den.

Mis labios se movieron un poco, pero me reprimí de sonreír. No creí que eso fuese a ayudar en este momento.

—Tenemos que salir de aquí, Ash. —Tragué saliva otra vez, pero hizo poco por aliviar mi dolor de garganta. Miré de reojo el cuerpo inmóvil de Kolis.

Había muchas razones por las que teníamos que irnos, empezando por la ira de Ash hacia su tío. Era tan intensa que no podía llevar a nada más que a la ruina, y si se permitía ceder a ella, se arrepentiría. Ahora no pensaba eso, pero sabía que lo haría, y no podía dejar que eso ocurriera. Me negué a permitir que otro remordimiento mancillara su alma.

Pero esa no era la única razón.

—Tenemos que ir a algún lugar seguro —continué—. Y tienes que sacar las brasas de mi cuerpo antes de que sea demasiado tarde.

El músculo de su mandíbula palpitó bajo la palma de mi mano. Pasó un momento largo y tenso, y entonces las sombras empezaron a desintegrarse y dispersarse hasta desaparecer bajo su piel. Algo de lo que había dicho debía de haberle llegado.

—¿Vale? —dije.

Ash asintió mientras las alas de sombra se diluyeron, pero su mirada se apartó de mí y volvió a Kolis. Me dio la impresión de oír algo entonces. ¿Pisadas? Antes de poder mirar, los brazos de Ash se cerraron sobre mí. En un momento, estaba sentada en el suelo envuelta en un abrazo flojo. Al siguiente, estaba de pie con sus brazos cerrados con fuerza a mi alrededor. El movimiento hizo que se me revolviera el estómago, pero su cabeza volaba ya hacia la puerta. Un gruñido grave retumbó en su pecho.

—¿Majestad? —llegó una voz que tardé un momento en reconocer. Elias.

Intenté que mi estómago dejase de dar vueltas y me giré hacia las puertas justo cuando se abrían. Un lado se medio cayó de sus bisagras rotas.

Elias se paró en seco. Sus ojos dorados saltaron de Kolis a Ash y luego a mí.

—¿Ella está bien?

Toda la ira que iba dirigida a Kolis se centró ahora en el dios que estaba a la entrada. Un retumbar grave de advertencia brotó de Ash.

—¿Qué has preguntado?

—No pretendo hacerle ningún daño —insistió Elias, aunque dio un paso atrás. En cualquier caso, por lo que le había visto hacer a Ash en los pasillos del santuario, sabía que eso no le serviría de nada.

Unas sombras brotaron de Ash, pasaron sobre mí inofensivas pero luego se elevaron, preparadas para golpear a Elias. El dios no sobreviviría a eso. Uno de los zarcillos serpenteó por el suelo. No creía que Ash tuviera intención de que Elias sobreviviese, pero…

—No lo hagas. —Mis dedos presionaron contra el pecho de Ash—. No le hagas daño.

Ash replegó el *eather* ahumado, pero no apartó su atención del dios.

—¿Me lo pides porque deseas tener el honor de hacerlo tú misma?

—Pensar eso es bastante dulce por tu parte, la verdad —le dije, y le di unas palmaditas en el pecho. Las alas pintadas por encima de las cejas de Elias dieron la impresión de levantarse—. Pero no. —Miré al dios. La espada de piedra umbra que sujetaba estaba empapada de sangre reluciente. Levanté la vista hacia su cara pintada. Pensé en el consejo que me había dado, en lugar de en cuando me había dejado

inconsciente.

Antes de que ninguno de nosotros pudiéramos responder, vi un destello de oscuras escamas grises y toda la habitación tembló cuando Nektas aterrizó afuera. En el otro extremo del corredor cubierto, una patrulla de guardias salía en tropel por las puertas de los aposentos de Kolis. La cola con una púa dio un latigazo por el corredor al tiempo que solo la mitad de la cabeza con cuernos de Nektas aparecía ante nuestros ojos. Sus enormes fauces se abrieron.

Un chorro de fuego plateado brotó para extenderse por encima de los guardias, que se prendieron como yesca seca. Sus espadas cayeron al suelo mientras sus gritos perforaban el aire.

—¿O prefieres que Nektas lo queme? —sugirió Ash, su mirada glacial todavía fija en Elias.

—Hum, eso tampoco. —Me encogí cuando vi a uno de los dioses agitando los brazos, engullido por las llamas plateadas—. Al menos, todavía no.

—¿Y cuál es tu razonamiento para esto, *liessa*? —Unas vetas de *eather* iluminaron las venas de sus mejillas—. Los mundos no sufrirán la pérdida de un dios más o menos.

Maldita sea.

Miré a Ash y sentí una oleada de calor casi desconocida. Era… *salvaje* cuando estaba enfadado, y yo lo encontraba, incluso en medio de todo esto, de lo más excitante.

Por una vez, no pensé que eso debiera inquietarme. Ash *por fin* apartó sus ojos de Elias y me miró desde lo alto. Una de sus cejas se arqueó mientras unas cálidas motas de *eather* se removían en sus ojos. Me di cuenta de que era posible que hubiese percibido mi deseo, pero descubrí que eso no me avergonzaba. Estaba… por todos los dioses, estaba aliviadísima de sentir ese calor arremolinarse en mis venas. Joder, estaba eufórica. Porque en este momento, mientras lo miraba, me sentía normal.

Bueno, tan normal como me había sentido nunca. Y era gracias a él… Ash me ayudaba a sentirme así. Mi pecho se hinchó de la emoción y llenó por unos instantes la vaciedad persistente que crecía ahí.

—Te quiero —susurré.

El cambio en Ash fue rápido. Sus facciones se suavizaron mientras su pecho se hinchaba contra el mío.

—*Liessa*…

Con los ojos llorosos, aparté la mirada antes de empezar a sollozar como una tonta. No había tiempo para eso. Volví a concentrarme en Elias, que parecía un poco confuso, a la par que un poco aliviado. Después miré más allá de él, hasta Nektas. Tenía que haber una razón para que no estuviese friendo al dios.

—¿Sir… sirves a Kolis, Elias?
—Sirvo al Primigenio de la Vida —respondió Elias.
—Ahí tienes tu respuesta —declaró Ash, y su breve calor se disipó —. Él también morirá.
—Me he expresado mal —se corrigió Elias, al tiempo que hincaba una rodilla en el suelo. Mi corazón latía como un martillo en mi pecho.
—Esto otra vez no.
Ash frunció el ceño.
—Sirvo a la *verdadera* Primigenia de la Vida. —Cruzó la espada delante de su pecho e inclinó la cabeza.
—*Sí* que es esto otra vez —musité. Ash miró al dios con interés renovado.
—Con mi espada y con mi vida. —Elias levantó la cabeza—. Te juro, la nacida de Sangre y Cenizas, *la* Luz y el Fuego, y *la* Luna Más Brillante, cumplir tus órdenes.
Ash se puso tenso.
—¿Estás jurándole lealtad a Seraphena?
Elias asintió.
—Es por las brasas —expliqué, y el leve dolor sordo volvió a mis sienes mientras me preguntaba si Elias estaba trabajando él solo contra Kolis, o con un Primigenio como Attes, o quizás incluso Keella, que estaba claro que no era fan de Kolis—. A eso es a lo que le está jurando su lealtad.
—No. —Ash frunció el ceño, luego giró el cuerpo hacia mí. Me miró de arriba abajo—. Es a ti.
Abrí la boca, pero no tuve la oportunidad de discutir sobre la semántica de la lealtad del dios. Ash agachó la cabeza para besarme, y de verdad que la habitación entera desapareció a nuestro alrededor porque su boca estaba sobre la mía, y no me importó poder saborear la sangre de aquellos de los que se había alimentado. Había temido no volver a sentir esto. Que me marcharía de Iliseeum para no volver a experimentar el contacto de sus labios sobre los míos nunca más aparte de en sueños.
Ash separó la boca de la mía.
—Dile que se levante, *liessa* —susurró.
Parpadeé, confusa, las rodillas aún más débiles que antes.
—¿Eh?
Sus labios se curvaron contra los míos.
—Sigue arrodillado.
—Oh. —Me aclaré la garganta—. Puedes levantarte.
Había un indicio de sonrisa en la cara de Elias cuando se levantó.
—Ya le he enviado un mensaje a Attes —anunció Elias, lo cual respondió a mi pregunta de con quién estaba trabajando—. Está de

camino.

El centro de mi pecho se iluminó, al tiempo que Ash se ponía tenso a mi lado.

—Creo que ya está aquí.

Elias suspiró.

—Por supuesto que ya estoy aquí —nos llegó la voz del Primigenio desde fuera.

Un segundo después cruzó hasta donde podíamos verlo. La brisa levantaba su pelo pajizo mientras pasaba alrededor de Nektas. El *draken* siguió todos sus movimientos, sus ojos carmesís alertas.

Cuando Attes se acercó, vi que tenía la armadura manchada de sangre.

—Me han entretenido un poco. —Pasó por delante de Elias, la vista fija en Ash y en mí—. Sé que es probable que vosotros dos queráis continuar esta reunión, pero sugiero que nos demos prisa en salir de aquí. Estoy seguro de que alguno de los dioses habrá sombrambulado su culo hasta Vathi para alertar a Kyn, y esos malditos Retornados a los que derribaste están haciendo esa cosa suya de la reanimación. Basilia tiene a Diaval y a Sax batiéndose en retirada, pero eso no durará demasiado, sobre todo si Naberius decide… —Dejó la frase a medio terminar y se paró en seco cuando por fin vio a Kolis.

No tenía ni idea de quiénes eran Basilia y Sax, pero como Attes había mencionado también a Diaval, supuse que era seguro asumir que Basilia era uno de los *drakens* de Attes. Sax debía ser otro de los de Kolis.

Attes tragó saliva mientras miraba a Kolis.

—Estaba en lo cierto.

Consciente del aire frígido que emanaba de Ash, me apresuré a contestar.

—En efecto, lo estabas.

La mirada de Ash se deslizó hacia el falso rey y el hueso dorado que sobresalía de su pecho. Inspiró con brusquedad, y supuse que lo que veía y lo que significaba por fin se habían relacionado en su mente.

Unos ojos color tormenta se posaron en los míos.

—Lo sabía —susurró.

—¿Que en realidad yo no era ella? —pregunté.

—Esas preguntas tendrán que esperar —nos interrumpió Attes, y la expresión de Ash se volvió neutra—. De verdad que tienes que sacarla de aquí, Nyktos. No puede estar aquí cuando llegue mi hermano.

Ash miró de reojo a Attes, luego agachó la cabeza para hablarme al oído.

—¿Estás bien? —Cuando asentí, apretó los labios contra mi sien—.

Espera aquí. Nos marcharemos enseguida.

Empecé a fruncir el ceño, pero me soltó. Notaba las piernas un poco temblorosas, y me costó un poco de esfuerzo evitar que se notara cuando Ash se alejó de mí.

Attes se giró hacia él.

—Nyktos, sé que es probable que no confíes en mí, pero nunca le he sido leal a Kolis.

—¿Ah, no? —dijo Ash, su voz suave.

Unas campanillas de alarma se dispararon de inmediato. Cuando hablaba así, las cosas se ponían sangrientas.

—Tu padre era como un hermano para mí; incluso para Kyn durante un tiempo. Nunca hubiese podido apoyar de verdad a Kolis después de aquello. Hice todo lo que pude por interferir con sus asuntos y por proteger lo que planeó tu padre. Tienes que saber que en el fondo…

Eso fue todo lo que consiguió decir antes de que el puño de Ash se estrellara contra la mandíbula del Primigenio. Abrí los ojos como platos cuando Attes se tambaleó hacia atrás.

—Hum —murmuré. Vi que Elias se movía nervioso al lado de la puerta.

No estaba segura de qué era lo que incitaba más la ansiedad del dios: los dos Primigenios o ver toda la cabeza de Nektas justo detrás de él. Por los ollares del *draken* salió humo cuando soltó el aire con fuerza.

—Joder. —Attes escupió sangre—. Vale. Me lo merecía.

Unos zarcillos de sombras ribeteadas de *eather* se arremolinaron a los pies de Ash cuando agarró la coraza de Attes y arrastró al Primigenio hasta él. Estaban casi ojo con ojo y pensé que debería intervenir, aunque Attes tenía razón. *Sí* que se había merecido eso, pero…

—Podemos confiar en Attes —aporté.

—Más le vale —masculló Ash, y oí la sonrisa en su voz. No era una amistosa—. ¿Tú y yo? —No había ni un centímetro de espacio entre sus caras—. Vamos a tener una pequeña charla.

Attes le sostuvo la mirada y asintió.

—Sí, la tendremos, pero no aquí. Si llega Kyn, va a…

—Ya sé lo que hará —gruñó Ash, y mis rodillas se bloquearon—. Así que tú sabes lo que voy a hacer yo.

—Lo sé. —La voz de Attes se había vuelto más ronca y sus ojos volaron hacia donde estaba yo.

Mis rodillas se desbloquearon y empecé a andar hacia ellos.

—Deberíamos… —Una oleada de mareo caliente me golpeó de repente e hizo que una película de sudor perlara mi frente de inmediato. Toda la habitación pareció ladearse y apreté los ojos con

fuerza cuando sentí un retortijón en la tripa.

—Por los Hados —murmuró Attes.

Ash llegó a mi lado al instante, una mano en mi hombro para equilibrarme.

—¿Sera? —La palma de su mano fría acarició mi mejilla—. Háblame. —Cerré la mandíbula con fuerza y pugné contra las náuseas mientras me concentraba en el alivio que me produjo su contacto frío —. ¿Es tu respiración? —La voz de Ash bajó a un susurro y se acercó a mí.

Por todos los dioses, el hecho de que hubiese pensado en eso siquiera y de que se asegurase de que solo yo pudiera oírlo… Inspiré por la nariz a medida que las náuseas menguaban.

—No, so… solo me he mareado un momento. —Abrí los ojos para ver su mirada de preocupación clavada en mí—. Estoy bien.

—No, no lo estás. —La voz de Attes sonó más cerca. Ash giró la cabeza hacia él a toda velocidad.

—¿Quieres llevarte otro puñetazo?

—No especialmente —repuso el Primigenio, pero había palidecido —. Has visto lo mismo que he visto yo.

—¿Qué habéis visto? —exigí saber. Miré de uno a otro, pero ninguno respondió—. ¿Qué?

—Dio la impresión de que estabas cambiando —repuso Elias, al tiempo que nos llegaba el rugido lejano y enfadado de un *draken*.

—¿Cambiando? —pregunté. Nektas apartó la cabeza del corredor para escudriñar el cielo—. ¿A qué? ¿A alguien con más ropa?

Apareció un hoyuelo cuando Attes esbozó una sonrisa. Pensé que era bueno que Ash no lo hubiera visto.

—Pudimos ver las brasas. —Ash remetió un mechón de pelo detrás de mi oreja—. En tu piel. Pero solo unos segundos.

—Oh —susurré, y pensé en los puntitos de luz plateada que había visto en mi piel.

—Estabas… estabas preciosa —dijo Ash, y un destello de asombro cruzó su cara antes de que la preocupación se apoderase de su mirada —. Tenemos que irnos.

Sin decir una palabra, asentí y miré a Attes. La preocupación era evidente también en su cara, pero sabía que no estaba reservada solo a mí. Tragué saliva y busqué la presencia de Sotoria. La… la sentí donde *habían* estado las brasas, callada pero consciente.

—Pero también necesitamos tiempo —continuó Ash—. Tanto tiempo como sea posible con Kolis fuera de juego.

Elias hizo un gesto con la barbilla en dirección a Kolis.

—Puedo sacarlo de aquí. Esconderlo y hacer que su recuperación sea un poco más… dificultosa. —Esbozó una sonrisa brutal y me dio la sensación de que una recuperación *dificultosa* implicaba hacer crecer

nuevas extremidades—. Sus partidarios se centrarán solo en encontrarlo. Eso os dará algo de tiempo.

—No demasiado —nos advirtió Attes.

Mi corazón se comprimió cuando pensé en todo lo que quería hacer en este *no demasiado* tiempo. Todo lo que quería experimentar. Se me hizo un nudo en la garganta. Esta era otra cosa más en la que no podía pensar.

—¿Eso es lo que quieres que se haga? —preguntó Elias.

Recibió solo silencio como respuesta. Esperé a que Ash o Attes contestaran, pero me estaban mirando a mí. Elias también.

Mis cejas salieron disparadas hacia arriba.

—¿Me lo estás preguntando a mí? —exclamé con una vocecilla ronca. Una leve sonrisa tironeó de los labios de Ash.

—Tú eres la Primigenia de la Vida a la que ha jurado su lealtad —me recordó. Como si lo pudiese olvidar.

—Soy tu consorte —le recordé.

—En realidad… —empezó Attes, luego se interrumpió—. Da igual.

La verdad era que quería saber qué había estado a punto de decir, pero teníamos que marcharnos.

—No tengo ni idea de lo que deberíamos hacer con él.

—Sabes cuál es mi respuesta —comentó Ash—, pero tuviste razón al detenerme. Por mucho que deseara que no la tuvieses.

—Lo mismo digo. —Deslicé una mano por mi brazo, haciendo caso omiso de la sangre pegajosa que lo cubría—. ¿Podríamos llevárnoslo con nosotros hasta que pensemos qué hacer con él?

—Eso sería ideal. —Attes se había acercado a Kolis. Se arrodilló a su lado y maldijo—. Pero no estoy seguro de que sea lo más sensato.

La atención de Ash fue hacia el otro Primigenio.

—¿Qué está pasando?

—El fragmento de hueso no llegó tan profundo como para permanecer donde está sin ayuda. De hecho, es imposible clavarlo tan hondo —explicó. Luego se levantó—. Su cuerpo empezará a expulsarlo pronto. —Se giró hacia nosotros—. Despertará.

—¿Y no hay nada más que podamos hacer para mantenerlo incapacitado? —pregunté.

—No, a menos que consigamos una espada de hueso —repuso Attes. Traté de mantener a raya mi frustración.

—¿No puedes utilizar la de tu hermano?

Attes me lanzó una mirada insulsa.

—No creo que vaya a renunciar a la suya sin una pelea brutal.

—Una que quizá no quieras iniciar —mascculló Ash. Los ojos de Attes saltaron hacia él.

—No te equivocas. Quiero evitar eso durante todo el tiempo que sea posible. —Apretó la mandíbula—. Porque sé que terminará con mi

muerte o con la suya.

Se me revolvió el estómago. Ninguna parte de mí lloraría la muerte de Kyn, pero su fallecimiento sin la posibilidad de que otro se elevase para ocupar su lugar causaría más agitación. Miré a Kolis.

Además, Attes no debería tener que matar a su propio hermano si la cosa llegaba a ese punto.

—Entonces, ¿qué opciones decíais que teníamos? —pregunté.

Ash mantuvo el brazo a mi alrededor cuando se giró hacia Elias.

—¿De verdad crees que puedes sacarlo de aquí? —Elias asintió—. Eso nos dará algo de tiempo —declaró Ash—. Hazlo.

—Pero ¿puedes hacerlo sin correr riesgos? —intervine—. Como… ¿sin morir en el proceso?

—Mi seguridad no debe ser una preocupación para ti, alt…

—Ni se te ocurra llamarme así —lo corté—. Y tu seguridad *sí* es una preocupación; si no lo fuese, no te habría preguntado nada.

Elias miró de reojo a Ash, luego tragó saliva al ver la mirada que este le lanzó.

—Es un honor que te preocupes por mí. Puedo hacerlo sin correr riesgos. —Miró a Attes y un destello iluminó sus ojos color ámbar—. Si me prestas algo lo bastante grande como para sacar su culo de aquí deprisita. Como ¿quizá Setti?

—Me da la impresión de que lo único que quieres es montar mi caballo —comentó Attes, al tiempo que deslizaba los dedos por el brazalete que rodeaba su bíceps—. Pero sí.

Un fino hilo de neblina brotó del brazalete de Attes, se extendió deprisa y cobró forma, hasta solidificarse en un caballo enorme, del tamaño de Odín, con una reluciente capa de color piedra umbra. Setti sacudió su crin y emitió un suave relincho agudo.

—Nunca me acostumbraré a ver eso —murmuré, y mi vista se posó en el brazalete del bíceps de Kolis.

Pensé en el extraño reflejo lechoso que había visto ahí. No había visto a su corcel…

Espera.

Luz blanca lechosa.

*Eythos*.

—¡Esperad! —grité, justo cuando Attes agarraba las riendas de Setti. El caballo de batalla manoteó con cascos el doble de grandes que mi mano. Mi corazón se aceleró—. Por todos los dioses. —Me giré hacia Ash, los ojos como platos. Santo cielo, su padre…—. Casi lo olvido.

—¿Olvidar qué?

—El diamante. —Me escurrí de los brazos de Ash. O lo intenté. Él se movió conmigo, su brazo alrededor de mi cintura—. El diamante La Estrella.

Attes giró en torno a Setti. Ash se enderezó.

—¿Lo has encontrado?

—Sí. Algo así. ¿Sabéis lo que es?

Elias negó con la cabeza, pero Attes asintió.

—Eythos me habló de él.

Ash lo miró y un montón de cosas debían de estar encajando en su lugar.

—No vais a creerlo. —Volví a girarme y, esta vez, Ash me soltó. Aunque mis piernas parecían sujetas solo por finos tendones (apenas sujetas), las encontré sorprendentemente estables—. Está aquí. Ha estado aquí todo este tiempo. —Arrastré los pies hacia la jaula destrozada—. No creo que lo haya destruido. Espero que no. —Me asomé al interior, aliviada de ver el racimo de diamantes todavía en el centro del techo de la jaula—. Ahí está. En el techo. Kolis hizo que lo escondieran ahí.

Ash se reunió conmigo. Un músculo palpitó en su sien cuando echó un vistazo a lo que quedaba del recinto y lo que aún había en su interior.

—Ahí arriba —repetí con suavidad, porque no quería que pensase en nada más de lo que veía—. No tengo demasiado tiempo para explicar todo esto, pero necesitamos ese diamante.

Ash cuadró los hombros mientras miraba arriba.

—¿Estás segura de que es eso?

—Kolis lo invocó. Y cuando lo hizo, cambió de forma y se convirtió en un diamante que parecía, bueno… una estrella.

—¿Cómo lo invocó? —preguntó Attes, que acababa de llegar a nuestro lado.

—Habló en idioma Primigenio, creo. —Me sequé las palmas de las manos en el vestido—. ¿Creéis que La Estrella podría albergar el alma de Sotoria?

Attes se frotó la mandíbula mientras estudiaba el racimo de diamantes.

—No veo por qué no cuando puede albergar brasas.

—Me da la sensación de que me estoy perdiendo algo de información vital —comentó Ash.

—Así es. —Lo más deprisa posible, le conté la parte sobre el alma de Sotoria—. Kolis dijo algo como… como *vene ta meyaah*, pero no era eso.

Ash repitió lo que había dicho, el ceño fruncido.

—¿Quieres decir *vena ta mayah*? Se traduce como «ven a mí».

—¡Sí! —La traducción tenía sentido—. ¿Crees que funcionará si lo dice otra persona?

—Es como una especie de hechizo —caviló Ash. Bajó la vista hacia la cama. Su pecho se hinchó—. Si es así, ni Attes ni yo seremos

capaces de invocarlo. —Me miró a los ojos—. Pero tú sí.

—Debido a las brasas —conjeturé. Ash asintió.

—Pero no quiero que lo hagas.

Attes se puso tenso.

—Necesitamos sacar el alma de Sotoria de Sera antes de que pase nada más.

—Puede que tú necesites eso —lo corrigió Ash, y sus ojos centellearon de un vívido tono plateado—. Pero lo que necesito yo, lo que necesita Seraphena, es no utilizar esas brasas.

Se me hizo un nudo en el estómago por lo que Ash *no* estaba diciendo: que utilizar las brasas me daría el empujón final para completar mi Ascensión.

—No lo entiendes —insistió Attes—. Puede que no seamos capaces de matar a Kolis todavía, pero algún día, quizá podamos, y solo Sotoria será capaz de hacerlo.

—Me importa una mierda ese *algún día* —gruñó Ash—. Me importa el ahora mismo y lo que usar esas brasas le hará.

—No es solo eso. —El *eather* perfilaba los ojos de Attes—. El alma de Sotoria estará atrapada aquí cuando…

—Ni se te ocurra —una tormenta de furia emanó de Ash— pensar siquiera en terminar esa frase.

Attes dio un paso atrás, arrastró una mano por su pelo.

—Siento…

—Esa frase tampoco la termines. —Unas sombras ondularon bajo la piel de Ash.

Ninguna de las dos frases necesitaban terminarse. Todos sabíamos lo que no se estaba diciendo. El alma de Sotoria quedaría atrapada aquí si yo Ascendía, lo cual no ocurriría. O si moría, lo cual estaba ocurriendo. Esa era la sensación extraña que notaba en el cuerpo, la vaciedad en mi pecho: las brasas ya no estaban ahí.

Ahora estaban *por todas partes*, se habían convertido en un suave zumbido en mi sangre y una leve vibración en mis huesos.

O bien lo que habían sacrificado los *ceerens* por mí, fuera lo que fuere, había expirado, o lo que había hecho para dejar a Kolis fuera de juego y para liberar a Ash lo había agotado. Attes sabía que me estaba muriendo. Por eso se estaba disculpando. Y Ash…

Ash también lo sabía.

Pero Sotoria no era la única razón por la que necesitaba ese diamante. Respiré hondo y entré en la jaula.

—Sera —espetó Ash, a mi lado de repente—. No te quiero ver dentro de esta jaula nunca más. —El *eather* veteaba sus mejillas cuando puso sus manos sobre las mías—. Ni por un segundo. —Por todos los dioses, cómo lo quería—. Tienes que conservar tu energía —declaró, su cuerpo cada vez más tenso—. Y tenemos que marcharnos.

Ahora.

Sentí que estaba a punto de levantarme en brazos y sombrambular a solo los dioses sabían dónde. Deseé que hubiese otra forma de compartir con él lo que había descubierto.

—No se trata solo de Sotoria. —Pugné con la emoción que atoraba mi garganta—. Se trata de tu padre. Su alma está dentro de La Estrella.

# Capítulo 33

Ash me miró desde lo alto, sus labios se entreabrieron.

—¿Qué? —murmuró con voz ronca.

—¿Estás segura? —preguntó Attes, su voz casi tan áspera como la de Ash. Yo asentí.

—Estoy segura. Cuando lo toqué antes, supe… supe que su alma estaba ahí dentro.

Todo el cuerpo de Ash sufrió un espasmo. Dio un paso atrás, casi por acto reflejo.

No aparté los ojos de él, aunque los suyos brillaban con tal fuerza que apenas veía sus pupilas.

—Tengo que recuperar La Estrella también por él.

Su garganta se movió al tragar y sus ojos se deslizaron hacia el techo.

—Mi padre… —Sacudió la cabeza y sus ojos volvieron a mí. La tensión enmarcaba su boca. Al hablar de nuevo, lo hizo en voz baja—. No quiero que uses las brasas.

—Ash…

—Por él no. Ni siquiera por mí. No permitiré que arriesgues tu salud y… —Su voz por todos los dioses, se quebró. Lo mismo que mi corazón. El *eather* volaba por sus iris—. No te pondré en riesgo.

Me quedé estupefacta.

—Es el alma de tu padre, Ash.

—Lo sé. Por los Hados, lo sé. —Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo—. Pero no te pondré en riesgo.

Mi pecho se hinchió de nuevo, al tiempo que esa fisura de mi corazón se ensanchaba. Porque ¿cómo podía Ash ser incapaz de amar? Su deseo, su necesidad de mantenerme a salvo, parecía algo que uno haría cuando quiere a otra persona.

Era lo que yo haría por él.

Y era la razón de que tuviera que hacer esto.

—Estoy bien. —Al igual que el Gran Conspirador, yo sabía mentir cuando tenía que hacerlo.

—Sera…

—Estoy bien —repetí—. Me encuentro como antes. Puedo hacerlo. —Alargué las manos hacia él, tiré de su cabeza hacia la mía, luego lo besé con suavidad—. Voy a hacerlo.

Lo besé una vez más, apoyé bien los pies en el suelo y luego di

media vuelta. Por suerte, no me tambaleé ni oscilé. Levanté la mano como había hecho Kolis, concentrada en las brasas.

—*Vena ta mayah.*

La esencia vibró con debilidad a través de todo mi cuerpo, pero fue suficiente. Me palpitaban las sienes, pero el racimo de diamantes vibró e hizo ese sonido zumbón y agudo.

Ash maldijo desde detrás de mí.

—¿Me vas a hacer caso alguna vez?

—Lo siento. —Mi corazón dio un saltito, y no de un modo agradable. Hizo que se me cortase la respiración un instante. Me invadió un leve temblor mientras respiraba para superar un momento de mareo.

—No lo sientes en absoluto. —Ash se puso detrás de mí para rodear mi cintura con un brazo.

Su contacto tenía una cualidad calmante que había echado muchísimo de menos. Era como un ancla para mí. Y no… no era justo que la volviese a experimentar solo ahora.

El centelleante racimo fue cambiando a medida que se acercaba a la palma de mi mano, hasta formar un solo diamante con forma de estrella.

—Lo tengo —anuncié, solo por si acaso a Ash o a Attes se les ocurría intentar agarrarlo. No sabía si verían lo mismo que yo, pero no quería que nadie más lo viera. Sobre todo Ash… no sin previo aviso.

El diamante aterrizó en mi mano y me envió una corriente de energía brazo arriba. Esta vez, no hubo una sucesión de imágenes repentinas, pero esa luz lechosa, el alma, palpitó.

—¿Eso es todo? —Ash se asomó por encima de mi hombro. Se aclaró la garganta—. ¿La luz? No siento ni percibo nada.

—Eso creo. —Sabía que no disponíamos de demasiado tiempo, pero había algunas cosas que necesitaba saber—. ¿Cómo… cómo crees que meteremos el alma de Sotoria aquí dentro?

—No puedo responder a eso —dijo Attes. El brazo de Ash se apretó a mi alrededor.

—Keella lo sabrá.

—¿Crees que nos ayudará? —pregunté, y recordé de pronto cómo había cuestionado a Kolis—. Lo hará. —O al menos eso esperaba, después de lo que le había hecho yo a Evander. Miré a Attes—. ¿Puedes traerla?

—Por supuesto —afirmó en tono solemne—. Ayudaré a Elias a sacar a Kolis de aquí y luego iré a buscar a Keella.

Sujeté el diamante con fuerza.

—¿Crees que también sabrá *recuperar* un alma del diamante? Supongo que no es lo mismo que extraerla de otras cosas. —Hice una pausa—. O de otras personas.

—Si es distinto, puede que ella lo sepa, pero supongo que es igual que con cualquier cosa. Yo sería capaz de extraerla. Kolis también. —Ash se estremeció—. Y tú. Tú serías capaz de hacerlo.

*

Después de haber ayudado a Elias a subir a Kolis a lomos de Setti, Ash volvió a rodearme con su brazo y me atrajo contra su pecho. El vestido no era barrera alguna contra la frialdad de su piel, y el contacto tuvo el efecto que tenía siempre: me produjo un escalofrío sensual que bajó rodando por toda mi columna. Giré un poco la cabeza en dirección a la cama. Por todos los dioses, había tenido muchísimo miedo de no volver a sentir esto nunca más.

—¿Vamos a sombrambular? —pregunté, el diamante sujeto con fuerza en mis manos.

—Es más rápido. —Puso una mano sobre la parte de atrás de mi cabeza y agachó la suya para apoyar la mejilla contra la mía—. Solo recuerda respirar.

—Lo haré.

El aire se cargó de energía y el cuerpo de Ash empezó a vibrar. Una neblina blanca brotó de él, espesa y entreverada por franjas color medianoche. Solté el aire y luego contuve la respiración cuando la neblina empezó a girar a nuestro alrededor.

—Agárrate —susurró Ash, y me dio un beso en la sien. Oí la ráfaga de aire levantada por Nektas al emprender el vuelo.

Me aferré a Ash mientras lo que quedaba de la jaula, y después Dalos, se perdían en la distancia.

Me dio la impresión de que pasaba solo un segundo, quizá dos, antes de inspirar de nuevo y captar el aroma a aire fresco no contaminado por el hedor de la muerte o de la ranciedad. Lo que inspiré fue aire húmedo y dulce. ¿Lilas? También oí el sonido del goteo del agua.

Los dedos de Ash se enroscaron en mi pelo mientras me sujetaba contra él. Pasó un momento. Luego otro. Ninguno de los dos nos movimos y yo aproveché para dejar que toda la tensión saliera de mi cuerpo. Éramos libres. Los dos. Estábamos a salvo, al menos por el momento. Y estábamos juntos.

Sin abrir los ojos, noté cómo la neblina se apartaba de nosotros. Me empapé de la sensación de estar en contacto con Ash. Lo respiré. Aunque debería tenerla, no tenía ninguna prisa por separarme de su abrazo. Había pasado demasiado tiempo sin él.

—¿Estás bien? —me preguntó Ash, y su aliento revolvió mi pelo. Asentí, las aristas del diamante clavadas en la palma de mi mano.

—¿Estás seguro de que esto no es un sueño?

—Sí, *liessa*. —Me dio un beso en la parte de arriba de la cabeza—. Estamos despiertos. Estamos juntos.

Me estremecí de la cabeza a los pies.

—Pues parece un sueño. Creí que no… —Dejé la frase a medio acabar, luego negué con la cabeza.

—¿Qué? —me preguntó con suavidad.

Las palabras fueron de puntillas hasta mis labios, pero se limitaron a llegar hasta ahí. Decir la verdad sobre, bueno, sobre cualquier cosa, siempre había sido difícil. Pero cuando se trataba de hablar de cómo me sentía… de cómo me sentía *de verdad*. De lo que me había dado miedo, o de mis debilidades… No tenía demasiada experiencia. Más bien, ninguna. No me habían enseñado a hacerlo. Me habían educado para no sentir nada y compartir solo mentiras. Así que el miedo a decir algo equivocado o no de la manera adecuada me causaba una ansiedad casi incapacitante. Incluso ahora, con Ash, que sabía que no me juzgaría, que no se reiría. Después de todo, no era como si él tuviese mucha experiencia con estas cosas tampoco. Aun así, era difícil.

En cualquier caso, según Holland, las cosas más difíciles daban las mejores recompensas.

Tenía razón.

Difícil no era imposible.

Y mantener los ojos cerrados ayudaba.

—Me… me decía que volvería a verte. Así fue como… —Sacudí la cabeza con suavidad—. Así fue como hice lo que tenía que hacer… ya sabes, sobrevivir.

La mano de Ash se flexionó en mi cadera y luego subió hacia el centro de mi espalda.

—Lo sé.

Apreté los ojos más fuerte.

—Pero tenía mucho miedo. Y ya sé que dices que nunca estoy asustada de verdad, pero estaba aterrorizada por la posibilidad de no volver a verte nunca. De no ser lo bastante fuerte para lidiar con todo y *asegurarme* de volver a verte.

—¿Lo bastante fuerte? —Ash deslizó la mano hacia arriba por mi columna—. Eres la persona más fuerte que conozco.

—Eso no lo sé —murmuré. Sus dedos se enredaron más en mi pelo.

—Me has liberado, Sera. Has derrotado a Kolis.

Me mordí el carrillo por dentro.

—Pero podría haberlo hecho en cualquier momento. Podría haberte liberado hacía días, o semanas. Podría… —Me impedí meterme en *ese jardín*—. Debí darme cuenta de que podía hacer lo que luego hice.

—Por todos los Hados, Sera. —Ash agachó la cabeza, de modo que

sentí su aliento contra mi frente cuando habló—. Aunque te hubieses dado cuenta antes, no habrías podido liberarme. Estaba en estasis —señaló—. ¿Y entonces qué? Me da la impresión de que no habrías hecho lo correcto.

—Habría ido a las Cárceres y te habría despertado de tu estasis —le dije—. Eso es lo correcto.

—Lo correcto hubiese sido intentar huir —dijo con suavidad—. En lugar de arriesgarte a que te apresaran de nuevo.

—¿Tú hubieses huido o hubieras venido a por mí?

—Hubiese ido a por ti, pero no estamos hablando de mí. —Fruncí el ceño—. Además, también me liberaste de mi estasis —añadió—. Hiciste que Kolis me despertase.

Parte de la tensión empezó a colarse otra vez en mí.

—¿Él te dijo eso?

Su mano dio otra pasada arriba y abajo por mi espalda.

—Sí.

Giré la cabeza y apreté la frente contra su pecho. Por una parte, quería preguntar exactamente qué había dicho Kolis, pero por otra no quería saberlo.

Ash se quedó callado unos segundos.

—Eso me permitió escapar. Así que sí, eres la persona más fuerte y valiente que conozco —dijo, y me empezaron a escocer los ojos—. Creía que yo iba a salvarte a ti. Cada vez que despertaba, todo se centraba en dos cosas: liberarme y llegar hasta ti. —Pensé en lo que había dicho, que había desgarrado su propia piel para liberarse. El escozor de mis ojos aumentó—. Y debería haber sido capaz de hacerlo. Debería haberte sacado de ahí, en lugar de ir tras Kolis —dijo, la voz más inexpresiva ahora—. Debería haber sido más listo.

—No hagas eso. —Intenté levantar la cabeza, pero su mano me sujetó en el sitio. Notaba su piel fría y dura bajo la palma de mi mano —. No te culpes de eso. Viniste a por mí. Luchaste contra Kolis y yo te distraje.

—Sera… —Soltó una bocanada de aire temblorosa—. Nada de eso importa ahora. Ya no estás ahí. Estamos aquí.

Ash tenía razón. Todo lo que podía haber hecho, lo que hubiese hecho, no tenía ninguna importancia aquí. Ya no.

Despacio, incliné la cabeza hacia atrás y sentí el aire húmedo sobre la cara. Más confiada en que no iba a echarme a llorar, me atreví a abrir los ojos para ver por fin dónde estábamos. Había ramas, o quizás enredaderas, llenas de grandes flores azules y moradas con forma de embudo. Lilas. Levanté la vista, los labios entreabiertos. Las flores trepaban por las paredes de losas grises y por lo que alcanzaba a ver del techo, donde se entrelazaban para formar una especie de cubierta vegetal.

Sentí un pinchazo en el cuello al inclinarme aún más hacia atrás. La luz moteada del sol penetraba entre las flores y proyectaba delgados rayos de luz hacia un…

Las manos de Ash resbalaron de mi cuerpo, por lo que pude girarme. Unas delgadas volutas de vapor subían desde un estanque natural y danzaban entre los rayos de luz.

A partir de las limitadas descripciones que había oído de las Tierras de Huesos, no creí que estuviésemos ahí.

—¿Dónde estamos?

—En el mundo mortal. —Ash permanecía cerca de mí, a mi espalda—. Es un manantial de agua caliente que descubrí una vez. Pensé que a los dos nos vendrían bien un par de momentos de intimidad y poder lavarnos un poco.

Mis ojos se deslizaron por el agua, luego se demoraron en la zona donde burbujeaba alrededor de los salientes de roca. No necesitaba un espejo para saber que yo tenía un aspecto igual de inquietante que Ash.

—Sé que no es tu lago, pero no estamos tan lejos de las Tierras de Huesos. Estamos justo al otro lado de las Skotos. —Hizo una pausa—. ¿Qué opinas?

Parpadeé.

—Esto es… es precioso. —Sacudí la cabeza, asombrada. Contemplé las lilas que colgaban en racimos del techo de la caverna y el agua humeante que centelleaba bajo los delgados rayos de sol—. Ni siquiera sabía que existiese un lugar así.

—Está bastante escondido. —Sus ojos plateados se clavaron en los míos cuando me giré para mirarlo—. No sé si un solo mortal se ha topado jamás con este sitio.

Sin soltar el diamante, me giré otra vez hacia el estanque de roca.

—¿Y qué pasa con Attes? ¿Y Nektas?

—Pueden esperar.

Pero ¿podíamos esperar nosotros? ¿Podía esperar yo? El vacío en mi pecho no había aumentado y se me había asentado el estómago. Mi dolor de cabeza era manejable. Estaba cansada, pero no me caía.

—Es probable que Attes necesite algo de tiempo para encontrar a Keella, ¿verdad?

—Sí —confirmó—. Y Nektas sabe que estoy bien. Puede percibir si no lo estoy.

Asentí. De algún modo, había olvidado que un *draken* vinculado a un Primigenio podía sentir cuándo este estaba en peligro.

—¿Él conoce este sitio?

—No. Nadie más lo conoce. —Sus dedos rozaron mi brazo al retirar un poco de pelo que se pegaba a mi piel ya húmeda—. No tenemos mucho tiempo.

No, no lo teníamos.

—Pero tenemos suficiente.

Era reconfortante saber que nadie interrumpiría estos momentos robados. Solté el aire despacio mientras miraba a través de las flores a los puntitos de luz solar. Después bajé la vista hacia el diamante. Estaba caliente contra la palma de mi mano y sentía cómo latía.

—¿Ves esas rocas grandes, en el centro? —Ash señaló hacia unas rocas que lamía el agua—. Siempre que no te alejes demasiado de ahí, el agua solo te llegará hasta los hombros o así. Más allá de eso, se vuelve más profunda.

Las lágrimas anegaron mis ojos una vez más y parpadeé para eliminarlas. Por todos los dioses, eran tan jodidamente considerado.

Tragué saliva y me giré hacia él. La mitad de su cara estaba oculta entre las sombras.

—¿Cómo te sientes? —Bajé la vista hacia el diamante—. Acerca de esto.

Ash echó la barbilla hacia atrás.

—Si te soy sincero… —Giró la cabeza—. No lo sé. —Frunció el ceño—. Es difícil pensarlo siquiera. Si está consciente ahí dentro, si sabe lo que está sucediendo fuera del diamante. —Apretó la mandíbula y deseé… por todos los dioses, recé, por que no estuviese pensando sobre dónde había estado colocada La Estrella y lo que Eythos podía haber visto debajo de él—. ¿Qué debe sentir al estar atrapado ahí dentro?

—Es… es inimaginable.

Ash tragó saliva.

—Sí.

Bajé la vista hacia La Estrella. La luz lechosa del interior se había calmado, o al menos ya no zumbaba de un lado para otro.

—Creo que es consciente.

—¿Qué…? —Ash se aclaró la garganta, luego apartó la mirada unos instantes—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Es solo una sensación. Como si las brasas de vida reconocieran su alma o algo. No lo sé. Pero ¿la forma en que se mueve la luz en su interior? Cambia de velocidad, se vuelve… casi frenética. Ahora, está calmada.

—Esa luz es un alma. —Bajó la vista, casi como si por fin se permitiese hacerlo, luego se acercó un paso. Su pecho manchado de sangre se hinchó con una respiración profunda—. Sigo sin sentir nada, pero este es el aspecto que tiene un alma… un alma buena. Un alma pura sería más intensa… una luz blanca, brillante y cegadora.

La luz del diamante, del alma, parecía flotar cerca de la superficie de la piedra. Me pregunté qué aspecto tendría el alma de Kolis.

*Gris por la Podredumbre*, pensé. Pero entonces me pregunté qué

aspecto tendría *mi* alma. Levanté los ojos hacia Ash.

—¿Sabías que yo no era Sotoria en realidad?

Me miró a los ojos.

—No podía estar seguro, pero asumí que lo que creían Holland y Penellaphe sería lo correcto. —Su frente se frunció cuando bajó la vista hacia el diamante de nuevo—. Cuando no hacías más que insistir en que no eras ella, sí que busqué una impronta adicional de un alma en tu interior, pero nunca percibí la presencia de nadie más que la tuya. Pero eso podía deberse solo a que tu alma es más fuerte o a que era en la que me fijaba yo.

No tenía ni idea de por qué me sentía halagada porque se hubiese fijado en *mi* alma, pero era así.

—Aunque tampoco me importó nunca —sentenció. Ahí se me cortó la respiración—. No me importaba si eras solo Seraphena o si había habido un tiempo en el que te conocían como Sotoria. —Un mechón de pelo resbaló hacia delante y fue a posarse sobre su mejilla —. No me importaba. Para mí siempre fuiste Seraphena, y nada de lo demás tenía ninguna trascendencia.

Yo… había estado en lo cierto cuando había pensado que a Ash no le había importado lo uno o lo otro. Apreté los labios al sentir que se me anegaban los ojos de lágrimas otra vez, pero las reprimí. Tenía que hacerlo, porque eran una mezcla de amor y aflicción, y porque me recordaban que esto no era justo.

Y esa injusticia amenazaba con hacer añicos cualquier calma que hubiese encontrado.

—¿Puedo…? —Ash se aclaró la garganta de nuevo—. ¿Puedo sostener el diamante?

Se me encogió el corazón. Jamás lo había visto u oído tan vulnerable. Dubitativo.

—No sé si deberías.

Sus ojos volaron hacia los míos.

—¿Por qué?

—La primera vez que toqué La Estrella, vi cosas. Creo que es la razón de que sepa que es aquí donde ha estado atrapada el alma de tu padre. —Deslicé el pulgar por encima de una de las puntas—. Vi cómo se creó y… cómo murió tu padre.

Los músculos de sus hombros se contrajeron y tensaron.

—¿Qué viste?

Quería preguntarle si de verdad quería hacer esto, pero sabía la respuesta. Era la misma que daría yo. Necesitaba saberlo.

Así que se lo conté.

Le conté todo, excepto la parte sobre su madre. Simplemente… pensé que no necesitaba saber eso. Y después tener que procesar la posibilidad de que su madre le había tenido cariño a Kolis, que quizás

incluso lo quiso en algún momento, solo para acabar asesinada por él. Quizá no me correspondiera a mí tomar esa decisión, y quizá fuera una equivocación ocultárselo, pero no veía cómo podía beneficiarlo tener ese poco de información adicional. Tal vez si tuviésemos más tiempo, le contaría todo lo que había descubierto aparte de lo que vi en el diamante, incluida la afirmación de que Eythos había matado a Sotoria, algo que no estaba segura de que fuese del todo cierta y de lo que no conocía las circunstancias.

Pero ¿ahora? Le conté cómo Eythos había intentado hablar con Kolis y cómo le había dicho a su hermano que podían olvidar todo lo que había hecho Kolis, y que aún lo quería.

El rostro de Ash se convirtió en una máscara fría e impenetrable a medida que yo hablaba y, en ese momento, tenía el aspecto que cualquiera podría imaginar que tendría un Primigenio de la Muerte.

—Kolis no lo creyó —continué. Hablaba en voz baja, aunque no podía oírnos nadie—. Así que apuñaló a Eythos con una daga hecha con los huesos de los Antiguos para demostrar que Eythos mentía al decir que todavía lo quería. Él… no tenía planeado matarlo.

Sus ojos perdieron el brillo.

—Y una mierda.

—No creo que lo sea —lo contradije, convencida ahora de que había tomado la decisión correcta al no compartir la información sobre Mycella—. No sabía que Eythos había renunciado a sus últimas brasas. No era consciente de lo débil que estaba.

—¿Kolis dijo eso? —preguntó Ash, las aletas de la nariz abiertas.

—Lo *vi* —le recordé—. Lo oí. Eythos le dijo a Kolis que había sabido que era capaz de matarlo, pero que había esperado no tener razón. Vi a Kolis llorar. —Cerré los ojos—. Kolis no sabía que yo iba a ver nada cuando toqué el diamante, pero lo que vi me sorprendió tanto que se me escapó sin querer que lo había visto llorar. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Ent… entonces supo que había visto algo.

—¿Eso fue lo que causó todo esto? —Su voz se afiló con una ira apenas reprimida, cada palabra pronunciada despacio, mascullada como el chasquido de un látigo. No lo había oído moverse, pero sentí el roce frío de sus dedos sobre mi cuello—. ¿Los moratones?

El nudo se expandió, pero me forcé a encogerme de hombros.

—No se alegró demasiado de que hubiese visto lo que realmente había pasado. —Abrí los ojos y me apresuré a continuar—. Creo que está avergonzado de lo que hizo, avergonzado de la verdad.

—Me importa una mierda de qué esté avergonzado. —Ash dejó caer la mano, cerró el puño—. O que no haya tenido la intención de matar a mi padre. Lo hizo de todos modos. Hizo todo lo demás. E incluso ahora, te hizo esto a ti.

—Lo sé. —Tragué saliva—. Kolis está… —Negué con la cabeza—. No está exactamente bien de la cabeza.

—Ese es de muy lejos el comentario más suave sobre él que puedes hacer en varias vidas.

—Cierto. —Di un paso atrás—. En cualquier caso, no sé si verás nada de eso, y la verdad es que no quiero que lo hagas. Ya has visto demasiadas cosas horribles.

Ladeó la cabeza.

—Soy un Primigenio de la Muerte, *liessa*. He visto todo tipo de cosas horribles. Atrocidades que no podrías ni imaginar. Yo mismo he cometido algunas de ellas.

—Pero no necesitas ver *esto* —insistí.

Ash me observó durante unos instantes, se volvió callado e intenso, lo cual me dejó con una sensación de estar expuesta de un modo que era muy distinto a como me había sentido cuando me miraba Kolis.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunté, el ceño fruncido.

—Por preocuparte lo suficiente como para pensar en mí —repuso —. Por… por quererme lo suficiente como para evitarme eso.

Por alguna razón absurda, me sonrojé.

—Tú harías lo mismo.

Unos tenues hilillos de *eather* empezaron a filtrarse de nuevo en sus iris.

—Lo haría.

Y yo sabía que lo haría.

Entonces, ¿cómo… cómo era que no podía amar? Tenía la pregunta en la punta de la lengua, pero no tenía ningún sentido preguntar algo inútil.

—Supongo que deberíamos lavarnos —dije en cambio, y miré hacia el manantial de agua caliente—. Aunque me sabe mal meterme ahí tan sucia.

Ash me lanzó una sonrisa irónica.

Busqué algún sitio donde dejar el diamante, pero solo vi tenues parches de hierba que asomaban entre las rocas. Capté un atisbo del dobladillo de mi vestido y vi que estaba más o menos limpio. Me agaché, dejé el diamante en la piedra con sumo cuidado y después agarré la fina tela. Tiré y se rompió con facilidad.

—Hay formas mucho más fáciles de desvestirse, *liessa*.

—Ya lo sé —dije con una sonrisa—. Es solo que parece equivocado dejar el diamante en el suelo de la caverna. —Rasgué una franja de tela del vestido y envolví La Estrella en ella—. Ya está. —Al levantarme, Ash tenía una expresión en la cara que no entendí del todo—. Ojalá pudiese hacer lo que haces tú. Y supiera lo que estás sintiendo.

—Ni siquiera estoy seguro de si lo sabrías si tuvieras esa habilidad, porque ni *yo* sé lo que estoy sintiendo. —Ash frunció el ceño y me miró de arriba abajo—. ¿Siempre te hacía vestir de este modo?

—Es probable que no quieras oír la respuesta a eso.

—Lo cual quiere decir que ya tengo la respuesta. —Su pecho se hinchó con una respiración forzada y, en un abrir y cerrar de ojos, estaba justo delante de mí. Me acarició las mejillas con suavidad—. Todo lo que hice fue para evitar que ocurriera esto. *Todo*.

—Lo sé —susurré. Un leve temblor se extendió por sus manos.

—Aun así, te fallé. Lo siento muchísimo, Sera.

Se me contrajo el corazón cuando un nudo de aflicción se formó en mi garganta.

—No me fallaste, Ash. No tienes nada de lo que disculparte.

—Sí que lo tengo. Te fallé antes de que dieras siquiera tu primer paso en las Tierras Umbrías.

Lo agarré de las muñecas.

—¿Cómo puedes decir eso? Cuando me rechazaste como tu consorte, lo hiciste para protegerme. Hiciste ese trato con Veses para que Kolis no supiese de mi existencia. No había ninguna forma en la que pudieras saber que él era consciente de mi existencia desde el principio.

—No estoy hablando de eso, Sera. Estoy…

Lo miré con atención.

—Bueno, ¿qué?

Cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Tenemos que lavarnos. Hablaremos de esto más tarde.

—Pero…

—Más tarde —insistió, y depositó un beso en mi frente. Sus ojos, ahora abiertos, brillaban como estrellas—. Ahora mismo, solo… solo necesito ocuparme de ti. ¿Por favor? —No habría demasiado «más tarde», pero había dicho «por favor», así que no podía negarme. Asentí —. Gracias.

Esa única palabra pronunciada con voz ruda hizo que se me comprimiera el pecho aún más. Me quedé muy quieta mientras él pasaba mi pelo por encima de un hombro y encontraba el cierre de mi vestido detrás de mi cuello. El corpiño se aflojó de inmediato. Por acto reflejo, frené su caída con un brazo cruzado delante del pecho.

Sus dedos dejaron de moverse al instante.

—Solo quiero ocuparme de ti —repitió—. Eso es todo, Sera. No espero nada, nada en absoluto de ti.

Tardé un momento en entender a qué se refería, lo que estaba diciendo de verdad. No me había llevado ahí para nada que no fuese lo que me había dicho: para tener algo de tiempo a solas y para lavarnos. Y este tiempo a solas no implicaba nada de naturaleza

sensual. Una mezcla de emociones encontradas surgió en mi interior. Había una sensación creciente de amor en respuesta a su consideración y su sensibilidad, pero también había una sensación de… como si mi piel y mi cuerpo no fuesen míos. Me invadió un miedo profundísimo a que Ash ya no me viese como a la Sera que había conocido antes de Kolis, porque yo no tenía ni idea de lo que él podía saber. Lo que le habían dicho. Lo que estaba claro era que le habían dicho *algo*. Me había dado la sensación de que estaba al tanto del trato que había hecho para liberarlo. ¿Conocería también el que había hecho a cambio de la vida de Rhain?

—¿Sera? ¿Estás bien?

Abrí la boca, luego la cerré. Los dedos de mis pies se enroscaron cuando la presión se cerró sobre mi pecho y mi garganta, más asfixiante incluso que las manos de Kolis.

—Percibo la acidez de tu inquietud. —Inclinó mi cabeza hacia atrás—. No tienes nada que temer de mí. Te lo prometo. Estás a salvo.

Me moví de un pie al otro. A pesar del calor de la caverna, se me puso la carne de gallina por los hombros y la mitad superior de mis brazos. No quería que me mirase de manera diferente, que pensara en mí de manera diferente. Yo seguía siendo yo. Ash se daba cuenta de eso, ¿verdad?

—¿Sera? —Sus ojos se posaron por un instante adonde yo tenía sujeto mi vestido. Solo entonces sentí el dolor de mis nudillos por lo fuerte que apretaba la tela. Unas sombras aparecieron durante unos segundos por los hombros de Ash—. ¿Preferirías que no te tocase?

Parpadeé, confusa.

—¿Qu… qué?

—No me ofendería. —La presión suavísima de sus dedos desapareció—. Solo quiero ayudarte en todo lo que necesites.

Mi corazón empezó a latir con fuerza.

—¿Por qué habrías de creer que no querría que me tocaras?

—Has… has pasado por mucho —empezó.

Y yo…

No oí nada de lo que dijo a continuación mientras una sensación retorcida y abrumadora llenó hasta el último rincón de mi ser. Crucé el otro brazo delante de mi pecho. Oh, por todos los dioses, *¿qué* sabía? ¿Qué le *habían* contado? ¿Qué pensaba? El pánico arañó mi piel.

—No sé lo que te han dicho —empecé, sin tener ni idea de si Ash estaba hablando en ese momento o no. Me recorrió un escalofrío, luego otro y otro—. Pero Kolis y yo… quiero decir, él no… —Me empezaban a castañetear los dientes—. Las cosas no llegaron a *ese punto*. Lo juro. En realidad, ni siquiera llegó a tocarme de verdad. —Vale, eso era mentira, pero el resto no—. No tienes que preocuparte

por tocarme. Sigo siendo yo, ¿sabes?

—Ya sé que sigues siendo tú. —Sus oscuras cejas se fruncieron—. Sera…

—Bien, porque no estoy… no sé. —Notaba la cara como si quemara y estuviese helada al mismo tiempo—. No estoy como…

Su pecho se hinchó y, la siguiente vez que habló, su voz sonaba tan dolida como notaba yo el pecho.

—¿Como *qué*, Sera?

No podía decir las palabras que habían invadido mi mente. Era equivocado pensarlas, ni aunque lo abusos de Kolis hubiesen empeorado. Aunque ¿no había pasado algo de todos modos? ¿Cuando me mordió y luego me sujetó mientras él encontraba placer? Era diferente, y distaba mucho de ser tan malo como lo que demasiadas personas habían sufrido… incluida Veses, que había dicho que no era nada. Pero lo que me había ocurrido a mí no era *nada*.

No.

No importaba, porque daba igual lo que Kolis hubiese hecho o no, eso no me convertía en lo que esa jodida voz de mi mente susurraba. Lo sabía. Porque yo no miraba a los acogidos por las Damas de la Merced como seres mancillados. No pensaba que Aios estuviera mancillada. Gemma no estaba sucia. Levanté la vista hacia Ash. Él no estaba deshonrado. Ninguno de ellos era ninguna de esas cosas.

Así que yo tampoco.

Vi que Ash movía los labios y supe que estaba hablando, pero esa *cosa*, la voz que se había instalado a vivir en el fondo de mi cabeza, no hacía más que disparar pensamientos de todo tipo, uno detrás de otro, sin dejar espacio al respiro. Era mi voz y era más ruidosa que la de Ash, aunque sabía que él nunca pensaría en mí de esa manera. Él no. No después de lo que él había vivido. Pero esa voz se preguntaba si todavía me veía como a una persona fuerte. Nunca asustada de verdad. No débil. No alguien que necesitase ser tratada como cristal soplado, frágil y dañado. Tratada como si estuviese a punto de romperme en mil pedazos. Pero ¿yo era así ahora, por el poco tiempo que me quedara de vida? Mis dedos se entumecieron.

Las brasas latían con debilidad en mi pecho mientras me forzaba a inspirar, pero no lograba que mis pulmones se inflaran. Mis ojos desorbitados se apartaron de él al tiempo que abría más la boca para tratar de meter aire por ella, pero el aire estaba como espeso y…

Mi pecho se hinchó, pero me dio la impresión de que no volvía a deshincharse. No podía soltar el aire. Y eso significaba que no podía inspirar. No podía respirar…

De repente, los ojos de Ash estaban a la altura de los míos.

—Despacio. —Todo en él cambió al instante. Su postura. El volumen y la cadencia de sus palabras—. Respira más despacio, *liessa*

—me ordenó de esa manera suave y serena suya—. Escúchame.

Por un momento, no entendí lo que me decía, y entonces su voz cortó a través de la neblina de pánico que empezaba a apoderarse de mi mente. No era que no pudiese respirar. Era que respiraba demasiado deprisa, las respiraciones demasiado rápidas y superficiales.

—Aprieta la punta de la lengua conta la parte de atrás de tus dientes de arriba. Mantén la boca cerrada e inspira por la nariz, Sera. —Su mano se aplanó contra la parte superior de mi pecho, la otra extendida sobre mi espalda mientras yo hacía lo que me había indicado—. No sueltes el aire. Aguántalo mientras cuentas hasta cuatro, ¿te acuerdas? Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Con el pulso acelerado, conté mientras él utilizaba las manos para guiar mis hombros hacia atrás y enderezar mi columna. Ni siquiera me había dado cuenta de que había empezado a enroscarme sobre mí misma.

—Ahora, suelta el aire también contando hasta cuatro. —Él hizo lo mismo: espiró durante cuatro segundos—. Sigue así. Sigue respirando conmigo.

Lo imité, forzando al aire a bajar por mi garganta y entrar en mis pulmones.

—Eso es. —Sonrió, y se me llenaron los ojos de lágrimas—. Ya lo tienes, *liessa*.

Algo precioso.

Algo poderoso.

—Ahora, inspira otra vez por la nariz. Eso es. —Mantuvo los ojos fijos en mí mientras repetíamos esos pasos, hasta que los pequeños estallidos de luz desaparecieron de mi vista y el temblor de mi cuerpo se fue apaciguando—. Una respiración profunda más, ¿vale? Mantén la lengua pegada a los dientes. Aguanta la respiración hasta cuatro.

Hice lo que me decía y por fin dejé de sentir como si me estuviesen aplastando los pulmones. Mi pecho se relajó.

—¿Mejor? —preguntó.

—S… sí —susurré, la voz ronca—. Sí. Lo… lo siento.

—No tienes por qué disculparte, Sera. No pasa nada. —Se quedó cerca de mí, las manos en la parte superior de mi pecho y de mi espalda, pendiente de mis respiraciones—. Lo tienes, y yo te tengo a ti.

Un leve escalofrío cortó a través de mí al aspirar una bocanada de aire más profunda. Capté atisbos de su aroma a cítricos y aire fresco.

Ash me observó durante unos segundos más.

—¿Te encuentras mejor?

Apreté los ojos y conté hasta cinco antes de abrirlos de nuevo.

—Estoy bien —dije, la voz más firme, más fuerte. Levanté la vista

hacia él. La ansiedad seguía ahí, atrincherada en mi interior. Seguía susurrando que Ash y yo no volveríamos a ser como antes durante el tiempo de vida que me quedara, ya fuesen días u horas… Y la verdad era que no creía que fuesen *días*. Y la única manera de silenciar esa voz era demostrar que estaba equivocada—. ¿Ash?

—¿Sí?

—Si te pidiera que me tocases ahora mismo, ¿lo harías? —Ahora sí que me ardía la cara—. Si te pidiera…

—Haré cualquier cosa que me pidas, Sera. —Unas hebras de esencia plateada zumbaron por sus ojos—. *Cualquier cosa*.

—Si te pidiera que me tocases como la primera vez que me bañé en tu habitación, ¿lo harías? —insistí—. ¿Me besarías…?

La boca de Ash estaba sobre la mía antes de que pudiese decir ni una palabra más y… oh, por todos los dioses, estaba muy claro que no me veía como a un cristalito frágil. No con cómo movía sus labios sobre los míos. No hubo nada suave en ese beso. Fue voraz e implacable. Deslizó el brazo alrededor de mi cintura al acercarse a mí para sellar nuestros cuerpos mientras inclinaba la cabeza. Profundizó el beso y la sensación de su cuerpo abrumó mis sentidos: la frialdad dura de su pecho, la fuerza de sus muslos, y la dura y gruesa presión de su pene contra mi tripa. Todo lo que sentí fue deseo, un deseo caliente y embriagador. Separó mis labios e introdujo la lengua en mi boca. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo justo antes de soltar mi agarre férreo del vestido para sujetar mejor sus hombros. Clavé mis uñas en su piel mientras le devolvía el beso, y deslicé la lengua sobre la suya, por los bordes de sus colmillos. Sentí su estremecimiento en cada centímetro de mi ser.

Ash ralentizó el beso poco a poco, succionó mi labio entre los suyos y levantó un poco la cabeza.

—Como te he dicho, *liessa* —murmuró, la respiración agitada—, haré cualquier cosa que quieras. ¿Necesitas que solo esté aquí? Estoy aquí.

Su mano se escurrió de mi cintura, agarró el escueto vestido desgarrado y lo arrastró hacia abajo, antes de dejar que cayera más allá de mis caderas. Se me cortó la respiración al sentir el aire cálido rozar mi espalda.

Me miró a los ojos.

—¿Necesitas que te abrace? Hecho. —Se agachó, metió un brazo por detrás de mis rodillas y me levantó como si estuviese hecha solo de aire. Me sujetó contra su pecho—. ¿Besarte? Ya sabes la respuesta a eso. —Notaba los labios deliciosamente hinchados. Así que sí, sabía la respuesta a eso—. ¿Quieres más que eso? —continuó, y entonces fui consciente de que estaba andando y el suelo se movía bajo nosotros. Me llegó el sonido de agua efervescente—. ¿Quieres que bese esa

mandíbula testaruda tuya? —Solo entonces apartó los ojos de los míos para besar dicha mandíbula, luego esos iris giratorios conectaron con los míos otra vez—. ¿Que bese esos preciosos pechos? ¿Que succione esos pezones dentro mi boca del modo que sé que te gusta?

Mis labios se entreabrieron cuando el agua caliente resbaló por encima de mis pies y empezó a burbujear de inmediato mientras Ash bajaba los escalones naturales…

Espera.

Todavía llevaba sus pantalones de cuero, ¿no?

—¿Quieres que baje por tu cuerpo a besos y luego siga entre tus piernas? ¿O que te toque ahí? ¿Con mis dedos? ¿Mi pene? *Encantado* —dijo Ash, y ya no estaba pensando en si todavía llevaba los pantalones puestos. Su voz… por todos los dioses, me recordaba a sombras sedosas y sueños a medianoche. Ash descendió para sentarse en una roca sumergida, o bien en el suelo. El agua subió a mi encuentro, hizo espuma alrededor de mi cintura y tironeó de mis manos—. Estaré dentro de ti o arrodillado en un santiamén.

—¿Incluso ahora? —susurré, los dedos enredados en su pelo mientras el agua acariciaba mis costados y mis pechos—. ¿Lo de estar de rodillas? ¿No sería difícil?

Esbozó una sonrisa ahumada, una que no había visto en lo que parecía una eternidad, y me colocó sobre su regazo.

—No sería imposible.

—Tu cabeza estaría bajo el agua —señalé, mientras él se echaba hacia atrás un poco para mantenernos equilibrados.

Sus ojos eran como charcos de plata fundida.

—Y mi boca seguiría enganchada a ti.

—Eso… eso suena muy muy agradable. —Un fogonazo de lujuria me atravesó a toda velocidad e hizo que me contoneara un poco en su regazo. Ash gimió con un ruido gutural y apoyó la frente en la mía.

—Suena mejor que agradable. —Sus labios rozaron los míos—. Casi puedo saborearte en mis labios y mi lengua.

Un cosquilleo de deseo y de necesidad se arremolinó en mi bajo vientre mientras el agua efervescente danzaba sobre mis piernas y entre ellas.

—Cualquier cosa —repitió Ash en el aire húmedo y caliente entre nosotros—. Lo que tú quieras.

Quería tomar esas promesas y convertirlas en acción. El constante y bienvenido palpitar en el centro de mi ser estaba totalmente a favor, y la manera en que su corazón latía bajo la palma de mi mano me indicaba que apenas pasaría un segundo antes de que Ash cumpliese lo que prometía. Pero…

*Solo necesito ocuparme de ti.*

Eso era lo que había dicho que necesitaba, y estos momentos no

eran solo para apaciguar mis miedos. La voz cargada de ansiedad se había acallado, desacreditada por las palabras de Ash y lo que sentía que presionaba contra mí.

—¿Te ocupas de mí? —le dije—. Por favor.

Ash se estremeció contra mí y supe que había entendido lo que quería decir.

Me quedé callada y me relajé contra él mientras lo observaba agarrar uno de mis brazos y meterlo debajo del agua. Frotó mi mano con las suyas, después mi brazo, para eliminar toda la sangre. Antes de pasar al otro brazo, levantó este para ponerlo debajo de los delgados rayos de sol y examinar su trabajo. Una vez satisfecho, pasó al siguiente e hizo lo mismo. Luego me inclinó hacia atrás para que todo mi pelo estuviese bajo la superficie y me sujetó mientras se estiraba por encima de mí para deslizar con suavidad los mechones por el agua turbulenta.

Cuando terminó, agarré su mano y me la llevé a la boca. Besé la reluciente marca de matrimonio, después lavé sus brazos como había hecho él con los míos. Le eché agua con la mano para lavar su pecho, su cara, y aunque tenía los ojos medio cerrados, sabía que su mirada no se había apartado de mí ni un instante. Ni siquiera después, cuando hizo lo que le pedí a continuación.

Mientras las aguas termales burbujeaban y giraban a nuestro alrededor, Ash me abrazó, envueltos en ese aire de suave aroma dulzón.

# Capítulo 34

—Treinta y seis.

Su piel estaba fría incluso debajo del agua.

El agua burbujeaba a nuestro alrededor cuando levanté la cabeza.

—¿Estabas contando mis pecas otra vez?

—Es posible. —Unos mechones de pelo mojado colgaban a los lados de su cara y su cuello mientras me sonreía.

Nos quedamos sentados en silencio durante un ratito, arrullados por el borboteo del agua revuelta. El lugar era tan pacífico… Imaginé que el Valle debía de ser así.

Se me hizo un agujero en el estómago.

—¿Puedo… puedo preguntarte algo?

—Cualquier cosa. —Me mordisqueé el labio de abajo, sin decidirme del todo a preguntar lo que quería saber. No era algo en lo que me hubiese permitido pensar—. ¿*Liessa*?

Apreté los ojos con fuerza, aspiré una bocanada de aire demasiado escasa y busqué el coraje hasta encontrarlo.

—¿Qué… qué pasará cuando muera?

El pecho de Ash se hinchó con brusquedad.

—Sera…

—Solo quiero saberlo. No sé, cosas como ¿me juzgarán en los Pilares, o necesitará mi alma el juicio extra especial del Primigenio de la Muerte? —Aligeré mi tono, aunque notaba el pecho cada vez más comprimido—. Mejor aún, ¿tendré que hacer cola para pasar? —Ash no contestó. Abrí los ojos a las volutas de vapor que rondaban por encima del agua—. Sé que este no es el mejor tema de conversación del mundo, pero…

—Es algo sobre lo que ni siquiera deberías estar pensando.

—Intento no hacerlo, pero es difícil. —Enrosqué los dedos un poco —. Sobre todo ahora. Solo quiero saber qué esperar. —Me incorporé y me giré hacia él—. Y no quiero oír que no debo esperar la muerte. —Ash abrió la boca—. Los dos sabemos que no es verdad —dije, antes de que pudiera negarlo—. Y saber solo un poco me… No lo sé. Quizá me ayude.

Un resplandor de *eather* apareció detrás de sus pupilas.

—¿Ayudará? ¿De verdad?

No… no estaba segura.

—Tal vez saber empeorará las cosas. Pero a lo mejor no. En

cualquier caso, no puede ser peor que esto.

Giró la cabeza y un rayo de sol iluminó su pómulo.

—No lo sé.

—Ash.

—Lo digo en serio, Sera. No puedo responder a si pasarás por los Pilares o si tendrás que ser juzgada en persona para determinar tu destino.

Empecé a fruncir el ceño.

—Pero…

—Sé lo que dije antes, pero no puedo ver cómo será ese viaje. Igual que no podía ver el viaje de Lathan —añadió, y el resplandor palpitó detrás de sus pupilas—. Es algo que me habían ocultado. Igual que el tuyo.

—¿Por qué?

—En el momento que consideré amigo a Lathan, mi papel en su viaje eterno terminó. Es la razón de que…

—Al Primigenio de la Muerte no se le permitiera forjar vínculos con otras personas —murmuré. Una veta de *eather* salió disparada de detrás de sus pupilas.

—¿Kolis te contó eso?

Asentí.

—Si se… se forma un vínculo con otra persona, los Hados equilibran la balanza impidiendo que el Primigenio de la Muerte conozca el viaje de esa alma o tome parte en él.

—Sí.

—Los Hados… —Pensé en Holland y sacudí la cabeza—. Son unos bastardos, ¿verdad?

Se rio bajito.

—Yo he pensado eso mismo muchas veces.

Cuando Kolis había hablado de ello, no me había parecido justo, y eso no había cambiado.

—¿Y ninguno de los otros Primigenios están sujetos a esas reglas? Por ejemplo, si Maia tuviese una relación estrecha con un mortal, ¿ya no sería capaz de interferir en temas de amor o fertilidad?

Ash frunció el ceño.

—Los otros están sujetos a las mismas reglas. Una vez que forman algún vínculo con un mortal o un dios, ya no pueden influir en sus vidas de maneras positivas o negativas.

Sentí una oleada de irritación.

—Kolis hizo que sonara como si solo él estuviese sujeto a eso.

—Por supuesto que lo hizo —musitó Ash con desdén—. Él cree que es el único que ha sido castigado o ha sufrido. —Otra espiral de *eather* apareció en sus ojos—. Pero ¿mi padre, el verdadero Primigenio de la Vida? Por lo que sé, él estaba sujeto a esos mismos estándares.

Mis pensamientos volaron hacia la ira que había visto en el rostro de Kolis cuando había hablado de todas las formas en que Eythos podía influir en las vidas de aquellos a los que tomaba afecto.

—Nektas me dijo una vez que era solo porque el Primigenio de la Vida estaba sujeto a un estándar más elevado, que le asignaban el deber de saber cuándo impactar sobre las vidas de otros y cuándo no hacerlo. O debía aprenderlo. A mí me sonaba más como estar constantemente tentado con la capacidad de mejorar el destino de uno y tener que elegir no hacerlo.

—Por todos los dioses —musité—. ¿Quién querría tener ese tipo de elección?

—Kolis —sugirió—. Pero solo la quería porque nunca tenía que concretarla.

Asentí despacio. Kolis había obviado que él no era el único que tenía que operar de acuerdo con esas reglas, pero tampoco me sorprendió saberlo. A Kolis no le importaban los otros Primigenios. Solo le importaba lo que podía y no podía hacer su hermano.

Me acomodé contra el pecho de Ash y volví al tema que había dado paso a esta conversación.

—Entonces, ¿quién juzgó a Lathan?

—Si los Pilares no pudieron juzgarlo, serían los *Arae*.

Lo cual significaba que lo más probable era que me juzgaran a mí, porque dudaba que los Pilares fuesen a saber qué hacer conmigo. No estaba segura de si eso era bueno o malo, o de si Holland tendría algo que decir al respecto.

—¿Cómo notas el agua?

—Maravillosa. —Todas mis molestias habían desaparecido. Tenía que ser el calor del agua y quizás incluso un poco de la magia de esta caverna escondida.

Ash pegó la parte de atrás de mi cabeza a su hombro.

—¿Mejor que tu lago?

—Sí, lo es —suspiré, y le di un apretoncito al brazo que rodeaba mi cintura. Como ya había constatado antes, la piel de Ash estaba fría incluso debajo del agua, lo cual era probable que evitara que yo me sobrecalentase—. Pero de un modo diferente.

Su pulgar se movía por mi cadera bajo la superficie del agua, deslizándose adelante y atrás.

—¿En qué sentido?

Paseé la vista por las aguas termales, que burbujeaban con suavidad. Los rayos de sol fracturados centelleaban en la superficie mientras las volutas de vapor subían flotando para enredarse con las lilas que colgaban en lo alto.

—Mi lago es… es refrescante, pero esto es relajante. Como si pudiera quedarme dormida en cualquier momento.

—Sí, creo que yo también podría. —Había una pesadumbre en su voz cuando se inclinó hacia delante y me dio un beso en la sien—. Desearía que pudiéramos.

Yo deseaba tantas cosas…

Un nudo amenazó con atorarse otra vez en mi garganta. Respiré hondo con la esperanza de aliviarlo.

—Volveremos aquí. —Los labios de Ash rozaron la curva de mi mejilla—. Te lo prometo.

Cerré los ojos y ese maldito nudo se expandió. Era muy dulce por parte de Ash prometerme eso, pero nunca volveríamos aquí. Eso sí, esperaba que *él* lo hiciera. Abrí los ojos y eché un vistazo al reluciente saliente de rocas y a las paredes tapizadas de lilas, mientras pensaba en lo que quería para él cuando todo esto terminara. Una vida. Un futuro. Amor. Esperaba que creara más buenos recuerdos en este lugar.

El pulgar de Ash se detuvo sobre mi cadera.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. —Eso no era necesariamente una mentira. Mi estómago seguía asentado, y no tenía sensación de ir a caerme, pero *sí* que estaba cansada. Aunque no creía que el agua caliente tuviese demasiado que ver con ello.

Ash se quedó callado unos instantes.

—¿Alguna vez te he contado a lo que sabe la angustia? —Entorné los ojos—. Es ácida, casi agria —continuó, al tiempo que enderezaba uno de los delicados eslabones del collar de Aios.

—Deja de leer mis emociones.

—Esa es una de las emociones más difíciles de bloquear. En ocasiones, es aún más sonora que la alegría, pero me resulta casi imposible evitar la tuya.

Arrugué la nariz.

—¿Casi imposible?

Su risita retumbó contra mi espalda.

—Casi —repitió—. Simplemente estoy más… en onda contigo que con cualquier otra persona.

Lo pensé un poco. Solo una gota de mi sangre le había permitido percibir si yo estaba en peligro, incluso cuando él estaba en Iliseeum y yo en el mundo mortal. Había ingerido mucho más que una gota desde entonces, así que tenía sentido que su capacidad para leer emociones, algo que había heredado de su madre, también estuviese potenciada con respecto a mí.

¿Significaba eso que sentiría lo que sentía yo cuando… cuando muriera?

Se me comprimió el pecho. Por todos los dioses, esperaba que no.

En cualquier caso, no podía pensar en ello. Solo los dioses sabían

qué emoción detectaría Ash cuando ocurriera.

—No estoy triste —le dije.

—Sera —suspiró.

—No es lo que crees. Es solo que desearía… desearía que tuviésemos más tiempo.

—Lo tendremos. —Apreté los labios mientras asentía. Su barbilla rozó el lado de mi cara—. Eres muy valiente. De una valentía y una fortaleza asombrosas —susurró—. No existe nadie como tú, Sera.

—Deja de ser… —Dejé la frase a medio terminar y fruncí el ceño.

—¿Que deje de ser dulce? —preguntó Ash—. Como he dicho antes…

—Solo estás diciendo la verdad. —Se me puso la carne de gallina por los hombros cuando mi sueño volvió a mí de golpe—. Soñé que decías eso.

—Lo sé.

Me puse rígida, luego me enderecé deprisa antes de retorcerme en su regazo para mirarlo.

—Los sueños…

—No eran sueños normales. —Unos zarcillos de *eather* iluminaban sus ojos. Me quedé boquiabierta—. Debí darme cuenta la primera vez —dijo—. Sobre todo cuando no hacías más que discutirme que era tu sueño.

—No estaba discutiendo.

Esa sonrisa suave y cálida reapareció.

—Tienes una idea muy extraña de lo que significa la palabra «discutir».

—A lo mejor eres tú el que la tiene.

Sus labios se curvaron aún más.

—Sea como fuere, todo era demasiado real. La sensación de la hierba debajo de mí. La sensación de tocarte. —La mano que estaba en mi cadera subió por mi cintura, al tiempo que sus ojos bajaban hacia donde el agua efervescente acariciaba mis pezones. Su voz se espesó —. La sensación de estar dentro de ti. Ningún sueño podría replicar la belleza de eso.

Mi corazón dio un traspié mientras lo miraba.

—Es *verdad* que todo parecía muy real. Las dos veces… —El traspié se trasladó a mi estómago—. Me dijiste que le dijera a Kolis que te necesitaba para Ascender, y para invocar a los *Arae*.

—En efecto. Era el mejor plan que se me ocurría —confirmó—. Sabía que jamás me dejaría marchar contigo, pero nos hubiese dado una oportunidad para escapar.

Ash tenía razón. Kolis jamás le hubiese permitido marcharse conmigo. En última instancia, se hubiese limitado a retener a Ash ahí hasta que se produjese mi Ascensión.

—Al final, no me necesitabas a mí para liberarte —comentó, y su voz se llenó de orgullo. Me sonrojé en respuesta—. Lo tenías controlado.

—No estoy tan segura —objeté—. Jamás hubiese podido salir de Dalos sin ti.

—Discrepo. Hubieras encontrado la manera de hacerlo. —Ash se inclinó hacia mí y me besó con suavidad—. Y tengo la confianza suficiente en mi fuerza como para admitirlo.

Me gustó (no, me *encantó*) que no se sintiese menos capaz a causa de *mi* capacidad, así que sonreí contra su boca.

—Era un buen plan. Podría haber funcionado.

Ash me besó de nuevo, esta vez durante más tiempo. Cuando nuestros labios se separaron, mi pulso latía con una fuerza placentera.

—¿Sabes? —le dije después de un momento—. Soñé con que nadaba en mi lago y un lobo me vigilaba. Lo soñé muchas veces.

—Creo que eso era cuando estaba en estasis. —Frunció el ceño—. No estoy del todo seguro de cómo, pero todo lo que se me ocurre es que esa parte de mí…

—¿Tu *nota*?

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo explicó Attes una de las veces que pudo venir hasta mí.

Ladeó la cabeza.

—Exactamente, ¿cuántas veces te visitó?

Puse los ojos en blanco.

—Como dos.

—¿Y él no podía liberarte?

—Sabes que no podía —le recordé, pero Ash parecía querer elegir no recordarlo. Hora de cambiar de tema—. Entonces, cuando te vi en tu forma de lobo, ¿por qué era?

—Creo que parte de mi conciencia, una parte de mi ser, seguía estando lo bastante alerta como para encontrarte.

Mi mente daba vueltas a toda velocidad, calculando los tiempos. Las veces que había soñado con el lobo y con él coincidían con los momentos en que Ash había estado en estasis o consciente, pero…

—Esa no fue la primera vez que he soñado con tu lobo.

Apareció una ligera arruga en su ceño, luego su expresión se suavizó.

—Cuando casi te sumiste en una estasis en las Tierras Umbrías. —Sacudió un poco la cabeza cuando asentí—. Maldita sea. Entonces, pensé que era un sueño, pero ni siquiera era la primera vez…

Espera. *La primera vez*.

—El primer sueño en el que no estabas en tu forma de lobo. Cuando tuvimos sexo —exclamé—. ¿De verdad tuvimos sexo *onírico*? —Abrí los ojos como platos—. Bueno, eso explica muchas cosas.

—¿Qué explica, *liessa*?

—Por qué podía, ya sabes, sentirte aún cuando me desperté.

Las puntas de sus colmillos asomaron cuando su sonrisa se volvió casi engreída.

—Exactamente, ¿cómo me sentías aún, *liessa*?

—Podía sentirte… vale, es posible que esta sea la cosa menos importante de la que hablar ahora mismo —decidí. Ash se rio bajito.

—Yo no estoy tan seguro de eso.

Oí el deje juguetón en su voz y sentí un pequeño retortijón en el corazón. Oírlo *así* era… por todos los dioses, era muy poco frecuente.

Esta era otra cosa más que deseaba: más momentos como esos. Tragué saliva y apoyé las manos abiertas sobre su pecho.

—He oído historias sobre algo parecido. Personas que pueden caminar por los sueños de otras.

—Corazones gemelos —dedujo, y sentí una punzada en el fondo de mi pecho.

—He… he oído leyendas acerca de ellos. —Pensé en mis padres—. Pero no puede ser eso —dije, antes de que pudiera decirlo él—. Entonces, ¿cómo es posible?

Una emoción fugaz cruzó su rostro. Demasiado deprisa como para poder descifrarla.

—Podría ser porque hemos compartido sangre. Eso era común a veces entre personas que han experimentado lo mismo que nosotros.

Empecé a preguntar cómo podía no estar seguro, pero ¿a quién podría habérselo preguntado? Aún era pequeño cuando Kolis mató a su padre y, aunque me daba la impresión de que había habido algún tipo de amistad entre Ash y Attes, estaba claro que habían mantenido cierta distancia entre ellos.

—O pueden ser las brasas —añadió Ash, mientras sus pulgares se movían en pequeños círculos por mis costillas—. En especial la que mi padre sacó de mí y puso en tu estirpe. Puede que eso fuese lo que nos permitiera conectar en tus sueños.

La cosa era que nadie sabía si ese era el caso o no. Bueno, quizá los *Arae*, pero lo que había pasado con las brasas no se había hecho nunca antes. Tenía sentido. También me hacía preguntarme sobre otras formas en que podría haber formado una conexión entre nosotros. Entre la sangre que habíamos compartido y esta…

La tensión se filtró en mis músculos cuando por fin se me ocurrió que esta era una de las razones por las que Ash sabía que había pasado algo cuando estaba cautiva. Cómo reaccionó cuando dijo que sabía que Kolis me había hecho daño. Así fue como supo que lo que le contaban Kyn y Kolis mientras estaba encarcelado no podía ser todo mentira. Se me comprimió el pecho y levanté la vista. El toque dulce y juguetón había desaparecido por completo del rostro de Ash, que no

me quitaba el ojo de encima.

Mierda.

Tenía que recuperar la compostura, y no pensar en todo eso sería el primer y más importante paso para hacerlo.

Forcé a mis pensamientos a ir hacia otro sitio. Pensé en mi lago, y en Ash vigilándome.

—¿Puedo preguntarte algo más?

—Por supuesto.

—¿Por qué no me contaste que puedes transformarte en un lobo? —pregunté con una sonrisa. Unas espesas pestañas bajaron para ocultar su mirada.

—No sabía si te… perturbaría.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Encogió un hombro y se aclaró la garganta. Cuando sus pestañas volvieron a levantarse, la vulnerabilidad en su expresión me impactó.

—La mayoría de las personas estaría al menos inquieta por la capacidad de otra persona para convertirse en una bestia.

—Sí, lo más probable es que a algunos les asustase un poco, pero yo no soy la mayoría de las personas.

—No —musitó—. No lo eres.

—Y un lobo no es una bestia. ¿Un *dakkai*? Sí. Eso es una bestia para mí. —Tracé la línea de su clavícula—. Un lobo es precioso. —Mis ojos se cruzaron con los suyos—. Tú eres precioso de ese modo.

—Gracias.

Di unos golpecitos con mis dedos en su piel.

—Encuentro preciosas todas tus formas. Esta. El lobo. Cuando te pones todo Primigenio.

—¿Todo Primigenio?

Asentí, mientras me mordisqueaba el labio de abajo.

—Cuando tu piel parece piedra umbra y haces esa cosa de sombras y humo.

El *eather* se intensificó y empezó a girar como loco en sus ojos.

—Creo que sé exactamente qué parte de la forma toda Primigenia encuentras tan… *preciosa*.

Me sonrojé cuando mi mente me llevó de inmediato a la noche en que Ash se había visto atraído hacia mí mientras yo me daba placer. Esos zarcillos ahumados de energía oscura que Ash controlaba desde luego que eran *preciosos*. Y traviesos. Y muy excitantes. Se me tensó el estómago de la manera más deliciosa, solo con recordar esa noche.

Por todos los dioses, de verdad que no podía pensar en eso ahora mismo, aunque siguiera estando muy aliviada y emocionada por poder hacerlo. Por poder sentir deseo. Sin embargo, teníamos que ocuparnos de otras cosas. Cosas importantes que no implicaban a esas escandalosas hebras de *eather* ni a ninguna de las partes de nuestros

cuerpos.

Cuadré los hombros.

—Supongo que deberíamos ponernos en marcha.

—Sí. —Ash echó la cabeza atrás—. Pero necesitarás ropa para hacerlo.

Miré por la caverna a nuestro alrededor y arqueé una ceja.

—Creo que la suerte no está de nuestra parte con respecto a eso.

—Yo te conseguiré algo —me dijo, y eso me recordó que Ash era muchísimo más joven que los otros Primigenios y no podía hacer aparecer ropa como podía hacerlo Attes—. Tardaré unos minutos, si acaso. Disfruta de un poco más de tiempo aquí.

Eso significaba que iba a sombrambular. Se iba a marchar. Se me cayó el alma a los pies y, por todos los dioses, no pude evitar el estallido de pánico.

—Puedo volver a ponerme el vestido.

—No quiero volver a verte con eso puesto nunca más. —El *eather* cortó a través de sus ojos—. Y no tiene nada que ver con la sangre que tiene por todas partes. *Esa* es la única parte del vestido que me gusta.

—¿Porque es sangre de Kolis? —conjeturé. Ash asintió—. Salvaje —murmuré, y presioné su pecho con mis dedos—. ¿Y si te pasa algo? ¿Y si no vuelves y me quedo aquí atascada? No me entiendas mal, el sitio es precioso, pero no creo que pueda alimentarme de lilas o…

—No me va a pasar nada. Tampoco vas a tener que comer lilas, y por favor no lo intentes. —Un toque de diversión se coló en su tono—. No va a pasar nada. Aquí estás a salvo, Sera, te lo prometo.

Sabía que lo estaba. Nadie sabía siquiera de la existencia de esta caverna.

—No es por mí por quien estoy preocupada.

—No tienes que preocuparte por mí, *liessa*. —Deslizó el dorso de los nudillos por mis mejillas—. Es poco probable que Kolis haya empezado a recuperarse siquiera. —Con el corazón en un puño, asentí—. No pasa nada por tener miedo. —Tocó mi labio de abajo—. Pero no te dejaría si creyese, ni por un segundo, que no era seguro.

—No tengo miedo —mentí de nuevo, y una vez más él lo supo. Porque *sí* que estaba asustada. De no volver a verlo. De que algo se torciera. De estar sola. De solo los dioses sabían qué más.

Aunque era verdad que tampoco quería volver a ver ese vestido en toda mi vida. Y sí que necesitaba ropa, preferiblemente algo que no fuese transparente. Y tampoco teníamos tiempo para que yo sufriera una crisis de ningún tipo.

—Vale —acepté, pero Ash vaciló. Me miró a los ojos—. Estoy bien. —Me levanté de su regazo y me sumergí otra vez en el agua—. Vete ya.

—Serán solo unos minutos —prometió al levantarse.

El agua resbalaba en pequeños riachuelos por sus pantalones de cuero empapados. El peso del agua hacía que estos colgaran bajos de sus caderas, revelando los surcos a ambos lados. Me mordí el labio y me recordé que, aunque estaba indecentemente erótico, debía de estar muy incómodo.

—Asegúrate de encontrar también algo seco para ti.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba. Hubo un parpadeo de neblina blanca y entonces Ash desapareció.

*Inspira*.

Miré a mi alrededor por la caverna en penumbra. *Contén*. Aparte del agua, todo estaba en silencio. *Espira*. ¿Cuán profunda estaría, exactamente? *Contén*. Quizá no fuese la mejor cosa en la que pensar. Giré en el agua y me mordisqueé el labio mientras avanzaba despacio. Mi corazón se ralentizó a medida que el agua giraba con suavidad a mi alrededor. Me paré a apenas un metro o dos de la roca que Ash había señalado antes. El agua me llegaba justo por encima del pecho, como había dicho él. Me quedé muy quieta y me permití empaparme de la sensación del agua caliente y efervescente. Formaba espuma a mis lados y bajo la superficie, donde las burbujas bailaban como locas por encima de mis caderas y mis piernas. Bajé la vista para descubrir que había cruzado los brazos con fuerza delante de mi pecho.

Por todos los dioses.

Relajé mi postura mientras aspiraba el aire dulce. Por encima de mí, oía el tenue gorjeo de los pájaros y, por unos instantes, me limité a escucharlos. ¿Hacía cuánto que no oía unos pájaros? ¿Semanas? Incluso más, en realidad. Aparte de los halcones, no había ese tipo de vida en las Tierras Umbrías.

Ese tipo de vida…

Despejé mi mente y busqué la presencia de Sotoria. No necesariamente la sentía, pero sabía que seguía ahí dentro.

«No… no sé de lo que has sido consciente», le dije en voz baja. «Pero te voy a sacar de mí. No vas a quedar atrapada». Noté una especie de pulso entonces, como un segundo corazón latiendo. Tenía que ser ella. «Te vamos a meter en algo y después…». ¿Después qué? Fruncí los labios mientras miraba los agujeros de luz desperdigados en lo alto. «No sé bien cómo saldrá todo esto, pero sé que Attes se asegurará de que cuiden de ti y puedas encontrar la paz de nuevo». La emoción me atoró la garganta. «¿Vale?».

No la oí, pero oír su voz era una cosa bastante excepcional. Noté otro golpe suave y extraño, y me lo tomé como una señal de que había oído lo que acababa de…

Un repentino dolor punzante llegó sin previo aviso y cruzó mi cara desde las sienes. Reprimí una exclamación y me quedé muy quieta mientras un sabor metálico llenaba mi boca.

Con la mano temblorosa, separé los labios y palpé con suavidad mi paladar con un dedo. Lo retiré con gotitas de sangre.

Me apresuré a meter la mano debajo del agua y tragué saliva; hice una mueca al detectar el sabor metálico en mi lengua. La punzada de dolor amainó hasta su habitual molestia sorda.

Miré hacia la orilla y estudié las sombras antes de sumergirme bajo la superficie.

El agua cálida y revoltosa cubrió mi cabeza al instante y se convirtió en burbujas giratorias por todas partes a mi alrededor. Hice lo que hacía siempre en mi lago: me quedé debajo del agua y dejé que todos mis pensamientos se vaciasen hasta que ya no hubo nada ahí. Esta vez, sin embargo, no me quedé hasta que me empezaron a arder los pulmones. No llegué hasta ese punto porque sentí la vibración de un Primigenio. Mi corazón trastabilló, aunque sabía que tenía que ser Ash. Me di impulso contra el fondo y salí a la superficie de nuevo.

Ash estaba a poca distancia del borde de las aguas termales, dejando un pequeño fardo sobre un grupo de rocas más grandes cerca del diamante. Vi de inmediato que había encontrado un par de pantalones secos: unos marrones oscuros que se ajustaban a sus muslos y a sus pantorrillas como un guante, remetidos por dentro de unas botas negras.

El alivio me golpeó tan deprisa que me permití hundirme hasta que el agua burbujeaba hasta mi barbilla.

—No has tardado nada.

—Pensé en ir a las Tierras Umbrías, pero me preocupó tardar más de lo necesario —dijo—. Así que fui a las Tierras de Huesos. —Me mordí el labio con los dientes. Era obvio que le había preocupado que me asustara si tardaba demasiado—. Pude encontrar unos pantalones y una túnica para ti. Te cabrán y serán suficiente por el momento. Aún no hay zapatos. Bele los está buscando mientras hablamos.

—Bele —susurré. Me levanté en el agua y empecé a avanzar—. ¿Cómo está?

Ash sacó algo oscuro y largo del fardo y se giró hacia donde yo estaba.

—Es… Bele.

Me reí al oír eso, porque me decía todo lo que necesitaba saber. Bele estaba bien.

—¿Y Aios?

Ash se quedó muy quieto.

—Ella también está bien, pero no estaba en las Tierras de Huesos. —Sus labios se entreabrieron mientras me observaba acercarme a los escalones de tierra—. Se quedó en las Tierras Umbrías.

—¿Es seguro para ella?

—Sí. —Sus ojos siguieron mis movimientos a medida que el agua

burbujeante y espumosa bajaba más y más, primero hasta mi ombligo, luego mis caderas, y después aún más abajo mientras subía las escaleras.

Un calor embriagador se arremolinó en mi pecho y luego bajó hacia donde había fijado su mirada calenturienta. Vi las puntas de sus colmillos otra vez. Un placer intenso discurrió a través de mí y… y otra cosa… algo más frío.

Ash levantó la mirada y las hebras de *eather* de sus ojos se aquietaron. Mi corazón volvió a trastabillar.

—También he traído una manta —anunció, antes de que yo pudiera decir nada. Vino hacia mí y la estiró—. Para utilizarla en lugar de una toalla.

—Gracias —susurré, sintiéndome… por todos los dioses, no sabía cómo me sentía.

Ash se quedó callado mientras empezaba a secarme y a escurrir toda la humedad que podía de mi pelo. Hice amago de decirle que podía hacerlo sola, pero luego me detuve. Pensé que a lo mejor él necesitaba hacer esto, y a mí me gustaba… lo suave que era, lo exhaustivo. Eso me recordó a otra vez.

Miré de reojo el diamante envuelto y me encogí un poco. Esperaba de todo corazón que su padre no fuese tan consciente de su entorno como para haber oído nuestra conversación de antes. Ni para poder ver nada de esto.

En verdad, era probable que lo mejor fuese no pensar en ello.

—Gracias —dije cuando Ash terminó. Se levantó y nuestros ojos se cruzaron.

—Un placer.

Sonreí cuando él se dio la vuelta. Tiró la manta donde yo había dejado el vestido y, al pasar por su lado, una chispa prendió el pequeño montón. Abrí mucho los ojos cuando unas llamas plateadas engulleron la manta y el vestido para no dejar nada atrás. Arqueé una ceja y miré a Ash.

—De verdad que no quiero volver a ver ese vestido nunca más —comentó, al tiempo que levantaba lo que parecían unos pantalones ceñidos negros.

Me vestí en silencio mientras Ash se ponía una túnica de lino suelta que debía haber encontrado para él. Quedó abierta en el cuello, donde revelaba un seductor atisbo de su piel de un tono entre bronce y dorado. Los pantalones que me había traído me quedaban más bien apretados, pero la camisa era varias tallas demasiado grande; de hecho, a él le hubiese cabido sin problema y a mí me llegaba hasta las rodillas. La verdad era que podía haber pasado por un camisón.

Dejé caer los brazos y observé cómo las mangas aleteaban varios centímetros más allá de mis dedos.

—Muy mona —musitó con voz melosa.

—Ya.

Vino hacia mí, agarró una manga y empezó a enrollarla.

—Vi a Elias cuando estuve ahí. Solo unos instantes. Dijo que Attes debía estar a punto de llegar.

—Bien. —Solté el aire, ignorando el pulso de dolor que cruzó por la parte de atrás de mi cabeza—. ¿Crees que habrá encontrado a Keella?

—Estoy seguro. —Echó un vistazo al diamante.

—Tendremos que… liberar a tu padre antes de nada. —Me mantuve quieta mientras Ash remetía la manga a la altura de mi codo—. ¿Qué crees que pasará cuando hagamos eso?

—Su alma será libre. —Con la cabeza agachada, pasó a la otra manga—. Debería entrar en Arcadia.

—¿Podrás… podrás verlo entonces? ¿A su alma?

—Debería.

—¿Podrás hablar con él?

—Las almas no hablan como nosotros. Puede que las oigas en tu mente. —Dobló la manga hacia arriba—. Pero no sé lo que sucederá.

—Espero que puedas oírlo. —Apreté los labios—. Después, tendremos que sacar el alma de Sotoria de mí.

—No estoy seguro de eso.

—Ash…

Se paró a mitad de mi antebrazo y levantó la vista hacia mí.

—No tengo ni idea de cómo sacar su alma de tu cuerpo. Solo podemos suponer que Keella puede hacerlo. Eso significa que es probable que tenga La Estrella cuando lo haga y podría intentar extraer tus brasas.

Mis cejas volaron hacia arriba.

—Delfai dijo que las brasas solo pueden extraerse si…

—Recuerdo lo que dijo. —Un músculo se apretó en su mandíbula—. Lo que no sabemos es si Keella sabe eso. O si lo sabe Attes. Los dos podrían intentar algo.

—Ash —empecé—. ¿De verdad crees que alguno de los dos intentará algo? Keella no es leal a Kolis.

—Ella no me preocupa —musitó—. Pero ¿Attes? Él es otra historia.

Terminó con la manga. Justo a tiempo además, porque crucé los brazos.

—¿Estás preocupado por Attes?

—¿Esa es una pregunta retórica?

—No debería ser una pregunta en absoluto —señalé—. Nos ha ayudado a escapar, y ya me había ayudado antes.

—¿Cuándo hizo eso? —Ash me miró con suspicacia. Empecé a retroceder, pero él me agarró del codo—. Todavía no.

—Sé que aún no habéis tenido vuestra pequeña charla, pero… espera, ¿por qué tengo que estarme quieta? —Ash arqueó una ceja, estiró los brazos hacia ambos lados de mi cuello y deslizó las manos por debajo de mi pelo—. Oh. —No me moví, mientras él sacaba con suavidad el pelo de donde se había quedado atascado debajo de la camisa—. En cualquier caso, a Kyn le ordenaron destruir las Tierras Umbrías para enviar un mensaje y luego apresarme. Attes intervino entonces.

—Y te apresó él mismo. —El aire se cargó de electricidad en el interior de la caverna—. Para entregarte a Kolis.

—Era la única manera de impedir que Kyn destruyera las Tierras Umbrías —razoné. La mirada que me lanzó Ash dejaba claro lo que pensaba de la interferencia de Attes—. Mira, tu padre confiaba en Attes —insistí, probando con otra técnica—. Confiaba en él lo suficiente como para que Eythos le contase lo que planeaba hacer con el alma de Sotoria y las brasas. —Ash se paró de nuevo—. Attes lo ha sabido durante todo este tiempo, Ash. ¿No le hubiese contado a Kolis lo del alma de Sotoria si le fuera leal a él? Porque Attes también sabía que lo que fuese que intentó hacer tu padre no había funcionado del todo. Sabía que yo no era Sotoria, y no tenía ninguna razón para no darle esa información a Kolis, que seguramente hubiese llegado a la misma conclusión que yo: que si La Estrella es lo bastante poderosa para contener y transferir brasas, sería lo bastante fuerte para hacer lo mismo con un alma.

Ese músculo que discurría por su mandíbula palpitó con más fuerza.

—Si Attes lo ha sabido durante todo este tiempo, ¿por qué no me lo dijo?

—Esa es una buena pregunta. Yo hice la misma.

Ash había conseguido sacar ya casi todo el pelo de la camisa.

—Estoy seguro de que tenía una respuesta.

—Los Hados. Exigieron que tú no supieses el plan nunca. Era una de sus maneras de mantener su preciado equilibrio. Y sí, eso es absurdo, pero Attes y Eythos temían que, si te lo decían, la cosa acabase volviéndose en tu contra de alguna manera.

Ese músculo de su mandíbula estaba haciendo horas extra. Ash retiró un rizo de donde estaba pegado a mi cuello.

—Y Attes no confiaba en ti.

—Esa es la primera cosa fácil de creer que he oído.

Suspiré.

—No confiaba del todo en ti. Nunca supo lo que opinabas de verdad con respecto a Kolis, lo cual suena difícil de creer.

—No lo es —admitió. Pasó al otro lado de mi cuello—. Ya te lo dije: aunque no siempre engañaba a Kolis, podía ser muy convincente.

—Me miró—. Nada de eso significa que confíe en Attes para esto.

La frustración se apoderó de mí.

—Tengo ciertas ganas de infundirte sentido común a tortas ahora mismo.

—Puedes intentarlo. —Me lanzó una sonrisa. La ignoré.

—Attes odia a Kolis y tú tienes que saber por qué. Lo que le hizo Kolis. A sus hijos.

Ash abrió las aletas de la nariz justo cuando depositaba los últimos mechones de mi pelo sobre mis hombros.

—Lo sé.

—Entonces, ¿crees que Attes no tiene las mismas ganas que tú de ver a Kolis recibir su merecido? —Sus espesas pestañas bajaron hasta ocultar sus ojos—. Y Attes hizo lo mismo que Elias —añadí como quien no quiere la cosa.

La piel de alrededor de sus ojos se arrugó.

—¿Te juró su lealtad?

—Sí, incluso con todo eso de arrodillarse y recitar esas palabras.

Parte de la dureza desapareció de su rostro.

—Eso es… interesante.

Puse los ojos en blanco y levanté los brazos por los aires.

—Attes solo ha hecho lo que ha hecho Keella, lo que has hecho tú. Sobrevivir, al tiempo que hacía todo lo posible por evitar que Kolis consiguiera lo que quiere —declaré—. Y no me refiero solo a Sotoria, sino también a las brasas. Quiere… o *necesita* —me corregí— esas brasas.

—¿Para poder convertirse en un monstruo desquiciado e imparable?

—Bueno, además de eso. Se trata de todo ese tema del equilibrio. Para mantener los mundos estables, se debe crear vida, y lo que él está haciendo para lograr eso es crear lo que él llama…

—Sé lo que ha creado: los Ascendidos —dijo, y una sorpresa repentina cruzó a través de mí—. Los Retornados. No podía dejar de hablar de ellos, joder, cuando vino a contarme lo del… —Los tendones de su cuello se pusieron en tensión de manera visible—. Cuando vino a contarme que me liberaría una vez que mi ira estuviese bajo control.

Sabía que eso no era lo que había estado a punto de decir. Había sido cuando Kolis había ido a contarle lo del trato.

—¿Por qué sacó ese tema siquiera?

—Porque mi tío es un capullo engreído que se toma de manera personal y hasta el extremo su incapacidad para crear vida como hacía mi padre.

Asentí despacio y recordé cómo había reaccionado cuando notó que no me creía que pudiese crear vida.

—De todos modos, no funcionará para siempre. Él lo sabe y Kyn

también.

Unas sombras presionaron contra las mejillas de Ash. Me apresuré a continuar.

—Kolis no sabía que él no podía Ascenderme, aunque sí pensaba que todo el asunto sería peligroso. Así que planeaba esperar hasta que iniciase mi Sacrificio para extraer las brasas. Lo que no sabía era que yo ya había empezado mi Ascensión. Y la única razón que se me ocurre para que no se culminase es por lo que Kolis obligó a hacer a Phanos.

Su mirada se afiló.

—¿Qué le obligó a hacer?

Le conté lo de los *ceerens* y su sacrificio, y casi vi los engranajes empezar a girar en su mente.

—No.

Ash frunció el ceño.

—¿No qué?

—No permitiré que nadie más dé su vida para alargar la mía. Sé que lo estás pensando.

—Excepto que no es solo tu vida la que estás alargando, Sera. Son miles de vidas —objetó Ash—. Millones.

Cerré los puños a mis lados.

—Pero solo de manera temporal. Mientras las brasas permanezcan dentro de mí, la Podredumbre sigue extendiéndose y haciendo más daño. Y…

Ash se quedó muy quieto otra vez.

—¿Y qué?

—Y casi… casi me he quedado sin tiempo —reconocí. Me dio la sensación de que Ash había dejado de respirar—. Me estoy muriendo.

—No.

—Me estoy muriendo, Ash. —Mientras hablaba, me puse ese velo. Odiaba hacerlo con él, pero no quería que se resquebrajara la calma que había encontrado con respecto a lo que estaba por venir, y no quería que él sintiera nada procedente de mí. Para él ya sería bastante difícil de por sí. Así que me vacié todo lo que pude—. Tienes que extraer las brasas, y debes hacerlo pronto. No me queda mucho…

—Eso no lo sabes. —Las sombras se condensaron bajo su piel y borraron a toda velocidad los tonos más cálidos.

—Lo sé y tú también. —Puse las manos en sus mejillas. Tenía la piel gélida ahora—. Mi boca…

—No lo digas —susurró… Suplicó. Pero tenía que decírselo.

—Me ha estado sangrando la boca. De hecho, sangraba hace unos instantes, cuando te marchaste en busca de ropa. —Empezó a apartar la mirada, pero se lo impedí para que nuestros ojos siguiesen conectados—. Y ya no siento las brasas en mi pecho, Ash. Las siento

por todas partes. En mi sangre. En mis huesos. En mi piel.

Un escalofrío lo sacudió entero y me encontré envuelta en sus brazos, sujeta con fuerza contra su pecho. No dijo nada, pero sentía los fuertes latidos de su corazón. No necesitaba decir nada, porque lo sabía.

Mi Ascensión había empezado en serio. Y yo tenía razón: no disponíamos de demasiado tiempo.

Era probable que no tuviésemos ni un día.

El fin se cernía sobre mí. Sobre nosotros.

# Capítulo 35

La certeza de lo que estaba por venir nos siguió a Ash y a mí cuando sombrambulamos hasta las Tierras de Huesos.

Supe el momento exacto en que llegamos. La humedad y el olor dulce de la caverna desaparecieron, sustituidos por una brisa más fresca que me recordaba a la primavera en Lasania.

Los brazos de Ash no se aflojaron de mi alrededor. Levanté la cabeza y noté que el trino de los pájaros se acallaba y la neblina empezaba a disiparse en torno a nosotros para revelar verde. *Muchísimo* follaje verde y exuberante. Vi plantas rastreras perennes, arbustos cargados de flores pálidas y árboles con troncos cubiertos de enredaderas y enormes ramas repletas de anchas hojas.

—Hum —murmuré, sujetando el diamante Estrella en mi mano derecha. Ash levantó una mano y enredó los dedos en mi pelo mojado.

—¿Qué?

—Estoy algo confusa. —Miré a mi derecha y vi más de lo mismo—. Para ser un sitio llamado Tierras de Huesos, esperaba ver un puñado de huesos.

—Mira abajo, *liessa*.

Mi mirada volvió a él y abrí mucho los ojos. Parte de mí no estaba segura de querer hacerlo, pero la curiosidad siempre ganaba, *siempre*.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia abajo.

—Solo veo tierra y hierba.

—Si ahora fuese al final de la época de los Antiguos y estuviésemos de pie en este mismo punto, estaríamos sobre los restos de los que habían caído a sus manos en batalla —explicó—. Y esos huesos siguen aquí, solo que reabsorbidos por la tierra después de milenios. Casi todo lo que hay al este de las Skotos y hasta la Cala ha crecido de los restos de los que cayeron.

Enrosqué el labio de arriba y tuve que hacer un esfuerzo por no saltar a los brazos de Ash. Había visto muchas cosas macabras. Había hecho unas cuantas yo misma, pero por alguna razón, encontraba esto mucho más perturbador.

—Saber que estamos, a fin de cuentas, pisando las tumbas de solo los dioses saben cuántos esqueletos me pone los pelos de punta. Y parece un poco irrespetuoso.

—Los *drakens* estarían de acuerdo contigo. —Deslizó los dedos por mi pelo—. Consideran que las Tierras de Huesos son sagradas.

Ya había oído decir eso. Incliné la cabeza hacia atrás. La luz moteada del sol iluminaba la curva de la mejilla y la mandíbula de Ash.

—¿Qué fue lo que provocó la guerra entre los Antiguos?

—Una cosa. —Sus ojos recorrieron mi rostro—. Y al mismo tiempo muchas otras.

—Esa es una respuesta muy útil.

Esbozó una leve sonrisa.

—Los Antiguos nunca sintieron las cosas como las sienten los mortales, o incluso los Primigenios de la edad de mi padre antes de que el primero de ellos se enamorara. Simplemente no habían sido… creados de ese modo —explicó, y deslizó la mano de mi pelo a mi barbilla—. Aunque eso no significa que fuesen indiferentes a las necesidades de sus hijos o de los mortales que con el tiempo poblaron las tierras al oeste de Iliseeum. Tenían mucha empatía… hasta que dejaron de tenerla.

—¿Qué provocó ese cambio?

—Las mismas cosas que le ocurren a cualquier ser que ve pasar demasiado tiempo. —Su pulgar acarició mi labio de abajo—. Perdieron su conexión con aquellos que procedían de su propia carne y con los mortales, y con el paso del tiempo, cada vez apreciaban menos de lo que hacía preciosos a los que habitaban los mundos. Mi padre me contó que empezaron a considerar que cualquier cosa que no hubiesen creado ellos era como un parásito. Los cambios que los mortales hicieron en su mundo no ayudaron. A los Antiguos les desagradaban en particular las alteraciones de la tierra en nombre del avance. Se talaron demasiados bosques para sustituirlos por granjas y casas solariegas. Las carreteras sustituyeron a la tierra. Se construyeron ciudades sobre praderas. Cuando miraban el mundo mortal, los Antiguos solo veían muerte.

—¿En serio? —pregunté, arrastrando las palabras. Ash asintió.

—Mi padre decía que los Antiguos no solo eran capaces de ver sino también de conectar con las almas de toda creación viviente. Eso incluía formas de vida superiores como tú y yo, pero también animales y plantas.

Se formaron unas arrugas en mi frente.

—¿Las plantas tienen alma?

—Eso era lo que decía mi padre que afirmaban los Antiguos.

—Entiendo que ni tú ni los Primigenios más mayores podéis ver tal cosa.

—Exacto. —Su pulgar dio otra pasada por mi labio—. Los Antiguos acabaron por creer que los mortales y las tierras no podían coexistir. Pensaron que tenían que elegir entre unos y otros.

—¿Los mortales o… los árboles?

—Los mortales no pueden existir sin las riquezas de la tierra —dijo—. Así que, para ellos, la elección era fácil. Decidieron limpiar las tierras y despejarlas de mortales.

—Santo cielo —murmuré—. ¿Y podían hacerlo?

—Los Antiguos eran… bueno, ¿recuerdas lo que se decía de un Primigenio tanto de la Vida como de la Muerte? ¿Cómo un ser así podría destruir los mundos y luego rehacerlos en un suspiro?

—Sí. —Me estremecí y pensé en lo que pasaría si Kolis tuviese semejante poder—. ¿Los Antiguos podían hacer eso?

—Al principio. Por suerte, algunos se dieron cuenta de los peligros de que cualquier ser tuviese unos poderes tan ilimitados y dieron pasos para reducir los suyos mucho antes de que el primer mortal respirara. Y eso lo hicieron creando hijos a partir de su propia carne.

—¿Primigenios como tu padre?

—Sí. Transfirieron partes de su energía, de su esencia, a cada uno de sus hijos, para dividir así sus habilidades entre todos ellos y, por tanto, crear un equilibrio de poder compartido. —Algo de lo que dijo me sonaba medio familiar—. Cuando los Antiguos decidieron limpiar la tierra, los Primigenios y los dioses unieron fuerzas con los mortales, los *drakens* y sus antepasados para defenderse. —Hizo una pausa—. Incluso Kolis luchó al lado de mi padre. Aquella era una época diferente.

Era difícil imaginar un tiempo en el que Kolis y Eythos estuvieran del mismo lado.

El trino grave y gorjeante de un *draken* llamó nuestra atención hacia los árboles.

—Nos están esperando.

—Así es. —Ash atrajo mi atención hacia él otra vez—. Pueden esperar un poco más. —El *eather* daba vueltas sin parar en sus ojos—. ¿Cómo te encuentras? De verdad.

Por acto reflejo, empecé a decirle que estaba bien, pero mentir no tenía ningún sentido. Tampoco era justo para él. Ni para mí.

Aspiré una bocanada de aire que no pareció inflar mis pulmones. Era una sensación distinta a la que acompañaba a la falta de aire provocada por la ansiedad. Esto era más como si una parte de mí ya no funcionase tan bien.

—Estoy… estoy cansada.

La expresión de Ash no reveló nada, pero su garganta subió y bajó al tragar saliva.

—¿Te duele la cabeza? ¿La mandíbula?

Deseé estar mintiéndole todavía.

—Solo un dolor sordo ahora mismo.

—Vale. —Agachó la cabeza y me dio un beso en la frente—. Prométeme que me lo dirás si el dolor empeora.

—Lo prometo.

Ash se quedó como estaba durante unos momentos, su mano fría contra mi mejilla y sus labios sobre mi frente. Después dio un paso atrás, tomó mi mano izquierda e hizo ademán de ir a levantarme en brazos.

—¿Qué estás haciendo?

Frunció el ceño.

—Iba a…

—Por favor, no digas que planeabas llevarme a cuestas.

—Quiero que ahorres energías.

—Andar no requiere energía.

La arruga de su frente se hizo más profunda.

—Además de no entender lo que significa discutir, no creo que sepas bien cómo funciona el cuerpo.

Entorné los ojos.

—Puedo andar, Ash. Me estoy muriendo —dije, y me forcé a usar un tono ligero al tiempo que le daba una palmadita en el pecho—, pero no estoy muerta.

El *eather* adquirió una quietud antinatural en sus ojos.

—Eso no es algo sobre lo que bromear.

Suspiré. Tenía razón.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el oeste.

—¿El oeste? —Miré a la izquierda y luego a la derecha antes de girarme hacia él—. ¿Tengo pinta de brújula?

Sus labios amagaron con sonreír.

—Por aquí, *liessa*.

Con mi mano bien sujeta en la suya, echó a andar hacia nuestra izquierda.

—No vamos lejos —dijo, su voz un poco más ronca de lo habitual, lo cual me incitó a mirarlo. Ash mantuvo la vista al frente, su expresión imposible de descifrar.

Le di un apretoncito en la mano.

Él me dedicó una sonrisa tenue, una que no le llegó a los ojos.

—Cuidado —me dijo—. Hay muchas piedras pequeñas y ramas. No quiero que te hagas ninguna herida en los pies.

Eso me hizo sonreír. También hizo que me doliera un poco el corazón, porque estaba preocupado por que me hiciese daño en los pies. En los *pies*. Podían cortármelos y no importaría.

Vale, tal vez precipitara lo inevitable, pero su preocupación era dulce y… y parecía *cariñosa*.

Con el diamante en la mano, caminé con Ash durante unos minutos, él guiándome alrededor de ramas caídas y piedrecitas desperdigadas que no cortarían mi piel ni aunque saltase sobre ellas.

Al final, unas franjas blancas (columnas de piedra caliza o de mármol blanco mate) aparecieron entre los árboles. Guiñé los ojos.

—¿Eso es un templo?

—Uno de ellos. —Levantó una mano para apartar una rama de mi camino—. Y antes de que lo preguntes, no estoy seguro de a quién honraba en el pasado.

—No lo iba a preguntar. —Un bucle de pelo castaño rojizo cayó contra su mejilla cuando me lanzó una mirada de soslayo—. Lo que tú digas —musité. Me quedé callada unos dos segundos mientras estudiaba un árbol caído cubierto de musgo—. Entonces, ¿los mortales sí vivían al este de las Skotos?

—Así es. —Soltó mi mano, agarró mis caderas y me izó por encima del árbol caído con tal facilidad que no pude evitar sentirme pequeña y delicada—. Solían vivir hasta el pie de las Cárceres.

—Guau. —Empezaban a verse partes del tejado cuadrado y plano del templo—. No creí que hubiesen vivido nunca tan cerca de Iliseeum.

—Por aquel entonces, los Primigenios y los dioses interactuaban más con los mortales. Visitaban pueblos y pasaban tiempo con ellos —explicó. Volvió a tomar mi mano—. Eso era antes de que madurasen las habilidades de los Primigenios, y de que sus efectos empezasen a influir sobre los mortales.

Delante de nosotros, algo… no, *alguien* alto y ágil vestido de negro se movía entre los árboles. Caminaba a paso ligero hacia nosotros.

—¿Quién es ese? —pregunté.

—Es Bele. —Los labios de Ash se afinaron—. No…

—¡Por fin! —exclamó Bele. En lo alto, las ramas temblaron y una bandada de pájaros silenciosos emprendieron el vuelo para desperdigarse por los cielos—. Empezaba a preocuparme.

Mis labios se curvaron a medida que Bele se acercaba, su piel de un suave tono marrón dorado bajo los rayos de sol fracturados. Caminó hacia nosotros, y la punta de la trenza negra que le llegaba hasta los hombros empezó a botar cuando apretó el paso.

Como de costumbre, Bele iba armada hasta los dientes. Llevaba dagas amarradas a los muslos, correas en los antebrazos para sujetar cuchillos más pequeños, y la empuñadura de la espada que llevaba a la espalda asomaba por su cintura. Por encima del hombro, vi la forma curva de un arco.

Bele estaba… ya había sido fiera antes de Ascender, confiada hasta el punto de dar un poco de miedo a veces. Pero ¿ahora?

Ahora, rezumaba poder y fuerza, y se movía entre la maleza como un depredador en plena cacería.

Mis pasos se ralentizaron. Ahora era la diosa de la Caza. O más bien la Diosa Primigenia de la Caza y la Justicia Divina. Por lo que

había oído, nadie sabía si Bele había Ascendido a la verdadera «primigeneidad», pero eso había sido antes de la prematura muerte de Hanan. Sin embargo, si lo había hecho, ¿no hubiese percibido yo que se aproximaba?

Las mejillas un poco redondeadas de Bele se fruncieron cuando una sonrisa apareció en su cara, y entonces ya no estaba a varios metros de distancia sino justo delante de mí. Ni siquiera tuve tiempo de soltar una exclamación. Sus brazos me envolvieron con tal fuerza que casi dejé caer La Estrella, y me hubiese caído hacia atrás antes de que ella me sujetara de no haber sido por el agarre de Ash sobre mi mano.

Bele… me estaba abrazando. Un abrazo de verdad, con ambos brazos y la cabeza enterrada contra mi hombro.

Una oleada de sorpresa onduló a través de mí y mis ojos volaron hacia Ash. Él arqueó una ceja. Bele no era de las que daban abrazos. Ni siquiera era emotiva en absoluto. Era más del tipo de dedicarte un cumplido mientras te insultaba al mismo tiempo, lo cual era probable que fuese la razón de que nos llevásemos bien. Más o menos. Las dos también parecíamos disfrutar irritando a otros.

Pasé un brazo a su alrededor, después el otro. Ash soltó mi mano despacio, como a regañadientes. Pero se quedó ahí cerca.

—Trátala con cuidado, Bele.

Su abrazo se aflojó un poco. Noté cómo hinchaba el pecho.

—Gracias.

—¿Por qué? —murmuré con la boca pegada a su trenza, mientras le daba unas palmaditas en la espalda sin saber muy bien qué hacer, porque era oficial: yo daba los peores abrazos del mundo.

—Por Aios —susurró con voz ronca. Metió la mano entre nosotras para tocar el collar—. Si la hubiese perdido… —Se estremeció.

Cerré los ojos con fuerza. Había olvidado que había un indicio de algo íntimo entre ellas, algo más que solo una amistad.

—No tienes por qué darme las gracias por eso.

—Ya lo he hecho. No pienso retirarlas. —Su voz sonaba más firme ya—. Y tú no puedes rechazarlas.

Mis labios se curvaron.

—Vale.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. —Bele se echó atrás entonces—. Odio arruinar esta reunión, pero… —Dejó la frase a medias y aspiró una bocanada de aire brusca. Bajó los brazos al tiempo que su boca se abría y después se cerraba. Unas hebras de *eather* cruzaron de pronto sus ojos, sus iris, que antaño eran de un tono avellana que tendía más hacia el dorado, pero ahora eran plateados—. Por favor, dime que le diste al menos una buena paliza a ese hijo de puta.

Por unos instantes, no estaba segura de qué había provocado esa pregunta, pero entonces me di cuenta de que estaba mirando mi cuello: los moratones y la herida dejada por el roce de los colmillos de Kolis.

—Le dio más que solo una buena paliza —intervino Ash, que aprovechó para agarrar mi mano de nuevo. Bele levantó la barbilla.

—¿De verdad?

—Sí. —Mi habitual tendencia a fanfarronear cuando se trataba de haber vencido en cualquier pelea no apareció, lo cual debía significar que estaba más cansada de lo que pensaba—. De momento está fuera de combate.

La aprobación centelleó por su despampanante rostro, junto con una sonrisa salvaje.

—Ojalá hubiera estado ahí para verlo.

Empecé a sonreír cuando me di cuenta de algo en ella. Bele había Ascendido como la Diosa Primigenia de la Caza, pero sus brazos estaban desnudos.

—¿No tienes un brazalete como los otros?

—Todavía no. —Bele miró el que rodeaba el bíceps de Ash—. Al parecer, aparecerá cuando esté lista. —Miró a Ash con los ojos entornados—. ¿Y eso cuándo será, exactamente?

—Me da la impresión de que la cosa varía. Odín no apareció hasta varios años después de convertirme en un Primigenio de la Muerte.

—¿Varios años? Qué asco. —Bele puso los ojos en blanco—. En cualquier caso, oímos que Kolis estaba fuera de combate por boca de un dios llamado Elias, pero no le dejamos decir mucho más antes de amordazarlo.

Parpadeé.

—¿Que hicisteis qué?

—Lo atamos y lo amordazamos —repitió—. ¿Por qué me miras de ese modo? No lo conozco. Ninguno de nosotros lo conoce. Lo único que sabemos es que Attes apareció, soltó al idiota ese con su cara pintada de dorado, y después dijo que volvería pronto antes de que ninguno de nosotros pudiese ni registrar el hecho de que *ese* capullo estaba aquí.

—Oh, por todos los dioses —mascullé, mientras Ash hacía un ruido que sonaba muy parecido a una risa—. Elias no es mal tipo. Y Attes… No voy a volver a explicarlo todo. —Le lancé una mirada ceñuda a Ash—. ¿Nektas está aquí? Él sabría todo esto.

—Nektas está haciendo sus cosas de *draken*.

—Como si no hubiese podido cambiar a su forma mortal en algún momento para deciros que no hacía falta atar a Elias. —Eché a andar hacia el templo, de donde suponía que había venido Bele.

—Sí, podría haberlo hecho. Pero no lo hizo. —Bele echó a andar al

lado de Ash y de mí—. Mira, el dios está vivo. No le hemos hecho daño, así que no pasa nada. —No estaba segura de que atar a alguien encajase dentro de esa descripción—. Por cierto, parece que tengo más malas noticias para vosotros. —Bele me miró de reojo—. Veses está…

—Libre. Ya lo sé. La vi —declaré—. ¿Resultó herido alguien?

Bele negó con la cabeza.

—Al principio, ni siquiera nos dimos cuenta de que había escapado. Bajamos ahí y vimos que, básicamente, se había masticado sus propios brazos. Creo que estaba más preocupada por salir de ahí que por la venganza.

O sea que Veses había dicho la verdad.

Los árboles ralearon para revelar más del viejo templo, que ahora vi que se asentaba bajo unos acantilados rocosos.

—Mirad. —Bele señaló hacia las enormes columnas—. El dios está vivo.

Enseguida vi a Elias. De hecho, era bastante difícil no verlo, dado que lo habían amarrado a la columna central del templo de estilo corintio, atado de piernas y brazos, y amordazado. Sin embargo, fueron las sombras que caían sobre el templo las que llamaron mi atención. Dos *drakens* volaban en lo alto; el más grande de los dos tenía escamas negras y grises. Las ramas de las copas de los árboles más cercanos oscilaron cuando Nektas voló alrededor del acantilado más bajo que daba al templo, mientras que el *draken* de tono ónice se frenaba y desplegaba las alas. Aterrizó sobre el tejado del templo, en el que hincó las garras mientras la estructura entera se estremecía bajo su peso.

Cayó una lluvia de polvo y piedras. Entreabrí los labios cuando varios pedazos pequeños rebotaron inofensivos contra el suelo, al tiempo que un adorno en espiral parecido a una voluta se desprendía para caer directamente sobre la cabeza y los hombros de Elias. El dios emitió un gruñido gutural antes de que su cuerpo se quedara inerte.

Despacio, giré la cabeza hacia Bele.

—¿No le hemos hecho daño así que no pasa nada?

Bele tenía los ojos muy abiertos.

—Vivirá. —Arqueé las cejas—. Eso no ha sido culpa mía. —Cruzó los brazos—. No es como si hubiese sabido que Ehthawn decidiría aterrizar justo ahí, de todos los sitios posibles.

El dolor de mis sienes había aumentado, pero aun así me giré hacia atrás y observé a Ehthawn estirar el cuello y agachar su cabeza con forma de diamante. Le dio un empujoncito con la nariz al dios inconsciente antes de ladear la cabeza en nuestra dirección. Unas pupilas verticales rodeadas de carmesí se enfocaron en mí mientras hacía un ruidito suave, como un leve resoplido.

—Se está disculpando —explicó Bele.

—Ya.

Ehthawn me olisqueó y su aliento cálido revolvió los mechones de pelo alrededor de mi cara. Emitió un gemido suave, casi lastimero.

La mano de Ash se apretó en torno a la mía, como si respondiera al sonido que había hecho el *draken*. Lo miré de reojo. Como antes, su expresión era indescifrable.

Ehthawn se acercó más a mí, cerró los ojos. Solté mi mano izquierda, luego vacilé un instante. Aparte de a la pequeña Jadis, rara vez tocaba a un *draken* en esta forma, pero él no apartó la cabeza. Apoyé con suavidad la palma de mi mano contra su poderosa mandíbula. Las escamas eran suaves y estaban secas, solo sus crestas eran más ásperas. Una especie de gorjeo, casi como un ronroneo, emanó de Ehthawn.

—No pasa nada —le dije, aunque dudaba que de verdad se estuviese disculpando. Mi mirada se deslizó por su nariz ancha y plana. Se me hizo un nudo en la garganta cuando miré al cielo azul y sin nubes en lo alto y no vi a ningún otro *draken*—. ¿Orphine?

Ehthawn volvió a hacer ese sonido lastimero. Se me empezó a comprimir el corazón. Bele se había quedado callada.

—Orphine luchó con valor —dijo Ash en voz baja—. Lo hizo hasta su último aliento.

Enrosqué los dedos sobre las escamas de Ehthawn, cerré los ojos. Sentí una gran tristeza que cortó a través de mi pecho. No estaba segura de poder llamar a Orphine una amiga y ni siquiera sabía si yo le gustaba de verdad, pero había tenido una relación más estrecha con ella que con Davina, que había caído en la pelea contra los dioses sepultados. Había sentido un gran respeto por la melliza de Ehthawn, y ella me había respetado a mí. Y si hubiésemos tenido más tiempo, me daba la impresión de que podríamos haber llegado a ser amigas.

La aflicción se atoró en mi garganta, pero abrí los ojos.

—Lo siento —le susurré a Ehthawn. Ash se acercó más a mí; su cuerpo emanaba frialdad, en comparación con el calor de las escamas del *draken*.

Ehthawn hizo otro ruidito ahumado y luego se echó atrás. Cayó más polvo, otra vez sobre los hombros de Elias.

—Bajadlo de ahí antes de que se le caiga encima el tejado entero —ordenó Ash. Bele suspiró.

—Muy bien.

Ash entrelazó los dedos con los míos. Bele, por su parte, se adelantó mientras desenvainaba una de las dagas de piedra umbra de sus antebrazos.

—Debería haberte dicho lo de Orphine —me dijo Ash en voz baja —. Pero con todo lo que estaba sucediendo…

—No pasa nada. —Dejé escapar una bocanada de aire temblorosa

—. ¿Crees que…? —Apreté los labios—. ¿Fue rápido para ella?

—Eso creo. —Ash remetió un rizo detrás de mi oreja—. Ahora está en paz en Arcadia.

Esperaba que saber eso aliviara un poco la aflicción. Observé a Bele cortar la cuerda que sujetaba a Elias por los hombros. El dios se venció hacia delante antes de desplomarse sobre el suelo musgoso… de cabeza.

—Ups —exclamó Bele, al tiempo que guardaba la daga en su funda —. Vivirá.

Suspiré.

A punto de sonreír, Ash me guio hacia las escaleras del templo mientras Bele se echaba al dios inconsciente al hombro. Pendientes de las enredaderas que trepaban por las escaleras, subimos hacia el templo, la piedra caliente debajo de mis pies. Cuando no habíamos subido ni la mitad del trayecto, mi respiración empezó a ser dificultosa y el sudor perló mi frente. No obstante, me negué a que se notase y forcé a mis piernas a seguir moviéndose.

Habíamos subido solo unos cuantos escalones más cuando Ash se detuvo justo por encima de mí. Bajó la cabeza hacia la mía.

—Deja que te ayude.

Mi espalda se puso rígida y mantuve la vista al frente. Levanté una pierna quejumbrosa y luego la otra para ponerme en el mismo escalón que él.

—Estoy bien.

—*Liessa*, mírame.

—¿Qué?

Una brisa salada levantó el pelo de sus hombros cuando volvió a hablar.

—Necesitar ayuda no es ninguna vergüenza. —Me puse roja—. Y aceptar ayuda solo demuestra fortaleza.

—Puedo subir unas escaleras —insistí, aunque mis músculos gritaban lo contrario.

—Lo sé. Eso no significa que no pueda ayudarte. —El *eather* giraba en sus ojos—. Permíteme hacer esto. Por favor.

Me tragué una maldición.

—Creo que ya te has percatado de que no puedo negarte nada cuando dices «por favor».

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Claro que no —musité, pero no me resistí cuando me levantó en brazos. Para ser sincera, no estaba segura de que hubiese podido llegar arriba.

Y esa verdad solo me hizo sentir patética.

También me daba un poco de miedo.

Ash llegó a la planta principal del templo en cuestión de segundos y me dejó en el suelo de inmediato. Bele pasó justo después y dejó caer a Elias al lado de una de las columnas. Casi esperaba que hiciese algún comentario, pero no dijo nada, su expresión pensativa cuando se paró ante lo que parecía la base de una estatua que en algún momento debió existir ahí. Escudriñé el suelo del templo y vi varios bloques de mármol más o menos ruinosos que conducían hasta el otro extremo del edificio, donde había un espacio cerrado.

—Gracias —susurré en voz baja.

Ash depositó un beso en mi mejilla, luego se enderezó al ver a varias figuras entre las columnas del fondo. Pasaron por delante de la parte cerrada del templo y después cruzaron por la planta. Mis hombros se tensaron al reconocer a la mayoría de ellos.

Saion y su primo Rhahar caminaban juntos, sus rasgos similares y despampanantes, de un lustroso tono marrón a la luz del sol. Ambos llevaban armadura plateada sobre el pecho y, al igual que Bele, iban armados hasta los dientes.

Los dos se detuvieron al mismo tiempo ante las escaleras del templo. Detrás de ellos, apareció un dios rubio, Kars, al que conocía como uno de los guardias de las Tierras Umbrías, junto con otro dios al que recordaba haber visto en los campos de entrenamiento.

Saion fue el primero en apartarse del pequeño grupo y acercarse a Ash. Hubiese jurado que los ojos oscuros del dios centellearon cuando Ash se movió para saludarlo agarrando su antebrazo. Saion, sin embargo, no se limitó a eso. Tiró del hombre más grande hacia delante para darle un abrazo con un solo brazo.

Eso me sorprendió. Nunca había visto a nadie excepto a Nektas acercarse de verdad a Ash, no digamos ya tocarlo. Y cada vez que me veían a mí tocarlo, parecía como si estuviesen viendo algún tipo de magia.

Ash vaciló, pues estaba claro que no había esperado esta respuesta. Me mordí el carrillo por dentro; esperaba y deseaba que le devolviera el abrazo. Esta gente… Saion, su primo, Bele… todos ellos eran amigos de Ash, aunque él no se hubiese permitido reconocerlo desde la muerte de Lathan. Aunque se suponía que él no debía crear vínculos con ninguno de ellos, ya los tenían. En mi mente, no ser capaz de ver el viaje de un alma o de tener un impacto sobre dónde iba no era más importante que lo que uno experimentaba mientras estaba vivo.

Así que no estaba de acuerdo con los *Arae*. La vida eterna después de la muerte no era más valiosa.

Un escalofrío de alivio me recorrió de arriba abajo cuando Ash por fin se movió y deslizó un brazo alrededor del hombro de Saion.

—Me alegro de verte —dijo Ash con voz ruda.

—Lo mismo digo, hermano. —La voz de Saion sonó igual de ronca.

Le dio una palmada en la espalda—. Lo mismo digo.

Rhahar sustituyó a Saion enseguida, en cuanto su primo dio un paso atrás. Después vi a Lailah avanzar, sus largas trenzas recogidas hacia atrás. Sus labios se curvaron en una sonrisa y mis ojos saltaron hacia quien caminaba justo detrás de ella. No era su gemelo, Theon.

Era Rhain.

Por todos los dioses, tenía un aspecto muchísimo mejor que la última vez que lo había visto. Ya no había sangre ni carne magullada y destrozada.

Los ojos de Rhain se posaron en mí. Sus pasos vacilaron en el mismo momento en que lo hizo mi corazón. Aparté la mirada y levanté mi mano libre hacia el collar de Aios.

Ash estaba recibiendo muchos abrazos, así que me concentré en eso. Una leve sonrisa tironeaba de mis labios. Para cuando Rhain se dirigió hacia él, hubiese jurado que las mejillas de Ash estaban un poco más rojas. Era bueno ver esto: ver a Ash aceptarlos y ver su amor obvio por él. Mi siguiente respiración fue más fácil y serena.

Ash no estaría solo.

Respiré hondo para superar un repentino fogonazo de dolor en mis sienes y luego fui hacia donde habían dejado tirado a Elias. Me arrodillé a su lado y retiré un mechón de pelo castaño de su cara. Un fino hilillo de sangre cortaba a través de la pintura dorada. Seguía inconsciente. Levanté la cabeza para mirar hacia el exterior.

Desde donde estaba situado el templo, alcanzaba a ver más allá de las copas de los árboles, hasta las irregulares colinas salpicadas de tonos de verde más oscuro y que llevaban hacia las dunas arenosas de las que había hablado Kolis.

Allí había agrupaciones más grandes de rocas blanco mate, algunas largas y delgadas, otras más redondas. A mí no me parecían huesos, pero cuando levanté la vista hacia las centelleantes aguas azules de la cala, vi barcos. Docenas de navíos grandes, sus velas negras arriadas. Un movimiento a la derecha de ellos captó mi atención. En los acantilados al otro lado de la cala, otro *draken* negro y marrón levantó su cabeza. ¿Era Crolee, el primo de Ehthawn y Orphine? No había visto al otro *draken* desde que había llegado a las Tierras Umbrías.

Bajé la vista hacia las dunas. Me concentré en las oscuras sombras bajo el acantilado y guiñé los ojos al detectar movimiento. De vez en cuando, algo plateado centelleaba a la luz del sol. Armadura. *Soldados*.

Me levanté y me giré. Tuve que tragarme una exclamación, porque Saion estaba justo delante de mí, inclinado en una profunda reverencia.

—Consorte, te hemos echado de menos.

Mi sonrisa se volvió irónica. No creía que mintiera. Me gustaba creer que Saion y yo habíamos superado la parte de nuestra relación

que consistía en amenazas de muerte, pero lo único que debían de haber echado de menos los dioses era la ausencia de los dramas que causaba mi presencia.

—También nos alegramos de verte aquí. —Rhahar se reunió con su primo—. Sabíamos que Nyktos no regresaría sin ti.

—Más bien *ella* no regresaría sin mí —lo corrigió Ash, que había aparecido a mi lado de ese modo rápido y silencioso suyo.

—¿Ah, sí? —preguntó Rhahar, las cejas arqueadas.

—Fue ella la que dejó a Kolis fuera de combate —aportó Bele, que se había encaramado a la base de piedra. Estaba pelando una… ¿de dónde había sacado una manzana?—. No nuestro valiente y estimado líder.

Fruncí los labios.

—Joder —murmuró Lailah, la mano apoyada en la empuñadura de su sable. Miró a Ash con picardía y su sonrisa se ensanchó—. Voy a necesitar todos los detalles.

—También me liberó a mí —les dijo Ash—. Estoy aquí gracias a ella.

—Yo también —añadió una voz callada. Kars se giró antes de dar un paso a un lado para revelar a Rhain que siguió hablando—. Creo que muchos de nosotros no estaríamos aquí de no haber sido por ti.

Me daba la impresión de que debía tener la cara del color del pelo de Rhain. Me moví incómoda de un pie a otro mientras oía varios gritos de confirmación.

—Eso es algo sobre lo que todos tenemos todavía muchas preguntas —constató Kars.

Mis ojos volaron hacia Rhain. ¿No les había contado lo del trato? Mi mano se apretó en torno al diamante al tiempo que un inmenso alivio brotaba en mi interior. Rhain no había estado consciente cuando Kolis había hecho sus exigencias, pero no hacía falta ser muy listo para deducir lo que debían conllevar.

—No… no fue nada —dije, sin tener muy claro a qué estaba respondiendo, o a quién—. Solo hice lo que hubiera hecho cualquiera de vosotros.

Rhain asintió y apartó la mirada. Mis ojos se posaron en Ash, que me observaba de un modo que volvió a confirmar mi creencia de que lo sabía.

—Vale. Creo que es hora de que nos contéis un bonito cuento. ¡Oh! —Bele se tragó un pedazo de manzana—. Todavía no he encontrado botas para ti. No hay demasiadas oportunidades para eso por estos lares.

—No pasa nada —la tranquilicé.

La cabeza de Ash giró con brusquedad hacia la derecha.

—Los cuentos tendrán que esperar.

—Debe de ser Attes —dijo Bele. Luego frunció el ceño mientras oteaba el horizonte—. No me parece que venga solo.

Se me hizo un nudo en el estómago mientras Rhain preguntaba por Attes. Lo único que registré de la respuesta de Ash fue que se podía confiar en él. Debería haber escuchado con más atención, pero… pero no podía sentir a Attes.

No noté ninguna vibración, ningún zumbido que anunciara la llegada de otro Primigenio.

Todavía podía sentir la esencia vibrar con debilidad dentro de mí, pero era probable que esa fuese mala señal.

—¿Sera? —me preguntó Ash con suavidad.

Respiré hondo, me planté una sonrisa en la cara y levanté la vista hacia él. Antes de poder decir nada, Ehthawn se dio impulso contra el tejado e hizo caer otra lluvia de polvo al emprender el vuelo. En el horizonte, logré distinguir la forma de unas alas, unas alas inmensas desplegadas en toda su envergadura.

Rhahar y Saion avanzaron como una sola unidad, y ambos echaron mano de sus espadas.

—No hay ninguna necesidad de eso —sonó la voz de Attes desde las escaleras—. Es solo Aurelia. No os hará daño a ninguno.

—Sí, bueno, no puedes culpar a mi gente por desconfiar. —Ash se movió un poco, de modo que la mitad de su cuerpo bloqueara el mío. Cerró el puño a su lado, mientras se producía una ronda de reverencias apresuradas a las que ni Ash ni yo nos unimos.

Bele tampoco.

Se limitó a cortar otro pedazo de manzana y metérselo en la boca.

Apreté la mano contra la espalda de Ash cuando Attes coronó las escaleras.

—En efecto, no puedo. —Attes echó un vistazo hacia el mar a medida que su *draken* se acercaba a Ehthawn, que emitió una advertencia grave y retumbante. La mandíbula de Attes se puso tensa —. Espero que eso signifique solo que tu *draken* es muy amistoso.

Bueno…

—Ehthawn no atacará a Aurelia a menos que ella le dé razones para hacerlo —dijo Ash—. Pero él no es el que te preocupa en realidad.

Nektas resopló humo desde donde estaba sobre el acantilado. Attes ladeó la cabeza.

—Supongo que Seraphena está bien y aún en posesión de La Estrella.

—¿La qué? —murmuró Bele.

—Lo estoy. —Di un paso a un lado para salir de detrás de Ash y miré más allá de Attes, pero no vi a nadie—. ¿Y Keella?

—Está aquí. —Attes tuvo que mirar dos veces cuando vio a Elias—.

Le pedí que nos diese un par de minutos, solo por si los necesitábamos. —Le lanzó una mirada significativa a Ash—. Con suerte, esos minutos no son necesarios.

—No lo son —repuso Ash, y cruzó los brazos delante del pecho—. Aún.

—No serán necesarios. —Fulminé a Ash con la mirada y vi que Ehthawn viraba hacia quien suponía que era Crolee.

—Es agradable tratar con alguien razonable. —La sonrisa de Attes suavizó las cicatrices de su cara.

Llegó un gruñido de una fuente mucho mucho más cercana.

La sonrisa de Attes se ensanchó un poco e ignoró la advertencia de violencia que empezaba a acumularse dentro de Ash. El Primigenio de la Guerra y la Concordia escudriñó a los que estaban en el templo mientras su *draken* hembra volaba en lo alto, sus escamas una mezcla de verde y marrón a la luz del sol.

—Hum —murmuré al ver a la *draken* superar el templo y bajar en picado. El final de su cola de púas rozó un lado del acantilado, justo por encima de Nektas, lo cual envió una lluvia de tierra sobre él.

Espera. ¿No era esta la *draken* a la que había visitado Nektas para obtener información? ¿Y no había dicho Reaver que creía que a *Nek* le gustaba?

Nektas refunfuñó, se sacudió la tierra y levantó la cabeza. Con los ojos entornados, giró la cabeza al tiempo que unas finas columnas de humo salían por su nariz. Aurelia pegó las alas a sus costados antes de aterrizar sobre una colina por encima y a un lado de Nektas.

Era más grande que Ehthawn y que Crolee, pero Nektas la hizo parecer pequeña cuando se levantó sobre sus cuatro patas y le enseñó los dientes.

Pero Aurelia era *rápida*: estiró el cuello y le lanzó un mordisco mientras la gorguera de alrededor de su cuello vibraba.

Tiré de la parte de atrás de la camisa de Ash.

—¿Deberíamos estar preocupados por esto?

—¿Deberíamos? Es probable —repuso con sequedad—. Puesto que esta es su idea de lo que es flirtear y tiende a ponerse un poco… agresiva.

—Más o menos como flirteáis vosotros dos —comentó Saion al pasar junto a nosotros.

—Maleducado —musité.

Ash se rio entre dientes, y eso me provocó un ligero estremecimiento de sorpresa. Por lo general, hubiese amenazado a Saion o, como muy poco, le hubiese cerrado la boca con una mirada ceñuda, pero el Ash que había conocido en el mundo mortal estaba más relajado ahora, era más juguetón. Empezaba a ver un poco de eso ahora, de su naturaleza más bromista.

Nektas gimió cuando Aurelia le dio un mordisquito por haberse acercado demasiado. Se echó atrás con un ruido retumbante en el pecho.

—Solo imagínalo —dijo Attes, más cerca de nosotros—. Si se lían, estaremos más o menos emparentados.

—Menuda perspectiva más emocionante —declaró Ash.

Aparté los ojos de los dos *drakens* y me acordé del otro que había mencionado Attes.

—¿Dónde está Basilia?

—Todavía ocupada asegurándose de que los *drakens* de Kolis estén entretenidos —repuso Attes. Su sonrisa se ensanchó cuando apartó la vista de Ash. Apareció un hoyuelo—. Lailah, hacía una eternidad que no te veía.

—¿Ah, sí? —repuso la diosa con indiferencia.

—Sí. —Apareció la punta de un colmillo y Attes pasó por delante de Kars, que le dejó un buen margen de distancia—. La última vez que visité la Casa de Haides, Theon dijo que estabas indispuesta.

—Lo estaba. —Lailah arqueó una ceja. Vi que Saion empezaba a sonreír y su primo se rascaba el pelo rapado—. Me dolía la cabeza.

—¿Te dolía la cabeza? —repitió Attes.

—Sí. —Desplazó su peso de un pie al otro—. Curiosamente, empiezo a sentirlo otra vez.

El Primigenio se rio y aparecieron ambos hoyuelos.

—Vaya, creo que estás insinuando que yo soy la causa de este dolor de cabeza.

—Eres de lo más perspicaz. —Lailah parpadeó con sus ojos dorados, bastante separados—. Tal vez hubieses debido ser el Primigenio de la Sabiduría.

—Detecto sarcasmo. Me hieres. —Attes se llevó una mano al pecho —. Profundamente.

—No lo bastante —musitó Lailah.

Tiré de la camisa de Ash otra vez.

—¿Están flirteando de manera agresiva? —susurré.

Los ojos de Ash se entornaron para mirarlos con más atención.

Lailah y Theon eran de Vathi. Cómo habían acabado con Ash era una historia que todavía no habían compartido conmigo, pero la forma en que Attes miraba a la diosa me hizo pensar que había una historia ahí que también podía implicar… un flirteo agresivo.

Ash miró hacia las escaleras. Un segundo después apareció Keella, que levantó una mano cuando todo el mundo empezó a hacer reverencias otra vez.

—No es necesario —les aseguró a los dioses, aunque Kars y Rhain hicieron una reverencia de todos modos. Keella les sonrió—. Espero que todo vaya bien.

—Perfecto. Un momento, por favor. —La cabeza de Ash voló hacia donde Attes caminaba en círculo ahora alrededor de Lailah—. Déjala en paz ya, joder.

Attes levantó la vista, un mechón de pelo castaño claro delante de la cara. Se hizo el silencio en el templo y Keella cruzó las manos delante del vestido azul pálido que llevaba.

—Ya no sirve en tu corte —le recordó Ash.

—Gracias a los dioses —repuso Attes—. Habría perdido por completo el control de mi corte si aún lo hiciese.

Esa afirmación picó mi curiosidad más aún. La respuesta de Lailah no ayudó.

—No pasa nada, Nyktos, sé cómo manejarlo.

—Puedo confirmar eso al cien por cien —declaró Attes, y guiñó un ojo en dirección a Lailah—. Con unos recuerdos de lo más agradables.

Lailah puso los ojos en blanco.

Vale. Ahora sí que sentía curiosidad.

—Sí. —Keella levantó la barbilla—. Todo parece completamente… perfecto. —Dejó de mirarlos—. Attes me ha contado la situación. ¿Tienes La Estrella?

Parpadeé y dejé de prestar atención a… bueno, a lo que fuese que estuviera pasando.

—La tengo. —Cuando los ojos de Keella se posaron en mí, hice todo lo posible por evitar pensar en la última vez que me había visto. Levanté el diamante envuelto en tela—. ¿Te contó todo?

Keella asintió y vino hacia nosotros. Sus ojos llenos de tristeza se posaron en Ash.

—Bueno, volvamos a lo importante. —Bele bajó de la piedra de un salto y tiró el corazón de su manzana hacia los *drakens*. Nektas hizo ademán de atraparlo al vuelo, pero Aurelia se le adelantó—. ¿Qué es una estrella?

—Supongo que no es lo que hay en el cielo —murmuró Rhain, al tiempo que el corazón de la manzana (la mitad de él, más bien) volaba hacia Nektas.

Oh, qué monos. Estaban… compartiendo comida.

—Es algo que no debería poseer nadie más que los *Arae*. —Keella miró con suspicacia el bulto que yo sujetaba—. Ni deberían haberlo creado.

—Puedo estar de acuerdo con eso.

—Pero si no lo hubiesen hecho, tú no estarías ahora aquí de pie con él. —Keella se detuvo delante de mí—. Todo lo malo tiene siempre un lado bueno. —Me miró a los ojos y la intensidad de su mirada me hizo retorcerme—. Lo comprendí entonces, igual que lo hago ahora.

Aspiré una bocanada de aire breve, consciente de que se refería a

la última vez que nos habíamos visto.

—¿Comprender qué? —preguntó Ash.

—Que las cosas malas a menudo tienen un lado bueno —repuso Keella—. ¿Y estás segura de lo que viste dentro del diamante?

Agradecida por el cambio de tema, asentí, con una mirada de reojo a Ash. No sabía si quería que alguno más de los presentes lo supiera.

Ash me sostuvo la mirada, luego miró a los otros antes de devolver la vista al diamante.

—Es el alma de mi padre. Está ahí dentro.

Bele se quedó boquiabierta.

—¿Estás…? —Rhain había palidecido. Avanzó unos pasos y se detuvo cerca de nosotros para mirar lo que yo sujetaba en la mano.

—Estoy segura. —Con sumo cuidado, desenvolví el diamante y dejé que la finísima seda desgarrada flotase hasta el suelo.

La luz blanca lechosa palpitaba dentro de La Estrella, presionando contra sus paredes.

—¿Attes te habló también de Sotoria? —Cuando Keella se limitó a asentir, casi pude percibir la pregunta que ansiaba salir por boca de Bele, pero permaneció callada.

—¿Es factible, entonces? —El pecho de Ash se hinchó con una respiración pesada—. ¿Una vez que el alma de mi padre esté libre?

—Sí.

—¿Y sabes cómo se hace? —preguntó—. ¿Podré hacerlo yo?

—No creo que sea como extraer otras almas —declaró Keella, y sus delicadas cejas se fruncieron—. Si es como transferir las brasas, entonces es posible que el alma solo pueda ser invocada por aquel que la puso ahí.

Attes, que se había apartado de Lailah, maldijo en voz baja.

—Eso no va a suceder.

—Tiene que haber otras maneras.

La brisa revolvió unos mechones de su pelo rojizo alrededor de su mandíbula.

—Los *Arae* podrían extraer el alma.

¿Qué había dicho Ash en el sueño?

—Dijiste que yo podía invocarlos, ¿no?

Antes de que Ash pudiera contestarme, lo hizo Keella.

—Sí, pero es probable que quieran recuperar La Estrella.

Maldita sea.

—Entonces, eso tampoco funcionará. —La frustración llenó el tono de Attes.

—Hay una forma más de hacerlo —declaró Keella—. Puede invocarlas el verdadero Primigenio de la Vida.

Por supuesto.

—Ni hablar —espetó Ash.

Un temblor recorrió mi brazo.

—¿Cómo?

Ash se plantó delante de mí.

—Sera…

—Solo tendrías que desearlo, y debería ocurrir —explicó Keella. Ash maldijo—. El o la Primigenia de la Vida…

—No digas ni una palabra más —gruñó Ash, al tiempo que se interponía entre nosotras—. No puedes hacer esto.

Consciente de la confusión de los que nos rodeaban, le sonreí a Ash.

—Si es solo cuestión de desearlo, no requerirá demasiada energía.

—Así no es como funciona. —Ash me agarró de los hombros—. Y lo sabes.

En efecto, lo sabía.

—Tengo que hacerlo —le dije—. Es tu padre, Ash. —Incluso aunque no tuviéramos que sacar el alma de Sotoria de mí—. Necesito hacer esto.

Ash abrió mucho las aletas de la nariz y una oleada de *eather* bombeó por unos instantes por toda su piel.

—No necesitas hacer nada de esto.

—Tienes razón. —Me concentré en las brasas y sentí cómo palpitaban con debilidad por todo mi cuerpo cuando uní mi voluntad a ellas—. Quiero hacerlo.

—Sera… —Se puso rígido al ver algo en mí que le indicaba que era demasiado tarde. Apretó los dedos sobre mis hombros—. *Liessa*…

No sentí ningún subidón de energía, solo percibí que lo que había deseado empezaba a hacerse realidad. Bajé la vista.

La Estrella se calentó en la palma de mi mano, al tiempo que empezaba a zumbar y a vibrar. Ese sonido agudo y giratorio provino de ella otra vez. Delicadas hebras de luz lechosa emanaron del diamante.

Nektas dejó escapar un gorjeo grave cuando la luz del diamante palpitó con fuerza una vez, después dos…

La esencia salió en tromba de él y forzó a Ash a tambalearse un paso hacia atrás. Se oyeron varias exclamaciones. Uno de los otros *drakens* hizo un ruidito suave, como un trino tenue. Con los ojos muy abiertos, observé cómo la luz plateada blancuzca emanaba hacia el aire a nuestro alrededor para convertirse en una masa palpitante e informe.

Varios de los dioses retrocedieron cuando la luz se reflejó en sus caras. Incluso Attes se apartó un poco, los ojos como platos.

La masa de luz se retorció y se estiró. Luego se volvió hacia Ash, cuya respiración dio la impresión de detenerse mientras el alma de su padre levitaba a su lado. Palpitó y luego se extendió para formar lo

que parecía un brazo, y después…

Una mano y dedos.

Que acariciaron la mejilla de Ash.

Los ojos de Ash se cerraron de golpe y su gran cuerpo se estremeció.

—Padre —murmuró. Las lágrimas empañaron mi vista, pero el alma de Eythos empezaba a elevarse ya, a flotar hacia arriba—. Lo entiendo —susurró Ash.

¿Entender qué? ¿Había oído a su padre? Parpadeé y traté de aclararme la vista, pero no pude…

Sentí que mi corazón trastabillaba, luego se aceleraba, latiendo dos veces en lugar de una. Intenté aspirar una bocanada de aire, pero un repentino dolor atroz cortó a través de mi pecho y se llevó con él mi sentido de la vista, del oído y… *todo* lo demás.

# Capítulo 36

Poco a poco, fui consciente de un tenue sabor en mi boca. Un sabor dulce, ahumado y exuberante. Exquisito. Poderoso. Me hormigueaban los labios. Lo mismo que los dedos. Me estiré y disfruté del tirón de mis músculos, al tiempo que meneaba los dedos de los pies.

Un cuerpo se movió contra el mío. Una repentina inspiración llevó un pecho contra mi espalda.

—*Liessa* —murmuró una voz familiar y profunda, una que reconocería en cualquier sitio, en cualquier momento—. Ahí estás.

*Ash.*

Mis pestañas aletearon antes de abrirse a un vívido cielo azul zafiro veteado de nubes rosas y amatistas que se deslizaban por lo alto. Me sentí confusa, guiñé los ojos. Nunca antes había visto un cielo así. Mis ojos bajaron hacia unos árboles en un surtido de tonos azules y violetas que rayaban en el rosa y me recordaban a los jacarandás del exterior de Wayfair.

En mi mente, centellearon unos recuerdos inconexos. La caverna de lilas. La llegada a las Tierras de Huesos. Liberar a Eythos. Un dolor atroz y terrible, y después nada.

Contemplé ese paisaje surrealista de brillantes colores. ¿Había… había muerto? Eso no tenía sentido. De haberlo hecho, no estaría en brazos de Ash. Él no podía acercarse a almas que habían pasado más allá de los Pilares de Asphodel sin arriesgarse a destruir esas almas. ¿Y no recordaría yo haber pasado por ellos y haber sido juzgada? A pesar de lo que Ash creía acerca de mi alma, dudaba mucho que fuese a acabar en un sitio tan bonito como este. Como muy poco, hubiese sido un alma de esas que necesitan un examen más en profundidad. ¿Podía ser esto? Si era así, ¿por qué me dolían todavía las sienes?

—¿Estoy…? —Me aclaré la garganta, con lo que logré que el sabor sensual desapareciese—. ¿He muerto?

—¿Qué? —Su brazo se apretó en torno a mi cintura—. Por los Hados, no, Sera.

Me contoneé un poco. Sentí un colchón mullido debajo de mí. Estábamos sobre algún tipo de sofá.

—¿Dónde estamos?

—En las llanuras de Thyia. —Ash me recolocó entre sus brazos y mi cabeza quedó de repente en el pliegue de su codo. Levanté la vista hacia él. Su pelo, de un rico y cálido tono castaño rojizo, caía contra la

línea cincelada de su mandíbula. El color entre bronce y dorado de su piel estaba más pálido, y vi preocupación grabada en los cautivadores planos y ángulos de su rostro—. Keella pensó que estarías más cómoda aquí. Estamos en la veranda de su palacio.

Aparté los ojos de los suyos para deslizarlos por el suelo de piedra color terracota y luego más allá, hacia los acantilados que se extendían a ambos lados. Vi a Ehthawn. El *draken* estaba hecho un ovillo sobre uno de los riscos, la cabeza apoyada en la roca calentada por el sol. Habría podido pensar que estaba dormido, de no haber sido porque tenía un ojo carmesí abierto y su cola se agitaba con movimientos perezosos. Escruté los otros acantilados, pero no vi a Nektas ni a ninguno de los otros *drakens*.

Ash deslizó el pulgar por mi mejilla y la frialdad de su contacto me sorprendió. Estaba aún más frío que antes.

Tragué saliva y bajé la vista hacia mis manos… mis manos *vacías*. Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Dónde está La Estrella?

—La tienen Keella y Attes —repuso, así que me relajé—. ¿Cómo te encuentras?

—No… no lo sé. ¿Bien? —Mis ojos volvieron a los suyos—. Me desmayé, ¿verdad?

—Así es.

Mi mente se despejó por fin de la bruma que aún la empañaba. Me puse tensa al instante.

—Oh, por todos los dioses, lo siento.

Frunció sus oscuras cejas.

—¿Por qué?

—Por desmayarme en medio de la liberación de tu padre.

La expresión de Ash se suavizó.

—Sera…

—Vi cómo te tocaba. Te estaba hablando, ¿verdad? De un modo que nadie más podía oír. —Pude ver con claridad cómo el alma de Eythos flotaba hacia arriba—. Por favor, dime que no te concentraste en mí cuando me desmayé.

—Pude oírlo. Su voz. —La de Ash se espesó—. Pensaba que no volvería a oírla nunca, pero lo hice. Gracias a ti.

—En verdad, tampoco hice tanto.

—*Liessa* —me regañó con suavidad, y deslizó el pulgar por la piel de debajo de mi labio—. Lo hiciste todo.

Se me hizo un nudo en el pecho.

—Pero luego tuve que ir y desmayarme, para arruinar lo que era un momento precioso. Así que eso deshace…

—No deshace nada, Sera. No interrumpiste nada. Su alma se estaba marchando de este mundo.

—¿Estás seguro de que no…?

—Segurísimo. —Ash agachó la cabeza para darme un beso en la frente—. No podía demorarse aquí. Además, después de todo este tiempo, no quería hacerlo.

Supuse que no.

Por todos los dioses, esperaba de todo corazón que no me estuviese mintiendo.

—¿Qué te dijo? —Abrí más los ojos al hacer la pregunta—. Quiero decir, no tienes por qué decírmelo. Estoy segura de que era privado…

—Me dijo que me quería. —Ash deslizó los dedos por mi mandíbula—. Que estaba orgulloso de mí, del hombre en el que me he convertido.

—Oh —susurré, y noté que el nudo se abría paso hacia mi garganta. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Estiró el cuello hacia un lado.

—Casi no podía creer que dijera eso, para ser sincero.

—¿Por qué? —Levanté una mano, aliviada de que no me costase tanto esfuerzo como subir esas malditas escaleras al templo—. Por supuesto que estará orgulloso de ti.

—He hecho muchas cosas de las que no estaría orgulloso nadie.

Me dolió el corazón por él.

—Hiciste cosas que otros te obligaron a hacer.

—No me refiero solo a eso, *liessa*. Solo en las últimas veinticuatro horas he cometido todo tipo de atrocidades: he matado a hombres que deponían sus armas, a otros que daban media vuelta y huían de mí.

Fruncí el ceño.

—Yo no consideraría eso una atrocidad.

Ash arqueó una ceja.

—Un acto así enviaría el alma de un mortal directa al Abismo.

—Eso es diferente —razoné. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—¿Quieres explicarme cómo has llegado a esa conclusión?

—No, la verdad. —Ash se rio bajito. Estudié su rostro—. ¿Te arrepientes de haberlos matado? A los que se rindieron o huyeron, quiero decir.

—No.

La rapidez de su respuesta me indicó que decía la verdad.

—Bien. —Ash ladeó la cabeza—. ¿Qué? Yo me hubiese arrepentido durante tres segundos y medio y luego hubiese seguido con mi vida. Ya lo sabes. —Y era verdad, puesto que le había contado mi preocupación por no sentirme culpable de muchas cosas—. Una vez me dijiste que todos somos capaces de cometer actos monstruosos, pero que eso no nos convierte en monstruos.

—En efecto.

Mis ojos bajaron hacia el cuello de su camisa. Estaba medio abierto y revelaba una franja de su hombro y la tinta negra que había en él.

—Ciento diez —murmuré, y levanté los ojos hacia los suyos. Ash podía afirmar que no se arrepentía de haberse llevado esas vidas por delante, pero debajo de su ira, sí lo hacía. Era mejor que yo, menos monstruoso—. No añadas esas vidas a tu piel —dije. Estuviera bien o estuviera mal, no quería eso para él.

Sus espesas pestañas descendieron y Ash asintió. Sentí que su pecho subía contra el mío con una respiración profunda pero temblorosa.

—¿Dijo algo más? —le pregunté. Ash asintió.

—Me dijo que no olvidara lo que me había dicho cuando estuvimos cerca del río Rojo, reuniendo a las Tinieblas. —Su mandíbula se apretó y volvió a deslizar el pulgar por la línea de mi pómulo—. Esa fue la última vez que lo vi con vida.

—¿Qué te dijo?

—Esa es la cosa. —Ash vaciló un instante, apartó los ojos de los míos antes de devolverlos al mismo sitio. Negó una vez con la cabeza —. No lo recuerdo.

Su negación quedó flotando entre nosotros y me mordí el labio por dentro. Noté una pizca de ese sabor dulce y ahumado otra vez…

Espera.

—Me diste tu sangre.

—Sí.

—Ash. —La preocupación se extendió por dentro de mí como una mala hierba dejada a su libre albedrío. Había estado encarcelado durante *semanas*, y era imposible que la sangre que había ingerido al liberarse hubiese sido suficiente para restaurar sus fuerzas—. No deberías haber hecho eso.

—Y tú no deberías haber utilizado el *eather* para liberar a mi padre —me interrumpió con suavidad—. Así que los dos hicimos lo que creíamos que el otro no debería haber hecho.

—Eso no es lo mismo.

—Lo que hiciste te hizo agotar tu energía y desmayarte —me contradijo, y la esencia danzaba en sus ojos—. Yo, en cambio, no sufrí esas consecuencias.

—Lo de desmayarme es probable que tenga más que ver con subir esas malditas escaleras del templo que con usar el *eather* para liberar a Eythos.

Ash esbozó una pequeña sonrisa.

—Sera.

—Lo digo en serio. Odio las escaleras. Y no es diferente. Tienes que conservar tu energía.

—No te di demasiada sangre —dijo Ash con un suspiro—. Justo la

suficiente para…

—Justo la suficiente para asegurarte de que despertara —terminé por él. Parte de mí estaba sorprendida por que su sangre hubiese logrado hacer eso siquiera a estas alturas. Porque ¿el dolor que había sentido en el pecho? No me habría sorprendido si mi corazón hubiese implosionado—. No deberías haberlo hecho.

—¿Y qué *debería* haber hecho? —La suavidad desapareció de su rostro—. ¿Dejar que murieses? —Entornó los ojos cuando abrí la boca —. Si dices que sí, que los Hados me ayuden, Sera… Porque no te dejaré morir.

Hice amago de sentarme, pero el brazo sobre el que estaba tumbada se tensó y la mano de Ash se cerró sobre mi hombro. Me invadió una intensa frustración.

—No iba a decir eso.

—¿De verdad?

—No. —Forcejeé entre sus brazos—. Ya sabes lo que deberías haber hecho.

—Hice justo lo que debería haber hecho —replicó—. Y deja de intentar moverte para todos los lados. Tienes que tomártelo con calma.

—¿De qué me va a servir tomarme nada con calma? —Levanté los brazos por los aires y casi le di un manotazo en la cara—. Igual que darme sangre. ¿De qué sirve eso? Retrasar lo inevitable solo es perder el tiempo.

La piel de sus pómulos se afinó. Unas sombras florecieron y se oscurecieron al instante.

—Discrepo.

—¿Discrepas? —farfullé.

—Creo que eso es lo que acabo de decir. Que estés enfadada con mi respuesta no cambia eso.

Abrí los ojos como platos y lo miré.

—No estoy enfadada contigo.

—¿De verdad? —repitió con tono seco.

—Sí —bufé, al tiempo que trataba de recuperar el control de mi temperamento. No estaba enfadada con él. Estaba furiosa con *esto*, con la situación en la que él se había encontrado. En la que estaba yo. Furiosa con lo que no podía evitarse—. Tenías que…

—Hice lo que tenía que hacer, Sera.

—Estáis discutiendo —intervino una voz más grave y rasposa—. Supongo que eso significa que Sera se encuentra mejor.

Me retorcí en los brazos de Ash tan deprisa que empecé a caerme del sofá.

—Por todos los dioses —masculló Ash al atraparme—. ¿No te acabo de decir que te lo tomes con calma?

Mis ojos volaron hacia las vaporosas cortinas turquesas que ondulaban delante de las puertas abiertas, luego hacia el alto macho de pelo largo y negro con vetas rojas que emergió por ellas.

—Nektas.

Vi sus labios curvarse un poco mientras cruzaba la veranda, las crestas de sus escamas visibles en sus hombros desnudos.

—Hola, Seraphena.

La emoción bulló con tal intensidad en mi pecho al verlo en su forma mortal que me tomó desprevenida. Una vez más, noté los ojos anegados de lágrimas. No tenía ni idea de por qué estaba tan jodidamente emotiva todo el rato.

Debía de tener algo que ver con el hecho de estarme muriendo.

Pero Nektas… siempre había sido amable conmigo. Nunca se había mostrado resentido por lo que yo tenía planeado al principio. Y me… me había dicho que si alguna vez no me sentía bien, podía ir a hablar con él. Que juntos nos aseguraríamos de que yo volviese a estar bien.

—No estábamos discutiendo —dijo Ash, al tiempo que renunciaba a mantenerme tumbada. Se sentó y me levantó con él. Terminé sentada medio en su regazo, medio entre sus piernas. Nektas arqueó una ceja—. Estábamos teniendo una conversación —continuó Ash—. En la que no estábamos de acuerdo.

Nektas se rio en voz baja y se sentó a nuestro lado.

—Los dos tenéis razón y al mismo tiempo estáis equivocados.

Me eché atrás.

—Nos has oído hablar.

—Cualquiera cerca de la veranda os ha oído.

—Oh. —Me puse roja y miré de reojo hacia las cortinas ondulantes. Ash pasó el brazo alrededor de mi cintura otra vez.

—Lo que querías decir es que yo tengo razón y ella no.

Giré la cabeza hacia él y lo fulminé con la mirada.

—Eso no es lo que ha dicho.

Me miró desde lo alto.

—Es lo que he oído yo.

—Entonces, tienes un problema de oído.

—¿Esto es una continuación de la conversación en la que no estabais discutiendo sino que no estabais de acuerdo? —preguntó Nektas.

—Sí —espetamos Ash y yo al mismo tiempo.

—Al menos estáis de acuerdo en eso.

—Yo solo le estaba diciendo que tenía que extraer las brasas —empecé.

—No es por sonar repetitivo —dijo Ash—, pero discrepo.

—Oh, jodidos dioses.

—Ahora, solo estás siendo sacrílega.

Lo miré furiosa y sus labios amagaron con sonreír.

—Eso ni siquiera ha sido gracioso. —Ash abrió la boca—. Como vuelvas a decir «discrepo», no puedes hacerme responsable de mis actos. Mis actos de una violencia extrema.

—Como decía —intervino Nektas de nuevo, y un mechón de pelo veteado de carmesí se deslizó por encima de su hombro cuando ladeó la cabeza. Me miró a los ojos—. Tienes razón. Ash no puede permitirse debilitarse. *Pero* —añadió, antes de que Ash pudiese intervenir— solo te dio un poco de su sangre. Ni de lejos suficiente para haber detenido esta inevitabilidad.

Cerré la boca de golpe.

—Creo que fue más su fuerza de voluntad pura y dura lo que hizo que te despertaras —continuó Nektas. ¿Su fuerza de voluntad?—. ¿Y es una pérdida de tiempo despertar entre los brazos de la persona que tanto te importa? Yo daría cualquier cosa por tener un solo momento más con Halayna.

Se me cortó la respiración ante la sinceridad cruda y el dolor persistente en su voz. Me giré hacia Ash.

—No creo que ningún tiempo extra contigo sea una pérdida. No estaba pensando cuando hablé.

—Lo sé. —Ash puso una mano sobre mi mejilla.

—Pero Sera no dispone de mucho más de ese preciado tiempo —murmuró Nektas en voz baja—. Y eso no puede negarse. Lo percibo. —Puso una mano sobre la piel cobriza de su pecho—. Puedo olerlo.

Mi labio de arriba se enroscó.

—¿Puedes… olerlo?

—El cuerpo pasa por varios cambios naturales cuando empieza a morir. Eso es algo que podemos oler —explicó. Pensé en la última vez que había dicho que yo olía como la muerte. ¿Había olido así todo el tiempo?—. Y podemos percibir cómo se van apagando las brasas.

Miré hacia donde descansaba Ehthawn y pensé en el sonido grave y lastimero que le había oído hacer.

—Ash también puede —continuó Nektas—. Igual que cualquier Primigenio que esté cerca de ti.

Estiré el brazo hacia abajo y cerré la mano sobre el brazo que rodeaba mi cintura. Nektas levantó sus ojos color rubí hacia Ash.

—Ya sabes lo que hay que hacer. Y pronto.

Ash estaba muy quieto detrás de mí. No lo sentía respirar siquiera.

—Lo sé.

Apreté los ojos unos instantes y me recliné contra el pecho de Ash. Había muchas cosas que quería decir, pero la mayoría de ellas solo empeorarían las cosas. Y lo sabía.

Respiré hondo.

—Siento lo de Orphine.

—Yo también.

Miré de reojo a Ehthawn y deseé que hubiera más que pudiera decir que eso, aunque en realidad no había palabras en ningún idioma que pudieran captar la aflicción que se sentía después de una muerte.

—¿Cómo… cómo está Jadis? ¿Y Reaver?

El apuesto rostro de Nektas se suavizó.

—Están bien. A salvo. Reaver ha preguntado por ti, y mi hija te busca a menudo. —Su sonrisa lucía triste—. Creo que echa de menos dormir en tus piernas.

Me temblaban los labios, así que los apreté mientras Ash cruzaba su otro brazo por delante de mi pecho. ¿Jadis recordaría eso siquiera? ¿Y Reaver? El nudo triplicó su tamaño. Me ardía la nariz y tardé unos segundos largos en poder hablar.

—He… he echado eso de menos —murmuré con voz ronca—. Los echo de menos a los dos.

—Lo sé —dijo Nektas con solemnidad.

Lo miré a los ojos e intenté decir algo más. El qué, exactamente, no estaba del todo segura, pero no conseguí que saliera nada por mi boca. La cara del *draken* se emborronó y traté de encontrar ese velo de vaciedad, porque no quería que Ash sintiese nada de lo que estaba sintiendo yo. No quería que Nektas lo viese.

Nektas estiró los brazos hacia mí. Su piel estaba muy caliente cuando puso mi mano entre las palmas de las suyas. No dijo nada al llevarla hacia su pecho y apretarla sobre donde sentí su corazón latir… sentí dos latidos, uno casi al lado del otro. Después le devolvió mi mano a Ash, cuyos dedos fríos se entrelazaron con los míos. Parpadeé un par de veces y dejé que mi cabeza cayese hacia atrás, contra el pecho de Ash.

Nektas se giró hacia las puertas y se levantó cuando Keella salió a la veranda, seguida de Attes.

Un aire gélido brotó de Ash cuando vio a Attes.

—No quiero entrometerme —anunció Attes, ralentizando el paso.

—Pero vas a hacerlo —repuso Ash con frialdad.

—No lo haría si pudiese. —Attes se acercó a nosotros, pero Keella se quedó atrás. Mis ojos se posaron en las alforjas de cuero que sujetaba con fuerza en una mano—. ¿Cómo te encuentras, Seraphena?

Ash no podía estar más rígido ni aunque lo intentara.

—Estoy bien —dije. La sonrisa de Attes fue más bien una mueca.

—¿Por qué me da la sensación de que dices eso cuando no es verdad?

—Porque es lo que hace. —La palma de la mano de Ash se aplanó contra mi cadera—. Pero saberlo no te detendrá.

—Por desgracia, no —admitió Attes en voz baja—. Tenemos que ocuparnos del alma de Sotoria.

—Me importa una mierda esa alma —gruñó Ash, y unas sombras presionaron contra la piel del brazo que tenía alrededor de mi cintura.

—Pues tiene que importarte —empezó Attes. La cabeza de Ash giró a toda velocidad hacia el otro Primigenio.

—¿Acaso no he hablado con claridad? —Su voz vibraba de la rabia. Todo su cuerpo lo hacía. Sin embargo, me sujetaba con muchísima ternura, como si estuviese hecha solo de frágil cristal soplado.

—Ash —le recriminé, al tiempo que me giraba hacia él.

—Sé que Seraphena es importante. —Attes se acercó con cautela y habló antes de que yo pudiese continuar—. Sé que es muy importante para ti.

Las hebras de *eather* giratorio se detuvieron en los ojos de Ash. Apartó la vista de la mía y volvió a girar la cabeza despacio hacia Attes. La mirada que le lanzó al Primigenio de la Guerra y la Concordia hubiese podido congelar un alma.

Attes ni se inmutó.

—Y recuerdo lo que se siente. Joder, es algo que me atormenta —confesó. Pensé en los hijos que había perdido—. Me han dicho que hiciste que te extirparan el *kardia*. Si te soy sincero, encuentro eso difícil de creer, visto lo visto. —Le lanzó a Ash una mirada significativa—. Sin embargo, si es verdad, ya sabes lo que ocurrirá. —Un retumbar de advertencia se avivó en el pecho de Ash—. Y lo siento. De verdad que sí —se apresuró a añadir Attes—. Me gusta Seraphena. Ella… —Me miró de reojo, aunque su sonrisa triste no le llegó del todo a los ojos—. Ella me divierte.

El gruñido procedente de Ash se intensificó. La atención de Attes volvió a Ash.

—Pero el alma que tiene en su interior es mucho más importante.

—No veo cómo nada de esto está ayudando ahora mismo —dije, y apreté una mano contra el pecho de Ash cuando retrajo los labios para enseñar sus afilados colmillos—. Para nada.

—Lo que estoy tratando de decir es que, cuando Seraphena muera, Sotoria se perderá —declaró Attes—. Y eso significa que la única oportunidad de detener de verdad a Kolis muere con esa alma. Si ocurre eso, no habrá nada capaz de detenerlo. Y tú sabes mejor que nadie que no necesita Ascender como Primigenio de la Vida y la Muerte para sembrar el caos.

—Sabes muchísimo sobre esta alma, dado que eres el jodido Primigenio de la Guerra —escupió Ash—. Aparte de eso, Sotoria no está realmente viva ahora, ¿verdad? Su alma es tan solo una invasora en el cuerpo de Sera, que *sí* está viva.

Fruncí el ceño. Entendía lo que estaba diciendo Ash, pero…

—Está viva —susurré. Unos ojos inexpresivos color cromo volaron

de vuelta a los míos—. Vale, quizá *consciente* sea mejor que decir que está viva, pero sí percibe lo que pasa a su alrededor.

Ash frunció el ceño.

—Es verdad. —Attes se había acercado un poco más a nosotros—. Oí a Sotoria… su voz y su risa a través de Sera… cuando Kolis acababa de apresarla. Es un sonido que reconocería en cualquier sitio.

Entreabrí los labios de la sorpresa. Se refería a cuando Kolis había tratado de extraer las brasas. Attes no me había contado esto nunca.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Ash.

—Él conoció a Sotoria —repuse yo—. No había tenido la oportunidad de decírtelo.

Attes asintió.

—La conocí cuando Kolis la trajo de vuelta por primera vez. En Dalos. Estuve… en su presencia el tiempo suficiente como para reconocer su voz y su risa.

—Tengo muchísimas preguntas acerca de eso —murmuré, pero de repente se me ocurrió algo—. Aunque yo fuese Sotoria y lo que planeó Eythos funcionara, seguimos sin poder matar a Kolis, ¿verdad? Él es el único que tiene verdaderas brasas primigenias de la muerte.

—Correcto. —Keella se acercó un poco, acompañada de un aroma silvestre y terroso—. Si Kolis muere sin que haya brasas verdaderas de la muerte en otro ser, la liberación de dichas brasas arrasaría los mundos y alteraría el equilibrio.

Arqueé las cejas.

—Eso me lleva de vuelta a lo que quería decir. No se puede matar a Kolis.

—Aún —apuntó Keella.

—La Estrella. —Ash miró la bola de cuero que llevaba Attes—. Podemos utilizar La Estrella para transferir las brasas de Kolis.

—Por supuesto —murmuré, aunque también fruncí el ceño—. Pero el diamante tendría dentro el alma de Sotoria.

—Con suerte, no por mucho tiempo —dijo Attes—. Eythos esperaba que Sotoria debilitase a Kolis lo suficiente para poder transferir las brasas a La Estrella.

—Pero ¿y si yo no hubiese encontrado el diamante? —pregunté—. Era un riesgo enorme el que corría.

Una sonrisa irónica apareció en la cara de Attes.

—Como he dicho, no creía que el plan de Eythos fuese tan genial.

—A lo mejor no era su único plan —comentó Nektas—. Sí, Eythos podía ser impulsivo, pero dudo que no pensara en todas las formas posibles en que las cosas podían torcerse. Podía haber tenido otros planes y simplemente no compartirlos con nadie.

—No hay forma de saber eso —constató Attes—. Pero lo que sí sé es que una vez que Sotoria renazca, tendremos La Estrella y entonces

sí que podremos terminar con Kolis.

Una vez que Sotoria renaciera, lo más probable sería que la criasen como a mí, rodeada de muerte y educada con un solo propósito: seducir y matar. No renacería para ser ella misma, con un futuro. Se me revolvió el estómago, sentía náuseas. Negué con la cabeza.

—¿Y qué pasa hasta entonces?

—Tienen que pasar varias cosas antes de entonces —explicó Keella—. Aunque Eythos ya no era el Primigenio de la Vida cuando puso el alma de Sotoria en tu estirpe, él todavía tenía las verdaderas brasas de vida entonces. Para que yo pueda volver a hacer lo que hicimos, necesitaré la ayuda del verdadero Primigenio de la Vida.

—Vale, o sea que necesitarás a Ash —deduje. El sujeto de mi afirmación se puso tenso detrás de mí—. ¿Después qué?

Los ojos de Keella subieron hacia Ash y luego volvieron a mí, pero fue Attes quien contestó.

—Después tendríamos que incapacitar a Kolis hasta que Sotoria pudiese renacer y alcanzar la edad adecuada. Además, estará debilitado por la Ascensión del verdadero Primigenio de la Vida. Será nuestra única oportunidad para actuar.

—Hablas de sepultarlo —dijo Ash entonces—. De sumirlo en una estasis. —Yo sabía cómo podían hacer eso: usando los huesos de los Antiguos—. Pero hablas como si eso fuese fácil de hacer —objetó Ash—. Los que le son leales se opondrán. Lucharán por él.

—Habrá una guerra —susurré. Levanté la vista hacia Attes—. Aunque esa guerra ya está acechando.

Attes asintió.

—Sin embargo, no sería el tipo de guerra que disputaría Kolis.

—Kolis dice que no quiere la guerra —les conté—. Sé que es difícil de creer, y solo parte de mí cree que decía la verdad. Pero eso era antes… bueno, antes de ahora. Cuando despierte y se dé cuenta de que yo no soy Sotoria en realidad, la cosa se pondrá fea.

—Y estaremos preparados. —Los ojos de Attes se deslizaron hacia Ash—. No podemos dejar que muera la única posibilidad que tenemos de detener a Kolis.

—La única persona que me preocupa que no muera es Sera —juró Ash.

Mi corazón… bueno, estaba dando volteretas ya. Eso sí, débiles.

—Y yo lo entiendo. —Attes bajó la voz—. Pero esto es más grande que tú. Más grande que Seraphena. Que todos nosotros. Lo sabes. En el fondo, lo sabes.

Mis ojos se arrastraron de vuelta con Ash.

—Tiene razón —dije en voz baja—. Y lo sabes. Puede que no lo pienses ahora, pero ¿más tarde? ¿Cuando… cuando todo esto haya sido para nada?

—No habrá un más tarde cuando todo esto haya sido para nada —me contradijo.

—Ash. —Una palpitación en mi pecho, un zumbido fugaz, me robó la respiración, aunque solo por un segundo. La ignoré—. Esto es importante.

—No, Sera. Esa alma no es importante. Tú lo eres. —Sus ojos plateados y giratorios se clavaron en el otro Primigenio—. Ella es lo que importa. Y si tengo que repetirlo, te arrancaré la lengua de cuajo.

Una sensación burbujeante y zumbona me llenó mientras contemplaba las duras pero preciosas líneas del rostro de Ash. No fue esa amenaza más bien grotesca lo que hizo que se me hinchiera el corazón y lo notara lleno. No, fueron las otras palabras que había dicho. Que *yo* era importante para él. Que *yo* valía la pena para él. Ya sabía que era así, pero ahora lo *sentí* en cómo me abrazaba, con fuerza pero con ternura. Lo oí en la ferocidad con la que habló. Lo vi en cómo me miraba, sus ojos de un tono plateado cálido y luminoso. Y supe que era verdad.

Yo era importante.

Yo valía la pena.

No por lo que había nacido para hacer, sino por quien era.

Y esa certeza no fue algo que me vino de repente solo porque Ash lo había dicho. Era algo que siempre había sabido, ¿verdad? No me hubiese sentido tan aliviada hacía todos esos años, cuando Ash había rechazado tomarme como a su consorte. Entonces había sabido que mi vida importaba, a pesar de mi deber y de mis supuestos fallos. Era solo que no me había permitido aceptar la verdad. Ash me había ayudado a verlo. A aceptarlo.

Sin embargo, sabía que el alma de Sotoria también era importante.

Me apoyé más en Ash y puse una mano sobre su mejilla. Esos ojos frígidos aterrizaron sobre mí.

—Te quiero —susurré—. Me encanta tu actitud protectora. Me encanta que me veas *a mí*. Que sea importante para ti. Que *yo* valga la pena. Te quiero muchísimo por todo ello.

Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo y el *eather* giró con aún más ferocidad en sus ojos.

—Tú eres la única cosa que importa.

—Pero no es así —lo corregí—. Sotoria importa. Igual que tu padre, lleva mucho tiempo atrapada y no se merece lo que pasará si su alma permanece dentro de mí. —Un músculo empezó a palpitar en su mandíbula—. No es justo para ella y lo sabes. —Deslicé el dedo por su labio de abajo—. Y sé que no querrías eso para ella. Mi importancia no cancela la suya.

El *eather* se avivó en sus ojos.

—Discrepo.

—¿Estás seguro de que te extirparon bien el *kardia*? —preguntó Attes con tono seco. Levantó una mano a la defensiva cuando Ash giró la cabeza con brusquedad hacia él—. Solo preguntaba.

—No le hagas caso. —Guie sus ojos de vuelta a mí—. Mira, he iniciado mi Ascensión, pero no voy a Ascender del todo justo en este momento. Tenemos tiempo para ocuparnos de esto, y no es como si me fuese a doler. —Giré la cabeza hacia atrás y miré a un Primigenio y luego a la otra—. ¿Verdad?

—No debería —repuso Keella.

—Eso no es del todo tranquilizador —murmuró Nektas desde donde estaba.

—No, no lo es. —Ash miró a la Diosa Primigenia con los ojos entornados.

—Lo que planeamos hacer con respecto a extraer el alma de Sotoria y ponerla en camino de renacer no es algo libre de riesgos —admitió Keella—. Podría provocar la ira de los Hados.

—¿Qué no provoca la ira de los Hados? —musité en tono seco.

—No gran cosa. —La breve sonrisa de Keella se esfumó cuando se arrodilló al lado de Ash y de mí. Su voz se volvió solemne—. Existe un equilibrio en la vida, uno que Eythos entendía, pero que Kolis nunca pudo entender del todo, sin importar lo mucho que lo intentara. Veréis, si hay vida, también debe haber muerte.

Me pareció empezar a entenderlo cuando pensé en Marisol y en mi padrastro.

—¿Si traes a alguien de vuelta a la vida, otro la pierde? ¿Ese tipo de equilibrio?

—Es más que eso, Seraphena. Los Hados nunca fueron aficionados a restaurar la vida. Ni siquiera mediante lo que hago yo, que es darles a los que nunca vivieron de verdad una oportunidad de hacerlo. Pero la reencarnación es una especie de laguna, o de fisura. Lo que ha hecho Kolis, en lo que participamos Eythos y yo, y lo que estamos a punto de hacer, alterará el equilibrio.

No estaba segura de saber a dónde quería ir a parar con eso.

Keella se inclinó hacia delante, su mirada sabia se clavó en mí.

—Había una razón por la que Eythos debía tener cuidado a la hora de restaurar una vida, de devolvérsela a alguien que la había perdido. No puede hacerse dos veces con la misma persona, ni mortal, ni dios, ni *draken*, sin que los *Arae* intervengan de alguna manera, convirtiéndose en el sistema de controles y equilibrios. Por ello, hacerlo no terminará nunca del modo que uno pretende. O bien la muerte volverá a por ellos, o bien los *Arae* compensarán el equilibrio de alguna otra manera. —Sus labios esbozaron una leve sonrisa—. Después de todo, mira el lío que hemos creado Kolis, Eythos y yo con Sotoria. —Hizo una pausa—. Y es imposible que los Hados no hayan

metido mano en esto y no lo hayan liado aún más.

—Por eso… por eso Holland llamó abominaciones a los Retornados, ¿verdad? —Miré de reojo a Ash—. Porque no hacen más que volver a la vida.

Keella asintió.

—Sotoria ha muerto múltiples veces y la trajeron de vuelta de una manera o de otra. Después, su alma se reencarnó. Eso cesó cuando la colocamos con las brasas. Se suponía que debía renacer. Pero eso no fue lo que pasó.

Entonces se me ocurrió.

—¿Pudieron ser los Hados los que hicieron que yo no renaciera como Sotoria sino que me convirtiera en cambio en un… un recipiente para ella?

—No puedo responder a eso con seguridad, pero si tuviese que hacer alguna suposición, diría que así fue.

Sacudí la cabeza.

—Entonces, ¿podrían hacer algo parecido otra vez?

—O no. —Keella ladeó la cabeza—. Podrían hacer algo mucho más… preocupante. No hay forma de saberlo, pero sería tonto por nuestra parte no tener en cuenta ese riesgo.

La miré con atención.

—Da la impresión de que tienes miedo de los *Arae*.

—Los más viejos de nosotros somos lo bastante sensatos como para desconfiar de ellos. —Sonrió—. Puede que seamos Primigenios, pero no somos el poder supremo.

—En este momento, no puede importarme menos la posibilidad de cabrear a los Hados. Eso no era lo que estaba preguntando —dijo Ash, su tono cargado de impaciencia—. ¿Extraer el alma de Sotoria le hará daño a Sera de cualquier manera?

Keella levantó los ojos hacia Ash.

—No.

Vaya, eso era un alivio.

—¿Cómo se hace?

—¿Alguna vez has percibido las almas duales?

Ash negó con la cabeza.

—Lo único que he sentido nunca es la impronta del alma de Sera.

—Interesante. —Keella frunció el ceño, luego su frente se alisó—. Como ya he tratado con esta alma antes, yo sí podré percibirla, pero necesito tu ayuda, Nyktos. Necesito que mantengas las manos sobre Sera y te concentres en su alma.

—¿Existe alguna posibilidad de que le hagas algo al alma de Sera? —preguntó Ash.

Un hilillo de inquietud bajó rodando por mi columna. Ehthawn levantó la cabeza de donde descansaba. Nektas dio un paso adelante y

cruzó los brazos.

—No si haces lo que te pida. —Keella sonrió—. Básicamente, estarás… anclándote a su alma. ¿Lo entiendes?

—Sí —dijo Ash, y me alegré de que lo hiciese, porque yo no—. Hagámoslo pues.

Attes se acercó con las alforjas. Metió la mano dentro, sacó el diamante y extendió la mano. Abrió los dedos.

La Estrella descansaba sobre la palma de su mano, los bordes serrados e irregulares. Ahora no había ninguna luz lechosa que llenase el diamante, pero cada una de sus partes reflejaba toda la luz que llegaba hasta él, y proyectaba centelleantes tonos arcoíris sobre mis piernas y por el suelo.

Keella tomó La Estrella con cuidado. Sus ojos plateados se cruzaron con los míos.

—Attes dijo que eras capaz de sentir la presencia de Sotoria, ¿verdad? ¿Ahora puedes hacerlo?

Me chupé los labios, cerré los ojos y me concentré. No noté ninguna vibración en el pecho, pero había una conciencia, esa presencia cerca de mi corazón. Era muy tenue, y me pregunté si el hecho de estar tan próxima a la muerte la afectaría también a ella. Asentí y abrí los ojos.

—La siento.

—Bien. —Keella estaba mirando a Ash cuando Attes dio un paso atrás—. ¿Listo?

Ash apretó la palma de su mano entre mis pechos.

—Listo —dijo con voz ruda.

Un momento después, Keella puso su mano justo debajo de la de Ash, el meñique por encima del de él. Mis labios se movieron sin querer mientras trataba de reprimir una risita ridícula.

Ash inclinó la cabeza hacia mí.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—Solo que no suelo tener las manos de dos Primigenios sobre mis pechos.

Nektas soltó una carcajada y, al mismo tiempo, apareció un hoyuelo en la mejilla derecha de Attes. Noté cómo Ash negaba con la cabeza detrás de mí.

La sonrisa de Keella se ensanchó.

—Intenta concentrarte en el alma de Sotoria.

Asentí con actitud obediente, y hubiese jurado ver aparecer el otro hoyuelo de Attes.

El aura blanca detrás de las pupilas de Keella palpitó. Unos zarcillos de *eather* emanaron de ahí y giraron alrededor de sus iris para filtrarse luego en su piel. Cerró los ojos a medida que las hebras se extendían por sus ahumadas mejillas marrón rojizo y bajaban por

su cuello hasta que todo su ser estuvo bañado en esencia.

Ash agachó la cabeza y apretó la mejilla contra la mía mientras yo me concentraba en la presencia de Sotoria. Pasaron unos instantes y luego noté que una leve frialdad se colaba en mi pecho. No estaba segura de si era el contacto de Ash o algo más…

—¿Tienes el alma de Seraphena? —preguntó Keella.

—Sí —confirmó Ash con voz ronca.

Casi le pregunté cómo la sentía, qué aspecto tenía, pero era probable que no fuese muy aconsejable romper la concentración de nadie.

Incluida la mía.

—La siento —anunció Keella con un suspiro solemne—. *Suu ta lene*. —La esencia se avivó a su alrededor—. *Vas na sutum*.

—Tranquila —tradujo Ash en voz baja para mí—. Estás a salvo.

—*Vena ta mayah* —la urgió Keella. Esa la sabía: «Ven a mí». Unos zarcillos de *eather* crepitaron a su alrededor—. *Illa vol la sutum*.

—Ella estará… estará a salvo —repitió Ash.

Eso no tenía sentido, excepto que… Keella le había dicho que fuera con ella y luego le había dicho que estaría a salvo. No hablaba de Sotoria. Hablaba de mí.

Oh, por todos los dioses. ¿Se estaba resistiendo Sotoria de algún modo porque estaba preocupada por mí?

—*Illa vol ori* —le dijo Keella—. *Illa vol*… —Lo que fuese que hubiera dicho Keella a continuación se perdió en el repentino zumbido de mis oídos.

Ash inspiró hondo y mi cuerpo dio una sacudida cuando sentí a Sotoria responder. Era como si se estuviese desenredando de mí y de repente estuviese más cerca de la superficie. Esa era la única manera que se me ocurría de describirlo.

—Sujeta fuerte a Seraphena —le indicó Keella a Ash.

—Siempre —respondió él—. Siempre.

Mi corazón trastabilló y luego se aceleró cuando miré abajo, apenas capaz de ver más allá del aura que emanaba de Keella. Aun así, *sentí* el repentino calor que palpitaba por la piel de mi pecho bajo las manos de ambos.

Una suave luz de un blanco plateado brotó de pronto de mi pecho. Abrí los ojos como platos mientras Keella sustituía su mano por la que sujetaba La Estrella. Los bordes duros se hincaron en mi piel.

Oí a Sotoria entonces.

La oí hablar justo cuando su alma salía de mí y se vertía dentro del diamante.

Keella se echó hacia atrás y la esencia se fue apagando a su alrededor mientras contemplaba La Estrella. Una luz blanca, brillante e intensa, flotaba dentro de la piedra.

—¿Está hecho? —preguntó Attes, su voz pastosa.

—Sí. —La diosa Primigenia se levantó y se giró hacia él—. La mantendremos a salvo.

—¿Hasta…? —Me aclaré la garganta—. ¿Hasta cuándo?

—Hasta el mejor momento en el que permitir que renazca —dijo, mientras Attes tomaba el diamante de sus manos. Lo manipuló con veneración hasta depositarlo con suavidad dentro de las alforjas—. Una vez que podamos estar seguros de que Kolis no será capaz de encontrarla antes de que esté lista.

*Antes de que esté lista*.

Un regusto amargo se arremolinó en mi boca, me llevé una mano al pecho. Ash me preguntó si estaba bien y asentí. No me sentía diferente, pero al mismo tiempo sí. La presencia de la que no había sido consciente la mayor parte de mi vida ya no estaba, pero las palabras de despedida de Sotoria aún perduraban.

*Nos veremos de nuevo*.

# Capítulo 37

Sombrambulamos de vuelta a las Tierras de Huesos, pero Keella y Attes se quedaron en las llanuras de Thyia.

Mientras contemplaba los barcos en el mar, deseé haber podido ver más de la corte. Era preciosa.

Keella me había abrazado antes de marcharnos. Attes no. Seguramente porque Ash habría cumplido su amenaza de arrancarle la lengua al Primigenio. En lugar de eso, puso una mano sobre su corazón e hizo una reverencia.

Yo le había recordado la promesa que me había hecho mientras Ash se despedía de Keella: que respaldaría a Ash.

—No la he olvidado, Seraphena —me había contestado—. Tendrá mi apoyo y mi respaldo.

—Sera —lo corregí.

Attes había sonreído entonces, pero sus hoyuelos no aparecieron y sus ojos parecían tristes. Esperaba que Ash y él pudiesen arreglar las cosas y convertirse en más que camaradas. Esperaba que llegasen a ser amigos, como los que estaban hablando con Ash ahora.

*Nos veremos de nuevo*.

No me había imaginado el sonido de la voz de Sotoria, pero ¿qué había querido decir? ¿Una vez que ambas muriéramos? Eso sería pronto, *muy pronto*, para mí. Pero ¿ella?

Se me revolvió el estómago otra vez al pensar en ella metida en ese diamante durante quién sabe cuánto tiempo, solo para renacer, crecer y ser devuelta a las manos de Kolis y su obsesión. No estaba bien. Debería haber dicho algo.

Me giré al oír unas pisadas y vi a Elias, que había estado consciente cuando regresamos. Habían lavado la pintura dorada de su cara. Siempre era difícil distinguir la edad de un dios, pero su rostro cuadrado parecía más joven de lo que había esperado.

—Siento lo que ocurrió cuando llegaste aquí —le dije.

—No pasa nada. Prefiero que me vean como sospechoso y pedir perdón que acabar muerto. —Se tocó la parte de atrás de la cabeza mientras miraba hacia donde Ehthawn estaba instalado ahora sobre el acantilado en el que había estado antes Aurelia—. Aunque espero que no me caigan más piedras sobre la cabeza.

—Supongo que para eso tendrás que mantenerte lejos de *drakens* posados en lo alto —le dije. Elias echó un vistazo hacia el mar.

—¿Salió todo bien con el diamante?

—Sí. —Estudié el perfil de su barbilla—. ¿Eres de la corte de Attes desde el principio? —Elias asintió—. ¿Tuvo él algo que ver en que llegaras a convertirte en guardia de Kolis?

—En efecto. Habló un poco en mi favor, aunque también tuve que trabajar duro para llegar hasta ahí. —Frunció el ceño y se movió incómodo sobre los pies—. Él no podía decirte nada sobre mí, ¿sabes? El riesgo era demasiado alto.

—Lo sé.

Sus ojos volaron hacia los míos.

—¿Lo sabes?

—Podría haber utilizado esa información como moneda de cambio.

—¿Lo hubieras hecho?

Observé a Ash, que hablaba con Saion y Rhahar, mientras la brisa removía su pelo.

—Depende.

Elias siguió la dirección de mi mirada.

—Harías cualquier cosa por él.

—Lo haría.

—Entonces, es un hombre afortunado, por tener incluso un solo día de esa devoción. —Apareció una breve sonrisa—. Y me da la sensación de que seré hombre muerto si me ve hablando contigo.

Mis labios quisieron sonreír por su cuenta.

—Estarás bien. ¿Si fueses Attes? Quizá la historia sería distinta.

Elias se rio entre dientes.

—Es verdad que Attes tiene un arte especial para incitar esa respuesta en otras personas. —Entornó los ojos—. Creo que alguien quiere hablar contigo. —Seguí la dirección de su mirada y vi que Rhain venía hacia nosotros—. Excusadme. —Elias hizo una reverencia.

Me mordisqueé el labio por dentro cuando Elias se marchó, solo para ser interceptado casi al instante por Kars. Luego deslicé los ojos hacia Rhain, que se paró justo delante de mí.

—Te preguntaría cómo te encuentras, pero…

—Sí —murmuré—. Gracias por no preguntarlo.

—¿Y forzarte a mentir?

Asentí, y ahora era yo la que se movía incómoda de un pie a otro.

—Oh —recordé de pronto. Levanté las manos para desabrochar el collar de Aios. Se lo ofrecí—. ¿Puedes devolverle esto a Aios? ¿O dárselo a Bele?

Rhain contempló la cadenita de plata.

—Deberías devolvérselo tú misma. —Aunque aceptó la cadena.

—Me gustaría —le dije, y bajé la vista hacia el agrietado suelo de mármol—. Por cierto, ese talento tuyo es genial. Comunicarte por telepatía.

Sus mejillas se pusieron del mismo color que su pelo.

—Sí, no es algo que vaya anunciando por ahí. Ni siquiera se me da tan bien como cree Kolis.

Lo dudaba mucho.

—Siento lo de tu padre y tu hermano.

Guiñó los ojos y asintió. Su pecho se hinchó.

—Quería… quería darte las gracias por…

—No tienes por qué hacerlo.

—Sí que tengo. —Sus ojos de un tono marrón dorado conectaron con los míos—. No tenías por qué intervenir para salvarme. No tenías por qué hacer nada. Aun así, lo hiciste.

Crucé un brazo por delante de mi cintura.

—Hice solo lo que hubiese hecho cualquier otra persona.

—No creo que eso sea verdad, Seraphena. —Dio otro paso hacia mí—. No sé qué tuviste que hacer —dijo en voz baja—, pero fuera lo que fuere, jamás olvidaré lo que sacrificaste.

—No fue… —Cerré los ojos, consciente de que era probable que no me creyera si le decía que no había sido nada—. Gracias por no haberle contado a ninguno de ellos cómo fuiste liberado.

—Por supuesto. —Me miró de arriba abajo—. Aunque no te habrían tratado de manera diferente si lo supiesen. Sé que sentirían lo mismo que yo: solo arrepentimiento.

—¿Arrepentimiento?

Rhain asintió.

—Por no verte como te veía Ector —dijo, y se le quebró la voz—. Él te vio por lo que eras desde el momento en que llegaste a las Tierras Umbrías.

—¿Alguien a quien no querías apuñalar? —bromeé.

Su mirada demasiado solemne se posó sobre mí.

—Alguien que se ha ganado nuestro respeto y admiración. Sobre todo los míos. —Apartó la mirada. Ash venía hacia nosotros—. Aunque *él* siempre te vio. Siempre.

Sí, Ash siempre lo había hecho.

Siempre me había visto *a mí*, incluso cuando estaba enfadado o decepcionado.

—¿De qué estáis hablando vosotros dos? —Ash se paró a mi lado y Rhain dio varios pasos atrás, seguido de los otros.

—Le estaba devolviendo el collar de Aios —repuse. Mis ojos se deslizaron por las caras de aquellos que podrían haberse convertido en mis amigos de haber tenido más tiempo. También eché de menos a los que no estaban aquí y a aquellos que ya no estaban con nosotros.

Quería ver los ojos demasiado solemnes de Reaver, demasiado ancianos para un niño tan pequeño. Su sonrisa. Y deseé poder tener en brazos a Jadis otra vez. Sentir su peso sobre mi pecho mientras

dormía.

Por todos los dioses, era tan raro…

Porque no estaba segura de haber apreciado esa experiencia tanto como hubiese debido en ese momento. Pero ¿ahora? Deseé haber prestado más atención. Porque pensé que si hubiese podido vivir el tiempo suficiente para tener hijos, así es como me habría sentido con los míos en brazos. Sentir su corazón latir contra mi pecho. Y saber que tenía todo mi maldito mundo entre los brazos.

Levanté la vista hacia Ash. Él me miraba desde lo alto, y el fondo de mi garganta ardía con un nudo de anhelo crudo. Jamás me había planteado en serio tener hijos. Ni siquiera me había gustado tenerlos en brazos, en las raras ocasiones en que había estado con algún niño. Los bebés y sus manitas diminutas y su fragilidad me aterraban. La idea de tener hijos nunca había formado parte de mi futuro. Pero cuando mi mirada se deslizó por el rostro de Ash, hubiese… me dio la sensación de que me hubiese planteado esa idea con él. Ash habría sido un padre fantástico.

*No,* me corregí con una inspiración brusca. Ash *iba a ser* un padre fantástico.

Los zarcillos de *eather* se iluminaron en sus iris. Agachó la cabeza hasta la mía para hablarme en voz baja.

—¿Qué pasa?

Todo.

—Nada.

Deslizó una mano por mi espalda hasta meterla por debajo de mi pelo.

—Eso no es verdad.

Me eché atrás y lo miré a los ojos.

—No leas mis emociones.

—No me mientas.

—No lo estoy haciendo. —Sí que lo estaba haciendo. Ash arqueó una ceja.

—*Liessa*.

—Nyktos —espeté, y un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—¿Ya os estáis peleando vosotros dos? —preguntó Saion.

—No —repuso Ash tras levantar la cabeza.

—Estamos a punto —musité yo al mismo tiempo.

—Sí, están en ello. —Saion le sonrió a su primo—. Te dije que no pasaría ni una hora.

—Maldita sea —refunfuñó Rhahar. Saion extendió una mano hacia él.

—Paga.

Rhahar sacudía la cabeza cuando metió la mano bajo su armadura.

—Necesito ser más cínico.

Fruncí el ceño y miré de uno a otro.

—¿Habíais…? —Mis cejas salieron disparadas hacia arriba cuando Rhahar sacó unas cuantas monedas—. ¿Habíais hecho una apuesta?

—Sip. —Saion tomó las monedas—. Rhahar decía que pasaríais el día entero sin pelearos. Yo dije que no pasarías ni una hora sin discutir sobre algo. Y eso siendo generoso.

—Guau —murmuró Rhain.

Me giré hacia Bele, pero ella se limitó a levantar las manos.

—Yo no he tenido nada que ver en esto. —Hizo una pausa—. Pero sí estoy de acuerdo en que Saion estaba siendo generoso.

Crucé los brazos y me giré hacia Ash.

—Estos son tus amigos.

Sus labios hicieron ademán de sonreír mientras los miraba.

—Lo eran.

Rhahar se echó a reír y Saion soltó no sé qué ocurrencia sobre ser amigos de un Primigenio de la Muerte, pero yo… apenas lograba recuperar la respiración mientras miraba a Ash.

Acababa de reconocer que eran *amigos suyos*.

Nunca antes había hecho eso; incluso había llegado a afirmar que él no tenía amigos.

Esta interacción significaría muy poco para la mayoría de la gente, pero era algo enorme para él. A Ash le habían enseñado que toda conexión podía convertirse en una debilidad que podría ser explotada. Así que siempre había mantenido las distancias entre él y todos los demás. Todos excepto Nektas.

Ladeé la cabeza. Mis ojos conectaron con los del *draken* negro y gris posado sobre el mismo acantilado que había estado antes. Hubiese podido jurar que había sonreído. Era algo difícil de distinguir cuando estaba en forma de *draken*, pero esos ojos carmesís parecían sombríos.

Aspiré una bocanada de aire breve y miré hacia las cristalinas aguas azules. Había tantas cosas para las que desearía tener tiempo… Me hubiese encantado ver a Ash relajarse con sus *amigos*. Compartir una cena o unas copas con ellos y hablar de algo que no fuese guerra y violencia. Me hubiese gustado ver los ojos de Nektas volverse tan azules como el mar otra vez, y a Aios, Ezra y Marisol…

Y deseé de todo corazón poder hacer algo de daño corporal real a Veses.

Solté un gran suspiro.

Mis ojos volvieron a Nektas, pero él ya no me miraba a mí, sino al horizonte. Devolví mi atención a los que estaban delante de nosotros.

Lailah estaba hablando con Kars, la cabeza ladeada. Deseé haber tenido la oportunidad de conocerla mejor, porque tenía unas ganas inmensas de averiguar qué diablos pasaba entre Attes y ella. Bele estaba ahí de pie, los brazos cruzados delante del pecho, el viento

revolviendo su pelo oscuro alrededor de sus mejillas. El resplandor del *eather* en sus ojos era casi tan brillante como el de Ash. Pensé en Aios de nuevo y deseé poder despedirme de ella. Miré a los primos y noté cómo mis labios se desplegaban en una sonrisa. Le estaban diciendo algo a Elias, y supuse que le estarían contando todo tipo de patrañas al guardia. Vi a Ehthawn, y mi corazón… por todos los dioses, me dolió al pensar en Orphine. Su muerte no era justa.

Aunque la muerte rara vez lo era.

Pensé en Ector y se me comprimió el pecho al mirar a Rhain. Estaba un poco apartado del resto, su pelo más rojo que dorado a la luz del sol. Tenía las manos a los lados, cerca de las dagas que llevaba amarradas a los muslos. Miró hacia mí, pero sus ojos pasaron de largo antes de volver atrás. Lo vi tragar saliva con esfuerzo y pensé que quizás estuviera pensando en lo que estaba por venir.

El nudo de mi garganta se expandió. Quería demorarme ahí, pero no teníamos demasiado tiempo, y todavía tenía que hablar con Ash en privado. Todavía necesitaba el tiempo que Nektas decía que nunca era perdido.

Estiré el brazo para tocar la mano fría de Ash. Levantó la vista hacia mí.

—¿Me llevas a mi lago? —susurré. La mandíbula de Ash se tensó al instante, todo rastro de diversión desaparecido—. Me lo prometiste —le recordé.

No dijo nada, pero asintió.

Aspiré una bocanada de aire escasa pero ardiente y me giré hacia los que estaban con nosotros. Todo el mundo se había quedado callado. No había sonrisas y el aire parecía haberse condensado a nuestro alrededor, lleno de tensión de repente y quizás incluso un poco de tristeza. Todos sabían lo que se avecinaba. Todos sabían en qué estado encontrarían a Ash la próxima vez que lo vieran.

Abrí la boca, pero no sabía qué decir. «Adiós» no parecía lo más adecuado.

¿Qué se decía cuando sabías que era la última vez? Apostaría a que algunas personas tenían discursos planeados o palabras elocuentes para ser recordadas y que se les ocurrían de forma natural, pero me pregunté cuántas de ellas podían pronunciar de verdad esos discursos o esas palabras de despedida cuando llegaba el momento. Porque no había palabras para esto.

Si Ector estuviese aquí, lo más probable sería que dijese algo ridículo. Nos haría reír a todos, o maldecir.

Esperaba que estuviera en paz y fuera feliz.

Esperaba verlo otra vez.

Ese jodido nudo se desplazó hasta la parte de arriba de mi garganta e hizo que me ardiesen los ojos. Apreté los labios.

Saion levantó la barbilla, una sonrisa débil en su apuesto rostro.

—Buen viaje.

Asentí. Fue todo lo que conseguí hacer. No quería que su último recuerdo de mí fuese uno en el que estaba hecha un mar de lágrimas.

Rhain dio unos pasos, cruzó entre los primos. Sus ojos marrones, iluminados por el *eather*, conectaron con los míos. Después, desenvainó su espada de piedra umbra, la cruzó delante de su pecho e hincó una rodilla en el suelo al tiempo que inclinaba la cabeza.

Contuve la respiración.

Bele siguió su ejemplo, espada en mano mientras se arrodillaba. Después Lailah. ¿Qué estaban haciendo? Saion y Rhahar hicieron otro tanto y noté que los dedos de Ash se entrelazaban con los míos. Detrás de ellos, Nektas bajó su cabeza con cuernos hasta la piedra y los parches de hierba del acantilado. Ehthawn hizo lo mismo, además de soltar un resoplido humeante.

Al unísono, los dioses sujetaron sus espadas a la altura de su pecho y cerraron la otra mano con fuerza sobre las afiladas hojas. La sangre goteó delante de ellos y salpicó sobre la tierra rocosa. Entonces me di cuenta de lo que hacían. Noté las piernas más débiles de pronto. Mis labios se entreabrieron.

Me estaban mostrando honor y respeto, el mismo que había visto mostrar a los caballeros en Lasania cuando fallecían.

—Con mi espada y con mi vida —recitó Rhain levantando la cabeza. Los otros repitieron sus palabras—. Te honraré. —Un *eather* plateado y crepitante brotó de sus dedos y se extendió por la espada. La hoja fue lo primero en desintegrarse; luego la empuñadura quedó reducida a cenizas—. En la sangre y en las cenizas, para siempre jamás.

# Capítulo 38

Estábamos bajo una cubierta de frondosas ramas y una neblina de una frialdad sorprendente humedecía el aire.

El bosque de los Olmos Oscuros se había acallado con nuestra llegada, pues la vida salvaje reaccionaba así a la presencia de un Primigenio de la Muerte y huía al corazón del bosque. Solo unos pocos pájaros permanecían escondidos entre las ramas más altas cerca de mi lago, llamándose con suavidad los unos a los otros en la oscuridad.

Solo rayos fracturados de luz de luna eran capaces de penetrar en las espesas sombras de la noche. La densa maraña de olmos ocultaba lo que había más allá, pero sabía que podía encontrar con facilidad el camino a través del laberinto hasta el castillo de Wayfair. Estaba tan cerca de Ezra…

De mi madre.

Quería ver a mi hermanastra. Quizás incluso a mi madre. Pero ¿qué les diría? Aunque no les contara mis verdaderas razones para visitarlas, Ezra sabría que pasaba algo. Era lista, y yo no quería que sus últimos recuerdos de mí estuviesen cargados de aflicción.

¿Y mi madre?

Era probable que cualquier conversación con ella no fuese demasiado bien. Seguro que la cosa acabaría con una de las dos diciendo algo terrible, lo cual significaba que era probable que Ash cumpliese su amenaza de enviarla al Abismo antes de que mi vida llegase siquiera a su fin.

Sin embargo, no disponía de un tiempo ilimitado. Lo último que quería era pasarlo angustiando a Ezra o discutiendo con mi madre.

Quería estar con mi marido.

Se me escapó una bocanada de aire temblorosa al levantar la vista hacia él. Ash estaba de espaldas a mí, la línea de su columna rígida mientras contemplaba las oscuras aguas tranquilas.

Él no había querido venir aquí, pero me lo había prometido. Y no rompería esa promesa.

Había estado muy callado desde que habíamos salido sombrambulando de las Tierras de Huesos para llegar al centro de los Olmos Oscuros. No les había dicho ni una palabra a los otros cuando nos marchamos. Me ardían los ojos de las lágrimas que reprimía… que llevaba *mucho tiempo* reprimiendo.

En la sangre y en las cenizas…

En la vida *y* en la muerte, para siempre jamás.

Lo que Rhain y los otros me habían regalado era precioso. Poderoso. Era mejor que reconocimiento. Era una *admisión* de quién era yo.

Una guerrera.

Digna de respeto y de honor.

Por todos los dioses, no podía empezar a llorar ahora.

Me apresuré a levantar la mano y secar la piel bajo mis ojos. Mis dedos solo se mancharon un poco de rojo, así que con un poco de suerte no tenía la cara empapada de lágrimas sanguinolentas.

Me aclaré la garganta y di un paso hacia el Primigenio.

—¿Ash?

Hubo un largo momento de silencio, antes de que contestara con voz inexpresiva.

—¿Sera?

El tono de su voz me estrujó el corazón.

—Sé que no tenemos mucho tiempo.

—Tenemos todo el tiempo.

Pero eso no era verdad. Él lo sabía. Si alguien no había descubierto a Kolis todavía, lo harían pronto. Y aparte de eso, yo también me estaba quedando sin tiempo.

—Hay algo de lo que te quiero hablar —dijo. Inclinó la cabeza hacia atrás.

—Te escucho.

Consciente de que esto era duro para él, logré controlar mi temperamento.

—¿En serio? —mascullé. Vale. Logré mantener mi temperamento a raya *en gran medida*—. ¿Me estás escuchando aunque no quieras mirarme?

Ash se giró tan deprisa que casi ni le vi hacerlo.

—Aunque no te esté mirando, sigues siendo lo único que veo —dijo, sus rasgos convertidos en duro hielo—. Te veo, Sera. Siempre lo he hecho.

El amor por él llenó mi pecho e hizo que se me empañara la vista.

—No hagas eso.

Ladeó la cabeza.

—¿El qué?

—Decir cosas así. Cosas bonitas. Palabras dulces —le dije—. Solo me harán llorar y no quiero hacerlo.

Parte de la frialdad se borró de su cara.

—Yo tampoco quiero que llores.

—Entonces, no seas amable.

Arqueó las cejas.

—¿Debería girarme y darte la espalda otra vez?

—¡No! —exclamé—. Entonces me enfadaré, y eso tampoco quiero hacerlo.

Se mordió el labio de abajo, como si reprimiese una sonrisa.

—Entonces, ¿qué quieres que haga, *liessa*?

Por todos los dioses.

Cada vez que me llamaba así, me derretía. Todavía me derretía, pero también me daba ganas de llorar. Cerré los ojos un instante y me ordené recuperar la compostura.

—Sé que estás enfadado.

—No estoy enfadado.

Fruncí el ceño.

—¿No lo estás?

—Estoy… —Ash negó con la cabeza—. Vale. Estoy enfadado, pero no contigo.

—Ya sé que no estás enfadado conmigo —admití—. Y sé que no quieres estar aquí. No quieres hacer lo que tienes que hacer. —Abrió las aletas de la nariz—. Pero también sé que comprendes que debe hacerse. Si hay alguna esperanza de detener a Kolis y salvar los mundos, de detener la Podredumbre, es esta. Y no quiero tener que perder el tiempo que nos quede discutiendo sobre lo que ya sabemos —continué—. Quiero que escuches lo que tengo que decirte.

Ash giró la cabeza hacia un lado, luego me respondió con un asentimiento seco.

Vale, no era una vocalización, pero era mejor que nada.

—Quiero que sepas que te quiero —empecé. Cerró los ojos con fuerza y mis manos empezaron a temblar—. Y no dejaré de quererte. Desearía habértelo dicho más veces de las que lo he hecho… por todos los dioses, desearía haber reconocido lo que sentía mucho antes de lo que lo hice.

—Lo sé —musitó, y las dos palabras sonaron como si las hubiese arrancado de las profundidades de su alma. Di un paso hacia él.

—Y quiero que sepas que nada de esto es culpa tuya. —El pecho de Ash se hinchó con una inspiración profunda—. Nada de esto —repetí.

—Sera. —Soltó una risa cáustica y abrió los ojos. Unas sombras aparecieron bajo su piel—. ¿Sabes qué preferiría estar haciendo ahora mismo?

—¿Cualquier otra cosa? —aventuré. Él negó con la cabeza.

—No solo cualquier otra cosa. He pensado en cosas.

—¿Como… como qué?

—Como enseñarte a nadar —dijo sin dudar. Se me comprimió el pecho—. Enseñarte más de Iliseeum. Regresar a la caverna… creo que te gustó estar ahí.

—Sí —murmuré.

—Preferiría estar tumbado en la cama contigo, sentados en el

balcón de palacio juntos, embaucarte para que me cuentes todas las cosas que no me has contado sobre tu infancia y tu adolescencia. Entrenar contigo. Luchar contigo. Incluso discutir contigo. —Las sombras se oscurecieron bajo su piel—. Pero la única razón de que estemos aquí de pie, teniendo esta conversación en lugar de haciendo todas esas cosas, explorando las innumerables maneras en las que he soñado follarte, es por lo que he hecho.

Mi mente se quedó atascada en una parte específica de lo que había dicho.

—¿Cuáles son algunas de esas maneras innumerables?

El cambio que se produjo en Ash fue rápido y cautivador. Su barbilla bajó, sus despampanantes rasgos se calentaron y las sombras desaparecieron.

—Estaría más que contento de enseñártelas. —El calor inundó mis venas, cosa que no era demasiado útil en este momento. Negué con la cabeza—. ¿Estás segura? —Su voz sedosa me llegó como un zarcillo de neblina oscura rozando contra mí.

—Sí —me forcé a decir—. Por desgracia. —Volví a centrarme—. Mira, hiciste elecciones basado en la información que tenías. No hiciste las cosas equivocadas. —Negó con la cabeza y apartó la mirada. Un músculo palpitó en su mandíbula—. Ni siquiera fue culpa de tu padre. En realidad, no. Los *Arae* hicieron que ni él ni nadie que lo supiera pudiese decirte nada —repetí lo que le había dicho antes—. No sabías que nada de esto ocurriría. —Ese músculo trabajó aún más duro—. No te culpo. —Me acerqué un poco más a él—. Sé que esto no es algo de lo que te pueda convencer. Necesitas comprenderlo, aceptarlo. Y necesito que lo hagas porque quiero que me prometas algo.

Giró la cabeza un poco hacia mí.

—Quiero… quiero que *vivas* —empecé—. Después de que os hayáis encargado de Kolis y ocupes tu lugar legítimo como Rey de los Dioses…

—Ese no es mi legítimo lugar.

—Ash…

—Es *tu* legítimo lugar.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? Yo no soy una Primigenia. Ni siquiera soy una diosa.

—Sí, pero ¿esas brasas? —dijo Ash—. Se han convertido en tuyas.

Dichas brasas vibraron con suavidad dentro de mí, pero no me convertiría en *eso*, ni aunque Ash tuviese todavía su *kardia* y pudiera Ascenderme. Lo más probable era que las brasas hicieran explotar mi cuerpo o provocaran algo horrible y asqueroso.

—Y se convertirán en tuyas. —Ash apretó los labios y apartó la mirada—. Y no quiero que estés solo después de que eso ocurra.

El *eather* de sus ojos perdió el brillo.

—¿De qué estás hablando, Sera?

—Estoy… estoy diciendo que quiero que vivas. Que vivas de verdad, Ash. —Me retorcí los dedos—. Quiero que encuentres una manera de restaurar tu *kardia*.

—Por los Hados. —Se pasó una mano por el pelo.

Impertérrita, seguí insistiendo. Me paré delante de él.

—Quiero que te permitas amar.

Su mano cayó a su lado, cerró el puño.

—Tienes que estar de broma.

—No lo estoy. —Levanté la vista hacia él—. Quiero que te permitas amar y ser amado, Ash. Eres más que digno de eso. Te lo mereces. Más que nadie que conozca.

—Me importa una mierda lo que se suponga que me merezco —gruñó, y las sombras se extendieron por su piel—. ¿De verdad me estás pidiendo que encuentre una manera de amar a otra persona?

—Exacto.

Me miró desde lo alto, el pecho agitado.

—Yo… *nunca* podría hacer eso.

La presión se cerró sobre mi pecho.

—Necesito que lo hagas.

—No puedo creer que me estés pidiendo esto siquiera. —Las sombras dieron latigazos bajo su piel—. Que creas que puedo simplemente olvidarme de ti…

—No te estoy pidiendo que te olvides de mí. Eso no es lo que quiero. No quiero que te olvides de mí jamás. —Apoyé las manos en su pecho y él dio un respingo como si quemara—. Pero vas a vivir mucho tiempo. Quiero que seas feliz. Es importante para mí. Porque te quiero, Ash.

—Joder —masculló. La plata de sus ojos brillaba tanto como la luz de la luna que se reflejaba sobre las aguas de mi lago, y la expresión de su mandíbula era tan dura como la piedra umbra del fondo.

—Te quiero. —Tratando de contener las lágrimas, levanté mis manos y las puse a ambos lados de su cara. Cerró los ojos unos instantes y sus espesas pestañas abanicaron sus mejillas—. Saber que serás feliz me permitirá encontrar la paz, porque *tú* habrás encontrado la paz.

Pasó un segundo. Luego otro. Sus ojos se abrieron por fin.

—Encontraré la paz.

Lo miré a los ojos. Esa no era exactamente una confirmación.

—Prométeme que harás esto por mí.

—Sera…

—Prométeme que harás lo que te pido —insistí, consciente de que una vez que lo hiciera, la promesa lo obligaría a cumplir—.

Prométemelo.

Una miríada de emociones cruzaron su cara, demasiadas para que pudiera descifrarlas siquiera.

—Te lo prometo.

Antes de que pudiera reaccionar o pensar siquiera, agachó la cabeza y sus labios presionaron los míos con un beso duro y feroz. Mi boca se abrió por instinto para él y, por todos los dioses, el calor gélido de sus labios me provocó una oleada dulce y caliente por todo el cuerpo. La pasión de su beso fue como si una tormenta me hubiese capturado y me arrastrase hasta alturas mareantes.

—Esta es una de las cosas que preferiría estar haciendo. Besarte. Sentir la forma en que te fundes conmigo. ¿Quieres que viva? Así es como más vivo me siento. —Sus labios rozaron los míos—. Así, contigo. Vive conmigo. Lo necesito. Te necesito a ti —gruñó contra mi boca.

Me estremecí contra él.

—El tiempo…

—Encontraremos el tiempo —me juró—. Nos lo merecemos.

Mis dedos temblaron sobre su mandíbula. Ash tenía razón. *Sí* que nos lo merecíamos. Y maldita sea, quería esto. Lo quería a él como mi último acto en este mundo. Quería estos recuerdos. No los del tiempo pasado en cautividad. Nada que ver con Kolis. No la ira de Ash, ni su tristeza. No mi reticente aceptación de mi destino. Quería a Ash y la forma que me hacía sentir.

Vista.

Respetada.

Deseada.

Debería haber tenido días y semanas de sentir esto antes de que llegase el final. Debería haber tenido una vida entera.

Pero no la tenía.

Tenía solo el ahora mismo.

Y no iba a desperdiciarlo.

Tiré de su cabeza hacia abajo y devolví sus labios a los míos. Ya no fueron necesarias las palabras. La forma en que lo besé lo decía todo.

Los brazos de Ash se cerraron a mi alrededor para pegarme a su pecho. Su mano se enredó en mi pelo. Nos besamos hasta que noté los labios hinchados y mi pulso tronó. Solo entonces separó su boca de la mía para recorrer la curva de mi barbilla y bajar por mi cuello.

Un hilillo de inquietud perforó el calor cuando enterró la nariz en mi cuello y me dio un mordisquito suave. Ni siquiera era donde me había mordido Kolis; además, eso no debería importar. Este era Ash. Se me secó la boca mientras me obligaba a respirar hondo, a aspirar su aroma. Cítrico. Aire fresco de las montañas. Por todos los dioses, jamás había olido nada mejor que él, y estaba aquí con Ash. Solo con

Ash.

Mis ojos aletearon antes de abrirse cuando depositó un beso en mi pulso palpitante, luego levantó la cabeza.

Mis pestañas se deslizaron hacia arriba y unos ojos de plata fundida conectaron con los míos. Vi una urgencia en sus ojos, una tormenta de necesidad y de muchísimo deseo. Pero Ash vaciló. Una necesidad cruda tallaba profundas arrugas en su increíble rostro, pero aun así… esperó.

A mí.

—No tenemos que hacer esto —dijo, su voz espesa y ronca—. Tenerte aquí en mis brazos, besándote… Es suficiente.

Oh, por todos los dioses, me *iba* a hacer llorar.

Incluso sin que él dijera nada más, sabía por qué había dicho eso. Por qué se contenía a pesar de lo que le había dicho. Pero Ash… por todos los dioses, sabía que no había sido *nada*. Era la razón por la que me dijo que estaba a salvo cuando estuvimos en la caverna. Sabía que no me había liberado de Kolis sin llevarme unas cuantas cicatrices nuevas que no podían verse pero estaban talladas en lo más profundo de mi ser de todos modos. Ash sabía lo suficiente para asegurarse de que estuviera a salvo con él. Y lo estaba.

Por todos los dioses, no podía quererlo más.

Y no podía odiar más a los mundos por llevarme lejos de él. No era justo. Pero ¿si me concentraba en eso? ¿En cualquiera de esas cosas desagradables? Estaría sacrificando el poco tiempo que nos quedaba juntos y que no nos hubiesen robado ya.

Me tragué el nudo de emoción que amenazaba con dejarme hecha un desastre sollozante en el suelo del bosque, deslicé mis manos hacia abajo y agarré la pechera de su túnica. Tiré de ella y Ash obedeció levantando los brazos. Luego se dobló por la cintura para que me resultara más fácil quitarle la camisa.

—*Liessa* —murmuró mientras yo dejaba la prenda caer al suelo.

Le sostuve la mirada, levanté las manos, enganché los dedos debajo de la camisa prestada que llevaba y tiré de ella hacia arriba. La tela suave y bien gastada rozó mi estómago, luego mis pechos. Ash no apartó la mirada, ni por un momento, mientras me quitaba la camisa y la dejaba caer al lado de la suya.

El pecho de Ash se hinchó con brusquedad mientras su mirada caliente y gélida al mismo tiempo recorría, centímetro a centímetro, la piel que había dejado expuesta a él. Mis pezones se fruncieron contra el pelo que los rozaba, pero me quedé ahí de pie y dejé que mirara todo lo que quisiera. Quería que lo hiciera. Esperé, el corazón más acelerado de lo que lo había estado en días.

Despacio, levantó los dedos y los cerró sobre ambos lados de mi pelo. Sus ojos siguieron sus movimientos a lo largo de los rizos a

medida que los levantaba y los retiraba hacia atrás por encima de mis hombros.

Mi respiración se aceleró, enrosqué los dedos alrededor de su muñeca y llevé su mano a mi pecho.

—Tócame.

Ash gruñó en algún lugar profundo de su garganta al sentir el contacto, y mi espalda se arqueó para apretarme contra la palma de su mano.

—Como he dicho antes, haré cualquier cosa que me pidas —juró, y unas hebras de *eather* dieron vueltas como locas en sus ojos. Deslizó el pulgar por la punta de mi pezón—. Cualquier cosa.

Sabía que decía la verdad.

Haría cualquier cosa por mí.

Mi estómago aleteó cuando envolvió con la mano mi otro pecho. No apartó los ojos de mí mientras yo deslizaba mi otra mano por la piel fría y dura de su pecho, cada vez más abajo. Los músculos de su estómago se tensaron bajo la palma de mi mano. Al llegar a la cinturilla de sus pantalones, encontré el cierre y lo abrí con dedos un poco temblorosos. Ash sacó los pies de las botas y entonces fue él el que se quedó muy quieto mientras le bajaba los pantalones.

Arrodillada, levanté la vista y contemplé el pelo oscuro espolvoreado por sus muslos fuertes y musculosos. Encontré leves cortes en su piel, cicatrices de las que nunca averiguaría la historia. Jamás sabría si se las había hecho antes de Ascender, cuando aprendía a blandir una espada, o si algo terrible las había causado, pero las adoré de todos modos.

Me incliné hacia él para apretar los labios sobre la cicatriz de su rodilla, y luego sobre la que había justo encima. A continuación, deslicé las manos por el exterior de sus piernas y rendí homenaje a la cicatriz de dos o tres centímetros en la cara interna de su muslo.

Al oír su inspiración brusca, sonreí y me eché atrás para levantar la mirada. Los músculos se tensaron en mi bajo vientre, y supe que debía haber oído el aire que aspiré cuando mis ojos se posaron en su pene grueso y erecto. Me mordí el labio al recordar cómo sabía, cómo lo sentía cuando se corría contra mi lengua. Me estiré hacia arriba, empecé a inclinarme hacia él…

La mano de Ash regresó a mi pelo para detenerme.

Lo miré desde lo bajo. Tenía las mejillas arreboladas, los labios entreabiertos.

—Dijiste *cualquier cosa*.

—Sí. —Su mano se cerró sobre mi pelo y tiró de mi cuero cabelludo de una manera que me provocó una oleada de calor palpitante.

—Pues te quiero en mi boca. —Agarré sus muslos—. Quiero

saborearte.

—Sera —mascullό Ash—. Cualquier cosa menos esa.

Entorné los ojos.

—No me había dado cuenta de que había restricciones.

Se rio bajito.

—Yo tampoco. Pero si haces eso, voy a…

Arañé su piel con mis uñas, encantada con el breve destello de sus colmillos.

—¿Vas a qué?

—Voy a perder el control.

Mi sangre se convirtió en fuego líquido ante la idea de él sin control.

—Eso es lo que quiero.

—También es lo que quiero yo. —El tenue resplandor del *eather* apareció en las venas de sus mejillas y su garganta e hizo que se me escapara una respiración irregular—. Pero quiero perder el control con mi miembro hundido en lo más profundo de tu ser, no cuando esté follándome tu boca.

Me temblaron las piernas mientras un pulso de lujuria llegaba directo al centro de mi ser.

Ladeó la cabeza y su pelo cayó por un lado de su cara. Un ojo refulgente se clavó en los míos.

—Eso te gustaría.

Nada sobre él diciendo «follándome tu boca» debería ponerme cachonda, pero asentí. Porque ¿cuando lo había dicho? Justo lo que había querido era que me follara la boca. Fuerte.

Las aletas de la nariz de Ash se abrieron.

¿Había dicho eso en voz alta?

—Puedes tener eso todo lo que quieras —masculló—. Pero después.

Después.

Una sola palabra que a menudo dábamos por hecha. Solo que nosotros no teníamos un después.

—Pero…

—*Después* —insistió, y tenía mi pelo agarrado con la fuerza suficiente como para indicarme que me pusiera en pie.

Le sostuve la mirada y asentí. No había ningún motivo para corregirlo. Podíamos fingir. Teníamos todo el derecho a hacerlo.

—¿Hay otras cosas no incluidas en *cualquier cosa*?

El indicio de una sonrisa juguetona asomó a sus labios. Me encantaba ese tipo de sonrisa. No era muy habitual. ¿La recordaría donde… dondequiera que fuese?

—Sera —murmuró, con voz suave esta vez. Parpadeé y levanté la vista hacia la suya—. Estamos aquí. —Puso una mano en cada una de

mis mejillas—. Estamos juntos. Ahora mismo. Eso es todo lo que importa. Solo nosotros. Solo el ahora.

Solté un aire tembloroso y asentí.

—Solo nosotros.

Ash agachó la cabeza y atrapó mis labios con un beso suave y largo. Me estremecí cuando el contacto se profundizó, mientras él me saboreaba y me reclamaba. Mientras parecía beberme entera.

Su boca abandonó la mía de nuevo, pero se saltó mi cuello. No sabía si había sido a propósito, si había percibido ese pelín de ansiedad en mí antes, pero sus labios dejaron otro rastro ardiente por mi clavícula. Sus dedos siguieron el camino de su boca para deslizarse por mis hombros, mis pechos. Pasaron por la curva de mi estómago hasta encontrar la cinturilla de mis pantalones.

La lengua de Ash rozó la cresta de mi pecho, luego lo introdujo en su boca y me provocó una exclamación ahogada mientras tiraba de mis pantalones por encima de mis caderas y luego hacia abajo. Saqué los pies de ellos y me estremecí al sentir el suave susurro del aire contra mi piel.

Y entonces no quedó nada entre nosotros. Pegó su cuerpo al mío y envolvió un brazo alrededor de mi cintura. La sensación de su piel contra la mía, el contacto frío y duro contra mi tripa, me abrasó la piel. Sin aflojar su agarre ni un poco, me guio con cuidado hasta el suelo, una mano detrás de mi cabeza mientras me tumbaba en la orilla húmeda y herbosa de mi lago. La ternura con la que me trataba casi me hizo desmoronarme, y lo hubiese hecho de no haberlo mirado.

La imagen de él por encima de mí, su pelo oscuro rozando los ángulos marcados de sus mejillas, sus labios entreabiertos para revelar las puntas de sus colmillos y sus rasgos crispados por el deseo eran la encarnación de la más pura de las lujurias.

Sus ojos, que brillaban de un luminoso tono plateado, captaron los míos cuando las suaves puntas de su pelo rozaron mi piel. Me dio un mordisquito en la clavícula.

—Mantén esos preciosos ojos puestos en mí —me ordenó con esa voz suya, ahumada y sensual—. Quiero que veas lo mucho que disfruto de tu piel.

Mi estómago se enroscó sobre sí mismo y dio una voltereta.

—No… no apartaré la mirada.

Su sonrisa fue caliente y gélida al mismo tiempo, sus labios enloquecedores mientras recorría a besos un camino hasta el centro de mi pecho y luego subía por la curva de uno de mis senos. Ladeó la cabeza, los ojos llenos de hebras de *eather* giratorio cuando arrastró el borde de un colmillo por la piel sensible de la zona. Vaciló en la punta de mi pecho, y su aliento frío y tentador avivó mi anticipación.

—Obsérvame —murmuró.

Nada en ninguno de los mundos podía forzarme a apartar la mirada. Deslizó la lengua por mi pezón y yo enrosqué los dedos en la hierba. Me contoneaba debajo de él, y me estremecí al sentir los pelos ásperos de sus piernas contra las mías.

Ash introdujo el pezón fruncido en su boca y succionó con fuerza. Sonrió cuando se me escapó un gritito suave entre los labios.

Agarré su antebrazo y él deslizó su atención hacia mi otro pecho. La punta de su colmillo rozó el pezón.

—Ash —gemí, y mis caderas dieron una sacudida involuntaria.

—Mmm. —Cerró la boca sobre mí y apretó los dedos contra la piel de mi otro pecho, al tiempo que hacía rodar con habilidad el pezón entre su pulgar y su dedo índice—. Hay muy pocas cosas en este mundo mejores que el sonido de tus gemidos de placer.

—Como… —Mi aliento salía en pequeñas bocanadas ahogadas cuando su mano abandonó mi pecho y se deslizó hacia abajo. Ash se recolocó un poco, lo cual me proporcionó un breve atisbo de músculos que ondulaban y se apretaban en su bajo vientre antes de que agarrase mi cadera y encajase la dura y musculosa longitud de su muslo entre los míos—. ¿Como qué?

—El sonido que haces cuando alcanzas el clímax. Es como una canción de sirena. Eso está un poco por encima en la clasificación —declaró, la sensación de sus labios fríos sobre mi piel caliente de lo más sensual—. Pero ¿sabes qué está aún más arriba?

Apreté los labios y negué con la cabeza.

Atrapó mi pezón entre los dientes y se me escapó otro grito, mientras me restregaba contra él y cabalgaba su muslo.

Su lengua apaciguó el placentero dolorcillo.

—Tu voz —dijo.

—¿Mi voz? —pregunté, aún jadeante.

—Tu voz —confirmó, al tiempo que apretaba el muslo contra el calor húmedo entre los míos—. Es suave pero fuerte. Confiada.

—¿En serio? —pregunté, sin tener muy claro que en este momento sonara tan suave o confiada. Ash asintió.

—Tu voz es como un bálsamo. —Oh, por todos los dioses—. ¿Y otra cosa que está aún más arriba en mi clasificación? Tu risa. No ríes lo suficiente, pero ¿cuando lo haces? Me deja pasmado cada vez.

—Ash —susurré, el pecho henchido. Él gimió con un ruido gutural y rechinó los dientes.

—Y *eso*. La forma en que dices mi nombre. Cuando te rindes a la pasión y todo lo que puedes hacer es susurrar mi nombre. —Rotó las caderas para apretar contra las mías—. También cuando estás enfadada conmigo y lo chillas.

—¿Incluso entonces? —Me reí.

—Sobre todo entonces. —Bajó por mi cuerpo y hundió la lengua

en mi ombligo. Todo mi cuerpo dio una sacudida cuando unas sensaciones intensas y palpitantes me recorrieron de arriba abajo—. Pero la forma en que lo dices cuando te sientes dulce… Cuando te has quitado todos esos preciosos escudos tras los que te encierras… —Unas cintas de *eather* ondularon bajo la piel de sus mejillas. Su lengua y sus labios danzaron más abajo, pero su muslo se apartó de mí—. Cuando dices mi nombre al decirme que me quieres…

Tal vez dejase de respirar unos momentos mientras los segundos se alargaban.

—No existe ni un maldito sonido mejor que ese, Sera. *Eso* te lo puedo jurar. —El *eather* palpitaba en las venas de su mandíbula y su cuello—. Porque silencia todas las cosas terribles que he tenido que hacer y me permite tener esperanza.

Sus palabras eran de lo más poderosas. Suavizaban los bordes más ásperos y quebradizos de mi alma.

—Ash. —Me incorporé y atraje su cara hacia la mía—. Te quiero.

Su mano grande se enroscó alrededor de mi cuello y la aspereza de las yemas de sus dedos rozó mi piel. Una chispa de energía surgió de él y luego me atravesó. Su beso fue una combinación de dominio y vulnerabilidad, una atracción tan potente que, por un momento, olvidé quién era yo. Noté cómo hacía añicos las barreras y deshacía algo en lo más profundo de mi ser.

—Ash. Por todos los dioses —susurré. Aparté la boca de la suya y lo miré a los ojos—. Siempre te querré.

El Primigenio se quedó quieto contra mí. Su cuerpo. El *eather* de sus ojos.

Entonces se abalanzó sobre mí a la velocidad del rayo. Su boca reclamó la mía, al tiempo que me apretaba otra vez contra el suelo. Todo lo que vino a continuación tuvo que ver solo nosotros, con el aquí y el ahora.

Cuando la boca de Ash se separó de la mía, bajó y separó mis piernas con sus anchos hombros.

No hubo vacilación alguna, ni ningún jugueteo previo, solo su aliento frío y luego su boca cerrada sobre el tenso haz de nervios.

Mi espalda se arqueó ante la intensidad de las palpitantes sensaciones crudas. Era demasiado para mí. Hice amago de sentarme de nuevo, pero su mano se plantó sobre mi estómago para mantenerme donde estaba mientras él se daba un festín.

Ash me devoró.

—¿Esto? —murmuró, y arrastró la lengua por el mismísimo centro de mí antes de introducirla hasta el fondo—. ¿Tu sabor? Va justo detrás de mi lista de sonidos favoritos, pero es mi sabor preferido en cualquiera de los mundos.

—¿Lo es? —Eso fue todo lo que pude decir a medida que la tensión

aumentaba a toda velocidad.

—Incluso mejor que tu sangre —murmuró—. Sol dulce.

No podía ni concentrarme lo suficiente como para preguntar a qué sabía el sol dulce para él porque Ash me *estaba* saboreando. Lamía. Succionaba. Me daba la impresión de que estaba por todas partes. Su lengua. Sus labios. Clavó los dedos en la carne de mi trasero y me levantó. Todas las sensaciones tensas que giraban en espiral por mi interior me robaron la respiración. Mis movimientos se volvieron casi frenéticos y cabalgué su cara como había hecho antes con su muslo. Su gruñido de aprobación me quemó la piel y prendió el fuego.

Intenté ralentizar ese momento de liberación que se acumulaba en mi interior. Quería saborear esto, pero noté cómo mi cuerpo se precipitaba hacia el clímax y pensé que quizás eso sería lo que me mataría. No era capaz de recuperar la respiración

De repente, Ash se levantó de entre mis piernas y su boca volvió a la mía antes de que pudiese pronunciar una sola palabra. Su sabor y el mío mezclados en su lengua fueron una combinación embriagadora que me dejó una sensación aturdida, como fuera de control, mientras sentía que su piel se endurecía y se enfriaba aún más bajo la palma de mis manos. La forma en que Ash temblaba casi me deshizo cuando agarró mi muslo para enganchar mi pierna alrededor de su cintura. Su boca no se separó de la mía en ningún momento mientras contoneaba las caderas y presionaba justo donde lo necesitaba. Yo incliné las mías hacia él y Ash respondió con un gemido amortiguado y entrecortado.

Un intenso escalofrío me sacudió cuando dio el empujón final y me penetró. Mi cuerpo se tensó ante el pelín de incomodidad inicial a causa de su tamaño. Ash se detuvo, pero yo quería más. Necesitaba más. Porque este era el final. Esto era lo que recordaría.

Con la pierna enroscada alrededor de su cadera y los brazos envueltos en torno a sus hombros, me icé y tiré de él hacia abajo para introducirlo por completo en mi interior.

—Joder —boqueó Ash. Su gemido fue también media risa. Luego dijo algo en la lengua primigenia, pero en voz demasiado baja y rápida como para poder descifrarlo. Me besó de nuevo, besos dulces y tiernos ahora. Me besó como… como si tuviese su *kardia* y no solo como si me quisiese sino como si también estuviese *enamorado* de mí. Ahora y para siempre. Y *siguió* besándome cuando empezó a moverse.

Mi cuerpo se apretó a su alrededor mientras retrocedía hasta estar casi fuera de mí, solo para volver a embestir hasta el fondo. Una oleada de escalofríos calientes y tensos me inundó mientras me daba mordisquitos en los labios, en la barbilla. El ritmo que fijó fue lento y tortuoso. Me estaba volviendo loca.

—Más. —Agarré un puñado de su pelo y él gimió.

—¿Más deprisa? —me tentó, su boca contra mis labios.

—Sí.

—¿Más fuerte?

Me estremecí, con sensación de tener rayos corriendo por mis venas.

—*Sí.*

Ash todavía se contuvo, sus turbulentos ojos plateados clavados en los míos mientras sus caderas empujaban, profundo y fuerte. Yo lo recibí encantada. Flexioné ambas rodillas para enganchar las piernas alrededor de su cintura. Por un momento, ninguno de los dos nos movimos. Nuestros cuerpos estaban pegados, cadera con cadera, pecho con pecho.

Y entonces empezó a moverse, justo como yo quería: deprisa y fuerte. Ni siquiera podía mantenerle el ritmo. Todo lo que pude hacer fue agarrarme mientras él me follaba.

—Por los Hados, no hay nada como esto —masculló contra mi boca—. No hay nada como tú.

Yo me sentía igual, pero no lograba pronunciar palabra alguna porque el placer empezaba a acumularse otra vez a medida que él me llevaba hasta el punto de ruptura, una y otra vez. Su boca volvió a encontrar la mía, metió un brazo por debajo de mí e inclinó mis caderas hacia arriba.

Entonces perdí toda la noción del tiempo. Era solo el sonido de nuestros cuerpos unidos y el viento en lo alto, removiendo las ramas. Sentí cómo él se hinchaba y se tensaba a cada embestida profunda y poderosa. La tensión regresó, fue aumentando en lo más profundo de mí hasta que todos los músculos de mi cuerpo estaban contraídos.

No hubo ninguna progresión lenta, nada de acercarme al borde del precipicio y luego retirarme. La espiral que se apretaba en mi interior saltó por los aires a una velocidad impactante. Grité su nombre cuando el placer más intenso que había sentido en la vida se extendió por mi interior en olas calientes y apretadas que estiraron cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Sin pensar en lo que hacía, eché la cabeza hacia atrás, pero la mano de Ash estaba ahí para evitar que golpeara el suelo. Acunó la parte posterior de mi cabeza sin dejar de empujar con sus caderas contra las mías y provocarme sucesivas oleadas de éxtasis incontrolable por todos los nervios del cuerpo.

—*Liessa*. —Su voz sonó ruda y grave. Me embistió de nuevo para unirse a mi placer con un grito ronco—. Sera.

Lo abracé con fuerza, aun cuando el resto de mi cuerpo se quedó flácido. Me limité a abrazarlo mientras el placer lo invadía de la misma manera interminable.

—Jamás quise… —susurró Ash contra mi piel, aun cuando todavía sentía sus espasmos dentro de mí. Me besó el cuello, luego la comisura

de mis labios—. Jamás quise nada hasta que llegaste tú.

# Capítulo 39

Los labios de Ash rozaron los míos y sus palabras resonaron en mi mente.

*Jamás quise.*

Pasé los brazos alrededor de sus hombros y lo abracé con fuerza. El beso se profundizó hasta que estábamos ahogándonos el uno en el otro.

*Jamás quise nada hasta que llegaste tú.*

Su corazón martilleaba contra el mío cuando separamos los labios a regañadientes. Los dos estábamos sin aliento y agitados.

De pronto, la esencia primigenia palpitó con intensidad a través de mí. Solté una exclamación ahogada y la cabeza de Ash se levantó en ese momento exacto.

El retumbar de un trueno llegó en el aire. Daba la impresión de emanar de todas direcciones, tanto por encima como por debajo de nosotros. Se me puso la carne de gallina por el miedo y mis ojos volaron hacia los de Ash.

—Kolis —gruñó, y sus mejillas se llenaron de sombras al instante, mientras su piel se afinaba—. Lo han encontrado.

—Y está consciente —susurré.

El tiempo…

Nos habíamos quedado sin tiempo.

El retumbar aumentó y el suelo tembló, haciendo que los árboles oscilasen y se les cayeran unas cuantas hojas.

No estaba preparada.

Aunque debía estarlo.

Tenía que enfrentarme a mi fin, porque había llegado. No estaba cerca. No habría un mañana. Ningún después. Había llegado el momento.

Miré a los chispeantes ojos plateados de Ash mientras un centenar… no, un *millar*, de cosas diferentes me venían a la punta de la lengua. Todavía quería saber y decir muchas cosas. Todo ello requeriría una vida entera o más, pero disponía de apenas unos minutos. Ni siquiera horas ya.

*Minutos*.

El pánico cortó a través de mi pecho y envió una oleada de adrenalina por mis venas.

Los zarcillos de *eather* se avivaron en los ojos de Ash, que aspiró

una bocanada de aire repentina.

Oh, no. Estaba leyendo mis emociones. Necesitaba recuperar la compostura. No quería que sintiera mi pánico ni mi angustia. Esto ya sería bastante malo para él de por sí.

*Inspira*. Levanté las manos para hundirlas en su pelo. *Contén*. Me permití disfrutar de la textura durante un segundo o dos. *Espira*. Insté a mi corazón acelerado a ralentizarse.

—Yo siempre quise antes de que llegases tú.

Ash se estremeció, y supe que no tenía nada que ver con la ira primigenia que se acumulaba en Iliseeum y se extendía hasta el mundo mortal.

—*Liessa*…

—Quería que se me conociera —susurré. Necesitaba que oyera esto —. Quería ser aceptada. —Otro escalofrío sacudió a Ash—. Quería ser incluida. —Saqué las manos de su pelo y las bajé por la piel fría de su cuello—. Quería que me hablaran y me tocaran.

—Sera —murmuró.

Las yemas de mis dedos rozaron las duras líneas de su mandíbula.

—Por encima de todo, quería ser valorada, necesitada y querida y *deseada* por quién era, no por quien se suponía que era o por lo que podía hacer por alguien. Quería ser *vista*. —Una oleada de emoción atoró mi garganta y el suelo tembló de nuevo—. Tú me diste todo eso, Ash. He vivido gracias a ti.

Un sonido provino de lo más profundo de Ash, como si se hubiese arrancado de las profundidades de su alma.

—Te daré mucho más.

Antes de poder procesar lo que había dicho, su boca se cerró sobre la mía. Se echó atrás y se levantó con fluidez. Me acunó contra su pecho, el beso más profundo ahora. Me separó los labios y su lengua rozó la mía. Cuando me besaba así, me abrumaba… su olor, su sabor y la frialdad húmeda de su boca. Nuestros labios se movieron hambrientos, agarré su cabeza por atrás y me empapé de todas las sensaciones. Donde iba, no quería olvidar.

No lo haría.

El viento arreció a nuestro alrededor. El repentino *shock* del agua fría sobre mis pies fue como una sacudida para mis sentidos. Ash había entrado en el lago y había descendido con fluidez los escalones naturales de piedra umbra. El agua subió a mi encuentro, empezó a lamer mis piernas, luego mi cintura. Él siguió besándome, su boca urgente y exigente, como si quisiera perderse en ella tanto como yo en la suya.

Su boca solo se separó de la mía cuando el agua llegó a mis riñones y alguna onda lamió mis hombros.

—Sera —boqueó.

Calmada, como siempre estaba en mi lago, el ritmo de mi corazón se apaciguó. Levanté una mano y apoyé la palma en su mejilla. Sus ojos estaban llenos de revoltosas espirales de *eather*.

—Te quiero, Ash. —Su pecho se hinchó con brusquedad y cada una de sus respiraciones era más rápida y forzada—. Es la hora —susurré. —El *eather* se ralentizó en sus ojos. Su pecho cesó su movimiento acelerado. Ash no se movió, ni siquiera cuando volvió a producirse un temblor bajo nuestros pies. Puse las manos sobre sus mejillas—. Por favor.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba para revelar una punta afilada.

—*No* —gruñó.

Y entonces mordió.

Fue tan rápido que no tuve tiempo de sentir la inquietud que había amenazado con apoderarse de mí antes, cuando había sentido el roce de su colmillo.

La única palabra que había dicho se perdió en mi grito cuando sus colmillos perforaron la piel de mi cuello. Una intensa agonía reverberó a través de mi cuerpo, pero el dolor no duró. Lo que espantó al dolor no fue exactamente placer, fue solo que no dolió cuando su boca se enganchó a mi cuello o quizá… quizá yo no podía sentir el placer.

Porque sabía que él no encontraba ninguno.

Ash estaba temblando, pero no alargaría esto. Él jamás me haría eso.

Sus dedos se movían por mi cadera, ahora bajo el agua, dando pasadas suaves y lentas al ritmo de las succiones profundas y pausadas sobre mi vena. Bebió deprisa, succionando mi sangre a su interior, y sabía que esto debía estar matando una parte de él. Algo que tardaría mucho tiempo en recuperar.

Deslicé mi mano bajo su pelo y moví los dedos por su cuello. Esperaba que le produjese algún tipo de consuelo, luego abrí los ojos.

Las estrellas centelleaban en lo alto, y cubrían el cielo de un cegador surtido de luces titilantes. Había muchísimas. Cientos. Miles. ¿Y la luna? Estaba enorme, muy brillante.

Los brazos de Ash sufrieron un espasmo a mi alrededor… ¿o había dado un respingo? No estaba segura mientras contemplaba la luna. Las brasas empezaron a vibrar a través de mí, al principio no más que una vibración menor, pero pronto un baile frenético.

*No pasa nada*, pensé para mí misma, y mi mano se deslizó por su cuenta para ir a posarse en el pecho de Ash. Mis pensamientos empezaron a divagar hacia lo que no me había permitido pensar durante demasiado tiempo.

¿A dónde iba?

Ash no sería capaz de intervenir. Dependería de los *Arae*, y

esperaba que no me condenaran al Abismo, aunque sí que había terminado con vidas cuando *mi propia* vida no había estado en peligro. Había matado a personas malas y a otras que daba la casualidad de que eran enemigas de mi reino. ¿Ardería en el infierno por ello?

*No*, razoné. Entraría en el Valle. Holland se aseguraría de ello. Debía creerlo. Pero ¿cómo sería? Ni siquiera Ash podía decírmelo. Todo lo que sabía era que el lugar era distinto para cada persona. No entendía cómo uno podía ver a sus seres queridos si el paraíso era individualizado, pero quizá la intención era que no lo entendiéramos.

Me pregunté a quién vería. A quién conocería. ¿A mi padre? Eso sería agradable. ¿Vería a mi antigua niñera? Eso también me gustaría.

¿Conservaría mis recuerdos?

¿De Ash? ¿De mi familia? ¿De todo? ¿Estaría en paz? No estaba segura de cómo podía estarlo, tanto si recordaba como si olvidaba. ¿Sería así como se convertían los espíritus en…?

Suspiré y perdí el hilo de mis pensamientos.

Morir no dolía.

Ash se aseguró de eso con la fría ingravidez de mi lago y la tracción ahora más lenta y suave de su boca contra mi cuello.

Estaba transfiriendo mi sangre a su cuerpo, y mi calor… podía sentirlo ahora en él. Empezó en su pecho y luego se extendió por su estómago. Sus brazos, cerrados con fuerza a mi alrededor, ya no estaban fríos. Mi sangre estaba haciendo eso: le daba vida. Y, por todos los dioses, estaba muy agradecida de sentir esto otra vez, de tener la oportunidad de recordar cómo notaba su cuerpo cuando estaba así. Y lo *recordaría*.

Lo haría.

Lo *haría*.

Me concentré en la sensación del corazón de Ash latiendo bajo la palma de mi mano. Me calmaba y me mantenía en contacto con el mundo. Durante un rato.

Pero la periferia de mi visión empezó a oscurecerse… o ya lo había estado haciendo desde hacía un rato. Era otra cosa de la que no estaba del todo segura, pero sentí que mi corazón latía más despacio, y el agua que caía ya no sonaba tan fuerte. Sonaba amortiguada, lejana. Y ya no sentía los temblores que sacudían el mundo.

Pero sí sentí cómo el mundo se alejaba de mí a medida que me sumía en la oscuridad.

Mi mano resbaló otra vez. Intenté mantenerla donde podía sentir el corazón de Ash, pero estaba cansada. Débil. Mi mano sufrió un espasmo y empezó a caer.

Ash me agarró por la muñeca. No dejó de alimentarse, pero sujetó mi mano con la suya y presionó mi palma contra su pecho, justo encima de su corazón.

Lo sabía.

De algún modo, lo sabía.

Sentí que mis labios se curvaban hacia arriba. Sentí cómo temblaba, pero sabía que estaba sonriendo, aunque me estuviese muriendo. Estaba ocurriendo. Después de todo este tiempo, no había escapatoria y, a pesar de estar en brazos de la Muerte, *sonreí*. No quería morir. No estaba lista. No se había vuelto justo por arte de magia. Quería vivir. Quería seguir viva más de lo que lo había querido nunca, pero…

Sentí el calor de la piel de Ash, de su boca. Sentí la fuerza de su corazón, que latía bajo la palma de mi mano, y supe que mi sangre fluía ahora por sus venas. Ash haría más que vivir. Ascendería y gobernaría como siempre debió hacerlo.

Y yo… me sentí en paz.

No era aceptación. Ni sumisión. Solo paz. Mi cuerpo sufrió un espasmo, mi corazón tartamudeó y las brasas se avivaron con fuerza en mi pecho…

Ash retiró la cabeza de golpe, su respiración aún acelerada, agitada. Veía su rostro borroso, pero vi lo brillante que era el *eather* en sus ojos cuando me miró desde lo alto. Y las brasas…

Palpitaban con intensidad en mi pecho. Ash no había…

—Las brasas —susurré, mi lengua pastosa y pesada.

—Que les den a las brasas.

La confusión empañaba mi mente cuando colocó mi mano en mi regazo, sin dejar que cayera al agua.

—Ash. —Intenté moverme, pero no parecía capaz de conseguir que mi cuerpo hiciera lo que necesitaba hacer—. ¿Qué… qué estás haciendo?

—Sera, necesito que tomes mi sangre. Necesito que te alimentes de mí.

—¿Qué…? —Mi corazón lento y débil dio una sacudida cuando lo que Ash estaba haciendo… o *no* haciendo… cortó a través de la bruma de mi paz—. No, Ash. No…

—*¡No!* —gritó… o susurró. Pensé en cómo había dicho eso antes de morderme.

Pensé en cómo se había negado a escuchar cuando le había dicho que quería que viviera de verdad, el *después* del que él había hablado, y en cómo había dicho que me daría más. Cuando me había hablado en la caverna. Pensé en todo lo que Ash no había dicho. Nunca había dicho que planeara extraer las brasas. A mí no. Ni a Keella ni a Attes.

Repasé todo lo que había dicho Ash desde que nos reunimos, e incluso antes de que Kolis me retuviera.

*No permitiré que mueras.*

Ash jamás había planeado llevarse las brasas.

—No voy a dejarte ir —me dijo—. Te voy a Ascender.

Noté otro movimiento trastabillado en el pecho.

—No… no puedes.

La risa que soltó fue oscura e interminable.

—Sí, claro que puedo.

—No… funcionará —razoné. El *eather* giraba en sus ojos a toda velocidad.

—Soy un jodido Primigenio de la Muerte. Mi sangre es la de los Antiguos, así que no estamos seguros de eso. Nadie lo está. No me importa lo que dijeran Delfai o los *Arae*. Que les den. Lo voy a intentar.

A medida que asimilaba sus palabras, sentí una chispa de esperanza, pero fue fugaz. Cuando Kolis habló de hacer lo mismo, yo había sabido que no funcionaría. Y aunque lo hiciera…

—¿En qué… me convertiré?

—No lo sé. ¿Una demis? ¿Una de esas Ascendidas que crea Kolis? —Pero así… así no era como funcionaban los Ascendidos. Ellos eran terceros hijos e hijas. Ash lo sabía. Le recorrió otro escalofrío—. O en la Primigenia de la Vida. —Eso no ocurriría. Era imposible—. No me importa en lo que te conviertas. —Bajó su muñeca—. No me importa, siempre que estés viva. Siempre que no me dejes. No me importa. Te querré vuelvas como vuelvas conmigo.

Por todos los dioses, lo creí.

Pero no funcionaría.

Me concentré en las brasas, me agarré a ellas para que me dieran fuerzas. Una energía débil zumbaba por mis venas. Me permitió levantar la mano hacia su pecho de nuevo, ponerla sobre su corazón.

—Te quiero.

Ash cerró los ojos con fuerza.

—Sera, estate callada y no te enfrentes a mí por una vez.

—Te quiero muchísimo, pero ti… tienes que hacer esto.

—Cállate, Sera. —Giró la cabeza hacia su muñeca al tiempo que una línea de oscuridad bajaba rodando por su mejilla.

—Extrae las brasas. Tienes que hacerlo. Por favor.

—*¡Cierra la jodida boca, Sera!* —gritó, y los pocos pájaros que quedaban entre los árboles emprendieron el vuelo asustados—. Por última vez, no me importan las brasas ni los mundos. Pueden arder si hace falta.

Me estremecí y enrosqué los dedos contra su piel.

—No lo…dices en serio.

Abrió los ojos y conectaron con los míos.

—Sí lo hago.

—¿Y si muero de todos modos? —Me aferré a mi fuerza menguante, aunque notaba como si mi pecho se encogiese más a cada

palabra que decía—. Las brasas morirán y no me tendrás a mí para…

—Lo sé. Podría no funcionar. Si no lo hace, te perderé a ti y a las brasas. Estoy dispuesto a jugármela y correr ese riesgo —me aseguró. Por encima de sus hombros, vi cómo el agua se congelaba sobre las rocas—. Las vidas de millones de mortales o las de los dioses no sobrepasan a la tuya. Los mundos pueden pudrirse en el Abismo y toda vida puede cesar de existir. —Otra línea resbaló por su otra mejilla, mojada y de un oscurísimo tono carmesí—. No me importa, siempre que estés conmigo.

Oh, por todos los dioses.

Eran lágrimas de sangre lo que corría por sus mejillas.

Ash estaba *llorando*.

—Aceptaré las almas de los perdidos sobre mi piel. Estaré contento de precipitar el fin, y lo haré contigo a mi lado —juró—. ¿Y si no? ¿Si fracaso y te pierdo? —Su voz se quebró por la agonía de su tristeza y sus remordimientos. Se me hizo añicos el corazón—. Los mundos no sobrevivirán, Sera.

—Ash —supliqué. Odiaba su plan. Aborrecía todos los remordimientos que oía en su voz.

—Si te pierdo, ya están acabados, muy bien podrían estar muertos y podridos. —Apoyó la frente contra la mía—. ¿Acaso no lo sabes ya? Lo sabes. Kolis siempre tuvo razón acerca de mí. Sabía que haría algo mucho peor de lo que él podría imaginar jamás. Lo haré. Terminaré con los mundos si te pierdo. Si mueres, no tienen esperanza alguna, ninguno de ellos… ni inocentes ni malvados, ni dioses ni mortales. Los destruiré a todos.

Ash se estremeció, después me besó, un beso rudo y rápido que dejó mis labios insensibles.

—Así que no mueras.

Lo miré pasmada, mientras echaba la cabeza atrás y levantaba su muñeca una vez más. Solté una… una risa débil.

—¿Que no muera?

—Sí. Justo eso. Ni se te ocurra morirte —repitió, como si esa fuese la solución. Me miró a los ojos—. Que le den al bien mayor, Sera.

—Que le den al bien mayor —farfullé, en lugar de gritarlo como había hecho antes. Las brasas vibraron por todo mi cuerpo—. Porque no somos…

—No somos buenos, *liessa*.

—Pero tú sí lo eres.

—No sin ti —dijo—. No sin ti.

Vi sus labios entreabrirse. Mordió su muñeca hasta desgarrar la piel. Después vi el brillo de su sangre al resbalar por su brazo.

Mi vista se llenó de sombras otra vez, la fuerza robada empezaba a menguar. Cuando bajó la muñeca, supe que lo más probable era que

esto fuese mi fin… el fin de los mundos *y* el fin de él. Ash se arrepentiría de esto. En algún momento, antes de que todo cesara de existir, lo haría.

Pero su sangre golpeó mi labio, caliente y cosquillosa, y prendió las brasas o el instinto. Mi boca se abrió. La sangre dulce y ahumada llegó a mi lengua. No hubo ningún revuelo de sensaciones, ningún *shock* para los sentidos. Estaba demasiado débil para eso, pero mi cuerpo reaccionó por instinto. O lo hicieron las brasas.

Tragué.

Su sangre bajó por mi garganta, caliente y espesa mientras Ash apretaba la herida abierta contra mi boca. Bebí.

Bebí hasta que mi garganta ya no funcionó más. Bebí hasta que ya no pude sentir su sangre bajar por mi garganta. Y no… no sentí nada. Ni calor. Ni frío.

Entonces pasó algo de lo más extraño: una marea interminable de recuerdos me golpeó en oleadas sucesivas.

Yo de niña, una niñita rubia, observando el cuadro de mi padre y entendiendo por fin de dónde venían mis pecas. La mirada fría de mi madre que solía cortar muy profundo y luego me dejaba solo con sensación de no ser nada. Pero después me sumí en un recuerdo de cuando tenía… ¿nueve o diez años? Era de noche, después de haber pasado el día entrenando con Holland y de cenar sola. Había salido al jardín para sentarme cerca de los arbustos de un verde plateado con sus cogollos de flores entre azules y moradas. Me había gustado cómo olían porque…

*Olían a mamá.*

*Una pisada suave sobre la gravilla me hizo girar en el banco.*

*Mamá caminaba sola bajo el resplandor de los farolillos colgantes, su pelo pálido recogido en un moño que Odetta jamás conseguía hacer con el mío.*

*Me quedé quieta del todo y tan callada como un espíritu, como me había enseñado a hace sir Holland. Mamá no me vio. Estaba demasiado ocupada contemplando el cielo, y pensé que no debería llamar su atención cuando no estábamos en nuestras lecciones. Nunca se mostraba contenta cuando lo hacía.*

*Mamá nunca parecía contenta.*

*Ni siquiera después de casarse con el rey Ernald.*

*El rey Ernald sí parecía contento. Me daba chocolate a escondidas cuando se cruzaba conmigo en los pasillos.*

*Apreté las piernas con fuerza y cerré la boca para no respirar demasiado alto. No quería molestarla. Quería que estuviese orgullosa de mí. Levanté la barbilla. Haría que estuviese orgullosa, pero… quería que me viera a mí. Que hablara conmigo como hacía con Ezmeria y Tavius. Con ellos no hablaba de deber. Hablaba de tonterías como…*

—Sé que estás ahí, Seraphena.

Mis labios se despegaron con un sonido de ventosa, al tiempo que mis ojos volaban hacia ella.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —Se quedó a poca distancia de mí, las manos cerradas alrededor de la tela de su vestido azul pálido, su cuerpo tan rígido como el mío—. ¿Qué es lo que sientes?

—Yo… —No estaba del todo segura. Lo había dicho porque parecía lo adecuado. Decía cosas así con gran frecuencia.

—No tiene importancia. —Sus ojos se deslizaron de los míos para posarse en las flores. La luz de los farolillos centelleó sobre su… mejilla mojada—. No sabía que venías aquí.

¿Estaba llorando? La observé avanzar, su vestido susurraba con suavidad sobre las piedrecitas y la hierba.

—Me gusta cómo huele.

Se le escapó una risa extraña. Sonaba un poco malvada y triste.

—Cómo no.

No sabía qué quería decir con eso, pero había aprendido que si no sabía algo, era mejor no decir nada.

—¿Sabes cómo se llaman? —preguntó después de un rato.

—Hum. —Miré las flores otra vez—. ¿Lavanda?

—Cerca, pero no. —Pasó por delante de mí y, aunque esperaba que siguiera su camino, se sentó a mi lado—. Se llaman Calamintha nepeta blue.

—Oh —susurré, los dedos enroscados en la fina tela de mi camisón.

Mamá miraba al frente.

—¿Por qué estás aquí fuera tan tarde?

—Pues es que… —Me callé. A mamá le gustaba cuando hablaba con propiedad—. No podía dormir. —No hubo respuesta—. ¿Por qué… por qué estás tú aquí fuera? —pregunté con voz tentativa.

—Notaba un dolor en las sienes —contestó—. Pensé que el aire fresco y el silencio me vendrían bien.

—Oh —repetí. Succioné mi labio de abajo entre los dientes. Después recordé que una vez me había dicho que eso era poco atractivo, así que paré de hacerlo—. Entonces, debería irme. —Empecé a levantarme.

—No, no pasa nada. —Mamá me detuvo—. Tú… tú siempre estás callada.

La sorpresa me golpeó con fuerza. No sabía qué hacer ni qué decir. Mamá nunca se sentaba fuera conmigo durante nuestras lecciones. Así que hice lo que hacía ella: contemplar las bonitas flores.

Me quedé quieta y en silencio, cada centímetro de mí consciente de lo cerca que estábamos. Casi podía sentir el calor de su cuerpo a medida que los segundos se alargaban para convertirse en minutos. La miré de reojo. Sus mejillas centelleaban. Me empecé a preocupar.

*—¿Tu cabeza te pone triste? —pregunté en voz baja.*

*—¿Qué? —Bajó la vista hacia mí, el ceño fruncido—. Oh —murmuró, y levantó una mano para secarse la mejilla como si no se hubiese dado cuenta de que había estado llorando—. No, no es mi cabeza.*

*—Entonces, ¿qué te ha puesto triste? —Me incliné hacia ella, los puños cerrados.*

*—Más bien quién —comentó, los ojos clavados en mí. En mi cara—. Juro por los dioses que cada vez que te veo… —Contuve la respiración. ¿Cuánto de mí podía ver? ¿Me había lavado antes de salir aquí? A veces, olvidaba hacerlo y siempre había algún manchurrón en mi cara—. Tienes más pecas.*

*Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba. Y sonrió.*

*Mamá me sonrió.*

*—Igual que… —Se aclaró la garganta y su sonrisa se diluyó. Se giró hacia las flores de nuevo—. A tu padre le gustaban estas flores.*

*No sabía qué me emocionaba más. ¿Su sonrisa? ¿O que estuviese hablando de él?*

*—También le gustaba su olor —continuó—. Creía que tenían un olor más ligero y fresco que la lavanda. —Sacudió la cabeza—. Yo nunca conseguí notar la diferencia, pero él sí. Creía que la lavanda olía a…*

*Me giré otra vez hacia las flores, mis dedos se relajaron.*

*—A vainilla.*

*—Sí —dijo, luego suspiró—. Él decía lo mismo. Perdóname. —Se levantó y abandonó el pequeño jardín sin decir ni una palabra más.*

*Me abandonó… a mí.*

Salí del recuerdo con una extraña sensación de claridad que nunca antes había sentido. Las miradas y las palabras de mi madre nunca habían sido solo frías: también habían estado llenas de una desolación y una agonía crueles por lo que había perdido y por la hija con la que jamás podría permitirse encariñarse. Preocuparse por ella. Quererla. Porque si lo hiciera, ¿cómo podría cumplir el trato que había hecho el antepasado de mi padre?

Me sumí en otro recuerdo en el que vi el pelo plateado de Odetta y su rostro arrugado, que se suavizaba compasivo por unos instantes cuando cenaba conmigo. Me vi sentada a su lado ante la pequeña mesa de sus habitaciones mientras cenábamos. Había ocurrido antes de lo del jardín. Yo era más pequeña y… y no lo había recordado bien hasta ahora.

*—¿Crees que mamá está orgullosa de tener a una Doncella como hija? —pregunté, mientras jugueteaba con el tenedor.*

*—Qué niña más tonta. —La risa de Odetta fue más bien un ruido entre sibilante y ahogado—. Siempre haciendo preguntas tontas.*

*Yo no creía que fuese una pregunta tonta. Dejé caer el tenedor en la mesa, satisfecha por el ruido que hizo.*

*—Da igual.*

*Odetta se estiró hacia mí y enroscó sus dedos nudosos y huesudos en torno a mi barbilla. Giró mi cara hacia la suya.*

*—Niña, los Hados saben que fuiste tocada por la vida y la muerte, creando alguien que no debería existir. ¿Cómo podría sentir tu madre nada aparte de miedo?*

El recuerdo se hizo añicos. No había dicho «creando al*go* que no debería existir». Había dicho «creando al*guien*». ¿Había estado hablando de mí? ¿O de alguien que *yo* crearía? Solo que yo no iba a crear a nadie.

La voz suave de Holland se oyó entonces, por encima de la mía.

*—No temo a la muerte —había dicho, mientras caminaba en círculo a mi alrededor. Yo era mayor, cerca de los diecisiete—. Temo a la vida.*

*Fruncí el ceño y retiré mi espada.*

*—¿Qué?*

*—La muerte puede ser una recompensa largo tiempo ganada al llegar a la vejez, pero ¿la vida? —Sir Holland giró en redondo, me agarró del brazo, lo retorció y me tiró al suelo—. La vida es violenta. Cuando se roba, puede convertirse en la ruina de los mundos, una cólera de la que incluso la Muerte se esconderá.*

Ezra sustituyó a Holland. El aire estaba pegajoso de humedad mientras caminábamos por los jardines, pero ella llevaba un chaleco a rayas diplomáticas abotonado hasta la base del cuello.

*—¿Te lo creíste? —me preguntó. Giré la cabeza hacia ella.*

*—¿Creerme el qué?*

*Ezra tenía los ojos clavados en el libro que sujetaba en las manos.*

*—No me estabas escuchando. —No lo estaba, así que no servía de nada mentir—. Te estaba contando lo que Phebe escribió sobre lo que vio Etris antes de morir… no importa. —Una brisa jugueteó con un bucle de pelo oscuro y lo hizo revolotear por su cara mientras yo me preguntaba quiénes diablos eran Phebe y Etris. Ezra me miró—. Tú sí me importas.*

*Me tambaleé un poco y casi tropecé.*

*—¿Qué? —pregunté con una risa nerviosa. Su expresión era seria.*

*—Solo quería que lo supieras: que me importas.*

*La sonrisa se diluyó en mi cara. ¿Sabía Ezra lo de la poción para dormir…? Se me quedó el pecho helado. ¿Cómo podía haberse enterado? Noté que me sonrojaba y negué con la cabeza.*

*—¿Esa Phebe escribió en ese libro para decirte eso?*

*—Oh, sí. Por supuesto que sí. —Sonrió de oreja a oreja y los bajos de su vestido chasquearon en torno a sus tobillos cuando echó a andar.*

*Me quedé donde estaba, las palmas de las manos sudorosas. Se me comprimió el pecho…*

*Mi pecho.*

Vi a la pequeña Jadis acurrucada contra mi pecho, ella y Reaver

sumidos en un sueño profundo. La imagen de ellos se dispersó como el humo, sustituida por destellos de Aios y Bele. La sonrisa de Ector. La risa profunda de Saion…

Ash y yo en el pasadizo de alverjillas del Distrito Jardín antes de saber que era él.

—*Yo no pedí tu ayuda* —le había escupido.

—*Pero de todos modos la tienes.*

Mi corazón tartamudeó y luego nos vi aquí, en este mismo lago, mi cabeza apoyada en su regazo, sus dedos un contacto suave sobre mi brazo. Pensé que quizá me hubiese enamorado de él incluso entonces. Solo que no lo había sabido. Si hubiese…

El recuerdo se diluyó en uno más reciente. Vi a Ash y me vi a mí misma en la coronación, contemplando las espirales doradas de nuestras manos.

Ash se había inclinado hacia atrás, una de esas singulares sonrisas genuinas en la cara mientras observaba a la multitud.

—*Los Hados son capaces de cualquier cosa.*

—¿*Liessa*? ¿Sera? —La voz me sacó del torbellino de recuerdos—. No me dejes. Por favor.

Era Ash, pero sonaba diferente. Crudo. Aterrado. Jamás lo había visto tan asustado.

—Por favor —suplicó—. Jodidos Hados, no puedo perderte. No puedo… Te quiero. Por los Hados, te quiero. Pues claro que te quiero. ¿Cómo podría no hacerlo? ¿Cómo puede esto no ser amor? —Les gritó a los olmos, o al menos pensé que eso era lo que hacía. No estaba segura de si era él o si solo procedía de mi mente—. Te quiero, aunque no pueda. Estoy *enamorado* de ti.

Y entonces yo no estaba ahí.

No estaba en ningún sitio más que en la muerte…

*Te quiero.*

La muerte no era silenciosa.

Ni pacífica.

Sonaba llena de ira salvaje.

*Te quiero, aunque no pueda.*

La muerte era un rugido de furia y agonía, el sonido de un alma que se hacía añicos.

De un corazón que se rompía.

*Estoy enamorado de ti.*

# Capítulo 40

Flotaba en la oscuridad callada.

No había dolor. Ni felicidad. Ni miedo. Ni emoción. No había ningún sentido de nada. Me limitaba a estar ahí. Quién o qué era ya no importaba.

Era solo una cosa.

Una cosa como todas las demás criaturas vivas. Una colección de partes de distintas formas destinadas a convertirse en cenizas…

Cenizas que regresarían a la tierra, que la enriquecerían y proveerían para la vida que creaba esa tierra.

Pero la oscuridad no era silenciosa del todo. Había una vibración lejana. Un susurro. Un nombre que alguien llamaba. Suplicaba. Ese ruego lejano tironeaba de mí.

*Seraphena, niña.*

Dejé de flotar al oír ese eco más alto. El de un… alma. Una que conocía, porque yo había sido algo antes de ser nada, alguien que formaba la colección de partes irregulares. Había tenido un nombre.

*Abre los ojos, niña.* Sonó la voz de nuevo, una voz vieja y ajada que pertenecía a… a…

Odetta.

Ella era parte del ciclo ahora, igual que yo, ¿verdad?

*No, niña, no lo eres.*

Entreabrí los ojos. Apareció un puntito de luz en la oscuridad, uno que se convirtió en una sombra de zafiro giratorio. La luz se prendió en su cola y unos rayos esmeraldas salieron disparados para envolverse alrededor del azul. Le siguió un rico tono marrón, y luego tres luces que giraron alrededor de un centro oscuro.

En ese centro, había un… un pasado. El pasado. Un principio de todo. Y empezaba con un estallido. Una explosión que dejó pequeñas luces palpitantes a su paso mientras la energía ondulaba hacia fuera para crear tierras yermas y montañas en las que no había nada más que vacío antes.

Esas pequeñas luces palpitantes eran estrellas. Estrellas luminosas y brillantes. Y después de un tiempo, cayeron en tierras que ya no eran yermas. Algunas cayeron donde grandes criaturas aladas gobernaban, mientras que otras cayeron en tierras separadas por enormes masas de agua al este y al oeste. Y esas estrellas se enterraron bien profundo en el suelo, un suelo que con el tiempo se curó de sus

impactos. Un suelo del que brotaron retoños, que crecieron para convertirse en árboles fuertes que alimentaban a lo que había enterrado muy por debajo. Estrellas que eran alimentadas y nutridas y que crecían de las raíces de los árboles a los que ellas mismas habían dado vida. Estrellas que permanecieron debajo de la superficie hasta que fueron tan fuertes como los árboles, hasta que emergieron de la tierra para caminar como…

Antiguos.

Los vi, sus ojos siempre cambiantes llenos de sus principios, mientras el calor brotaba en mi interior. Ese calor llenó todas mis partes de formas diferentes mientras veía un fuego en la carne, uno que creaba a los Primigenios. Un calor crepitante inundó mis extremidades mientras oía los nombres por los que se les conocía, tanto aquí como más allá, en tierras desconocidas llenas de enormes ciudades y bestias de acero.

Entonces vi al Primigenio de la Vida, cuyos rasgos me eran tan dolorosamente familiares. Metió las manos en una tierra empapada por la sangre de los *drakens,* una que había pasado siglos cultivando, cuidando con su aliento y su voluntad, y con el agua y el fuego de los mundos. Levantó a un pequeño bebé, con la cara roja y aullando. Los ojos del bebé se abrieron por primera vez en su vida, de un tono carmesí que se convirtió en un asombroso y brillante color cielo. Esos ojos se transformaron en un caleidoscopio de todos los colores de los mundos antes de cambiar a un suave tono marrón cuando el bebé se calló al ver al Primigenio.

Vi al primer mortal nacido, no a imagen y semejanza de los Primigenios y los dioses, sino como los Antiguos, que habían nacido de las estrellas.

Y vi a esos Antiguos regocijarse en la continuación de la vida que había sido moldeada a su imagen y semejanza. Entonces vi cómo eso empezaba a cambiar, a medida que los creados iguales que ellos destruían lo que había antes de los Primigenios, su primerísima creación: los mundos en sí. Y mientras ese calor palpitante se expandía por mi pecho y una luz plateada y brillante aparecía detrás de mis ojos, lo entendí.

*Lo entendí.*

El *eather*, la esencia, provenía de las estrellas que habían caído hacía una eternidad.

*Lo entendí.*

Porque vi a los Primigenios elevarse y a los Antiguos caer mientras mi corazón daba su segundo primer latido. Los vi diluirse en lugares de paz y descanso. Vi a muchos refugiarse en la tierra, y vi que algunos se quedaban para garantizar lo que ahora sabía que tenía que ser más importante que cualquier otra cosa.

Que debe haber siempre un equilibrio. Que la vida siempre debe continuar. Que la muerte siempre debe llegar.

*Lo entendí.*

A medida que el *eather* fluía por mis dedos y bajaba por mis piernas, vi el horror que sucedería si el ciclo de la vida se rompiera. Oí los gritos de miles, de millones, si la muerte fuese derrotada, y lo supe.

Supe que los Antiguos que habían regresado a la tierra no debían regresar a la superficie nunca, jamás.

Porque ya no eran el principio de todo, los grandes creadores, los dadores de vida, y el equilibrio que mantenía a los mundos estables.

Eran el final que sacudiría los mundos, que haría saltar por los aires las montañas más grandes, que escupiría llamas y nubes que consumirían todo a su paso y convertirían el día en noche. Harían hervir los ríos y convertirían los mares en desiertos, arrasarían enormes reinos de piedra y derribarían esas grandes ciudades de acero en tierras lejanas.

Porque si se levantaban de nuevo, lo harían como sangre y huesos, la ruina y la cólera del antaño grandioso principio.

Y mientras la esencia de las estrellas vibraba en mi interior, vi el fin.

Y lo *supe*.

Supe que yo no era una parte del ciclo de la vida.

Yo *era* el ciclo.

El principio.

El centro.

El último aliento antes del fin.

La fiel compañera de la Muerte.

Yo era la Vida.

*

Poco a poco, empecé a ser consciente de una presión en mi cabeza. Aumentó y se extendió, para cerrarse luego sobre mis pulmones.

Mi corazón se encogió y luego se aceleró. Un repentino estallido de dolor alanceó mi mandíbula de arriba. Se me aflojaron los dientes. Un sabor metálico llenó mi boca al tiempo que un temblor empezaba en las profundidades de mi pecho, en pleno centro, donde dos brasas titilaban y palpitaban, expandiéndose con cada latido acelerado de mi corazón. Las brasas crecieron, se hincharon en mi interior hasta que el abismo que se había abierto se *astilló*.

Un poder puro y sin adulterar brotó de él y se extendió como raíces por mis venas. La esencia llenó mis órganos. El *eather* se atrincheró en mis huesos y se filtró a mis tendones para luego fluir por

mis músculos. Mi cuerpo se calentó.

Algo se apretó a mi alrededor. No algo. ¿Brazos? Sí, *brazos*. Alguien me abrazaba en… en agua. En un lago.

—¿Sera? —me llegó un susurro deshilachado. *Su* susurro.

El del Asher.

Conocía esa voz. La había oído en la oscuridad, ¿verdad?

El Bendecido.

El Guardián de Almas.

El Dios Primigenio del Hombre Común y los Finales.

El Final de mi Principio.

Abrí los ojos deprisa, fijé la vista en el cielo nocturno, en las estrellas y la luna.

—Sera —exclamó.

Ese nombre. Ese nombre. Ese nombre.

Era importante, pero estaba… todavía estaba sucediendo algo dentro de mí. Una energía cruda y primigenia presionaba contra mi piel y emanaba por todos mis poros. Mi piel vibraba, zumbaba…

El tiempo se detuvo. No se oía ningún sonido de agua o de viento. Ningún animal rondando ni llamadas lejanas. Solo estaba él, inclinado sobre mí, sus ojos plateados abiertos de par en par mientras me sujetaba entre los brazos para mantenerme a flote.

—*Liessa* —murmuró con voz rasposa.

El *eather* brotó de golpe de mi pecho, salió disparado por los aires en un torbellino chisporroteante y giratorio. La oleada de *eather* se estrelló contra el cielo. El tiempo dio la impresión de pararse de nuevo.

Los brazos se tensaron a mi alrededor.

—Oh, mierda.

El estallido de poder palpitó, y vi la onda expansiva antes de oírla siquiera. Se propagaba en oleadas sucesivas por el aire y se extendía en todas direcciones. Con un enorme y ensordecedor estruendo que sacudió la tierra de todos los mundos, la intensa luz entre dorada y plateada onduló por los cielos hasta donde alcanzaba la vista y más allá. La onda expansiva llegó hasta nosotros…

Lo arrancó de mi lado, salió volando hacia atrás, contra los árboles, mientras a mí me levantaba por los aires. El agua de mi lago salió disparada hacia arriba, aunque se detuvo cuando la piedra umbra se agrietó debajo de nosotros y cedió. Los altos olmos gimieron a medida que temblaban y se combaban hacia atrás, antes de vencerse hacia delante arrancando sus raíces del suelo. Empezaron a resbalar y a caer, para después hundirse en las aguas turbulentas mientras el *eather* volvía a su recipiente.

A mí.

La esencia se envolvió y giró a mi alrededor, crepitando y

escupiendo chispas, y me rodeó con su luz hasta que eso era lo único que veía.

Lo único en lo que me convertí.

# Capítulo 41

Dormí.

Y soñé.

Estaba en un lago, flotando en el agua fría. Era todo muy pacífico. Tranquilo.

No estaba sola nunca.

Un lobo de un tono blanco plateado estaba sentado en la orilla del lago, observando y siempre alerta. Montaba guardia mientras yo flotaba y…

Escuchaba.

Alguien me estaba hablando mientras dormía.

La voz estaba llena de sombras sedosas y humo. También había otras voces. Una más rasposa. Tonos más suaves, femeninos. Murmullos callados. Pero la de él, la voz de medianoche… la *suya* la escuchaba. Me tranquilizaba. Significaba algo para mí.

*Él* significaba algo para mí.

«La primera vez que te vi, que te vi de verdad… No eras más que una niña, pero yo no tenía este aspecto. Había adoptado mi forma de lobo».

Miré hacia donde estaba sentado el lobo plateado. El lobo… era él.

«Tampoco es que estar en esa forma lo hiciera… ¿cómo lo describiste?». Una risa grave y ronca discurrió por el agua y llevó una sonrisa a mis labios. «Menos siniestro».

¿Yo… yo había dicho eso?

«Eras muy pequeña y cargabas con tu peso en piedrecitas, el pelo una maraña pálida de luz de luna. Cuando me viste, pensé que chillarías y saldrías corriendo. Fueses niña o no, la mayoría de los mortales sensatos haría eso si se viesen confrontados por un lobo. Tú no hiciste ninguna de esas dos cosas».

No creía que se me… que se me conociese por ser sensata.

«Te limitaste a mirarme con esos grandes ojos verdes». Se produjeron unos segundos de silencio y temí que no fuese a seguir hablando, pero lo hizo. «Pasó mucho tiempo hasta que volviste a verme. Hasta la noche de tu diecisiete cumpleaños. Aunque yo sí que te vi *a ti* entre medias».

Tuve la extraña impresión de que la noche que había mencionado había sido importante para mí. De esas que te cambian la vida. Una que me había atormentado. Una fuente de fracaso amargo que hubo

un tiempo en que me había parecido que no desaparecería nunca. Pero también percibía que ese momento ya no significaba nada para mí.

«Nunca te conté lo del sueño que tuve con tu lago antes de posar los ojos en él siquiera», dijo. «Ni siquiera puedo afirmar a ciencia cierta que fuese un sueño. Fue algo… sí, fue algo distinto. Pero durante años, me dije que eso era todo. Me autoconvencí de ello, hasta que ya no pude hacerlo más. Fue una advertencia, una a la que hice caso». Un arrepentimiento apesadumbrado llenó su voz. «Pero lo hice de la peor manera posible».

Entonces se quedó callado, y me sentí agradecida. No quería que hablase de cosas que lo ponían triste. Quería que riese como había hecho antes.

Pasó el tiempo mientras flotaba y oía otras voces. Unas que no reconocía. Algunas que pensaba que acabaría por reconocer. Hablaban del pasado y del futuro. Compartían conocimientos antiguos, hablando de magia y poder hasta que la voz de *él* silenció las de los demás.

Habló un poco más. Mencionó la noche que me vio en un templo. Me contó cómo había intentado distanciarse de mí. Me habló de cómo me había visto otra vez cuando impidió que atacase a unos dioses.

Sonaba como una cosa de lo más insensata para que yo hiciese, pero la idea me hizo sonreír.

«Para entonces, ya sabía que eras valiente», dijo. «Es solo que no me había dado cuenta de *cuán* valiente te habías vuelto. De lo temeraria y apasionada que eras».

Esa parte me gustó.

«Y no estaba preparado para todo lo que iba a sentir… Cómo me sentiría vivo con solo estar en tu presencia».

Esa parte *sí* que me gustó.

«Después de hacer que me extirpasen el *kardia*, todavía era capaz de sentir. De preocuparme por los demás. Seguía siendo el mismo, solo que no… no lo sé». Su voz sonaba más cerca.

Mientras flotaba, sentí el fantasma de una caricia sobre mi mejilla. Cerré los ojos. Eso me gustó muchísimo.

Recordé entonces que siempre me gustaba cuando él me tocaba. Me encantaba.

«Era solo que no sentía las cosas con intensidad. Ya no era capaz de hacerlo», me dijo. «Hasta que llegaste tú. Tú me hiciste sentir cosas con gran intensidad. Todo, *liessa*».

¿*Liessa*? ¿Me llamaba así? No lo creía, pero mi corazón daba un pequeño brinco al oírlo. Y no era una sensación mala. Era agradable. Me encantaba cuando me llamaba así. Tenía un significado especial.

«Desde ese primerísimo beso maldito, debí saberlo». Suspiró.

¿Saber qué?

Mejor aún… Quería que me hablase de nuestro primer beso. Quería recordarlo.

Y lo hizo, para alegría mía.

«Sabías que era, como muy poco, un dios, y aun así me amenazaste».

Vaya, esa alegría fue de lo más efímera. ¿Por qué lo había amenazado? Me daba la sensación de que debía de haber sido justificado.

«Me advertiste de que si intentaba algo…».

*¿Qué harás? ¿Tratar de agarrar esa arma de tu muslo otra vez?* Oí su voz… no entonces, sino en mi mente. Me había dicho eso después de amenazarlo, y le había contestado con un *sí*.

«Cuando te mandé callar, estaba convencido de que me ibas a pegar», continuó, con una risita entre dientes. «Jamás había conocido a ningún mortal que fuese tan… maravillosamente beligerante con un dios. Fue refrescante».

Esa era una reacción extraña, pero me hizo sonreír de todos modos.

«Podría haber hecho un montón de cosas para asegurarnos de que no nos vieran. Decirte que me besaras debería haber sido la última en mi lista de sugerencias». Sentí ese susurro de caricia de nuevo, esta vez en mi mandíbula. «Pero tus amenazas me habían provocado y, maldita sea… eso me sorprendió. Incluso antes de que Maia me extirpase el *kardia*, había aprendido a controlar mi temperamento. A no dejar que las cosas me alteraran. Sabía mantener la compostura».

Sí, sabía. Porque había… había tenido que aprender a hacerlo.

«Pero solo unos minutos contigo y ya estaba respondiendo a cada una de tus palabras y a cada uno de tus movimientos sin pensar demasiado. Solo por instinto. Quería desafiarte. No creí que fueses a besarme. Pensé que lo más probable era que me pegaras. Pero lo hiciste». Su voz fue como un suspiro contra mi piel. «Y eso me dejó estupefacto».

Pero yo… Mi frente se frunció cuando abrí los ojos al cielo vacío y oscuro en lo alto. Le había… había mordido su labio. Luego él me había devuelto el beso.

«Por todos los Hados, *liessa*, sabías a calor y a sol», murmuró. «A vida. Me dejó descolocado durante *días*. Estaba cabreadísimo conmigo mismo por haberte liado de ese modo. Sabía bien que no debía. *Joder*, lo sabía muy bien. Tú todavía no sabías qué era yo para ti, pero yo sí sabía en qué tipo de peligro te estaba poniendo. Sabía lo que podía pasar. Pero estabas entre mis brazos después de todos esos años de evitarte y me… me… me daba la impresión de que eras mía».

*Mía*.

Algo me dijo que la idea de pertenecer a alguien me enfurecería,

pero no cuando se trataba de él. Él era diferente. Yo *sí* que le pertenecía. Y él me pertenecía a mí.

«Me dije que se debía a lo que mi padre había hecho. Tenía sentido para mí que pudiera sentirme así, puesto que te habían prometido a mí antes de nacer siquiera».

Un trato…

Uno alcanzado entre un rey desesperado y un Primigenio para salvar un reino… y los mundos.

«No podía ser nada más, pero… empecé a sentir cosas con intensidad de nuevo. Después de ese único beso maldito, sentí… sentí emoción. Anticipación. Y maldita sea, hacía mucho que no había sentido esas dos emociones, pero todo estaba intensificado cuando se trataba de ti. Incluso la ira y la frustración», declaró, con una risa oscura y rica. «¿Y cuando me apuñalaste».

¿Yo lo… lo había apuñalado?

«Me sentí vivo incluso entonces».

Qué hombre más extraño.

Sonreí.

«Cuando discutías conmigo. Cuando me sonreías. Cuando tenías esa expresión de violencia en los ojos. Cuando se volvía sensual. Pero sobre todo cuando te reías. Me sentía *vivo*», explicó. «Pero también volvía a sentir miedo. Y por los Hados, no podía recordar la última vez que había sentido eso. Era incluso antes de que me extirpasen el *kardia*, pero sentía miedo de verdad cuando pensaba en lo dispuesta que estabas a jugarte la vida. Terror ante la idea de que Kolis pudiera descubrirte».

Ese nombre…

Cerré los puños por reflejo. No me gustaba ese nombre.

Sentí el suave roce de unos dedos sobre los míos. Miré hacia donde mi mano flotaba en el agua. Poco a poco, mis dedos se relajaron y se abrieron. Era su contacto. Me daba la impresión de que estuviese trazando un mapa de los huesos y los tendones bajo mi piel. Habló de nuestro tiempo en el lago, y de cómo se sentía más como él mismo cuando estaba ahí conmigo. Habló de cómo me había llevado por fin a las Tierras Umbrías.

«Ese miedo me hacía actuar como un verdadero pedazo de mierda», dijo. «¿Y cuando me enteré de lo que habías planeado?».

Había… había planeado matarlo.

Se me comprimió el pecho de la agonía. No había querido hacerlo, pero había creído que debía. Sin embargo, me había equivocado de plano. Lo sabía.

«Sí, eso me cabreó».

Obvio. ¿Quién no se enfadaría?

«Pero no debería haberme enfadado. No debería haberme sentido

traicionado», dijo, y volví a cerrar los ojos con fuerza. Me dolía el corazón. No quería que se hubiese sentido así. No quería ser la causa. «No con mi *kardia* extirpado. No podía entender por qué, pero lo que sí sabía, incluso entonces, era que estaba más enfadado por el riesgo que corriste que por tu traición».

Volví a abrir los ojos.

«No habrías sobrevivido al intento. Habrías muerto. Y ¿para qué? ¿Un maldito reino que ni siquiera sabía que existías? ¿Una madre que no merecía el honor de serlo? *Joder*», escupió.

Su ira me hizo sonreír. No debería. La vida era importante. Toda la vida lo era, incluso la de los que parecían indignos de ella. *Ahora* lo sabía. No creía que lo hubiese sabido entonces. Ni que me hubiese importado. Pero ahora lo tenía grabado a fuego en los huesos.

Aunque también lo estaba la violencia que él había visto en mis ojos. porque… *la vida era violenta*. Cuando se robaba, se convertía en la ruina de los mundos, una cólera de la que incluso la Muerte se escondería.

Y la Muerte *sí* que se escondería de mí.

*

Pasó el tiempo. Yo flotaba en el lago y el lobo estaba sentado en la orilla, observando y esperando, mientras la voz hablaba de palabras que nos habíamos arrojado el uno al otro y de cosas que nos habíamos susurrado. Habló de arrepentimientos y deseos, de pasión y anhelo. Su voz siempre se profundizaba entonces, se volvía más ronca de un modo que despertaba imágenes de recuerdos… de nosotros, de nuestros cuerpos entrelazados y unidos. Esos recuerdos me provocaban intensos fogonazos de deseo que me dejaban anhelante, ansiosa por sentirlo contra mi piel y dentro de mí; eran tan reales que me sumí en esos recuerdos de él tomando el control.

Recordaba esos momentos con gran claridad. Su gran cuerpo encajonando el mío, inmovilizándome cuando me tomaba por detrás. Y sabía que era la única persona a la que permitiría jamás dominarme a mí y a mi cuerpo, y me volvía loca *poder* hacerlo y sentirme a salvo. Poder quitarme cualquier inhibición y reserva que aún quedaran ocultas en lo más profundo de mí y ser tan libre. Me *encantaba*. Me *empoderaba*. Podíamos hacer el *amor*. Podíamos *follar*. Y al final, era yo la que elegía.

Yo tenía el control supremo.

Lo sabía.

Lo recordaba.

*

Floté un poco más. Ya me sentía menos ingrávida y más sólida. Más tarde, cuando habló de su padre, *recordé* haber visto un retrato suyo. Recordé haber hablado con *él*.

*—¿Tú lo haces? —pregunté, contemplando el retrato de la mujer. Era preciosa, con pelo de un intenso color rojo vino en torno a una piel pintada de un tono rosáceo sobre un rostro ovalado. Sus cejas eran fuertes, su mirada de ojos plateados era penetrante. Penetrante como la de él. Sus pómulos eran altos, la boca carnosa—. ¿Aceptas a menudo la ayuda de otros?*

*—No tan a menudo como debería. —Su voz sonó más cerca.*

*—Entonces, quizá no sepas si eso es valiente o no. —Mi atención había pasado al cuadro del hombre y se me había cortado la respiración.* Como me pasó ahora. *El pelo le llegaba hasta los hombros y era negro…*

Pero *su* pelo no era negro. Era de un tono castaño con toques rojizos. Eso sí, compartían los mismos rasgos: mandíbula fuerte y pómulos anchos; una nariz recta y una boca grande, aunque la suya estaba más definida que la de su padre. Y había sacado los ángulos más marcados de su madre.

Podía ver*lo* ahora en mi mente, mientras hablaba de seguir a su padre de niño, y era despampanante. Tenía una belleza que rayaba en lo cruel. A mis ojos, perfecto. Para mí.

Después habló de cómo, de niño, solía seguir a su padre por un palacio grande.

«Nunca se cansaba de mi presencia», dijo. «Quería tenerme con él. Creo que era porque le recordaba a mi madre, aunque también me parecía a él. Cuando hablaba de ella, era el único momento en que lo veía sonreír. Sonreír *de verdad*. Por los Hados, *liessa*, la quería muchísimo».

Su historia era una trágica que había terminado en traición y celos.

«Era tan fuerte que nunca se perdió del todo en la agonía de su pérdida», me contó. Su voz se volvió triste y me entristeció *a mí*. «Siguió siendo amable y compasivo, aunque había perdido una parte de sí mismo. No sé cómo lo hizo. Cómo pudo seguir adelante durante todo el tiempo que lo hizo».

El susurro de una caricia rozó mi mandíbula.

«Yo quería ser tan fuerte como mi padre, pero no era él».

—No tiene nada que ver con la fuerza. —Esa voz de fuego más rasposa se unió a la de él, y… y sentí peso en las piernas.

Fruncí el ceño y miré hacia donde mis piernas flotaban en el agua. No vi nada, pero sentí un peso familiar que conocía pero no lograba ubicar del todo.

—Eythos tenía muchos más años sobre los hombros que tú —dijo la otra voz, y en mi mente centellearon unas imágenes de un hombre alto con piel cobriza y largo pelo oscuro con mechas rojas—. Y sí que

cambió, Ash.

Mi corazón latió con una fuerza repentina. *Ash*. Conocía ese nombre. Él era la pesadilla que se había convertido en mi sueño. La calma en mi tormenta. Mi fuerza cuando estaba débil. El aire cuando no podía respirar. Era más que mi rey. Mi marido.

Ash era la otra mitad de mi corazón y de mi alma.

—Nunca volvió a ser el mismo —continuó el otro—. Y si tú no hubieses existido, se habría dejado morir.

Se produjo un momento de silencio, pero luego volvió a hablar él.

—Si yo la hubiese perdido —repuso Ash—, no me habría dejado morir. Lo habría destruido todo.

—Lo sé —reconoció el otro, la voz tan pesada que sentí la verdad de ella en mis huesos.

Porque yo *era* la otra mitad del alma de Ash. Su corazón. Y no había nada más poderoso que eso. Ni más peligroso.

—Pero eso no ocurrirá —dijo el otro—. La has salvado.

Lo había hecho.

Esa otra voz tenía razón, y yo sabía su nombre, ¿verdad? Una vez me había dicho que *no todo el mundo puede estar siempre bien*. Me hizo aceptar que si… si alguna vez no estaba bien, hablaría con él. Que…

*Nos aseguraremos de que estés bien.*

Nektas.

Ese era su nombre.

Las lágrimas quemaban en mi garganta y en mis ojos. Su oferta significaba el mundo entero para mí, porque Nektas sabía que la vida merecía la pena vivirla, incluso cuando era a menudo injusta y esas injusticias parecían acumularse. Las penurias no siempre ocurrían por una razón. En ocasiones, los Hados no tenían un plan mayor.

Pero aun cuando la vida empezaba a parecer una tarea que uno tenía que forzarse a completar, todavía merecía la pena vivirla.

Aunque fuese injusta y dolorosa, oscura y llena de cosas desconocidas, todavía merecía la pena vivir la vida.

Porque las recompensas podían encontrarse entre las tareas. Pequeños momentos de diversión que acabarían por significar algo. La oscuridad siempre daba paso a la luz si se le daba el tiempo suficiente, y aunque tal vez algunos sufrimientos no se curasen del todo nunca, vivir permitía que hubiese espacio para nuevas fuentes de felicidad y placer.

La vida merecía la pena incluso cuando estaba llena de injusticia y desigualdad. Cuando el corazón parecía demasiado ligero y el pecho estaba demasiado comprimido como para respirar.

Porque la muerte era definitiva.

La ausencia de elección.

Y la vida era una colección de nuevos principios.

Llena de elecciones sin fin.

*

Pasó el tiempo, yo dormía y Ash continuó hablando. Su voz sonaba más alta y luego se convertía en un susurro.

Me llegó otra voz, una que era callada y seria. Siempre seria.

—Necesitas alimentarte. Cuando ella despierte…

Cuando despertase, tendría… hambre.

Ash se quedó callado, luego sentí su contacto otra vez sobre la mejilla. Su mano estaba fría, pero un poco menos.

«Jamás me sentí vivo hasta que llegaste tú», susurró. «Y debí saber entonces lo que eras para mí. Que eras lo imposible. La única cosa que podía devolver un *kardia*, que lo permitiría recomponerse a partir de la herida que su extirpación había dejado atrás. Mi alma gemela».

Con los labios curvados hacia arriba, arrastré los brazos por el agua mientras sonreía.

«Tómate todo el tiempo que necesites para descansar», me dijo Ash. «Estaré aquí, esperando. Siempre te esperaré, Sera».

# Capítulo 42

La voz se fue perdiendo. Las otras volvieron durante un tiempo, me llamaban, pero después ellas también desaparecieron. De alguna manera, acabé mirando la orilla del lago.

El lobo no estaba.

En su lugar había un felino grande, uno que parecía un gato de cueva, aunque su pelaje no era de un tono nube de tormenta, sino que relucía como la luz de la luna. El felino caminaba acechante por la tierra húmeda y musgosa del borde del lago.

Empecé a nadar hacia delante, sin miedo. La cola del gato daba latigazos adelante y atrás mientras unos ojos verdes salpicados de plata seguían todos mis movimientos. Cuando mis pies tocaron la fría piedra umbra, ya no flotaba en el agua sino que caminaba.

El felino retrocedió, sus grandes patas hundidas en la tierra y la hierba. Lo veía como una hembra. Se sentó mientras yo subía las escaleras naturales de lago. El agua goteaba de mis dedos y del pelo cuando me arrodillé delante de la asombrosa criatura.

Metí las manos entre nosotras para acariciar su poderosa mandíbula por abajo. Su pelo suave me hizo cosquillas en la palma de la mano y hundí los dedos en él. Un suave ronroneo salió del pecho del gato y un movimiento a su espalda captó mi atención. Entre las sombras, se movía algo. Dos «algos». Más pequeños, sus capas más oscuras. Mi atención volvió al gran felino. Nuestros ojos se cruzaron y vi…

Me vi a mí misma devolviéndome la mirada.

*

Empecé a sentir un hormigueo en los pies que luego subió despacio por mis piernas, seguido de una oleada de calor. Mis dedos se movieron sin querer. Una pierna sufrió un espasmo y luego se enroscó debajo de algo suave. Forcé a mi boca a abrirse. Algo rozó contra mi labio de abajo cuando aspiré una bocanada de aire corta.

Un cuerpo sólido y… frío se movió detrás del mío y me llegó cierto aroma. A cítricos y aire fresco de las montañas. Me gustaba ese olor. Mucho. Unas imágenes fugaces de ojos plateados y piel dorada centellearon en la oscuridad de mi mente. Mi garganta vibraba con un zumbido suave.

Algo tocó mi mejilla. *Dedos*. Enviaron un fogonazo de energía a través de mí.

—*¿Sera?*

Esa voz.

Pecado y seda color medianoche.

Algo suave y caliente raspó contra mis muslos y mis pechos. ¿Una manta? Fuera lo que fuere, la sensibilidad de mi piel aumentó aún más.

—Sé que cuesta despertarse por primera vez —dijo la voz como la medianoche—. Yo tardé horas, así que no te resistas si vuelves a dormirte. Tenemos tiempo.

Pero no quería dormir.

Los dedos de mi mejilla resbalaron hacia mi mandíbula, inclinaron mi cabeza. Mi espalda se arqueó cuando ese sonido reverberó en mi pecho otra vez. Un ronroneo vibrante.

Tenía… tenía mucha sed. Todo en mi interior estaba en llamas. Me sentía sedienta y vacía. Mi mandíbula palpitaba y mi garganta ardía. Intenté tragar saliva, pero mi boca estaba demasiado seca. Se me agarrotaron los músculos cuando traté de abrir los ojos. Parecía que mis párpados se hubiesen fusionado juntos. El sonido vibrante que emitía se intensificó con mi frustración, hasta convertirse en un gruñido rasposo.

—No pasa nada. Date tiempo —me tranquilizó la voz—. Estoy aquí mismo. Estoy contigo.

La mano de mi mandíbula subió por el lado de mi cara, su piel fría un breve respiro contra el infierno ardiente. Quería inclinarme hacia el contacto, presionar contra él, pero estaba demasiado débil.

No podía estar débil.

No… *antes* no podía. Ahora tampoco.

Por todos los dioses, tenía una sed de muerte. Y hambre. Y energía nerviosa. Notaba los músculos atrofiados, como si hubiese pasado años dormida, pero no habían sido años. Días, quizá. Días escuchando una voz. Su voz. Las voces de otros. Mi mente era una maraña de pensamientos acelerados, explosiones de información que llegaban sin parar. Pero necesitaba moverme.

Necesitaba… algo.

Sustento.

Necesitaba *alimentarme*.

El pulso aumentó en mi mandíbula. Tenía unas ganas enormes de abrir los ojos. El *eather* palpitó, primero en mi pecho, antes de inundar mi cuerpo entero de pura fuerza de voluntad. Mis pestañas aletearon y luego se deslizaron hacia arriba. Por fin abrí los ojos a la oscuridad y a la presión fría de un cuerpo al lado del mío.

*Su* cuerpo. Que se había quedado muy quieto.

Al principio, había solo manchurrones de sombras, pero mis ojos se adaptaron deprisa. Incluso con la escasa luz, logré distinguir con claridad una mesilla con una cajita de madera. Mis ojos deambularon hacia un armario y unos pocos baúles. Una mesa. Dos sillas. Eso parecía diferente, como si hubiese cambiado. Me sentí confusa y curiosa al mismo tiempo, pendiente de fragmentos de recuerdos que existían justo fuera de mi alcance. Vi dos puertas cerradas. Todo era austero y de colores oscuros. Sin vida alguna.

Excepto por los manchurrones de color extendidos por un sofá largo. Vestidos de vibrantes tonos azules y rojos, blusas y chalecos. Eso también parecía nuevo. Y parecía significativo y…

—¿Sera? —El cuerpo a mi lado temblaba.

Mi hambre se había acallado por unos momentos mientras escudriñaba el entorno, pero ahora volvió con fuerzas redobladas. Todos mis músculos se tensaron. Respiré una bocanada de aire más profunda y aspiré su olor hasta el centro de mi ser.

Mis brazos y mis piernas se movieron de golpe: me propulsaron a una posición acuclillada, al tiempo que mi cabeza volaba hacia el origen de la voz.

—No pasa nada —me repitió con suavidad, con cautela.

Entre rizos pálidos y enredados, veía solo lo que había dentro de él. Mi cabeza se ladeó, el *eather* palpitó en mi pecho y luego recorrió todo mi cuerpo al reconocer lo que surcaba por sus venas. Estaba lleno a rebosar de *eather*. Repleto. Se me hizo la boca agua cuando lo vi incorporarse más, el pecho desnudo. *Percibí* lo que era.

Un Primigenio.

Sin embargo, su piel estaba fría, y la parte de mí que ahora parecía haber vivido durante una eternidad sabía lo que significaba eso.

No era solo un Primigenio.

Era al que acabaría por someterme, sin importar lo fuerte que yo fuese, lo violenta y lo tenaz que pudiese ser. Él siempre ganaría, porque era el final de mi principio. Era un Primigenio de la Muerte.

Y era *mío*.

La palabra parpadeó como loca a través de mi mente y no entendía lo que significaba. Tenía demasiada hambre como para concentrarme, y estaba demasiado distraída por la conciencia repentina de que él era uno de dos.

Y *sabía* que no debería haber dos Primigenios de la Muerte. Eso alteraría el equilibrio, y el equilibrio debía…

—¿Qué…? —Se interrumpió con una maldición. Su garganta se movió al tragar saliva, lo cual llamó mi atención. Levantó una mano —. Sera… —Una aguda punzada de agonía alanceó mi cara desde la mandíbula hasta mis sienes. Se me escapó un bufido de dolor y me encogí sobre mí misma—. No voy a hacerte daño —dijo—. Yo jamás

te haría daño.

A pesar de lo débil que estaba y de la amenaza que él suponía para mí, me eché a reír, y el sonido fue sensual y cálido como un viento de verano.

—¿Hacerme daño? —murmuré, y me incliné hacia delante mientras dejaba que la esencia saliera a la superficie. Un aura plateada se coló por la periferia de mi visión—. Puede que seas inevitable, pero no puedes detenerme.

Ash frunció el ceño.

—No quiero… Mierda. —Su frente se alisó y vi un leve movimiento de sus labios, como si quisiese sonreír o reírse. De algún modo, supe que me gustaría ese sonido—. Pensé que estaba preparado para esto. Al parecer, no lo estoy. —Respiró hondo—. Deja que lo intente otra vez. No quiero detenerte. Ni siquiera quiero que te sometas a mí. Ni ahora ni nunca.

Mi corazón empezó a latir con fuerza mientras observaba al hombre. Sus palabras me confundían, porque tenía que rendirme a él, pero también tenían sentido porque no tenía que hacerlo.

—A menos que este sea uno de esos momentos en que *quieras* someterte. —Un lado de sus labios se curvó y su olor aumentó con… su excitación—. En ese caso, estaría más que contento de complacerte.

No estaba hablando del orden natural de las cosas. Estaba hablando de…

Se me apareció una imagen de estar presionada contra mi pecho mientras un cuerpo grande me sujetaba y se movía detrás de mí, dentro de mí. Mi piel se incendió aún más y avivó mi hambre voraz, incluso dolorosa.

—Sí, está claro que eso lo recuerdas —musitó, su voz tan espesa como mi sangre—. Eso es bueno. —Su pelo rozó sus mejillas cuando bajó la barbilla. Meneó los dedos—. Sé lo que necesitas, Sera. A mí. Mi sangre. Necesitas alimentarte.

Contemplé su mano y esa hambre agónica se expandió.

—Soy todo tuyo.

*Mío*.

Mis labios se entreabrieron mientras mi corazón tronaba en mi pecho. Había una sensación de… algo que las otras voces habían compartido conmigo…

—El Primigenio de la Vida no se ha alimentado nunca de un Primigenio de la Muerte —dije, y enrosqué los dedos en algo de pieles… una manta—. Se… se supone que somos dos mitades de un ciclo, pero separadas.

Soltó el aire con fuerza.

—Pero nosotros somos diferentes, Sera. Esas creencias no son aplicables a nosotros. —Se inclinó hacia mí, la mano todavía en alto.

Su olor aumentó hasta que pude notar su sabor en mi lengua. Cítrico. Fresco—. Soy tuyo. Todo yo. Mi cuerpo. Mi sangre. Mi alma. —Su voz se volvió más pastosa—. Mi corazón.

*Mío*.

Mis ojos bajaron hacia su mano. Había algo en la palma: una espiral dorada y rutilante. Verla hizo que mi corazón diera un brinco. Despacio, levanté mi mano y la puse en la suya. El contacto fue impactante y me golpeó una oleada de energía y de recuerdos demasiado deprisa como para poder encontrarles un sentido, pero vi el dorso de mi mano. Vi la espiral centelleante y dorada que se correspondía con la de la mano que estaba debajo de la mía.

—Eso es. —Bajó la voz—. Ven a mí.

Observé cómo sus dedos se cerraban alrededor de los míos. Levanté la mirada. Él echó la cabeza atrás para dejar su cuello al descubierto.

Mi mano se apretó en torno a la suya. Vi cómo cerraba los ojos. Después me abalancé sobre él y me encaramé a su regazo. No reaccionó. Se limitó a quedarse muy quieto, vulnerable a pesar de ser mucho más grande que yo. Agarré sus hombros al tiempo que retraía mis labios. El palpitar de mi mandíbula aumentó.

—Aliméntate —me ordenó.

Guiada por el instinto, bajé la cabeza hacia su cuello y mordí, hundiendo mis colmillos en la vena.

La primera gota de su sangre contra mi lengua fue como un despertar.

Mi espalda se arqueó. El *shock* de su sabor y la fuerza de su esencia me inundaron. Era lo único en lo que podía pensar mientras él maldecía. Lo era todo. Con la boca cosquillosa, succioné con voracidad e introduje el sabor ahumado pero dulce en mi interior. Su sangre golpeó la parte de atrás de mi garganta y despertó una miríada de sensaciones intensas. Su sangre sabía bien. Su contacto era agradable, su frialdad contra mi calor, pero él…

Su cuerpo estaba rígido contra el mío.

—Saca… saca los colmillos.

La orden se filtró a través de mi hambre. Le… le estaba haciendo daño. No quería hacerlo. Éramos el ciclo. Yo era el principio. Él era el final. Pero éramos más que eso. Él era *mío*. Extraje los colmillos de su piel, pero mantuve la boca ahí pegada. Ash dio una sacudida y su pecho se hinchó de golpe cuando seguí succionando. Un gemido grave llegó a mis oídos. Esto le gustaba ahora. Lo disfrutaba. Bebí más. Su sangre bajó por mi garganta y alivió su quemazón, hasta golpear mi pecho hueco, donde apaciguó el dolor que me carcomía. Pero no era su sangre. Era el *eather* que había en él, que se arremolinaba en el centro de mi pecho y restauraba mi fuerza.

Ash era un Primigenio de la Muerte, pero su sangre… su sangre era vida.

El Primigenio se movió debajo de mí. Su brazo se cerró sobre mis caderas y su mano aterrizó sobre mis riñones. Me puse tensa.

—Sigue bebiendo —me indicó, al tiempo que aplanaba la mano sobre mi piel—. No has tomado lo suficiente.

Ronroneé, agradecida. Sus caderas dieron una sacudida al oír el sonido y noté su miembro duro apretar contra mí. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo, tenso y caliente. El ardor incómodo se alivió, sustituido por un calorcillo lánguido que se extendió cuando su mano subió por toda mi espalda para desaparecer bajo mi pelo antes de volver a deslizarse hacia abajo. Sus dedos rozaron la curva de mi trasero e hicieron que el calor aumentara a un fuego que no hacía daño pero me tenía en llamas.

Me alimenté de su cuello, y su sangre me llenó mientras él deslizaba la mano arriba y abajo por mi columna. Despacio (o quizá deprisa), cada pasada de su mano avivaba un tipo de urgencia diferente.

Quería más.

Necesitaba más de él.

Me incliné hacia delante para presionar contra él. El contacto de su piel helada contra la mía convirtió la sangre que bebía en deseo líquido. Mis pezones se endurecieron mientras me contoneaba excitada contra él, rozaron contra la superficie suave y fría de su pecho. Un dolor embriagador se asentó en mis pechos. Su sangre. Su cuerpo… por todos los dioses. Me hormigueaba toda la piel, de lo más sensible de repente.

Mis dedos se desplegaron sobre sus hombros al tiempo que inclinaba mis caderas hacia delante hasta encontrar lo que buscaba, lo que necesitaba. Ash gimió cuando me restregué contra el duro grosor de su pene. Había una barrera entre nosotros: una tela suave y fina. Gruñí mi frustración.

Su brazo se apretó alrededor de mis riñones.

—Jodidos Hados —masculló Ash cuando me restregué contra él.

El sonido y la sensación de él contra mí fue como caer en un torbellino de sensaciones. Los músculos de mi bajo vientre se tensaron y pequeños dardos de placer se extendieron por todo mi cuerpo. Gimoteé porque quería más, necesitaba más.

Su mano se paró en el centro de mi espalda.

—Sera… —Con la boca aún adherida a su cuello, gemí mientras me mecía contra él. Quería tantas cosas… A él. Su sangre. Su pene—. Lo sé. Sé lo que necesitas. Deja que te lo dé. —Su brazo se movió para levantarme. Forcejeé contra su ausencia—. Confía en mí.

Confiaba en él. De manera irrevocable.

Dejé de resistirme y le permití levantarme de su regazo.

—Sigue bebiendo —me ordenó con voz ronca mientras metía la mano entre nosotros para bajarse los pantalones. Me estaba sujetando con un solo brazo, pero su fuerza… era increíble. Embriagadora—. Bebe todo lo que necesites.

Obediente, bebí y bebí, mi boca voraz sobre su cuello mientras lo sentía frío y pesado contra mi calor. Un pulso de lujuria salvaje me hizo estallar en llamas. Su mano volvió a mi cadera para apaciguar mis intentos frenéticos de sentirlo donde lo necesitaba. Me guio hacia abajo y los dos gemimos cuando sentí la fría cabeza de su pene presionar contra mí.

Me estremecí. Eso… eso era lo que quería. Lo que necesitaba. Empujé hacia abajo con un gemido profundo cuando empecé a acogerlo en mi interior. No era lo bastante rápido ni lo bastante profundo.

Él lo percibió y empujó con sus caderas hacia arriba para estirarme y llenarme de una sola embestida. Era una presencia enorme en mi cuerpo. Su garganta ahogó mi grito de placer mientras temblaba. El brazo de mi cintura me levantó y luego me guio hacia abajo de nuevo, lo cual hizo que los dedos de mis pies se enroscaran mientras yo seguía bebiendo con ganas. Unas intensas oleadas de placer ondulaban por mi interior con cada subida y bajada. Todo mi cuerpo vibraba ya, el calor se extendía, su cuerpo se enfriaba cada vez más. Podría bebérmelo entero. Succionar todo su ser a mi interior.

Y él me lo permitiría.

Daría cualquier cosa por mí, incluso a sí mismo. Por instinto sabía que no podía matarlo así, pero *sí* podía debilitarlo, llevarlo hasta un punto en el que su cuerpo tendría que sumirse en una estasis.

No quería eso.

Ash se movía debajo de mí, el ritmo de sus caderas tan febril y abrumador que resultaba difícil pensar en nada que no fuese satisfacer esas necesidades duales y brutales.

Pero él era demasiado importante y nunca le haría daño. No podía hacerlo. Porque él era… mi otra mitad.

Con el cuerpo tembloroso, ralenticé mis succiones. La neblina roja de la lujuria de sangre se disipó, lo cual permitió que mis otros pensamientos se despejasen. No era solo sangre Primigenia de la que me estaba alimentando. No era solo un cuerpo dándome placer. Era *el suyo*.

Ash.

Mi amante.

Mi Rey de los Dioses.

Mi marido, del que estaba profundamente enamorada.

Una sensación de autoconciencia volvió a mí entonces. Mi nombre:

Seraphena. Quién era antes y quién era ahora. En quién se suponía que debía convertirme. Esta nueva sensación de conciencia fue como girar la llave en una cerradura. Los recuerdos no volvieron en un aluvión, se limitaron a regresar a mí y a ocupar su legítimo lugar.

Me estremecí.

Ash… me había salvado.

No sabía cómo. Holland había dicho que la única manera de salvarme era mediante el amor. Y eso era imposible, ¿no?

*Te quiero, aunque no pueda,* había gritado Ash. *Estoy enamorado de ti.*

Por todos los dioses, ansiaba tanto quererme. ¿Había hecho algún trato? ¿Habían intervenido los *Arae*? No lo sabía, pero forcé a mi mandíbula a relajarse. Levanté la boca del mordisco e, impulsada por un instinto recién formado, o bien por recuerdos de Ash haciéndolo, me di un mordisquito en el labio de abajo. El pinchazo de dolor apenas fue detectable entre la tensión creciente. Una vez que me hice sangre, besé la herida que había provocado para detener así la hemorragia.

—*Liessa* —susurró Ash.

Algo precioso.

Algo poderoso.

Acerqué mi boca a la suya entonces y lo besé, consciente de que lo más probable era que notara el sabor tanto de su sangre como de la mía en sus labios. Orienté mejor las caderas, planté las manos en su pecho y lo empujé de espaldas. No necesité mucha fuerza para hacerlo, solo una leve presión y él obedeció. Sus dos manos bajaron hasta mis caderas para agarrarlas. Si Ash quería pelear, estaríamos a la par y no tenía ni idea de quién ganaría.

Estaba impaciente por averiguarlo.

Pero eso tendría que esperar.

Abrí los ojos, lo miré desde lo alto y sentí que mi pecho se aflojaba y se apretaba al mismo tiempo. Todo en él lucía ahora con mucha mayor claridad, más precisión. La tenue cicatriz de su barbilla. La forma de sus labios, con su doble curvatura. Había otra cicatriz en el puente de su nariz que no había visto nunca. Siempre había pensado que sus pestañas eran de un espesor imposible, pero ahora veía lo densas que eran. ¿Y sus ojos? El aura de *eather* detrás de sus pupilas era como estrellas, y las hebras que daban vueltas por sus iris una constelación. Era como verlo por primera vez. Había tantas cosas que quería decir… tantas cosas que sabía que necesitaba decirle… pero los poderosos músculos de su pecho y sus hombros se abultaron y se flexionaron mientras sus manos sobre mis caderas me urgían a tomar lo que quería.

Así que eso hice.

Lo cabalgué, mi ritmo cada vez más rápido, con lo que varios rizos largos de mi pelo cayeron hacia delante por encima de mis pechos oscilantes. Un cosquilleo intenso estalló y luego se extendió mientras apretaba contra sus caderas. Mis labios se entreabrieron y la sensación de las puntas de mis propios colmillos rozando mi labio de abajo fue extraña.

La tensión aumentó y aumentó. Era como un hilo demasiado tenso. La apretada espiral del hilo se partió y entonces unos relámpagos golpearon mis venas. Eché la cabeza hacia atrás justo cuando alcanzaba el clímax. El placer invadió cada rincón de mi cuerpo, y me arrastró a una dicha absoluta.

Poco a poco, todos los músculos tensos de mi cuerpo se relajaron y mi cabeza cayó hacia delante. Solo entonces me di cuenta de que Ash había dejado de moverse, aunque seguía duro y grueso en mi interior. Levanté la cabeza y abrí los ojos. Entre mis rizos enredados, nuestras miradas se cruzaron.

Ash se estremeció y luego se movió debajo de mí para sentarse. Su mano se cerró sobre la parte de atrás de mi cuello, enredada en mi pelo. Me miró a los ojos.

—¿Sabes quién soy?

Al principio su pregunta me dejó perpleja, pero entonces recordé los sueños en los que me hablaba y cómo yo había tenido que esforzarme mucho para recordar su nombre y el de los otros. Y luego estaba mi comportamiento al despertar. ¿Podría no haberlo recordado? ¿Había sido una posibilidad? La mera idea hizo que me doliera el corazón.

—Siempre sabré quién eres, Ash.

# Capítulo 43

El pecho de Ash se elevó con brusquedad y luego se quedó completamente quieto, incluso el *eather* de sus ojos.

Mi corazón se aceleró cuando nuestros ojos conectaron de nuevo. Había una expresión casi salvaje en los suyos, una que me provocó un revoloteo nervioso en el estómago.

—¿Ash? —susurré.

Sus ojos se cerraron de golpe. Unas sombras empezaron a aparecer por sus hombros y delante de su pecho. Su piel se afinó.

Oh, por todos los dioses, ¿había tomado demasiada sangre? Me retiré un poco de él.

Unos zarcillos de *eather* oscuro salieron disparados de él para enroscarse alrededor de mis antebrazos. Solté una exclamación ahogada ante ese contacto frío, tomada por sorpresa un instante. Lo miré de arriba abajo. Habían aparecido manchas oscuras por sus brazos, sus muslos, e incluso en su pene, donde un líquido de un blanco perlado humedecía la punta.

Aspiré una bocanada de aire sorprendida y mi cabeza giró de pronto hacia un costado cuando las sombras subieron deslizándose por mis brazos y rozaron los lados de mis pechos como un frío beso invernal. Mis pezones se fruncieron, lo cual me provocó una punzada de intenso deseo por todo el cuerpo.

Con la piel cosquillosa, traté de controlar mi respuesta. Este no parecía el momento más indicado para ponerme cachonda, pero una lujuria irrefrenable me golpeó en pleno centro.

Un gruñido grave y retumbante resonó dentro de Ash, y mi atención voló de vuelta a él. Mi excitación no le había pasado inadvertida.

Sus labios se entreabrieron para revelar un atisbo de sus colmillos. Aparecieron oquedades oscuras en sus mejillas.

—Ash —intenté de nuevo.

—Estaba aterrado —confesó, su voz más pastosa y gutural—. Estaba aterrado de perderte.

Mi pecho se encogió.

—No lo hiciste. Me salvaste. —No sabía bien cómo, pero sabía que lo había hecho. Sabía que la única razón de que yo estuviese aquí era él.

—Después estaba aterrado de que no me recordaras. —Los

tendones de su cuello sobresalían de manera marcada cuando giró la cabeza, como si no me hubiese oído—. Pensé que te perdería de todos modos.

—No lo harás. Nunca —le prometí, y traté de acercarme más a él otra vez.

La onda de *eather* empujó sobre mis hombros y me tumbó de espaldas. La esencia palpitó en mi pecho y bulló en respuesta a su despliegue primigenio de poder. Abrí los ojos como platos al ver la energía chisporrotear por mi piel bajo la revuelta masa de sus sombras.

La imagen de la luz plateada que provenía de dentro de mí, una luz con vetas *doradas*, me distrajo por un segundo. Nunca la había visto así. Aunque yo… ahora era diferente.

Me recordé que la esencia era una parte de mí y que yo podía controlarla, así que mantuve a raya el poder. No fue una lucha como antes. En el fondo de mi mente, sabía que era porque el *eather* era solo un subproducto de mi voluntad y respondía de inmediato porque yo nunca querría hacerle daño.

—¿Ash?

Se estremeció.

—Temí no volver a oírte decir mi nombre nunca más. —Su cuerpo… *vibraba*. Pasó un momento, después otro, mientras sacudía la cabeza a un lado y otro. Los zarcillos de *eather* se elevaron—. Cuando… cuando te suelte, tienes que huir.

Me puse tensa.

—¿Qué?

—Tienes que huir, Sera. Deprisa. Corre más deprisa de lo que has corrido nunca. Puede que seas capaz de dejarme atrás… —Se estremeció varias veces más—. Debes intentarlo. Porque te… te *necesito*. Tu calor. Tu sedosa estrechez. *Necesito* estar dentro de ti.

Otro asombroso pulso de deseo cortó a través de mí e hizo que mis caderas se contoneasen con una anticipación afilada como un cuchillo.

—¿Por qué querría huir de eso?

Cada vez era visible más de su oscuridad; de hecho, ya casi no se veía su piel.

—No podré retener mi forma mortal durante mucho tiempo más. —Las sombras se condensaron unos segundos a su alrededor—. No quiero hacerte daño.

—No lo harás. Estoy segura. Confío en ti. Igual que tú confiaste en mí hace un rato, cuando yo ni siquiera era del todo consciente de lo que hacía.

—Esto es diferente.

Empecé a decirle que no lo era, pero Ash *cambió*. Era él… el contorno de sus facciones, la mandíbula fuerte y la boca grande y

expresiva. Sus pómulos altos y afilados, su nariz perfectamente recta, pero ahora era sombra y humo convertidos en piedra.

Había cambiado a su forma primigenia, y su piel veteada de medianoche parecía tan dura como el granito mientras unas alas como luz de luna se elevaban detrás de él para luego desplegarse y ocultar la habitación.

Este era Nyktos, el Asher, el Bendecido, el Guardián de Almas, y el Dios Primigenio del Hombre Común y los Finales. Así era él en el fondo: un depredador antiguo y el dador y sacrificador de vidas.

Un Primigenio de la Muerte, aterrador en su poder y su gloria… y había perdido el control.

Incluso sin los conocimientos recién adquiridos con mi Ascensión, hubiese sabido que eso lo hacía increíblemente peligroso. Incluso para otro Primigenio.

Incluso para mí.

Mi pecho subía y bajaba a toda velocidad mientras miraba al Primigenio. Solo que todavía… todavía veía a Ash. Lo veía solo a él, y no sentí miedo alguno a medida que más *eather* ribeteado de sombras emanaba en zarcillos ahumados que se derramaban por toda la cama.

—Si no huyes, si te tomo, te tomaré así —me advirtió—. Y lo haré como un Primigenio.

—Estoy aquí y no me voy a marchar —susurré, dispuesta a darle cualquier cosa y todo lo que necesitara—. Soy tuya, Ash. Tómame.

Un retumbar grave y sensual brotó de él y me provocó una oleada de escalofríos. Las revueltas sombras se separaron de mis hombros y se reunieron a lo largo de mis antebrazos. Se enroscaron alrededor de mis muñecas. Mi corazón titubeó cuando lo miré a los ojos.

Los de Ash eran pura plata fundida.

—Intenté advertirte.

Antes de que pudiera responder, las sombras tiraron de mis brazos hacia arriba y los inmovilizaron contra la cama por encima de mi cabeza.

Oh, por todos los dioses.

En un abrir y cerrar de ojos, la esencia en mi interior empezó a forcejear contra ese despliegue de dominio. Sin embargo, no había miedo, ningún destello de pánico o desesperación. No había espacio para nada de eso cuando había esta necesidad aumentada de luchar y ver quién saldría vencedor, y el ardiente estallido de deseo al rojo vivo.

Ash abrió las aletas de la nariz al respirar hondo. El gruñido se profundizó al tiempo que se inclinaba hacia delante y cerraba los dedos en torno a mi tobillo. Todo mi cuerpo dio un respingo al sentir su contacto. No estaba segura de si era por la frialdad de esos dedos o por la tensión palpable que se acumulaba en la habitación.

Con la mandíbula apretada, levantó mi pierna, la empujó hacia el lado y expuso el calor palpitante entre mis muslos al aire… y a él.

Esos ojos refulgentes abandonaron los míos mientras unas hebras de oscuro *eather* palpitaban sin parar contra la cama, rozando la parte exterior de mis piernas. La intensidad de su mirada era como un hierro candente y gélido cuando bajó la vista y la deslizó por mis pesados pechos. Entre *sus* piernas, su pene latía de manera visible y…

¿Era más grande? ¿Más grueso y largo?

Mi corazón trastabilló cuando vi el resto de él. Su cuerpo era más voluminoso. Más ancho y seguramente más alto. Mis ojos volvieron abajo.

Por todos los dioses.

Su mirada también bajó, más allá de mi ombligo y luego más abajo todavía, lo cual significaba que yo era incapaz de centrarme en nada más.

Todo en él vibraba, los ojos clavados en los míos. Mis piernas empezaron a cerrarse por acto reflejo, pero su agarre sobre mi tobillo se apretó, al tiempo que uno de los zarcillos vibrantes se elevaba de la cama para deslizarse sobre mi otra pierna.

El repentino peso frío de su *eather* hizo que se me agarrotara el estómago, pero seguía sin tener ningún miedo. Ninguna inquietud. Con Ash, nunca sentía nada de eso. Ni cuando me entregaba todo el control ni cuando lo tomaba para sí mismo. Siempre estaba a salvo con él.

Los recuerdos de la noche de después del ataque de los Cimmerianos volvieron a la superficie. ¿Me tocaría otra vez de un modo tan perverso? Tirité. ¿Lo haría mientras sabía que lo veía? Una oleada de calor y humedad se arremolinó donde sus ojos se estaban dando un festín.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba cuando sus ojos volvieron con los míos.

—Puedo saborear tu deseo.

Yo ya estaba temblando.

Su mirada bajó de nuevo, al tiempo que empujaba el tobillo que sujetaba para abrir mis piernas aún más.

—Tan bonita —murmuró—. Tan mojada. —Me puse roja—. Mía —dijo con voz retumbante.

El zarcillo de mi pantorrilla empezó a moverse, lo cual llamó mi atención. Mi corazón empezó a martillear a medida que la turbulenta masa de energía ondulaba por encima de mi rodilla, dejando una cascada de escalofríos a su paso. Intenté ralentizar mi respiración, pero no sirvió de nada. Las hebras de oscuridad besaron el interior de mi muslo. No podía apartar la mirada mientras reptaba por mi piel temblorosa. Mis dedos se enroscaron impotentes contra las palmas de

mis manos mientras ese ardor gélido resbalaba por encima del pliegue de mi muslo.

Una brisa fría rozó mi mismísimo centro.

Se me escapó un grito y mis caderas dieron una sacudida cuando el aire se cargó de electricidad a nuestro alrededor. La sombra rodó sobre mí, acarició mi piel húmeda y acalorada. La neblina se condensó y se solidificó lo suficiente como para solo poder ver un atisbo de mi piel debajo de ella. Temblé por la sensación suave y vibrante de las sombras contra mí, tan concentrada en lo que estaba pasando que no vi los otros zarcillos levantarse de la cama.

Un aire denso y crepitante se deslizó por mis costados. Me sobresalté y, como me faltaba el aire, giré la cabeza hacia un lado. Los zarcillos fluían por mi bajo vientre, luego se extendieron hacia arriba, besando y lamiendo mi piel, mis senos. Era como si unos dedos apretaran y dieran vueltas en torno a mis pezones. Mi espalda se arqueó.

Ash chasqueó la lengua y mis ojos volaron hacia él. En su forma Primigenia, parecía un ser de otro mundo. Primitivo. Salvaje.

—Estos labios son aún más suaves. —Creo que en ese momento dejé de respirar mientras lo miraba. Tenía una… una boca perversa cuando estaba en su forma verdadera—. Y más calientes —añadió, y deslizó la lengua por dentro de su labio inferior—. No quiero que mi bonita vulvita se sienta sola.

*Mi bonita…*

Con los ojos como platos por su lenguaje, una risa trepó por mi garganta, pero nunca salió por mi boca. Un repentino grito de placer ocupó su lugar cuando esas sombras más densas y pesadas palpitaron y separaron los labios más suaves y calientes de los que hablaba Ash.

—Oh, por todos los dioses —grité, y mis caderas se contonearon cuando el zarcillo de energía se introdujo en mí. Mis recuerdos de esta experiencia no le hacían justicia en absoluto.

Mi cabeza daba vueltas mientras las sensaciones en mis pechos y en mi *vulva* me abrumaban. Me parecía algo maravillosamente indecente.

Gemí y me retorcí, mientras la espesa y revoltosa masa se movía dentro de mí. Ash estaba más cerca y entonces ya no sujetaba mi tobillo. Seguía de rodillas, su cuerpo mantenía mis piernas abiertas a él y a su mirada. Me estremecí y jadeé, para perderme enseguida en el placer pecaminoso. Mi culo se levantó de la cama, y no supe si fui yo o si había sido él, pero el roce frío del aire contra mi trasero me sobresaltó.

No me atreví a moverme mientras ese aire resbalaba y se deslizaba. Mis caderas se inclinaron más aún y vi cómo un zarcillo más fino de energía se dividía. Oh, por todos los dioses, ¿iba a…?

Nunca había tenido nada *ahí* dentro. Las cortesanas del Jade habían mencionado lo placentero que podía ser con la, hum, preparación correcta, pero estaban hablando de penes, no de zarcillos de energía larguiruchos.

—*Liessa* —dijo Ash con una especie de gorjeo grave.

Mis ojos saltaron hacia él mientras sentía cómo se deslizaba y buscaba. No creía que mi corazón pudiese latir más deprisa. Me mordí el labio otra vez, pero no me hice sangre ahora, o bien fui incapaz de sentirlo mientras empujaba de manera tentativa contra su insistente fogonazo de energía.

El *eather* resbaló por la piel de Ash y sus alas se desplegaron de nuevo.

—Quiero oírte decirlo.

Su petición abrasó cada centímetro de mi cuerpo.

—Sí.

Giró la cabeza otra vez, su pecho oscuro y duro se hinchó con una respiración profunda. La gota perlada en la cabeza de su pene era más notable ahora.

—Quiero oírte decir exactamente lo que quieres de mí, y quiero que lo digas con mi nombre.

En ese momento, descubrí que mi temperamento no había mejorado con mi Ascensión. Entorné los ojos.

—¿Y si no lo hago?

Su gruñido no fue de ira, sino de desafío sensual. La presencia juguetona detrás de mí se detuvo, al igual que el zarcillo dentro de mí.

—Entonces no me follaré esa bonita vulvita ni ese culo tuyo.

Por todos los jodidos dioses…

No podía moverme, ni pensar, ni siquiera respirar por un instante. Era tan… desvergonzado en su forma primigenia.

Y yo no podía estar más excitado por ello, porque era *él*.

—Por favor —susurré. Ladeó la cabeza—. Por favor, fóllate mi bonita vulvita y mi culo. —Hice una pausa—. *Ash*.

El aire oscuro entre mis muslos se abalanzó hacia delante y la repentina presión se coló por esa entrada para convertirse enseguida en un ardor. Un ardor intenso y frío.

Todos los músculos de mi cuerpo se bloquearon mientras él me sujetaba, la mitad inferior de mi cuerpo varios centímetros por encima de la cama. La presión y la plenitud eran… *alucinantes*. Jamás había sentido nada igual. No habría creído que fuese posible.

Ash se rio entre dientes, agarró mi cadera con su mano y me depositó con cuidado y ternura en la cama otra vez. Estaba tan fría y caliente como los revoltosos zarcillos que seguían dentro de mí. El fino no se movía, pero el otro… empujaba adentro y afuera mientras Ash contemplaba cómo él mismo me tomaba de esa manera, con leves

estallidos de *eather* que crepitaban por su piel como si fuesen relámpagos.

—Quiero ver cómo te corres otra vez —dijo, su voz un susurro de luz de luna mientras su mano me urgía a moverme, a tomar lo que quería—. Quiero oírlo. Saborearlo y sentirlo. Ahogarme en ello.

Así que eso hice.

Me mecí contra él, jadeando por la plenitud y las espirales duales de placer que se iban apretando. En cuestión de segundos, me perdí en la escandalosa sensación. Mis caderas apretaban, mi cabeza daba bandazos, el *eather* de mi pecho palpitaba y tiraba de mis pezones. Solté un grito y mi cuerpo dio una sacudida.

La tensión aumentó a toda velocidad, me dejó sobresaltada y sin respiración. Ash tenía un *eather*… de un talento maravilloso, pero jamás había sentido este tipo de intensidad. ¿Sentiría las cosas con más fuerza debido a la Ascensión? ¿O era él y estas experiencias nuevas?

¿La perversión de todo ello? No lo sabía, pero ni siquiera podía pensar con claridad cuando bajó la cabeza. Su suave pelo rozó mi estómago. Su lengua fría y resbaladiza se deslizó por el interior de mi muslo.

La espiral se apretó en lo más profundo de mi ser. Mis movimientos se volvieron casi frenéticos, el placer que sentía rayaba lo doloroso.

—No… no puedo —boqueé—. Es demasiado.

—Sí que puedes. —Lamió otra vez y captó la humedad que me empapaba—. Lo harás. Porque no existe nadie más fuerte que tú.

No estaba segura de que eso fuese verdad, pero seguí contoneándome, mis movimientos cada vez más erráticos.

La tensión aumentó deprisa otra vez, volvió a sobresaltarme y a dejarme sin respiración. Grité cuando el clímax me golpeó con fuerza y me recorrió de arriba abajo en potentes oleadas de placer. Y Ash…

Por todos los dioses, era implacable.

Su boca se movía por encima de mí, mientras lamía y saboreaba, extrayendo de mí hasta el último estremecimiento y jadeo.

Los zarcillos salieron de mi interior, lo cual me provocó una exclamación entrecortada. Los ojos de Ash refulgían de *eather* al levantarse. El poder crepitaba por su piel de tono piedra umbra mientras gateaba por encima de mí.

Un agudo fogonazo de lujuria me alanceó de nuevo. No creía que pudiese sentir nada como eso después de lo que acabábamos de hacer. O de lo que había hecho él. Bueno, en lo que habíamos participado los dos. O lo que fuera.

Ash me agarró por la cadera y me hizo rodar sobre la tripa. Empecé a levantarme por acto reflejo, pero la fría presión de su pecho

contra mi espalda no me dejó demasiado margen.

Una mano permaneció sobre mi cadera, los dedos apretados contra la piel. Temblé cuando su agarre firme se introdujo bien hondo dentro de mí, acariciando esa parte oscura y perversa de mí, despierta una vez más.

Ash me levantó sobre mis rodillas bien separadas y luego me guio de modo que mi espalda estuviese casi recta. Sentí cómo empezaba a presionar contra… ¿cómo lo había llamado antes? ¿Mi vulvita? Me estremecí, aferrada a su brazo.

Estaba… oh, por los dioses, desde luego que estaba más grande.

—Jamás me cansaré de esto —me susurró al oído. Entonces deslizó su mano libre por encima de mi pecho y luego hacia abajo por mi estómago hasta la unión entre mis piernas—. En especial, de *esto*.

Mis caderas dieron una sacudida, buscando su mano, pero él me frenó y empujó mi trasero contra él.

—Jamás te daré por sentado —me prometió, y mi respiración se paralizó antes de recomenzar al doble de velocidad cuando sentí que me penetraba centímetro a delicioso centímetro—. Jamás te deshonraré.

Un espasmo recorrió mi pierna a medida que me estiraba. La frialdad de su pene era un *shock* absoluto.

—Siempre estaré a tu lado, tus deseos serán órdenes para mí. —Me dio un mordisquito en la mandíbula cuando entró más profundo—. Jamás dejaré que sufras ningún daño.

Yo temblaba, incapaz de gritar siquiera cuando empujó hasta el fondo. Ash gimió con un ruido gutural y yo solo podía mirar la pared con los ojos como platos. La sensación de él dentro de mí ahora, de su pene palpitante, era indescriptible.

—Y acabaré con Primigenios, dioses, reyes y hombres si intentan siquiera hacerte daño, y no sentiré ningún remordimiento por ello. —Su lengua apaciguó la piel que había arañado—. Daré mi vida por ti.

Mi pecho se hinchó de golpe. No quería oírle decir esas cosas.

—Ash…

Sus caderas me embistieron y solté un gemido entrecortado. Se apretó con fuerza contra mí, con lo que llegó a cada parte sensible y oculta de mi ser y aún más.

—Y mataré por ti.

Con los sentidos desquiciados, fui solo vagamente consciente de que mis rodillas se levantaban de la cama, de los dos elevándonos por el aire mientras su brazo se enroscaba alrededor de mi estómago para sujetarme en el sitio. Se movió, retrocediendo hasta que solo la punta de él estaba dentro de mí, y luego embistió otra vez hasta que no quedó ni un centímetro entre nosotros. Mis piernas se enroscaron en el espacio vacío entre cada fuerte embestida y rápida retirada. Apreté las

plantas de los pies contra sus pantorrillas para intentar escapar de la intensa sensación al tiempo que trataba de obtener más de ella. La fricción creó una caótica tormenta de emociones que se convirtieron enseguida en un nudo giratorio de tensión profunda que me tenía retorciéndome y temblando contra él y sobre su pene.

—Eres mi todo —dijo, la mejilla apretada contra la mía mientras sus caderas martilleaban—. Mi mundo. Mi salvación. Mi redención.

Ash me penetró una y otra vez, y paraba entre embestidas para presionar con fuerza contra mí. El placer lamió a través de mí como llamas dulces, prendiendo un infierno que era, de algún modo, tan intenso y devastador como los que habían sucedido poco antes. Mis pies perdieron su apoyo cuando alcancé el clímax, su nombre un grito ronco en mi boca.

Después de eso, las cosas fueron un poco turbias, y ni siquiera estaba segura de cómo habíamos acabado como estábamos ahora: yo sobre la espalda y Ash encima de mí, deslizando los dedos por mi mejilla y entre mi pelo.

Sus ojos estaban llenos de brillantes pulsos de *eather*.

—Por los Hados, Sera… —El pecho de Ash se hinchó con brusquedad, una mano sobre mi mejilla—. Te quiero.

# Capítulo 44

*Te quiero*.

No sabía cómo era posible sin su *kardia*, pero en ese momento, el cómo no importaba. Porque…

Ash acababa de decir que me quería.

Me invadió una oleada de emoción que me dejó sin respiración. Esas dos palabras eran muy simples, una combinación de solo ocho letras, pero muy muy poderosas. Jamás había imaginado oírlas de boca del hombre al que amaba.

—No sé exactamente cuándo empecé a enamorarme de ti —dijo, mientras deslizaba el pulgar por mi mandíbula—. Quizás empezara la noche del Distrito Jardín, cuando estábamos debajo de las enredaderas, o cuando me clavaste esa daga en el pecho.

Se me escapó una risa temblorosa.

—Espero de todo corazón que no fuese entonces cuando empezaste a enamorarte de mí.

El *eather* giraba como loco en sus ojos.

—Pues es muy probable que sí.

—Si es así, eso es bastante demencial de un… de un modo casi encantador —le dije. Noté que el fondo de mi garganta y mis ojos comenzaban a escocer—. Por cierto, lo de apuñalarte fue un accidente.

—Seguro. —Lo dijo arrastrando la palabra y yo traté de darle un manotazo en el brazo, pero él atrapó mi muñeca. Levantó mi mano (su piel caliente ahora) para llevársela a la boca y depositar un beso en la marca de matrimonio. Alzó la vista para mirarme a los ojos. Los zarcillos de *eather* brillaban en ellos de un modo increíble—. Te quiero.

Un temblor empezó en mis piernas y subió a toda velocidad hasta mis hombros.

—No… no sé por qué estoy temblando.

Ash hizo un ruido ronco y dejó caer la frente sobre la mía.

—*Liessa*…

Mi corazón latía desbocado. ¿Por qué estaba tan descolocada por su declaración? Recordé lo que le oí gritar antes de perder el conocimiento. Parte de mí debía saberlo, desde el momento en que me había despertado y me había dado cuenta de quién era yo. Debía saber que Ash me quería. No estaría viva si no fuese así. Pero había tenido demasiado miedo de permitirme creer que su amor me había salvado.

Que no había sido un trato hecho a la desesperada o una intervención de los *Arae*. Solo que nunca…

—Había pensado… —susurré con voz ronca. Apreté los ojos con fuerza—. Pensaba que moriría sin saber lo que era sentir tu amor.

Ash se puso rígido a mi lado.

—No podía permitirlo —me juró—. Jamás lo permitiré.

Se me cortó la respiración y me estremecí. Su juramento acalorado perduró en el espacio entre nuestras bocas y pensé que a lo mejor siempre había sabido que me quería, a pesar de lo imposible que era. Porque ¿cuántas veces me había preguntado a mí misma qué podía impulsar sus acciones, aparte del amor?

¿Era posible que Maia no le hubiese extirpado el *kardia*? Antes de que pudiese preguntar si eso era posible siquiera, su boca tocó la mía. El beso fue un testamento ardiente y apasionado, prueba de que sus palabras no eran huecas. Pude sentir su amor en la forma suave pero fiera en la que su boca abrió la mía, y saboreé su deseo en la danza de nuestras lenguas.

Ash rompió el beso y se echó hacia atrás. Abrí los ojos. Estaba arrodillado entre mis piernas, su miembro grueso y reluciente asomaba desde su pelvis.

Me mordí el labio e hice una mueca por el breve pinchazo causado por… santo cielo, por mis colmillos. Tenía *colmillos* de verdad. Tendría que hacer un esfuerzo por ser más cuidadosa con ellos. Pero no ahora, desde luego que no ahora. Porque sus puños aterrizaron a ambos lados de mis caderas y luego bajó la cabeza. El primer roce de su aliento entre mis piernas me robó el mío.

—Me pasaré el resto de la eternidad asegurándome de que no dudes nunca de lo que siento por ti —me prometió, y deslizó las palmas de las manos por mis muslos. Los separó como había hecho con mis labios hacía unos instantes: con suavidad pero de un modo fiero—. Y voy a empezar ahora mismo.

Contuve la respiración, los dedos de los pies enroscados de la anticipación. No tuve que esperar mucho. Mi espalda se arqueó al sentir su lengua resbalar por el mismísimo centro de mí.

El mundo entero dejó de existir. Éramos solo él, yo y su hábil lengua pecaminosa. Lo único que pude hacer fue entregarme al calor que se extendía por mi cuerpo mientras él lamía mi humedad y me llevaba cada vez más y más arriba. Me contoneé y me restregué contra su boca a cada pasada, cada vez que su lengua se introducía dentro de mí.

Sus manos se cerraron sobre mis caderas y me mantuvieron atrapada contra su boca. Su lengua bajó más aún, me abrió a él. Gemí y levanté las caderas. El placer era tan intenso que era casi doloroso, y Ash no daba muestras de ralentizar el ritmo ni de parar.

—Ash… por favor —susurré, mientras enroscaba una pierna y la apretaba contra su costado.

—No he saboreado lo suficiente de ti. —Su lengua tocó el haz de nervios y solté un grito agudo—. No creo que tenga suficiente nunca.

Me aferré a la manta debajo de mí y empecé a temblar cuando él hizo rodar la lengua por esa parte tan sensible de mí una vez más. Entonces cerró la boca sobre mi clítoris. La succión y el repentino roce de sus colmillos me hizo caer por el precipicio.

—Ash —gemí.

Su gruñido de respuesta me quemó la piel y aumentó aún más mi excitación. Mi cabeza cayó hacia atrás y chillé cuando llegué al orgasmo a una velocidad tan cegadora y sorprendente que hubiese jurado por los dioses que me transportó a otro mundo, porque no tenía ni idea de cuánto tiempo pasó (si es que pasó algún tiempo) antes de oír que llamaban a la puerta.

—¿Va todo bien ahí dentro? —nos llegó la voz amortiguada de Nektas.

O bien Ash no lo había oído, o estaba ignorando al *draken*, porque su respuesta fue pasar la lengua otra vez por mi piel acalorada.

Mis caderas dieron otra sacudida y los dedos de mis pies se enroscaron.

—Estoy empezando a preocuparme —dijo Nektas.

Me estremecí cuando Ash deslizó un dedo por mi humedad.

—*Ash*.

Se echó atrás solo lo suficiente como para que pudiera ver sus labios relucientes.

—Todo va bien.

Apenas tuve ocasión de respirar antes de que su cabeza bajase de nuevo. Cerró los labios sobre mí al tiempo que introducía un dedo, lo cual me provocó otra exclamación.

—¿Estás seguro? —preguntó Nektas. Mi cabeza giró hacia la puerta—. Me ha parecido oír gritos.

—No los has oído.

Agarré la manta mientras Ash movía despacio el dedo adentro y afuera.

—Estoy casi seguro de que sí —insistió el *draken*.

Ash sacó el dedo de mí. Hice ademán de incorporarme sobre los codos, pero la mano de Ash se apoyó en mi pecho, justo por debajo de mi cuello.

El *eather* palpitaba en sus ojos. Su otra mano fue a mi hombro.

—No he terminado contigo.

Se me cortó la respiración cuando mis ojos conectaron con su mirada salvaje. Bajé la vista hacia donde su pene seguía duro y erecto.

—¿Qué has dicho? —preguntó Nektas.

La cabeza de Ash giró a toda velocidad hacia el origen del sonido.

—He dicho que es posible que te mate si no te alejas de esa puerta de una maldita vez.

Abrí los ojos de par en par y, mientras me fijaba en lo quieto que estaba su pecho y en que él deslizaba la mano por el centro del mío, pensé que quizás *haría* justo eso.

—Borde —musitó Nektas—. Supongo que tu amenaza gratuita de violencia significa que los dos estáis despiertos, vivos y lo bastante conscientes el uno del otro como para estar… volviendo a conoceros, ¿no?

Ash agachó la cabeza y un gruñido grave retumbó en su interior.

—Estoy… —Cerré la boca de golpe para reprimir un gemido cuando Ash cerró la boca sobre mi pezón—. Estoy bien.

Hubo una pausa.

—No suenas bien.

—Juro que lo estoy. —Bajé las manos para agarrar la parte de atrás de la cabeza de Ash cuando pasó a mi otro pecho—. Pero me da la impresión de que tú *no lo estarás* si no te marchas.

Se produjo un lapso de silencio y luego oí una risita baja.

—Me alegro de oír que estás bien —dijo—. *Meyaah Liessa*.

Mi reina.

Di un respingo. Las implicaciones de eso, de todo lo que había sucedido, por fin se registraron en mi mente. Lo que había visto. Las voces que había oído. Mi cuerpo se puso todo tenso y mis labios se entreabrieron.

Mi corazón empezó a palpitar con fuerza y Ash levantó la cabeza de mi pecho. De alguna manera, había Ascendido sin que las brasas de vida me mataran. Y ahora no solo estaban dentro de mí. Ni siquiera eran una parte de mí.

Las brasas de vida se habían *convertido* en mí.

Yo era la Primigenia de la Vida. La *verdadera* Primigenia de la Vida.

La… la *Reina* de los Dioses.

# Capítulo 45

Levanté la vista hacia Ash y mi estómago dio una voltereta.

—Soy… soy la Reina de los Dioses.

—Así es. —La mano de Ash bajó por mi costado hasta mi muslo.

Mi pecho empezó a encogerse cuando separó mis piernas.

—¿Y eso te convertiría a ti en el… Rey de los Dioses?

—Solo si crees que es adecuado llamarme así —dijo, y deslizó los ojos por mi cuerpo para acabar centrado entre mis piernas—. Si no, soy *tu* consorte.

¿Él? ¿El consorte?

No.

Mis caderas se movieron casi sin querer por efecto de su mirada caliente y gélida. Tragué saliva.

—Te hago rey… te nombro rey. O lo que sea.

—Es un honor —murmuró, y guio mi pierna por encima de su cadera.

Mi mente corría a toda velocidad. Si era la Primigenia de la Vida, ¿qué significaba eso para…? Oh, por todos los dioses, ¿qué pasaba con Kolis? Se había despertado mientras Ash y yo estábamos en mi lago. Sabía que lo había hecho. Lo había sentido. Entonces, ¿dónde estaba? ¿Y qué pasaba con los otros Primigenios?

—¿Ash?

Su atención seguía clavada entre mis muslos.

—¿Hmm?

Le tiré del pelo para obligarlo a mirarme.

—¿Qué significa eso?

—Significa que el rey está a punto de follarse a su reina.

Ahí no era adonde pretendía ir con esa pregunta, pero en un abrir y cerrar de ojos, me había subido al carro.

Al ver su erección, aspiré una bocanada de aire escasa. Un pulso de deseo reverberó en mi interior, lo cual me sorprendió. No creía que fuese posible después de todo el placer que me había proporcionado ya, pero ahí estaba.

Ash se había quedado quieto de nuevo y me miraba desde lo alto. Su piel se afinó. Aparecieron sombras por sus mejillas y su pecho. Tenues zarcillos de neblina se elevaron detrás de él, emanando de la parte superior de sus hombros para formar el contorno borroso de unas alas. Dejé que mi mano se deslizara de su pelo y cayese sobre la

cama.

Sus ojos se cerraron de golpe al tiempo que giraba el cuello hacia un lado. Por instinto, percibí que su forma primigenia estaba cerca de la superficie y que él estaba pugnando por mantenerla a raya. De hecho, podía… *percibirla*.

Lo cual era raro, porque no tenía ni idea de cómo. Pero podía.

—So… solo necesito un momento para recuperar el control —me dijo con voz ronca.

Mis dedos se enroscaron en la manta. Sería sensato por mi parte quedarme callada y dejarle recuperar ese control. Además, había muchas cosas de las que teníamos que hablar. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado dormida ni de lo que estaba sucediendo con Kolis y los otros Primigenios, o incluso con Iliseeum y el mundo mortal.

Pero era temeraria e insensata, incluso ahora. Y todas esas cosas importantes podían esperar.

Me apoyé sobre los codos y él no me lo impidió. Metí la mano entre nosotros y la cerré de pronto alrededor de su miembro.

Un leve bufido separó sus labios al tiempo que sus ojos se abrían de golpe.

No podía apartar los ojos del vívido ardor gélido de su mirada mientras deslizaba los dedos por su pene, hasta la punta, antes de bajar la mano hacia mi bajo vientre. Dejé que mi rodilla cayera al lado.

—Fóllate a tu reina entonces.

No hubo dudas.

Ni un segundo.

Ash me penetró hasta el fondo. Su gemido entrecortado se unió al mío. Los músculos de sus brazos se apretaron cuando se recolocó y sus caderas empezaron a moverse. El ritmo que fijó no fue lento ni suave. Fue un ritmo tórrido, rápido y duro. Enrosqué las piernas alrededor de sus caderas y lo único que pude hacer fue agarrarme a él. Mis dedos se clavaron en los duros músculos de sus hombros mientras cada embestida tocaba un punto distinto en mi interior, provocándome intensas oleadas de placer. Su pecho se apoyó contra el mío, sus caderas empujando una y otra vez mientras me besaba y sus labios devoraban los míos.

Ash hizo lo que había dicho, lo que yo había exigido.

Se folló a su reina.

*

Un rato después, estábamos tumbados en la cama de Ash (en *nuestra* cama) el uno frente al otro, mi mejilla apoyada en su brazo y nuestras

piernas enredadas. En el silencio saciado, él jugueteaba con un mechón de mi pelo y me miraba como si fuese una especie de espejismo. Apenas apartó los ojos de mí, casi como si temiera que pudiese desaparecer.

Y sabía que yo lo estaba mirando del mismo modo. Por eso mantenía las manos sobre su pecho. Mientras mis pensamientos volaban de una cosa a otra, tenía que tocarlo, recordarme que los dos estábamos aquí.

Tenía muchísimas cosas en la cabeza; había un montón de conocimientos nuevos en el fondo de mi mente ahora. Como si la esencia en mi interior los hubiese contenido todos y solo hubiese estado esperando a que fuesen desbloqueados. Eran un montón de cosas y todavía no podía asimilar el hecho de que estaba aquí, había Ascendido y era ahora una Primigenia. De hecho, era *la* Primigenia.

De la Vida.

Con colmillos.

Con los que no hacía más que pincharme la lengua.

Y ni siquiera podía pensar en cómo podía ser posible todo eso, lo que requería para funcionar. De hacerlo, no estaba segura de que no fuera a empezar a llorar como una histérica o a trepar por encima de Ash.

Nuestros cuerpos necesitaban un respiro.

Y había muchísimas cosas que necesitaba saber, que debía comprender. Ni siquiera estaba segura de por dónde empezar.

Así que elegí una de las cosas más fáciles.

—¿Alguna vez dejaré de pellizcarme la lengua o los labios con estas cosas?

—¿Estas *cosas*? —Se rio mientras yo toqueteaba un colmillo con mi lengua—. Te acostumbrarás a ellos.

Me di otro mordisquito sin querer y fruncí el ceño.

—No estoy tan segura de eso.

—Que sí —me aseguró—. Sobre todo porque son bastante pequeños.

Mi ceño se frunció aún más. Dentro de mi boca no parecían pequeños.

—¿Deberían ser más grandes? —Eché un vistazo a su boca y vi las puntas de los suyos—. ¿Algo salió mal?

—No creo que nada saliera mal, *liessa*. —Sonrió. Estaba claro que esto lo divertía—. Supongo que son más pequeños solo debido a tu origen mortal.

—Oh. —Bajé la vista—. ¿Ash?

—¿Sí? —Agachó la cabeza para rozar mi frente con sus labios. Sonreí.

—¿Había alguna posibilidad de que no hubiese recuperado mis

recuerdos al despertar?

—La había, sí —admitió, mientras enroscaba un rizo de su dedo—. Una Ascensión es una transición potente para un dios. Pero ¿para un Primigenio? Lo es aún más. A medida que el *eather* aumenta, cambiar el cuerpo mientras está sumido en una estasis puede afectar a la mente.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Algún Primigenio ha Ascendido sin recordar quién era?

—Unos pocos. Algunos recuperaron muchos de sus recuerdos después. Una vez oí que Maia pasó algunos años sin acordarse demasiado de los años previos a su Ascensión. Lo mismo que Phanos. Attes y Kyn Ascendieron al mismo tiempo, pero Kyn nunca recuperó sus recuerdos.

Mis cejas salieron disparadas hacia arriba.

—De todas las personas que esperaba que no hubiesen recuperado sus recuerdos, Kyn no estaba ni en la lista.

Desenroscó el rizo de su dedo.

—¿Y eso por qué?

—Supongo que porque tiene un gemelo. Pensé que eso, no sé, lo habría mantenido más en contacto con la realidad.

—Yo hubiese pensado lo mismo, pero las Ascensiones son impredecibles, sobre todo si pasas por ellas tú solo —explicó, y observé cómo se movían sus labios. Algo en su voz era diferente—. Si Nektas no hubiese estado ahí, hablándome, quién sabe si habría podido recordar los años previos a la mía.

—Me alegro de que lo hicieras —musité, pues pensaba que habría sido terrible que no tuviese recuerdos de su padre. Deslicé un dedo por su pecho, justo por debajo de la clavícula—. Entonces, ¿por eso soñé con tu voz? ¿Me estabas hablando?

—En efecto. —Hizo una pausa—. ¿De cuántas cosas te acuerdas?

—De fragmentos. —Uno de ellos me vino a la cabeza de pronto—. Dijiste que me habías visto de niña al lado del lago, ¿verdad? En tu forma de lobo.

—Sí. —Apareció una sonrisa que me robó un poco la respiración —. Llevabas un montón de piedras entre los brazos.

—Es verdad. No recuerdo por qué. Era una niña rara. —Se me escapó una risa temblorosa—. Olvidé decirte esto cuando estuvimos en la caverna, pero cuando te vi en tu forma de lobo, cuando viniste por primera vez al palacio de Cor a por mí, sabía que eras tú. Sabía que eras el lobo que había visto de niña. —Inspiré un aire un poco escaso—. Gracias.

—¿Por qué?

Casi me reí otra vez. *¿Por qué?*

—¿Aparte del hecho de que te aseguraste de que recordase quién

era?

—Eso no merece gratitud alguna, *liessa*.

Ash era…

Un nudo de emoción atoró mi garganta. Por todos los dioses, lo quería tanto que sentía que podía estallar de amor.

Levanté la cabeza, bajé la boca hacia la suya y le demostré mi gratitud. Lo di todo en ese beso.

Y Ash no se limitó a recibirlo, sino que me lo devolvió con el mismo sentimiento. El brazo sobre el que estaba apoyada se enroscó alrededor de mi cintura y apretó mi pecho contra el suyo. Me besó como si quisiera reclamar la propiedad de mi mismísimo ser. Nadie podía besar así, evocar estas sensaciones.

Las cosas evolucionaron a toda velocidad a partir de ahí, pasando de gratitud a una necesidad casi desesperada el uno del otro que, de algún modo, aún no habíamos saciado. Una miríada de dardos de placer recorrieron mi cuerpo. Cada parte de mí se puso en tensión, una tensión increíble. Sus besos eran capaces de hacer eso en apenas unos segundos: me llevaban de un estado calmado a uno frenético de necesidad.

La mano de Ash se deslizó por mi costado, por arriba de mi pierna. Levantó mi muslo para engancharlo por encima de su cadera. Solté una exclamación en medio de su beso cuando cerró las manos sobre mi trasero y me apretó contra su miembro ya duro.

—Sí —susurré. Supliqué, en realidad. Mis dedos se clavaron en su piel.

Ash gimió con un ruido gutural y después empujó hacia arriba con sus caderas para hundirse dentro de mí. Solté un grito y enseguida me vi arrastrada por un torbellino de sensaciones. Se movió profundo dentro de mí, despacio al principio, hasta volverme casi loca. Y cuando ya pensaba que estaba a punto de morir, me hizo rodar sobre la espalda. Nos miramos a los ojos y nuestros movimientos se emparejaron, embestida por embestida, el ritmo cada vez más intenso. Enrosqué las piernas alrededor de su cintura. Su boca estaba por todas partes: atrapó un pezón para succionar al ritmo de sus caderas, luego subió hacia arriba para lamer y dar un mordisquito en mi cuello…

Mi estómago se ahuecó, mis ojos se abrieron de golpe y lo agarré por los hombros. Quería que se alimentara, que me mordiera, pero me… me bloqueé. La confusión giró en espiral dentro de mí mientras mi corazón empezaba a latir a una velocidad mareante.

Sus colmillos rozaron mi piel y unos estallidos duales de lujuria e inquietud (inquietud y *miedo*) cruzaron a través de mí. Por un momento, dejé de estar ahí. Estaba en la jaula, sujeta con demasiada fuerza. La reacción no tenía sentido. Estaba con Ash. Estaba a salvo con él. Siempre.

—¿Sera? —Sus dedos tocaron mi mejilla. Abrí los ojos, la respiración acelerada. Ash se quedó quieto contra mí—. ¿Estás bien?

Tragué saliva y asentí sin apartar los ojos de los suyos. Con Ash. Con nadie más.

—Sí.

—*Liessa*… —Empezó a retirarse, a levantar las caderas de las mías. Un pequeño estallido de pánico me atravesó de arriba abajo. Enrosqué las piernas a su alrededor.

—Estoy bien. Lo prometo. —Y lo estaba. En gran parte. Había sido solo un momento extraño. Uno que tenía que superar. Que *superaría*. Levanté las manos y lo agarré por detrás del cuello—. Necesitas alimentarte.

Bajó la cabeza y me puse tensa, pero no fue a por mi cuello. Me besó, un beso largo y lento.

Cuando levantó la cabeza, yo estaba jadeando.

—Aliméntate —repetí, al tiempo que levantaba las caderas contra las suyas. Ash gimió.

—No lo necesito.

—Tomé mucha de tu sangre.

—Y estaré bien. Mi cuerpo la repondrá —me aseguró—. No necesito alimentarme.

No estaba tan segura de si lo creía mientras su boca volvía a la mía, pero no pasaba nada. Había sido solo un momento extraño. No me había ocurrido nada cuando me había mordido en el lago. Ahora tampoco pasaría nada.

Ash, sin embargo, no se movió dentro de mí. Seguía quieto, su duro miembro enterrado en mí, sus ojos atentos.

—Sera…

Apreté las piernas a su alrededor e hice amago de hacerlo rodar. Se resistió durante un instante, pero luego dejó que lo tumbase de espaldas. Me contoneé hasta sentarme sobre él.

—Por los Hados —masculló, y cerró las manos sobre mis caderas.

Yo planté las mías sobre sus hombros y lo cabalgué, moviéndome arriba y abajo a lo largo de su miembro. Mi ritmo se avivó mientras me concentraba en él, solo en él. Deseaba tener cada centímetro de él dentro de mí, porque las sensaciones que me provocaba casi me mareaban.

Su brazo se enroscó alrededor de mí para tirar de mi tronco hacia él. Nuestras respiraciones se fusionaron cuando abrimos la boca. Sus ojos no se apartaron de los míos en ningún momento mientras me sujetaba en el sitio y apretaba contra mí. Los dos alcanzamos el clímax deprisa y con intensidad, uno después del otro o los dos al mismo tiempo, no estaba segura. Después me desplomé sobre su pecho.

Aún temblando por los espasmos posteriores, acabamos como

habíamos estado al principio, tumbados de lado con sus dedos en mi pelo y nuestras piernas enredadas.

—Por los Hados, si no tenemos cuidado, vamos a acabar agotándote de vuelta a la estasis —murmuró. Me reí como una niña.

—¿Eso es posible?

—Al paso que vamos, sí. —Se quedó callado unos momentos—. ¿Estás bien?

—Mm… hmm.

—¿Estás segura? —preguntó Ash, que soltó mi pelo para inclinar mi barbilla hacia arriba. Nos miramos a los ojos. Los suyos estaban de un cálido tono gris paloma—. Antes no he sido suave. Ahora tampoco, de hecho —añadió—. Para nada.

—Lo sé. —Me incorporé un poco—. No me has hecho daño, ni antes ni ahora, y me encantó las dos veces… o las tres. ¿Cuatro?

—Cinco —me corrigió.

—¿Así que estás contando esas…? —Me puse roja como un tomate —. ¿Esas cosas que hiciste con los zarcillos de *eather*?

—Esas cosas de las que tanto disfrutaste, sí.

Noté que se me cortaba un poco la respiración, pero asentí.

—Dio la impresión de que tú también lo disfrutaste.

—¿Disfrutarlo? —Bajó la cabeza hacia la mía—. Estabas empapada, *liessa* —murmuró con voz sedosa—. Es muy probable que yo lo disfrutara aún más que tú.

Un escalofrío lascivo rodó a través de mí.

—Bien.

Soltó una risa grave. Por desgracia, el sonido se diluyó demasiado deprisa.

—Pero tu cuerpo ha pasado por muchas cosas. Lo mismo que tu mente.

Solté una carcajada.

—Creo que mi mente está más o menos tranquila por una vez.

—Me alivia saberlo. —Deslizó un dedo por el centro de mi barbilla —. Pero ha pasado algo con nosotros antes. —Me callé y me planteé fingir que no tenía ni idea de lo que hablaba, lo cual parecía muy… poco regio—. Te bloqueaste —continuó en voz baja, casi con cuidado —. Y noté el sabor de tu inquietud repentina.

—De verdad que tienes que dejar de leer mis emociones. —Me eché hacia atrás y devolví mi mejilla a su brazo.

A continuación sentí el contacto de Ash, cómo sus dedos agarraban otro mechón de pelo.

—Si te hace sentir mejor, me costó más que de costumbre.

Entorné los ojos.

—¿O sea que no estaba proyectando mis sentimientos? ¿Hurgaste tú?

El pelo resbaló entre sus dedos.

—Cuando te bloqueaste, tuve miedo de haberte hecho daño.

La preocupación evidente en su voz borró de un plumazo toda mi irritación.

—No me estabas haciendo daño. Para nada.

Deslizó el rizo por la mitad superior de mi brazo.

—Entonces, ¿qué pasó?

Encogí un solo hombro.

—No lo sé. Creo que quizá sea por lo que has dicho: que mi cuerpo, y mi cabeza, han pasado por mucho. Así que solo fue un momento extraño. —Y eso era todo lo que permitiría que fuese—. Pero ¿todos los demás momentos? Fueron asombrosos. Preciosos. —Me incliné hacia él y lo besé—. Creo que todavía detecto mi sabor en tus labios.

Un retumbar sexi vibró en su pecho.

—No menciones eso. —Unos charcos gemelos de plata se clavaron en mí y mi cuerpo reaccionó de inmediato: se enroscó y tensó de un modo delicioso y acalorado—. Porque me hace querer saborearte de nuevo, y tengo algo que necesito decirte. De hecho, tengo varios «algo» que necesito decirte.

—Vale —murmuré, mientras la imagen de él con la cabeza asentada entre mis piernas se instalaba en mi mente.

Ash arqueó la espalda para mirarme a los ojos otra vez.

—Eso significa que tienes que dejar de pensar en ello.

—No lo hago.

—Tu excitación es tan fuerte que puedo saborearla. —Ash me dio un mordisquito en los labios que me cortó la respiración. Apareció una sonrisa breve cuando lo miré con un mohín—. Si sigues igual, voy a estar enterrado en ti una vez más.

Sorprendentemente, unos nuditos de lujuria tensa se formaron en mi tripa.

—¿Se supone que eso me iba a convencer de dejar de pensar justo en eso? Porque si es así, has fracasado en tu intento.

Ash se rio bajito y guio mi cabeza de vuelta a su brazo.

—Por alguna desconocida razón, no me desilusiona saber eso. —*¿Desconocida?* Solté una carcajada—. Pero necesitamos comportarnos —me advirtió—. Sé que hay muchas cosas sobre las que deberíamos estar hablando. Muchas cosas que tenemos que hacer.

Las había.

La tensión se filtró en mis músculos. El momento en el que recordé quién era hasta este mismo segundo parecía un sueño. Uno en el que el mundo no existía fuera de esta habitación. Una fantasía que nunca me había atrevido a permitirme.

Pero el mundo sí existía.

—Tenemos que hablar de Kolis. —Mi estómago se agrió, pero él no era la única cosa de la que teníamos que hablar. Había muchísimas más.

—En efecto —admitió Ash—. Pero él no es un problema.

Eché la cabeza atrás para poder ver su cara.

—¿Cómo puede no ser un problema? Él es *el* problema.

—Ahora mismo, no es un problema —precisó Ash—. Kolis ya estaba debilitado antes de tu Ascensión. Que te hayas convertido en la Primigenia de la Vida no solo lo tiene refugiado en Dalos lamiéndose las heridas, sino que todos los dioses y Primigenios de Iliseeum sintieron tu Ascensión.

Mi estómago dio un triple salto mortal.

—¿Por qué me da la impresión de que esa última parte es una mala noticia?

—No es buena ni mala. —Trazó pequeños círculos en mi brazo—. Estoy seguro de que la mayoría de los Primigenios están en *shock* y no saben qué opinar de tu Ascensión, incluso los leales a Kolis.

Mi mente, como de costumbre, voló al peor escenario posible.

—¿Y qué pasa si, una vez que lo asimilen todo, no están contentos con mi Ascensión?

—Entonces, lidiaremos con ello. —Sus dedos continuaron con sus dibujos—. Juntos.

No necesitaba ningún conocimiento antiguo especial para saber que lidiar con Primigenios descontentos sería algo violento y sangriento. Noté que se me comprimía el pecho, un signo revelador de mi vieja amiga: la ansiedad. Las comisuras de mis labios se curvaron hacia abajo. Había sobrevivido a lo imposible, había Ascendido para convertirme en la verdadera Primigenia de la Vida, y *¿aun así* sufría una ansiedad aplastante?

Parecía bastante injusto.

—El *shock* de los otros Primigenios y el golpe asestado a Kolis nos ha dado algo de tiempo —me aseguró Ash, que era obvio que había detectado mi ansiedad—. No mucho, pero suficiente como para que todos puedan esperar por el momento. Más pronto que tarde, Nektas… —Hizo una pausa y frunció el ceño—. Me parece tener un vago recuerdo de que estuviera en la puerta.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba ahora.

—Me oyó gritar y estaba preocupado. Amenazaste con asesinarlo si no se marchaba.

Ash arqueó las cejas.

—Vaya, creo que le debo una disculpa.

Se me escapó otra risita.

Unas hebras vibrantes de *eather* aparecieron en sus ojos.

—Tu risa. —Sus pestañas bajaron despacio—. Es un sonido

precioso. —Tragó saliva y soltó una bocanada de aire entrecortada. El *eather* se había calmado en sus ojos—. Me encanta.

Todo pensamiento sobre Kolis, las disculpas a Nektas y bueno… todo lo demás, desaparecieron de golpe. «Me encanta». Jamás me cansaría de oír ese tipo de palabras saliendo por la boca de Ash. Aunque solo estuviese hablando de que le encantaban los pomelos o de… arrancar gargantas.

Ash me miró a los ojos.

—Una de las cosas que necesito decirte no se la he dicho nunca a nadie.

—Vale. —Extendí los dedos por su pecho—. Te escucho.

Respiró hondo mientras sacaba la mano de mi pelo y la deslizaba por la parte de atrás de mi cuello.

—Hubo… hubo un tiempo en que odiaba a mi padre por haber hecho este trato, por vincular a una chica mortal cualquiera a mí cuando sabía que eso solo le traería muerte y horror. Eso era antes… bueno, antes de que supiera por qué lo había hecho. Aunque cada año que pasaba y la novia que le había sido prometida (y luego a mí) no nacía, yo lo celebraba.

—No puedo culparte por ello.

—Por supuesto que tú no lo harías. —Depositó un beso en la punta de mi nariz—. Pero luego naciste tú, y odié a mi padre aún más. —Masajeó los músculos de mi cuello con una presión suave mientras me sujetaba. Luego dejó escapar una espiración temblorosa—. Hay cosas sobre las que no he sido del todo sincero.

Eso picó mi curiosidad.

—¿Cómo qué?

—No fui del todo sincero sobre por qué me negué a tomarte como mi consorte y tuve un contacto limitado contigo. En parte fue para que Kolis no supiese de tu existencia, pero esa no fue la única razón. —Sus ojos buscaron los míos—. La noche que naciste, tuve un sueño. Te vi a ti… te vi como eres ahora, en ese… —Respiró hondo—. En ese lago tuyo. Estabas condenadamente bella. —Su voz se volvió más pastosa—. Tu pelo se extendía por el agua oscura como luz de luna tejida, y estos labios perfectos y rosados me *sonreían*.

Me quedé muy quieta cuando un recuerdo vago de lo que me había dicho mientras estaba en estasis salió a la superficie. Algo acerca de tener un sueño que no lo era. Cuando vio mi lago antes de verlo de verdad por primera vez.

—Te vi muriendo en ese lago y me vi a mí mismo… —Se puso tan rígido como lo estaba yo, luego negó con la cabeza—. Lo achaqué a mi imaginación, aunque había sentido tu nacimiento. Solo un sueño extraño. Pero entonces te vi de niña y vi… vi el lago. —Se estremeció—. Esto ya lo sabes, pero te seguí la pista a lo largo de los años, sobre

todo para asegurarme de que estuvieras a salvo. Fui testigo de cómo te convertías poco a poco en la preciosa mujer que había visto en mi sueño.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y deslicé la mano de su pecho. Lo agarré por la parte de atrás del cuello, el corazón acelerado, pues sospechaba a dónde estábamos yendo con esto: a la historia de lo que se había hecho a sí mismo. Deseé más que nada en el mundo que mis sospechas no fuesen ciertas, porque si tenía razón, la culpabilidad debía de haber… por todos los dioses, tenía que haberlo estado matando durante todo este tiempo.

—Hice todo lo que estaba en mi mano por negar que el sueño fuese nada más que eso. Incluso después de la primera noche en que debía tomarte como mi consorte. —Un músculo se apretó en su mandíbula—. Incluso después de haber percibido tus emociones, la valentía que sobrepasaba a tu miedo. Jamás había sentido nada igual, ni procedente de generales en guerras largo tiempo olvidadas ni de dioses cara a cara con Kolis antes de su muerte. Y todas y cada una de las veces que te vi desde entonces, esa valentía no vaciló nunca. Ni cuando te vi aquella noche en el Distrito Jardín en casa de la modista y en ese maldito lago. Siempre te mostrabas tan condenadamente valiente, incluso cuando tu vida estaba en peligro o cuando sufrías dolor…

Sus labios se apretaron, una señal tangible de las emociones que revoloteaban por su interior.

—Y lo que percibía de ti, una y otra vez, era lo mismo que había percibido en ese sueño: miedo pero valentía mientras morías. Y ya no podía descartarlo como un simple sueño. Era una visión. No me mostraba cómo morías ni por qué, pero estaba convencido de que Kolis debía estar implicado. Así que estaba decidido a evitar que lo que había visto se hiciera realidad. Al menos eso era lo que me decía. Pero ¿en realidad, Sera? Lo que vi… lo que *sentí* en esa visión… me aterraba. —Su mandíbula se tensó—. Así que hice que me extirparan el *kardia* justo antes de llevarte a las Tierras Umbrías. De hecho, los primeros días todavía me estaba recuperando de ello.

Se me quedó el aire atascado en los pulmones. Había estado en lo cierto. Peor aún, recordaba con claridad haber chocado con él sin querer después de cenar en el comedor. Su bufido de agonía se me había grabado a fuego. Las lágrimas humedecieron mis pestañas. De alguna manera, saber que había hecho que le extirpasen el *kardia* tras conocerme lo hacía todo… lo hacía aún más trágico.

Cerró los ojos unos instantes.

—No debí hacerlo nunca. Debí ser más como tú: asustado pero valiente. En lugar de eso, fui un cobarde.

—No —lo contradije, y me apoyé en un codo—. Nunca has sido…

—Lo fui, Sera.

Unos rizos enredados cayeron por mis hombros cuando me senté, las puntas rozaban mis piernas.

—No eres ningún cobarde.

—Te agradezco que lo niegues. De verdad. —Se incorporó y desplazó su peso a la mano que tenía junto a mi rodilla flexionada—. Tu vida podría haber sido muy diferente, joder. Tu familia nunca te hubiese castigado. No hubieses tenido que sentir que estabas sola, sin poder experimentar lo que la mayoría da por sentado. No te hubieses sentido como un monstruo. Mis disculpas no fueron y nunca serán suficientes. Podría haber…

—Para —le supliqué—. Escúchame. No te voy a mentir, Ash. Desearía que hubieses tomado otra decisión, pero la que tomaste no te convierte en un cobarde. Te hace más fuerte que nadie que conozca. —Se quedó boquiabierto—. Es verdad —insistí—. Sacrificaste muchísimo para protegerme. Más de lo que creo que piensas.

Un bucle cayó por su mejilla y bajó por la barbilla. Cerró los ojos.

—Eres demasiado comprensiva… tolerante. Bajo esa fachada dura, eres demasiado amable.

—Bueno, todo eso no lo sé, pero lo que sí sé es que no eres un cobarde. Hiciste lo que creíste más adecuado con los conocimientos que tenías. No es tu culpa. —Apoyé la mano en su mejilla—. Si los Hados no hubiesen decretado que nadie podía hablar de lo que había hecho Eythos, habrías tomado otras decisiones. Todos nosotros lo habríamos hecho.

Ash asintió despacio. Mientras lo miraba, intuí que había algo más. ¿El qué? No lo sabía. Para ser sincera, ni siquiera estaba segura de cómo sabía que *había* más. Como antes, fue casi como si ese conocimiento o esa conciencia simplemente se formasen en mi mente. Me recordó a…

Se me escapó una respiración temblorosa. ¿Qué había dicho Kolis acerca de Eythos? ¿Acerca del Primigenio de la Vida? ¿Que tenía cierta capacidad de premonición? Intuición. El padre de Ash no había nacido con ella. La había recibido al Ascender.

Joder, ¿significaba eso que ahora era una sabelotodo? Porque si era así, sería mucho más odiosa que antes.

Aunque nada de eso importaba ahora.

Ash era lo que importaba.

Deslicé los dedos por su hombro y dejé que esa certeza de origen desconocido de que había algo más en lo que había dicho Ash viniera a mí. No fue difícil. No solo pensé en lo que me vino a la mente. Lo dije en voz alta.

—¿Ese… ese sueño o visión te mostró algo más?

Ash se aclaró la garganta.

—Me mostró lo que pasaba después de que murieras. Vi morir los mundos, tanto el mortal como el de los dioses, y… —Me miró a los ojos—. Y morían a mis manos.

Las palabras que había dicho justo antes de Ascenderme… había sabido que estaba diciendo la verdad entonces, y oía la verdad incluso ahora. La sentía.

—Hice que me extirpasen el *kardia* porque sabía que tú serías la que un día me destrozara —confesó con voz rasposa—. Y la única cosa que podría causar tal agonía, tal destrucción procedente de un dios o de un Primigenio de la Muerte. —Buscó mis ojos—. Esa visión me mostró que me había enamorado de ti y que no era Kolis quien acababa con los mundos. Era yo. Yo acababa con ellos porque te había perdido a ti.

—Ash —susurré.

—Y pensé que extirpar mi *kardia* te salvaría y salvaría a los mundos. —Soltó una carcajada áspera—. Pero en realidad, llevó a los mundos a apenas unos minutos de la destrucción. Y quizá interpreté mal esa visión. Quizás estaba tratando de advertirme que no lo hiciera. No tengo ni idea, pero… —Sus ojos centellearon—. Pero aun así caí, Sera. De un modo rápido y absoluto. Irrevocable. Incluso sin mi *kardia*, me enamoré de ti.

—Lo hiciste. —Me estremecí—. Ahora, hay algo que yo quiero decirte a ti. Cuando he dicho que creía que moriría sin saber lo que era tu amor, estaba equivocada. Incluso aunque *hubiese* muerto…

El *eather* palpitó en las venas de sus mejillas.

—No quiero hablar de tu muerte.

—Lo sé, pero lo que te estoy diciendo es que me has demostrado, muchas veces, que me quieres —dije—. En cada una de tus acciones, incluso en tus palabras nunca dichas. Cuando me sujetabas en tus brazos en el lago supe que, si lo que sentías no era amor, era algo incluso más fuerte. Mejor. Solo que no sabíamos que fuese posible.

—No debería serlo. —Apretó los labios contra mi mejilla—. Hay solo una cosa que se me ocurra que podría hacer que eso fuese posible: que seamos una misma alma. —Se echó atrás, pero dejó el rostro a pocos centímetros del mío—. Es lo único que podría haber hecho que extirpar mi *kardia* fuese del todo inútil.

—¿Una misma alma? —Me recliné un poco—. ¿Como corazones gemelos?

Ash asintió.

Con todo lo que había pasado, me había olvidado por completo de los sueños.

—¿Así es como fuimos capaces de caminar en los sueños del otro?

—Y la razón de que pudiera conectar contigo de algún modo cuando estaba en estasis. Creo que sí. —Sus pestañas subieron—. No

fue por las brasas ni por el hecho de que te hubieses alimentado de mí.

—Sé que hablamos de esto en la caverna —dije—, pero nunca supe si era verdad o no.

—Para ser sincero, yo tampoco. —Se mordió el labio de abajo con los dientes—. Almas gemelas… o corazones gemelos… son leyenda incluso entre nosotros. Algo muy raro en lo que se suponía que estaban implicados los Hados.

*Los Hados…* Un recuerdo o cierta información parpadeó a través de mi mente, demasiado deprisa para captarlo en ese momento. Sacudí un poco la cabeza.

—¿A qué te refieres?

Ash frunció el ceño.

—Se dice que cuando los *Arae* miran los hilos del destino y ven las diferentes posibilidades de la vida de uno, en ocasiones pueden ver lo que podría resultar del amor entre dos o más almas. Y en esa unión, ven posibilidades que pueden dar nueva forma a los mundos, ya sea creando algo nunca visto hasta entonces o promoviendo un gran cambio —explicó, al tiempo que deslizaba el pulgar por la espiral dorada de mi mano—. Y cuando ven ese hilo, tienen prohibido intervenir en los asuntos de esas almas, pues creen que el vínculo entre ellas no puede eludirse. Así, ni siquiera la muerte del cuerpo o del corazón y el alma (el *kardia*) puede romper esa conexión. —Sus ojos volvieron a los míos—. Y la unión de nuestras almas ha producido algo nunca visto: una *Reina* de los Dioses.

Mis labios se entreabrieron. Si lo que se decía sobre los corazones gemelos era cierto, eso explicaría cómo podía amar Ash.

Cómo había sido capaz de quererme durante todo este tiempo.

Algo que había dicho Holland flotó a través de mi mente.

—El amor es más poderoso que el destino… que los Hados —murmuré—. Si se supone que los *Arae* no deben inmiscuirse en los asuntos de los corazones gemelos, ¿cómo se le permitió a Holland interactuar conmigo durante tanto tiempo? ¿Y hacer lo que hizo?

Los labios de Ash se curvaron hacia arriba.

—Me da la impresión de que a Holland le gusta mucho jugar con esa fina línea por la que camina entre interferir y observar de manera casual.

—Sí. —Algo tironeó de mis recuerdos, pero fuera lo que fuere existía solo en la periferia—. Espero volver a verlo alguna vez.

—*Liessa* —me dijo Ash arrastrando la palabra—. Si quieres ver a Holland otra vez, puedes. Eres la verdadera Primigenia de la Vida. Puedes invocar a los Hados, ¿recuerdas? Habrá pocas cosas que no puedas hacer.

—¿Poco que no pueda hacer? —Abrí los ojos como platos—. La

verdad es que eso da… da un poco de miedo.

—Sí. —Ash sonrió—. Sí que lo da.

Empecé a reírme, pero entonces me di cuenta de algo… de algo enorme. La esencia de la vida se había restaurado por completo, lo cual había interrumpido la lenta muerte de las brasas que había comenzado en el momento en que nací, junto con las consecuencias de colocarlas en una estirpe mortal. Eso significaba que…

Aunque esa extraña e inquietante forma de saber me daba la respuesta, necesitaba verlo por mí misma. Me incorporé de golpe y me bajé de la cama a toda prisa.

—¿Sera? —La voz de Ash sonó cargada de preocupación.

Con el corazón en un puño, pasé a la carrera por delante del sofá y fui directa hacia el balcón. Corrí las pesadas cortinas de un tirón, luego abrí las puertas. Salí y mis ojos volaron primero hacia el cielo, la piedra fría bajo mis pies.

Estaba de un tono grisáceo, lleno de vívidas estrellas rutilantes, pero estaba diferente. El gris no era tan plano como el que estaba acostumbrada a ver y parecía llevar tenues trazos de franjas más claras, teñidas de morado y rosa. Me recordó a los breves momentos previos al amanecer.

—Sera —repitió Ash, que se había reunido conmigo a su propia manera silenciosa—. ¿Existe alguna razón para que los dos estemos en el balcón desnudos como el día que vinimos al mundo?

Como Reina de los Dioses, era probable que debiese estar más preocupada por mi desnudez, pero no podía pensar demasiado en ello mientras iba hasta la barandilla y bajaba la vista hacia la tierra yerma y compactada del patio.

Mis labios se entreabrieron cuando un leve estremecimiento me recorrió de arriba abajo. El suelo tampoco estaba como lo recordaba. Habían brotado parches verdes cada pocos palmos para sustituir a la tierra apagada y polvorienta.

—Hierba —susurré con voz ronca—. Veo *hierba*.

—En efecto. —Ash se me acercó por detrás y envolvió sus brazos alrededor de mi pecho—. Nektas me dijo que había empezado a salir incluso antes de que regresase a las Tierras Umbrías contigo.

Me llevé una mano temblorosa a la boca.

—Eso significa…

—Significa que lo lograste. —Ash agachó la cabeza para rozar la curva de mi mejilla con sus labios—. Has detenido la Podredumbre, *liessa*. Aquí y en el mundo mortal.

# Capítulo 46

Estaba tumbada de espaldas, los ojos cerrados y una mano sobre la cama a mi lado, el espacio aún frío de donde había estado el cuerpo de Ash.

Después de confirmar lo que ya sabía (que la Podredumbre había terminado), Ash me había conducido de vuelta al dormitorio, con suerte antes de que nadie me viese ahí de pie, desnuda por completo.

Esa no sería una gran primera impresión como reina.

La Podredumbre había terminado.

Lasania se salvaría; bueno, al menos por ahora. Todavía estaba Kolis y… lo que fuese que yo hubiese podido hacerle al reino durante mi Ascensión, pero la Podredumbre no sería la causa de su destrucción.

Al final, no había fracasado.

Había puesto punto final a la Podredumbre.

Una risita salió burbujeando de mi interior mientras mis dedos se cerraban sobre la sábana. En ese momento, Ash estaba en el pasillo, hablando con Rhain, que también había pasado por ahí para ver cómo estábamos. En lugar de amenazar con acabar con la vida del dios, como había hecho con Nektas, Ash había salido al pasillo, supuse que para asegurarle a Rhain, y por tanto a todos los demás, que yo no solo estaba bien, sino que también sabía a la perfección quién era.

Hacía tan solo unos segundos, ni siquiera un minuto, que se había ido Ash y ya lo echaba de menos.

Lo cual era tonto.

Aunque era tonto de una forma agradable.

Abrí los ojos, rodé sobre el costado y contemplé las puertas cerradas. No quería levantarme de la cama otra vez. Pese a lo que había dicho Ash de que teníamos tiempo, me daba la sensación de que tendría que enfrentarme a la realidad de, bueno… de todo lo que existía al otro lado de esas puertas si volvía a levantarme, ya fuese desnuda o vestida.

No estaba lista para dejar de estar alegremente atontada, gracias a la idea de que la Podredumbre había terminado. Para dejar de ser solo una mujer y que mi único problema fuese echar de menos a mi marido. Podía pasar una eternidad así.

Aunque sabía que no podía.

Al menos no ahora.

Una vez que me levantase y *lidiase* con todo, después podría tener esa eternidad.

La *tendría*.

Mis ojos deambularon hasta la pequeña mesilla. Había una jarra transparente y dos vasos bocabajo. Alargué la mano hacia el agua, pero me detuve al fijarme en la cajita de madera.

Con un vistazo rápido a la puerta, la curiosidad se apoderó de mí y me incorporé sobre el codo para agarrar la caja. Tenía unas diminutas bisagras plateadas y me sorprendió lo ligera que era, casi como si no tuviese nada dentro. Me senté del todo y la fina manta de pieles se arremolinó en torno a mi cintura mientras trazaba las delicadas líneas talladas en la tapa. Mi dedo siguió los grabados. Las marcas eran iguales a las volutas que a menudo veía en las túnicas de la gente de las Tierras Umbrías y en las puertas del salón del trono.

¿Quién había fabricado esta caja? ¿Ash? ¿Quizá su padre? ¿Nektas? ¿Otra persona? Fuera quien fuere, el tiempo que debía haber dedicado a trazar unas líneas tan intrincadas me hizo pensar que era algo que uno utilizaría para almacenar artículos importantes.

Consciente de que estaba siendo una cotilla absoluta, abrí la tapa una rendija. Me quedé boquiabierta cuando miré dentro. El mundo dio la impresión de contener el aliento por un momento. Como hice yo. Un ligero temblor recorrió mis manos cuando una mezcla de incredulidad y euforia barrieron a través de mí.

No sabía qué había esperado encontrar, pero no era, ni en un millón de años, la respuesta a dónde habían ido a parar todas mis correas de pelo después de que Ash me las quitara.

Ahora lo sabía.

Estaban todas en esta caja. No sabía por qué me alegraba tanto. Por qué me parecía tan importante como descubrir que la Podredumbre se había detenido. En cualquier caso, no hubo forma de reprimir la sonrisa radiante que se desplegó por mi cara. Que hubiese tantas cintas ahí (una docena o así) significaba que debía de haber estado guardándolas desde la primerísima vez que Ash había deshecho con ternura la trenza de mi pelo.

Incluso cuando estaba enfadado.

De hecho, sabía por qué me conmovía tanto esto.

Un Primigenio de la Muerte había estado coleccionando mis cintas de pelo y las había tratado como si fuesen posesiones preciadas. Un tesoro.

Era un detalle tan pequeño, algo en lo que la mayoría de la gente no pensaría dos veces. Pero estas tiras de pelo me habían pertenecido a mí y Ash había intentado guardarlas cerca, guardar una parte *de mí* cerca de él.

Un mar de lágrimas inundó mis ojos mientras cerraba la tapa en

silencio y devolvía la cajita a donde la había encontrado. Volví a tumbarme en la cama y parpadeé varias veces para eliminar la humedad de mis pestañas.

Esas cintas de pelo… eran otra prueba más de que Ash se había estado enamorando de mí mucho antes de que mi vida estuviese de verdad en juego, mucho antes de que yo misma hubiese estado dispuesta a admitir que me había estado enamorando de él. Eran una prueba más de que nuestros corazones… nuestras *almas* eran de verdad una sola.

*

Cuando Ash volvió de hablar con Rhain, se reunió conmigo de inmediato. Apoyó una rodilla en la cama, pasó una mano por detrás de mi cabeza y bajó la suya hacia la mía. Sus labios sabían a deseo cuando reclamó mi boca con un beso tierno y lánguido. Cada roce de sus labios me provocaba escalofríos por toda la columna.

—Creo que me has echado de menos —dije cuando nos separamos. Me sentía un poco falta de aire.

Ash deslizó los dedos por mi mejilla.

—Así es.

Pensando en la colección de cintas de pelo, sonreí contra su boca. No dudaba ni por un segundo que decía la verdad.

—¿Me vio alguien desnuda? —pregunté.

—Por suerte para ellos, no.

Sacudí la cabeza.

—Entonces, ¿va todo bien? ¿Con Rhain y con los demás?

—Sí. —Un mechón de pelo cayó por la cara de Ash—. Rhain estaba un poco preocupado después de que Nektas le dijera que había amenazado con matarlo. —Sonreí—. Me da la sensación de que eso te divierte hasta la hartura.

—En efecto. —Asentí para darle más énfasis a mi afirmación.

—Lo sabía. —Ash me besó otra vez y luego se echó atrás. Puso una mano en mi mejilla e inclinó mi cabeza hacia atrás. Nuestras miradas se cruzaron—. Tus ojos son preciosos, *liessa*.

Noté un calorcillo en el pecho y sonreí.

—Gracias.

Ash se instaló en la cama a mi lado. Sus manos recorrieron mi cuerpo, bajaron por mis costados y luego volvieron a subir por mis pechos. Gemí con suavidad y me arqueé hacia él.

—Todavía tengo cosas de las que quiero hablar. —Su mano resbaló por mi cadera y se cerró sobre mi trasero. Tiró de mí para acercarme a él—. Y me estás distrayendo.

—¿Yo? —Me estremecí cuando las puntas de mis pezones rozaron

la dura frialdad de su pecho.

—Sí, tú. —Sus dedos presionaron la carne de mi trasero.

—Has sido tú el que me ha besado —le recordé, y aspiré su aroma fresco y cítrico mientras deslizaba una pierna entre las suyas—. Y también eres tú el que me está manoseando el culo.

—Eso es porque no quiero que se sienta solo. —Me dio un mordisquito en el labio de abajo—. Solamente estoy siendo considerado.

Me reí, porque me encantaba este lado juguetón de él que tan pocas veces veía.

—Sí, claro, muy considerado.

Murmuró unas palabras de aquiescencia que se perdieron en el suspiro que me provocó cuando sus labios encontraron los míos una vez más. Este beso fue igual de lento y dulce que el anterior, una danza pausada que clamaba a gritos su amor y su añoranza. Para cuando nuestros labios se separaron, los *dos* estábamos sin aliento, nuestros corazones acelerados.

—¿Recuerdas cuando dije que tenía que decirte varias cosas? —preguntó, al tiempo que retiraba unos mechones de pelo de mi cara.

Asentí.

Pasó un momento y, cuando volvió a hablar, su tono había cambiado. Tenía un timbre más rico y pleno que no estaba segura de si habría podido detectarlo antes.

—Te quiero, Sera. —Mis labios esbozaron de inmediato la misma sonrisa amplia y bobalicona que habían provocado las cintas de pelo—. Y tú me quieres a mí.

—Así es. —Me contoneé para acercarme un par de centímetros más. Me miró a los ojos y me sostuvo la mirada.

—Eres mi mujer.

—Oírte decir «te quiero» se ha convertido en mis dos palabras favoritas de todas las que te he oído decir nunca —le dije—. «Eres mi mujer» las siguen de cerca en segunda posición. ¿O quizás estén empatadas? —Arrugué la nariz—. No. «Te quiero» son mis favoritas.

—Deja de ser tan mona. —Me besó en el puente de la nariz—. También me distrae.

Sonreí y desplegué mis manos sobre su pecho.

—Suena como si ese fuera uno de esos problemas *tuyos* que tienes todo el rato.

—Uno con el que no me estás ayudando nada en este momento —señaló, y soltó mi pelo para colocar la mano encima de la mía. Era su mano izquierda sobre la derecha mía. Nuestras marcas de matrimonio se tocaron y hubiese jurado que nuestra piel vibró—. Soy tu marido —repitió—. Tú eres mi mujer. Y sé que no tengo demasiada experiencia en esto, ni siquiera de segunda mano…

Yo tampoco. Aunque mi madre se había vuelto a casar, su matrimonio había sido más por necesidad. Ni siquiera estaba segura de que el rey Ernald y ella se quisieran. Quizá solo se toleraban.

Si era sincera conmigo misma, mi padrastro parecía tenerle más que solo cariño a mi madre, pero ella… ella seguía enamorada de mi padre.

Eso hizo que me doliera el corazón, así que volví a concentrarme en Ash.

—Y aunque nunca me permití pensar en cómo sería estar enamorado de otra persona y estar casado, sé qué tipo de matrimonio quiero. —Ash se mordió el labio de abajo otra vez—. O sé qué tipo de matrimonio quiero contigo. —Mi corazón comenzó a hacer eso de dar brincos de nuevo—. Quiero que confiemos el uno en el otro —empezó.

—Yo confío en ti —le informé—. De manera irrevocable.

Apareció una pequeña sonrisa que suavizó sus rasgos.

—Lo sé, pero este… creo que este es un tipo de confianza diferente, uno que nos permite compartir todo. Lo fácil y lo difícil; en especial, lo difícil. —Solo un tenue resplandor de *eather* palpitaba detrás de sus pupilas—. El tipo de confianza en el que sabemos que podemos ser sinceros y sentirnos cómodos sabiendo que cualquier cosa que compartamos no cambiará cómo nos vemos el uno al otro.

Se me ahuecó el estómago cuando mi vista se posó donde su mano descansaba todavía encima de la mía. Miré la marca de matrimonio.

—Ya tenemos ese tipo de confianza, ¿verdad? —preguntó Ash, su aliento frío contra mi frente. Asentí, la garganta cerrada.

—La tenemos.

—Así que sabes que, pase lo que pase, siempre creeré que eres tan fuerte y valiente como lista y fiera. —Sus dedos presionaron entre los míos—. Que mi atracción, mi necesidad y mi deseo de ti no disminuirán jamás, pase lo que pase. —Hizo una pausa—. O lo que haya pasado.

Me temblaba el labio de abajo y los bordes de mis colmillos arañaron la parte de atrás de mis labios cuando cerré la boca con fuerza.

—Sé *quién* eres, Sera, y *lo* que significas para mí. Lo significas todo, porque lo eres todo para mí. —Depositó un beso en mi frente—. Y eso no cambiará jamás.

Sentí un escalofrío.

—Sería imposible que eso sucediera. —Se movió de modo que su frente quedase apoyada contra la mía—. Porque aunque no fuésemos corazones gemelos, lo que me hiciste sentir desde el momento en que te presentaste en el Templo Sombrío hace años, y en todos los momentos entre entonces y ahora, también me habría hecho enamorarme de ti. Tu coraje y tu fuerza, tu belleza y tu absoluta falta

de miedo, tu humor y, por encima de todo, esa dulzura tuya que compartes conmigo… todo ello se habría asegurado de que mi *kardia* volviese de alguna manera. Estoy convencido de ello, lo *sé*, porque eres la primera persona en mi vida que creo que me ha aceptado de verdad, sin importar lo que haya hecho en el pasado o lo que me hayan hecho a mí. Eres la primera en negarte a que tenga que tatuarme más gotas de sangre en la piel. Fuiste la primera en hacerme sentir algo importante —juró—. Eres… simplemente eres mi primera, Sera, y serás mi última.

Me ardían los ojos, anegados de lágrimas.

—Me vas a hacer llorar.

—No es lo que intento. —Me dio un apretoncito en la mano—. Pero no pasa nada si lloras. No pensaré nada malo de ti si lo haces. No existe nada que pueda hacerme pensar mal de ti.

—Lo sé —susurré con voz ronca. Y era verdad. La parte razonable, lógica y por desgracia muy pequeña de mi mente lo sabía—. Y sé a dónde quieres ir a parar. De verdad que sí. Estás hablando del tiempo que estuve con Kolis.

—Estoy hablando de cosas en general —me corrigió—. Y de eso.

—No fue nada —me apresuré a decir, aunque sentí un retortijón que hizo que se me cortase la respiración.

*No fue nada.*

Veses había dicho *justo* lo mismo. Había dicho la *misma* mentira.

Los labios de Ash rozaron la curva de mi mejilla, después apartó la cabeza unos centímetros. Su mano abandonó la mía. Pasó un segundo y sentí las yemas de sus dedos sobre mi barbilla. Inclinó mi cabeza hacia atrás.

—Quiero que sepas que cuando estés lista para hablar de todo, sea o no sea nada, estaré esperando. Estaré preparado.

Apreté los ojos tan fuerte que vi blanco durante unos segundos. Una cascada de palabras trepó por mi garganta, pero un muro de emoción y de pura fuerza de voluntad tan sólida como la piedra umbra las ahogó.

Veses había mentido.

Yo no.

Yo *no estaba* mintiendo.

—Por cierto —dijo Ash, y su voz ruda cortó a través de ese muro —. Rhain va a buscar algo de comida para nosotros. Está convencido de que te estás muriendo de hambre.

Por todos los dioses, la manera en que había cambiado de tema y el momento que había elegido para…

Quería a este hombre.

Siempre lo querría.

Contando los latidos entre cada respiración, abrí los ojos.

—Eso es amable… —Me aclaré la garganta—. Eso es muy amable por su parte. Lo cual es un poco raro, ¿verdad? Rhain siendo amable.

Ash arqueó una ceja.

—Rhain es conocido como uno de los dioses más amables de las Tierras Umbrías.

—Tendré que creer lo que dices. —Abrí más los ojos cuando vi que una dureza gélida se colaba en su rostro. Mierda—. Quiero decir, Rhain tenía una razón para no mostrarse tan cordial conmigo.

—No estoy seguro de estar de acuerdo con eso.

—Rhain te es leal…

El *eather* emanó de detrás de sus pupilas y revolvió la energía dentro de mí.

—Te es leal a ti —declaró con un gruñido grave—. A su reina.

—Vale, nos es leal a los dos —me corregí, medio temerosa por la seguridad de Rhain. La otra mitad de mí estaba, bueno, excitada en cierto modo por la actitud protectora de Ash—. Pero antes te era leal a ti, y puesto que yo *había* estado planeando matarte, su respuesta inicial a mí fue del todo comprensible.

Ash no dijo nada, pero casi podía verle planeando su siguiente… conversación con Rhain.

—No le digas nada al respecto —le pedí.

—No lo haré.

—Lo digo en serio. Si todavía siente alguna animadversión hacia mí —cosa que en verdad creía que no era así—, o si alguien más la siente, yo lidiaré con ello. Tengo que hacerlo. En especial si voy a ser su reina.

—¿Si? —Ash se rio entre dientes—. *Liessa*, eres su reina. —Mi estómago dio una voltereta. Por todos los dioses, me estaba costando muchísimo procesar eso—. Aunque tienes razón. Tienes que lidiar tú con ello —dijo. Tomó mi mano—. No diré nada.

—Guau —murmuré, sorprendida.

—Pero si tu forma de lidiar con ello no lidia de verdad con ello… si te siguen faltando al respeto… —Unas hebras de *eather* giraron en sus ojos—. Los destruiré. —Parpadeé, pasmada—. Sin importar quiénes sean —prometió.

Mis labios amagaron con sonreír, pero no creía que eso fuese a ayudar, como tampoco ayudaría decirle que su ferocidad cuando de mí se trataba debía ser más potente que el vino *radek*. Por una vez, escuché a esa voz de la razón.

—Hablando de Rhain —dije después de un momento—. ¿Proyección de pensamientos? Ese es un talento muy chulo del que no sabía nada.

—Hay mucha gente que no sabe que puede hacerlo. No se te informó…

—Entonces no había ninguna razón para que yo lo supiera —lo interrumpí. Comprendía que compartir ese tipo de información conmigo, que en el pasado había pretendido traicionar a Ash y no había mostrado demasiado interés en gobernar las Tierras Umbrías junto a él, hubiese sido un riesgo—. Así que todas esas veces en que hubiera jurado que Rhain se estaba comunicando contigo, aunque no lo oía hablar, ¿lo estaba haciendo?

Un lado de los labios de Ash se curvó hacia arriba.

—Es probable que sí.

Con una sonrisa, observé cómo deslizaba el dedo por la espiral dorada.

La *marca de matrimonio*.

La dirección de mis pensamientos cambió al instante cuando se me ocurrió que quizá *no había* sido yo la que había bendecido nuestra unión. A lo mejor *sí* que habían sido los Hados. O tal vez había ocurrido porque éramos corazones gemelos.

Y a lo mejor… a lo mejor el hecho de que semejante cosa fuese real significaba que lo que creía acerca de mis padres también lo era. Eso explicaría por qué la agonía de perder a mi padre había amargado tanto a mi madre y por qué su unión era importante puesto que me trajo a mí al… Solté una exclamación ahogada y levanté la cabeza de golpe.

—¿Qué? —preguntó Ash, los ojos llenos de preocupación.

—Holland vio esto. Debió verlo. Todo esto. ¿Recuerdas cuando vinieron Penellaphe y él, y tú estabas un poco apartado conversando con ella mientras hablábamos Holland y yo? Me preguntaste qué había dicho y yo… bueno, te mentí.

—Qué mala —murmuró, y el *eather* de sus ojos centelleó. Me di cuenta entonces de lo que era diferente en su voz. Era más ligera.

*Él* se mostraba más ligero.

Me ardía el pecho de la emoción, lo cual hizo que Ash frunciera el ceño. Los dioses sabían que era probable que acabase de proyectar esa emoción a su cara. Tenía que volver a replegarla para seguir hablando sin llorar como una tonta.

—*Sea como fuere*, dijo que una hebra rota mía era inesperada y que el destino era tan cambiante como la mente y el corazón. Hablaba de *tu* corazón. Me dijo que el amor es más poderoso de lo que pueden imaginar los *Arae*. Era como si me estuviese diciendo que no dejase de tener esperanza. —Arrugué la nariz—. Porque él sabía… sabía que podías quererme.

—Lo más probable es que ya supiera que estaba enamorado de ti, Sera.

Oír eso hizo que mi corazón diese un brinco.

—¿Y no podía habernos dicho nada de esto?

—Creo que eso hubiese sido borrar por completo esa fina línea por la que le gusta caminar —repuso Ash con una sonrisa.

Puse los ojos en blanco.

—Podría, al menos, haber sido un poco menos vago. Como, no sé, mencionar que los corazones gemelos a veces superaban al *kardia* o… —Noté que la esencia se removía, así que interrumpí lo que seguro se iba a convertir en una larga diatriba—. Vale, no voy a pensar en eso y ya está.

Su sonrisa se ensanchó.

—Bueno —dije entonces, arrastrando la palabra—. ¿Por qué crees que tuviste el sueño? —Ash arqueó una ceja—. ¿Qué? Quiero decir, tuviste una visión. Eso es importante, ¿no? —Me senté más recta—. ¿Crees que fue por lo de los corazones gemelos? Yo… —Me callé a media frase y dejé que esa extraña sensación de sabiduría se formase del todo sin interrupción.

Era la única cosa más poderosa que los denominados *Arae*.

Era esa hebra inesperada.

Impredecible.

Era lo desconocido.

Lo no escrito.

Poderoso.

Era algo que ni siquiera los Hados se atrevían a predecir o controlar.

La única cosa que podía alterar el destino.

No podía encontrarse.

Solo podía aceptarse.

Era incluso más poderoso que lo que surcaba por las venas de los Primigenios y sus creadores. Igual de asombroso y aterrador en su egoísmo. Podía romper una hebra de manera inesperada y prematura.

Podía extender una hebra de vida por pura fuerza de *voluntad* y convertirse en una instancia de magia pura que no podía extinguirse.

Era el amor verdadero del corazón y del alma.

—Es porque somos… somos *corazones gemelos*. —Asentí con suficiencia—. Me siento muy lista por haber contestado a mi propia pregunta.

—¿Quieres decir por haber deducido la respuesta muy obvia? —sugirió con tono seco.

Le lancé otro manotazo, pero igual que antes, me agarró por la muñeca.

—Joder —gruñó, y me empujó de espaldas. Luego apoyó el peso en sus antebrazos y se inclinó sobre mí—. Te quiero.

Había muchísimas cosas de las que teníamos que ocuparnos, muchísima incertidumbre. Estaba Kolis. Los otros Primigenios. Todos los demás asuntos que no hacían más que brotar en mi cabeza cada

vez que se quedaba tranquila y en silencio. Las cosas que esas voces desconocidas que sabía que eran más viejas que el mundo mismo me habían dicho mientras estaba en estasis. Lo que había visto. Lo que *sabía*. Gran parte de ello estaba inconexo, tenía poco sentido, pero sospechaba que todas las piezas desperdigadas se juntarían si les dábamos el tiempo necesario. Después estaba lo de cómo… cómo afectaba mi Ascensión a Iliseeum y al mundo mortal. Sobre este último casi me daba miedo preguntar, porque de repente había recordado el estallido de poder que había surgido de mí y había golpeado los cielos sobre Lasania. Estaba también el alma de Sotoria, y los planes que la rodeaban… cosas que me hacían sentir incómoda.

Planes que yo tenía el poder de cambiar.

Pero, ahora mismo, lo único que importaba era Ash. Nosotros. Esta milagrosa segunda oportunidad. La primera para que los dos *viviéramos* de verdad y tuviéramos el control completo de nuestras vidas.

—Dilo otra vez —le pedí. Ash besó mi frente.

—Te quiero, Sera.

La esencia vibró, igual que lo hicieron mi corazón y mi alma.

—Otra —susurré.

Con una risa, Ash puso las manos sobre mis mejillas y me besó.

—Te quiero, *liessa*.

Agarré la parte de atrás de su cabeza y sentí que mi pecho se henchía.

—Demuéstramelo.

Y eso hizo.

No hubo más confesiones ni verdades susurradas. Nos unimos de nuevo, pero esta vez… esta vez, hicimos el *amor*.

# Agradecimientos

Detrás de cada libro, sin importar cuántos hayas escrito, hay un equipo de personas que ayudaron a llevarlo a tus manos. Gracias a Blue Box Press: Liz Berry, Jillian Stein, MJ Rose, Chelle Olson, Kim Guidroz, Jessica Saunders, Tanaka Kangara y los asombrosos equipos de revisión, corrección y edición. También me gustaría dar las gracias a Michael Perlman y al equipo entero de S&S por su ayuda y sus conocimientos en la distribución de ejemplares de tapa dura. Asimismo, un enorme gracias va a Hang Le por su increíble talento en el diseño de las cubiertas; a mis agentes, Kevan Lyon y Taryn Fegerness; mi ayudante, Malissa Coy; la encargada de tienda, Jen Fisher; y al esforzado equipo detrás de ApollyCon y más: Steph Brown, junto con Vicky y Matt. También a las moderadoras de JLAnders, Vonetta Young y Mona Awad, que ayudan a que el grupo siga siendo un lugar seguro y divertido para todos. Gracias a todos por ser el equipo más alucinante, colaborador y alentador que un autor podría desear, y por aseguraros de que estos libros se lean en todo el mundo, creando mercadotecnia, ayudando con problemas en las tramas, y mucho más.

También tengo que dar las gracias a todos los que me han ayudado a procrastinar de una manera u otra: KA Tucker, Kristen Ashley, JR Ward, Sarah J. Maas, Steve Berry por los momentos de contar cuentos, Andrea Joan, Stacey Morgan, Margo Lipshultz, y tantos más.

Un gran «gracias» a JLAnders por crear siempre un lugar divertido y a menudo hilarante en el que pasar el rato. ¡Sois los mejores, chicos! Y al equipo ARC por vuestras críticas honestas y vuestro apoyo.

Y lo más importante, nada de esto sería posible sin ti, lector. Espero que sepas lo mucho que significas para mí.

## ¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@uranoworld.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra #EXPERIENCIAPUCK!

PUCK